

Juan Iñigo Carrera



2da
edición

El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia

IMAGO
MUNDI

Juan Iñigo Carrera

El capital: razón histórica,
sujeto revolucionario y conciencia



A Luis, luchador incansable por una acción política
capaz de dar cuenta de su necesidad superando
cualquier respuesta aparente.



COLECCIÓN TEORÍA CRÍTICA Y CULTURA

Iñigo Carrera, Juan

El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia. 2a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.

384 p. 15x22 cm

ISBN 978-950-793-161-1

1. Economía Marxista. I. Título

CDD 335.43

Fecha de catalogación: 14/08/2013

©2003, Ediciones Cooperativas

©2004, Ediciones Cooperativas

©2008, 1ra edición imago Mundi

Foto de tapa: *Il Quarto Stato* de Giuseppe Pellizza da Volpedo, 1901

©2003, Juan Iñigo Carrera (email: jinigo@inscri.org.ar)

©2013, Ediciones Imago Mundi (www.edicionesimagomundi.com)

Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con $\text{\LaTeX} 2_{\epsilon}$

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 500 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2013 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2727, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Prólogo.	1
I Razón histórica y sujeto revolucionario	
1 La razón histórica de existir del modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario	9
1.1 La cuestión hoy.	9
1.2 La mercancía, o las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado individual	10
1.3 El capital, o las potencias productivas del obrero doblemente libre	12
1.4 La plusvalía relativa, o la revolución constante de la subjetividad productiva del obrero doblemente libre	15
1.5 Concentración y estado, o la plenitud de las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado	24
1.6 Inversiones idealistas	27
1.7 El fin histórico del capitalismo, o la clase obrera como sujeto revolucionario	35
II El desarrollo histórico concreto	
2 Transformaciones en la acumulación de capital. De la producción nacional del obrero universal a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera	53
2.1 El punto de partida	53
2.2 La materialidad del proceso de producción y la subjetividad productiva del obrero	54
2.3 La acumulación bajo su forma nacional clásica	57
2.4 Pericia manual en el sistema de la maquinaria y poder político obrero	61
2.5 Superpoblación obrera latente y subjetividad productiva degradada barata.	63
2.6 El proceso nacional de acumulación de capital en Japón	66
2.7 La fragmentación de la clase obrera al interior de los países clásicos	70
2.8 Nuevas fuentes de superpoblación obrera latente	74
2.9 Fragmentación internacional de la subjetividad productiva y diferenciación en la capacidad de acumulación	75
2.10 La especificidad de la acumulación de capital en China	80
2.11 Hacia la superproducción general por medio de la fragmentación internacional de la subjetividad productiva	81

2.12	Las manifestaciones de la superproducción general en el este asiático	84
2.13	El internacionalismo de la clase obrera	86
3	El estado capitalista	91
3.1	Organización autónoma general por el mercado y organización directa por el estado	91
3.2	La especificidad histórica del estado como representante político del capital social	96
3.3	El desarrollo del estado capitalista como forma concreta necesaria de la producción de plusvalía relativa	102
3.4	La reversión del estado «intervencionista» al estado «neoliberal» en el último cuarto de siglo	105
3.5	La forma nacional de la acumulación de capital en relación con su centralización	106
3.6	La producción del obrero de la gran industria	109
3.7	Qué acción política de la clase obrera hoy	114
4	A propósito de la URSS	121
4.1	La realización de las potencias históricas del modo de producción capitalista	121
4.2	La forma nacional de la acumulación de capital	124
4.3	La inversión ideológica de la centralización nacional absoluta del capital como socialismo realizado	126
4.4	El retroceso del capital desde la producción del obrero universal a la producción del obrero diferenciado	128
4.5	La conciencia revolucionaria de la clase obrera	131
5	La tasa general de ganancia y su realización en la diferenciación de los capitales industriales	133
5.1	El capital industrial medio	133
5.2	Centralización y valorización del capital industrial en relación con el capital prestado a interés	134
5.3	El pequeño capital industrial	136
5.4	La liberación de plusvalía por los pequeños capitales industriales	138
5.5	La fragmentación de la subjetividad productiva del obrero colectivo en base a la subsistencia del pequeño capital industrial	141
5.6	El capital especializado en la producción del aumento en la capacidad productiva del trabajo	142
5.7	De la diferenciación del capital a la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación	144
6	Crisis y ciclos de la acumulación de capital	179
6.1	Las crisis capitalistas	179
6.2	Determinaciones cíclicas del proceso de metabolismo social que resultan de la determinación de la capacidad productiva del trabajo por fluctuaciones en las condiciones naturales	180
6.3	Determinaciones cíclicas inherentes a la forma mercancía de la relación social general	182

6.4	Determinaciones cíclicas inherentes a la forma capital de la relación social general	183
6.4.1	Determinaciones cíclicas de la acumulación del capital social que se desarrollan como formas concretas necesarias inherentes a la mediación de los capitales individuales en la realización de esa acumulación	183
6.4.2	Determinaciones cíclicas de la acumulación del capital social que se desarrollan como formas concretas necesarias directamente inherentes a esta acumulación misma	184
6.4.2.1	Inherentes a la reproducción del capital social manteniendo la capacidad productiva del trabajo constante acumulación basada en la simple producción de plusvalía absoluta.	184
6.4.2.1.1	Que surgen del proceso de circulación del dinero y el desarrollo del crédito	184
6.4.2.1.2	Inherentes a la rotación simple del capital fijo	185
6.4.2.1.3	Inherentes a la forma concreta necesaria que toma la proporcionalidad general de la producción directa e indirecta de instrumentos de trabajo y el resto de la producción social.	186
6.4.2.1.4	Inherentes a la transformación inmediata de las porciones parciales del capital fijo que retorna gradualmente a la forma dinero en nuevo capital productivo	188
6.4.2.2	Inherentes a la reproducción del capital social incrementando la capacidad productiva del trabajo (acumulación basada en la reproducción de la plusvalía relativa)	190
6.4.2.2.1	Inherentes a la forma concreta que la producción de plusvalía relativa toma desde el punto de vista de los capitales individuales	191
6.4.2.2.2	Inherentes a las formas concretas que la producción de plusvalía relativa toma desde el punto de vista del capital social mismo	196
6.4.2.2.2.1	Determinación de la tasa de ganancia por el movimiento contrapuesto de la composición orgánica y la tasa de plusvalía	196
6.4.2.2.3	Forma concreta en que se desarrolla la unidad entre producción social y consumo social	202
6.5	Manifestación de la naturaleza histórica del modo de producción capitalista en los movimientos cíclicos de la acumulación	206
6.6	Avance sobre la identificación del momento concreto actual de la acumulación capitalista mundial	208
6.6.1	Identificación de los ciclos generales	208
6.6.2	Evolución de la tasa general de ganancia	220
6.6.3	Evolución de la producción y el consumo sociales	221
6.6.4	La expansión del capital ficticio	222

III El método científico

7	El método dialéctico. Crítica de la teoría científica	235
7.1	De lo que se trata es de cambiarlo	235
7.2	Verde es el árbol de la vida	236
7.3	Gris es toda la teoría...	241
7.4	La naturaleza histórica de la teoría científica	250
7.5	El conocimiento dialéctico; o sea, la organización de la acción mediante la reproducción de la propia necesidad en el pensamiento	254
7.5.1	El punto de partida	254
7.5.2	El análisis	255
7.5.3	La materia	257
7.5.4	La determinación de lo concreto	258
7.5.5	Las formas de la acción libre	262
7.5.6	El proceso de conocimiento dialéctico en su unidad	263
7.5.7	Investigación y exposición	266
7.5.8	La especificidad del conocimiento matemático	267
7.5.9	El sujeto histórico del conocimiento dialéctico	268
7.6	El avance de Marx hacia la acción revolucionaria consciente; el retroceso del marxismo hacia la ideología	271
8	El conocimiento matemático. Crítica de la lógica formal y del análisis matemático	285
8.1	La especificidad de la determinación cuantitativa	285
8.2	La especificidad del conocimiento de la determinación cuantitativa, o sea, de la matemática	287
8.3	El cuanto, de la clase al número	293
8.4	Crítica del análisis matemático	298
8.5	El desarrollo más simple de la materia en su determinación de cantidad: tiempo, espacio, universo, movimiento	301
9	El desarrollo del método dialéctico por Marx	305
9.1	El método de investigación	305
9.2	El método de exposición y su lectura crítica	313
10	De la crítica de la economía política a la economía política crítica. El caso de Rubin y sus herederos	321
10.1	La inversión de la reproducción de lo concreto en el pensamiento como una representación lógica; o de cómo presentar al trabajo privado como si fuera su contrario	321
10.2	El contenido ideológico de la inversión efectuada por Rubin; o la economía política como contradicción en los términos	341
10.3	Los modernos herederos de Rubin; o la economía política crítica como negación de la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera	348
	Bibliografía	361
	Índice de autores	369

Prólogo

El último cuarto de siglo se ha mostrado particularmente duro con las potencias de la clase obrera para transformar la sociedad. Allí donde la clase obrera había expropiado a los expropiadores, el poder adquirido pareció haberse vuelto contra ella misma. Terminó escapándosele entre los dedos, para ser nuevamente explotada como fuente extremadamente barata de fuerza de trabajo. No le fue mejor en el resto del mundo. Derrota tras derrota, ha visto degradarse las condiciones de trabajo conquistadas tras duras luchas. Sus propios partidos políticos han competido con los neoliberales en ver quien era el campeón en hacerla retroceder.

No ha tenido más suerte cuando, asqueada de los burócratas partidarios, fue a buscar sustento en los teóricos críticos del capitalismo. Primero, tuvo que enterarse de que había perdido su condición de sujeto de la transformación de la sociedad, porque esta transformación era un proceso sin sujeto. Luego, tuvo que enterarse de que el sujeto había sido repuesto, pero que el lugar ya no era suyo. Lejos de ser producto del desarrollo de sujetos universales, la revolución social era ahora producto de la afirmación de un universo de sujetos que sólo tenían en común el reivindicarse como identidades mezquinamente excluyentes. Más aún, no sólo tuvo que enterarse de que ya no era el sujeto revolucionario, sino de que ya ni siquiera era: había desaparecido el trabajo y, con él, ella misma. Después resultó que lo que había desaparecido no era el trabajo sino la forma privada con que se lo realizaba en el capitalismo. El trabajador forzado para el capital era ahora un «obrero social», y la propia clase obrera debía festejar la pérdida de toda identidad y liberar la alegría de jugar a convertirse en «multitud» o en «sociedad civil». ¿Y qué de tomar el poder? Ni soñarlo. Resulta que la cuestión no es tomar en las propias manos las potencias del trabajo humano enajenadas como potencias del capital, sino que, al capital, ise lo mata con la indiferencia!

¿Qué hacer? Parecería que a la clase obrera no le quedaba dónde conocer la realidad de su propia condición de sujeto como no fuera en una rigurosa lógica científica. Pero el último cuarto de siglo tampoco ha sido pródigo con la clase obrera en este terreno. La teoría científica misma ha puesto ya en evidencia que resulta lógicamente imposible –cualquiera sea la lógica que se utilice– alcanzar la certeza acerca de las razones de una determinada acción humana más allá de sus apariencias. Por lo tanto, las teorías científicas se reducen a ser

formas de *interpretar* al mundo de distintas maneras. De modo que la poesía, la religión y la ciencia vienen a tener iguales títulos como formas prácticas de conciencia en la transformación de lo existente.

Éste no es un abstracto problema epistemológico. La interpretación de la propia necesidad implica la negación de su conocimiento pleno. Lo cual implica que, tanto como el conocimiento científico esté condenado a detenerse en la interpretación, la organización consciente general de la vida social mediante el conocimiento individual pleno de las propias determinaciones está condenada a la imposibilidad. En otras palabras, tanto como la representación lógica sea la forma acabada del conocimiento científico, todo intento por construir la comunidad de los individuos libremente (o sea, conscientemente) asociados, el socialismo o comunismo, se reduce a una quimera. Peor todavía; como esta construcción no puede pasar de ser la imposición de una «gran narrativa» sobre las otras concepciones del mundo, la organización consciente de la producción social no sólo resulta irrealizable, sino una repugnante pesadilla totalitaria. La clase obrera parece haber quedado prisionera de dos opciones, a cuál peor: el vacío o el gulag.

Otra vez, ¿qué hacer? Sólo cabe enfrentar la cuestión del qué hacer mismo de manera radical. Esto es, a partir de enfrentarnos críticamente a las determinaciones de nuestra propia acción transformadora desde su raíz, desde la determinación de nuestro ser social, poniendo todo en duda. Lo que sigue es la respuesta que encuentro, por este camino, a la pregunta acerca del qué hacer históricamente específico de la clase obrera. Le corresponde, por lo tanto, una lectura no menos crítica.

El presente volumen está formado por una serie de artículos producidos a lo largo de veinticinco años. Todos ellos fueron escritos como avances sintéticos en torno a cuestiones específicas de una investigación más extensa que tengo aún en elaboración. Este material no incluye los desarrollos que he realizado sobre las determinaciones concretas específicamente inherentes a la acumulación del capital en la Argentina. Sin embargo, todo su desarrollo ha partido, y se ha encontrado regido, por la necesidad inmediata de responderme acerca del qué hacer en el terreno de la acción política de la clase obrera argentina.

Si bien he revisado los textos originales para ajustarlos, en particular los más antiguos, a las conclusiones a las que he ido arribando en el desarrollo unitario, he preferido no introducir modificaciones sustanciales en los mismos. También he mantenido el carácter relativamente independiente con que fueron escritos, aunque el lector encontrará rápidamente la unidad que se desarrolla a través de ellos. El mantenimiento de la independencia relativa entre los artículos ha hecho inevitable algún grado de repetición, si bien he eliminado las mayores superposiciones. Por otra parte, las repeticiones que han subsistido aparecen en cada artículo girando en torno al eje específico del mismo y resultan imprescindibles para darle unidad.

Por primera vez en la historia, en *El capital*, Marx da forma socialmente

objetivada a la conciencia enajenada de la clase obrera que se descubre a sí misma como tal. Alcanza en su desarrollo a las determinaciones generales de la acción revolucionaria de la clase obrera. Con lo cual, todo proceso posterior de conocimiento que reproduce idealmente las determinaciones concretas del modo de producción capitalista es, en la parte desarrollada originalmente por Marx, un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Esta es la relación que tienen mis propios avances respecto de la obra de Marx. En tal sentido, en tanto para presentar estos avances he necesitado exponer de manera sintetizada las determinaciones generales en juego, mi trabajo constituye una cita continua a los escritos de Marx. Pero, como corresponde a la exposición del proceso de reconocimiento dialéctico, he preferido como modalidad general estructurar la exposición sintética en mis propias palabras en vez de mechar trozos de esos escritos. De haberlo hecho, la unidad de su desarrollo general hubiera resultado inevitablemente mutilada. Queda para el lector crítico el reconocer por su cuenta mi síntesis en el desarrollo original de Marx y juzgar si ha resultado ajustada o no. Por otra parte, me resulta repulsiva la costumbre tan en boga que, no conforme con intercalar una cita sacada de contexto tras otra, llega a intercalar en una frase propia trozos de frases de un autor original. Con lo cual, el Procusto de turno dice lo que se le antoja, pero no en su propio nombre, sino con el pretendido aval de que por su boca habla el autor original.

Prólogo a la primera edición de *Imago Mundi*

Esta edición contiene una serie de adiciones y reelaboraciones, que abarcan múltiples aspectos a lo largo del libro. De todos modos, las mismas no han modificado la estructura de los textos originales. Las únicas salvedades notables en este sentido corresponden al capítulo 5 (donde he dado mayor entidad a la crítica de las teorías del capital financiero, de la competencia imperfecta, del capital monopolista, del desarrollo y el subdesarrollo, de la dependencia fundada en el intercambio desigual y del imperialismo, no sólo profundizándola sino transformándolas de notas al pie de página en notas con título propio al final del capítulo) y al punto «Avance sobre la identificación del momento concreto actual de la acumulación capitalista mundial», del capítulo 6 (cuya exposición he reestructurado al mismo tiempo que actualizado sus datos estadísticos).

Para evitar cualquier equívoco no está demás agregar dos aclaraciones de entrada. En primer lugar, en todo este libro el término «capital medio» se refiere al capital industrial individual que pone en acción la productividad del trabajo correspondiente en cada momento a la determinación del valor de las mercancías y, de ahí, que participa activamente en la formación de la tasa general de ganancia. Esta tasa surge de la media del conjunto de las composiciones orgánicas y velocidades de rotación de los capitales individuales. De modo que, en tanto tienen los atributos para participar en su formación, los capitales

individuales se encuentran determinados como una parte alícuota del capital total de la sociedad, o sea, como un exponente medio de dicho capital total en tanto son una masa de valor cualitativamente indiferenciada que se valoriza de manera indiferenciada. Cada uno de ellos porta en su individualidad esta condición concreta de ser un «capital medio». Marx contrapone esta determinación del «capital medio», con la situación en la que cae el capital individual cuyo monto no alcanza al requerido para poner en acción la productividad del trabajo normal. Este capital se torna portador de una diferencia cualitativa que le hace perder su condición de exponente medio del capital social total y lo determina como un «pequeño capital» (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 655). En consecuencia, el término «capital medio» no se refiere aquí a un capital cuya magnitud resulta del promedio de las magnitudes de los capitales que operan en su rama. Tampoco a la determinación simple propia de los capitales individuales de composición orgánica y velocidad de rotación medias. En el sentido expuesto, el término «capital medio» es sinónimo de «capital de concentración normal», o más simplemente, de «capital normal».

En segundo lugar, el capital es valor substantivado que se valoriza, o sea, la capacidad objetivada en el producto material del trabajo social anterior para poner en marcha nuevamente el trabajo social con el objetivo inmediato de producir más capacidad materializada para poner en marcha el trabajo social. El «capital social» es el capital total de la sociedad, o sea, la relación social general propia del modo de producción capitalista en la unidad de su movimiento. Es, por lo tanto, la unidad misma de la organización del proceso de metabolismo social. En el modo de producción capitalista, todo atributo del trabajo social, todo atributo de la subjetividad productiva que determina genéricamente al ser humano como tal, se encuentra determinado como una forma concreta del capital social. Siempre fiel a su papel, la apologética del modo de producción capitalista no podía dejar de ver en esta circunstancia la posibilidad de invertir la determinación y presentar al capital como la forma natural eterna de la relación social. Resulta que, ahora, con Bourdieu, Coleman y Putnam a la cabeza, o mejor dicho, en la cabeza de Bourdieu, Coleman, Putnam y sus seguidores, el capital ha dejado de ser simplemente la relación social objetivada que determina la subjetividad productiva de los seres humanos de un modo históricamente específico, para pasar a ser también la subjetividad productiva genérica misma de los individuos como órganos individuales del trabajo social. Así como la economía política clásica y la neoclásica pretenden hacer creer que los medios de producción son capital por naturaleza, esta otra apologética «sociológica» pretende hacer creer que las formas genéricas del trabajo social (p. ej., la cooperación y el conocimiento) son capital por naturaleza. A esta inversión es a lo que la apologética en cuestión ha puesto de moda llamar «capital social». Sobre el fárrago creado por este cretinismo ideológico es que debe remontarse y reivindicarse el uso

científico del término «capital social» como la unidad de la organización de la producción social portada en el movimiento de los capitales individuales, o lo que es lo mismo, como capital total de la sociedad.

I

Razón histórica y sujeto revolucionario

Capítulo 1

La razón histórica de existir del modo de producción capitalista y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario

1.1 La cuestión hoy

Hoy día, la mera referencia a la necesidad, a la razón histórica, es escándalo y abominación entre muchos de los que se presentan como críticos del capitalismo. «Teleología», cae la excomunión sobre cualquier reconocimiento científico de que la sociedad avanza en un sentido determinado. Y la acción que se afirma en su libertad por regirse mediante el conocimiento científico de su propia determinación es acusada de ser un atentado «totalitario» contra la libertad. Bajo la advocación del pluralismo y la diversidad, todo potencial revolucionario se degrada al abstracto «deseo», la «libre voluntad», la «fuerza moral», de afirmar una «identidad» que empieza por negar dogmáticamente toda identidad de clase que surja de las relaciones sociales de producción. El dogma llega así a proclamar que es el modo de producción capitalista el que logra abolir a la clase obrera, y no a la inversa. Por supuesto, los apologistas desembozados del capital no pueden sino festejar este vaciamiento de necesidad histórica. Si hasta el propio método científico acríticamente aceptado de manera universal como la forma natural de la ciencia, la representación lógica, consagra la imposibilidad de actuar con la certeza respecto de la propia determinación.

A este moderno avance de la inversión idealista vamos a oponerle aquí el desarrollo de la conciencia acerca de la materialidad de la historia natural humana, o sea, acerca del desarrollo de la subjetividad productiva humana.¹

1. Arrancamos en este desarrollo armados con el conocimiento original expuesto por Marx en *El Capital*, es decir, realizando un proceso de reconocimiento. En tanto vamos avanzando en este proceso de reconocimiento, nuestra exposición se limita a presentar el eje del curso que lleva a las formas concretas cuyo conocimiento tenemos por objeto específico aquí. De modo que no cabe referir cada paso de nuestro avance a un punto singular de la exposición original de Marx, sino a las unidades de esta exposición que van marcando el eje de la nuestra.

1.2 La mercancía, o las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado individual*

El ser humano se distingue como género en oposición a las especies animales. Lo hace por su potencialidad para actuar sobre su entorno. Tiene la capacidad de transformar a éste en un medio para sí mediante el trabajo; esto es, mediante el gasto de fuerza humana regido de manera consciente y voluntaria que se aplica sobre un objeto exterior a fin de transformarlo en un valor de uso para la vida humana. Como integrantes específicas del trabajo humano, la conciencia y la voluntad pueden avanzar en su propio desarrollo tanto como se desarrollen las fuerzas productivas materiales de aquél.

Las fuerzas productivas materiales del trabajo se encuentran portadas por el trabajo individual. Pero el desarrollo de su potencialidad es sólo un atributo de la unidad colectiva de los trabajos individuales. Dicho de otro modo, la realización del ser genérico humano mismo es sólo un atributo del trabajo social. La unidad orgánica de los trabajos individuales, o sea, el modo en que la sociedad organiza la producción de su vida, toma la forma concreta de las relaciones sociales de producción. Como tales, estas relaciones sociales no tienen cómo avanzar en su desarrollo más allá de lo que demanda de ellas la materialidad misma de las fuerzas productivas de la sociedad en cada momento del suyo. La historia natural del género humano no es sino la historia del desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo, y de las formas sociales concretas con que este desarrollo se rige.

Lo primero que resalta del trabajo social en el modo de producción capitalista es la forma de privado con que se realiza. Aquí, ningún productor se encuentra sujeto a relaciones directas de dependencia personal que le impongan el modo concreto en que debe aplicar su fuerza de trabajo. Y si algo caracteriza a un sujeto independiente que realiza su trabajo privadamente, es la autonomía inmediata de su conciencia y voluntad. Pero así como la conciencia y la voluntad del productor independiente no se encuentran subordinadas a las de ningún otro individuo en el proceso de regir privadamente su trabajo individual, se encuentran privadas de inmiscuirse en la organización correspondientemente independiente del trabajo de los demás. Como individuos libres, los productores independientes de mercancías ejercen mediante su conciencia y voluntad el control pleno sobre sus trabajos individuales, pero carecen de todo control sobre el carácter social de éstos. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social se potencia así a través del desarrollo de las fuerzas productivas individuales aisladas. Pero, al mismo tiempo, pierde toda potencialidad proveniente de la aplicación de la conciencia y la voluntad a la organización del trabajo como un proceso directamente social. Esta contradicción es el punto de partida de la razón histórica específica de existir del modo de producción capitalista.

*. Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, sección primera.

Los productores de mercancías se encuentran privados de toda capacidad para organizar socialmente sus trabajos de manera directa aplicando sus conciencias y voluntades individuales como una fuerza inmediatamente social. Esa organización se resuelve necesariamente de una manera indirecta. En el modo de producción capitalista, la sociedad asigna su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, necesarias para la vida social, mediante el cambio de mercancías. Esto es, a través de la forma de valor que toma el producto del trabajo social realizado privadamente. El trabajo abstracto socialmente necesario, simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rija a ésta, adquiere una forma social históricamente específica al ser realizado privadamente por los productores independientes. Materializado en su producto, las mercancías, aparece representado como el valor de éstas. O sea, aparece representado como la aptitud de las mercancías para relacionarse socialmente entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores.

Recién en el cambio mismo, o sea, en el mercado, se pone de manifiesto si un determinado trabajo privado ha formado o no parte del trabajo social en el momento de realizarse. De modo que el productor no sólo debe producir un objeto socialmente útil, un valor de uso social. Debe producir, al mismo tiempo, su relación social general, debe producir valor. El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social bajo su modalidad capitalista parte, pues, de la plenitud de las potencias productivas del trabajo libre individual aislado. O sea, parte de la plenitud de las potencias productivas que puede darle al trabajo social su realización bajo la forma de trabajo absolutamente privado.

Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente del carácter social de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Ahora bien, al mismo tiempo, sólo porque se encuentran sometidas al

dominio de la mercancía, es que la conciencia y la voluntad humanas se determinan a sí mismas como libres de todo dominio personal ajeno. En los modos de producción anteriores, empezando por el comunismo primitivo, no existían los individuos libres de relaciones de dependencia personal en la organización de su trabajo social. Quienes se detienen en las apariencias de la circulación de las mercancías, creen que sus poseedores son sujetos abstractamente libres por naturaleza. Pero la libertad humana no es sino una relación social que, en su desarrollo histórico hasta hoy, sólo ha existido y existe bajo la forma concreta del no estar subordinado a relaciones de dependencia personal porque se está sometido a las potencias sociales del producto del trabajo. Por lo tanto, el desarrollo de la libertad no tiene otra necesidad que la que pueda brotar del desarrollo de su misma enajenación.

1.3 El capital, o las potencias productivas del obrero doblemente libre*

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Como relación social general objetivada que representa el trabajo social hecho de manera privada e independiente, el valor toma la forma sustantivada de dinero. El dinero representa a todas las modalidades concretas del trabajo social y, por lo tanto, es en sí mismo la capacidad latente para poner en marcha a todas esas modalidades como punto de partida del proceso de metabolismo social. De modo que la organización de la producción social no parte simplemente de que la conciencia enajenada de cada individuo libre pone en acción su porción de trabajo social. Por el contrario, la conciencia enajenada no hace sino expresar la necesidad de la relación social sustantivada, que pone en movimiento al trabajo social sin tener por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la reproducción ampliada de la misma relación social sustantivada. Se trata, pues, de la valorización del valor, de la producción de plusvalía. Por lo tanto, en la asignación del trabajo social bajo sus distintas formas concretas, la única determinación cualitativa que prima es la realización de la diferencia puramente cuantitativa entre el capital que abre y el que cierra el ciclo. Tal es el modo capitalista de organizar la producción social.

El capital no es sino la forma histórica específica en que la capacidad para organizar el trabajo de la sociedad se pone en marcha como atributo portado en una cosa producto del trabajo social anterior, con el fin inmediato de producir más de esa capacidad para organizar el trabajo social como atributo del producto material del trabajo anterior. El capital se encuentra determinado así como el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales. Las potencias productivas del trabajo social sólo existen como potencias del capital. La producción social se encuentra regida por una relación social general producida en el propio proceso de la producción material, que impone la

*. Marx, *El capital*, vol. 1, secciones segunda y tercera.

constante expansión de esta producción material sin más necesidad inmediata que la de producir más de sí misma como relación social general materializada. Con lo cual renueva constantemente la necesidad de su producción en escala ampliada.

La realización del trabajo social de manera privada e independiente encierra un violento desdoblamiento respecto de la apariencia inmediata que presentaba al considerar a la mercancía como simple producto del trabajo, y no del trabajo enajenado en el capital. Por un lado, el trabajo directo queda en manos del obrero doblemente libre. Este obrero es un individuo libre porque conserva la autonomía de su voluntad como poseedor de la única mercancía que tiene para vender, su propia fuerza de trabajo. Pero, al mismo tiempo, es un individuo libre en cuanto se encuentra separado de los medios necesarios para poner esa fuerza de trabajo en acción por su cuenta. Esta libertad de doble cara conserva para la conciencia y voluntad del obrero la necesidad de aplicarse al control del propio trabajo individual, como condición para que su fuerza de trabajo conserve su aptitud mercantil. Por el otro lado, el capitalista encarna las potencias de la mercancía determinada como capital, o sea, las potencias del trabajo social. De modo que el ejercicio por el obrero doblemente libre de su conciencia y voluntad en la organización de su propio trabajo individual incluye el someterse consciente y voluntariamente a la autoridad del capitalista dentro del proceso de trabajo.

La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus formas concretas útiles a través de la forma de mercancía tomada por el producto del trabajo social presupone la ausencia de toda relación directa que someta la voluntad de un individuo a la de otro. Pero ahora vemos que el más puro cambio de mercancías que caracteriza de manera específica al modo de producción capitalista –la compraventa de la fuerza de trabajo– engendra por sí una relación directa de sometimiento de la voluntad del obrero a la del capitalista. Se trata de una relación directa que alcanza a la universalidad del vínculo establecido de manera indirecta entre capitalistas y obreros a través de la compraventa de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, no se trata de una relación de sometimiento de una persona a otra, sino de una personificación de mercancías a otra. Sin embargo, no se trata de una relación que vincula al capitalista y al obrero de manera general. Sólo rige al interior de cada proceso de trabajo realizado de manera privada e independiente, y mientras dura la jornada de trabajo por la cual se ha vendido la fuerza de trabajo.

Del simple productor directo que rige por sí mismo su trabajo individual de manera privada e independiente al obrero doblemente libre media, pues, una mutilación en la capacidad para controlar el propio trabajo individual. Media, por lo tanto, una mutilación en el desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual. Pero media, también, el desarrollo de la capacidad para controlar conscientemente el ejercicio del trabajo libre individual como una potencia colectiva. Se trata de una potencia colectiva que surge de la

asociación del trabajador con el no trabajador que lo explota en una relación directa que, a su vez, se encuentra regida de manera general por la relación indirecta establecida mediante la compraventa de la fuerza de trabajo.

El capitalista ejerce la voluntad y la conciencia productiva de los obreros cuya fuerza de trabajo compra, bajo una forma concreta necesariamente antagónica. Pero no se trata simplemente del carácter antagónico general que encierra toda relación de sometimiento directo de la voluntad del trabajador a la del no trabajador que lo explota, cualquiera sea su forma social específica. El carácter antagónico de la relación directa establecida entre el obrero y el capitalista se encuentra determinado de manera históricamente específica como forma concreta de realizarse el valor de la mercancía fuerza de trabajo. Por lo tanto, se encuentra determinado como forma concreta de organizarse el trabajo social mediante su realización de manera privada e independiente.

El antagonismo entre vendedor y comprador de la fuerza de trabajo no concierne a éstos de manera individual. La igualdad de derechos jurídicos como poseedores de mercancías con que se enfrentan individualmente en la circulación, sólo puede resolverse mediante la fuerza. Y la competencia entre los obreros por vender individualmente su fuerza de trabajo so pena de no poder reproducir su vida natural, inclina necesariamente la balanza a favor del capitalista. Con lo cual, en lo que concierne puramente a la circulación individual, la fuerza de trabajo se encuentra condenada a venderse por debajo de su valor. Esta posibilidad resulta ciertamente fascinante para cada capital individual. Pero, desde el punto de vista de su conjunto, es decir, del capital total de la sociedad, se trata de una práctica que mina la capacidad de acumulación. Lo hace al agotar progresivamente la fuerza de trabajo a disposición del capital total de la sociedad.

La reproducción del capital social se realiza necesariamente, entonces, haciendo que la relación indirecta que los obreros individuales establecen entre sí como vendedores de la misma mercancía, la competencia entre ellos, tome forma concreta en su opuesto. Esto es, esa competencia toma forma concreta en una relación directa de cooperación, la solidaridad obrera mutua, en el proceso de circulación de su mercancía fuerza de trabajo. La venta de la fuerza de trabajo por su valor trasciende las potencias del obrero individual. Pero también trasciende las del colectivo de obreros recortado por el carácter privado de cada capital individual. Y trasciende aun las de la suma de estos colectivos en cada esfera especial de la producción social. Lo mismo ocurre respecto de la representación de estos capitales por sus capitalistas. Por lo tanto, la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor toma necesariamente forma concreta en la determinación de obreros y capitalistas, no ya simplemente como personificaciones antagónicas que se enfrentan de manera indirecta e individual a través de la compraventa de la fuerza de trabajo, sino como clases de personificaciones que se enfrentan entre sí de manera directa. Esto es, dicha

compraventa se realiza tomando necesariamente la forma concreta de lucha de clases.

La forma de mercancía que toma la relación social general en el modo de producción capitalista lleva en sí la disolución de todas las relaciones directas de interdependencia personal, sustituyéndolas por relaciones indirectas de interdependencia general respecto de las cosas. Pero, vemos ahora que la realización de la acumulación del capital social engendra por sí misma una relación social directa entre los individuos que se enfrentan desde el mismo polo de la enajenación de sus potencias humanas como potencias del capital, a saber, la clase obrera y la clase capitalista. Y es esa misma organización autónoma general la que sólo puede realizar sus propias potencias tomando forma concreta a través de una relación social general directa que subsume a las que determinan a cada clase, la lucha de clases. No se trata ya de una relación directa circunscripta al interior del carácter privado e independiente con que se realiza cada porción de trabajo social. Se trata de que este carácter engendra necesariamente una relación directa de alcance universal.

Por lo tanto, en esencia, la lucha de clases es la acción consciente y voluntaria colectiva de alcance universal que realiza la organización del trabajo social de manera directa, como forma concreta específica de realizarse su organización inconsciente general por la acumulación del capital. El modo de producción capitalista muestra así que encierra una primera potencialidad histórica que le es específica. Se trata del establecimiento de una relación social de alcance universal por la cual la organización del trabajo social se rige por la acción consciente y voluntaria de los individuos. Pero determina a esta relación directa como forma concreta necesaria de la relación indirecta por la valorización del valor. Al hacerlo, el modo de producción capitalista muestra al mismo tiempo que encierra un límite específico al desarrollo de dicha relación directa.

1.4 La plusvalía relativa, o la revolución constante de la subjetividad productiva del obrero doblemente libre*

La clase obrera no puede dejar de enfrentarse todos los días a la capitalista por la realización del valor de su fuerza de trabajo. Este enfrentamiento es la única forma que tiene para reproducir su fuerza de trabajo y, con ella, su vida natural. Sin embargo, por más triunfos que pueda acumular en este enfrentamiento, no revoluciona con ellos las bases materiales del desarrollo de las potencias del trabajo social. Claro está que tampoco las revoluciona la clase capitalista, por más que se esfuerce en representar estas potencias explotando a la fuerza de trabajo hasta la aniquilación. Recién lo logra en cuanto su voluntad actúa como personificación de la producción de plusvalía relativa. En pos de producir plusvalía relativa, el modo de producción capitalista lleva en sí la necesidad de revolucionar constantemente las condiciones técnicas de la

*. Marx, *El capital*, vol. 1, secciones cuarta a séptima, hasta el capítulo 23 inclusive.

producción social, sin más límite que la formalmente ilimitada valorización del valor. Con la producción de plusvalía relativa, el trabajo vivo no sólo se encuentra formalmente dominado por su propio producto, a cuyo servicio debe poner su conciencia y voluntad personificando las potencias sociales materializadas en el mismo. Aquí, el obrero se encuentra realmente subsumido en su propio producto, en cuanto éste mismo actúa como el sujeto social concreto que le impone la constante revolución de las condiciones materiales de su trabajo.

Sin embargo, el papel histórico que juega el modo de producción capitalista en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad no se limita a una abstracta revolución constante de las bases técnicas de la producción. La clave se encuentra en la forma concreta de esta revolución constante. Porque, así como obrero y capitalista no tienen más voluntad ni existencia social que como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución técnica constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados. Revoluciona, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

La cooperación simple, en donde cada obrero ejecuta un proceso de trabajo íntegro y no diferenciado respecto del de sus compañeros, es la primera modalidad específica tomada por el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de la producción de plusvalía relativa. El obrero individual del que partimos no sufre transformación alguna al interior de su propio proceso de trabajo. Pero, al mismo tiempo, emerge de este primer paso convertido en un miembro particular del colectivo de obreros que explota un capitalista. La capacidad del capitalista para controlar el ejercicio mismo del trabajo realizado por cada obrero individual se detiene en la exterioridad de este ejercicio. Hacia el interior del mismo no rige más subjetividad que la del obrero doblemente libre. Pero el capitalista personifica ahora las potencias del trabajo social en cuanto éstas se imponen, no ya sobre un mero proceso individual de trabajo, sino sobre un colectivo de trabajos individuales. En cuanto se imponen, por lo tanto, sobre un trabajo social en sí mismo.

La división manufacturera del trabajo supera las potencias de la cooperación simple para revolucionar la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de producir plusvalía relativa. Lo hace transformando al obrero en un sujeto colectivo que integra la tarea parcial realizada por cada obrero individual, al interior mismo del proceso de trabajo. El obrero individual pierde con ello toda capacidad para controlar de manera íntegra el proceso de trabajo en que participa. Conserva, sin embargo, el control subjetivo pleno de la porción de ese proceso que pasa materialmente por sus manos. Pero esta capacidad que conserva se convierte en una base renovada para la mutilación de la universalidad potencial de su fuerza de trabajo. Es al precio de semejante mutilación, que el obrero doblemente libre ve convertirse las potencias de su trabajo individual en potencias de un trabajo directamente colectivo. Por su parte, la capacidad del capitalista para controlar conscientemente trabajo

social penetra ahora en el proceso de trabajo mismo. Este requiere ahora la asignación proporcional y la coordinación de las distintas tareas parciales que lo componen.

El sistema de la maquinaria, propio de la gran industria, supera todas las trabas que la intervención de la subjetividad del obrero individual en la ejecución de su proceso de trabajo puede imponer a la extracción de plusvalía. El obrero individual en activo tiende a recuperar su universalidad potencial sólo porque el capital ha borrado su subjetividad del proceso de producción. Pero, lejos de recuperar su capacidad para controlar la integridad del proceso de producción en que actúa, la capacidad para hacerlo se enfrenta al obrero como un atributo objetivado en la maquinaria. La enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital ha alcanzado así la expresión más desarrollada que le cabe respecto del trabajo productivo.

El obrero colectivo de la gran industria arranca teniendo su organicidad dada en su condición de apéndice del sistema de maquinarias. A su vez, convertido en el sujeto materializado del proceso de producción, el sistema de maquinarias tiene su propia organicidad determinada por la capacidad objetivada para organizar este proceso de manera íntegra. Y esta capacidad objetivada sólo puede ser el producto de un conocimiento que alcanza a la integridad de los procesos naturales sobre los que va a operar la maquinaria, de manera correspondientemente objetiva. La ciencia es, pues, la forma concreta necesaria de producirse la capacidad para organizar el proceso de trabajo del obrero colectivo de la gran industria. La producción de esta capacidad, el ejercicio de la misma en la organización práctica del proceso de producción en sentido restringido, y éste en sí mismo, son los tres momentos necesarios en la ejecución de la unidad que constituye el proceso de producción propio de la gran industria.

Cuando el obrero doblemente libre consume sus medios de vida, no hace sino reproducirse como tal. De modo que su voluntad y su conciencia tienen por toda determinación material el convertirlo, un día con otro, en un vendedor forzado de su fuerza de trabajo, que debe luego aplicar productivamente de manera consciente y voluntaria al servicio del capital. El siervo y el esclavo eran trabajadores forzados por la coacción directa que ejercía sobre ellos el no trabajador; el obrero asalariado es un trabajador forzado por la coacción que ejerce sobre él su propia libertad de doble cara. La condición de individuo privado e independiente que conserva para sí el obrero doblemente libre no es sino la forma concreta necesaria en que se realiza su determinación como trabajador forzado cuyo producto se le enfrenta como una potencia ajena que lo domina. La libertad individual que, al mismo tiempo, resulta impotente para controlar el carácter social del trabajo que rige, es la forma concreta necesaria en que se organiza este trabajo como un atributo perteneciente a su propio producto, cuando éste actúa como la relación social general materializada que se ha constituido en el sujeto concreto de la vida social. Por lo tanto,

dicha libertad individual es la forma ideológica necesaria de organizarse el trabajo forzado propio del modo de producción capitalista. En este modo de producción, el obrero es un individuo libre sólo porque nace a su vida natural ya determinado como un individuo cuyas propias potencias sociales le son ajenas. Cuanto más se ve el obrero a sí mismo como un individuo abstractamente libre, es decir, como un individuo cuyas potencias sociales brotan de su sola condición de sujeto libre, más prisionero se encuentra de encarnar las potencias del capital que necesitan tomar forma concreta en la negación de la organización consciente de la vida social. Por su parte, el capitalista sólo se afirma como individuo libre en cuanto personifica la necesidad de su capital de acumularse.

El incremento de la capacidad productiva del trabajo para producir plusvalía relativa transforma paulatinamente al obrero productivo en un obrero colectivo vacío de subjetividad al interior del proceso de trabajo en sentido restringido. Al mismo tiempo, presupone la concentración creciente del capital capaz de poner en acción a cada obrero colectivo. Por lo tanto, crece la escala de los fragmentos de trabajo social, organizados de manera privada con independencia uno de otro, que realiza cada obrero colectivo bajo el control del capital individual que lo recorta. Y este crecimiento no sólo tiene lugar en términos absolutos, sino respecto de la participación abarcada por cada capital individual dentro de la esfera especial de la producción en que opera.

El incremento de la tasa de plusvalía mediante el desarrollo de la maquinaria tiene por condición el crecimiento del capital constante a expensas del crecimiento del capital variable. El crecimiento del capital variable a una velocidad cada vez más lenta respecto del crecimiento del capital total tiene un efecto inmediato sobre la subjetividad productiva de la clase obrera. Transforma a una porción creciente de ésta en población sobrante para el capital. Pero el capital es la relación social a través de la que la población obrera organiza forzosamente la producción general de su vida. De modo que, al transformar a esta población obrera en sobrante para él, el capital la despoja del vínculo social portador de la capacidad de la misma para producir su propia vida natural. El capital, producto del trabajo social de la población obrera, priva a ésta de su capacidad para participar en la realización del trabajo social. Esto es, el capital, realización del ser genérico humano de la población obrera, despoja de su mismo ser genérico humano a la población obrera que determina como sobrante. La condena así a muerte. Tal es el grado en que el capital se erige en el sujeto concreto de la vida social, enfrentándose a sus propios productores como una potencia que les es ajena.

Hasta aquí, la necesidad del capital de revolucionar constantemente las condiciones materiales de producción no ha mostrado tener más potencia histórica que la degradación de la subjetividad productiva de la clase obrera. La convierte en apéndice de la maquinaria, cuando no la arrasa de manera absoluta. Esa revolución constante aparece no habiendo hecho más que transformar

las fuerzas productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo social materializado, a expensas de despojar a los obreros de toda capacidad para poner en acción por sí mismos la producción social. La propia conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo recortado por cada capital individual se enfrentan a este obrero mismo como atributos encarnados en la subjetividad del capitalista que compra la fuerza de trabajo de sus integrantes individuales. Podría parecer, entonces, que el capital ha vaciado a la clase obrera de toda potencia histórica que trascienda la reproducción de la plusvalía relativa.

Sin embargo, falta considerar aún lo que ocurre dentro de las otras dos etapas que integran el proceso productivo de la gran industria. O sea, lo que ocurre con la producción del control científico sobre las fuerzas naturales y sobre la aplicación productiva de éstas. El desarrollo de estas tareas en la escala correspondiente a la gran industria escapa de las potencias subjetivas del capitalista. El capital social necesita entonces producir un nuevo tipo de obrero doblemente libre cuya subjetividad productiva sea apta para desarrollar estas tareas, las cuales conforman la producción y ejercicio de la conciencia y voluntad productiva del obrero colectivo. Este se encuentra integrado, así, por los obreros que participan directamente en el proceso de trabajo en sentido restringido y los obreros cuyo trabajo consiste en organizar científicamente ese proceso. Así como el obrero individual ha perdido el dominio respecto de la integridad del proceso de trabajo en que participa, este dominio muestra ahora haber dado el primer paso de su desarrollo como un atributo del obrero colectivo. Aunque, como atributo enajenado, no hace más que reproducir la fragmentación que reina dentro del obrero colectivo entre sus distintos órganos especializados. Mientras el capital necesita degradar la subjetividad productiva de la primera porción del obrero colectivo hasta arrasar con ella, necesita desarrollar la de la segunda porción habilitándola para realizar un trabajo cada vez más complejo.²

2. En *El capital*, Marx desarrolla plenamente las dos primeras determinaciones de la subjetividad productiva de la clase obrera. En cambio, apenas esboza el desarrollo de esta tercera determinación (Marx, *El capital*, vol. 1, págs. 347-348). Puede parecer, entonces, que hay un bache entre la degradación y privación de subjetividad productiva y la constitución de la capacidad de la clase obrera para organizar conscientemente la vida social. De todos modos, Marx remarca en *El capital* cómo la maquinaria transforma la materialidad del trabajo productivo para el capital, en cuanto el obrero colectivo incorpora el ejercicio de su propia conciencia productiva objetiva (ibíd., vol. 1, pág. 425). Al mismo tiempo, deja en claro que el desarrollo científico escapa completamente a la subjetividad de la clase capitalista, que no sabe sino apropiarse gratuitamente de sus frutos (ibíd., vol. 1, pág. 316). Ya en el Tomo III, muestra el desplazamiento del capitalista por el trabajador asalariado en la gestión del capital individual, aunque no lo presenta brotando del desarrollo de la materialidad del trabajo sino de la separación formal entre el capitalista como propietario y el capitalista en funciones (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, págs. 370-371). Pero sólo en los *Grundrisse* Marx avanza desplegando abiertamente la necesidad del desarrollo de la tercera subjetividad

De hecho, con el desarrollo de la producción en base al sistema de maquinarias, el proceso de trabajo mismo experimenta una transformación en su naturaleza. No consiste ya esencialmente en la aplicación de la fuerza humana de trabajo sobre su objeto para transformarlo. Pasa a tener su eje en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control científico de las fuerzas naturales y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre el objeto para transformarlo.

Cuanto más avanza esta transformación en la materialidad del trabajo, más necesita el capital social producir un obrero portador de una subjetividad productiva universal, capaz de controlar y organizar las fuerzas naturales cualquiera sea la forma concreta de éstas que se ponga en acción en cada caso. En pocas palabras, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita el capital social producir un obrero individual universal, no ya por la

productiva con la transformación material del proceso de trabajo que genera el sistema de la maquinaria. La pone así en evidencia como aquella cuya materialidad porta de manera directa la necesidad del capital de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo (Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, págs. 227-230 y 236-237). Sin embargo, Marx no presenta aquí a la clase obrera como el sujeto concreto necesario del desarrollo de la conciencia científica. Por el contrario, Marx presenta este desarrollo como el producto del trabajo «general del espíritu humano», al que contrasta con el trabajo del obrero colectivo (Marx, *El capital*, vol. 3, pág. 115). Más aún, pone como condición para el desarrollo de la conciencia científica el crecimiento de la población en general, distinguiendo este crecimiento de manera específica del de la clase obrera (Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, pág. 308).

La producción de la conciencia, y más específicamente de la conciencia objetiva que avanza en el dominio sobre las fuerzas naturales y sobre las formas sociales de organizar este dominio, es la expresión más plena del trabajo humano. Es, por lo tanto, la expresión más plena de la forma natural específicamente humana de la vida. Sin embargo, Marx se enfrenta todavía a la producción del pensamiento científico bajo la forma concreta inherente a la división social entre el trabajador y el no trabajador que ejerce la conciencia productiva del primero. Apenas ha comenzado a manifestarse prácticamente la necesidad capitalista del desarrollo de la conciencia objetiva como forma general del trabajo que lleva en sí la aniquilación de dicho ejercicio. Es en estas condiciones que el propio Marx llega a referirse a la producción del pensamiento científico como a una actividad contrapuesta al trabajo (ibíd., vol. 1, pág. 229).

En tiempos de Marx, el desarrollo de la conciencia científica como atributo inherente de manera exclusiva a la subjetividad obrera apenas comenzaba a desarrollarse. Por eso no había modo de enfrentarse a las determinaciones concretas de su sujeto. Hoy, dar cuenta del desarrollo de este sujeto es clave para cualquier programa revolucionario de la clase obrera. De hecho, la cuestión de las formas concretas de constituir la acción unitaria como clase obrera de las tres subjetividades productivas en que el capital fragmenta a ésta constituye actualmente el punto de partida de la organización política de la clase obrera en pos de sus intereses generales.

degradación de su subjetividad productiva, sino por la multiplicación de ésta. Aunque, por supuesto, el capital contrarresta constantemente esta tendencia general suya. Lo hace al convertir cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un nuevo atributo objetivado en la maquinaria, simplificando así el trabajo que lo ejerce.

La necesidad de organizar la producción de manera científica, con una complejidad y escala que superan toda subjetividad individual, alcanza igualmente al proceso de circulación del capital. El obrero colectivo recortado por cada capital individual desarrolla entonces un órgano especializado, a cargo de esta tarea improductiva. Por su parte, el hecho de que el obrero colectivo tenga en sus manos la organización íntegra de su proceso material de trabajo al interior de cada fragmento privado del capital total de la sociedad, no modifica ni en un ápice el carácter antagónico de la relación que establecen sus miembros con el capital en torno a la realización del valor de la fuerza de trabajo. Pero la subjetividad del capitalista también se ve superada por el carácter científico y la escala que adquiere el ejercicio del control coactivo sobre los obreros que emplea. El capital inviste entonces a otro órgano especializado del mismo obrero colectivo con la capacidad de ejercer esa conciencia y voluntad coactiva colectiva. El obrero colectivo viene a poseer así la capacidad de coaccionarse a sí mismo como personificación del capital para extraer plusvalía de su propio cuerpo. La libre conciencia y voluntad del obrero individual, o sea, su capacidad para organizar por sí su propio proceso de trabajo, condición para su coacción por el capital, se encuentra desarrollada ahora también como un atributo del obrero colectivo. Por último, la capacidad subjetiva del capitalista se ve superada incluso en cuanto personificación del capital como movimiento genérico del valor substantivado que engendra más valor. O sea, la subjetividad del capitalista se ve superada incluso en cuanto portadora de la conciencia y voluntad de la forma de privado con que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista. El obrero colectivo desarrolla una nueva porción de su cuerpo destinada a actuar como órgano especializado que personifica al capital en su pureza como tal.

Por supuesto, en cuanto en este proceso de expansión de su subjetividad enajenada en el capital, el obrero colectivo abarca la coacción sobre sí mismo y la representación del capital en su pureza como tal, los obreros individuales a cargo de estas tareas aparecen ante sí mismos y los demás como la negación misma de lo que son; a saber, miembros de la clase de los individuos libres que sólo cuentan con su fuerza de trabajo como mercancía para vender, o sea, miembros de la clase obrera. Al mismo tiempo, la relación antagónica general entre quienes personifican a la fuerza de trabajo y quienes personifican al capital penetra al interior de la propia clase obrera.

Pero, por sobre toda apariencia y antagonismo interno, se pone de manifiesto que el obrero colectivo ha recuperado para sí lo que el mismo movimiento del capital que lo engendra les ha quitado a los obreros individuales doblemente

libres que lo integran, a partir de sus atributos como productores independientes uno de otro capaces de organizar sus trabajos individuales de manera privada. El obrero colectivo puesto en acción por cada capital individual es, en su unidad, un productor que rige su trabajo de manera privada con independencia de la acción de los demás, y cuya conciencia y voluntad se encuentran determinadas como personificación de las potencias sociales del producto de su trabajo, el capital.

Al comienzo, nos enfrentábamos al productor de mercancías en el modo de producción capitalista como un individuo libre –por no estar sometido al dominio personal de nadie– que como tal realizaba su trabajo social de manera privada e independiente, Esto es, teniendo dominio pleno sobre el carácter individual de su trabajo pero careciendo de todo control sobre el carácter social del mismo. Por ello, debía someter su conciencia y voluntad de individuo libre al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, la mercancía: tenía que producir valor. Su conciencia y voluntad libres eran la forma concreta de su conciencia y voluntad enajenadas en la mercancía.

Ahora, vemos que, *con el desarrollo de la producción de plusvalía relativa mediante la maquinaria, el productor de mercancías es un individuo colectivo –formado por obreros doblemente libres, en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida por su cuenta– que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.*³

3. Las fuerzas productivas del trabajo social no tienen más modo concreto de realizarse que como fuerzas productivas de los trabajos individuales. Cada modo de producción sintetiza una determinada relación entre el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social y el desarrollo de los atributos productivos individuales. Desde sus orígenes y por más de dos millones de años, el desarrollo de las fuerzas productivas sociales se encuentra portado por el desarrollo de las fuerzas productivas de un trabajo individual regido por relaciones personales basadas en el reconocimiento mutuo de la pertenencia a la misma comunidad. Esta modalidad de desarrollarse las fuerzas productivas sociales se organiza, necesariamente, sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, en cuanto éstos corresponden al alcance inmediatamente social del trabajo. Se trata, pues, de un comunismo cuyo carácter primitivo está dado por el alcance mismo de las relaciones de mutua dependencia personal. Ya en esta etapa histórica, las fuerzas productivas del trabajo social se multiplican en base a la división del mismo entre quienes realizan el trabajo manual inmediato y quienes ejercen la conciencia productiva del carácter social del trabajo de los miembros

de la comunidad. Llega entonces el momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social da un salto adelante al convertir el ejercicio de la organización inmediatamente social del trabajo en el monopolio de una porción de la sociedad. Esta porción priva a los restantes miembros de la sociedad de la posibilidad de actuar como portadores de la conciencia productiva social, y les impone la realización del trabajo manual mediante la fuerza. El productor directo mismo se convierte, así, en propiedad de quien ejerce la organización general del trabajo social. Con lo cual, tanto los medios de producción de uso inmediatamente social como los medios de producción cuya utilización reviste un carácter inmediatamente individual, pasan a ser la propiedad del propietario del trabajador. Se trata del modo de producción esclavista.

Este modo de producción multiplica el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo realizado de manera inmediatamente colectiva. Pero este desarrollo se realiza a expensas de coartar las potencias productivas individuales del productor directo, del esclavo, al mutilarlo en su personalidad. Transcurridos menos de cinco mil años, el propio desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad logrado por el trabajo esclavo hace que dicha mutilación comience a manifestarse como una traba absoluta a su continuidad. Comienza, entonces, el proceso de recuperación para el trabajador manual del control sobre su proceso individual de trabajo. Esta reversión implica el deterioro de las fuerzas productivas del trabajo inmediatamente social. Por lo tanto, el desarrollo de este nuevo modo de organizar la producción social se presenta necesariamente como un período de retroceso, tanto en lo que hace al ejercicio colectivo del trabajo manual como al desarrollo de la conciencia capaz de regirlo. Pero, al mismo tiempo, para que avance en el ejercicio del control sobre su trabajo individual, el productor directo no puede ser ya de propiedad de quien controla coactivamente el trabajo social. Sólo puede serlo su medio básico de producción, la tierra, mientras el productor directo se encuentra sometido a relaciones de dependencia personal que lo atan a ella y lo fuerzan a producir para el no trabajador. El desarrollo del modo de producción esclavista engendra, así, al modo de producción feudal. Van a bastar menos de mil años para que las potencias productivas del trabajo social organizado de manera feudal muestren abiertamente su limitación histórica en razón del carácter aún mutilado de las potencias productivas del trabajador individual sometido a las relaciones coactivas de subordinación personal. Pero ya dentro de la propia época feudal se pone en evidencia el alcance de las potencias productivas del trabajo individual no sometido a coacción directa. Lo hace en las figuras del campesino y el artesano libres. Como individuos libres de toda relación de dominación personal, realizan su trabajo de manera privada e independiente. Al ejercicio pleno del control sobre sus trabajos individuales corresponde la propiedad privada de sus medios de producción basada en el propio trabajo. Son, por lo tanto, los portadores plenos del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social realizado como un trabajo individual aislado. Visto a la inversa, son los portadores plenos de la mutilación absoluta de las fuerzas productivas del trabajo social realizado inmediatamente como tal. El modo de producción capitalista es la forma históricamente necesaria en que se socializa este trabajo libre individual a través del desarrollo de su condición de trabajo privado. Parte, pues, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción basada en el propio trabajo, para convertirla en una propiedad privada basada en la extracción gratuita de trabajo libre ajeno:

«Cuando no se limita a convertir directamente al esclavo y al siervo de la gleba

1.5 Concentración y estado, o la plenitud de las potencias productivas del trabajo social realizado como trabajo privado

La reproducción de la plusvalía relativa impone el crecimiento relativo y absoluto de cada uno de los fragmentos del trabajo total de la sociedad cuya ejecución privada se encuentra conscientemente organizada por el propio obrero colectivo que lo realiza. Bajo su forma concreta de acumulación capitalista, la ampliación del espacio abarcado por el trabajo social conscientemente organizado se realiza mediante la concentración y centralización progresiva de los capitales individuales. Claro está que, en cuanto la organización del trabajo social trasciende del alcance de cada capital individual, la forma de mercancía se hace presente de manera directa como la portadora de esa organización. El plan consciente que organiza el trabajo del obrero colectivo al interior de cada capital individual no es sino la forma concreta necesaria de realizarse la acumulación del capital, o sea, de realizarse la organización inconsciente general del trabajo social mediante la valorización del valor. El capital no es sino la relación social materializada que se yergue como el sujeto concreto del proceso de vida social. Por lo tanto, la condición de sujeto es un atributo inherente al capital social mismo, forma específica con que se representa el producto del trabajo social en su unidad. Este sujeto toma forma concreta en los capitales individuales, determinados como materializaciones privadas de trabajo social. La formación de la tasa general de ganancia es la manera acabada en que el capital social realiza su condición de sujeto concreto de la producción social. Esa formación no es sino el modo de asignarse la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concreta útiles por medio de la afirmación de los capitales individuales como partes alícuotas del capital social.⁴

Sin embargo, para asignar la capacidad total de trabajo, al capital social no le alcanza con la organización de los trabajos privados regida por el movimiento de los capitales individuales en la formación de la tasa general de ganancia. La propia acumulación del capital social alcanza el límite de esta organización autónoma tan pronto como el ejercicio privado de la conciencia y voluntad que personifica a los capitales individuales atenta contra las condiciones de la

en obrero asalariado, determinando por tanto un simple *cambio de forma*, la acumulación originaria significa pura y exclusivamente la *expropiación del productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo*» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 647).

Apenas unas centurias le alcanzan al modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas del trabajo social de la manera revolucionaria que estamos viendo. Pero, también, para engendrar sus propias formas concretas de mutilar ese desarrollo.

4. Nuestro proceso de reconocimiento ya ha avanzado por el curso abierto por Karl Marx. *El capital*. Vol. 2. México, DF: FCE, 1973 y Marx, *El capital*, vol. 3, secciones primera y segunda.

reproducción general del proceso de acumulación. La asignación del trabajo social necesita entonces ser realizada de manera directa por el capital social, y no simplemente a través del cambio de mercancías. Las potencias directas de la acumulación del capital social necesitan encarnarse, entonces, en un sujeto que enfrente a los capitales individuales, no sólo como portador de una conciencia y voluntad independiente de la de ellos, sino que tenga la potestad de imponer la suya directamente por sobre ésta. Este representante político directo del capital social es el estado.

Su condición históricamente específica de representante político general del capital social determina al estado capitalista como el agente directo general de la reproducción de la explotación de la clase obrera. De modo que, ante todo, la personificación directa del estado como representante del capital social corresponde, por naturaleza, a la clase capitalista. Por el contrario, parecería que el personificar de manera directa al capital social no cabe en modo alguno entre las determinaciones de la clase obrera. Más bien, parecería que la clase obrera sólo puede personificar las necesidades del capital social mediante su lucha contra el estado a fin de forzar a éste a aplicar las políticas que imponen sobre los capitales individuales la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor (valor que incluye obviamente la progresión misma hacia la producción del obrero universal).

Sin embargo, en la circulación, y por lo tanto, a la conciencia inmediata de la clase obrera, la realización del ciclo de acumulación del capital social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo se presenta bajo la apariencia de ser la realización de la libertad, la igualdad, la propiedad basada en el propio trabajo, y el interés personal de todos los participantes. La enajenación de la conciencia y voluntad del obrero en el capital toma aquí la forma concreta de su opuesto, o sea, de la conciencia y la voluntad libres. Sobre la base de esta apariencia, la organización directa de la acumulación del capital social como forma concreta de realizarse la organización general indirecta de la vida social mediante esa acumulación, se presenta como una necesidad que atañe por igual a la clase capitalista y a la clase obrera. Se realiza entonces estableciendo la relación política (y por tanto directa) general de ciudadanía que abarca indistintamente a los miembros de ambas clases. La organización directa de la acumulación del capital social toma luego forma concreta en la acción política de la clase obrera, no simplemente en cuanto esta acción encarna el carácter antagónico de la relación capitalista, sino en cuanto ella se convierte en expresión positiva inmediata del proceso de acumulación del capital social. Pero, como que esta acción organizativa directa es realización de una necesidad del capital social, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como lo que es, a saber, como una potencia enajenada que la domina. Esto es, se enfrenta a la propia clase obrera que la realiza como una potencia del representante político general del capital social, o sea, del estado.

El mismo desarrollo de la acumulación del capital social lleva la com-

plejidad de su organización directa más allá de donde alcanza la capacidad subjetiva de los miembros de la clase capitalista para ejercer la representación política general del capital social. Esta es una tarea que muy tempranamente debe realizarse en gran escala sobre una base científica. Así como ocurre respecto de la personificación de los capitales individuales, el capital social necesita producir a una porción de la clase obrera como los individuos que personifican su representación política general. No se trata ya de una porción de la clase obrera que representa políticamente al capital social de manera específica en cuanto éste lleva en sí la necesidad de reproducir a la fuerza de trabajo con los atributos materiales y morales que requiere de ella para valorizarse. Se trata ahora de una porción de la clase obrera que personifica políticamente al capital social en su integridad como tal. Lo cual quiere decir, sin ir más lejos, que este fragmento de la clase obrera tiene a su cargo el ejercicio, como una potencia directamente social, de la coacción directa sobre el resto de la clase obrera inherente a la relación antagónica que el capital tiene con ésta. Pero también quiere decir que otra porción del fragmento en cuestión tiene a su cargo el desarrollo, como una potencia directamente social, de la conciencia científica correspondiente al desarrollo de las fuerzas productivas materiales regido por la producción de plusvalía relativa. Lo cual quiere decir que esta misma porción tiene a su cargo la producción de la conciencia científica de la clase obrera como una potencia directamente social enajenada en el capital y, por lo tanto, bajo la forma concreta de su opuesto, la ideología. La apariencia de la independencia de la clase obrera respecto del capital se convierte así en el producto de la ciencia que ella misma produce.

Ya habíamos visto que, con el desarrollo de la gran industria, el productor directo –en su unidad de obrero colectivo– recobra para sí, y por lo tanto, como una potencia inmediatamente social al interior de sí mismo, la condición de personificación consciente y voluntaria del carácter social general de su trabajo. Aunque, por supuesto, este carácter sigue enfrentándolo como un atributo enajenado en su producto material. Así lo hace por seguir siendo, ahora hacia el exterior de la unidad de cada obrero colectivo, un trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado. Vemos ahora que, por su relación directa como clase, y por lo tanto, como una potencia consciente y voluntaria directamente social al interior de la clase, los obreros doblemente libres logran lo que era imposible para los productores directos de simples mercancías. Esto es, logran intervenir de manera consciente y voluntaria en la asignación de su capacidad total de trabajo bajo las distintas formas concretas útiles de éste, en tanto esta asignación concierne de manera inmediata a la unidad social del producto de sus trabajos privados, o sea, al capital social. Sin embargo, el desarrollo histórico de los atributos específicos del productor libre de simples mercancías como atributos del obrero doblemente libre está lejos de haber liberado a éste de la enajenación de esos atributos suyos como potencias sociales materializadas en el producto de su trabajo. El obrero doblemente

libre no es el sujeto concreto de su propio trabajo social. A la inversa, él mismo es el producto de las potencias sociales materializadas de su trabajo, o sea, de la forma de capital que tiene su propio producto.

Dentro de las determinaciones vistas hasta aquí, por más encarnizada que sea la lucha de clases o más democrático que sea un estado, la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias de la relación social general materializada no ha retrocedido ni en un ápice. Todas las potencias del ser genéricamente humano se enfrentan a éste como potencias enajenadas en el capital. La propia conciencia y voluntad de los obreros que alimentan al capital con el plustrabajo que éste les arranca se encuentran enajenadas en él, no ya simplemente en tanto deben someterse a esta explotación, sino en tanto se encuentran determinadas activamente como la personificación positiva de la misma. Es por este camino que la acumulación del capital social toma necesariamente forma concreta mediante la organización directa del trabajo social por el estado. Y, a su vez, esta organización directa tiene a la acción política de la clase obrera como forma concreta necesaria de realizarse. La clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia para enfrentar a la burguesía en la lucha de clases, que la que le da el ser personificación de las potencias del capital social en cuanto la acumulación de éste choca contra el carácter privado de los capitales individuales.

1.6 Inversiones idealistas

A esta altura podría parecer que, si la clase obrera no tuviera más determinación que como atributo del capital, sería impotente para superarlo. Desde este punto de vista, la potencialidad para tal superación debería brotar de una fuente, de «un otro», opuestos al capital mismo. Detengamos por un momento nuestro avance y consideremos esta cuestión.

En primer lugar, podría parecer que la necesidad de superar el modo de producción capitalista ha de brotar de un imperativo ético, moral. Se trataría de superar la «injusticia» capitalista que brota en contraposición con un «derecho», una «justicia», una «igualdad» socialmente naturales,⁵ cuando no divinos. O, más pretenciosamente, de la realización de la «dialéctica de la eticidad»,⁶ o del «aumento en la autodeterminación interna o moralidad propia» mediante la educación.⁷ Pero la ética, la moral, el derecho, no son los abstractos productos del «libre espíritu humano». Los productores de mercancías tienen la necesidad práctica de verse a sí mismos como individuos cuya acción parte de su independencia mutua inmediata. Necesitan, por lo

5. Eduard Berstein. *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1966, pág. 157; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 1985, págs. 180-181.

6. Jürgen Habermas. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1982, pág. 67.

7. István Mezaros. *Marx's Theory of Alienation*. Londres: Merlin Press, 1986, págs. 188-189.

tanto, presentarse a su propia conciencia como individuos esencialmente libres por naturaleza. Su interdependencia social general, su propio ser social, se les presenta invertido como un límite exterior impuesto sobre su abstracta libertad natural. La ética es la pura representación ideológica, teórica, del ser social puesto por naturaleza como una determinación exterior al individuo. Está tan históricamente determinada como sus contrapartes prácticas, tanto la subjetiva –la moral– como la socialmente objetivada –el derecho–. Todas ellas son las formas concretas de la conciencia enajenada. La organización general indirecta de la producción social por el capital se realiza necesariamente tomando en ellas la forma concreta de relaciones directas entre las personas, a partir de la apariencia de independencia individual mutua. Son, por lo tanto, relaciones sociales que realizan la enajenación de las potencias humanas como atributos del producto material del trabajo. La superación del modo de producción capitalista no implica un cambio de contenido de estas relaciones sociales. Implica su aniquilación. Cuando se las invierte como causa de la potencialidad revolucionaria de la clase obrera, ésta es presentada como si no tuviera más potencia para superar al modo de producción capitalista que la que le pudiera dar el desarrollo abstracto de una conciencia incapaz de trascender de la enajenación capitalista misma. El espíritu «igualitario y solidario» que embellece a la ética, la moral y el derecho del «hombre nuevo» oculta así la verdadera determinación histórica. Es decir, oculta el hecho de que la superación del modo de producción capitalista sólo puede resultar de un cambio en la materialidad misma del proceso de trabajo que, a su vez, tenga por condición igualmente material el ser regido por una conciencia capaz de superar toda apariencia enajenada.

Ante la impotencia que brota de esta crítica aparente, puede parecer que la respuesta se encuentra en el carácter antagónico de la relación entre explotadores y explotados en que se realiza el valor de la fuerza de trabajo. Puede parecer, así, que este carácter antagónico, la lucha en la que la clase obrera se constituye como tal, es el que convierte por sí a ésta en un sujeto revolucionario poseedor de la potencia necesaria para superar el modo de producción capitalista. El límite histórico de éste tendría su necesidad dada por la acumulación de experiencia en esa lucha hasta el punto de transformarse por sí en la conciencia de la capacidad como clase para organizar la generalidad del trabajo social de manera directamente consciente.⁸ Sin embargo, esta concepción empieza por dejar de lado la fuente material del desarrollo de la conciencia que es específicamente propia de la clase obrera; o sea, el desarrollo material de la subjetividad productiva específicamente suya. La reemplaza por la mera especificidad formal de la relación entre el no trabajador explotador y el trabajador explotado en el capitalismo. Esto es, empieza por sustituir la subsunción real del obrero en el capital por su subsunción formal, como

8. Georg Lukács. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. México, DF: Grijalbo, 1969, pág. 83.

determinante de las potencias revolucionarias específicas de la clase obrera. Tan vacía de determinación material se torna así la especificidad histórica del capitalismo, que se llega incluso a invertir la determinación de la relación antagónica entre el trabajador y el no trabajador. En esta inversión, las distintas modalidades que toma a lo largo de la historia la separación de la sociedad en trabajadores explotados y no trabajadores que explotan el trabajo ajeno no son las formas concretas necesarias de organizarse el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social en tanto este desarrollo sólo puede realizarse a expensas del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo individual. Por el contrario, se presenta a la historia humana como teniendo por esencia el desarrollo de las modalidades de explotar el trabajo ajeno. La especificidad histórica del capitalismo se reduce así a que él es la forma acabada de esa explotación, al imponer el hambre insaciable de plusvalía como el objeto de la producción social. Para esta concepción, la lucha de clases no es la relación social de producción en la que toma forma concreta necesaria el desarrollo de las potencias productivas materiales del trabajo social a partir de las potencias productivas del trabajo individual aislado. Al contrario, como ocurre en la versión de Holloway, esta forma material del proceso de producción social aparece invertida como si ella fuera una forma concreta específica del desarrollo de la lucha de clases.⁹ Con lo cual, el fin de la lucha de clases, o sea, la necesidad de la aniquilación del modo de producción capitalista, aparece otra vez vaciado de su determinación concreta por la transformación de la materialidad del proceso de producción social. Otra vez, la conciencia enajenada ha dejado de ser la forma concreta históricamente necesaria de organizarse el proceso de metabolismo natural entre la sociedad y su medio. Aparece invertida como el sujeto cuyo desarrollo abstractamente libre determina la modalidad material de ese proceso.

Puede parecer, también, que las potencias revolucionarias de la clase obrera no pueden brotar de la subsunción del obrero en el capital sino, al contrario, de manera exterior a ella. Desde este punto de vista, parecería que si el capital fuera el que determinara la conciencia obrera, si fuera el todo en la determinación de la clase obrera, ésta no tendría de dónde sacar fuerzas para liberarse de él. Parecería así que la capacidad de la clase obrera para superar el modo de producción capitalista sólo puede provenir de su «autonomía» respecto de éste. Sin embargo, el capital es la relación social general de la clase obrera, o sea, el modo general en que ésta –lo quiera o no– organiza la producción social de su vida. Y esta relación social general suya se ha invertido como el sujeto concreto objetivado de la producción social. Tanto determina el capital a la clase obrera como atributo suyo que es capaz de privar a una parte creciente de la misma de su vida natural. De modo que, para tener una

9. John Holloway. «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle». En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991, pág. 100.

potencia revolucionaria ajena al modo de producción capitalista que pudiera imponer sobre éste, la clase obrera tendría que ser portadora de una relación social aún más general que dicho modo de producción, de la cual surgiera esa potencia. O, dicho de otra manera, el capital no debería ser la relación social general de la clase obrera, sino una forma concreta de un modo de organizar la producción de la vida humana más genérico que él mismo. Como es más que evidente que tal relación social no existe, las concepciones acerca de la autonomía de la conciencia obrera siguen dos caminos. El primero consiste en fundar las potencias revolucionarias de la clase obrera en un espíritu libertario o igualitario, un deseo de recuperar el «sentido» del trabajo, imputados a una abstracta naturaleza humana. Espíritus y deseos a los que se adorna con la potencia suficiente como para pasar por encima del modo en que realmente la humanidad ha sido capaz de organizar su vida material hasta el presente. Así, surge por caso la «autovalorización» que propone Negri a la clase obrera.¹⁰ El segundo camino consiste en rebajar la supuesta autonomía de la conciencia obrera a la condición de «relativa». Todo el secreto de la autonomía relativa se reduce a afirmar que la acumulación de capital determina a la conciencia obrera, pero que, a su vez, la conciencia obrera influye sobre la acumulación de capital, aunque ésta la determina en última instancia. Así, la conciencia de la clase obrera ha dejado de ser una forma concreta necesaria de realizarse la relación social general. Esta unidad ha sido reemplazada idealmente por un ir y venir exterior. Tanto, como para que hasta quepa el intento de explicar la autonomía relativa por el movimiento de un perro encadenado a un poste. Por este camino, se acaba concluyendo que todo determina a todo y, por lo tanto, que nada determina a nada. Borrada así toda necesidad real, se pasa a afirmar, como hace Althusser, que la acción revolucionaria es aquella provista de una «doctrina» revolucionaria, y que ésta es tal si promueve la acción revolucionaria.¹¹ Una vez más, la superación del modo de producción capitalista aparece teniendo su necesidad reducida al abstracto desarrollo de la conciencia.

Estas concepciones fantásticas de una conciencia libre capaz no sólo de engendrarse a sí misma sino también de engendrar las condiciones materiales de vida de la sociedad, no son sino expresiones de lo que Marx llamaba la dialéctica pequeñoburguesa del «por una parte» y el «por otra parte». Por una parte, la humanidad –o la clase obrera, para quienes son más específicos– tendría su conciencia social determinada como forma concreta necesaria de la producción del capital. Su conciencia no sería más que la personificación de las potencias del producto de su propio trabajo. Esto es, sería una conciencia enajenada a cuyas espaldas opera la organización autónoma general de la

10. Antonio Negri. *Marx au-delà de Marx : Cahiers de travail sur les « Grundrisse »*. París: Christian Bourgois Éditeur, 1979, pág. 182.

11. Louis Althusser. *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974, págs. 142-181.

vida social. Por otra parte, la humanidad –o la clase obrera– tendría su conciencia social determinada como la capacidad para tomar en sus manos la organización general de la vida social. Sería, de esta parte, una conciencia inmediatamente libre de toda enajenación. En el más materialista de los casos, la cuestión del carácter histórico del modo de producción capitalista queda idealistamente invertida así en la lucha entre las fuerzas materiales que una abstracta conciencia enajenada y una abstracta conciencia libre podrían poner en acción respectivamente.

La pretensión de superar el capitalismo mediante el «socialismo de mercado», tan a la moda,¹² se presenta como el empate en esta lucha. Por una parte, los individuos tendrían el dominio consciente pleno sobre el carácter social de su trabajo, organizándolo de manera directa. De ahí, el socialismo. Por la otra parte, carecerían de todo control consciente sobre el carácter social de su trabajo. Las potencias de éste se les enfrentarían como potencias inherentes al producto del mismo, enajenando su conciencia. De ahí, el mercado. Por una parte, la producción social se encontraría conscientemente organizada al servicio de la vida humana. Por la otra, la producción social se basaría en poner la vida humana al servicio del capital, o sea, de una potencia que llega a despojar a la vida humana de su mismo ser genérico. En la realidad, la conciencia y voluntad libres producen simples valores de uso, nunca valores de uso que las enfrentan como portadores enajenados de sus potencias sociales, o sea, como mercancías. A la inversa, la producción de mercancías produce a la conciencia y la voluntad enajenada de sus propias potencias sociales, nunca a la conciencia y la voluntad libres. Fuera de su contenido ideológico como apología del capitalismo «humanizado», el socialismo de mercado tiene su posibilidad real reducida a ser la comunidad de los individuos esquizofrénicamente asociados.

El socialismo de mercado tiene la virtud de hacer groseramente visibles las consecuencias de tomar las formas concretas con que el trabajo del obrero doblemente libre se presenta en el proceso de compraventa de la fuerza de trabajo, y abstraerlas de sus determinaciones. El capital sólo puede apropiarse de las fuerzas productivas del trabajo libre individual puesto bajo el control consciente directo del capitalista, porque produce a los trabajadores forzados que las portan bajo la forma concreta de individuos dotados de una conciencia y voluntad libres. Así, en la circulación, el carácter forzado del trabajo dado por la necesidad de vender la propia fuerza de trabajo simplemente para reproducirla como un objeto vendible, toma la forma concreta de la libertad para vender la mercancía que el obrero posee. La obligación para el obrero de rendir plustrabajo impago, toma la forma concreta de un cambio de equivalentes en que todo el trabajo se encuentra pago. El despojo al obrero del producto de su trabajo social, y el que hasta la parte paga de su trabajo social lo sea

12. David Schweickart. *Against Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993; John Roemer. *A Future for Socialism*. Cambridge: Harvard University Press, 1994.

con el producto impago de su trabajo anterior, toma la forma concreta de ser la realización del derecho de propiedad basado en el propio trabajo. Y el proceso social que tiene por todo objeto inmediato la acumulación de capital, toma la forma concreta de un proceso que brota simplemente de que cada uno persigue libremente la satisfacción de su interés personal. *La conciencia libre del obrero no es el abstracto opuesto de su conciencia enajenada. Es la forma concreta necesaria de su conciencia enajenada. Dicho de otra manera, en el modo de producción capitalista, sólo porque su conciencia y su voluntad se encuentran enajenadas en el producto de su propio trabajo social, el obrero posee una conciencia y una voluntad libres. Y es a través de su conciencia y voluntad de individuo libre, que el obrero tiene su conciencia y voluntad enajenadas como potencias del capital.*

La dialéctica del «por una parte y por otra parte» sirve al socialismo de mercado para conciliar lo inconciliable. Trotsky le hace separar lo inseparable.¹³ Por una parte, se abstrae el desarrollo de las fuerzas productivas materiales, al declarar que ya ha alcanzado el punto más alto de maduración que le cabe bajo el capitalismo. Considerado estrictamente, esto es lo mismo que afirmar que el desarrollo de las fuerzas productivas se ha detenido por haberse agotado bajo su forma capitalista. Cualquier materialista diría que la detención del desarrollo material de las fuerzas productivas implica necesariamente la detención del desarrollo de su forma concreta de organizarse socialmente, o sea, de las relaciones sociales de producción. Y que, por lo tanto, esa detención implica la detención del desarrollo de la forma concreta que las relaciones sociales de producción toman en la mente humana, o sea, de la conciencia y la voluntad. Considerada de un modo laxo, la afirmación en cuestión implica que todo desarrollo adicional de las fuerzas productivas dentro del capitalismo se ha tornado estéril para el desarrollo de las condiciones de su superación. Se trataría, por lo tanto, de un desarrollo material incapaz de desarrollar las relaciones sociales de producción, la conciencia y la voluntad. Con lo cual, si se acepta semejante absurdo desde un punto de vista materialista, el desarrollo de la conciencia habría llegado a la misma detención que en el caso anterior. Pero, por la otra parte, se abstrae a la conciencia y la voluntad de la clase obrera, demandando de ellas la plenitud de su movimiento. Por una parte, el desarrollo de la materialidad de las fuerzas productivas de la sociedad – esto es, la realización del ser genérico humano – se mantiene firmemente quieto, reducido a la categoría de «factor objetivo» ya satisfecho para la superación del capitalismo. Por la otra parte, la conciencia de la clase obrera es puesta a dar vueltas vertiginosamente sobre sí misma, reducida a la categoría de «factor subjetivo» que todavía está por desarrollarse para lograr esa superación. ¿Por qué, si las fuerzas productivas han alcanzado el desarrollo completo que cabe bajo su forma capitalista, esta forma no ha sido superada aún? Porque la clase

13. León Trotsky. *El Programa de Transición*. Tigre: Ediciones Política Obrera, s/d, pág. 5, 7-8 y 42-44.

obrero no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. ¿Por qué la clase obrera no ha desarrollado su conciencia revolucionaria? Porque ha sido derrotada una y otra vez por la clase capitalista en la lucha política. ¿Por qué la clase obrera ha sufrido estas derrotas? Porque ha sido traicionada una y otra vez por sus dirigencias políticas. Y, ¿por qué la clase obrera insiste en elegir una y otra vez estas dirigencias traidoras? Porque no ha desarrollado suficientemente su conciencia revolucionaria. Con lo cual, la conciencia de la clase obrera ha dado una voltereta completa sobre sí misma.

En contraste aparente con este agotamiento abstracto de la acumulación de capital como vehículo del desarrollo de las fuerzas productivas, se levanta el postulado de su inevitable agotamiento mecánico para funcionar en absoluto. Por caso, Luxemburg postula que la plusvalía contenida en los medios de vida destinados a la expansión del capital variable es imposible de realizar si no se cuenta con capas o sociedades exteriores al modo de producción capitalista mismo. Pero como éste no puede dejar de absorberlas progresivamente, acaba agotándolas como tal supuesta fuente de realización, destruyéndose así a sí mismo.¹⁴ De igual modo, Grossmann postula el derrumbe final del capitalismo por su imposibilidad mecánica para reproducir las proporciones de la producción social por insuficiencia de plusvalía.¹⁵ Por su definición misma, estos supuestos límites mecánicos son independientes de la realización por el capitalismo de toda razón histórica de existir respecto del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más bien, la hipotética extinción de la acumulación de capital por su supuesto choque contra ellos es la negación misma de esa realización. De modo que estos límites mecánicos llevan implícita la misma interrupción ya vista del desarrollo de las fuerzas productivas. Sólo que se lo pospone para un futuro inexorable, en lugar de presentarlo como una actualidad inmediata que se da de patadas con la realidad manifiesta.

Si las fuerzas productivas materiales de la sociedad pudieran alcanzar mecánicamente el límite que le cabe a su organización bajo el modo de producción capitalista sin haber producido la plenitud de la conciencia revolucionaria de la clase obrera, se inmovilizaría la base material que determina a ésta. Con lo cual, ella misma quedaría inmovilizada en el punto que hubiera alcanzado para entonces. Lejos de encontrarse en condiciones de superar su determinación como conciencia enajenada, quedaría prisionera indefinidamente de esta condición. Esta perspectiva espanta a quienes conciben los límites mecánicos a la acumulación. A primera vista, postular que la necesidad de la superación del capitalismo brota de la existencia de un límite inherente a la mecánica misma de la acumulación de capital parece ser lo opuesto a postular la autonomía de la conciencia como condición para esa superación. Sin embargo, tan pronto

14. Rosa Luxemburg. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968, pág. 332 y 435.

15. Henryk Grossmann. *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México, DF: Siglo XXI, 1984, pág. 121.

como se enuncia el primer postulado, esta supuesta autonomía es el único camino abierto hacia delante. Dado que la realización del supuesto fin mecánico del capitalismo es la negación misma de su superación, necesariamente aparece como la negación del ser genérico humano mismo. Aparece, por lo tanto, como una «barbarie» abstraída de todo modo de producción, que no por accidente confluye con las concepciones que la conciencia enajenada engendra como mera ciencia ficción. De modo que a la enunciación del límite mecánico la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia de la clase obrera se ponga en movimiento por sí misma.¹⁶ Aun en caso de llegarse al límite mecánico, ella podría poner así nuevamente en movimiento el desarrollo de su propia base material. O sea, a dicha enunciación la sigue normalmente la pretensión de que la conciencia no es la expresión en ideas de las condiciones materiales de la vida humana, sino que el desarrollo de las ideas engendra estas condiciones. Lukács expresa esta inversión de manera plena, mediante la concepción del límite mecánico como «las fuerzas ciegas» que literalmente empujan al «abismo y la catástrofe», de los cuales la humanidad sólo puede liberarse por «la voluntad consciente del proletariado».¹⁷

Compañera inseparable de esta inversión idealista es la inversión que concibe al modo de producción capitalista llegando mecánicamente a un fin que, lejos de implicar la catástrofe o la barbarie, resulta en el surgimiento de un modo de producción superior con independencia de la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. La primera inversión abstrae esta acción de su determinación como forma concreta necesaria de realizarse la transformación en la materialidad del trabajo social que es portadora de la superación del modo de producción capitalista. La segunda inversión abstrae la transformación de la materialidad del proceso de trabajo de su forma concreta necesaria de realizarse mediante la acción consciente y voluntaria de la clase obrera. Ambas inversiones operan sobre la misma base: el sustituir dicha transformación material por un límite mecánico. Y ambas convierten al contenido y a la forma necesaria de la superación del modo de producción capitalista en abstracciones, de modo que la acción regida mediante ellas no puede reconocer su verdadera necesidad.

Por último, existe la creencia de que las potencias de la clase obrera para superar el capitalismo nacen de la resistencia desesperada por no perecer, ejercida por las porciones de la misma que el capital determina brutalmente como sobrantes. Estas porciones han sido impotentes para resistir el avance del capital cuando todavía éste las requería como fuerza de trabajo en activo. Ahora que el capital las ha despojado hasta de la posibilidad de participar en la producción y el consumo sociales y, por lo tanto, del propio ser genérico humano, dicha impotencia pasa a concebirse invertida como la posibilidad de afirmar una supuesta «propia identidad» inmanente. Luego, se declara

16. Luxemburg, *La acumulación del capital*, pág. 435 y 470.

17. Lukács, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, pág. 76.

que esta identidad tiene la potencia para trascender al capital como relación social general. Esto es, se imputa a esta supuesta conciencia «liberada» la capacidad de poner en movimiento por sí las fuerzas productivas materiales que corresponden a una forma de organización social superior.

Dejemos atrás estas ilusiones apologéticas o pseudocríticas, y volvamos al desarrollo de la forma concreta que toma la revolución constante de las condiciones materiales de producción regida por la apropiación de plusvalía relativa. Porque, como ya dijimos, así como el obrero y el capitalista tienen su voluntad y existencia social determinadas como encarnaciones de las potencias del capital, la revolución material constante en que se realizan estas potencias revoluciona su determinación como sujetos sociales enajenados y, por lo tanto, su conciencia y voluntad.

1.7 El fin histórico del capitalismo, o la clase obrera como sujeto revolucionario

Cuanto más crece la acumulación de capital sobre la base de la producción de la plusvalía relativa, más crece la magnitud absoluta y relativa de cada porción de trabajo colectivo internamente organizado de manera consciente, pero que sigue siendo una porción privada respecto del trabajo total de la sociedad. Más necesita el capital objetivar científicamente toda subjetividad en el proceso de producción. Más necesita el capital producir un obrero universal en condiciones de desarrollar y controlar cualquier sistema de maquinarias que le toque en suerte. Más crece la población obrera sobrante consolidada por encima del nivel con que la necesita el capital como factor contrarrestante de la solidaridad de la clase obrera, en el proceso de realizarse el valor de la fuerza de trabajo; de modo que más crece la violencia a la que recurre el capital para quitar esa superpoblación de en medio. Con todo lo cual, más se agudiza la contradicción entre las potencias directamente sociales del trabajo y la forma de privado con que se realiza, y de ahí, el choque de esas potencias contra la forma de privada que tiene la apropiación de su producto.

En síntesis, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital, más necesita la organización autónoma capitalista realizarse tomando la forma de organización directa por el estado. Y con el desarrollo de esta necesidad, más atrás van quedando las potencias subjetivas de la clase capitalista para actuar como personificación de la conciencia y voluntad del capital social. De modo que, más necesita el modo de producción capitalista convertir a la representación política del capital social en la tarea de un obrero colectivo improductivo especial, de un órgano colectivo especializado dentro de la división social del trabajo, formado por obreros individuales doblemente libres.

Las potencias que el modo de producción capitalista da a cada una de las clases sociales que engendra, muestran ahora ser realmente opuestas a la apariencia que presentaban en la inmediatez de la producción de plusvalía relativa. En su propio desarrollo, el capitalismo quita a la clase capitalista

su razón histórica de existir. Esta pierde toda aptitud para constituirse en la conciencia y voluntad que personifica la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo directamente social, bajo la forma de potencias portadas por el producto mismo del trabajo social. El capital convierte así a la burguesía en un puro parásito social, en cuya subsistencia se gasta una porción de plusvalía que merma la masa disponible para ampliar la escala de la acumulación. Por lo tanto, convierte a la burguesía en personificación del retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, aun al interior de los mismos límites del modo de producción capitalista. En su origen, el capital invierte a la burguesía de la potencia revolucionaria para aniquilar los límites impuestos al desarrollo de las fuerzas productivas por la subordinación de la conciencia y voluntad del obrero individual a la organización feudal y esclavista de la producción social. En su condición de sujeto concreto de la producción social, es el mismo capital quien acaba clamando por una revolución social que lo libere del lastre que le impone la subsistencia de una clase social a la que él mismo no deja más potencialidad que el consumirlo improductivamente. Y, como acabamos de ver, el proceso en que el capital convierte a la burguesía en un puro lastre para sí, no es otro que el proceso en que el capital engendra a una clase social portadora de una conciencia y voluntad apta para liberarlo de ese lastre. Se trata de la clase obrera a la que el mismo capital ha puesto a cargo de la realización íntegra de la producción social a fin de extraerle hasta la última gota de plustrabajo que pueda rendir.

El avance en la socialización del trabajo privado tiene por forma necesaria la centralización del capital, o sea, la confluencia de los capitales individuales hacia su unidad inmediata como capital total de la sociedad. Es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo – que al mismo tiempo implica su socialización directa – desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo.

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.¹⁸

Un proceso de acumulación de capital donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encuentra en manos de los obreros asalariados, y el capital es una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad

18. Karl Marx y Friedrich Engels. *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1975, págs. 49-50.

necesaria de capital estatal, es la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Su constitución es un paso fundamental en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Este paso toma necesariamente la forma material de una revolución social en la que los expropiados de sus condiciones materiales de producción expropián a sus expropiadores, o sea, de una revolución social en la que la clase obrera produce la abolición de la clase capitalista y de la clase terrateniente. Pero, en esta revolución social, la clase obrera no produce la abolición de sí misma, sino su propia reproducción. La relación social general materializada, o sea, la organización general del trabajo social portada en la forma de valor de su producto material, sigue poniendo a la producción social en acción sin más objeto inmediato que la reproducción ampliada de sí misma. La asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad sigue encontrándose mediada por la forma de mercancías tomada por la fuerza de trabajo y los medios de vida necesarios para reproducirla. La separación del obrero respecto de sus medios de producción se ha desarrollado plenamente. Ellos se le enfrentan como una potencia social autónoma objetivada que le es ajena y lo domina. Dicha separación ni siquiera necesita ya presentarse mediada por la propiedad privada del no trabajador, por la figura del capitalista. Por el contrario, lo hace bajo la forma concreta de que los medios de producción son propiedad del obrero como clase. Por muy centralizado que se encuentre como propiedad social, el capital necesita seguir contando con las potencias productivas del obrero forzado por su condición de individuo doblemente libre. En la plenitud de su desarrollo, la clase obrera se encuentra determinada tanto como personificación colectiva de la conciencia y voluntad de dicha reproducción, cuanto como fuerza de trabajo colectiva de cuya sangre se nutre esa misma reproducción, y como fuerza de trabajo crecientemente sobrante respecto de la reproducción de su propia relación social general.

¿Qué transformación en la materialidad del proceso de producción social regido por la producción de plusvalía relativa puede encerrar, entonces, la necesidad de la superación del modo de producción capitalista, determinando a la clase obrera como el sujeto revolucionario a cargo de aniquilarlo en su propio desarrollo?

El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo libre inmediatamente social como un atributo de su negación, o sea, del trabajo privado, es la contradicción que sintetiza las potencias históricas y el límite del modo de producción capitalista. La potencia específica del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad no tiene más secreto que la progresiva transformación de los atributos del trabajo libre individual en atributos del trabajo libre realizado como una potencia colectiva, y por lo tanto directamente social, dentro de un límite específico. Aun este trabajo determinado por su materialidad como directamente social, sólo es tal al interior de un ámbito restringido. Desde el punto de vista social general

sigue teniendo la forma específica de trabajo privado. Es decir, de un trabajo que se sigue enfrentando a su propio carácter social como un atributo de su producto a cuya potencia social debe someterse. Pero, al mismo tiempo, el desarrollo de la capacidad productiva de este trabajo social puesto en acción privadamente pasa a tener crecientemente por condición material el desarrollo de la organización consciente general del trabajo como una potencia directamente social. Y esta organización directa sólo puede tomar forma concreta en la relación directa general propia del modo de producción capitalista, o sea, en la lucha de clases. Más específicamente, en cuanto se trata de una organización directamente consciente que se impone sobre el carácter limitado de las potencias inmediatas de los capitales individuales, ella se realiza tomando la forma concreta del avance de la clase obrera en esa lucha.¹⁹

El desarrollo de la organización directa general de la producción social mediante la acción consciente de la clase obrera arranca teniendo su alcance limitado por su misma condición de ser la forma concreta de realizarse su opuesto. Este mismo alcance limitado limita el alcance de la conciencia con que la clase obrera rige su acción. De modo que ella no puede superar su propia apariencia de conciencia abstractamente libre. Pero, cuanto más el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo puesto en acción privadamente tiene a la organización consciente directa del trabajo social por condición material, más profundamente debe penetrar la conciencia en las determinaciones del trabajo social para poder regirlo. Y las determinaciones del trabajo social en el modo de producción capitalista no son sino las determinaciones de la conciencia enajenada de la clase obrera. Con lo cual, cuanto más desarrolla el capital su necesidad de organizar directamente el trabajo social, más hace que esta necesidad sólo pueda ser satisfecha mediante el avance de la conciencia de la clase obrera sobre sus propias determinaciones.

En la plenitud de su desarrollo, la conciencia libre portadora de la enajenación cobra directamente forma en la materialidad misma del proceso de trabajo. A esta altura, el trabajo consiste materialmente en aplicar una conciencia científica – es decir, una que conoce sus propias determinaciones de manera objetiva y, como tal, que avanza en su libertad – al desarrollo del control sobre las fuerzas naturales a fin de objetivarlas en la maquinaria, o sea, a la multiplicación de la capacidad para organizar el proceso de metabolismo social. Pero este mismo producto, es decir, dicha capacidad multiplicada de organización, se enfrenta a sus productores bajo la forma social específica de plusvalía. Esto es, se los enfrenta como una potencia social que les es ajena por pertenecerle al producto material de su trabajo y a la cual se encuentra sometida su misma conciencia objetiva. Se trata de una organización automática de la vida social, donde el trabajo humano consiste en desarrollar la capacidad para controlar dicha organización conscientemente, que al mismo tiempo tiene por objeto

19. Marx, *El capital*, vol. 1, capítulo 24.

inmediato la multiplicación de la capacidad para organizar automáticamente la vida social a espaldas de la conciencia de sus productores.

En su contradicción constitutiva, el capital social impone así, como propia, la necesidad de que el conocimiento científico desarrollado por la clase obrera avance superando cualquier apariencia que se interponga limitando la organización consciente de la transformación de la naturaleza en un medio para el trabajo social. Sin embargo, este avance es en sí mismo la negación de la reproducción del capital. Porque esta reproducción tiene por condición el producir una conciencia y voluntad que se enfrenten a sus propias potencias humanas como a potencias que le son ajenas, como potencias que pertenecen al capital. No en vano, en el modo de producción capitalista, el carácter forzado del trabajo tiene a la conciencia y voluntad aparentemente libres del obrero como forma concreta necesaria de realizarse. El capital no puede ser otra cosa que el producto de una conciencia y una voluntad enajenadas. Pero, ahora, esta enajenación se constituye en la traba absoluta a la socialización directa del trabajo doblemente libre y, por lo tanto, a la forma específicamente capitalista del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Nos encontramos aquí al capital requiriendo, como una necesidad que brota de su mera reproducción inmediata, ser personificado por una conciencia y voluntad que se haya liberado de toda enajenación y, por lo tanto, que se haya liberado de toda determinación como personificación del capital. Notemos bien que no se trata de que el desarrollo de las fuerzas productivas se detiene porque no puede realizarse ya bajo su forma concreta capitalista, y que debe luego ser puesto en marcha nuevamente por una conciencia liberada de su enajenación. Se trata de un desarrollo de las fuerzas productivas que el capital abre para satisfacer su necesidad más específica, pero que sólo puede satisfacerla tomando una forma material cuya organización tiene una condición específica. La de ser realizada por una conciencia que conoce su propia necesidad más allá de cualquier apariencia. De modo que este desarrollo de las fuerzas productivas materiales se abre como la realización de una necesidad irrefrenable del capital y se cierra como la realización de la superación de éste, al implicar necesariamente su forma material la transformación de la conciencia enajenada en una conciencia liberada de toda enajenación.

El modo de producción capitalista agota así su razón histórica de existir, a saber, el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad mediante la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias del trabajo directamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma de la enajenación de las potencias de este trabajo como potencias sociales de su producto material. De ser un modo de desarrollo de las fuerzas productivas sociales, cuya potencialidad histórica superaba incluso las barreras específicas que él mismo oponía a ese desarrollo al enajenar la subjetividad productiva del trabajador, el modo de producción capitalista se convierte en una traba absoluta al mismo. Pero, al

mismo tiempo, muestra que le es imposible dejar de dar el paso adelante cuyo cierre no cabe ya en él. Ocurre que, en el modo de producción capitalista, la necesidad genéricamente propia del proceso natural de la vida humana se encuentra directamente portada por la necesidad específicamente inherente a la reproducción ampliada de aquél como modo de producción determinado. Porque el capitalismo no es sino un modo históricamente específico de organizarse el proceso natural de metabolismo humano con su medio. Las especies animales desarrollan la potencialidad de sus procesos de metabolismo, ampliando su capacidad para apropiarse de su medio, a través de transformar su propio cuerpo para adaptarlo a éste. Pero el ser genéricamente humano reside en la capacidad para apropiarse del medio natural actuando sobre él para transformarlo en un medio para sí a través del trabajo social. De modo que el proceso de vida humano tiene como necesidad natural esencial la ampliación de su potencialidad para apropiarse del medio a través del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad.

La realización del referido paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas toma entonces necesariamente una forma concreta material que le es específica. A saber, toma la forma de una revolución social en la que el sujeto material de ese desarrollo, o sea, la clase obrera, no se limita ya a aniquilar a la burguesía transformando al capital en una propiedad inmediatamente social, sino que aniquila al capitalismo mismo. Y, con él, aniquila al representante político general del capital social, al estado. Con lo cual la clase obrera alcanza también su propio fin, dando paso a un nuevo modo de organización general del trabajo social. Esta nueva relación social general no tiene más forma concreta que la de ser portada en una conciencia y voluntad humanas mediante las que el trabajador individual se reconoce a sí mismo de manera objetiva como el órgano del trabajo social que es. La libertad no consiste ya en la ausencia de la subordinación del individuo al dominio personal de otro, porque se encuentra sometido al dominio de las potencias sociales del producto de su trabajo. Se ha desarrollado completamente como la conciencia objetiva plena respecto de la propia individualidad como portadora de las potencias productivas sociales. No se está sometido al dominio personal de otro, porque se tiene el dominio pleno sobre las potencias sociales del propio trabajo individual. Se trata, por lo tanto, de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. La conciencia libre, o sea, la libre individualidad, ha pasado a ser la relación social general.

De allí en más, no cabe desarrollo alguno de las potencias del trabajo social que no sea, de inmediato, un desarrollo de las potencias del trabajo individual; y, a la inversa, cada desarrollo de las potencias del trabajo individual es de inmediato un desarrollo de las potencias del trabajo social. Por primera vez desde la separación histórica entre el trabajador y el no trabajador, la realización de la capacidad para actuar de manera consciente y voluntaria sobre la naturaleza para transformarla en un medio para la vida humana ha dejado de

ser, al mismo tiempo, una forma concreta de negación de esa capacidad. Con la superación del modo de producción capitalista comienza la plena realización del ser genéricamente humano y, por lo tanto, comienza verdaderamente la historia humana.²⁰ El trabajador se convierte por primera vez en un individuo, no ya formalmente, sino realmente libre y, más precisamente, en un individuo libremente asociado. Esto es, se determina a sí mismo como el sujeto concreto del proceso humano de metabolismo social que se organiza mediante el conocimiento, ejercido como un atributo inherente a la individualidad misma de cada miembro de la sociedad, de su propia determinación como tal sujeto concreto.²¹

La producción de la conciencia científica de la clase obrera respecto de su propia potencialidad histórica no es una cuestión abstractamente científica. Es un momento específico necesario de la acción política de la clase obrera en la lucha de clases. Mientras permanece prisionera del mismo método científico que opera como la conciencia objetiva capaz de producir plusvalía relativa mientras se enfrenta a sí misma de manera no objetiva, o sea, de la representación lógica, la conciencia científica de la clase obrera es impotente para descubrir que, en el modo de producción capitalista, la libertad no es más que la forma concreta de la enajenación. Se mutila entonces en sus propias potencias históricas, al verse a sí misma como una conciencia abstractamente libre. Pero a medida que la propia acumulación de capital requiere desarrollar el control directo del carácter social del trabajo, la acción consciente de la clase obrera necesita avanzar hacia la superación de esta apariencia. Necesita dejar atrás la exterioridad de la *representación* lógica para regirse mediante la *reproducción* de lo concreto en el pensamiento, o sea, mediante el conocimiento dialéctico. *El capital* de Marx es en sí mismo el desarrollo, realizado

20. Karl Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio: Buenos Aires, 1973, pág. 11.

21. Marx sintetiza de manera plena el desarrollo de la historia natural humana, o sea, la historia del desarrollo del alcance material de las fuerzas productivas del trabajo social portado en sus correspondientes modos de organización, en los siguientes términos:

«Las relaciones de dependencia personal (al principio sobre una base del todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia *respecto de las cosas* es la segunda forma importante en que llega a constituirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales, de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero» (Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858, vol. 1, pág. 85).

por primera vez y puesto bajo una forma que permite su reproducción social, de la conciencia enajenada de la clase obrera que se produce a sí misma como una conciencia enajenada que conoce su propia enajenación y las potencias históricas que obtiene de ella. En *El capital*, esta conciencia se despliega hasta alcanzar sus determinaciones generales que conciernen a la acción revolucionaria de la clase obrera en la que dichas potencias históricas se realizan produciendo las condiciones materiales para la organización consciente – por lo tanto, libre – de la vida social.

Apéndice 1.1: Conciencia obrera y desarrollo de la subjetividad productiva

Los cursos divergentes seguidos por la subjetividad productiva del obrero en activo, uno hacia su degradación y el otro hacia su desarrollo, reflejan directamente la determinación históricamente específica de la división entre trabajo manual e intelectual cuando los potencias sociales del trabajo se desarrollan como las potencias enajenadas del capital en la gran industria. Al enfrentar la cuestión desde la perspectiva de la subjetividad productiva, se hace foco en esta división tal como ella concierne directamente a la actividad de los obreros como los sujetos de proceso de trabajo enajenadamente regido como un proceso de valorización. Contrapuesto a esta perspectiva, Sohn-Rethel abstrae al trabajo intelectual en el capitalismo, al relacionarlo con la «apropiación» en oposición a la «producción».²² Continúa abstrayendo al trabajo intelectual al presentarlo como un proceso directamente socializado en oposición a los trabajos manuales individuales realizados de manera privada e independiente.²³ Así, termina abstrayendo a los sujetos directos del proceso de trabajo que produce la ciencia de su relación social general. Los obreros intelectuales se encuentran escasamente presentes en la exposición de Sohn-Rethel. Cuando lo están, se hace referencia a ellos por la peculiaridad material inmediata de sus trabajos – por ejemplo, en tanto científicos, técnicos, gerentes – y la única referencia a su ser social específico – o sea, a su relación de clase – es que el capital debe mantenerlos separados de los obreros manuales.²⁴

El trabajo de los obreros cuya subjetividad productiva se desarrolla con la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria consiste materialmente en el ejercicio de una conciencia científica. Esta misma materialidad, sumada a las modalidades y volumen del consumo individual requerido para la reproducción de la fuerza de trabajo capaz de desarrollar esa conciencia científica enajenada como una potencia del capital, refuerza de manera particular la apariencia con que la compraventa de la fuerza de trabajo se realiza en la circulación. Esto es, estos obreros aparecen como la

22. Alfred Sohn-Rethel. *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1978, pág. 73.

23. *Ibíd.*, pág. 77.

24. *Ibíd.*, pág. 157.

quintaesencia de los individuos abstractamente libres y no como lo que son, a saber, trabajadores forzados para el capital social. Pese a no poseer más mercancía para vender que su fuerza de trabajo, surge así la apariencia de que no pertenecen a la clase obrera. Apariencia que se refuerza más aún en cuanto estos obreros tienen abiertamente a su cargo la personificación general del capital y, como tales, el ejercicio de la coacción sobre el resto de los obreros. Así, aparecen de inmediato a su propia conciencia y la de los demás como si pertenecieran a una clase distinta de la obrera y la capitalista y, aun, a esta última.

Esta conciencia invertida alcanza hasta a las concepciones teóricas críticas del capitalismo. Braverman define a la clase obrera por la degradación de la subjetividad productiva. En consecuencia, los obreros asalariados portadores de una subjetividad productiva expandida sólo entran a la clase obrera en tanto la pierden.²⁵ Aglietta también asimila proletarización, es decir, determinación como clase obrera, a degradación de los atributos productivos del obrero.²⁶ Luego, contrapone la «categoría social» de los «cuadros asalariados» a la clase obrera, excluyendo a aquéllos de ésta por ejercer la conciencia que controla al obrero colectivo.²⁷ Para lo cual necesita vaciar al salario de su condición de relación de producción específica, presentándolo reducido a sus meras formas de relación jurídica y de relación en la competencia.²⁸

Por su parte, Carchedi incluye en la clase obrera a los obreros portadores de la subjetividad productiva expandida necesaria para coordinar el trabajo colectivo, a condición de que esta tarea excluya la de vigilancia.²⁹ Sin embargo, en cualquier proceso de trabajo socialmente regido por la relación antagónica establecida a través de la compraventa de fuerza de trabajo, la coordinación es inseparable del ejercicio implícito o explícito de coacción sobre otros para hacerlos rendir plusvalía. Esta unidad es inherente al proceso de trabajo capitalista en la gran industria desde el arranque mismo de la cuestión acerca de la forma de conciencia que se define como una de naturaleza científica.³⁰

Tanto según las concepciones de Braverman y Aglietta, como según la de Carchedi, la revolución constante de las condiciones materiales de producción – por lo tanto, de la conciencia – que determina el papel histórico del capitalismo nunca deviene el producto directo del trabajo enajenado de la clase obrera. Esta revolución técnica se encuentra concebida, del principio al fin del capitalismo, como el producto de la clase capitalista y de unas supuestas «nueva

25. Harry Braverman. *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*. México, DF: Editorial Nuestro Tiempo, 1984, págs. 468-469 y 486-487.

26. Michel Aglietta. *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1991, pág. 147.

27. *Ibíd.*, pág. 152.

28. *Ibíd.*, pág. 152 y 154.

29. Guglielmo Carchedi. *On the Economic Identification of Social Classes*. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1977, pág. 84.

30. Esta cuestión es el objeto del capítulo 7.

clase media»³¹ o «pequeña burguesía asalariada».³² La clase obrera resulta así despojada abstractamente de su determinación material directa como el sujeto histórico progresivo al interior del modo de producción capitalista mismo. A su vez, Touraine abstrae las formas concretas de la concentración del capital, para presentar invertida a la acumulación de capital como una «sociedad programada».³³ Luego, las contradicciones que engendra la fragmentación capitalista de la subjetividad productiva al interior de la clase obrera se presentan invertidas como las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad. Así, la clase obrera queda diluida en estratos mutuamente contrapuestos cuya potencialidad histórica se reduce a las apariencias que presentan sus conciencias enajenadas.³⁴

Desde su simple determinación como conciencia inmediata de los propios interesados, hasta su determinación como concepción teórica crítica, la inversión en cuestión es producto de una conciencia científica. Lo cual pone de inmediato en evidencia que el propio método científico que produce a esta conciencia científica tiene que engendrar por sí, o sea, por su propia forma, la inversión ideológica. Se pone así en evidencia que el método que en el modo de producción capitalista aparece como la forma natural del conocimiento científico, es en sí mismo una forma concreta históricamente específica de la enajenación de las potencias productivas humanas como potencias del capital. Lo cual pone a su vez en evidencia que, el desarrollo material de la subjetividad productiva del obrero más allá de donde cabe en el modo de producción capitalista, lleva necesariamente consigo la revolución del propio método científico. Por su contenido, este desarrollo revolucionario de la materialidad de la subjetividad productiva sólo puede realizarse bajo la forma concreta de la acción política de la clase obrera consistente en la transformación de su propia conciencia enajenada en una conciencia enajenada capaz de dar cuenta de su propia enajenación.

Cuando el obrero aplica en su proceso inmediato de trabajo una conciencia científica al servicio de un capital individual – cosa que hacen desde el técnico llano al gerente –, da cuerpo a las potencias del modo de producción capitalista para desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero, por la forma misma de privado con que realiza este trabajo, da cuerpo, al mismo tiempo, a todas las trabas que el carácter privado del trabajo opone a ese desarrollo. No hace sino reproducir la aniquilación privada de las potencias inmediatamente sociales del trabajo. Como ya se dijo, es en la acción política, o sea, cuando expresa inmediatamente las potencias del capital social, que la clase obrera da cuerpo a la socialización directa del trabajo privado. Y lo hace plenamente cuando expresa de manera específica la necesidad que tiene el

31. Carchedi, *On the Economic Identification of Social Classes*, págs. 89-90; Braverman, *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*, pág. 467.

32. Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*, pág. 152.

33. Alain Touraine. *La société post-industrielle*. París: Denoël, 1969, pág. 41.

34. *Ibíd.*, pág. 114.

capital social de revolucionar una y otra vez las bases sobre las que avanza hacia su propia aniquilación. Por lo tanto, es en esta acción política revolucionaria donde la clase obrera da cuerpo a la plenitud del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad en que se expresa directamente la necesidad del modo de producción capitalista de superarse a sí mismo: es aquí donde se dirime el desarrollo inmediato de la organización consciente general de la vida social.

Al incorporar al propio obrero colectivo la personificación de su explotador, el capital introduce su determinación antagónica general al interior de la clase obrera. El valor de la fuerza de trabajo de los obreros en cuestión corresponde a su reproducción con los atributos materiales y morales requeridos para representar al capital como su conciencia productiva, coactiva y en la circulación. Entre estos atributos se incluye, precisamente, el no reconocerse a uno mismo como órgano particular del obrero colectivo, sino el verse como un individuo abstractamente libre cuyos intereses confluyen con los del capital que se personifica. Esta determinación se refleja en un salario que no se limita a corresponder a la complejidad e intensidad del trabajo, ni a la extensión práctica de la jornada de trabajo. Incluso forman parte del mismo los gastos de representación del capital. Por lo tanto, aun cuando se considera a este tipo de obrero en lo que puede tener de simple obrero productivo, la masa de valor que produce su trabajo complejo puede resultar menor que el valor de su fuerza de trabajo. En este caso, el capital paga lo que falta de su salario con plusvalía que extrae al resto de los miembros del mismo obrero colectivo. Ocurre que la presencia del obrero individual en cuestión, con sus peculiares atributos como conciencia productiva del obrero colectivo que integra, es una condición concreta para que éste exprese toda su potencialidad como fuente de plusvalía. En este caso, el capital no explota a dicho obrero en tanto obrero individual, pero si lo hace en tanto miembro del obrero colectivo. A su vez, este obrero no apropia la plusvalía como tal: aunque se le pague con parte de ella (como, por lo demás, ocurre con cualquier obrero improductivo), recibe una masa de valor que se corresponde con la de la mercancía que entrega. Lo que obviamente ocurre es que, en tanto personificación inmediata del capital, se enfrenta en la relación antagónica general con el resto de los obreros. Cosa que hace, tanto en su condición de integrante de un obrero colectivo determinado, como al interior de la relación política general que define a la propia clase obrera como tal. Y así como el accionar consciente y voluntario de estos obreros como personificaciones del capital aparece de inmediato como la negación misma de la acción consciente y voluntaria de solidaridad que constituye a la clase obrera como tal, ellos mismos son producto de esta acción solidaria. A saber, el desarrollo de los atributos que el capital demanda de ellos como vendedores de fuerza de trabajo tiene por condición que esta fuerza se venda normalmente por su valor; condición que emerge portada necesariamente en la acción de la clase obrera en la lucha de clases. De modo que los obreros en cuestión no sólo

son forma concreta de existencia de la clase obrera, sino del avance de ésta en la lucha de clases al cual aparecen contraponiéndose de manera inmediata en cuanto actúan en ella como representantes del capital. Lo que ocurre es que la relación consciente y voluntaria de solidaridad ha cobrado en sus figuras una forma concreta que aparece como la negación de su propio contenido.

Apéndice 1.2: El vaciado de la especificidad histórica del modo de producción capitalista por la economía política crítica*

Existe una fuerte tendencia entre los economistas políticos marxistas a sacar de la vista que el atributo históricamente específico del trabajo social productor de mercancías es la forma de privado e independiente con que se realiza. Se saca así de la vista que el modo de producción capitalista tiene su propia especificidad histórica determinada como el modo concreto necesario de desarrollarse esta contradicción entre la naturaleza social del trabajo y su forma privada e independiente. Este ocultamiento sigue dos cursos generales.

El primero parte de considerar el movimiento del capital social, representado por los esquemas de la reproducción, como si su unidad se realizara de manera inmediata.³⁵ Así, esta unidad aparece reducida a una cuestión de mera proporcionalidad material no mediada por la forma de privado con que se realiza el trabajo social. Surge entonces la apariencia de que todo trabajo aplicado a la producción de las mercancías que entran en la unidad material es inmediatamente social. Luego, esta vertiente considera que la determinación del valor de las mercancías presupone la existencia de una matriz técnica dada de la producción social.³⁶ Ahora bien, la existencia a priori de esta matriz presupone a su vez la asignación de la capacidad de trabajo total de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles de manera directa antes de iniciarse el ciclo productivo. Los productos del trabajo social así asignado no tienen necesidad alguna, ni modo, de tomar la forma de mercancías; ni el trabajo social que los produce, de representarse como su valor. El problema que la forma de mercancía viene a resolver, o sea, el problema de cómo asignar el trabajo total de la sociedad bajo sus formas concretas útiles cuando no existe una relación social directa de interdependencia general entre los productores – y, por lo tanto, el trabajo social se realiza de manera privada e independiente – ya se da por resuelto de antemano. No es de extrañar, entonces, que quienes realizan esta construcción invertida lleguen a dos conclusiones. La primera es que el

*. He desplegado detenidamente esta cuestión en mi libro. Juan Iñigo Carrera. *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2007.

35. Piero Sraffa. *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Barcelona: Ediciones Oikos-Tau, 1965, pág. 17.

36. Michio Morishima. *Marx's Economics. A Dual Theory of Value and Growth*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973, págs. 14-15.

valor no es una relación social sino una «categoría redundante»,³⁷ de la cual podría prescindirse para conocer la especificidad de la producción capitalista si no fuera porque resulta ilustrativa para el «concepto de explotación».³⁸ La segunda es que el valor puede expresarse directamente en cantidades de su sustancia, o sea, en cantidades de trabajo, y no únicamente como valor de cambio.³⁹ Lo cual borra directamente la especificidad del trabajo productor de mercancías. Para que el valor pudiera expresarse directamente como cantidades de su sustancia, el trabajo materializado privadamente en la mercancía debería manifestarse inmediatamente como trabajo social en el momento mismo de realizarse. Bastaría entonces con tomar una mercancía aislada para que ésta expresara la magnitud de su propio valor. Pero, otra vez, en tal caso, el trabajo social materializado en la mercancía no necesitaría ya, ni tendría cómo, representarse socialmente como la aptitud de la misma para el cambio.

En el mundo real de la sociedad productora de mercancías, la producción material realizada de manera privada e independiente produce al mismo tiempo la relación social general. La unidad material de la producción social sólo se impone a posteriori, cuando el simple gasto de fuerza humana de trabajo socialmente necesario se representa como la aptitud social de sus productos materiales para relacionarse entre sí en el cambio, o sea, como el valor de las mercancías. Y es por ello que el valor de una mercancía sólo puede expresarse como valor de cambio, o sea, en la relación de cambio con otra, y nunca como cantidades de su sustancia, o sea, como cantidades de trabajo abstracto. En la relación de cambio, una cantidad del cuerpo o valor de uso de la segunda expresa relativamente la magnitud de valor de la primera, al actuar como su equivalente.

El segundo curso se basa en la sustitución del carácter de privado por el carácter de abstracto, como atributo históricamente específico del trabajo social que produce mercancías y, por lo tanto, valor. El trabajo abstracto es el simple gasto de fuerza humana de trabajo realizado bajo una forma concreta útil cualquiera. De modo que el trabajo abstracto tiene por toda cualidad la materialidad del gasto productivo de cuerpo humano, o sea, de músculos, cerebro, etc. humanos. Como es obvio, esta cualidad es naturalmente inherente al trabajo humano cualquiera sea la forma social en que se lo organice. Para presentarlo invertido como atributo específico de la producción de mercancías, esta vertiente de la economía política recurre a varios procedimientos. El más grosero consiste en empezar por presentar la verdadera naturaleza del trabajo abstracto para, a renglón seguido, afirmar que ella sólo corresponde al trabajo productor de mercancías.⁴⁰ Un segundo procedimiento consiste en dar vuelta

37. Ian Steedman. *Marx after Sraffa*. Londres: New Left Books, 1977, pág. 202.

38. Paul Sweezy. *Teoría del desarrollo capitalista*. México, DF: FCE, 1964; Maurice Dobb. *Economía política y capitalismo*. México, DF: FCE, 1966, pág. 29.

39. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, pág. 136.

40. Academia de Ciencias de la URSS, ed. *Manual de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos, 1962, págs. 57-58.

la determinación de la cambiabilidad de las mercancías. Se parte de negar la determinación de esta cambiabilidad por la representación de la materialidad del trabajo abstracto como el atributo social específico de su producto en razón de haberse realizado de manera privada e independiente, para terminar concibiendo a las apariencias mismas del proceso de cambio como las determinantes del trabajo abstracto. Esto es, se presenta a las mercancías como si entraran naturalmente al cambio no siendo más que valores de uso, y allí su contacto con el dinero las convirtiera en portadoras de trabajo abstracto.⁴¹ Un tercer procedimiento consiste en imponer por sobre la verdadera cualidad natural del trabajo abstracto una que lo haga aparecer como atributo históricamente específico de la producción de mercancías. Por ejemplo, el trabajo abstracto pasa a ser concebido como el simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice, a condición de que sea hecho con indiferencia respecto de las «experiencias vitales» del trabajador mismo.⁴² Con lo cual, el trabajo abstracto productor de mercancías aparece transformado en una especie particular de trabajo abstracto. Como tal especie particular, se contrapone al simple gasto de fuerza humana de trabajo cualquiera sea la forma en que se lo realice, pero que se realiza sin indiferencia respecto de su contenido. Se concibe así al trabajo abstracto en sí como si estuviera determinado en tanto tal por encerrar una diferencia específica respecto de su propio género y, por lo tanto, como si él mismo fuera una forma concreta de trabajo humano. En otra versión se concibe al trabajo abstracto como el mediador en la relación social entre los productores.⁴³ Pero no es el trabajo mismo el que media en la relación social de los productores privados e independientes. El mediador es el producto del trabajo, la mercancía. No se trata del trabajo abstracto en acto sino del trabajo abstracto materializado, o sea, el trabajo abstracto que ya no existe más que objetivado en su producto. En la inversión en cuestión se tiene un simple gasto de fuerza humana de trabajo, un trabajo abstracto, que interviene como mediador en la relación social y otro que no lo hace. Otra vez, el trabajo abstracto productor de valor pasa a ser concebido como una forma específica de su propio género y, por lo tanto, como un trabajo concreto.

La sustitución de la forma de privado del trabajo productor de mercancías por la apariencia de ser un trabajo directamente social, al igual que la sustitución de la forma de privado por la condición de abstracto como determinante de la especificidad histórica del trabajo productor de mercancías, conducen al mismo lugar. Vacían al modo de producción capitalista de su especificidad

41. Isaak Rubin. «Ensayos sobre la teoría marxista del valor». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 53: Buenos Aires (1974), pág. 179, 182 y 196.

42. Massimo De Angelis. "Beyond the Technological and the Social Paradigms: A Political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value". En: *Capital & Class*, vol. 19, n.º 57: Sage Publications (1995), pág. 110.

43. Moishe Postone. *Time, Labor and Social Domination: a reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993, pág. 150.

histórica. Esto es, lo vacían de su determinación como forma necesaria del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo, realizado a través del desarrollo de la contradicción immanente a la organización privada del trabajo social. Por lo tanto, vacían a la clase obrera de sus propias potencias históricas específicas. Con lo cual despojan al carácter revolucionario inherente a estas potencias de su base material, rebajando su necesidad a alguna de las inversiones idealistas antes vistas.

Sin embargo, el último grito de la moda en la economía política crítica va todavía más lejos. La centralización del capital como propiedad directamente social, o sea, como propiedad del estado, es la forma más potente de la socialización del trabajo privado. Mediante esta centralización, la clase obrera toma en sus manos su propia relación social enajenada. Por lo tanto, su realización es la forma concreta general de la acción política en que la clase obrera expresa sus intereses históricos como sujeto revolucionario. Es por eso que la más moderna economía política crítica no puede contentarse con borrar la especificidad histórica del modo de producción capitalista poniendo al trabajo abstracto en el lugar del trabajo privado. Sigue adelante poniendo al poder coactivo que ejerce el capital sobre el obrero en el lugar de la materialidad del trabajo abstracto.⁴⁴ Luego, todo se le hace concluir que la acción revolucionaria de la clase obrera consiste en negarse a tomar el poder del estado como quien huye de la peste.⁴⁵ La economía política crítica se muestra así en la plenitud de su propia razón de existir. No sólo borra la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera, sino que directamente pretende convencer a ésta que lo verdaderamente revolucionario es tomar el camino opuesto a la realización de las mismas y, por lo tanto, el camino de su derrota histórica.

44. John Holloway. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Revista Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2002, págs. 216-218; Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002, págs. 198-199.

45. Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, págs. 306-307; Hardt y Negri, *Imperio*, pág. 201.

II

El desarrollo histórico concreto

Transformaciones en la acumulación de capital. De la producción nacional del obrero universal a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera

2.1 El punto de partida

La acción revolucionaria de la clase obrera necesita organizarse a través del conocimiento de sus determinaciones concretas. Dado que nos enfrentamos a un proceso caracterizado por la integración y la fragmentación internacional, podría parecer que el enfoque más concreto es aquel que se circunscribe a las políticas económicas que han prevalecido en los diferentes procesos nacionales de acumulación de capital involucrados.¹ Pero este enfoque acaba reduciendo toda necesidad histórica específica a la acción inmediata de quienes personifican al capital. Así, la apologética del capitalismo presenta a los capitalistas y a los burócratas estatales nacionales como los sujetos sociales cuya abstracta voluntad rige el movimiento histórico.

En oposición a esta esterilidad, puede parecer que el punto de partida se encuentra en la unidad mundial del capitalismo, concebida como el movimiento de los regímenes de acumulación, su surgimiento, «fracaso» y caída. Por ejemplo, que el fracaso del Fordismo para mantener la disciplina de la clase obrera ha dado lugar al surgimiento del Post-Fordismo como modelo de disciplinamiento. Pero, entonces, el sujeto del cambio histórico parece haberse esfumado, como si se tratara de un proceso sin sujeto.² Otra vez la abstracción ha ocupado el lugar de lo concreto.

Puede parecer, entonces, que la respuesta está en circunscribir la unidad mundial de la acumulación de capital a su manifestación concreta: la lucha de clases. Sin embargo, considerada por sí, la lucha de clases no muestra más que una serie de enfrentamientos en los que, ora la clase obrera triunfa y avanza, ora es derrotada y retrocede, al ritmo marcado por el desarrollo de su

1. Para un claro ejemplo véase World Bank. *The East Asian miracle: economic growth and public policy*. Oxford: Oxford University Press, 1993.

2. Joachim Hirsch. "Fordism and Post-Fordism: The Present Social Crisis and its Consequences". En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991.

conciencia. Así, la conciencia aparece como la que determina por sí a la clase obrera como sujeto histórico.³ Hasta la forma más concreta acaba convertida en una abstracción si se la separa de sus determinaciones.

La historia natural humana es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el resto de la naturaleza, a fin de transformarlo en un medio para sí. En otras palabras, es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico,⁴ para producir la conciencia respecto de cualquier movimiento histórico. De él vamos a arrancar aquí, para avanzar paso a paso hasta hacer evidente que, desde el principio, nos encontrábamos inmersos en las determinaciones concretas específicas del presente.

2.2 La materialidad del proceso de producción y la subjetividad productiva del obrero

Recapitulemos brevemente lo visto en el capítulo anterior al respecto. En el modo de producción capitalista, la producción material no tiene por objeto inmediato la obtención de valores de uso. Tiene por objeto la producción en escala ampliada de la relación social general materializada que se ha erigido en el sujeto de la producción y el consumo sociales mismos, o sea, del capital. Al encontrarse así regido, el proceso material de producción se ve sometido a la constante revolución de sus condiciones técnicas. Esta constante revolución va en pos del aumento de la capacidad productiva del trabajo portador de la producción de plusvalía relativa. En este desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, el capitalismo transforma los atributos productivos del trabajo humano de un modo que le es históricamente específico y que determina su misma razón histórica de existir. Esto es, transforma las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza. Claro está que realiza esta transformación en tanto la organización consciente es, al mismo tiempo, la forma concreta necesaria de realizarse su opuesto. O sea, en tanto es la forma concreta necesaria de realizarse la enajenación de las potencias productivas del trabajo humano como atributo de su propio producto material convertido en portador de la relación social general. Esta contradicción inmanente al modo de producción capitalista es la que lo hace llevar en sí la necesidad de superarse a sí mismo, engendrando en su propio desarrollo la organización consciente general de la producción social.

3. John Holloway. «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle». En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991.

4. Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, pág. 303.

El sistema de la maquinaria es la forma material del proceso de producción que desarrolla de manera plena la transformación de las potencias productivas del obrero libre individual en potencias productivas del obrero colectivo capaz de organizar conscientemente su propio proceso de trabajo, regida por la producción de plusvalía relativa. Esta transformación no brota simplemente del carácter de proceso necesariamente colectivo en gran escala que tiene el trabajo en la gran industria maquinizada. Brota de la transformación que sufre la materialidad misma del trabajo en ella. El trabajo va dejando de consistir en la aplicación de la fuerza y pericia humanas regida conscientemente sobre su objeto para transformar el valor de uso de éste. En cambio, va tendiendo a consistir en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al ejercicio del control de las fuerzas naturales de modo de hacer actuar a éstas automáticamente sobre el objeto para transformarlo. Cosa que se logra mediante la objetivación de esa capacidad de control como un atributo de la maquinaria. Al revolucionar la materialidad del proceso de trabajo, la acumulación determina de tres modos a la subjetividad productiva del obrero de la gran industria.⁵

En primer lugar, el sistema de la maquinaria degrada la subjetividad productiva del obrero que adquiere y aplica su pericia manual en el proceso directo de producción. Lo convierte en un apéndice del control objetivado de las fuerzas naturales, o sea, en un apéndice de la maquinaria. Con lo cual, su trabajo se ve constantemente descalificado, despojado de todo contenido más allá de la repetición mecánica de una tarea cada vez más simple. Sus atributos productivos siguen un curso que se asemeja al del obrero sujeto a la división manufacturera del trabajo. Sólo que su curso en esta dirección se encuentra

5. En tanto modifica la materialidad de la subjetividad productiva del obrero, el capital modifica el alcance y contenido de su conciencia. No se trata de que la conciencia obrera es funcional al capital. Ser funcional significaría que la conciencia de los obreros surge de fuera de la relación de capital misma y que, luego, esta conciencia externamente formada se adapta a las necesidades del capital. Muy contrariamente a esta exterioridad aparente, los obreros se encuentran realmente subsumidos en el capital a través de la producción de plusvalía relativa (ibíd., vol. 1, págs. 426-427). Aun como clase obrera, son atributo del capital (ibíd., vol. 1, pág. 482), que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia (ibíd., vol. 1, pág. 487). Su conciencia se encuentra invertida –bajo la apariencia propia de la circulación de que son individuos libres– como una potencia del capital, o sea de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo –que al mismo tiempo implica su socialización directa– desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo, engendrando la organización consciente general de la vida social.

acelerado, y más limitado aún en cuanto a las potencias de su subjetividad productiva, por su condición específica de apéndice de la maquinaria. Con cada salto adelante que pega el capital en el proceso de apropiarse de las fuerzas naturales, es decir, con cada salto adelante dado por la capacidad productiva del trabajo mediante el desarrollo de la maquinaria, el capital saca del proceso directo de producción a masas enteras de este tipo de obrero. Y hace otro tanto con el obrero de la manufactura. Reemplaza lo que era la intervención necesaria de la subjetividad habilidosa de ambos en el proceso directo de producción por la habilidad objetivada en una máquina. Así y todo, a la par que expulsa este tipo de trabajo vivo al reemplazarlo por trabajo muerto, el mismo salto genera una multitud de espacios nuevos para su explotación. Estos brotan, precisamente, sobre la base de haberse dado un paso más en la degradación de los atributos productivos de los dos tipos de obrero en cuestión.

En segundo lugar, la acumulación en base a la extracción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria transforma a una porción creciente de la población obrera en sobrante para las necesidades del capital. El capital es la relación social general de la población obrera, es decir, la relación general en que la clase obrera entra para reproducir su vida natural. De modo que ser transformado en sobrante para el capital significa verse privado del ejercicio de la capacidad para producir la propia vida natural. El capital arranca así a la superpoblación obrera hasta el último rastro de subjetividad productiva, condenándola a muerte.

En tercer lugar, el capital necesita desarrollar la subjetividad productiva de la porción de la clase obrera cuya participación en el obrero colectivo corresponde al desarrollo de la capacidad de éste para avanzar en el control universal de las fuerzas naturales y en el control consciente del propio carácter colectivo de su trabajo. No basta para desarrollar esta subjetividad con su mero ejercicio en el proceso de producción mismo. La conciencia productiva que rige la actividad del obrero colectivo del sistema de la maquinaria interviene en el proceso directo de producción como un atributo objetivado en la maquinaria misma y, por lo tanto, como el producto ella misma de una conciencia científica. Y el desarrollo de esta conciencia científica es precisamente lo que tiene a su cargo aportar al obrero colectivo la porción de éste que actúa como su órgano de desarrollo de su capacidad para controlar las fuerzas naturales a aplicar en la producción directa. Considerado en sí, el desarrollo de esta subjetividad productiva expresa la tendencia general del desarrollo históricamente específico de las fuerzas productivas de la sociedad bajo el modo de producción capitalista. Pero esto no quiere decir que el capital avance simplemente en él. Por el contrario, el capital mismo contrarresta constantemente su propia tendencia histórica general, convirtiendo cada avance en el control sobre las fuerzas naturales en un atributo objetivado en la maquinaria, de modo de simplificar el trabajo, no ya simplemente manual sino también intelectual, que lo ejerce.

Una diferenciación similar tiene lugar respecto de la subjetividad aplicada a la circulación del capital por los obreros improductivos. De aquí en más se entiende que, cuando nos referimos a la subjetividad productiva, *mutatis mutandi* abarcamos también a esta otra subjetividad del obrero subsumido en el capital, salvo indicación en contrario.

2.3 La acumulación bajo su forma nacional clásica

La acumulación de capital es un proceso mundial por su contenido, pero nacional por su forma. Empecemos por considerar los países en donde la acumulación de capital presenta la forma nacional concreta que más inmediatamente refleja la unidad de sus determinaciones esenciales. Cosa que hace al abarcar la producción de la generalidad de las mercancías por capitales que tienen la magnitud necesaria para participar en la formación de la tasa general de ganancia compitiendo en el mercado mundial. Nos referimos específicamente a los países de Europa Occidental y a los Estados Unidos de América (de aquí en adelante, «países clásicos»). Desde el siglo XIX y durante los tres primeros cuartos del siglo XX, la acumulación de capital presenta en ellos una tendencia notable respecto de la reproducción –y por lo tanto explotación– de la fuerza de trabajo. La de subjetividad productiva en degradación y la de subjetividad productiva en expansión tendieron a ser reproducidas de manera conjunta y en condiciones relativamente indiferenciadas. Esta unidad tuvo una primera base técnica.

Los obreros de subjetividad productiva degradada no tienen oportunidad de desarrollar pericia alguna dentro de sus procesos de trabajo. Sin embargo, cuanto más complejo se hace el proceso de producción colectivo en que se encuentra inmerso el trabajo individualmente simplificado, más se necesita para realizarlo del uso de una aptitud productiva universal cuyo desarrollo trasciende del mero ejercicio de ese trabajo individual. De igual modo, estos obreros deben ser capaces de adaptarse a cualquier maquinaria que el cambio técnico constante les ponga delante. Por lo tanto, el capital necesita producirlos como obreros universales antes de que entren en producción, por más degradada que vaya a ser su participación en ella. Y este proceso de formación previa tiende a extenderse en razón inversa a la posibilidad de desarrollar una pericia productiva particular en el ejercicio mismo del trabajo y en razón directa a la velocidad con que el obrero se ve empujado por el capital de una tarea a otra. Al mismo tiempo, la intensidad que impone a su trabajo la subordinación al ritmo de la maquinaria y la división manufacturera del trabajo científicamente perfeccionada requieren el acortamiento de su jornada de trabajo.

Por su parte, la producción y reproducción de la fuerza de trabajo portadora de la subjetividad expandida tiene en su base la producción de una conciencia productiva científicamente estructurada.⁶ Por lo tanto, tiene en su base la

6. Los cursos divergentes seguidos por la subjetividad productiva de los obreros refleja de manera directa la determinación históricamente específica de la división

expansión de la universalidad de los atributos productivos del obrero. Este tipo de obrero debe pasar por un período de formación científica universal y particular de su fuerza de trabajo cada vez más largo antes de encontrarse en condiciones de entrar en producción. Así y todo, esta fuerza de trabajo recién alcanza su plenitud productiva después de varios años de ser efectivamente aplicada. El capital inglés de principios del siglo XIX optimizaba su acumulación explotando a un obrero cuya vida natural agotaba a los treinta años. Esta es la edad en que hoy el obrero de subjetividad productiva más desarrollada, el científico, recién se encuentra en condiciones de empezar a producir plusvalía. El capital va necesitando, entonces, extender la vida útil del obrero, de modo de prorratear el costo de su producción y explotar plenamente su aptitud para el trabajo complejo.

A su vez, las condiciones de los procesos de trabajo y consumo individual necesarias para extender la vida útil del obrero para el capital llevan consigo la extensión de su vida natural más allá del agotamiento de su aptitud productiva. Al mismo tiempo, al capital le resulta muy costoso que el obrero pierda prematuramente su aptitud productiva, ya sea por enfermedad o por encontrarse circunstancialmente desocupado por los avatares de la acumulación. De modo que el valor de su fuerza de trabajo también incluye la jubilación, la cobertura médica y la cobertura por desempleo.

Pero para producir y reproducir la subjetividad productiva expandida no basta con cubrir el consumo de la misma cantidad y calidad de valores de uso que antes, pero por un tiempo de vida que incluye un mayor período durante el cual el obrero no está produciendo. Su desarrollo no reside en la multiplicación de la pericia manual o la fuerza física del obrero. Conciérne, ante todo, al desarrollo de la conciencia productiva del obrero. Se trata de empujarla constantemente más allá de donde alcanza el control de las fuerzas naturales ya objetivado en la maquinaria. En esencia, se trata de desarrollar la capacidad para tomar decisiones productivas por sí en nombre del capital (aunque este desarrollo siempre está sujeto a la contradicción que encierra la constante simplificación del trabajo al enajenarse sus potencias como atributos del capital materializado en la maquinaria). El consumo de valores de uso que corresponde a la reproducción de esta fuerza de trabajo se encuentra cualitativa y cuantitativamente determinado en consecuencia. Por su parte, la intensidad del trabajo gira en torno de la capacidad para fijar la atención en el proceso de decidir productivamente. Lo cual requiere una jornada de trabajo más corta.

entre trabajo manual y trabajo intelectual cuando las potencias sociales del trabajo se desarrollan como las potencias enajenadas del capital en la gran industria. Al enfrentarla desde el punto de vista de la subjetividad productiva, esta división queda enfocada tal como concierne directamente a la actividad de los obreros como sujetos del proceso de trabajo enajenadamente regido como un proceso de valorización.

Los atributos materiales de su trabajo y de su consumo individual confluyen en reforzar en la conciencia de este tipo de obrero la apariencia de ser un individuo libre, que dispone de lo que es suyo a cambio de un equivalente, satisfaciendo con ello su propio interés. Esto es, esta unidad material refuerza la apariencia a través de la que toma forma concreta en la circulación la explotación del obrero como trabajador forzado para el capital social, al que éste le paga con el producto de su propio trabajo impago anterior, y cuyo consumo individual no es para él sino para el capital. Tan es así que, cuanto más desarrolla este obrero su subjetividad productiva, más difícil le resulta reconocerse como lo que es, a saber, un miembro de la clase obrera.

En resumen, pese a basarse en la divergencia de sus subjetividades productivas, la reproducción de los dos tipos de obrero en activo converge hacia un cierto grado de universalidad relativamente común dentro de los países en cuestión. El desarrollo de esta universalidad se refleja sobre la reproducción biológica de la población obrera, haciendo caer la tasa de natalidad. Esta caída va acompañada por un ritmo en la acumulación de capital, un ritmo en el cambio en la composición técnica de éste, un acortamiento de la jornada de trabajo, una emigración masiva de la población sobrante y matanzas periódicas mediante la guerra, que en conjunto acaban dando una apariencia peculiar a la formación local de la superpoblación obrera. Esta parece no pasar masivamente de la condición de flotante. Y, como ya vimos, el capital social necesita en este caso mantenerle su subjetividad productiva para cuando vuelva a requerirla en activo. Llega así a crearse la ilusión de que la acumulación capitalista se ha liberado de su ley general, a saber, de la ley por la cual la acumulación de riqueza social en el polo del capital es una acumulación de miseria y degradación crecientes en el polo de la clase que produce esa riqueza con su trabajo.

En las condiciones vistas hasta aquí, al capital social le resulta más barato tomar directamente en sus manos la producción relativamente indiferenciada y masiva de la clase obrera que abarca las dos subjetividades productivas contrapuestas. Esta producción pasa a estar a cargo del representante político general del capital social de los países en cuestión, o sea, de los respectivos estados nacionales. La producción relativamente universal de la clase obrera nacional cobra así una expresión específica, a saber, la de educación pública, salud pública, jubilación pública, seguro de desempleo público, planes públicos de vivienda, transporte público, servicios públicos, recreación pública, etc. De modo que la transformación en las condiciones de reproducción de los obreros alcanza individualmente a éstos bajo la forma concreta de la expansión de sus derechos igualitarios como ciudadanos del estado nacional, conquistada necesariamente mediante el avance de la acción política de la clase obrera en su lucha contra la burguesía. Lo que la clase obrera paga con su propio trabajo para reproducirse como fuerza de trabajo forzada para el capital, y cuyo logro le cuesta sangre y cárcel a cada paso, aparece entonces ideológicamente

invertido. Se lo presenta como las «concesiones» graciosamente otorgadas en su abstracto beneficio por el «estado de bienestar».⁷

Sin embargo, esta inversión de las formas políticas basada en la reproducción relativamente indiferenciada de la clase obrera mediante la acción directa del representante político de los capitales sociales nacionales alcanza aún una expresión más desarrollada. Lo hace en tanto dicha reproducción converge con la necesidad de reproducir el proceso nacional de acumulación de capital a través de la centralización de los capitales individuales como unidades inmediatas de capital social y, por lo tanto, como capital del estado. La forma más desarrollada de esta inversión surgió allí donde la centralización en cuestión necesitó alcanzar a la totalidad de los capitales que se valorizaban en el país a fin de poder empezar a realizar su potencialidad. Esta centralización sólo podía tomar forma política concreta en una revolución social que aboliera la fragmentación privada interna del capital. Dicho de otro modo, suponía una revolución social en la cual la clase obrera y el campesinado expropiaran a la burguesía y los terratenientes, imponiendo la propiedad colectiva sobre el capital y la tierra al interior de sus fronteras nacionales. Sin embargo, el capital no deja de ser tal por haber sido centralizado de este modo. Sigue enfrentando a quienes son ahora sus propietarios como una potencia que les es ajena y los domina. El estado nacional deviene, entonces, no sólo su representante político general en tanto capital social, sino también el agente directo de su acumulación en la producción y la circulación en su movimiento inmediato como capital individual. A consecuencia de su forma política concreta, este proceso se realiza bajo la apariencia de ser su propio opuesto, o sea, el socialismo o comunismo realizados. Tal es el caso de la URSS, cuya especificidad desarrollaremos en un capítulo separado.

El Apéndice 2.1 muestra la evolución de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo en el Reino Unido y los Estados Unidos durante el período considerado, en lo referente a salario real, duración de la jornada de trabajo, educación formal y productividad.⁸

7. Por el camino de esta inversión se llega al absurdo manifiesto de afirmar que el capital sólo puede realizar la plusvalía extraída a los obreros a condición de... cedérsela a estos mismos obreros mediante la compra de su fuerza de trabajo por encima del valor. Esto de suponer que la plusvalía se realiza como tal gracias a no realizarla como tal, no constituye razonamiento dialéctico alguno. Se trata de una mera mistificación apologética.

8. Tal como puede verse en el cuadro 2.1 del Apéndice 2.1 (con la distorsión que implica la mezcla de trabajo productivo e improductivo para el capital en el cómputo), la capacidad productiva del trabajo se ha multiplicado sostenidamente a lo largo del desarrollo de la gran industria. En tanto esta multiplicación ha ocurrido en las ramas que directa o indirectamente producen los medios de vida para los obreros, los valores de estos medios de vida han caído de manera correspondiente. Sin embargo, buena parte de este abaratamiento se ha visto esterilizado como fuente inmediata de plusvalía relativa. Los capitales individuales introductores de las innovaciones técnicas han

2.4 Pericia manual en el sistema de la maquinaria y poder político obrero

Más allá de las condiciones vistas hasta aquí, la porción de la clase obrera de subjetividad productiva en retroceso sacaba fuerza política de una base técnica históricamente específica para imponerle al capital su reproducción relativamente indiferenciada con la de subjetividad en expansión. Por mucho que se hubiera desarrollado el sistema de la maquinaria, la pericia manual del obrero seguía interviniendo en el propio corazón de la producción basada en él, o sea, en la producción de la maquinaria misma. El capital no había logrado aún liberar su valorización de ella. La calibración de la máquina para la producción mecánica en serie seguía siendo un atributo inherente a la pericia manual del obrero. Este se convertía en apéndice de la máquina recién al iniciar la producción en serie misma. El proceso de montaje seguía estando subordinado a la pericia manual del obrero, por más que esta pericia se hubiera degradado a la más absoluta simplificación del movimiento de cada obrero a través de la división manufacturera del trabajo. La línea de montaje no era aún una verdadera máquina. Su motorización podía imponer el ritmo de trabajo a los obreros que se distribuían a su largo. Pero seguía careciendo del elemento que define a la maquinaria como tal, o sea, la transformación de la herramienta en una parte suya. Por el contrario, en la línea de montaje, la herramienta seguía estando regida por la unidad ojo-cerebro-mano del obrero que la ponía en acción.

apropiado de manera normal la plusvalía extraordinaria que brota de la posibilidad de vender por debajo del valor social pero por encima del individual, al ponerse individualmente en acción una productividad mayor a la media social. A su vez, a medida que las nuevas condiciones técnicas se han ido generalizando y el valor social ha pasado a estar determinado por ellas, se han abaratado los medios de vida para los obreros. Pero este abaratamiento se ha visto significativamente compensado por la necesidad de un mayor consumo de valores de uso para reproducir la fuerza de trabajo con los atributos productivos con que la requiere el capital en razón de sus nuevas condiciones técnicas generales. Al mismo tiempo, el aumento en la intensidad del trabajo correspondiente a estas nuevas condiciones técnicas ha ido imponiendo la necesidad de acortar significativamente la jornada de trabajo. De modo que el aumento en la tasa de plusvalía que la revolución constante de la productividad del trabajo lleva potencialmente consigo se ha visto restringido al saldo neto entre el abaratamiento de los medios de vida, por una parte, y el mayor consumo de medios de vida y acortamiento de la jornada de trabajo, por la otra. Por ejemplo, entre 1820 y 1999, la capacidad productiva horaria del trabajo se multiplicó por 24 (siempre con el cómputo sujeto a la distorsión de no diferenciar el trabajo productivo del improductivo y a la mediación de un factor de ponderación para sumar valores de uso cualitativamente distintos), mientras que el salario real lo hizo por 18. Sobre esta base, la plusvalía neta de gastos de circulación (más el consumo de capital constante fijo) se multiplicó por 49. Si el salario real hubiera permanecido constante, dicha plusvalía se hubiera multiplicado por 126.

Al mismo tiempo, la escala alcanzada por la acumulación de capital ponía a estos obreros a trabajar juntos en grandes masas. Y las mismas condiciones materiales de su proceso de trabajo, vacío de contenido y controlado de manera abiertamente coactiva, los hacía enfrentarse inmediatamente al capital como a una potencia antagónica enajenada. Esta suma de condiciones le daba sin más a la porción en cuestión de la clase obrera la conciencia de ser tal. De modo que la mediación directa de su subjetividad en la producción de la maquinaria se transformaba en sus manos en un arma particularmente potente para enfrentarse a la burguesía en la lucha de clases por la realización del valor de su fuerza de trabajo. Y tras de ella arrastraba a las condiciones de reproducción del resto de la fuerza de trabajo que compartía sus atributos productivos aunque ocupando un lugar menos central en la estructura productiva general de la gran industria. Pero, como no podía ser de otro modo, esta potencia alcanzó su punto culminante en el momento en que el capital había desarrollado las bases materiales para contrarrestarla.

De manera violentamente visible a partir de mediados de la década de 1970, la computarización del proceso de ajuste de la maquinaria y la robotización de la línea de montaje – convertida finalmente en una máquina ella misma – revolucionan la materialidad de la producción de la maquinaria. Con lo cual revolucionan las condiciones generales de la acumulación de capital mediante el sistema de la maquinaria. La subjetividad productiva basada en la pericia manual del obrero comienza a ser expulsada de la producción de la maquinaria. Si permanece en ella es sólo para caer un escalón más en su degradación como apéndice de la maquinaria. Por el contrario, el capital necesita multiplicar el desarrollo de la subjetividad capaz de avanzar en el control productivo de las fuerzas naturales. Este control ha dado un paso más como la única fuente capaz de incrementar la productividad del trabajo y, en consecuencia, de producir plusvalía relativa.

El capital despoja así a la primera porción de la clase obrera de la fuente específica de su poder político. Al mismo tiempo necesita producir a la segunda porción con una capacidad expandida para realizar trabajo complejo. Por ambas puntas el capital ha aliviado su necesidad de producir las dos porciones en condiciones relativamente indiferenciadas. Más aún, necesita abaratar a una, extender su jornada de trabajo y acortar su tiempo de formación de manera brutal, mientras que necesita llevar a la otra por el camino opuesto. Con todo, el capital no puede divorciarse de las condiciones de reproducción y explotación de las dos porciones de la clase obrera de un saque. No en vano llegan hasta este punto de ruptura como resultado de compartir una misma historia: la de su producción como una fuerza de trabajo relativamente indiferenciada a través de la acción del estado nacional que integra a los miembros de ambas porciones como ciudadanos portadores de los mismos derechos. Parecería que la forma nacional de la acumulación de capital levanta una barrera a ésta. Sin embargo, esa misma forma lleva la solución consigo.

2.5 Superpoblación obrera latente y subjetividad productiva degradada barata

Fuera de los países clásicos, una porción creciente del campesinado –e incluso de cazadores-recolectores– se ha visto progresivamente expulsada de la producción. Su fuerza de trabajo ha sido desplazada por el uso de la maquinaria. Ha pasado así a la condición de superpoblación obrera latente. Su reproducción biológica ha pasado a estar regida del modo correspondiente. Se ha incrementado su tasa de natalidad, de modo de posibilitar la supervivencia social por sobre las debilitadas condiciones de supervivencia individual. El capital ha acelerado así la multiplicación de la superpoblación latente a dos puntas.

La separación internacional entre la población obrera que permanece en activo y la que va siendo convertida masivamente en sobrante no es accidental. Brota necesariamente de la realización del contenido mundial de la acumulación de capital bajo la forma de procesos nacionales de acumulación mutuamente independientes. Pero sobre ella se monta la apologética del capitalismo para invertir la determinación. Lo hace presentando a la acumulación de capital como si fuera un proceso nacional por su esencia, y no por su mera forma. Así, la expansión de la superpoblación obrera hasta caracterizar a un país –producto del pleno desarrollo de la esencia mundial de la acumulación– se presenta invertida como si fuera consecuencia de la insuficiencia nacional de ese desarrollo. Es decir, como si fuera el resultado del «subdesarrollo» del capitalismo en esos países.

La acumulación de capital ha producido esta superpoblación obrera latente. Y la ha recortado a su vez por la condición de sus miembros como ciudadanos de países políticamente independientes respecto de aquellos en los que la misma acumulación se ha basado hasta el momento en la realización interna completa de la generalidad de los procesos productivos de la gran industria. Esto es, la forma nacional de la acumulación mundial de capital ha fragmentado políticamente a la superpoblación obrera respecto de la población obrera en activo en los países clásicos. Sobre la base de esta fragmentación política de la clase obrera, el capital comienza a quebrar la barrera que le opone la historia de universalidad productiva relativa conquistada para sí por los obreros de la gran industria en los países clásicos. Lo hace recortando técnicamente los procesos de producción siguiendo las fronteras nacionales. Las porciones de los procesos productivos en que predomina la subjetividad productiva en expansión tienden a quedar de este lado de la frontera. Del otro lado, la superpoblación obrera latente se transforma en fuerza de trabajo en activo. Pero en una que básicamente realiza las tareas que requieren una subjetividad productiva rebajada a la simplificación absoluta del trabajo como apéndice de la maquinaria y órgano parcial en la división manufacturera del trabajo. Las condiciones en que esta segunda porción de la clase obrera va a ser explotada no son ya una cuestión que le incumba al estado nacional en donde

el capital reproduce y explota a la primera porción. Ahora, es un problema de los ciudadanos de «otro país».

Por supuesto, esta fragmentación en base a las fronteras nacionales tiene lugar en la medida en que la materialidad misma del proceso de producción permite su fragmentación espacial. De igual modo, se encuentra sujeta a la posibilidad de la separación espacial entre el proceso de producción y el consumo individual de sus productos. Pero, al mismo tiempo, el propio desarrollo de la microelectrónica que le ha dado base a la automatización de la maquinaria y la robotización del proceso de montaje multiplica el alcance de las telecomunicaciones. Con lo cual hace materialmente posible la coordinación de la producción por más dispersas que se encuentren sus porciones sobre la superficie terrestre. La multiplicación de la productividad del trabajo de transporte, lograda en buena medida sobre la misma base, confluye en igual sentido.⁹

9. Fröbel, Heinrichs y Kreye ponen tempranamente al descubierto el movimiento de desplazamiento del trabajo más simple desde los países clásicos hacia países con masas de población sobrante latente (Folker Fröbel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye. *La nueva división internacional del trabajo. Para estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Madrid: Siglo XXI, 1980). Reconocen al paso de la electromecánica a la electrónica como determinante clave en la base específica de este movimiento (ibíd., pág. 7), aunque después su análisis se presenta fuertemente centrado en el desarrollo de la división del trabajo manual antes que en el de la maquinaria. Sin embargo, al mismo tiempo, pasan completamente por alto la otra pata de esta nueva división internacional del trabajo; pata que, en realidad, constituye el punto de partida mismo de esta nueva división. Esto es, los autores no ven que el desplazamiento del trabajo simple de los países clásicos va acompañado por la creciente especialización de éstos en la realización de un trabajo cada vez más complejo, requerido para desarrollar el control de las fuerzas naturales y la organización del trabajo social. La razón de esta mutilación de la unidad del proceso en cuestión puede rastrearse en una primera inversión entre forma y contenido realizada por Fröbel, Heinrichs y Kreye. Es así que sostienen que la valorización y acumulación del capital no es una forma histórica específica del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social sino que, a la inversa, dicho desarrollo es una forma concreta de aquella valorización y acumulación (ibíd., pág. 28). Sobre esta base invertida, sólo pueden ver el proceso de degradación de los atributos productivos del obrero que realiza el trabajo cada vez más simple, pero no el desarrollo del trabajo científico como actividad propia del obrero. No en vano presentan a la ciencia como una capacidad apropiada por el capital, pero cuya fuente permanece ausente de la exposición (ibíd., pág. 40), mientras que pronostican el retroceso general en el proceso de formación educativa de la población obrera de los países clásicos (ibíd., pág. 8). A su vez, la inversión en cuestión no es ajena a la fragmentación ideológica que hacen los autores de la unidad concreta del modo en que se organiza el proceso de metabolismo social, entre «modo de producción» y «formación social» (ibíd., págs. 29-30); fragmentación inventada por Althusser justamente para generar la apariencia del movimiento autónomo de las formas sociales respecto de la materialidad del proceso de vida social. La misma inversión se refleja sobre el tratamiento de la propia cuestión de la división internacional del trabajo.

Sin embargo, no toda la superpoblación latente que el capital ha generado más allá de las fronteras de los países clásicos le resulta igualmente apta para ser transformada masivamente en la nueva fuerza de trabajo de subjetividad degradada.

El capital ha generado una buena masa de superpoblación obrera latente en América Latina. Sin embargo, sigue siéndole más beneficioso valorizarse allí en base a su asociación con los terratenientes en la apropiación de la renta del suelo agrario y minero. Para ello necesita desprender fragmentos suyos en los países en que su acumulación toma la forma clásica, para ponerlos a funcionar como pequeños capitales de magnitud específicamente restringida a la del mercado interno, en los países donde tiene lugar la apropiación de la renta. Esta fragmentación le permite convertir en maquinaria flamante lo que ya era chatarra en sus países de origen por la escala requerida en ellos para realizar el proceso de producción. Por lo tanto, esta modalidad de valorización excluye la producción de mercancías en general para el mercado mundial desde los países en que el capital se encuentra fragmentado; la única producción que cabe en ellos con este destino es la de las mercancías portadoras de la renta del suelo. La misma modalidad limita el abasto de mercancías en general para el mercado interno desde el mercado mundial. En contraste, la separación internacional de las dos subjetividades productivas presupone la producción por cada una de ellas para el mercado mundial. Recién en éste se cierra ahora la unidad del proceso productivo en que ambas participan. Al mismo tiempo, la forma específica que toma la acumulación del capital sostenida en la apropiación de la renta del suelo agrario y minero ha venido imponiendo la reproducción de la fuerza de trabajo nacional sobre una base similar a la vigente en los países en donde la acumulación toma su forma clásica. Esto es, las condiciones generales de la reproducción de la fuerza de trabajo alcanzan al obrero individual, cualquiera sea su subjetividad productiva, como un atributo relativamente indiferenciado que le concierne como ciudadano de su estado nacional. De modo que, en un primer momento, la superpoblación obrera latente de los países latinoamericanos carece de interés para el capital como fuente masiva de subjetividad productiva degradada que se encuentre recortada como tal por su ámbito nacional. En tanto la reproducción de la modalidad específica que toma la acumulación en ellos multiplica aceleradamente a la superpoblación obrera, y por cierto lo hace, ésta pasa masivamente a la condición de población

Si bien los autores afirman que es la unidad mundial de la acumulación del capital la que toma forma concreta en la formación de los procesos nacionales de acumulación (ibíd., pág. 12), al mismo tiempo traslucen en su exposición el punto de vista inverso. Lo hacen a través de sus apelaciones constantes a la existencia de países «en desarrollo», «subdesarrollados», «periféricos», «dependientes», como si estos procesos nacionales de acumulación no fueran tan el producto del desarrollo del modo de producción capitalista, tan centrales a este desarrollo y tan dependientes de la unidad mundial, como los correspondientes a cualquiera de los que llaman en contraposición países «industrializados».

sobrante estancada y consolidada.¹⁰ Recién a partir de allí va a presentar un interés parcial para el capital como fuente de subjetividad productiva degradada barata.

En África, el capital ha convertido a antiguos cazadores-recolectores, pastores más o menos nómades y campesinos que practicaban la agricultura de secano en superpoblación latente. Se trata de una superpoblación obrera formada por individuos no acostumbrados al trabajo colectivo realizado en gran escala y regido por una autoridad central. Y éstos son justamente los atributos que el capital demanda de la fuerza de trabajo que va a poner a funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura bajo condiciones de extrema degradación. Por lo tanto, el capital no encuentra en África una superpoblación latente que pueda proveerlo masivamente de la subjetividad productiva en cuestión. Se limita entonces a empujarla a la condición de superpoblación obrera consolidada. La priva así hasta de la capacidad que distingue al ser humano como género frente a las especies animales. Esto es, la priva hasta de la capacidad para transformar a su entorno en un medio para sí mediante el trabajo. Con lo cual la condena a una muerte acelerada.

Muy distinta es la historia que trae consigo la superpoblación latente generada por el capital en el este asiático. Está formada por antiguos campesinos libres, pero sometidos a férrea explotación mediante un sistema tributario y rentístico fuertemente estructurado. Esta modalidad de explotación tiene su base material general en la importante presencia de la agricultura bajo riego organizada en gran escala. De modo que se trata de campesinos acostumbrados a un trabajo intenso, colectivo y disciplinado, realizado bajo su propia responsabilidad inmediata de individuos libres, pero jerárquicamente regido de manera general. Su historia los torna una superpoblación obrera latente particularmente apta para ser transformada en una fuerza de trabajo capaz de funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura.

2.6 El proceso nacional de acumulación de capital en Japón

De hecho, la división internacional del trabajo en base al tipo dominante de subjetividad productiva en cada país comienza a basarse sobre los atributos

10. Desarrollo más extensamente esta forma específica de configurarse el proceso nacional de acumulación de capital en el capítulo 5. Véase también Juan Iñigo Carrera. *La acumulación de capital en la Argentina*. Buenos Aires: CICP, 1999; Juan Iñigo Carrera. «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino». En: *Realidad Económica*, n.º 171: Buenos Aires (abril-mayo de 2000), págs. 52-75; Juan Iñigo Carrera. «La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina». En: *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, n.º 15: Río de Janeiro (diciembre de 2004), págs. 88-110; Juan Iñigo Carrera. «Argentina: The reproduction of capital accumulation through political crisis». En: *Historical Materialism*, vol. 14, n.º 1: Londres (2006), págs. 185-219; Juan Iñigo Carrera. *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*. Vol. 1. Buenos Aires: Imago Mundi, 2007.

históricos de la población campesina del este asiático aun antes de que la automatización del proceso de producción alcanzara el desarrollo suficiente como para imponerla.¹¹ En Japón, el proceso nacional de acumulación de capital ha manifestado contar con una potencialidad específica que brota de dichos atributos históricos, desde antes de mediados del siglo xx. Para ese entonces se imponía aún la reproducción relativamente indiferenciada de la fuerza de trabajo nacional cualquiera fuera su subjetividad productiva específica. Pero aquí es donde entra el particular origen de la fuerza de trabajo japonesa. A diferencia de lo que ocurría en Europa y los Estados Unidos, la universalidad en las condiciones de reproducción de la clase obrera nacional no tendía a verse arrastrada por la necesidad de producir la subjetividad productiva en expansión. Por el contrario, ésta podía producirse aún bajo condiciones que correspondían simplemente a la reproducción de la subjetividad productiva en retroceso. Esta determinación se ve reforzada por el desastre bélico.

Sobre esta base, el trabajo simple comienza ya a desplazarse desde los países clásicos hacia el Japón en la década de 1950. Pero no se trata aún de la porción de trabajo simple aplicado a la producción de la maquinaria misma. Todavía no se ha desarrollado la base material que diluye la fuerza política de los obreros que realizan este trabajo en los países clásicos. El desplazamiento sólo puede comenzar por un tipo de producción donde domine la pericia manual del obrero, tanto de manera simple como ejerciendo el control de la maquinaria, pero que no resulte esencial para el desarrollo general de la fuerza productiva del trabajo en la gran industria. El Japón se convierte así en el centro productor de indumentaria y calzado para el mercado mundial.

Con todo, la acumulación sigue avanzando en los países clásicos. La subjetividad productiva se desarrolla en ellos hasta el punto de ser capaz de controlar los procesos microelectrónicos mediante el uso de los elementos químicos semiconductores. Ahora, la cuestión no es simplemente producir máquinas automáticas en las que se objetive ese control. Se trata de producirlas mediante máquinas automatizadas de este mismo modo. Pero, para automatizar la calibración de la maquinaria y robotizar la línea de montaje, primero hay que montar los componentes electrónicos portadores de la automatización. Y este nuevo proceso de montaje recién puede convertirse él mismo en un proceso automatizado como resultado de su propio desarrollo. Por lo tanto, el capital se libera de la intervención de la pericia manual del obrero en los

11. Se ha discutido si se trata de que los capitales sociales de los países clásicos han impuesto una nueva división internacional del trabajo o si se trata de que los capitales sociales de los «nuevos países industriales» se han impuesto por sí en el mercado mundial (Rhys Jenkins. "Divisions over the international division of labour". En: *Capital & Class*, n.º 22: Sage Publications (1984), págs. 28-57). Ambos puntos de vista invierten las formas necesariamente nacionales por medio de las cuales la unidad genérica global de la acumulación de capital rige la producción social, presentándolas como la unidad misma de la acumulación.

procesos de ajuste y montaje mecánicos a expensas de arrancar sosteniéndose sobre un nuevo proceso manual de trabajo: el armado de las plaquetas y demás componentes electrónicos. Esta circunstancia parecería contrarrestar el debilitamiento político de la porción de la clase obrera a cargo del trabajo simplificado de montaje. Pero el capital tiene a mano la división internacional del trabajo sobre la base de las condiciones históricas de producción de cada fuerza de trabajo nacional.

El montaje de los componentes microelectrónicos es una tarea esencialmente nueva. Por lo tanto, en los países clásicos donde ha comenzado a realizarse el trabajo complejo de investigación y desarrollo, no se ha consolidado aún un obrero colectivo que amalgame esta primera fase del nuevo proceso productivo con el trabajo simple de montaje. A su vez, las clases obreras de los países clásicos podrían desarrollar su fuerza política si se constituyera en los mismos este nuevo obrero colectivo. Pero esta constitución les aparece como una decisión propia del capital. En consecuencia, enfrentan de hecho a la posible expansión de su fuerza política como a una potencialidad que les es ajena. El capital no necesita pues empezar por derrotar la unidad nacional del obrero colectivo en cuestión. Le basta con poner el proceso de montaje de los componentes microelectrónicos en manos de la fuerza de trabajo japonesa de subjetividad productiva degradada, relativamente barata dada su historia específica. Más aún, esta baratura relativa también alcanza en Japón a la fuerza de trabajo de subjetividad productiva desarrollada. El capital pone entonces a ésta a realizar el trabajo de investigación y desarrollo que completa la tarea del nuevo obrero colectivo de la microelectrónica aplicada. Este ha sido finalmente constituido sobre la base de la especificidad nacional japonesa.

No ya meramente el trabajo simple va saliendo de los países clásicos, sino que lo hacen trabajos de complejidad cada vez mayor. Este movimiento se ve reforzado por el desarrollo de la capacidad técnica para integrar los procesos productivos por encima de su distribución espacial. De todos modos, la producción de la maquinaria automatizada sigue incluyendo una tarea que requiere de una subjetividad productiva altamente calificada plenamente reproducida como tal. Se trata del proceso de trabajo intelectual que crea y desarrolla las estructuras lógicas que controlan el flujo mismo de los procesos electrónicos. Más allá de cualquier limitación idiomática, su materialidad determina específicamente a este trabajo como atributo de una fuerza de trabajo reproducida en condiciones que alimenten en la conciencia del obrero la apariencia de ser un individuo abstractamente libre. Circunstancia que choca con las condiciones de reproducción de una clase obrera cuyas potencias productivas específicas brotan de su origen histórico inmediato como campesinado sometido al trabajo jerárquica y autoritariamente regido. Y si esto ocurre respecto del trabajo aplicado al mero desarrollo de las estructuras lógicas, con más razón lo hace respecto del trabajo que desarrolla la capacidad científica misma para avanzar en el control de las fuerzas naturales, o sea, de la llamada ciencia básica.

El diferente alcance del trabajo complejo a cargo de uno y otro obrero se manifiesta en la forma que toma el desembolso de capital que lo pone en acción. En el Japón se aplica una porción relativamente notable del capital social al trabajo de investigación y desarrollo. Pero este trabajo se orienta esencialmente a la aplicación tecnológica inmediata de la ciencia. La inmediatez de este alcance se manifiesta en que la organización social de la producción científica y técnica se rige fundamentalmente a través del desembolso realizado por cuenta y riesgo de los capitales individuales.¹² Por el contrario, en los países donde la acumulación venía arrastrando su forma clásica, el peso relativo del capital aplicado al trabajo de investigación y desarrollo puede incluso ser menor. Pero este desembolso apunta a que el desarrollo arranque de la ciencia básica. Como es obvio, el avance en ésta es la base sobre la que se sostiene toda revolución en la capacidad productiva del trabajo. Su aplicación pionera se constituye en una fuente particularmente potente de ganancia extraordinaria para el capital individual que la efectúa. Pero sus resultados productivos, cuando logra alcanzarlos, caen fuera del horizonte normal de cualquier capital individual. Y lo mismo tiende a ocurrir con la magnitud de capital que requiere su desarrollo. De ahí que su producción general se rija necesariamente por el desembolso directo del capital social a través de la acción política del estado. Cosa que en los países en cuestión toma forma mediante la constitución de las redes públicas de investigación y desarrollo, o a través de los programas de contratación de capitales privados con fondos públicos. Por lo tanto, la fragmentación internacional alcanza incluso a la subjetividad productiva desarrollada misma, tendiendo los países clásicos a monopolizar la etapa en cuestión del proceso de trabajo.

Llegamos así a mediados de la década de 1970. El capital ha constituido al obrero colectivo a cargo de automatizar el ajuste de la maquinaria y su montaje como un sujeto fragmentado por una primera división internacional que recorta la subjetividad productiva de sus miembros.¹³ Sobre la misma base, el capital también ha fragmentado internacionalmente al obrero colectivo a cargo de la producción de la maquinaria misma. La subjetividad productiva de los obreros que aportaban su pericia manual al calibrado y al montaje de la maquinaria ha perdido su intervención crítica en la producción del sistema de la maquinaria. En cuanto el capital sigue necesitando de ella – y la misma automatización multiplica esta necesidad al simplificar tareas existentes y crear otras nuevas igualmente simples – tiende a ser ejercida por obreros producidos en las condiciones que estrictamente corresponden a sus atributos específicos.

La acumulación de capital florece en Japón, abarcando ya la producción de maquinaria, automóviles, equipo electrónico, etc. para el mercado mundial. Ocurre lo contrario en los países en donde venía tomando su forma nacional

12. D. Okimoto y G. Saxonhouse. "Technology and the Future of the Economy". En: *The Political Economy of Japan*. Vol. 1. Stanford: Stanford University Press, 1987.

13. Jang-Sup Shin. *The Economics of the Latecomers*. Londres: Routledge, 1996.

clásica. Aquí, el antiguo capital fijo materializado en la maquinaria e instalaciones no puede sostener ya el proceso de valorización. Y no sólo por una cuestión de obsolescencia técnica. Tampoco puede hacerlo por estar localizado en países donde el valor de la fuerza de trabajo corresponde a su reproducción con los atributos materiales y morales relativamente universales que tienden al desarrollo general de su subjetividad productiva. En los países en cuestión se desata entonces una crisis de superproducción general cuya especificidad recuerda la europea de principios de la década de 1920. Esta crisis tuvo en su base la expansión del proceso de montaje en cadena y de la máquina-herramienta de ajuste manual, o sea, el nacimiento del mismo proceso técnico que ahora llega a su fin. En su caso, marcó el agotamiento de la capacidad del capital inglés para mantenerse en carrera de igual a igual contra el capital norteamericano. Sin embargo, las cosas no van a ser tan sencillas para el capital japonés. Ocurre que en el modo de producción capitalista nada puede reproducirse de manera estable.

2.7 La fragmentación de la clase obrera al interior de los países clásicos

Las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en los países clásicos experimentan notables cambios. La crisis de superproducción general arroja a los obreros que trabajaban en las condiciones ahora obsoletas al ejército industrial de reserva. La magnitud que alcanza esta expulsión le permite a la burguesía quebrar la unidad de la clase obrera en el proceso de la determinación del valor de su fuerza de trabajo. La tendencia hacia la universalidad relativa con que se reproducían las fuerzas de trabajo de subjetividad degradada y expandida deja lugar a una creciente diferenciación. Dicha tendencia tomaba necesariamente forma en el avance de la acción gremial y de la acción política de la clase obrera sobre la burguesía. Este avance se expresaba luego a través de la acción directa del estado nacional que alcanzaba a los portadores de distintas fuerzas de trabajo en tanto ciudadanos con iguales derechos. La reversión hacia la diferenciación relativa toma, con igual necesidad, las formas políticas y gremiales opuestas.

La fuerza sindical retrocede, impotente ante las embestidas del capital sobre la duración de la jornada, la seguridad e higiene del trabajo, etc. Estas embestidas se centran en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad degradada. Pero, por supuesto, el capital tampoco pierde la oportunidad que le da el aumento del ejército industrial de reserva para avanzar intensificando las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad expandida. Así, mientras el salario real promedio (directo más indirecto) frena su crecimiento, se profundiza la separación entre los salarios altos y bajos. Véase el cuadro 2.1 del Apéndice 2.1, en particular para los Estados Unidos.

El retroceso del capital social respecto de la reproducción del obrero de la gran industria como un sujeto de atributos productivos relativamente universa-

les se manifiesta de un modo específico en la derrota política de la clase obrera. Crisis mediante, el estado nacional avanza sobre los que aparecían como los derechos iguales de sus ciudadanos, imponiendo a la capacidad individual de pago como nueva expresión de los mismos. La reversión hacia la diferenciación en las condiciones de reproducción de los distintos fragmentos de la clase obrera nacional se realiza mediante la privatización de los servicios públicos¹⁴ y la reducción del gasto público en salud, educación, desempleo, etc. Si la acumulación de capital aparecía hasta entonces sujeta a la «intervención» del así llamado «estado benefactor», su representación política general aparece ahora como un atributo naturalmente inherente al «estado neoliberal» adorador del «mercado». Ahora, cada obrero tiende a reproducir su fuerza de trabajo en base al salario que individualmente corresponde a su tipo específico de subjetividad productiva.

El capital social de Europa Occidental y los Estados Unidos ha introducido así la diferenciación en las condiciones de reproducción y explotación de la fuerza de trabajo al interior de sus propias fronteras nacionales. Es decir, ha quebrado la unidad de las respectivas clases obreras nacionales hasta el punto de profundizar esa diferenciación al interior de éstas aun en tanto sus miembros están determinados como ciudadanos iguales del mismo estado nacional. Sin embargo, el capital social necesita avanzar más profundamente aún en el deterioro de las condiciones de reproducción de los obreros de subjetividad productiva degradada al interior de los ámbitos nacionales en donde prevalecen los obreros de subjetividad productiva más desarrollada. Para alcanzar este grado de diferenciación necesita transplantar al interior del mismo ámbito nacional la separación entre los dos tipos de obrero en base a su determinación como ciudadanos pertenecientes a distintos estados nacionales.

En Europa, esta integración diferenciada se desarrolla a través de la formación gradual de un nuevo ámbito nacional de acumulación –y por lo tanto de un nuevo estado nacional– que parte de integrar varios ámbitos nacionales anteriormente autónomos en una organización supranacional. La Unión Europea abarca clases obreras nacionales con distintas historias respecto del desarrollo de su subjetividad productiva y, por lo tanto, respecto de las condiciones en que reproducen su vida. Bajo la forma política concreta de la extensión de la igualdad entre sus ciudadanos, unos países de la unión se convierten en proveedores de fuerza de trabajo relativamente barata para el capital localizado en otros. Al mismo tiempo, la disolución relativa de cada unidad nacional original permite exacerbar las diferencias internas en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. Antes, el capital que concentraba a la fuerza de trabajo de subjetividad productiva expandida en cada país necesitaba reivindicar la unidad nacional inmediata como condición para alcanzar la escala suficiente para su acumulación. Ahora, con un mercado interno que trasciende esa in-

14. Determinada al mismo tiempo por la centralización del capital por encima de los ámbitos nacionales.

mediatez nacional, dicho capital potencia su acumulación reivindicando las diferencias regionales y locales en la reproducción de la fuerza de trabajo.

En los Estados Unidos, el capital no enfrenta a la magnitud del mercado interno como límite inmediato a su acumulación. La integración productiva directa de fuerzas de trabajo nacionales con distintas historias en el desarrollo de su subjetividad productiva se expande sin necesidad de disolver las fronteras nacionales. Lo hace localizando cada etapa del proceso productivo de uno y otro lado de la frontera geográficamente común, mediante acuerdos regionales de libre comercio. Cuando un proceso de trabajo requiere de una subjetividad productiva tan degradada como para que su producción se abarate separándola nacionalmente de las condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo en los Estados Unidos, aun habiéndose abierto la brecha dentro de éstas, México se convierte en la localización óptima. Tal el contenido del NAFTA.

La integración diferenciada dentro de Europa Occidental y los Estados Unidos de los dos tipos de subjetividad productiva en base a las distintas historias nacionales de las respectivas fuerzas de trabajo no termina aquí. La inmigración es su forma acabada. La inmigración reproduce las fronteras nacionales como una diferenciación de ciudadanía al interior de la clase obrera explotada por el capital en un mismo país. Por su medio, el capital traslada una superpoblación latente en su país de origen, al país donde la necesita como fuerza de trabajo portadora de una subjetividad productiva degradada que complementa a la local, reproducida principalmente como portadora de la subjetividad productiva expandida. Lejos de actuar como un factor de igualación entre las condiciones de reproducción de una y otra fuerza de trabajo dentro de un mismo país, la ciudadanía se levanta así como un justificativo para la desigualdad. Las condiciones miserables de reproducción de la fuerza de trabajo inmigrante en comparación con las de la nacional presentan la apariencia política de no ser una cuestión que concierna al estado nacional de destino. No se trata de sus ciudadanos. El capital social de los países de destino satisface su necesidad de extremar esa diferenciación recurriendo a la doble política de la inmigración ilegal masiva. Por una parte, el estado nacional prohíbe legalmente el ingreso de los inmigrantes. Por la otra, la acción práctica del estado convierte a esa prohibición en un colador cuidadosamente calibrado como para que nunca falte internamente la correspondiente masa de fuerza de trabajo. Las condiciones en que ésta es explotada se encuentran específicamente determinadas por su carácter de ilegal.¹⁵ Al mismo tiempo, el racismo, la

15. Hardt y Negri abstraen a la clase obrera de su condición de atributo del capital –que la alcanza aun cuando se encuentra en su proceso de consumo individual– hasta convertirla en el fantástico sujeto autónomo de su «autovalorización». Logran así invertir todas las determinaciones de la subjetividad productiva: ino es el capital el que determina la subjetividad productiva de la fuerza de trabajo sino el movimiento autónomo de la subjetividad de la «multitud» el que determina las formas materiales de la producción capitalista! Sobre esta base concluyen cínicamente que este proceso

xenofobia, la religión, etc. se desarrollan como formas concretas necesarias de reproducir de manera diferenciada las dos subjetividades productivas en un mismo país.¹⁶

Estas transformaciones no tienen modo de caber en el capital absolutamente centralizado como propiedad de la clase obrera al interior de la URSS. Este capital no puede desprender fragmentos de sí para ponerlos a valorizar en otros países sin chocar violentamente con la apariencia – necesaria para su valorización general – de ser la superación misma de la apropiación de plusvalía. Aun internamente, esta apariencia se hubiera visto destruida por la expulsión acelerada a la condición de población sobrante que semejante desprendimiento hubiera significado para la clase obrera soviética. Por lo mismo, este capital no puede acumularse mediante la profundización de las diferencias al interior de la clase obrera que lo posee, empujando violentamente una parte de ésta a la descalificación y el pauperismo mientras que, al mismo tiempo, incrementa la masa de valores de uso recibidos por la otra parte. La concentración del capital como propiedad colectiva dentro de la URSS había potenciado al proceso nacional de acumulación hasta convertirlo en el segundo a escala mundial. Pero, ahora sucumbe frente al carácter mundial de las potencias

de migración – con que el capital impone al interior de los ámbitos nacionales la diferenciación internacional en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo según su subjetividad productiva y logra acumularse a contrapelo de su necesidad histórica de producir un obrero de atributos productivos universales – no responde a una necesidad del capital. Pretenden que, a la inversa, brota del «deseo de movilidad de los trabajadores» que «ha interrumpido las condiciones disciplinarias a las cuales se sometían a los trabajadores». Después de lograr así – por supuesto en el fantástico mundo «constructivo» de la «ética-política» – que el hambre y la desesperación por haber sido despojado del propio ser social al haber sido determinado como sobrante por el capital se inviertan en el maravilloso «deseo de movilidad», sólo les resta proponer: «En realidad, sería interesante escribir una historia general de los modos de producción desde el punto de vista del deseo de movilidad de los trabajadores (del campo a la ciudad, de la ciudad a la metrópolis, de un país a otro, de un continente a otro) antes que exponer ese desarrollo simplemente desde el punto de vista de la regulación de las condiciones tecnológicas del trabajo impuesta por el capital» (Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002, pág. 201). En realidad, no sería sino otra historia más de la más vulgar apologética del capitalismo, sustentada – más allá de en el delirante «deseo de ser esclavizado en América» presuntamente ejercido por la población africana – en las apariencias de la conciencia abstractamente libre propia de los poseedores de mercancías.

16. Por el carácter relativamente simple del trabajo que predomina en ella, la industria del vestido presenta con particular crudeza las formas concretas de esta diferenciación (Evelyn Blumenberg y Paul Ong. “Labor Squeeze and Ethnic/Racial Recomposition in the U.S. Apparel Industry”. En: *Global Production. The Apparel Industry in the Pacific Rim*. Ed. por Edna Bonachich y cols. Filadelfia: Temple University Press, 1994).

del modo de producción capitalista. Cae entonces en un violento proceso de descentralización de capital y de fragmentación nacional.

Mientras esto ocurre en los países clásicos y la URSS, la reproducción de la fuerza de trabajo sigue un curso opuesto en el Japón. La acumulación agota la superpoblación latente. Y cuanto más la fuerza de trabajo pasa a ser el producto de la acumulación misma, más las condiciones de reproducción del obrero individual pasan a estar regidas por los atributos que corresponden a su subjetividad productiva como integrante del obrero colectivo de la gran industria. Por lo tanto, menos pesa en esas condiciones las peculiaridades del origen campesino de la población obrera. La reproducción de la subjetividad productiva más desarrollada no puede seguir basándose en las condiciones de reproducción de la más degradada. Al mismo tiempo, la unidad nacional del proceso de acumulación impone la ampliación extensiva e intensiva de la primera subjetividad. Son entonces sus condiciones de reproducción las que tienden a arrastrar a las de la subjetividad degradada. Lo que para la clase obrera europea y norteamericana es un tiempo de retroceso y derrota, para la clase obrera japonesa es todavía un tiempo de avance en la lucha política y sindical por las condiciones en que vende su fuerza de trabajo (véase cuadro 2.1 del Apéndice 2.1 en la pág. 89).

2.8 Nuevas fuentes de superpoblación obrera latente

La automatización de la maquinaria y la robotización del montaje son procesos en constante progreso. Por lo tanto, simplifican cada vez más el trabajo como apéndice de la maquinaria y como obrero parcial en la moderna manufactura. Este trabajo simplificado puede ser realizado, entonces, por una fuerza de trabajo menos capacitada aún y, en consecuencia, más barata. Al mismo tiempo, la productividad e intensidad del trabajo incrementadas que se logra mediante dichos avances abarata las mercancías producidas en las plantas automatizadas respecto de sus similares producidas con la intervención de la pericia manual del obrero. Lo que antes era una fuerza de trabajo lo suficientemente barata como para contrarrestar las bajas productividad e intensidad que podía rendir pierde este atributo frente a las constantemente renovadas productividad e intensidad de un trabajo realizado por una fuerza de trabajo que antes era demasiado cara. Por ambos lados, la acumulación impone el continuo abaratamiento relativo de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada.

Apenas la fuerza de trabajo japonesa comienza a requerir un mayor consumo de valores de uso y una jornada de trabajo más corta para reproducir su subjetividad productiva, o sea, a encarecerse relativamente, el capital sale a buscar una nueva fuente nacional de superpoblación latente a la cual transformar masivamente en un ejército industrial de subjetividad productiva degradada. Otra vez, la historia específica del antiguo campesinado del este asiático le resulta particularmente apropiada para esta conversión.

Para fines de la década de 1960, los procesos de trabajo más simples hasta entonces localizados en Japón comienzan a desplazarse hacia Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur. Otra vez, las producciones de vestidos y de calzado abren la marcha.

2.9 Fragmentación internacional de la subjetividad productiva y diferenciación en la capacidad de acumulación

Para relocalizar internacionalmente la producción, el capital necesita moverse concentrado en un cierto grado. Tiene que alcanzar en su nuevo asiento la escala requerida para competir produciendo para el mercado mundial. De hecho, la misma expansión acelerada de la producción en el Japón ha presupuesto una acumulación y concentración individual correspondientemente acelerada de capital en el país. Dada esta naturaleza acelerada, más la de tratarse de un proceso nacional de acumulación que se enfrenta a los clásicos en el mercado mundial, la unidad de los capitales individuales como porciones alícuotas del capital social nacional se manifiesta con una inmediatez específica. Esto es, el estado japonés actúa de manera particularmente visible como gestor directo de la formación y acumulación de los capitales individuales. A la vez, la misma necesidad de acelerar la acumulación impone la unidad inmediata entre el capital industrial y el capital bancario que actúa como intermediario en el aporte centralizado al primero de capital tomado a préstamo. De modo que las formas concretas que toma esta acumulación acelerada de capital en su unidad como proceso nacional ya se manifiestan plenamente en el caso japonés.

Con la expansión de la producción basada en la baratura relativa y aptitud para realizar trabajo simple de la superpoblación latente nacional hacia otros países del este asiático, las formas concretas de la acumulación acelerada arrojan nueva luz sobre sus contenidos. Ahora, estas formas mismas están recortadas internacionalmente. De modo que se presentan con la claridad que les otorga el corresponder a la base sobre la que cada proceso nacional de acumulación desarrolla su propia especificidad.

Para empezar, en Taiwán, la expansión de la producción en base al trabajo simple aparece caracterizada por la proliferación de los pequeños capitales.¹⁷ ¿Por qué, si de lo que se trata es de producir en gran escala mercancías baratas para el mercado mundial, el capital se fragmenta en unidades individuales cuya escala restringida es normalmente sinónimo de mayores costos?

La acumulación se rige de manera general por la determinación de los capitales industriales individuales como partes alícuotas del capital social en el proceso mismo de su valorización, o sea, por la formación de la tasa general de ganancia. Sólo participan activamente en esta formación los capitales

17. Karl Fields. "Is Small Beautiful? The Political Economy of Taiwan's Small-Scale Industry". En: *The Four Asian Tigers. Economic Development and the Global Political Economy*. Ed. por Eun Mee Kim. San Diego: Academic Press, 1998.

industriales que, por su monto, se encuentran en condiciones de operar en la escala suficiente como para poner en acción la capacidad productiva del trabajo que determina el valor de las mercancías. El capital que reúne este atributo se constituye en el normal o medio para la esfera en que actúa. Los capitales industriales que se quedan atrás en el proceso de concentración y centralización no pueden continuar operando autónomamente como tales. Se encuentran forzados a convertirse en fragmentos que se agregan para integrar otros capitales industriales, transformados en capitales prestados a interés. Sin embargo, pueden postergar este paso. La tasa general de ganancia no rige ya su valorización de manera inmediata, sino que lo hace a través de la tasa de interés, normalmente menor. De modo que pueden mantenerse activos en la producción como pequeños capitales industriales autónomos en tanto la menor tasa de ganancia que rige su existencia como tales compense los mayores costos en que incurren por su menor escala.

Por mayor que sea el volumen total de una producción, cuanto más interviene en ella el trabajo simple que opera de manera técnicamente individual, menor es la economía de capital constante y el aumento de la productividad proveniente de la agrupación en gran escala de los obreros que lo realizan. La confección de ropa es un ejemplo obvio en este sentido. Al mismo tiempo, la baratura relativa de la fuerza de trabajo limita el desplazamiento del trabajo vivo por la maquinaria. Con lo cual un capital de menor tamaño que compra la fuerza de trabajo barata puede extender su capacidad para competir con el más concentrado que no accede a esa compra. Sin embargo, nada dice que el precio de venta determinado mediante la compensación mutua entre mayor costo y menor tasa normal concreta de ganancia corresponda de inmediato con el precio de producción de las mercancías en cuestión. Dicho precio no puede ubicarse por encima del de producción, pero nada impide que lo haga por debajo de éste. En este caso, al vender al precio de producción, los pequeños capitales en cuestión apropiarían una ganancia extraordinaria, ubicada por encima de la que rige su existencia normal concreta como capitales industriales. Sin embargo, estos capitales no pueden evitar su competencia mutua por la ganancia extraordinaria en cuestión, haciéndola escapar de sus manos. Pasa entonces a manos de los capitales medios que se vinculan directamente con los inferiores en la circulación. Y, por supuesto, los pequeños capitales que producen desde fuera de los países donde se localiza el consumo masivo de sus productos no se encuentran en condiciones de llegar por sí mismos a estos mercados.

A su vez, los capitales normales no pueden competir directamente entre sí por la ganancia extraordinaria que están recibiendo. No sólo la perderían, sino que destruirían mutuamente su capacidad para valorizarse a la tasa general de ganancia. Con lo cual, la plusvalía escapada a la apropiación por los capitales menores se realiza como una ganancia extraordinaria constantemente reproducida para los capitales medios que la apropian a través de las circunstancias

concretas de la circulación. Por ejemplo, esta es la relación específica que se establece típicamente entre un capital normalmente concentrado en la escala requerida para diseñar una mercancía e imponer la necesidad social por ella mediante su actividad comercial, y el conjunto de pequeños capitales que producen la mercancía. Esta modalidad de imponerse la igualdad normal de las tasas de ganancia bajo la forma concreta de su constante desigualdad en función de la permanencia en actividad del pequeño capital es el verdadero contenido de lo que la economía política invierte, explicando las diferencias en las capacidades concretas de acumulación por las formas del mercado.¹⁸

El abaratamiento de la fuerza de trabajo es la clave de la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera. Pero, para el capital más concentrado, esta fragmentación tiene un beneficio adicional. Viene acompañada por la ganancia extraordinaria que libera para ellos la explotación directa de la fuerza de trabajo de subjetividad degradada por los pequeños capitales industriales. Además, el límite peculiar que rige la reproducción de éstos los hace particularmente apropiados para ejercer la explotación despiadada de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva retrocede por la división manufacturera del trabajo y por transformarse en apéndice de la maquinaria. Los capitales normales, o sea, los suficientemente concentrados, se reservan para sí la linda cara de los «comités de decisión» y las «relaciones humanas». Esta cara es una forma concreta necesaria de la extracción de plusvalía a la porción de la clase obrera cuya subjetividad productiva reside en el desarrollo del control consciente sobre las fuerzas naturales. ¿Pero qué hay respecto de que el proceso directo de producción de las mercancías que venden estos mismos capitales, fuente de sus ganancias extraordinarias, se realice en condiciones miserables que incluyen los castigos corporales a niños? «We only mind our own business». Es, afirman lo más frescos después de haberse asegurado un precio de compra que sólo puede satisfacerse en esas condiciones de explotación, una cuestión que alcanza exclusivamente a esos «otros capitales» independientes a cuyo cargo se encuentra el proceso directo de producción. Tal el secreto que subyace a las loas que los voceros ideológicos del capital le cantan al *outsourcing* y al *just in time*.¹⁹

La historia de Hong Kong y Singapur como ciudades-estado surgidas de su condición de puertos de penetración colonial los hace propicios para que los capitales que van a vender la producción local en Estados Unidos y Europa establezcan de manera directa su asociación comercial con los pequeños capi-

18. Desarrollo más extensamente estas determinaciones en el capítulo 5.

19. Más tarde, cuando el desarrollo de los atributos productivos de los obreros que hacen el trabajo más complejo requiere que las mercancías que éstos consumen sean portadoras del valor de uso adicional de presentarse a su conciencia como producidas bajo un «trato justo», la gestión ideológica de los capitales en cuestión se disfraz de «responsabilidad social empresaria».

tales. Por el contrario, en el caso de Taiwán, la propia historia de dependencia colonial otorga ese lugar privilegiado a los capitales japoneses.

Pero no todas las producciones que se caracterizan por emplear fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada pueden ser realizadas competitivamente por pequeños capitales. Es propio de la gran industria que la simplificación del trabajo presuponga un capital constante altamente concentrado al que se adhiere un obrero colectivo masivamente constituido. Tal es el caso de la fabricación de autos, de maquinaria pesada, los astilleros, la producción de acero, etc. De modo que el traslado internacional de estas producciones fuera de Japón en pos de una nueva fuente de fuerza de trabajo abaratada presupone un movimiento correspondientemente concentrado de capital.

En este sentido, la centralización del capital en la industria del acero y, más aún, del capital bancario como propiedad directa del estado nacional hasta mediados de los 70 es el punto de partida de lo que tiene de específico la acumulación de capital en Corea del Sur.²⁰ También aquí resulta notable la presencia del pequeño capital. Pero por sobre ella se destaca el predominio de capitales concentrados en escalas que aspiran a permitirles competir en la formación mundial de la tasa general de ganancia.

Ya hemos visto que la fragmentación de la subjetividad productiva mediante las fronteras nacionales da un primer paso desplazando el trabajo más simple hacia Japón en base a la baratura de su fuerza de trabajo. A su vez, este primer desplazamiento actúa como base para el del trabajo complejo mismo hacia allí. Sin embargo, estas transformaciones no alcanzan para habilitar el desplazamiento masivo del trabajo cuya complejidad corresponde al desarrollo de la capacidad misma para actuar sobre las fuerzas naturales, o sea, de la investigación básica. Ahora, con el desplazamiento del trabajo más simple hacia el continente, la fragmentación internacional de la subjetividad productiva da un nuevo paso. Y éste se extiende también de manera específica al trabajo complejo. No sólo sigue excluyendo al desplazamiento masivo de la investigación básica, sino que esta exclusión se extiende ahora a las partes más complejas de la investigación tecnológica misma. En buena medida, esta parte del proceso de trabajo no va más allá de Japón.²¹ Es fundamentalmente el trabajo simple aplicado a la producción en sentido restringido el que pasa a los nuevos países.

Cuando la fragmentación en cuestión pasa entre capitales mutuamente independientes, recorta una segunda diferenciación en la forma concreta con que se realiza la tasa general de ganancia. Al margen de toda forma nacional, cada vez que una innovación técnica aumenta la productividad del trabajo, los capitales individuales que encabezan su utilización apropian una ganancia

20. Dirk Pilat. *The Economics of Rapid Growth*. Cambridge: Edward Elgar, 1994.

21. David Smith. "Technology, Commodity Chains and Global Inequality: The South Korean Case in the 1990s". En: *Review of International Political Economy*, vol. 4, n.º 4: Routledge (1997), págs. 734-762.

extraordinaria. Lo hacen al vender sus mercancías por debajo del precio de producción social pero por encima del individual correspondiente al aumento en la productividad del trabajo. Pero, así como brota, esta ganancia extraordinaria se diluye al generalizarse la nueva técnica. Tal generalización es precisamente la fuente de la plusvalía relativa. Ahora bien, cuanto más se desarrolla la capacidad para controlar las fuerzas naturales como base general del proceso de producción de la gran industria, más se convierte la producción de este desarrollo mismo en una esfera especial de la producción social. El producto de esta esfera especial tiene una peculiaridad, a saber, la de ser el portador del acceso a una ganancia extraordinaria para el capital que lo consume. Esta circunstancia da a los capitales de la esfera especial en cuestión el derecho a participar en esa ganancia. Por supuesto, esta participación se esfuma al generalizarse la nueva técnica. Sin embargo, los capitales que consumen la innovación van y vienen, dado que tienen que esperar hasta que agotan la vida útil del capital fijo en que se encuentra incorporada la innovación para renovar su chance. Por el contrario, los capitales cuyo producto consiste en la innovación técnica misma renuevan la fuente de ganancia extraordinaria con cada renovación de su proceso productivo. El desarrollo de la subjetividad productiva orientada a controlar las fuerzas naturales se convierte así en una fuente regular de ganancia extraordinaria para los capitales individuales especializados en él. Aunque a veces esa ganancia apenas cubre los costos de los intentos fallidos. Cuando los vendedores y los compradores de las innovaciones se encuentran sistemáticamente separados por una frontera internacional, tiene lugar un flujo continuo de plusvalía extraordinaria desde el país consumidor al productor. De modo que el intento por producir su propio desarrollo científico y tecnológico se convierte en una condición inmediata para la reproducción ampliada del proceso nacional de acumulación de capital en el segundo. Se convierte, por lo tanto, en una cuestión que concierne directamente al estado nacional que representa políticamente a ese proceso. Sin embargo, para lograr ese desarrollo, hay que empezar por desarrollar la subjetividad productiva correspondiente dentro del país. Y este desarrollo normalmente implica el encarecimiento relativo de la fuerza de trabajo nacional, socavando así la base específica que sostiene la reproducción ampliada inmediata del proceso nacional de acumulación.²²

Por otra parte, la división internacional del trabajo de desarrollo tecnológico se torna inmediatamente visible en el movimiento material de los medios de producción. Al integrar este desarrollo dentro de sus fronteras, Japón ha podido alcanzar una balanza comercial superavitaria desde el principio, pese a su necesidad de importar materias primas. En cambio, el sostenimiento de la acumulación acelerada en Corea del Sur, Taiwán, etc. demanda un flujo constante de capital hacia ellos, materializado en los medios de producción

22. A. H. Yun. "Industrial Restructuring and the Reconstitution of Class Relations in Singapore". En: *Capital & Class*, n.º 62: Sage Publications (1997), págs. 79-120.

donde está objetivado el desarrollo técnico. Este flujo constante tiene una primera fuente en la inversión externa directa. Pero para un capital industrial social que intenta afirmar la autonomía de su unidad nacional, como ocurre en Corea del Sur, el crédito externo resulta una fuente más apropiada. Entonces, la expansión continua de las exportaciones no es ya simplemente una condición para la continuidad de la acumulación en el país. Se convierte en una condición para mantener la capacidad de pago frente a la deuda externa previamente contraída para importar medios de producción.

Para peor, los precios de las mercancías exportadas en base a la baratura específica de la fuerza de trabajo nacional presentan una tendencia particular a la baja. Se abaratan, como todos, con el aumento de la productividad del trabajo. Pero se abaratan, además, porque esa productividad aumentada es puesta en funcionamiento por una fuerza de trabajo constantemente abarataada por la incorporación de nueva superpoblación latente. Japón logra mantener estable la relación entre precios de importación y exportación, al ir reemplazando los productos del trabajo simple por los del trabajo complejo en sus exportaciones. Por el contrario, los países de segunda incorporación se ven enfrentados a la entrada en producción de la superpoblación latente en Tailandia, Malasia, Filipinas e Indonesia, sin haber podido desarrollar esa sustitución. Esto ocurre hacia fines de los 70. Esta vez, los componentes electrónicos mismos integran la vanguardia. Y todavía se presenta una incorporación posterior, que comienza a fines de los 80 y alcanza a Bangladesh, Sri Lanka, Mauricio, etc. Sin embargo, lo que verdaderamente va a revolucionar las condiciones de acumulación en la región es el comienzo de la incorporación de la superpoblación latente china como fuente barata de trabajo simple para la producción destinada al mercado mundial. Esta incorporación caracteriza la década del 90.

2.10 La especificidad de la acumulación de capital en China

Por su magnitud relativa, la superpoblación obrera latente china aparece como una fuente inagotable de fuerza de trabajo apta para funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura. La baratura de esta fuerza de trabajo contrasta hasta con su costo originario en otros países asiáticos. Esta baratura, así como la disciplina laboral china, tienen una determinación históricamente específica que refuerza la compartida con el resto de la región. En China, el proceso de transformación del campesinado en una superpoblación obrera latente ha sido al mismo tiempo el proceso de la reconstitución de la antigua unidad centralizada de la organización de la producción social en el país. Esta unidad se establece ahora a través de la tendencia a la centralización absoluta del capital al interior del ámbito nacional. Como ya dijimos, esta centralización toma forma concreta necesaria en una revolución social por cuyo medio la clase obrera y el campesinado expropiaron a la burguesía y a los terratenientes. El capital se transforma así en propiedad colectiva de los propios obreros que lo valorizan con su plustrabajo. Su acumulación

se realiza bajo la apariencia ideológica de ser su propio opuesto, o sea, el socialismo o comunismo realizados.

El capital social nacional adquiere así la potencia específica que le da la identificación ideológica de los obreros con su acumulación. Más aún, cualquier resistencia que los obreros opongan a la extracción de plusvalía a la que dicho capital los somete aparece invertida como un atentado contra la organización socialista de la producción. Aparece, por lo tanto, invertida como una traición a los intereses históricos de la propia clase obrera. El estado nacional arremete entonces contra la resistencia obrera armado con todo el peso que obtiene de esta apariencia.²³

La escala que la acumulación nacional está en condiciones de alcanzar sobre estas bases no puede esperar a la mera reproducción ampliada del capital existente. Demanda la entrada masiva de capital extranjero. Al principio, la misma forma política general que toma el proceso nacional de acumulación limita esta entrada de capital al crédito a las empresas estatales. Pero cuando esta misma modalidad logra disolver la apariencia de incompatibilidad entre la forma política general y su verdadero contenido, la acumulación de capital *sans phrase*, el ingreso de capital fluye directamente bajo la forma de inversión extranjera directa. La economía china crece de manera explosiva.

2.11 Hacia la superproducción general por medio de la fragmentación internacional de la subjetividad productiva

Ubiquémonos a principios de la década de 1990. La división internacional del trabajo no se basa ya simplemente en la provisión de materias primas para los países donde la acumulación toma su forma clásica desde otros países en donde las condiciones naturales permiten una mayor productividad del trabajo. Su especificidad contemporánea está dada por la fragmentación internacional de la subjetividad productiva del obrero en la gran industria. Unos países se caracterizan por concentrar la explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva expandida. Otros concentran especialmente la explotación de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada. Y los de un tercer tipo funcionan esencialmente como reservorios de población obrera a la que el capital ha privado de toda subjetividad productiva, convirtiéndola en una superpoblación consolidada. En apariencia, la «globalización» del proceso de producción del capital industrial hace tabla rasa con las fronteras nacionales. En realidad, se sostiene en la acentuación de las mismas como base para abaratar la fuerza de trabajo.

El siguiente cómputo refleja gruesamente la magnitud con que esta fragmentación internacional de la subjetividad productiva alimenta la acumulación del capital. Consideremos la evolución conjunta de las economías de Alemania

23. Kojima Reiitsu. "Accumulation, Technology and China's Economic Development". En: *The Transition to Socialism in China*. Ed. por Mark Selden y Victor Lippit. Nueva York: Shapire, 1982.

Occidental, Francia, Italia, el Reino Unido, los Estados Unidos, Japón, Corea del Sur y Taiwán, entre 1973 y 1992.²⁴ Estas economías nacionales sintetizan la clave de la transformación ocurrida en la explotación mundial de la clase obrera en base a dicha fragmentación. Al mismo tiempo, al limitarnos a ellas, queda claro que el incremento en la población ocupada corresponde a un incremento en los obreros asalariados, productivos e improductivos, y no a un aumento en el campesinado. En conjunto, el PIB a precios constantes de un año base (que refleja de manera gruesa la evolución de la escala material de la producción) creció un 68%, y el total de horas trabajadas un 15%. La diferencia entre ambas tasas pone de manifiesto la magnitud del incremento en la productividad del trabajo, tanto en la producción como en la circulación. A su vez, el promedio de horas anuales trabajadas por obrero cayó un 7% (acortamiento de la jornada que corresponde al aumento de la intensidad del trabajo). De modo que el número de personas empleadas creció un 24%. Notemos que la cantidad de asalariados creció en una proporción aún mayor, ya que al aumento del empleo total hay que sumarle la transformación masiva en asalariados de los campesinos y trabajadores por cuenta propia activos en 1973. ¡Vaya con la desaparición de la clase obrera! Por su parte, el desarrollo relativo de la subjetividad productiva y el agotamiento del origen campesino como fuente de la baratura de la fuerza de trabajo, originaron un incremento del 34% en los salarios reales horarios (estrictamente, en los costos salariales reales directos más indirectos). En síntesis, el capital logró incrementar un 68% los valores de uso producidos, teniendo que consumir sólo un 55% más de éstos para reproducir la fuerza de trabajo.

Supongamos ahora que el capital sólo hubiera podido disponer de fuerza de trabajo reproducida en las condiciones europeas y norteamericanas. Para lograr el mismo incremento en la producción material, el número de puestos de trabajo debería haber crecido un 47%, y la masa de los salarios reales un 65%. Y notemos que en esta comparación estamos pasando por alto el que las condiciones mismas de reproducción de la fuerza de trabajo en cuestión se han visto negativamente afectadas por la presencia efectiva de la fragmentación internacional de la subjetividad productiva. Gracias a esta fragmentación el capital no sólo ha apropiado una proporción mayor del producto material del trabajo. Ella le ha permitido también empujar a una parte más grande de la población obrera a la condición de sobrante.

Una parte del producto incrementado ha sido absorbido por el incremento en la composición técnica del capital: la masa de medios de producción y de circulación que es necesario adelantar por hora de trabajo ha aumentado un 88%. Sin embargo, dado que este aumento corresponde esencialmente a la expansión del capital fijo, ha bastado con un incremento del 39% en la inversión bruta anual para cubrirlo. En resumen, con la producción total

24. Todas las cifras que siguen están computadas en base a los datos del Cuadro 2.2 del Apéndice 2.1 (véase pág. 90).

aumentada en un 68 %, el costo de la fuerza de trabajo ha pasado de absorber el 72 % a absorber el 67 % de la misma. A su vez, la proporción requerida para la reposición y ampliación de los medios de producción y circulación ha caído del 25 % al 21 %. Por otra parte, el fin de la guerra fría ha disminuido la proporción de la plusvalía que los capitales debían destinar a la producción de armamentos como condición para la reproducción de sus respectivos procesos nacionales de acumulación. Por mucho que pueda haberse incrementado el consumo individual de la clase capitalista, las transformaciones experimentadas por las condiciones de acumulación han avanzado en un sentido definido: la superproducción general.²⁵

Esta tendencia hacia la superproducción general no es una simple expresión inmediata de la ley general a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. En Estados Unidos, la tasa de ganancia anual concreta del capital social creció fuertemente luego de su caída durante la década de 1930. Así, alcanzó su pico de posguerra a mediados de la década de 1960, alimentada por la reproducción relativamente indiferenciada de la fuerza de trabajo y la productividad incrementada alcanzada mediante ésta. Pero en cuanto el valor de la fuerza de trabajo comienza a estar determinado a través de la fragmentación de su reproducción según cada subjetividad productiva, el capital cuyos atributos técnicos y localización estaban asociados a la relativa indiferenciación anterior comienza a resultar sobrante. Es entonces que la indiferenciación en la reproducción de la subjetividad productiva cobra la apariencia de ser la causante de la caída de la tasa de ganancia. Sin embargo, no es sino la manifestación concreta del desgaste moral sufrido por el capital producido de acuerdo con las condiciones anteriores frente al que tiene la forma material adecuada a las nuevas condiciones de trabajo (véase cuadro 2.1 del Apéndice 2.1).

El capital empieza enfrentando a la superproducción general del único modo en que sabe hacerlo, huyendo hacia delante. El crédito es la herramienta que tiene para ello. La venta a crédito a quien carece de solvencia para comprar crea la apariencia de que se ha completado el ciclo de valorización del capital materializado en las mercancías sobrantes. Esta apariencia da lugar al renovado inicio del ciclo de valorización en escala ampliada más allá de donde alcanza la plusvalía efectivamente realizada, comprando también a crédito. En cuanto llega su vencimiento, el crédito toma vida propia. Ahora, el antiguo comprador insolvente es un deudor insolvente. La huida hacia delante pasa a incluir, no sólo la nueva venta a crédito, sino la renovación del crédito vencido sumando a él los intereses devengados. El 68 % de aumento en la producción desde 1973 a 1992 se ha sostenido mediante un 156 % de aumento real en la suma del endeudamiento público más el privado con el sistema financiero. De 1992

25. No se trata de una cuestión de subconsumo. En el capitalismo, cada uno consume lo que su relación social general – la acumulación de capital – manda que debe consumir; lo cual ciertamente puede significar cero consumo para la superpoblación obrera consolidada.

a 2000, el producto ha crecido otro 26%, a expensas de una expansión del 48% en el mismo endeudamiento.

La expansión aparentemente autónoma del crédito tiene una cría natural, la especulación. Los títulos de crédito de todo tipo comienzan a funcionar como capital ficticio. Por supuesto, el capital ficticio es incapaz de valorizarse por sí mismo. La ganancia de una parte es la pérdida de la otra. Pero aquí sus ganancias se encuentran alimentadas de un modo específico. Una porción de la plusvalía irrealizable pasa directamente a incorporarse a él, engrosando constantemente su base. A la inversa, un capital ficticio inflado por la especulación se convierte en capital industrial, atizando la superproducción.

El capital avanza así en su proceso de acumulación imponiendo el abatamiento de la fuerza de trabajo mediante la diferenciación de la misma, recomponiendo su forma material de manera consecuyente y recurriendo a la expansión del crédito. Sobre estas bases, la tasa de ganancia comienza a recuperarse (véase cuadro 2.1 del Apéndice 2.1). Y cuanto más expande el capital la producción para apropiarse esta tasa de ganancia incrementada, más rápidamente avanza hacia la superproducción general.

La superproducción de capital industrial engendra al capital ficticio. O, dicho de otro modo, la especulación desenfrenada no es sino la forma autónoma de regirse el desarrollo de la superproducción general de capital industrial. Por eso llega el momento en que la verdadera determinación aparece invertida. Comienza a parecer que el exceso de capital ficticio traba la acumulación del capital industrial. La realidad es que la mera reproducción de la apariencia de valorización del capital ficticio requiere un flujo creciente de plusvalía que lo alimente, pero ha ido más allá de donde la plusvalía irrealizable alcanza para sostenerla. Parece entonces que la insuficiencia de la tasa de ganancia hace estallar la crisis del capital ficticio. A su vez, ésta hace caer la capacidad de pago y consumo. Con lo cual parece engendrar por sí la superproducción general, cuando no hace sino poner de manifiesto que la acumulación se aproxima al punto en que necesita restituir su unidad material mediante la crisis de superproducción general. Y cuando ésta se desencadena, a la tasa de ganancia le llega la hora de caer violentamente.

A esta altura, la superproducción no se reduce a la existencia de capital bajo formas materiales obsoletas. Simplemente, se ha producido demasiado capital portador de las modernas condiciones de producción. De la crisis europea de 1920 pasamos a la crisis norteamericana de 1930. Sin embargo, en el este asiático ambas circunstancias se presentan juntas.

2.12 Las manifestaciones de la superproducción general en el este asiático

En el este asiático, la superproducción general se monta sobre la especificidad presentada allí por la acumulación basada en la fragmentación internacional de la subjetividad productiva del obrero colectivo de la gran industria.

Masas de capital fijo desembolsadas en base a la antigua baratura de la fuerza de trabajo nacional se desvalorizan sin haberse tornado materialmente obsoletas. Lo hacen porque otras técnicamente idénticas a ellas se han instalado en nuevos países donde la fuerza de trabajo proviene directamente de la condición de superpoblación latente y no de la reproducción relativamente encarecida de los obreros industriales.²⁶ En Japón, la acumulación ha prácticamente agotado la fuente de su potencia específica. En la década del 90, la relación PIB/hora de trabajo ya no crece más rápidamente que en los países de acumulación clásica. El costo de la fuerza de trabajo también se ha aproximado sustancialmente (véase cuadro 2.1 del Apéndice 2.1). Pero, al contrario de lo que ocurre contemporáneamente en aquellos países, lejos de expandirse la fuerza de trabajo de subjetividad más degradada mediante la inmigración, las actividades que se basan en ella tienden a salir del Japón. El capital fijo expandido al ritmo anterior, y bajo las formas materiales correspondientes al uso del trabajo más simple, comienza a transformarse en sobrante. La fuerza de trabajo ligada a él sigue el mismo camino. Se deteriora así otra de las condiciones inherentes a la reproducción de los atributos específicos de la fuerza de trabajo japonesa, a saber, la ligazón del obrero a un mismo capital individual de por vida.²⁷

Lo que para el capital industrial y comercial significa una expansión más lenta, para el capital ficticio anuncia el día del juicio final. A medida que se traba la expansión de la producción material, se reduce el flujo efectivo de plusvalía que alimenta la expansión del capital ficticio. Con lo cual éste pierde la única base sobre la que se sostiene en el tiempo la apariencia de su auto valorización. Se desencadena la caída de los activos especulativos y, por sobre todo, de las deudas incobrables. Pero la proporción alcanzada por este capital ficticio es tal que su caída haría violentamente manifiesta la superproducción general. El propio capital social nacional sale entonces a reproducir la apariencia de que el capital ficticio portado en los títulos de crédito conserva la capacidad para valorizarse. Sin embargo, todo lo que logra el capital social japonés es postergar una crisis aguda de superproducción general, pero ésta sigue reproduciéndose con la fuerza evidenciada por el continuo estancamiento de dicho proceso.

Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong arrancan la década como los principales sustitutos de Japón en el mercado mundial en base a la baratura relativa de su fuerza de trabajo. Todavía tienen margen para enfrentar el encarecimiento relativo de sus importaciones frente al abaratamiento de sus exportaciones por la entrada al mercado mundial de oferentes que disponen de una fuerza de trabajo más barata aún, mediante la sobrevaluación de

26. Yun, «Industrial Restructuring and the Reconstitution of Class Relations in Singapore».

27. James Lincoln y Yoshifumi Nakata. "The transformation of the Japanese Employment System: Nature, Depth and Origins". En: *Work and Occupations*, n.º 24: Sage Publications (1997), págs. 33-55.

sus monedas nacionales. Pero cuando China impone en el mercado mundial la baratura extrema de su fuerza de trabajo, la superproducción se vuelve manifiesta.

2.13 El internacionalismo de la clase obrera

La acumulación de capital lleva ineludiblemente en sí la necesidad de la superproducción general. Cualquier modalidad concreta que potencie a aquélla, potencia el avance hacia ésta. Y así lo hace la fragmentación internacional del obrero colectivo de la gran industria que asocia a la diferenciación en la subjetividad productiva de sus órganos parciales con la diferenciación en las condiciones de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional. El presente avance hacia la crisis de superproducción general no se corresponde con la caída inmediata de la tasa de ganancia, sino con su aumento. No se trata de que se produce poca plusvalía y, por lo tanto, poco capital, sino de que se produce demasiada riqueza social bajo la forma de capital.

Más allá de los aspectos vistos para el este asiático, volveremos sobre las manifestaciones del curso actual que sigue la acumulación mundial de capital y su relación con el desarrollo de la superproducción general en el capítulo 6.

La automatización de la maquinaria y la robotización del montaje son dos expresiones genuinas de las potencias históricas específicas del trabajo regido por el capital. Implican un salto adelante sustancial en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo la forma material inherente a la razón histórica específica de existir del modo de producción capitalista; esto es, por medio de la transformación del proceso de producción en uno consistente en desarrollar colectivamente el control consciente sobre las fuerzas naturales para hacerlas actuar transformando a los objetos. Pero al ser un producto del trabajo social enajenado como una potencia del capital, ese salto adelante se vuelve contra su propia productora, la clase obrera. En base a él, el capital actúa contra su tendencia histórica hacia la universalización de las condiciones en que reproduce a los obreros de la gran industria. Lo hace mediante la fragmentación internacional del obrero colectivo de la gran industria, de modo de asociar las diferentes subjetividades productivas de sus órganos especializados con las diferentes condiciones históricas de reproducción de cada fuerza de trabajo nacional.

Sobre esta base, el capital gasta en reproducir la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva degrada sólo lo que es específicamente necesario para reproducirla como tal. El capital aumenta así la tasa de plusvalía. Pero este aumento no proviene de haber desarrollado la productividad del trabajo y, por lo tanto, las fuerzas productivas sociales. Por el contrario, proviene de haber degradado las condiciones de reproducción de una porción del obrero colectivo bajo su mando, abaratando su fuerza de trabajo. Para peor, cuanto más barata es la fuerza de trabajo, mayor es el salto que debe dar la productividad del trabajo antes de que la maquinaria que la sostiene pueda

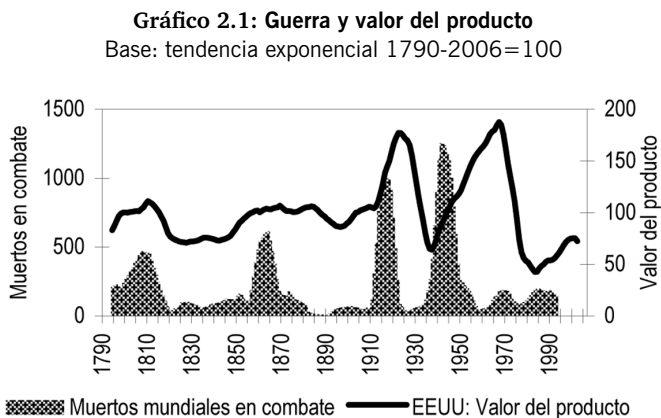
ser incorporada a la producción. De modo que dicho abaratamiento retrasa el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. A cambio, podría parecer que el mismo abaratamiento, más aún al retardar la maquinización, ha resultado en una mayor demanda de trabajo. Sin embargo, un elemento esencial suyo es la prolongación de la jornada de trabajo. Con lo cual, lejos de aumentar la cantidad de puestos de trabajo, la disminuye. Una mayor superpoblación obrera consolidada es aún otro de sus desastrosos resultados.

Mediante la forma nacional que toma su acumulación, el capital divide a la clase obrera en fragmentos que se enfrentan entre sí en tanto ciudadanos de diferentes estados nacionales. Esta división es la forma política específica mediante la cual el capital separa las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo según la subjetividad productiva con que la requiere. Más aún, el capital se beneficia con la exacerbada competencia internacional que impone entre los fragmentos nacionales de la clase obrera a través de esa diferenciación. Esta forma tomada por el capitalismo contemporáneo impone una tarea específica al internacionalismo de la clase obrera.

No basta ya con establecer una solidaridad internacional entre los fragmentos nacionales de la clase obrera de modo de no competir unos contra otros por la venta de sus fuerzas de trabajo a través de su ligazón a la competencia establecida por sus respectivos capitales nacionales en el mercado mundial. Se trata ahora de forzar al capital a reproducir la fuerza de trabajo sobre una misma base universal, cualquiera sea su subjetividad productiva. El capital no puede liberarse de reproducir la porción de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva desarrollada pagándola por su valor. Por lo tanto, una base universal implica que este valor tendería a ser el general. La consecuente carestía de la fuerza de trabajo de subjetividad productiva degradada forzaría al capital a acelerar el desarrollo técnico. Con lo cual el capital se vería forzado a dejar de evadir su papel histórico específico en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad.

La lucha de la clase obrera por la universalidad en la reproducción de la fuerza de trabajo tiene una forma política general necesaria: la de imponer una ciudadanía indiferenciada mundial. Por lo tanto, no se trata simplemente de reforzar la solidaridad internacional, sino que se trata esencialmente de avanzar hacia la constitución de un estado mundial.²⁸ La acción política de la clase obrera necesita ubicarse, como siempre, a la vanguardia de la abolición

28. Hardt y Negri claman por una ciudadanía global cuya realización reducen a la libre movilidad de la fuerza de trabajo (Hardt y Negri, *Imperio*, págs. 360-363). Esto implica creer que la forma nacional de la acumulación de capital y, por lo tanto, los estados nacionales, pueden ser abolidos mediante la abolición de las leyes de inmigración, cuando éstas no son sino una expresión concreta en que toma cuerpo la forma nacional misma. Y todo en nombre de la ética, o sea, de la conciencia enajenada que se ve a sí misma como si fuera abstractamente libre. Muy al contrario de semejante fantasía idealista, la ciudadanía mundial sólo puede surgir de la concentración del capital en escalas y condiciones que vayan más allá del alcance de cualquier ámbito



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

de las fronteras nacionales. Sin embargo, la crisis de superproducción general, crecientemente demandada por el capital para restaurar su unidad material, va a empeorar violentamente las condiciones de explotación de cada porción de la clase obrera. Históricamente, esto ha atentado contra la unidad obrera internacional. No podemos pasar por alto que el capital ha contado con la guerra generalizada como forma clave para finalmente desencadenar, y luego también para superar, sus crisis de superproducción general. El Gráfico 2.1 resulta ilustrativo al respecto.

Más aún, hoy día, las perspectivas son que el capital se va a liberar violentamente de cualquier carga que el exceso consolidado de superpoblación obrera – globalmente distribuida a través de la fragmentación internacional de la subjetividad productiva y expandida por la crisis de superproducción – pueda significar para su acumulación. Las formas concretas de la acción internacionalista dirigida hacia la formación de una clase obrera inmediatamente mundial es la cuestión central que subyace en cualquier acción política capaz de expresar «los intereses generales del proletariado». Bajo una nueva forma específica, el cierre del *Manifiesto Comunista* sigue teniendo plena vigencia.

Apéndice 2.1: Series y fuentes estadísticas

nacional, imponiendo así la necesidad del estado mundial como su representante político general.

Cuadro 2.1

	Reino Unido**				Estados Unidos				Japón				Corea del Sur				China						
	HAT	PIB/H	CL/H	AE	HAT	PIB/H	CL/H	CG	AE	TG	HAT	PIB/H	CL/H	AE	HAT	PIB/H	CL/H	AE	HAT	PIB/H	CL/H	AE	
1700	3000	1,03	0,66																				
1780	3600	1,07	0,71																				
1820	3800	1,12	0,92	2	3600	0,87	0,51																
1870	2984	2,61	1,71	4	2964	1,80	1,5			2945	0,46												
1890	2807	3,46	2,25	5	2789	2,52	2,18			2770	0,69												
1913	2624	4,40	2,54	7	2605	4,01	3,21	8		2588	1,03												
1929	2286	5,54	3,48	8	2342	5,86	4,42	8	8,3	2364	1,78												
1938	2267	6,02	3,88		2062	6,67	5,28	9	5,3	2391	2,19												
1950	1958	7,86	5,28		1909	11,33	8,42	9	10,7	2166	2,03	3,26*		2200	1,28								
1960	1913	9,69	7,04	10	1830	14,66	11,41	11	9,4	2138	3,82	3,96*	10										2
1973	1688	15,92	11,81	9	1764	20,23	15,89	0,31	12	10,2	2042	11,15	8,70	11	2683	3,22	0,94						3
1987	1557	22,39	14,22	10	1683	24,16	17,01	0,35	13	8,8	2020	16,46	11,10	11	2705	6,68	2,64	8	2462	1,98	0,20		5
1997	1530	26,32	16,25		1684	27,59	17,29	0,40	13	9,5	1790	22,50	13,98		2436	12,91	6,51		2329	4,00	0,28		
1999	1530	26,95	17,52		1683	28,66	18,12	0,41		10,2	1741	22,93	14,34		2497	13,54	6,51	9	2285	4,68	0,34		

* Sobrestimado por la proyección hacia atrás. ** 1700/80 incluye la totalidad de Irlanda. Notación: HAT: Horas anuales por obrero. PIB/H: Producto interno bruto por hora trabajada, en dólares de 1990 de paridad de poder adquisitivo (PPA) Geary-Khamis. CL/H: Costo laboral directo e indirecto por hora trabajada, en dólares de 1990 de PPA Geary-Khamis. CG: Coeficiente de Gini para los ingresos individuales de los obreros varones de tiempo completo. AE: Media (USA, mediana) de los años de educación formal de la población empleada. TG: Tasa de ganancia anual concreta del capital total de la sociedad (excluyendo el sector vivienda).

Cuadro 2.2

	A		B		C		D		E		F		G			
	1973	1992	1973	1992	1973	1992	2000	1973	1992	1973	1992	1973	1992	2000		
Francia	21,434	22,557	1,771	1,542	674,4	1,030,4	1,199,4	11,29	18,83	25,839	44,942	27,2	19,7	49,0	126,9	148,7
Alemania (ex RFA)	27,160	29,141	1,804	1,563	815,1	1,254,8	1,414,3	15,76	27,35	40,606	49,327	25,3	23,0	82,5	121,6	185,1
Italia	20,448	24,257	1,612	1,490	570,2	939,7	1,068,7	11,67	20,85	23,149	40,521	30,3	24,1	122,7	167,2	190,3
Reino Unido	25,076	25,465	1,688	1,520	674,1	910,4	1,146,0	11,81	15,05	16,094	27,005	21,9	15,3	86,1	148,1	183,1
Estados Unidos	86,838	119,164	1,764	1,672	3,519,2	5,510,4	7,331,0	15,89	17,34	29,655	43,182	20,2	15,2	116,9	158,4	179,1
Japón	52,590	64,360	2,042	1,876	1,197,2	2,415,2	2,826,5	8,70	12,56	16,519	49,532	38,1	30,8	142,6	245,6	292,7
Corea	11,140	18,376	2,683	2,478	96,4	436,4	686,8	0,94	4,91	6,467	26,355	25,6	37,3	53,4	111,0	144,8
Taiwán	5,327	8,632	2,672	2,357	56,6	238,8	396,9	*	*	8,237	36,841	24,6	23,1			

A= Empleo total (miles). B= Horas anuales por empleado. C= PIB (millones de dólares de 1990 de PPA Geary-Khamis). D= Costo laboral por hora (\$\$ de 1990 PPA Geary-Khamis). E= Capital constante adelantado por obrero (\$\$ de 1990 PPA Geary-Khamis). F= Inversión bruta sobre PIB%. G= Deuda pública + deuda privada con el sistema financiero sobre PIB%. Fuentes: cuadro 2.1 y 2.2, elaboración propia en base a: Brian Mitchell, *Abstract of British Historical Statistics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1962; Karl Marx, *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973; R. Matthews, C. Feinstein y J. Odling-Smee, *British Economic Growth 1856-1973*. Stanford: Stanford University Press, 1982; Angus Maddison, *Dynamic Forces in Capitalist Development*. Oxford: Oxford University Press, 1991; Thomas Snyder, ed. *120 Years of American Education: A Statistical Portrait*. NCES, 1993; Vikram Nehru y Ashok Dhareshwar, "A New Database on Physical Capital Stock: Sources, Methodology and Results". En: *Revista de Analisis Económico*, vol. 8, n.º 1: (1993), págs. 37-59; Angus Maddison, *Monitoring the World Economy 1820-1992*. Paris: OCDE, 1995; *Estados Unidos*: Bureau of Economic Analysis, National Income and Product Accounts. Historical Statistics, Colonial Times to 1970, Snyder, Thomas (ed.) 1993, 120 Years of American Education: A Statistical Portrait, NCES; *Japón*: Ministry of Labour, Labour Force Survey; *Corea del Sur*: Ministry of Labour, Monthly report on labour statistics; *China*: China Statistical Information Network.

El estado capitalista

3.1 Organización autónoma general por el mercado y organización directa por el estado

El capitalismo parte de la disolución de las relaciones directas entre las personas como modo de organizar la producción social. Parte, por lo tanto, de disolver toda organización general consciente del trabajo social basada en la subordinación de unas personas respecto de otras. Le da así a cada fragmento especial de este trabajo la forma concreta de trabajo privado. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se resuelve de manera indirecta, en un sistema que se rige autónomamente. Se trata de un sistema autónomo de metabolismo social. En éste, el producto material del trabajo es, al mismo tiempo, el portador de la relación social general: la mercancía. La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Y la producción de valor tiene su forma acabada en la valorización del valor mismo, o sea, en la producción de plusvalía. El producto material del trabajo social portador de la relación social general se convierte, así, en el sujeto mismo de la producción y el consumo sociales, en capital. El capital no sólo se produce y reproduce a sí mismo, sino que produce y reproduce a los seres humanos como su forma personificada de existencia. La libre conciencia y voluntad del obrero y del capitalista no tienen otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital.

La moderna organización estatal de la producción social asume las formas concretas más variadas y contrastantes. Pero, por más diversas que sean sus formas concretas, esta organización es una modalidad conscientemente regida de asignar porciones de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo las distintas formas útiles de éste. Se trata, pues, de una relación social directa de alcance general que subsume la acción consciente y voluntaria del obrero y del capitalista en su condición de individuos libres poseedores de mercancías.

A primera vista, puede parecer que la organización indirecta general de la producción social mediante el cambio de mercancías, el mercado, y la organización directa de la producción social por el estado constituyen dos

modalidades de relación social a las que sólo les cabe guardar una relación exterior. Mientras la primera engendra la conciencia y la voluntad de los individuos, la segunda tiene a éstas por condición inmediata. La unidad entre ambas relaciones sociales sólo parecería poder resultar de un continuo choque mutuo. De éste saldría victoriosa, ora una, ora la otra, sin más necesidad que la fuerza acumulada por sus respectivos sostenedores. Esta apariencia tiene una doble expresión ideológica, cuyas dos patas se yerguen con la firmeza del dogma y que reproducen a su vez la apariencia de una contradicción externa. Por una parte, están los teóricos que sostienen que la regulación directa por el estado no hace sino entorpecer el normal funcionamiento de la regulación indirecta por el mercado. Si se la liberara de la primera, la segunda llevaría el desarrollo de la producción social a la plenitud. Dicho de otro modo, la regulación directa por el estado limitaría el desarrollo de las fuerzas productivas sociales respecto de la potencialidad que corresponde a la regulación autónoma naturalmente propia del modo de producción capitalista. Por la otra parte, están los teóricos que sostienen que la regulación directa por el estado extiende la existencia del modo de producción capitalista, llevándolo más allá del límite que naturalmente le corresponde en su condición de regulación autónoma del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Pese a su apariencia de opuestos irreconciliables, estas dos construcciones ideológicas se encuentran internamente unidas desde su raíz. Ambas emergen de la misma apariencia propia del proceso de circulación del capital. En éste, las relaciones que establecen los individuos entre sí en la organización de la producción de sus vidas aparecen invertidas como el fruto de su conciencia y voluntad abstractamente libres. Y es también de esta raíz común de donde brota otra concepción que constituye la tercera pata de la inversión ideológica de la relación entre la regulación indirecta y la regulación directa propias del modo de producción capitalista. Esta tercera pata concibe a la acción del estado como el arbitraje que protege al mercado de las desviaciones provocadas por la violación de sus leyes naturales o por sus imperfecciones de funcionamiento, en pos del progreso y la equidad social.

Para descubrir la verdadera relación entre la organización autónoma de la producción social mediante el cambio de mercancías y su organización directa por el estado en el modo de producción capitalista necesitamos dejar atrás estas apariencias. Si enfocamos sobre el surgimiento histórico del modo de producción capitalista, nos encontramos con la acción del estado como una relación social directa clave en la génesis de la relación social indirecta general. En primer lugar, sobre la base de su recorte nacional por el propio desarrollo histórico alcanzado hasta entonces, el estado se yergue como el representante del respectivo proceso nacional de acumulación de capital en la competencia internacional que se establece entre éstos. En segundo lugar, la acción directa de cada estado al interior de su ámbito nacional es la modalidad más potente de la transformación formal en el régimen de apropiación del trabajo ajeno, dentro del proceso de acumulación primitiva del capital. Se

trata del proceso de disolución de las relaciones feudales de dependencia personal del productor directo y su transformación en una relación general de subsunción formal al capital a través de la compraventa de la fuerza de trabajo. Pero, por sobre todo, la acción directa del estado juega su papel en el proceso de acumulación originaria como forma necesaria del proceso de expropiación al productor directo libre, de las condiciones para producir su vida. O sea, del proceso de transformación del productor directo libre en un obrero forzado a vender su fuerza de trabajo por ser un individuo libre en el doble sentido de no encontrarse sujeto al dominio personal de nadie y de carecer de los medios de producción necesarios para poner en acción su fuerza de trabajo por su cuenta. Y es de esta apropiación de las potencias productivas del trabajo libre individual por el capital de donde nace todo el secreto de la razón histórica de existir del modo de producción capitalista como sistema de regulación autónoma del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad.

El estado capitalista se presenta así teniendo su necesidad en la forma nacional con que se desarrolla la acumulación de capital y en la forma de violencia directa que toma el proceso de expropiación originaria del productor directo libre. Parecería entonces que esta doble determinación formal es el punto de partida obligado para el estudio del estado. Sin embargo, por sobre las condiciones de su génesis histórica, lo históricamente específico del modo de producción capitalista no surge de la presencia de una relación social general directa. Por el contrario, surge de la presencia de una relación social general indirecta. Por lo tanto, para enfrentar la especificidad de nuestro objeto necesitamos partir de prescindir de toda modalidad de asignación directa del trabajo social bajo las distintas formas concretas útiles de éste. Nos colocamos así ante la expresión más pura de la organización indirecta de la producción social en el modo de producción capitalista, o sea, en el proceso mismo del cambio de mercancías por su valor.

La realización del valor de las mercancías en el cambio tiene por forma concreta necesaria que sus respectivos poseedores actúen como la conciencia y voluntad personificadas de las mismas. Esto es, en tanto vendedor, el poseedor de mercancías debe poner sus cinco sentidos en obtener la mayor cantidad de valor posible por el valor de uso que entrega. A la inversa, en tanto comprador, debe cuidarse de obtener el mayor valor de uso posible por el cuanto de valor que entrega.

Hay un cambio de mercancías que determina la especificidad del modo de producción capitalista: la compraventa de la fuerza de trabajo.¹ En este

1. Por cierto, no ya la génesis del cambio general de mercancías sino éste mismo, que aparece como el imperio absoluto de la relación social indirecta, presupone la validez general de los contratos de compraventa. Presupone, por lo tanto, la existencia de una relación jurídica general, la cual a su vez presupone la existencia de una relación política general, o sea, del estado. Sin embargo, ésta no es la especificidad misma del

cambio, el obrero entra como personificación de la única mercancía que tiene para vender, su fuerza de trabajo, y el capitalista como personificación de su capital. Para éste, la fuerza de trabajo que compra no tiene más valor de uso que el ponerla en acción a lo largo de la jornada de trabajo para extraerle hasta la última gota posible de plusvalía, materializado bajo la forma social específica de plusvalía. De modo que, aunque la compraventa de la fuerza de trabajo se efectúa en un instante, la apropiación de su valor de uso por el capitalista se extiende necesariamente en el tiempo. Y sólo en este transcurso se va a concretar efectivamente la realización del valor de la fuerza de trabajo. De modo que el capitalista y el obrero que individualmente se han relacionado entre sí como simples poseedores de mercancías en el cambio, quedan vinculados en una relación directa a lo largo del período por el cual se ha efectuado la compraventa. Esta relación social directa establecida entre ellos no es más que el proceso de realización de su relación general indirecta. Cada uno conserva en ella su condición de poseedor de mercancías cuyo valor está en juego realizar. El capitalista pretende que se le entregue la mayor cantidad posible de trabajo, de manera de minimizar el valor entregado para la compra de la fuerza de trabajo del obrero. Su condición de personificación de la necesidad de su capital le impide detenerse en el consumo de la fuerza de trabajo del obrero aun cuando este consumo implique la aniquilación de la vida misma del trabajador. Por el contrario, para el obrero es una cuestión de su propia vida o muerte restringir la entrega de su fuerza de trabajo, a fin de que el valor recibido por ella le permita reproducirla de la manera más plena posible. En tanto pura forma concreta necesaria de realizarse su relación social general indirecta, la relación directa establecida entre el obrero y el capitalista en el proceso de producción del capital es de naturaleza necesariamente antagónica.

El obrero y el capitalista entran a esta relación antagónica ostentando cada uno de ellos el idéntico derecho que lo asiste como a todo poseedor de mercancías. Esta igualdad de derechos con que se enfrentan individualmente en la circulación, sólo puede resolverse mediante la fuerza. Pero la unidad del proceso de acumulación de capital impone, como condición normal para su propia reproducción, la existencia permanente de un exceso de fuerza de trabajo respecto de la demanda que tiene por ella, a su valor, el conjunto de los capitales de la sociedad. De modo que la competencia entre los obreros por vender individualmente su fuerza de trabajo, so pena de no poder reproducir su vida natural, inclina necesariamente la balanza a favor del capitalista. Con lo cual, en lo que concierne puramente a la circulación individual, la fuerza de trabajo se encuentra condenada a venderse por debajo de su valor. Con esta venta, el obrero individual que sale exitoso de la competencia con sus

estado capitalista, sino de un abstracto estado mercantil. Y corresponde decir abstracto, porque el cambio general de mercancías, o sea, el cambio de mercancías como relación social general, sólo es fruto de la producción capitalista basada en la extracción de plusvalía relativa.

pares alcanza a reproducir su fuerza de trabajo de manera inmediata. Pero, a la larga, la constancia de la venta por debajo del valor tiene como resultado la imposibilidad de la reproducción de la fuerza de trabajo con los atributos materiales y morales que el capital requiere de ella para acumularse. Por más atractiva que a cada capital individual le resulte la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, la cuestión no es tan simple desde el punto de vista de la reproducción de sus ciclos en conjunto. Desde este punto de vista, es decir, desde el punto de vista del capital total de la sociedad, se trata de una circunstancia que socava su capacidad de acumulación. Salvo, por supuesto, que él mismo logre generar un flujo permanentemente renovado de fuerza de trabajo con los atributos apropiados a la cual depredar sin tener que gastar en reproducirla.

Es así que el capital social se reproduce determinando a la competencia que los obreros establecen entre sí por vender individualmente su fuerza de trabajo bajo la forma concreta de una relación directa de cooperación. La competencia entre los obreros toma así la forma concreta de su solidaridad en el proceso de vender su fuerza de trabajo. La venta de la fuerza de trabajo por su valor trasciende las potencias del obrero individual. Pero también lo hace respecto del colectivo de obreros recortado por el carácter privado de cada capital individual, y aun la del recortado por la suma de éstos en cada esfera especial de la producción social. Y lo mismo ocurre respecto de los capitalistas como personificaciones de sus capitales individuales. Por lo tanto, la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor toma necesariamente forma concreta en la determinación de obreros y capitalistas como clases que se enfrentan de manera directa entre sí, no ya simplemente de manera indirecta e individual a través de la compraventa de la fuerza de trabajo. Esto es, la venta de la fuerza de trabajo por su valor, condición para la reproducción de la masa de fuerza de trabajo que requiere la reproducción del ciclo del capital social, tiene a la lucha de clases por forma concreta necesaria de realizarse.

La forma de mercancía que toma la relación social general en el modo de producción capitalista lleva en sí la disolución de todas las relaciones directas de interdependencia personal. Las sustituye por relaciones indirectas de interdependencia general respecto de las cosas, las cuales toman forma en la determinación de la conciencia de las personas como personificaciones. Pero la misma realización de la acumulación del capital, en cuanto ella concierne de manera inmediata al capital social, engendra una relación social directa entre los individuos que se enfrentan desde el mismo polo de la enajenación de sus potencias humanas como potencias del capital. A saber, la clase obrera y la clase capitalista. Y es esa misma regulación autónoma general la que realiza sus propias potencias tomando forma concreta en una relación social general directa que subsume a las que determinan a cada clase. Esto es, en la lucha de clases.

Como relación social directa, la constitución de las clases en su lucha por las condiciones en que se compra y vende la fuerza de trabajo es una acción regida de manera inmediata por la conciencia y la voluntad de los interesados en tanto personificaciones. Y, como es obvio, la realización del valor de la fuerza de trabajo no es sino un aspecto concreto específico del proceso de asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo las distintas formas útiles del mismo. La lucha de clases es, en esencia, la acción consciente y voluntaria colectiva en que se realiza de manera directa la organización del trabajo social, como forma concreta específica de realizarse su organización general de manera inconsciente por la acumulación del capital. Y esta organización inconsciente se abre paso nuevamente de manera inmediata en lo que concierne a la forma específica que debe tomar la competencia entre los obreros por la venta de su fuerza de trabajo para realizar el valor de ésta, o sea, en lo que concierne a la solidaridad obrera. Lo hace en la determinación del alcance de esta solidaridad mediante la presencia permanente del ejército industrial de reserva.

3.2 La especificidad histórica del estado como representante político del capital social

Como cualquier otra forma concreta de la organización autónoma de la producción social, la lucha de clases expresa su resolución a través de las condiciones en que se acumulan los capitales individuales. Sin embargo, su especificidad nace de ser la forma concreta necesaria de una organización consciente general del trabajo social como un atributo directo del capital social. A la clase obrera, el capital social se le presenta como la expresión autónoma directa de las potencias enajenadas de su propio trabajo social. A la clase capitalista, se le presenta como una potencia social que escapa a la capacidad inmediata de sus miembros para personificar los capitales individuales que poseen de manera privada. Por lo tanto, el capital social necesita desarrollar su propia personificación específica que lo represente en la relación social directa general establecida por las clases en su lucha por la realización del valor de la fuerza de trabajo. Y esta personificación ha de presentarse ineludiblemente como el representante de una potencia enajenada que aparece imponiéndose externamente sobre la libre voluntad de los miembros de ambas clases. Por su carácter de relación directa general, la lucha de clases presenta la forma concreta general de lucha política. De modo que la personificación específica del capital social es, ante todo, una representación de naturaleza política.

Al mismo tiempo, teníamos que el flujo normal de la acumulación de capital toma forma necesaria en la existencia de un exceso de población obrera respecto de la que efectivamente ponen en acción los capitales individuales. Luego, dicho flujo impone la necesidad de que la venta normal de la fuerza de trabajo tome la forma de la lucha de clases. Pero, con su carácter abiertamente antagónico, esta forma misma niega la fluidez del proceso de acumulación. De

modo que dicho flujo normal necesita determinar a la lucha de clases dándole la forma concreta de su contrario, esto es, la forma de una relación de solidaridad general. Se trata, pues, de una relación general entre personificaciones antagónicas que necesita presentarse a la conciencia de los interesados como una relación política que no tiene otro contenido que ser una relación natural entre personas abstractamente libres. Pero, precisamente, se trata de una relación establecida como producto de conciencias libres que son la forma concreta de la conciencia enajenada, esto es, de una relación que las personificaciones establecen entre sí. Por lo tanto, éstas no pueden dejar de enfrentársela como lo hacen respecto de todo producto suyo, a saber, como una potencia social que posee una existencia objetiva exterior a ellas, a la cual se encuentran sometidas.

La doble necesidad del capital total de la sociedad de tener su propio representante político en la lucha de clases y de que ésta tome la apariencia de su contrario, toma la forma concreta de la relación de ciudadanía del estado. El estado es esa relación social objetivada que aparenta brotar de la abstracta voluntad libre de aquellos a los que la naturalidad de la sangre o del suelo les ha dado el atributo de ciudadanos, y que actúa como representante político general del capital social.

Montado sobre su condición históricamente específica de agente del capital social a cargo de la acción directa general necesaria para la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor, el estado capitalista subsume en sí todas las determinaciones propias de agente directo general de la reproducción normal de la explotación de la clase obrera. En otras palabras, el estado es el explotador de los obreros doblemente libres, no en tanto su individualidad inmediata, sino directamente en tanto clase.

De más está recordar que la explotación capitalista no termina con la venta de la fuerza de trabajo por su valor, sino que comienza específicamente con esta venta. Como agente directo general de la reproducción de la extracción de plusvalía, el estado tiene a su cargo el ejercicio de todas las formas de coacción directa general sobre la clase obrera que trascienden del movimiento fluido del proceso de trabajo realizado al interior de cada capital individual. Se enfrenta así a la clase obrera con la potencia que le da ser el monopolista legal en el uso de la violencia directa.

A primera vista, pues, parecería que la personificación directa del capital social les corresponde naturalmente a los miembros de la clase capitalista que ésta destaca a tal fin. Asimismo, parecería que no cabe en modo alguno dentro de las determinaciones de la clase obrera, la personificación positiva del capital social. Por el contrario, parecería que la clase obrera sólo puede personificar las necesidades del capital social actuando como la pura negación inmediata de ellas. Esto es, luchando contra quienes personifican positivamente al capital social como agentes del estado, a fin de forzar la aplicación por éste de las políticas que imponen sobre los capitalistas privados individuales la compra de

la fuerza de trabajo por su valor. Aun cuando esta modalidad de relación ha sido una etapa históricamente necesaria en la formación del estado capitalista moderno, y éste le renueva constantemente un espacio específico, no resulta necesariamente la más económica para el capital social. Ella demanda absorber el costo de una constante confrontación abierta con la clase obrera. En cambio, las propias apariencias de la forma de mercancía que toma la relación social indirecta general abren las puertas para una participación de la clase obrera en la personificación positiva de las necesidades del capital social políticamente representadas por el estado. Veamos cómo.

En el modo de producción capitalista, el obrero es un trabajador forzado para el capital social, al que éste arranca gratuitamente plusvalor bajo la forma de plusvalía, al que le compra su fuerza de trabajo con el producto impago de su propio trabajo anterior, y cuyo consumo individual no tiene más objeto que la reproducción de su fuerza de trabajo como un valor de uso para el capital. Sin embargo, en las apariencias de la circulación, este contenido se presenta invertido a la propia conciencia del obrero como forma concreta necesaria de realizarse la compraventa de su fuerza de trabajo al valor de ésta. En la circulación, el carácter forzado del trabajo del obrero se realiza bajo la forma concreta del ejercicio por éste de su derecho a disponer libremente de su persona. La extracción gratuita de plusvalor, se realiza bajo la forma concreta del ejercicio del derecho del obrero a la igualdad mediante el cambio de equivalentes. La compra de la fuerza de trabajo del obrero con el producto de su propio trabajo impago anterior, se realiza bajo la forma concreta del ejercicio de su derecho de propiedad sobre lo que es suyo. Y la reproducción de la fuerza de trabajo como atributo del capital mediante el consumo individual del obrero, se realiza bajo la forma concreta del ejercicio del derecho de éste a satisfacer sus propios intereses individuales. Sobre la base de las apariencias invertidas presentadas por estas formas concretas, y a través de la acción consciente directa de la clase obrera que interviene necesariamente en la realización de la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor, la conciencia y voluntad del obrero pueden desempeñar su papel como partes específicas del poder estatal mismo en la reproducción directa del capital social. No se encuentran limitadas ya a actuar como las oponentes externas a ese poder.

Llega así el momento en que la acumulación del capital toma su forma política concreta de democracia universal. O, mejor dicho, de democracia tan universal como universales sean los atributos productivos con que el capital social requiera a la población obrera en tanto fuerza de trabajo vendida a su valor. Por ejemplo, a medida que el desarrollo de la maquinaria hace que la subjetividad productiva del obrero se independice de la fuerza física de éste, el capital social tiende a transformar a toda la población obrera femenina en una fuente directa de fuerza de trabajo a la que explotar. Al extenderse de este modo el alcance de la universalidad del obrero de la gran industria, se extiende

el alcance de la expresión política de esta universalidad. Se impone entonces la ciudadanía plena de la población obrera femenina. Cosa que, si tiene su expresión más visible en la conquista del derecho al voto, está lejos de agotarse en ella. Como todos, este avance en la universalidad del obrero de la gran industria no puede tomar la forma concreta de una concesión graciosa del capital social a la clase obrera. Toma necesariamente forma concreta a través de la lucha política de la propia clase obrera y, en particular, de la porción de ésta que específicamente es portadora directa del avance en la universalidad, o sea, de su porción femenina.

Las apariencias propias de la circulación de las simples mercancías dan pie a las concepciones contractualistas clásicas del estado capitalista. Por lo mismo, estas concepciones no pueden sino acabar agotándose, convertidas en la crítica pequeñoburguesa de aquél. Las apariencias propias de la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor en la circulación son la fuente de la moderna pseudocrítica contractualista, tan en boga hoy día. Su vigencia no es de extrañar, teniendo en cuenta cómo el desarrollo de la automatización del control sobre los procesos directos de producción y circulación durante el último cuarto de siglo ha revolucionado las condiciones materiales que determinan la participación de la subjetividad del obrero en ellos, revolucionando así las condiciones que determinan la universalidad del obrero de la gran industria. De todos modos, no cabe aquí seguir avanzando sobre las formas concretas del estado democrático. Sin embargo, nos ha sido necesario llegar hasta su expresión más simple para poner en evidencia cómo, aun para la mera producción de plusvalía absoluta, la organización del trabajo social como una potencia directa del capital social es un atributo que concierne a la acción política de la clase obrera. Y, en tanto ejercicio del poder de un estado democrático, esa organización es un atributo necesariamente personificado de manera directa por miembros de la clase obrera que aplican a ese ejercicio su conciencia y voluntad como tales. Sin embargo, esta voluntad y conciencia de clase están determinadas como formas concretas necesarias de la reproducción del capital social. Por más feroz que sea la lucha de clases, y por más democrático que sea un estado, la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital no ha retrocedido en lo más mínimo. Por el contrario, ha mostrado que alcanza a la conciencia y la voluntad de los obreros no simplemente en cuanto ellos son personificaciones indirectas de la acumulación del capital al producir plusvalía, sino en cuanto son sus personificaciones positivas directas. Como ya dijimos, la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia para enfrentar a la burguesía en la lucha de clases, que la que le da el ser personificación de las potencias del capital social en cuanto la acumulación de éste se enfrenta al carácter privado de los capitales individuales.²

2. Detengámonos por un momento en la forma que presenta el curso que estamos siguiendo, o sea, en nuestro método de conocimiento. Hemos partido del concreto específico más simple del modo de producción capitalista, la mercancía, e ido descu-

briendo sus determinaciones al reproducir idealmente el desarrollo de su necesidad. Cosa que hemos hecho hasta reconocerlas bajo su forma concreta de relaciones políticas directas de clase que constituyen al estado como el representante político general del capital total de la sociedad. La primera parte de este curso ha involucrado un proceso de reconocimiento desde el punto de vista de la producción de la conciencia social. Esto es, hemos avanzado en nuestro conocimiento dialéctico utilizando como herramienta el proceso de conocimiento expuesto por Marx en *El Capital*. Pero al enfrentarnos al descubrimiento del estado como dicho representante político y al seguir avanzando luego sobre sus formas concretas necesarias en tanto tal, nuestro proceso de conocimiento ha continuado desarrollándose por el mismo curso que traía, aunque convertido en uno de naturaleza original aun desde el punto de vista social. Con su propio proceso de nacimiento plenamente desarrollado, Marx sintetizaba la especificidad del método dialéctico en contraposición a la representación lógica señalando:

«Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un *concepto*, . . . Tenemos aquí la economía *conceptual*, cuya supuesta *elucidación* por el *vir obscurus* lleva al “enlazar” y en cierto modo al “desenlazar”.

» . . . Todo esto no son más que “charlatanerías”. *De prime abord*, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”.

» . . . Así se explica que nuestro *vir obscurus*, que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico* [. . .] no guarda ni la más remota relación con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores alemanes (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”)

» . . . ¿Quién es el que establece aquí una contraposición lógica? El señor Rodbertus, para quien el “valor de uso” y el “valor de cambio” son, por naturaleza, meros “conceptos” [. . .] Aquí sólo existe una contraposición “lógica” para Rodbertus y los doctorales maestros de escuela alemanes afines a él, que arrancan del “concepto” de valor, y no de la “cosa social”, la “mercancía”, y luego el concepto se divide (desdobla) por sí mismo como si tuviese dos caras, para acabar discutiendo icuál de las dos quimeras es la que buscaban!

» . . . Pero donde mejor se revela la superficialidad de Rodbertus es en su contraposición de un concepto “lógico” y otro “histórico”» (Karl Marx. «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 97: Buenos Aires (1982), págs. 35-37).

La *teoría de la derivación del estado* nos ofrece un ejemplo particularmente ilustrativo de cómo el marxismo invierte el método dialéctico en una «economía *conceptual*», hasta vaciar a la acción revolucionaria de la clase obrera de su determinación históricamente específica por la transformación de la materialidad del proceso de trabajo regida mediante la producción de plusvalía relativa. La *teoría de la derivación* arranca proclamando que no parte de un concreto sino de un concepto:

«Nuestra investigación no se dirige inmediatamente al “estado” como una estructura histórica concreta; intentamos primero mostrar las determinaciones del

estado que pueden derivarse sistemáticamente del concepto general del capital» (Bernhard Blanke, Ulrich Jürgens y Hans Kastendiek. "Form and Function of the Bourgeoisie State". En: *State and Capital*. Ed. por John Holloway y Sol Picciotto. Austin: University of Texas Press, 1977, pág. 119, traducción propia).

Sin pausa, se imputa esta inversión al propio Marx, incluyendo el desdoblamiento del concepto en uno histórico y uno lógico:

«Marx ve este concepto como comprendiendo las leyes generales de movimiento e interrelaciones de una forma de sociedad que es a la vez histórica, y luego transitoria, tanto como siendo caracterizada por las bien definidas relaciones necesarias que la hacen una sociedad capitalista» (ibíd., pág. 119).

La cuestión pasa ahora a la construcción lógica del concepto de estado. Para lo cual ha de imputársele una característica que lo distinga *funcionalmente* de las demás formas. Aquí es donde se recurre a intercalar en el propio texto una cita de Marx tomada acriticamente para ponerla como si diera cuenta por sí misma de la cuestión. En este caso se trata de una observación hecha por Marx y Engels en *La Ideología Alemana* cuando recién se enfrentaban a las manifestaciones concretas de la sociedad capitalista sin que el primero hubiera descubierto tras ellas al capital como la relación social general materializada convertida en el sujeto enajenado inmediato de la producción social. De modo que la unidad del movimiento del capital social realizada mediante la organización directa de la producción social por el estado como forma concreta necesaria de realizarse la organización indirecta de la misma mediante la valorización del valor todavía se les presentaba como una relación externa: por una parte, la organización indirecta convertida así en una expresión abstracta, la sociedad civil, y por la otra la organización directa convertida en otra abstracción, el estado puesto al lado de la primera. La lógica de la construcción del concepto del estado queda así definida para garantizar la correspondiente exterioridad:

«Esto quiere decir que el estado debe ser desarrollado no sólo como sosteniéndose en pie "al lado y fuera de la sociedad" sino también como una forma necesaria en la reproducción de la sociedad misma» (ibíd., pág. 119)

La contraposición entre un concepto lógico y otro histórico ya se hace presente de manera plena. Toda necesidad histórica ha quedado rebajada a una mera cuestión de interpretación del alcance del concepto lógico:

«Llamamos a este procedimiento *análisis de la forma* para ser breves. [...] En este nivel de abstracción [...] sólo podemos dar los *puntos generales de partida* para el desarrollo de las "funciones" del proceso de reproducción, que deben tomar forma de un modo tal que se sostengan fuera del sistema de trabajo privadamente organizado. [...] Por cierto, la delimitación y mediación exacta del análisis de la forma y del análisis histórico crea problemas difíciles. Depende de cómo uno determine el carácter histórico del concepto de capital en general de Marx» (ibíd., pág. 119)

En el mundo real, la clase obrera tiene una potencialidad histórica específica para desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad hasta llevarlas más allá de donde les cabe organizarse de manera capitalista. Esta potencialidad la adquiere la clase obrera

3.3 El desarrollo del estado capitalista como forma concreta necesaria de la producción de plusvalía relativa

El estado empieza presentándose en el proceso histórico como una condición para el desarrollo de la acumulación de capital. Sin embargo, su especificidad histórica como representante político del capital social nace con la forma concreta de lucha de clases que toma necesariamente la producción de plusvalía absoluta. Pero, como ocurre con cualquier forma concreta de la acumulación de capital, recién puede dar cuenta de su potencialidad histórica en relación con la producción de plusvalía relativa. En particular, con la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria propio de la gran industria.

En primer lugar, cuanto más crece la acumulación de capital en base a la producción de plusvalía relativa, más crece la magnitud absoluta y relativa de la porción de trabajo colectivo que se organiza al interior de cada capital individual de manera consciente. Pero por más grande que cada una de estas porciones de trabajo colectivo llegue a ser, sigue siendo una porción privada respecto del trabajo total de la sociedad. Más choca así la expansión de la escala requerida para producir plusvalía relativa con la fragmentación privada

de la transformación en la materialidad del proceso de trabajo que impone el capital en pos de la producción de plusvalía relativa. Y la misma tiene a la acción de la clase obrera en la lucha de clases como forma concreta de realizarse, en cuanto necesita hacerlo mediante la centralización y el control del capital individual como un atributo inmediato del capital social. Pero la «economía *conceptual*» de la teoría de la derivación no puede ir más allá de la subsunción formal del obrero en el capital. De manera que la clase obrera le aparece despojada de toda potencialidad histórica específica. Su enfrentamiento a la clase capitalista no aparece así guardando más que una diferencia formal respecto de la lucha por subsistir que enfrenta a todo trabajador forzado con el no trabajador que lo explota. Y, luego, este enfrentamiento mismo aparece reducido a un más abstracto aún «derecho natural»:

«Todos estos factores crean conflicto que no son el resultado del movimiento *objetivo* del capital aunque estén condicionados por éste, sino del reclamo por la clase obrera de su derecho a vivir. Estos conflictos, o sea, estos conflictos de clase, se expresan de maneras históricamente variables, pero son sin embargo los conflictos fundamentales en donde se determina la relación de la “política” a la “economía”» (Blanke, Jürgens y Kastendiek, «Form and Function of the Bourgeois State», pág. 127)

Luego, sólo le resta festejar la exterioridad propia del entrelazamiento conceptual así logrado:

«Esta relación ha devenido ahora una relación externa y nuestro análisis debe, por lo tanto, buscar el modo en que las formas se afectan unas a las otras y rastrear las características generales de su efecto en las relaciones de clase al interior de la producción» (ibíd., pág. 127)

misma del capital social. O sea, con la propiedad privada del capital social. La forma más rápida de superarse esta traba es la centralización de los capitales mutuamente privados existentes en una determinada rama bajo una sola mano. Y la mano más poderosa en este sentido es la del capital social mismo, actuando por medio de su representante político general, el estado. La producción de plusvalía relativa tiende así a tomar forma concreta en la acción del estado que avanza sobre la mera propiedad privada del capital, transformando a éste en una propiedad directamente social. Propiedad social que, como capital que sigue siendo, se sigue enfrentando a sus mismos propietarios, la clase obrera y la capitalista remanente en tanto ciudadanos, como una potencia que les es ajena. Como es obvio, en la determinación de la velocidad y alcance concretos con que se desarrolla este proceso de abolición de la propiedad privada sobre el capital que, a la par, la reproduce como una propiedad directamente social que se enfrenta a sus propietarios como una potencia ajena, media de manera sustancial la fragmentación nacional del capital total de la sociedad. Por lo tanto, media de igual modo la fragmentación del representante político general del capital social en estados nacionales.

En segundo lugar, cuanto más crece la acumulación intensiva del capital en base a la producción de plusvalía relativa, más necesita el capital transformar toda intervención subjetiva en el proceso de producción en un atributo científicamente objetivado en la maquinaria. Más necesita el capital producir un obrero universal en condiciones de desarrollar y controlar cualquier sistema de maquinarias que le toque en suerte. Más crece la población obrera sobrante consolidada por encima del nivel con que la necesita el capital como factor contrarrestante a la solidaridad de la clase obrera como forma concreta de realizarse el valor de la fuerza de trabajo. Y, con este crecimiento, más crece la violencia a la que recurre el capital para quitar a ese sobrante de en medio.

Por su parte, cuanto más se basa el proceso de producción en el control de las fuerzas naturales para hacerlas actuar transformando al objeto, mayor es su acción sobre la reproducción misma de esas fuerzas naturales. Mayor es el consumo que hace de ellas y, por lo tanto, mayores son los residuos que devuelve a sus fuentes. *Mutatis mutandi*, el desarrollo de la gran industria encierra la misma relación entre el capital individual y el capital social respecto de la reproducción de las fuerzas naturales, que respecto de la reproducción de la fuerza de trabajo. El capital individual sólo puede ver en ellas una fuente para su valorización inmediata, siéndole imposible detenerse antes de arrasarlas en pos de ese objetivo. Pero la depredación realizada por los capitales individuales lleva inevitablemente al punto en que se pone en peligro la reproducción del proceso de acumulación mismo. El agotamiento de las fuentes de las fuerzas naturales, el costo que implica recuperarlas de en medio de la montaña de desperdicios arrojados a ellas, el encarecimiento de la fuerza de trabajo por la necesidad de protegerla y recuperarla de la contaminación del medio, se convierten en otras tantas trabas a la acumulación del conjunto de los

capitales individuales. Es entonces que el capital social necesita tomar cartas directamente en el asunto. Lo hace rigiendo de manera directa, por obra de su representante político general, las condiciones en que los capitales individuales se apropian gratuitamente de las fuerzas de la naturaleza. Y la única forma en que a la regulación directa del trabajo social le cabe tomar forma concreta en el modo de producción capitalista como acción del estado, es la lucha de clases. La clase capitalista necesita personificar las potencias del capital para arrasar con las fuerzas naturales multiplicando la producción inmediata de plusvalía. A la clase obrera le corresponde personificar las potencias opuestas, como forma concreta necesaria de la reproducción de su propia fuerza de trabajo para el capital social.

Al mismo tiempo, cuanto más crece la escala individual y total de la acumulación con la producción de plusvalía relativa, más complejo se hace el proceso autónomo de asignación del trabajo social bajo las distintas formas concretas útiles de éste. Pero, por sobre el crecimiento de esta complejidad, cuanto más se desarrolla la acumulación de capital en base a la producción de plusvalía relativa, más gira la organización autónoma indirecta de la producción social en torno a una tasa de ganancia que tiende a reducir su magnitud respecto de la masa total de trabajo vivo y muerto que debe asignar bajo las distintas formas concretas útiles correspondientes. O sea, más insensible se torna la tasa de ganancia del capital social respecto de los movimientos operados al interior de éste por parte de los capitales individuales que participan en la formación de aquélla. Y, a la inversa, más se multiplica la magnitud de estos movimientos como reflejo de cambios al interior de la tasa general de ganancia. Por su parte, la expansión de la acumulación por medio del avance del capital constante a expensas del variable, choca contra el hecho de que las potencias del trabajo social se encuentran portadas en el producto mismo de éste. La revolución constante de la capacidad productiva del trabajo en que se basa la producción de plusvalía relativa presupone la expansión constante de la producción social de mercancías. Presupone, por lo tanto, la expansión del consumo social como si ella no encerrara limitación específica alguna dada por la forma capitalista misma que rige ese consumo. Sin embargo, con la expansión del capital constante a expensas de la del variable, el consumo de medios de vida para los obreros sólo puede expandirse a un ritmo particularmente restringido respecto de la expansión de la producción de medios de producción en pos de la producción de plusvalía relativa. El carácter privado con que se realiza el trabajo social se manifiesta, entonces, en la necesidad del capital social de expandir la producción material en general, llevándola más allá del consumo que él mismo determina como condición para esa expansión. Así, el curso normal de la acumulación del capital en base a la producción de plusvalía relativa es una sucesión periódica de crisis de superproducción general más o menos agudas.

De este modo, el desarrollo de la acumulación de capital empuja crecien-

temente a la organización autónoma de la producción social a tomar forma concreta a través de la organización directa por el estado. Como tarea fundada sobre una base científica y colectiva, esta organización va superando las potencias subjetivas de la clase capitalista para actuar como personificación de la conciencia y voluntad del capital social. De manera que la representación política del capital social pasa a ser crecientemente la tarea de un obrero colectivo improductivo especial, de un órgano colectivo especializado dentro de la división social del trabajo, formado por obreros individuales doblemente libres.

3.4 La reversión del estado «intervencionista» al estado «neoliberal» en el último cuarto de siglo

El desarrollo de la acumulación de capital toma necesariamente forma concreta a través del avance en la organización directa de la producción social por el estado. ¿Cómo se explica entonces el obvio paso del estado «intervencionista» al estado «neoliberal», que domina la escena durante el último cuarto de siglo? Se nos ofrecen varias opciones. Por un lado está la abierta apologética del curso seguido por la acumulación de capital, a la que todo se le hace ver el triunfo del libre espíritu humano fundado en su naturaleza abstractamente mercantil, sobre las oscuras ataduras que le impone la perversidad autoritaria del «espíritu estatista». Frente a esta concepción, se levantan otras dos que se presentan como su opuesto absoluto. La primera sostiene que se está ante una derrota circunstancial infligida por la clase capitalista a la clase obrera, sea simplemente en razón de la mayor fuerza de aquélla, sea como consecuencia de la traición sufrida por ésta a manos de sus dirigentes. La segunda concepción habla del agotamiento, fracaso o crisis de un «modelo de acumulación» basado en la intervención estatal como agente «redistribuidor» de la riqueza social, en un proceso en el que el crecimiento del consumo obrero masivo aparece como condición para la realización de la plusvalía. Frente al desmadre ocasionado por la suba del salario, el capital habría impuesto un nuevo modelo de acumulación, el neoliberal, con el fin de disciplinar a la clase obrera. Por muy opuestas que puedan parecer la apologética desembozada y estas críticas aparentes al curso seguido por la acumulación del capital, todas ellas tienen un punto de arranque común: parten del análisis de las formas ideológicas y políticas que presenta el cambio en ese curso para asociarlas luego analíticamente con el cambio en las condiciones técnicas del proceso material de producción. Por el contrario, de lo que se trata es de partir de este cambio para desarrollar sobre su base la necesidad del cambio en las formas ideológicas y políticas.

3.5 La forma nacional de la acumulación de capital en relación con su centralización

Dada su necesidad de expandir la producción material como si esta expansión no llevara consigo la necesidad de límite alguno originado en la forma social que rige su organización, la acumulación de capital es un proceso mundial por su esencia. Pero, dado el carácter de privado con que se realiza el trabajo social en ella, esta esencia mundial nace recortada por, y se desarrolla recortando a, procesos nacionales de acumulación de capital. Esto es, la acumulación de capital es hasta el presente un proceso nacional por su forma. La fragmentación del capital total de la sociedad en capital social de cada ámbito nacional se expresa necesariamente en la determinación nacional de su representante político general. Se trata de la determinación concreta del estado como estado nacional.

Quienes invierten la determinación y conciben a la acumulación como un proceso nacional por su esencia y no por su mera forma, creen que todo ámbito nacional tiene la potencialidad de ser uno en donde la acumulación se realice en base a la producción de mercancías en general por los capitales cuya magnitud se corresponde con el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. Esto no es más que una apologética del capital, ya que éste carece por completo de la potencialidad así imputada a cada porción nacional suya. Muy por el contrario, el pleno desarrollo de la esencia mundial de la acumulación del capital a través de su forma nacional se realiza en la formación de un número limitado de procesos nacionales en donde el capital se presenta reuniendo de manera general dichos atributos. Al mismo tiempo, este desarrollo pleno se expresa en la determinación de otros países como ámbitos de acumulación limitados por la producción de mercancías específicas, en base a la presencia relativamente favorable en ellos de condicionamientos naturales a la productividad del trabajo no controlables por el capital de manera general. En estos ámbitos nacionales, la acumulación de capital desarrolla su especificidad en torno a la apropiación de la renta diferencial de la tierra y, también, de la renta proveniente del monopolio sobre dichas condiciones naturales en cuanto éstas imponen un límite a la escala absoluta de la producción frente al tamaño del consumo social normal. La Argentina es una de las expresiones más plenas de esta especificidad. En tercer lugar, la acumulación de capital determina a otros ámbitos nacionales como localización de procesos productivos cuya materialidad los torna específicamente aptos para la explotación de una fuerza de trabajo históricamente disciplinada para el trabajo colectivo y determinada como población obrera latente o estancada en su condición de sobrante. Por último, no deja a otros países más potencialidad que el ser reservorios de población obrera sobrante consolidada. Esto es, de seres humanos a los que el capital ha condenado a muerte al despojarlos de su más elemental determinación genérica como tales: la capacidad para producir su propia vida mediante el trabajo.

Hacia mediados del siglo xx, la competencia en el mercado mundial entre los procesos nacionales de acumulación en donde ésta sigue su curso general, o sea entre los países del primer tipo señalado, impone la necesidad de una modalidad específica de centralización del capital. Esta necesidad presenta como única excepción al mayor fragmento nacional de capital social, los Estados Unidos. Se trata de la necesidad de centralizar el capital como propiedad estatal al interior de cada ámbito nacional. En las mayores economías nacionales de Europa occidental, a la centralización del capital como propiedad del estado le alcanza entonces con abarcar algunas ramas esenciales de la producción social para expresar su potencialidad. Por lo mismo, su ejecución política general corresponde a partidos políticos que representan a la clase obrera poniendo el eje en su lucha contra la clase capitalista como expresión del avance en las condiciones en que es producido el obrero universal al interior del ámbito nacional.³ De modo que a la centralización parcial del capital como propiedad directamente colectiva a ese interior, le cabe fluidamente el tomar forma política concreta a través de la democracia burguesa representativa. Estas son las determinaciones que engendran a los partidos socialdemócratas (incluyendo en ellos los eurocomunistas) como los representantes políticos generales de la clase obrera en los países en cuestión. Cuanto más rápidamente necesitan avanzar la producción del obrero universal y la centralización del capital como propiedad estatal, más le corresponde al partido que ejerce la representación política general de la clase obrera nacional convertirse en el representante político general del capital social correspondiente. Claro está que este capital social incluye tanto al de propiedad directamente social y al simplemente privado dentro del ámbito nacional. Esto es, cuanto más avanza el proceso nacional de acumulación de capital en los dos sentidos señalados, más

3. Esta centralización parcial del capital como propiedad del estado es condición para la reproducción del proceso nacional de acumulación. Es, por lo tanto, condición para la reproducción inmediata de las respectivas clases obreras nacionales como clases obreras en activo. En su desarrollo histórico, la lucha por esta reproducción inmediata pasa necesariamente por una fase en que su determinación como lucha política rige su determinación como lucha sindical: la compraventa de la fuerza de trabajo por su valor sólo puede imponerse bajo la forma concreta de la conquista política de los «derechos obreros». En esta fase, la lucha sindical queda subordinada a su lucha política: los sindicatos obreros son sindicatos de partido. La centralización del capital mediante su propiedad estatal como condición para la reproducción inmediata de la clase obrera nacional renueva las bases de esta subordinación. En cambio, en los Estados Unidos, donde el tamaño del ámbito de acumulación todavía libera al capital de la necesidad de centralizarse como propiedad estatal, llega un punto en que la lucha de la clase obrera por reproducirse de inmediato como clase obrera en activo se agota en la acción sindical. La clase obrera norteamericana pierde así, de momento, su potencialidad para sostener y desarrollar su representación política propia. Esta queda subsumida en los partidos políticos que representan las necesidades del capital social nacional en tanto simples partidos de la clase capitalista.

determina a los partidos de la clase obrera nacional como sus representantes políticos generales. Con lo cual, más determina a la propia clase obrera de cuyo plustrabajo se nutre como la enajenada personificación política de la explotación de sí misma. Aunque, hasta aquí, los partidos políticos de la clase obrera siguen compartiendo la representación general del proceso nacional de acumulación de capital con los que representan a la clase capitalista.

Pero las formas políticas en que se realiza la centralización del capital como propiedad directamente social dentro del ámbito nacional cambian radicalmente en cuanto esta centralización recién puede comenzar a expresar su potencialidad a condición de que ella abarque la totalidad de los capitales que se valorizan en el país. Esta circunstancia tiene lugar de manera particular en ámbitos nacionales donde una masa de capital relativamente restringida y alejada de la vanguardia técnica sólo puede adquirir la potencia para desarrollar la fuerza acumulativa que le da el disponer dentro de su alcance nacional de una enorme masa de población obrera y riquezas naturales latentes, al centralizarse de manera absoluta como capital estatal. Aquí, la centralización absoluta del capital tiene una forma política concreta necesaria de realizarse: la abolición nacional de la burguesía de un solo golpe, a manos de la clase obrera. Tiene, por lo tanto, la forma política concreta de una revolución social en la que la clase obrera nacional se apropia íntegramente del capital que valoriza. El partido político de esta clase obrera se convierte en el representante general exclusivo del proceso nacional de acumulación de capital. Este es el caso de la URSS, anterior casi en medio siglo al surgimiento de la necesidad siquiera parcial de los capitales de los países europeos de centralizarse como propiedad estatal. Es también el caso de China, pero ya en asociación con las transformaciones experimentadas por la acumulación mundial del capital en la segunda mitad del siglo xx. Pese a la necesaria semejanza de su forma política, su misma separación en el tiempo señala que ambos casos encierran potencialidades notablemente distintas respecto del cambio en la materialidad del proceso de producción de la gran industria en dicho período.

Ahora bien, antes de transcurrido medio siglo desde el comienzo del proceso de centralización parcial del capital en manos de los estados nacionales como condición para alcanzar la escala requerida por la competencia en el mercado mundial, la marcha inexorable de la acumulación supera el alcance de esta modalidad de concentración. Lo hace al convertir a la escala nacional de cualquier capital en insuficiente para mantener esa competitividad. De modalidad de potenciar la acumulación de los capitales en cuestión, la propiedad estatal nacional se convierte en una traba a ella. Por cierto, la necesidad de concentrarse para reproducirse alcanza directamente a las porciones nacionales mismas del capital social. Pero la urgencia por alcanzar el grado de concentración necesario para mantenerse en actividad cualquier capital individual, incluyendo los de propiedad estatal, avanza mucho más rápido que el sustancialmente más complejo proceso de la unificación de varios ámbitos

nacionales de acumulación en uno. De modo que los capitales de cada estado nacional se enfrentan al problema de concentrarse más allá de sus fronteras nacionales mucho antes de poder centralizarse como propiedad directa del representante político de un capital social que los englobe a todos ellos. Esto es, como propiedad directa de un nuevo estado nacional integrado por los estados nacionales hasta entonces mutuamente independientes. La continuidad de la centralización y concentración de los capitales centralizados hasta aquí como propiedad de los estados nacionales toma entonces forma concreta en la pérdida por parte de ellos de su condición de ser propiedad directa del capital social de su ámbito nacional originario. Se convierten en propiedad de capitales que, por su condición de privados respecto de cualquier porción nacional del capital social, pueden centralizarse pasando por encima de la frontera nacional. Por supuesto, esta condición de privado respecto del capital social de un ámbito nacional puede ser atributo de un capital proveniente de otro ámbito nacional que, al interior de éste, pertenece de manera directa al correspondiente capital social. No en vano estos capitales han llegado a su condición de propiedad de un estado nacional precisamente para alcanzar una escala por encima de la de cualquier otro que pudiera competir con ellos. De modo que, en el caso de los pertenecientes a los mayores ámbitos nacionales, se trata de manera general de capitales fuertemente concentrados. De modo que se encuentran en condiciones de hacerle frente a la generalidad de los capitales simplemente privados con los que compite por hacerse de los antiguos capitales estatales de otros países. La privatización del capital estatal de un ámbito nacional tiene así entre sus formas concretas necesarias, la transformación del mismo en un capital propiedad de otro estado nacional.

3.6 La producción del obrero de la gran industria

Reveamos sintéticamente el desarrollo expuesto en el segundo capítulo. Desde los comienzos del siglo XIX y a lo largo del XX, las transformaciones experimentadas por los atributos productivos de la fuerza de trabajo con el desarrollo del sistema de la maquinaria tienden a extenderse a la universalidad de los obreros que explota el capital dentro de los ámbitos nacionales donde la acumulación toma su forma más general. Ante la necesidad de satisfacer fluidamente este grado de universalidad, y el de complejidad que le corresponde, cada capital social nacional toma directamente en sus manos buena parte de la producción general de la fuerza de trabajo de manera masiva y relativamente indiferenciada. En vez de pagar a cada obrero individual el valor íntegro de su fuerza de trabajo específica, los capitales individuales aportan vía el sistema impositivo a la formación de un fondo común administrado por el representante político del capital social nacional, el estado nacional. Y, a su vez, el estado transforma esos fondos en la producción relativamente universal de la fuerza de trabajo nacional.

Más allá de aportarles la fuerza de trabajo que requieren de manera general abaratada por su producción masiva, esta modalidad de producirla permite a los capitales individuales valorizar normalmente aun a las porciones suyas que ponen en manos del estado a través de los impuestos. El salario individual al que se vende la fuerza de trabajo deja de incluir lo que cuesta su producción en cuanto ésta se encuentra a cargo del estado. Pero, a través de los impuestos, el estado no les cobra a los capitales individuales el precio íntegro de los valores de uso (servicios educativos, de salud, etc.) de que provee a los obreros para que éstos reproduzcan su fuerza de trabajo. Sólo les cobra el precio de costo de los mismos. Esto es, los obreros reciben la masa íntegra de valores de uso necesarios para reproducir su fuerza de trabajo, pero los capitales individuales compran la fuerza de trabajo pagándola por el precio de costo de esos valores de uso. La compran, por lo tanto, por debajo de su valor aunque los obreros reciben la masa íntegra de valores de uso que necesitan consumir para producirla. La diferencia equivale a la plusvalía que hubiera correspondido a los capitalistas que, de haber producido de manera privada los medios de vida para los obreros que produce el estado, los hubieran vendido a su precio de producción. Pero los capitalistas que compran la fuerza de trabajo así abaratada, venden sus propias mercancías al precio de producción íntegro de éstas. De modo que, lejos de esfumarse, la plusvalía en cuestión es efectivamente realizada por el conjunto de los capitalistas individuales que aportan parte de su capital al estado bajo la forma de impuestos. Y ni que decir de los que logran evadir este pago. La plusvalía en cuestión entra, por lo tanto, en la formación de la tasa general de ganancia. Esta es una de las patas sobre la que se sostiene la aversión que siente el capital por el superávit fiscal.⁴

El avance en la reproducción relativamente universal e indiferenciada de la fuerza de trabajo nacional por el capital social parte en su realización de una forma concreta específica: la lucha gremial y política victoriosa de la clase obrera contra la burguesía por las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. Y todo lo que forma el valor de la fuerza de trabajo lo paga la clase obrera con su propio trabajo. Pero, como es el representante político del capital social nacional quien tiene directamente a su cargo dicha reproducción, esta se concreta finalmente bajo la forma del acceso de los ciudadanos del estado nacional a la educación, la salud, la jubilación, la cobertura por desempleo, la vivienda, la recreación, etc. provistas gratuitamente por éste. En base a esta apariencia, los voceros ideológicos del capital invierten las determinaciones

4. Otra es la alimentación de la acumulación a través del déficit público. El déficit público financiado con endeudamiento sostiene la acumulación en base a la expansión del capital ficticio. Al mismo tiempo, su financiamiento mediante la emisión de papel moneda en exceso de las necesidades de la circulación (de modo que la moneda pierde una parte de su capacidad unitaria para representar valor) permite al capital industrial avanzar sobre el mismo capital ficticio en tanto dicho financiamiento determina negativamente a la tasa real de interés.

concretas del valor de la fuerza de trabajo y sus formas de realizarse en la lucha de clases, presentándolas como las «concesiones» graciosamente otorgadas por «el estado de bienestar» a la clase obrera.

Dentro de su unidad relativa, el avance hacia la universalidad del obrero de la gran industria visto hasta aquí encierra dos subjetividades productivas que se mueven en direcciones opuestas. Por una parte, el capital no cesa de desarrollar la subjetividad productiva de una parte de los obreros individuales que integran al obrero colectivo de la gran industria. La hace avanzar en su capacidad para someter progresivamente a control las fuerzas naturales. E impone el mismo avance respecto de la subjetividad que tiene a su cargo el control del proceso de circulación del capital. Por la otra, el capital expande constantemente la escala con que necesita reproducir a una fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva reside en el aporte de su pericia manual para realizar un trabajo crecientemente simplificado. Y esta expansión tiene lugar de manera notable en el proceso directo de producción de la rama industrial en que se sustenta la producción de la plusvalía relativa. O sea, al interior de la esfera de la producción social que produce la maquinaria misma. Esto es, pese al avance logrado en el control de las fuerzas naturales, el capital no hace más que expandir su dependencia, dentro de la industria mecánica misma, respecto de la pericia manual del obrero tanto para el ajuste de la maquinaria como para el proceso de montaje. Antes que simplemente por compartir el desarrollo de una misma subjetividad productiva, la reproducción de la fuerza de trabajo de este segundo tipo de obrero se encuentra asimilada a la del primero por la fuerza que le da la intervención masiva directa de su subjetividad productiva en el corazón mismo de la producción de la maquinaria.

El desarrollo de la capacidad productiva del trabajo mediante la automatización del ajuste de la maquinaria y la robotización de la línea de montaje viene a cambiar radicalmente la situación hacia el último cuarto del siglo xx. La subjetividad productiva del obrero colectivo da así un salto revolucionario adelante en el proceso de determinarse a sí misma como la pura capacidad para controlar conscientemente las fuerzas naturales, transformándolas en un medio para la vida humana. Con lo cual, el ejercicio por el obrero colectivo de su subjetividad productiva ha hecho dar al modo de producción capitalista un salto revolucionario adelante en la realización de su razón histórica de existir. Pero, como ocurre necesariamente con todo avance en el desarrollo del ser genérico humano realizado bajo la forma enajenada de desarrollo de la acumulación de capital, el mismo está lejos de afirmarse simplemente como un paso adelante en el desarrollo individual de los obreros que lo han producido. Por el contrario, se convierte en una nueva fuente de tormentos y explotación que el capital vuelca sobre ellos.

El capital ha logrado así desplazar la subjetividad productiva del obrero que desarrolla y aplica su pericia manual del corazón del desarrollo de la producción de plusvalía relativa. Pero esto no significa para el capital la necesidad

de transformar en masa al obrero colectivo en un sujeto cuya función resida en la producción del puro avance en el control consciente de las fuerzas naturales. Por el contrario, con la introducción de la maquinaria computarizada y robotizada el capital renueva y amplía las bases sobre las que puede extraer plusvalía de obreros cuyos atributos productivos se reducen a la entrega intensificada y extendida de su ya absolutamente degradada pericia manual en el proceso directo de producción. Para el capital, el haber dejado de depender de la pericia manual del obrero en el proceso directo de producción de la maquinaria simplemente lo libera de reproducir la fuerza de trabajo de este tipo de obrero en condiciones semejantes a las necesarias para reproducir la del obrero cuya subjetividad productiva reside en el desarrollo y aplicación del control consciente sobre las fuerzas naturales. Sólo necesita gastar en la reproducción de la primera fuerza de trabajo lo estrictamente necesario para ponerla en acción en un proceso de trabajo reducido en extremo a la repetición mecánica de una tarea manual, cuya jornada puede extenderse de manera correspondiente. A la inversa, el desarrollo de la subjetividad del obrero a cargo del avance en el control de las fuerzas naturales requiere del aumento en su consumo individual de valores de uso, la prolongación del tiempo en que debe formarse antes de entrar en producción, etc., y del acortamiento de la jornada de trabajo.

Cada paso dado en la transformación de la subjetividad productiva del obrero hacia el control de las fuerzas naturales es un paso adelante en el desarrollo del carácter universal del obrero de la gran industria. Pero, ahora, este paso adelante se presenta bajo la forma concreta de su opuesto. A saber, de la acentuación de la fragmentación al interior del obrero colectivo de la gran industria entre los dos tipos de fuerza de trabajo que lo integran. En su avance hacia este punto, al capital social le resultaba más barato producir de manera conjunta y relativamente indiferenciada los dos tipos de fuerza de trabajo. Ahora, la brecha entre ellas se ha hecho lo suficientemente significativa como para que le resulte conveniente orientar desde el vamos el gasto en producir las de acuerdo con los atributos específicos que requiere de cada una de ellas. Se impone entonces el retroceso de la solidaridad de la clase obrera y de la acción directa del estado, como forma específica necesaria de la producción de la fuerza de trabajo. El valor de cada tipo de fuerza de trabajo pasa a realizarse inmediatamente a través del salario individual pagado por ellas, lo cual incluye el deterioro de las condiciones de reproducción de una de ellas. El avance en la diferenciación en cuestión tiene así una primera forma necesaria general: el retroceso de la fuerza sindical de la clase obrera.

Al mismo tiempo, cuanto más se ha desarrollado la centralización del capital como propiedad del estado nacional, y cuanto más se encuentra en manos de éste la producción de la fuerza de trabajo, más choca la diferenciación al interior de la clase obrera entre los portadores de las subjetividades productivas contrapuestas. Ocurre que, cuanto más se han desarrollado esos dos procesos,

más ha tomado la producción de la fuerza de trabajo la forma concreta de afirmación de sus portadores, los obreros, no como meramente tales, sino en su condición de ciudadanos indiferenciados del mismo estado nacional. De modo que ahora no se trata simplemente de la diferenciación en cuanto a las condiciones de venta de cada fuerza de trabajo. Se trata de la diferenciación respecto de la relación política general que vincula de manera directa a todos los obreros, y a los capitalistas, como atributos personificados de la misma porción nacional del capital social. Se trata, pues, de que la igualdad formal de derechos entre los vendedores de fuerza de trabajo deje paso a una desigualdad real creciente entre ellos.

El mismo desarrollo de la acumulación de capital que ha llevado a generar esta necesidad de diferenciar radicalmente la fuerza de trabajo que integra al obrero colectivo de la gran industria, se ha encargado de generar las condiciones para realizar esta diferenciación. Lo ha hecho al ir convirtiendo a países enteros en reservorios de población sobrante latente o estancada en su condición de tal. En particular, en reservorios masivos de población campesina disciplinada para el trabajo sistemático requerido por la moderna manufactura y para actuar como apéndice de la maquinaria en razón de su historia: se trata de campesinos libres que practican la agricultura bajo riego sometidos a un régimen de explotación tributario y rentístico fuertemente estructurado, y que ya no pueden continuar reproduciéndose en base a ella por más magro que sea el consumo que realicen. Tal el caso del este asiático, y con potencialidad particular por la centralización del capital como propiedad del estado nacional, de China.

Ahora, la génesis de una clase obrera despojada de toda subjetividad productiva como no sea la necesaria para servir dentro de la manufactura y como apéndice de la maquinaria, y por lo tanto, excluida de todo consumo que exceda del necesario para reproducir esa subjetividad, deja de ser un problema a resolverse simplemente en los países donde la acumulación toma su forma general. Por la fragmentación nacional en que se realiza la esencia mundial de la acumulación del capital, una cosa es revertir el avance alcanzado en la producción masiva de la clase obrera nacional en condiciones relativamente uniformes, para dar lugar a la violenta degradación de las condiciones de vida de una parte significativa de ella. Y otra muy distinta es que la degradación masiva tenga lugar más allá de la frontera nacional. O, aun al interior de esta frontera, pero alcanzando a los ciudadanos de otro país que han migrado para ocupar el lugar de la fuerza de trabajo progresivamente descalificada.

Se desarrolla así la competencia internacional por vender la fuerza de trabajo, tanto de manera indirecta a través del comercio mundial de mercancías, como directa mediante la inmigración. De modo que la propia porción de la clase obrera originaria del país donde el capital desarrolla su acumulación general, y que el capital necesita localizada allí para explotar su subjetividad productiva degradada, se encuentra forzada a retroceder en las condiciones en

que vende su fuerza de trabajo. De no hacerlo, se ve arrojada de la condición de superpoblación flotante a la de superpoblación consolidada. Ha sonado la hora de que el «estado de bienestar» deje su lugar a la neoliberal privatización de las condiciones en que se produce la fuerza de trabajo. Y este tránsito toma necesariamente forma concreta en la derrota política de la clase obrera a manos de la burguesía.

A la necesidad general del capital de expandir su escala de acumulación pasando por encima de las fronteras nacionales, se le suma este aliciente particular para la internacionalización fragmentada de la producción social. No se trata de un avance hacia el carácter directamente mundial de la producción social a través de la superación de la fragmentación nacional. Por el contrario, la así llamada «globalización» tiene en su base la profundización de la fragmentación nacional diferenciada. Luego, la unidad de la necesidad de extender la centralización del capital más allá de su propiedad directamente social al interior de un ámbito nacional, con la del paso de la producción indiferenciada de la fuerza de trabajo por el capital social mismo a su producción mediante la diferenciación del salario individual, y con la de efectuar esta diferenciación a través de la discriminación en base a los atributos «nacionales», se tiene una expresión sintética invertida más abarcativa aún que la liquidación del «estado de bienestar»: se trata del reemplazo del estado «intervencionista» por el estado «neoliberal».

La expresión acabada de esta transformación se da en la URSS, donde la centralización del capital como propiedad directamente social al interior de su ámbito nacional había alcanzado a la totalidad del mismo en el proceso de desarrollar la universalidad anterior del obrero de la gran industria. Nos detendremos sobre su especificidad en el próximo capítulo.

3.7 Qué acción política de la clase obrera hoy

Consideremos en primer lugar las economías nacionales donde el capital se acumula encerrando el eje de su papel histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. En los Estados Unidos, el grado de concentración requerido sigue sin chocar con la escala del ámbito nacional hasta el punto de demandar la centralización absoluta del capital social al interior del ámbito nacional. De modo que el estado nacional sigue sin constituirse en el sujeto inmediato de la centralización. Al mismo tiempo, la acumulación nacional de capital avanza sobre la base de agudizar la diferenciación en las condiciones con que se produce la fuerza de trabajo de distinta subjetividad productiva dentro del país. Más aún, en cuanto la escala requerida o el grado de diferenciación superan el alcance de su ámbito nacional, el capital social norteamericano elude el problema mediante su asociación con los de otros países que conservan formalmente su autonomía política en una fragmentación internacional diferenciada (NAFTA, ALCA).

El hecho de estar en pleno proceso de constitución de un nuevo ámbito específico de acumulación de capital impone a los capitales sociales de los países de la Unión Europea la activa presencia política de sus respectivos estados nacionales. Pero al mismo tiempo, el mayor ámbito específico de acumulación del que disponen ahora los capitales individuales diluye la necesidad de su centralización como propiedad directa del estado nacional. Es así que, entre las modalidades de desarrollo de la centralización del capital que ya había llegado a ser de propiedad directamente social dentro de un país, se destaca la intervención del capital estatal de un estado miembro como comprador privado del antiguo capital estatal en otros. Por su parte, la misma integración del nuevo ámbito específico de acumulación diluye en él las contradicciones inherentes a la diferenciación en las condiciones de reproducción de la clase obrera de cada uno de sus países miembro.

De manera complementaria con su reproducción y regeneración como capitales simplemente privados al interior de sus respectivos ámbitos nacionales (constituidos y en constitución por la integración de antiguas naciones), el grado de centralización alcanzado por los capitales norteamericanos y europeos en relación con la división internacional del trabajo – tanto la clásica como la basada en la diferenciación de la subjetividad productiva de la fuerza de trabajo – hace que la gestión internacional privada de los mismos tome abiertamente forma concreta en la gestión internacional directa política y militar de sus respectivos estados nacionales.

Vaciada de la necesidad inmediata de personificar políticamente la centralización del capital dentro de su ámbito nacional, la acción de la clase obrera europea comienza a retroceder hacia las formas antes específicas sólo de la norteamericana. Así, la acción política de la porción de la clase obrera mundial que tiene en sus manos el eje del desarrollo de las fuerzas productivas tiende a quedar reducida a la acción gremial por la venta de la fuerza de trabajo a su valor. Y, a su vez, esta misma acción gremial retrocede ante el avance de la diferenciación de la subjetividad productiva dentro del mismo país. Por su parte, la gestión directa por el estado nacional del negocio internacional de los capitales privados que tienen su base en el país, se expresa en la identificación de la clase obrera nacional con los partidos políticos que representan internamente a estos capitales privados. De modo que las clases obreras en cuestión tienden a quedar representadas políticamente, sea por su propia acción o por su omisión de acción, por los partidos políticos burgueses nacionales y el dominio que éstos ejercen sobre la política internacional practicada por el estado nacional.

Por su parte, las clases obreras de los países en donde el capital radica especialmente a la subjetividad productiva más simple, apenas pueden luchar por reproducirse en estas condiciones ante la alternativa de caer en el pauperismo de la superpoblación obrera consolidada. Su propia reproducción inmediata como clases obreras en activo tiene por condición la reproducción de sus procesos nacionales de acumulación de capital sobre la base de la baratura

relativa de su fuerza de trabajo. Con lo cual difícilmente pueden tomar en sus manos la representación política general del capital que las explota en su ámbito nacional. Más lejos aún de esta posibilidad se encuentran las clases obreras de los países que se van convirtiendo en reservorios consolidados de población obrera sobrante para el capital. Aquí, el estado nacional representa políticamente al capital social en cuanto administra el pauperismo general en medio del «sálvese quien pueda».

En tanto la centralización del capital social trasciende por el momento su necesidad general de realizarse como acción política que concierne directamente al estado nacional, su representación política cobra una forma concreta característica: la proliferación de las llamadas «organizaciones no gubernamentales». Bajo esta forma concreta, el ejercicio de la representación política del capital social aparece invertido como la abstracta negación de tal representación. Pero no lo hace ya como ocurría cuando la representación política del capital social en su proceso de centralización aparecía como la superación del capitalismo mismo a través de la acción abstractamente libre de la clase obrera. Ahora, aparece como la negación misma de la clase obrera como el sujeto de la acción política.

Estas condiciones en que se desarrolla la esencia de la acumulación de capital actual cobran una forma ideológica específica en la pseudocrítica del modo de producción capitalista que se fascina con la apariencia de la contraposición de una «sociedad civil»⁵ al estado. Así, los papeles históricos antagónicos de la clase obrera y la clase capitalista, determinados por la transformación en la materialidad misma del trabajo humano regida por la subsunción real de éste en el capital, quedan borrados de la lucha política. Su lugar lo ocupa la apariencia de que, por una parte, se mueve la afirmación autónoma del espíritu humano libre de su determinación histórica como personificación del capital social⁶ y, por la otra, se mueve el estado, no como representante político

5. Llamada así de manera explícita o implícada mediante la escisión abstracta de las determinaciones de ciudadanía respecto del estado.

6. Tomemos, por ejemplo, a Holloway:

«La definición de un sujeto crítico-revolucionario es una imposibilidad, puesto que “crítico-revolucionario” significa que el sujeto no está subordinado, está en rebeldía contra la subordinación. [...] La insubordinación es de manera inevitable un movimiento en contra de la definición, un desbordamiento. Una negación, un rechazo, un grito. [...] Aquí es donde debe comenzar la cuestión del sujeto crítico-revolucionario. El grito no es un grito en abstracto. Es un grito en contra: un grito en contra de la opresión, en contra de la explotación, en contra de la deshumanización. Es un grito-en-contra que existe en todos nosotros en la medida en que todos estamos oprimidos por el capitalismo, [...] La insubordinación es una parte central de la experiencia cotidiana, desde la desobediencia de los niños, hasta la maldición del reloj despertador que nos dice que nos levantemos y vayamos a trabajar, hasta todas las formas de ausentismo, de sabotaje y de la simulación en el trabajo, hasta la rebelión abierta, como en el grito abierto y organizado del

necesario del capital social sino como un sujeto autónomo que sirve al capital desde su exterior.⁷

“¡Ya basta!”. [...] La no-subordinación es la lucha simple y no espectacular por configurar la propia vida. Es la oposición de las personas a renunciar a los placeres simples de la vida, su resistencia a volverse máquinas, la determinación de fraguar y mantener algún grado de poder hacer. [...] ¿Qué es aquello que está en el núcleo de la teoría rebelde? ¿Cuál es la sustancia de la esperanza? “La clase trabajadora” – dicen algunos – [...] “Lámala clase trabajadora” – respondemos nosotros – pero no podemos verla, estudiarla u organizarla, pues la clase trabajadora como clase revolucionaria no es: es la no-identidad. Parece una respuesta vacía. [...] No hay ninguna fuerza positiva a la que aferrarse, ninguna seguridad, ninguna garantía. Todas las fuerzas positivas son quimeras que se desintegran cuando las tocamos» (John Holloway. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Revista Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2002, págs. 218-221).

Uno podría llegar a pensar que, de todos modos, Holloway tiene absoluta razón en un punto: «parece una respuesta vacía». Sin embargo, aun en esto se equivoca doblemente. En primer lugar, no parece sino que es, efectivamente, una respuesta vacía, en tanto la cuestión es la producción de la acción consciente de la clase obrera que realiza la necesidad histórica del capital de superarse a sí mismo en su propio desarrollo. En segundo lugar, la respuesta de Holloway rebalsa de la inversión ideológica a la que nos estamos refiriendo. En otra vertiente de ella, Hardt y Negri no se quedan a la saga:

«Una noción efectiva del republicanismo posmoderno deberá construirse *en el medio*, sobre la base de la experiencia vivida por las multitudes del mundo. Un elemento que podemos señalar en el nivel básico y elemental es *la voluntad de estar en contra*. En general, la voluntad de estar en contra no parece requerir mucha explicación. La desobediencia a la autoridad es uno de los actos más naturales y saludables. Nos parece completamente obvio que quienes están siendo explotados se resistan y – si se dan las condiciones necesarias – se rebelen.

»... Precisamente, cuando el régimen disciplinario alcanza su nivel más elevado y su aplicación más completa, se revela como el límite extremo de un acuerdo social, una sociedad en el proceso de su propia superación. Ciertamente, ello se debe en gran medida al motor que está detrás del proceso, la dinámica subjetiva de la resistencia y la sublevación, ...» (Michael Hardt y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002, pág. 199 y 227-228).

7. La necesidad ideológica de realizar esta separación lleva a Holloway a afirmar que el estado es una relación social capitalista y, al mismo tiempo, a vincularlo exteriormente con las relaciones sociales capitalistas, como un sujeto «condicionado y limitado» por ellas, a las que «fomenta» a fin de asegurarse su propia existencia:

«El hecho de que el trabajo esté organizado sobre una base capitalista, significa que lo que el Estado hace y puede hacer está limitado y condicionado por la necesidad de mantener el sistema de organización capitalista del que es parte.

»... En tanto una forma de las relaciones sociales capitalistas, su existencia depende de la reproducción de esas relaciones sociales: por lo tanto no sólo es un

Esta inversión tiene una expresión política acabada: el proclamar como quintaesencia de la acción revolucionaria superadora del modo de producción capitalista a la abominación y el horror por la acción política de la clase obrera orientada a tomar el poder del estado. De este modo, las formas de acción política en que se refleja la impotencia circunstancial de la clase obrera para ejercer la representación política general del capital social que valoriza con su plustrabajo, y por lo tanto, su impotencia circunstancial para avanzar tomando directamente en sus manos su propia relación social general enajenada, quedan ideológicamente invertidas como si fueran un salto adelante en el proceso de superación de la enajenación.⁸

Estado en una sociedad capitalista sino un Estado capitalista, ya que su propia existencia continua está sujeta al fomento de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas en su conjunto» (Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, pág. 0 y 143-144).

Hardt y Negri no se quedan atrás:

«Hay muchas maneras de estar fuera del Estado y de oponerse a él y el proyecto neoliberal es sólo una de esas maneras» (Hardt y Negri, *Imperio*, pág. 288).

8. Para cultivar la apariencia de que toda protesta social es potencialmente capaz de superar al capitalismo con sólo darle la espalda, Holloway tiene que empezar por vaciar a esta superación de toda especificidad. No puede dejar que asome siquiera la especificidad implicada por la transformación de la materialidad del trabajo en un proceso donde la fuerza de trabajo individual se aplique como una potencia inmediatamente social al control consciente de las fuerzas naturales a fin de hacerlas operar automáticamente sobre los objetos para transformarlos y, por lo tanto, donde la conciencia respecto de la propia determinación individual como portador de las potencias del trabajo social se haya transformado en la relación social general. Por eso sólo puede referirse a la abolición del capitalismo en términos de una vulgaridad digna de manual de auto ayuda:

«El grito implica una tensión entre lo que existe y lo que podría posiblemente existir, entre el indicativo (lo que es) y el subjuntivo (lo que puede ser). Vivimos en una sociedad injusta pero deseamos que no lo sea: ambas partes de la oración son inseparables y existen en constante tensión una con otra.

»... El desafío consiste, más bien, en unir pesimismo y optimismo, horror y esperanza en comprensión teórica de la bidimensionalidad del mundo.

»... El comunismo es el movimiento de la intensidad contra el embotamiento de los sentimientos que hace que los horrores del capitalismo sean posibles.

»... Ciertamente, el pedo del campesino etíope no hace caer de su caballo al señor que pasa pero, sin embargo, es parte del substrato de la negatividad que, aunque generalmente invisible, puede explotar en momentos de aguda tensión social. Este substrato de negatividad es la materia de los volcanes sociales. Este estrato de no-subordinación inarticulada, sin rostro, sin voz [...] es la materialidad del anti-poder, la base de la esperanza» (Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, pág. 21, 23, 157 y 231).

Muy apropiadamente, esta impotencia política completa su papel ideológico rebajando la potencia específica de la conciencia científica como forma concreta necesaria de la acción política del proletariado al nivel del «deseo» y el «festejo», tan al gusto posmoderno.⁹

Por este camino llega al punto culminante en su glorificación de la impotencia política:

«Entonces, ¿cómo cambiamos el mundo sin tomar el poder? Al final del libro, como al comienzo, no lo sabemos. [...] El cambio revolucionario es más desesperadamente urgente que nunca, pero ya no sabemos qué significa “revolución”. Cuando nos preguntan, tendemos a toser y a farfullar y tratamos de cambiar de tema. [...] nuestro no-saber es también el no-saber de aquellos que comprenden que no-saber es parte del proceso revolucionario. Hemos perdido toda certeza, pero la apertura de la incertidumbre es central para la revolución» (ibíd., págs. 308-309).

Ciertamente, hay un pedo que juega un papel central en todo esto: el que se agarró Holloway, tal vez por transformar sus deseos de tequila, de un subjuntivo, en un presente del indicativo. Vayamos a Hardt y Negri:

«Aquí volvemos a encontrarnos con el principio republicano en su manifestación primaria: la desertión, el éxodo, el nomadismo. [...] Las batallas contra el Imperio podrían ganarse a través de la renuncia y la defección. Esta desertión no tiene un lugar; es la evacuación de los lugares del poder.

»... Lo que en verdad representan [(las ONG cuya) acción política se basa en un llamamiento moral universal: lo que está en juego es la vida misma] es la fuerza vital que sustenta al pueblo, y así transforman la política en una cuestión de vida genérica, de vida en toda su generalidad. [...] Aquí, en este nivel más amplio, más universal, las actividades de estas ONG coinciden con las labores del Imperio “más allá de la política”, en el terreno del biopoder, satisfaciendo las necesidades de la vida misma» (Hardt y Negri, *Imperio*, pág. 201 y 289).

9. Según Holloway:

«La crisis del sujeto revolucionario es su liberación respecto del saber.

»... Piensa en una anti-política de eventos en lugar de una política de organización. [...] En el mejor de los casos, tales eventos son destellos contra el fetichismo, festivales de los no subordinados, carnavales de los oprimidos, explosiones del principio del placer, intimaciones del *nunc stans*» (Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, pág. 304 y 307-308).

Según Hardt y Negri:

«La trama ontológica del Imperio está construida por esa actividad de las multitudes que está más allá de toda medida y sus poderes virtuales. Estos poderes constituyentes, virtuales, están en permanente conflicto con el poder constituido del Imperio. Son completamente positivos puesto que su posición de “estar en contra” es una actitud de “estar a favor”; en otras palabras, es una resistencia que se traduce en amor y comunidad. Estamos situados precisamente en esa bisagra de la finitud infinita que vincula lo virtual a lo posible, transitando el camino que conduce del deseo al futuro por venir.

En vez de resignarse a ir a la cola de las necesidades inmediatas del capital, la acción política que exprese los intereses generales de la clase obrera debe forzar al capital a realizar su necesidad histórica esencial, poniéndose a la vanguardia de la centralización del mismo en ámbitos de acumulación cada vez mayores. Esto es, forzando la formación de ámbitos cada vez más abarcativos dentro de los cuales el capital se encuentre absolutamente centralizado como propiedad directamente social, o sea, del estado. El capital se verá consecuentemente forzado a borrar la diferenciación en las condiciones de producción de la fuerza de trabajo según la subjetividad productiva que demanda de ella, actualmente establecida en base a la fragmentación internacional del proceso de acumulación. Más aún, por encima de esta centralización todavía parcial, se impone la acción política de la clase obrera tendiente a la centralización absoluta del capital mundial en un estado mundial, imponiendo así la universalidad absoluta en la producción de la fuerza de trabajo. Como reproducción del propio modo de producción capitalista en el curso de realizar su razón histórica de existir, esta centralización no va a evitar las atrocidades y barbarie del capital. Al contrario, lo va a mostrar en toda su brutalidad. Sólo que es la forma concreta necesaria que toma su superación.

»... En la posmodernidad volvemos a encontrarnos nuevamente en la situación de San Francisco de Asís y proponemos contra la miseria del poder, el gozo del ser. Esta es una revolución que ningún poder podrá controlar, porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución, continúan unidos, en el amor, la simplicidad, y también la inocencia. Esta es la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista» (Hardt y Negri, *Imperio*, págs. 329-330 y 374).

No es en vano que tanto Holloway como Hardt y Negri prefieran no mirar a su alrededor inmediato, evitando así ver al sujeto revolucionario bajo las formas abominables que toma en el obrero de subjetividad productiva más desarrollada de la gran industria –el cual, para empezar, ni siquiera puede hoy reconocerse a sí mismo como miembro de la clase obrera–. En cambio, cumplen su papel ideológico en la alimentación de esta misma apariencia vendiéndonos a las figuras románticas del campesino zapatista y de San Francisco de Asís como prototipo del sujeto revolucionario. En realidad, se trata de un campesino cuya reproducción como superpoblación latente para el capital se rige bajo la apariencia política de su retorno a la vigencia de las relaciones personales directas y de una encarnación mítica de la reacción de la sociedad feudal ante el desarrollo de las relaciones dinerarias. Por muy románticamente revolucionarios que ambos puedan parecer, o precisamente por serlo, se trata de dos sujetos que compiten entre sí por ver cuál de ellos reacciona más vigorosamente ante el avance de la historia que los arrolla de manera brutal. Y, muy convenientemente respecto de la verdadera cuestión, se trata de dos sujetos inermes para desarrollar la conciencia científica de la organización general de la producción social. Por lo demás, sólo la infamia del sicofante puede pretender reducir el duro camino de lucha y sufrimiento que la superación del capital impone a la clase obrera a una edulcorada cuestión de «carnavales de los oprimidos, explosiones del principio del placer», de «continuar unidos, en el amor, la simplicidad, y también la inocencia».

A propósito de la URSS

4.1 La realización de las potencias históricas del modo de producción capitalista

El modo de producción capitalista es la forma de regirse el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad al alcanzar en su curso histórico una necesidad específica: la de centrarse en la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza. De modo que sólo puede cumplir con esta razón histórica de existir suya a expensas de empezar por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal. Le da así a cada fragmento especial de éste la forma concreta de trabajo privado. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. En éste, el producto material del trabajo es, al mismo tiempo, el portador de la relación social general; el producto se encuentra determinado como mercancía. La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Y la producción de valor tiene su forma acabada en la valorización del valor mismo, o sea, en la producción de plusvalía. El producto material del trabajo social portador de la relación social general, se convierte así en el sujeto mismo de la producción y el consumo sociales, en capital. El capital no sólo se produce y reproduce a sí mismo, sino que produce y reproduce a los seres humanos como su forma personificada de existencia. La libre conciencia y voluntad del obrero y el capitalista no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital. De modo que la clase obrera no tiene de dónde sacar más potencia revolucionaria para superar al capitalismo que la que puede darle la realización de la razón histórica de existir de éste. Por lo tanto, aun esa potencia revolucionaria es, en sí, una potencia humana enajenada como potencia del capital mismo. Y, por cierto, éste se encarga de dársela a la clase obrera.

La extracción de plusvalía relativa, es decir, el abaratamiento de la fuerza de trabajo a través de la constante revolución técnica que multiplica la

productividad del trabajo aplicado a la producción de sus medios de vida, es la forma más potente de valorizarse el capital. Pero es también la forma en que el capitalismo realiza su papel histórico. La producción renovada de plusvalía relativa sigue necesariamente su curso en la unidad de dos procesos: la concentración creciente de cada fragmento privado del capital social, y la subordinación de la organización de la producción y el consumo sociales a la ciencia.

De inmediato, la concentración creciente del capital en base a la producción de plusvalía relativa se presenta a la clase obrera como un proceso en el que una parte creciente de la misma va siendo consolidada como sobrante para las necesidades del capital. De manera sanguinaria, el capital despoja así a esta porción de la clase obrera hasta de su ser genérico humano. Esto es, la despoja de su capacidad genérica para transformar la naturaleza en un medio para sí mediante el trabajo, condenándola a muerte. Pero la concentración significa también la expansión de la escala de la organización consciente del trabajo social al interior de cada fragmento privado del capital social, o sea, de cada capital individual. Esta organización escapa entonces a la capacidad subjetiva del capitalista para personificarla. Al mismo tiempo, la concentración del capital significa que su acumulación necesita crecientemente realizarse a través de la organización directa del trabajo social más allá del alcance de cada uno de los fragmentos privados del capital social. Y esta organización tiene a la acción política en la lucha de clases, como forma concreta de realizarse.

A su vez, la necesidad de subordinar la producción y el consumo sociales a su organización científica supera la capacidad subjetiva de la clase capitalista para personificar esta organización. Más aún, con el desarrollo del sistema de la maquinaria, cambia la esencia del trabajo humano. Este pasa a consistir en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control de las fuerzas naturales, haciendo actuar automáticamente a éstas del modo adecuado a la transformación del objeto. La producción de plusvalía relativa no sólo determina al obrero como un sujeto directamente colectivo, sino que pone en manos de éste el control consciente de su propio proceso de trabajo. Sin embargo, al mismo tiempo, sólo puede hacer esto a través de profundizar la mutilación de la subjetividad del obrero, sea enajenándolo de su propio producto (cuando permanece en activo) o de la posibilidad misma de producir su vida (cuando es lanzado a la población sobrante).

Puesta a ejercer una potencia que sólo le pertenece en cuanto ella se le enfrenta como una potencia ajena, propia del capital, la clase obrera no se limita ya a tener a su cargo el proceso directo de producción. Tiene además a su cargo la organización de ese proceso, tanto al interior de la fábrica, como en cuanto concierne directamente al carácter social general de su trabajo. La clase obrera deviene así la personificación general necesaria de su propia relación social general enajenada, del capital. El desarrollo de la acumulación del capital despoja con ello a la clase capitalista de su propia razón histórica de existir,

sobre una doble base. Por una parte, la concentración del capital choca contra la propiedad privada de éste. Y no meramente con formas particularmente restringidas de esta propiedad, sino con ella en sí misma: la fragmentación privada del capital social se convierte en una traba para la acumulación de éste. Por la otra, la superación de la subjetividad del capitalista como representante general de su propio capital convierte a la burguesía en un puro parásito social, cuyo consumo resta de la potencialidad de acumulación del mismo. La acumulación del capital necesita entonces tomar forma concreta en una revolución social en la que la clase obrera aniquile a la burguesía, centralizando el capital como propiedad directamente social.

Sin embargo, al tratarse precisamente de una potencia del capital personificada por la clase obrera, ésta no puede más que seguir enfrentándose a su propio producto como a una potencia ajena. Se enfrenta así a su propia relación social general materializada constituida en el sujeto de la vida social, al capital, como una propiedad perteneciente de manera directa al representante político general de ese sujeto, el estado. Como señaláramos en el primer capítulo, *un proceso de acumulación de capital donde la ejecución y el control íntegros del proceso de trabajo se encuentra en manos de los obreros asalariados, y el capital es una propiedad colectiva de estos mismos obreros bajo la modalidad necesaria de capital estatal, es la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital*. En ella, todas las formas de la conciencia enajenada alcanzan su pleno desarrollo. Y todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista alcanzan su pleno desarrollo. En particular, así ocurre con la contradicción más esencial del modo de producción capitalista: el capital es simplemente una forma histórica tomada por el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, una forma en que los sujetos humanos realizan su ser genérico, que, al mismo tiempo, deviene el sujeto concreto mismo de la vida social. Y deviene este sujeto hasta el punto de convertir todo aspecto de ésta en una personificación de sus necesidades, incluyendo el despojo a una parte creciente de la clase obrera hasta de su humanidad misma.

Sin embargo, al ser la forma más desarrollada de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital, es también la forma en que el capitalismo adquiere su plenitud como modo de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Y, de ahí, es la forma con que el modo de producción capitalista culmina su razón histórica de existir. De ella en más, sólo le queda un camino abierto al desarrollo de las fuerzas productivas sociales para continuar revolucionando su propia base. Sólo puede hacerlo aniquilando la base misma del modo de producción capitalista. Se trata de superar la organización capitalista del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual como potencias productivas del trabajo social conscientemente regido. O sea, de superar la organización de ese desarrollo realizada mediante la determinación del producto material del mismo trabajo social como portador

autonomizado de la relación social general. Y, por lo tanto, de superar un modo de organizar la producción social que se encuentra determinado a su propio interior como negación de las potencias del trabajo social conscientemente regido.

Es así que el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad necesita tomar la forma concreta de una nueva revolución social. Esta vez, una en la que el proletariado se libere de la dictadura que el capital le hace imponerse sobre sí mismo. La clase obrera necesita, pues, superarse a sí misma, transformando a sus miembros en individuos libremente asociados. Recién entonces la historia llega por primera vez al punto en el que la realización del ser genérico humano, o sea, la acción consciente y voluntaria sobre la naturaleza a fin de transformarla en un medio para la vida humana, ha dejado de ser, al mismo tiempo, una forma concreta de negación de esa capacidad humana. Se trata de la organización consciente general del proceso de producción de la vida social. En esta relación social general, cada individuo se reconoce a sí mismo de manera inmediata, como un atributo inherente a su propia subjetividad, en su condición de encarnación individual de las potencias sociales de su trabajo.

4.2 La forma nacional de la acumulación de capital

En su potencia revolucionaria para hacerse volar a sí mismo por los aires al engendrar la necesidad material de la sociedad de los individuos libremente asociados, el capital avanza disolviendo todo ámbito que excluya de sí la universalidad del trabajo social. Por lo tanto, la acumulación de capital es un proceso mundial por su esencia. Pero, ella sólo puede desarrollar las potencias del trabajo social ejecutándolo bajo la forma concreta de su contrario, o sea, como trabajo privado. De modo que su esencia mundial se realiza necesariamente fragmentándose bajo la forma de diferentes procesos nacionales de acumulación de capital enfrentados entre sí. Esta fragmentación del capital fragmenta a la clase obrera. Lo hace ligando de manera específica la suerte de cada porción nacional de ésta, a la del capital que la explota en ese mismo ámbito nacional. Con esta mediación, la centralización del capital como propiedad del estado nacional a través de la acción revolucionaria de la clase obrera del país, no es simplemente la realización de las potencias de esta clase para tomar en sus manos la organización plena de su propio trabajo social como una potencia enajenada en el capital. El histórico salto adelante que pega la capacidad de la clase obrera nacional en este sentido, se encuentra determinado como forma concreta de la potenciación del proceso nacional de acumulación de capital en cuestión, frente a los demás.

Por muy de propiedad colectiva que el capital llegue a ser al interior de su ámbito nacional de acumulación, es tan privado como el que más hacia el exterior de éste. Se trata, pues, de un fragmento privado del capital social que extrae plusvalía relativa con la potencia que le da el haberse centralizado en

una escala que abarca la producción social íntegra de su país. Y, más aún, con la que le da el contar con la voluntad de los mismos obreros que alimentan su hambre insaciable de plusvalía, por pertenecer a ellos su propiedad, liberado del lastre de la propiedad burguesa. Claro está que, necesitado de enfrentar a sus propietarios como una potencia que les es ajena a ellos mismos y los domina, este capital no puede determinarse a sí mismo como una propiedad directamente social. Es por eso que sólo puede determinarse como una propiedad del representante general de la sociedad nacional que, al mismo tiempo, se presenta como potencia exterior a ella: el estado nacional. El salto adelante dado por la conciencia revolucionaria de la clase obrera se invierte en la apologética de «la gran patria soviética», de «nuestra madrecita Rusia». Porque, como ya vimos, considerada en sí misma, la forma nacional que toma históricamente la esencia mundial de la acumulación de capital no es una expresión de las potencias revolucionarias de éste para aniquilarse a sí mismo en el desarrollo de la organización general consciente de la vida social. Por el contrario, es una limitación histórica específica a esas potencias.

De ahí el carácter revolucionario de la URSS, con un proletariado nacional tomando en sus manos por primera vez en la historia la organización consciente de su trabajo social, aunque reproduciendo esta organización como un atributo enajenado en el capital. Pero también de ahí la limitación de ese carácter.

Así determinado, la suerte que puede correr este capital de propiedad colectiva al interior de su ámbito nacional al competir con el resto de los capitales del mundo por apropiarse plusvalía, no expresa de manera inmediata la potencia que tiene la concentración absoluta del capital social como propiedad colectiva frente a cualquier tipo o grado de concentración de capital de propiedad privada. Expresa simplemente la eficacia alcanzada por una forma específica de capital privado frente a la de otras formas no menos restringidas de capital privado, que junto con ella forman el capital total de la sociedad en una cierta etapa del desarrollo capitalista de las fuerzas productivas materiales de ésta.

Al mismo tiempo, la centralización revolucionaria del capital en la URSS no resulta de la plenitud alcanzada por ese capital en su proceso de acumulación. Ni, por lo tanto, del pleno desarrollo de la clase obrera nacional como obrero colectivo capaz de controlar conscientemente la integridad de su propio trabajo social. Por el contrario, esa centralización es la que, por así decir, da curso al desarrollo general del proceso nacional de acumulación de capital. Mediante ella, una masa de capital relativamente restringida y alejada de la vanguardia técnica, adquiere la potencia para desarrollar la fuerza acumulativa que le da el disponer dentro de su alcance nacional de una enorme población obrera latente, acostumbrada a vivir muy austeramente y sometida al control de una autoridad directa fuertemente centralizada, junto con enormes riquezas y fuerzas naturales igualmente latentes.

4.3 La inversión ideológica de la centralización nacional absoluta del capital como socialismo realizado

La condición de modo nacional más desarrollado de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital alcanzada por la URSS, hace que este modo mismo tome forma concreta representándose de manera invertida en la conciencia de la clase obrera a la que extrae plusvalía. Se representa así como la negación realizada de la producción capitalista, en la organización directamente consciente de la vida social: el socialismo o comunismo realizados. Y como inversión ideológica cuyo objeto es representar a la enajenación capitalista como realización de la plena conciencia humana, ella necesita ser producida bajo la forma de su opuesto, o sea, del conocimiento científico. Por su misma naturaleza ideológica, la producción de este conocimiento aparente no puede partir de analizar la forma más simple que toma la relación social general dentro del ámbito nacional, o sea, del análisis de la mercancía. Arrancar del análisis de la forma de valor que toma el producto del trabajo en dicho ámbito, lo llevaría inevitablemente a enfrentarse al capital como el sujeto concreto de la producción social en él. De modo que parte de enunciar el contenido de la relación social general que impera en el ámbito nacional por la apariencia inmediata de las relaciones de propiedad en él: la abolición de la burguesía, necesidad impuesta por el capital, se presenta así invertida como la liquidación lisa y llana del modo de producción capitalista.

La apariencia producida sobre esta base marcha sin tropiezos mientras se mantiene la vista al interior del capital absolutamente centralizado que, como tal, abarca (más concretamente tiende a abarcar) toda la producción social. Allí, como ocurre al interior de cualquier capital individual, sólo que aquí a escala nacional, todo el trabajo social se encuentra regido con arreglo a un plan. Como al interior de cualquier capital individual, el producto del trabajo pasa de una mano a otra sin necesidad de tomar la forma de mercancía en momento alguno. Pero la apariencia estalla en cuanto se sale del interior del capital único, para enfrentar el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo. Aquí salta a la vista que, en última instancia y más allá de la apariencia de la planificación absoluta, lo que se impone es la organización autónoma de la producción social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo y de la correspondiente compraventa de los medios de vida necesarios para reproducir esta fuerza de trabajo a ser consumida una y otra vez por el capital. Después de todo, el capital absolutamente concentrado sigue necesitando alimentarse de los atributos del obrero doblemente libre. Sólo puede ocultarse esta evidencia mutilando ideológicamente la conciencia respecto de la especificidad histórica de la forma de valor que tiene el producto del trabajo. Sólo así puede enunciarse apológicamente que la mercancía y, más aún, el dinero, expresión sintética de que no es la conciencia humana la que regula la producción social sino que ella se enfrenta a su propio producto material como a una potencia ajena

que la domina, siguen existiendo en la economía socialista, sólo que como expresión del pleno ejercicio de la conciencia humana.

La inversión ideológica agota su desarrollo con la proclama de la realización ya alcanzada del socialismo, como fundamento constitucional de la nación soviética. La carta constitucional de una nación es la forma más general de la ficción jurídica propia de la producción capitalista. A través de esta ficción jurídica, el carácter privado del trabajo social hace aparecer a los individuos como mutuamente independientes entre sí por naturaleza y necesitados de establecer su relación social a través de la expresión de la voluntad contractual propia de los poseedores de mercancías. De modo que, lo que por su forma no tiene cómo ser otra cosa que el producto de una sociedad donde los individuos se enfrentan a sus propias potencias sociales como un poder exterior a ellos mismos que los domina, resulta presentado bajo la apariencia de ser el producto de su contrario, de la organización consciente general de la vida social.

Es así que la ciencia social soviética contrasta específicamente con la del capital en general. Lo hace porque, sobre la base de borrar también la especificidad histórica del capital como sujeto enajenado de la vida social, no tiene por objeto representar al capitalismo como la forma natural y eterna de la organización social. Su función es representarlo como históricamente superado, cuando no lo está. Y es esta especificidad de su función la que le da una forma también específica.

Marx ha desarrollado la evidencia científica de la necesidad inmanente al capitalismo de aniquilarse en el socialismo o comunismo. Mediante el desarrollo de la dialéctica, Marx ha revolucionado el alcance del conocimiento científico. Ha transformado su método, dejando atrás la *representación* de las formas reales construida siguiendo una necesidad ideal ajena a ellas, la lógica, para desarrollarlo como la *reproducción* de la necesidad inmanente a las formas reales mediante el pensamiento. Al transformar así su método, ha transformado a la ciencia, llevándola de ser el modo necesario de regirse la producción de plusvalía relativa (como lo sigue siendo bajo su primera forma), a ser la forma concreta necesaria de la conciencia de la clase obrera en el proceso de superarse ésta a sí misma como potencia enajenada en el capital. Por lo tanto, ha desarrollado a la ciencia como forma concreta necesaria de organizarse la acción política de la clase obrera. Al hacerlo, ha puesto en evidencia cómo, por su forma, la dialéctica avanza por encima de toda apariencia. Con lo cual ha puesto fin a la apariencia, propia del método científico en tanto conciencia de la mera reproducción de la plusvalía relativa, de que la ciencia cae necesariamente en la *interpretación* de la realidad y de que, en consecuencia, necesita tener su fundamento en la negación de sí misma como conocimiento objetivo, o sea, en la filosofía.

Así como la ciencia social del capital nacional de la URSS declara a la acumulación de éste como la superación del capitalismo realizada, todo se le hace *interpretar* a Marx del modo que resulte más oportuno. El desarrollo

revolucionario de la reproducción de la realidad mediante el pensamiento se degrada a su inverso, o sea, a una concepción, a una interpretación del mundo, que se representa como *marxismo*. Los apologistas del resto del capital social, que no necesita ocultarse bajo la apariencia de ser su superación realizada sino que se vanagloria abiertamente de su propia podredumbre como tal, no pueden pedir más. Lo que según sus propios defensores es el «socialismo realizado», presenta las mismas formas sanguinarias y repulsivas que el más crudo capitalismo. Y hasta peores, como que se trata de una forma de éste potenciada por la centralización absoluta del capital a escala nacional. De modo que los apologistas desembozados pueden darse el lujo de proclamar que, aun si el capitalismo no fuera eterno, merecería serlo. Y, con la certeza que les da el haberlo verificado ahora empíricamente, proclaman que el capitalismo no es una forma meramente histórica, sino la realización misma de la naturaleza humana. ¿Cómo explicar de otro modo esta subsistencia de sus formas cuando ha sido reemplazado por una organización social cuyos partidarios enuncian como su superación? Marxismo y antimarxismo se amalgaman, así, como las dos caras de una misma moneda.

4.4 El retroceso del capital desde la producción del obrero universal a la producción del obrero diferenciado

Como proceso de acumulación de capital, la economía soviética se encuentra sujeta a la ley general de esta acumulación: la producción creciente de una población obrera sobrante, con su consiguiente pauperización progresiva. Y, como forma nacional de la acumulación de capital, no puede evitar que esta ley se manifieste en algún grado a su propio interior. Sin embargo, una de las bases sobre las que se levanta la ilusión ideológica de haberse superado al capitalismo, reside en la aparente extinción de esa ley general al interior de la URSS. En particular, durante la crisis de superproducción general del 30. En primer lugar, la centralización del capital como propiedad del estado nacional impulsa su capacidad para acumularse por encima de la de los capitales privadamente restringidos al interior de los demás ámbitos nacionales. Para cuando en éstos el capital ha rebasado sus propios límites específicos, en la URSS ha ampliado su horizonte de un solo golpe. Pero, en segundo lugar, la necesidad general del capitalismo de producir una población obrera sobrante no se manifiesta contemporáneamente en la URSS porque el propio capital liquida a ésta de manera expeditiva. A la primera guerra mundial le sigue la civil, luego las purgas, después la segunda guerra (donde la clase obrera armada en representación de otra porción de capital social, de propiedad privada al interior de su propio ámbito nacional, le hace pagar con particular saña a la clase obrera soviética la fuerza que le opone a éste la concentración nacional absoluta del suyo). A esta guerra sigue un largo período en donde la acumulación de capital se expande sin que su necesidad de producir una población obrera sobrante se haga visible en los países en donde ella centra su

desarrollo activo. Incluso, esta expansión se muestra reforzada para el capital de la URSS, gracias a la escala que le da su concentración nacional.

Pero llega nuevamente el momento en que se manifiesta de manera creciente el límite que el modo capitalista de organizar la producción social impone a la expansión de ésta. Con lo cual, la gestación de la población obrera sobrante vuelve a tornarse visible sin necesidad de ir a buscarla en los ámbitos nacionales que la acumulación de capital va dejando sin más atributo que el ser reservorios de ella. Lo hace hasta en aquellos en que esta acumulación muestra su mejor cara activa. Pero no se trata de un mero incremento numérico. Como ya vimos, a lo largo del siglo xx la acumulación de capital se venía sosteniendo en la producción de una clase obrera capaz de ejecutar masivamente un trabajo cada vez más complejo e intenso al interior de su ámbito nacional. De ahí que el capital social de cada país tendiera a tomar directamente en sus manos la producción del carácter general de la fuerza de trabajo nacional: se trata de un período caracterizado por el desarrollo de la instrucción pública, la salud pública, el entretenimiento público, la construcción pública de vivienda, etc. No en vano, la centralización del capital dentro del país como capital del estado nacional y su forma política de aparente superación realizada del capitalismo, la URSS, es una forma inherente a este período del modo de producción capitalista.

Sin embargo, ahora, sobre la base técnica y la población obrera sobrante logradas mediante ese desarrollo relativamente universal de la fuerza de trabajo, la acumulación de capital pasa a tener por eje una diferenciación al interior de la misma. Por una parte, necesita acentuar el desarrollo de la porción del obrero colectivo cuyo proceso de trabajo consiste en controlar las fuerzas de la naturaleza, aplicándolas a la transformación productiva de su objeto. Por la otra, este mismo avance en el control de las fuerzas naturales, multiplica las porciones del proceso colectivo de trabajo que aún siguen consistiendo en la aplicación directa de la fuerza de trabajo a la transformación de su objeto. Es así que, de momento, el capital necesita contrarrestar su tendencia general hacia la universalidad del obrero productivo y del de la circulación. Necesita profundizar la distinción al interior del obrero colectivo, entre la porción de éste que da un nuevo salto adelante en el desarrollo de su capacidad para controlar el proceso colectivo de trabajo, y la porción que sólo le sirve en cuanto le extrae hasta la última gota de plustrabajo simple lo más rápidamente posible.

En la fase anterior al capital le resultaba más barato gastar en la producción masiva de la fuerza de trabajo relativamente indiferenciada. Ahora le resulte más barato incluir individualmente en el valor del primer tipo de fuerza de trabajo los gastos correspondientes a su producción calificada, y abstenerse de gastar en el segundo lo que no sea necesario para reproducirla en la medida estricta de su rápido desgaste y reemplazo por otra nueva proveniente del siempre ampliado ejército industrial de reserva. A su vez, el mismo desarrollo

técnico que acentúa la diferenciación al interior del obrero colectivo, crea los medios de producción que permiten a éste coordinar directamente su trabajo, aunque sus órganos parciales se encuentren diseminados espacialmente más allá de cualquier frontera nacional.

De simple condición general para potenciar la acumulación de capital de un ámbito nacional, la magnitud de la población obrera ciudadana pasa a encerrar una traba específica a la misma. Ahora, la clave se encuentra en que la población obrera ciudadana se restrinja a la masa de fuerza de trabajo necesaria para realizar el trabajo más complejo dentro del país. Y que ella se complemente con la fuerza de trabajo que realiza el trabajo simple fuera del país, o dentro de éste pero privada de la condición de ciudadanía.

La necesidad general del capital de expandir su escala de acumulación pasando por encima de las fronteras nacionales, se desarrolla así sobre la base específica de la fragmentación internacional de la producción social en base a la diferenciación de la subjetividad productiva del obrero de la gran industria.

Por muy grande que sea su ámbito nacional de acumulación, estas transformaciones no le vienen nada bien al capital absolutamente centralizado como propiedad de la clase obrera al interior de la URSS. Por la misma apariencia política e ideológica en que toma forma concreta la organización de su acumulación como negación misma del modo de producción capitalista, este capital no puede desprender una porción de sí para ir a valorizarse en otro ámbito nacional. De hacerlo, se daría de patadas con la apariencia, necesaria para la realización de su valorización general, de ser la superación de toda apropiación de plusvalía. Y otro tanto ocurriría con esa misma apariencia, en cuanto el flujo hacia el exterior de una porción suya acentuara inevitablemente el paso de una parte de la clase obrera nacional a la condición de sobrante. En esencia, este proceso nacional de acumulación de capital se encuentra restringido en su expansión más allá de sus fronteras al comercio internacional, ya sea sobre la base de un mercado libre o a través de la coacción directa. Al mismo tiempo, dada la misma apariencia en cuestión, este capital tampoco puede reproducirse en escala ampliada sobre la base de abismar la diferenciación al interior del obrero colectivo que es su propietario, haciendo retroceder violentamente a una parte de éste a la descalificación y el pauperismo, mientras incrementa la masa de valores de uso que recibe la otra.

La concentración de capital como propiedad colectiva al interior de la URSS ha mostrado ser una modalidad tal de potenciarse la acumulación de capital, como para haber llevado a este ámbito nacional a ser el segundo en magnitud en el mundo. Pero, ahora, le ha llegado el turno de mostrar con toda crudeza su propia limitación frente al carácter mundial de las potencias del modo de producción capitalista. Y eso que en estas potencias mundiales no domina de momento la simple superación de su forma nacional, sino un retroceso específico del capitalismo en su necesidad histórica de producir un obrero universal, basado en la profundización de las diferenciaciones nacionales.

Como forma propia de un sistema económico en que la norma sólo puede imponerse a través de violentas fluctuaciones, el capital soviético pone de manifiesto su imposibilidad para sostener su capacidad de acumulación. Cae entonces en un proceso de rápida descentralización. Su centralización no podía haber tenido otra forma que la de una revolución social en la que la clase obrera nacional triunfante aboliera a todas las clases propietarias de medios de producción en el país. Pero, ahora, se trata de la pérdida de las potencias resultantes de esa centralización, y el paso masivo de la población obrera nacional a la condición manifiesta de sobrante. La descentralización de este capital, privado respecto de la esencia mundial de la acumulación pero el más concentrado del mundo por lejos, sólo puede tener por forma política de realizarse, el desmembramiento del ámbito nacional y la rapiña delictiva por los capitales privados, que ahora lo son también al interior de su ámbito nacional, formados a sus expensas. Así y todo, aún está por verse bajo qué formas va a arrancar nuevamente en su concentración a partir de la nueva base que la ha dado su descentralización. Bien podría ser que lo hiciera volviendo a centralizarse violentamente como capital de propiedad directamente social dentro de un ámbito nacional nuevamente expandido, sólo que con la diferenciación al interior de la clase obrera ya consolidada como una circunstancia exteriormente dada.

Así como los voceros ideológicos del capital, tanto los abiertamente apoloéticos como los pseudocríticos, creían antes que se trataba de un salto fuera del modo de producción capitalista, creen ver ahora un retorno desde el «socialismo realizado» al capitalismo. Pero, bajo esta apariencia, todo lo que ha tenido lugar han sido dos cambios en la forma de la propiedad privada de una porción nacional del capital social total. Nunca se ha trascendido del alcance del mismo modo de producción capitalista. Sin embargo, el paso inicial era expresión de la potencia del capital en cuestión para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más específicamente, era expresión del avance en la transformación de los atributos del trabajo del obrero individual doblemente libre en potencias del trabajo social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza. Es decir, era expresión del avance del modo de producción capitalista en el cumplimiento de su razón histórica de existir. En cambio, considerado desde un punto de vista restringido a la misma porción del capital social, el segundo paso es expresión de su retroceso como portador de esas potencias históricamente revolucionarias.

4.5 La conciencia revolucionaria de la clase obrera

De nada sirve a la producción de la conciencia revolucionaria de la clase obrera aferrarse a las apariencias de la superación del modo de producción capitalista, y del posterior retorno a él, cuando el mismo no ha hecho más que desplegar en cada momento las formas concretas de su desarrollo. Lo mismo

ocurre con la reducción de la forma concreta en que se realiza la asignación de la capacidad total de trabajo de una porción de la sociedad bajo las distintas formas útiles del mismo, a la degeneración de un abstracto «estado obrero» o a la traición y burocratización de sus dirigentes. Bien miradas, de la primera a la última, estas concepciones se basan en la creencia invertida de que es la conciencia la que determina las condiciones materiales de la vida humana, y no éstas las que determinan a la conciencia como la forma concreta necesaria de su organización social a través de la acción voluntaria de los individuos. Porque todas estas concepciones parten de la apariencia, inseparable del modo de producción capitalista, de que a la conciencia enajenada de la clase obrera se le opone la posibilidad de una abstracta conciencia libre suya. Pero la clase obrera sólo desarrolla su conciencia revolucionaria como personificación de una potencia que se le enfrenta como ajena, pero que, como tal, lleva en sí la necesidad de convertir esa conciencia en la conciencia enajenada que niega su propia enajenación. No se trata, pues, de una conciencia revolucionaria que saca sus potencias de una abstracta condición de libre (como les parece a los que permanecen prisioneros de las apariencias de la circulación de las mercancías). Se trata, por el contrario, de una conciencia revolucionaria que saca sus potencias de ser la negación de la negación de la conciencia libre.

La tasa general de ganancia y su realización en la diferenciación de los capitales industriales

5.1 El capital industrial medio

En el modo de producción capitalista, la asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo las distintas formas concretas útiles de trabajo se realiza mediante la formación de la tasa general de ganancia. En esta formación, el capital total de la sociedad actúa como sujeto de su propia valorización determinando a los capitales individuales¹ como partes alícuotas suyas. Como tales, éstos realizan la unidad material del movimiento del capital social al actuar de manera privada e independiente como masas de valor que se valorizan en igual proporción respecto de su monto y tiempo de desembolso.

La participación activa de los capitales industriales individuales en la formación de la tasa general de ganancia tiene por condición el que estos capitales alcancen el grado de concentración requerido para operar en la escala suficiente como para poner en acción la capacidad productiva del trabajo que determina el valor de las mercancías.² El capital individual que reúne este atributo se constituye en el normal o medio para la esfera en que actúa. La producción de plusvalía relativa impone el constante aumento en la masa de valor que debe acumularse para que pueda funcionar como un capital individual autónomo normal.

Los capitales industriales que se quedan atrás en el proceso de concentración y centralización no pueden continuar operando autónomamente como

1. El término «capital individual» no hace referencia aquí al capital que es propiedad de un capitalista individual sino a cada uno de los capitales que recortan la realización del trabajo social de manera privada e independiente, sean propiedad de un capitalista individual o de una sociedad de capitalistas.

2. Esta determinación de los capitales industriales se extiende formalmente a los capitales comerciales. Estos no producen plusvalía sino que, por el contrario, son ellos mismos un gasto improductivo de plusvalía. Los capitales comerciales cuya escala permite hacer mínimo el gasto improductivo de plusvalía que es necesario efectuar para realizar a ésta, participan en el prorrateo de la plusvalía total producida por los obreros productivos de los capitales industriales. Para mayor claridad, en la exposición sólo se hace referencia a los capitales industriales. Pero, *mutatis mutandi*, el desarrollo alcanza de manera formal también a los capitales comerciales.

tales. Se encuentran forzados a convertirse en fragmentos que se agregan para integrar otros capitales industriales, transformados en capitales prestados a interés.

5.2 Centralización y valorización del capital industrial en relación con el capital prestado a interés

El acceso al capital prestado a interés es la forma más universal y potente de la centralización del capital industrial. Sin embargo, el mayor o menor acceso al capital prestado a interés que logran individualmente los capitales industriales medios no entra en la determinación de la tasa general de ganancia. En el prorrateo de la plusvalía total de la sociedad entre los capitales de las distintas ramas de la producción social sólo cuenta el monto que es necesario adelantar individualmente en cada una de ellas. El prorrateo se realiza con independencia de cómo se divida la propiedad sobre ese monto entre el capitalista industrial y los capitalistas de dinero que se lo prestan al primero para que lo ponga a funcionar como capital industrial.

Ahora bien, los capitales industriales apropian la tasa general de ganancia en proporción a su masa total. Pero deben ceder a los capitales recibidos a préstamo la parte correspondiente a éstos. Sin embargo, este paso en la apropiación de la plusvalía se realiza en base a la aplicación de la tasa de interés sobre el capital prestado. Y la tasa de interés es normalmente inferior a la tasa general de ganancia. De modo que el capital industrial apropia para su beneficio la porción de la ganancia media que corresponde a la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés sobre el capital recibido a préstamo, pese a que esta porción del capital adelantado no ha sido propiedad suya. Cuanto mayor sea el capital recibido a préstamo respecto del capital propio, mayor será el efecto de la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés respecto de este mismo capital. Por lo tanto, mayor será el efecto sobre la tasa de ganancia concreta del capital industrial en cuestión. Esta se va a encontrar determinada por la tasa general de ganancia sobre este mismo capital más el residuo producido por la diferencia entre la ganancia media sobre el capital tomado a préstamo y la tasa de interés pagada por él. Las diferencias en las proporciones en que los capitales industriales individuales acceden al capital prestado a interés afectan, pues, a la tasa de ganancia concreta a la que se valorizan los mismos. Cuanto mayor sea la proporción de capital recibido a préstamo en relación con el capital industrial propio, más por encima se va a ubicar la tasa de ganancia concreta de éste respecto de la tasa general de ganancia. En el extremo inferior, el capital industrial que no acceda a capital a préstamo alguno va a valorizarse simplemente a la tasa general de ganancia. Con lo cual, aun tratándose de capitales iguales desde el punto de vista de su participación en la formación de la tasa general de ganancia, el primero va a tener una potencialidad de acumulación concreta superior a la del segundo.

Se establece así una competencia específica entre los capitales industriales por el acceso al capital a préstamo. Esta competencia no es una modalidad concreta del proceso de formación de la tasa general de ganancia. Lo es de la determinación de la capacidad de valorización concreta que adquiere cada capital industrial individual en el proceso de reparto de la plusvalía entre el capitalista industrial y el capitalista de dinero prestado a interés. Así como el acceso al capital prestado a interés potencia la centralización del capital industrial, la diferencia entre la tasa de ganancia y la de interés potencia su concentración, o sea, su capacidad para transformar plusvalía en nuevo capital.

De más está aclarar que la diferencia entre la tasa general de ganancia y la tasa de interés no juega ningún papel específico en la valorización normal – a la tasa general de ganancia – del capital comercial de dinero que centraliza y administra el capital a préstamo, o sea, del capital bancario. La valorización del capital bancario a la tasa general de ganancia se encuentra portada en la diferencia entre la tasa de interés que cobra por el préstamo y la que les paga a los capitalistas de dinero individuales que le entregan su capital para que lo administre, esto es, en la diferencia entre la tasa activa y la tasa pasiva de interés. Pero la competencia entre los capitales medios por la valorización extraordinaria que brota del acceso al capital a interés en distintas proporciones pone en el eje de la cuestión a la centralización que integra a los capitales industriales con los capitales bancarios. Esta centralización otorga ventaja en la competencia entre los capitales industriales medios por acceder al capital prestado a interés y, de ahí, en la potenciación de unos capitales medios frente a otros en el proceso de valorización. Al mismo tiempo, otorga ventaja en el proceso de centralización constantemente creciente de capital industrial que, al ser condición para el aumento de la capacidad productiva del trabajo, determina la magnitud que define al capital medio mismo. Por lo tanto, la centralización que integra al capital industrial con el bancario no encierra más contenido que el potenciar la capacidad del primero para acumularse. Sea que de esta centralización surja el antiguo capitalista industrial como propietario del capital centralizado, sea que este lugar lo ocupe el antiguo capitalista bancario, el sujeto social de la misma es el capital industrial.³

Por lo demás, este proceso de centralización que integra capitales industriales y capitales bancarios no es la última etapa en el proceso de centralización del capital ni, por lo tanto, de su acumulación. La última etapa la constituye, en realidad, la centralización absoluta del capital, en donde el capital social se encuentra encarnado en un único capital individual de modo que las formas concretas de la valorización de éste son de inmediato las de la valorización del capital social.

3. Véase Nota 5.1: Sobre la teoría del capital financiero, en la página 160.

5.3 El pequeño capital industrial

Como acabamos de ver, los capitales industriales que no pueden mantener el ritmo en el proceso de concentración y centralización se ven privados de continuar operando autónomamente como tales, estando forzados a convertirse en capitales prestados a interés. Sin embargo, pueden postergar este paso.

La valorización de los capitales inferiores al medio no se encuentra ya regida por la tasa general de ganancia sino por la de interés, normalmente menor que ella. Y acceden a esta menor tasa no ya en proporción a su valor como capitales industriales independientes, sino que su valor se reduce al de la liquidación de sus activos productivos, ya materialmente inútiles para valorizar de manera normal a un capital industrial. De modo que pueden mantenerse activos como capitales industriales autónomos en tanto los mayores costos en que incurren por su menor escala se vean compensados por la menor ganancia que rige su existencia como tales. Esta posibilidad de subsistencia de los pequeños capitales industriales constituye de por sí una traba al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En vez de dejar inmediatamente su lugar a los capitales que ponen en acción la mayor capacidad productiva del trabajo, la extensión de su vida individual traba de manera específica la revolución técnica constante impuesta por las determinaciones generales del modo de producción capitalista.

El límite de la subsistencia de los capitales industriales inferiores al medio se encuentra regido por el desarrollo general de la capacidad productiva del trabajo. Tan pronto como este desarrollo permite a los capitales medios llevar al precio de producción por debajo del correspondiente a la tasa de interés sobre el valor de liquidación de los pequeños capitales, éstos se ven finalmente expulsados de la producción. Sin embargo, el límite de la subsistencia de los pequeños capitales industriales puede llegar más lejos todavía cuando el pequeño capitalista es al mismo tiempo su propio trabajador directo. En este caso, la subsistencia del pequeño capital en producción puede extenderse hasta el punto en que su propietario obtiene sólo un equivalente al salario que podría obtener si se convirtiera en un simple obrero asalariado. En particular en la producción agraria, esta transformación en obrero asalariado puede implicar hasta el cambio del lugar de residencia, lo cual empuja hacia abajo al salario equivalente. El límite puede llegar a imponerse entonces en el punto en que ya no resulta posible reiniciar el ciclo productivo cubriendo la reposición del capital circulante perdido con el retorno del capital fijo consumido y a expensas del agotamiento sin reposición de éste.

Por otra parte, la tasa de interés guarda en general una relación directa con el monto del capital que individualmente se coloca a ella: a mayor monto de capital individual, mayor es la tasa de interés y viceversa. De modo que el límite mismo impuesto simplemente por la relación entre tasa general de ganancia y tasa de interés presenta una gradación que es proporcional al monto del pequeño capital. A su vez, esta gradación acompaña el progresivo alejamiento

de la condición de capital medio en el que necesariamente cae el pequeño capital por el simple deterioro de su capacidad relativa para concentrarse, dada por su menor tasa de valorización. Con lo cual, pequeño capital es aquel que no alcanza por su monto al necesario para participar activamente en la formación de la tasa general de ganancia desde su rama específica de producción. Pero la gama de los pequeños capitales va desde unos cuya diferencia respecto del capital medio de su rama resulta de momento imperceptible, hasta otros cuyos propietarios se hunden ya en la miseria y la proletarianización. Al mismo tiempo, el continuo incremento de la capacidad productiva del trabajo en pos de la renovación de la plusvalía relativa, renueva continuamente la generación de la gama de los pequeños capitales. Mientras expulsa a unos por abajo, incorpora otros nuevos que hasta recién eran capitales medios hechos y derechos, corriéndose continuamente hacia arriba la escala individual que, en general, hace falta para que un pequeño capital pueda mantenerse en actividad.⁴

Más tarde o más temprano, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo por los capitales medios hace que los pequeños capitales industriales alcancen el límite de su subsistencia como tales. Se transforman por fin en capitales prestados a interés, si a esta altura queda algo de ellos. Sin embargo, antes de llegar a este punto, pueden incluso ser los pequeños capitales mismos los que expulsan a los capitales medios de las ramas en que participan. Esto ocurre en tanto su propio precio límite se ubica por debajo del de producción. En este caso, los pequeños capitales derrotan a los medios en la competencia.

4. Por mayor que sea la escala de capital individual que se requiera concentrar en una rama de la producción social para poner en acción la capacidad productiva del trabajo que corresponde a la determinación del valor de las mercancías producidas en ella, y por mucho que para alcanzar esta concentración en una rama sea necesaria la concentración del mismo capital individual cubriendo varias de ellas, este grado de concentración no es sino el que define al capital medio como tal. Se trata, por lo tanto, de la escala correspondiente al capital individual a secas. La calificación de «gran capital» aplicada al capital medio no hace sino reflejar el punto de vista de los voceros ideológicos del pequeño capital, es decir, del que presenta restricciones particulares a su capacidad de valorización en razón de la insuficiencia de su monto. Esta calificación tiene por objeto meter en la misma bolsa al capital normal y al pequeño capital, para hacerlos pasar a ambos por simples especies del mismo género, diferenciadas tan sólo por el poder que abstractamente aparece emanando de su tamaño. Se pretende ocultar así el hecho de que, mientras en su concentración creciente el primero es portador del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad en el modo de producción capitalista, la subsistencia del segundo es expresión de las barreras que este mismo modo de producción levanta a ese desarrollo. Lenin toma acriticamente la expresión «gran capital» (Vladimir Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975, pág. 53) precisamente de los economistas de su tiempo, que reflejan la concepción referida frente a la escala de concentración que iba alcanzando el capital medio para ese entonces. Luego, esta categoría es repetida como si contuviera por sí misma la crítica revolucionaria del modo de producción capitalista.

5.4 La liberación de plusvalía por los pequeños capitales industriales

La clave de la subsistencia de los pequeños capitales industriales se sintetiza, entonces, en la relación entre el precio que corresponde a la compensación entre mayor costo y menor tasa de ganancia, y el precio de producción. Porque nada dice que el primero se ubique en el nivel correspondiente al segundo. El precio que rige autónomamente la valorización de los pequeños capitales no puede ubicarse por encima del de producción. Pero nada impide que se ubique por debajo de éste. Si este fuera el caso, la venta de las mercancías producidas por los pequeños capitales por debajo del precio de producción pero por encima del precio que rige su valorización específica implicaría la apropiación por ellos de una ganancia extraordinaria. Esta ganancia extraordinaria ni siquiera proviene de la posibilidad individual de producir por debajo del precio de producción social por ponerse en acción un trabajo más productivo. Al contrario, proviene de la impotencia de los pequeños capitales para poner en acción siquiera la productividad del trabajo correspondiente a la determinación del precio de producción. De modo que la ganancia extraordinaria generada por la posibilidad de vender por debajo del precio de producción pero por encima del inherente a la valorización específica de los pequeños capitales resulta necesariamente en la competencia entre éstos por ella. Esta competencia tiende a llevar el precio de las mercancías producidas por los pequeños capitales al nivel límite para la subsistencia de éstos. Con lo cual, la ganancia extraordinaria en cuestión escapa necesariamente de sus manos.

Cuando se trata de pequeños capitales agrarios, la ganancia liberada por ellos puede tener un primer destino: los bolsillos de los dueños de la tierra que arriendan. Los pequeños capitalistas pagan un plus sobre la renta correspondiente a los capitales medios. También puede ocurrir que esta diferencia se refleje en el mayor precio que los pequeños capitalistas pagan para comprar la tierra, donde ella se suma a la simple capitalización de la renta futura descontada a la tasa de interés. Esta segunda modalidad de apropiación hunde más profundamente aún a los pequeños capitalistas en su condición de tales, por la deducción que el mayor precio de la tierra implica respecto del capital dinero total del que disponen para convertir en capital industrial a ser aplicado productivamente sobre la tierra.⁵ Cuando la ganancia liberada por los pequeños capitales sigue este camino a medida que se genera o adelantada de

5. Es a propósito de las determinaciones de la renta de la tierra en relación con el pequeño capital industrial aplicado a la producción agrícola que Marx deja abierta en *El capital* la cuestión acerca de la especificidad de la valorización de los pequeños capitales industriales (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 746). Y simplemente cabe que quede allí abierta sin más desarrollo porque, en oposición a lo que creen quienes ponen las diferencias en las capacidades concretas de acumulación como eje del desarrollo histórico general del modo de producción capitalista bajo las categorías de «capital monopolista», «gran capital», etc., dicha diferenciación carece de relevancia respecto de este desarrollo. Sólo hace a las formas concretas de la

un solo golpe en el precio de la tierra, las mercancías que ellos producen se venden simplemente por su precio de producción. El resto del capital industrial no ha ganado ni perdido nada con ello. Pero la ganancia en cuestión puede seguir un camino distinto.

Mientras la acumulación del capital social ha desarrollado a la división social del trabajo entre los capitales individuales de manera limitada, los pequeños capitales tienden a llegar con sus productos directamente a los mercados de medios de vida. En cuyo caso, la diferencia entre el menor precio que rige la valorización de los pequeños capitales y el de producción parece beneficiar simplemente a los consumidores individuales. La porción correspondiente de la plusvalía social parece ir a parar a los bolsillos de éstos vía el menor precio que deben pagar por sus medios de vida. Sin embargo, el curso de esta porción de plusvalía no termina aquí. En cuanto los consumidores individuales son tales por ser obreros libres vendedores de su fuerza de trabajo, el menor precio al que compran sus medios de vida se refleja en un abaratamiento de su fuerza de trabajo. Siguen pudiendo consumir la misma masa de valores de uso requerida para reproducirla a pesar de recibir como pago una menor masa de valor. De modo que la plusvalía que había quedado liberada por la determinación específica de la valorización de los capitales inferiores al medio acaba siendo apropiada por el conjunto de los capitales industriales, incluyendo a los pequeños. Esta apropiación se realiza a prorrata de los respectivos capitales variables. Con lo cual entra, a su vez, como una determinación concreta específica en la formación misma de la tasa general de ganancia.

Con el desarrollo de la acumulación las mercancías pasan en su proceso de producción y circulación por una sucesión de ramas especializadas en etapas parciales de este proceso, antes de llegar al consumo individual. Cuando en alguna de estas etapas intervienen capitales inferiores al medio en condiciones de vender por debajo del precio de producción, la porción de plusvalía que para ellos representa una ganancia extraordinaria sigue escapando de sus manos. Pero para llegar hasta el mercado de consumo individual, esta masa de ganancia tiene que seguir su curso a través del movimiento en la circulación de los capitales medios que siguen a los pequeños en la cadena. Esto es, la ganancia extraordinaria en cuestión escapa de las manos de los capitales inferiores al medio por la competencia normal que establecen entre ellos en la circulación. Pero sólo puede llegar al consumo individual bajo la forma de un precio comercial inferior al de producción a través de la competencia que establecen entre sí los capitales medios que siguen en la cadena.

De manera inmediata, el paso de la ganancia liberada por los pequeños capitales a los capitales medios tiene lugar a través de la compra por los segundos de las mercancías portadoras de ella al precio que rige la valorización normal de los primeros, es decir, por debajo del precio de producción. Si ahora

concurrancia. Lo cual, por supuesto, es muy distinto que decir que debe explicarse por las formas del mercado.

los capitales medios vendieran su propio producto al precio de producción, apropiarían para sí la ganancia extraordinaria encerrada en el menor precio de compra. Parecería entonces inevitable que la competencia entre ellos por esta ganancia extraordinaria ha de arrastrar el precio comercial al que venden por debajo del de producción en la proporción correspondiente. Sin embargo, esta ganancia extraordinaria no proviene de que unos capitales medios pongan en acción una capacidad productiva del trabajo superior a la media social y que, por lo tanto, puedan vender sus mercancías por debajo del precio de producción social pero por encima del individual. El aflujo de los capitales medios directamente en pos de la ganancia extraordinaria no respondería a la posibilidad de expandir la producción total de la rama expandiendo, al mismo tiempo, la necesidad social por la mercancía al vender por debajo del precio de producción social en base a la mayor productividad del trabajo. Como la ganancia extraordinaria se encuentra portada en cada unidad comprada, la competencia entre ellos por la ganancia extraordinaria no podría encontrar más límite que la expansión de su propia capacidad individual de producción con la intención de absorber toda la oferta disponible. Ningún capital medio podría detener su competencia por la ganancia extraordinaria antes de alcanzar este punto. Pero esto tendría como resultado que la expansión de la producción de la rama no podría detenerse en el punto en que se agotara la ganancia extraordinaria, antes de que el precio comercial de venta comenzara a caer por debajo del de producción. Con lo cual, la competencia inmediata entre los capitales medios por la ganancia extraordinaria tendría como resultado la caída de su tasa de ganancia por debajo de la normal.

Los capitales medios de la rama a la que fluye la ganancia liberada por los pequeños capitales sólo pueden competir entre sí en pos de dicha ganancia extraordinaria de la manera que es común a todas las ramas de la producción social: aumentando la capacidad productiva del trabajo que ponen en acción de modo de poder vender por debajo del precio de producción social pero por encima del individual. Pero no pueden competir entre sí directamente por la apropiación de la ganancia liberada por la competencia entre los pequeños capitales con los que se relacionan en la circulación al comprarles sus mercancías, so pena de aniquilarse a sí mismos como simples capitales medios. Cuanto más centralizado se encuentre el capital en la rama hacia la cual fluye dicha ganancia, tanto más inmediatamente se pone de manifiesto la restricción a la competencia directa por apropiarse de ella. Al no poder establecer esta competencia, la ganancia liberada en cuestión no puede pasar a su vez a la rama siguiente. Queda retenida en la rama como una ganancia extraordinaria a ser apropiada por los capitales medios que triunfan en la simple competencia establecida a través del desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. Estos capitales compran medios de producción por debajo de su precio de

producción, y venden las mercancías producidas con ellos a sus precios de producción.⁶

Para el resto del capital social, esta apropiación de ganancia extraordinaria significa la desaparición de la posibilidad de comprar la fuerza de trabajo a un salario abaratado por incluirse en su determinación medios de vida vendidos por debajo de su precio de producción. Pero la organización autónoma de la producción social no le da arma alguna contra ella: después de todo, los capitales medios de todas las restantes ramas compran así sus medios de producción y la fuerza de trabajo estrictamente a sus precios de producción. Y lo mismo ocurre con los medios de vida que los capitalistas compran para su consumo individual. Por lo tanto, la formación de la tasa general de ganancia se realiza de manera concreta determinando la existencia de capitales industriales menores al medio que se valorizan normalmente a una tasa de ganancia concreta inferior a ella, de capitales industriales medios que se valorizan de manera sostenida a una tasa de ganancia concreta superior a ella, y de capitales medios que se valorizan simplemente a ella.

Este es el verdadero contenido de lo que la economía política invierte, explicando las diferencias en las capacidades concretas de acumulación por las formas del mercado, bajo cuyas asimetrías se realiza necesariamente esa diferenciación. Se trata, por el contrario, de desarrollar la necesidad de estas formas como las modalidades de realizarse la tendencia a la igualación de las tasas de ganancias bajo su forma concreta de diferenciación en las capacidades de acumulación de los capitales individuales en razón de su monto, o sea, en tanto masas de valor que se valorizan sin encerrar más especificidad cualitativa que una diferencia puramente cuantitativa.⁷

5.5 La fragmentación de la subjetividad productiva del obrero colectivo en base a la subsistencia del pequeño capital industrial

En cuanto el capital social necesita acentuar la fragmentación de la subjetividad productiva de la clase obrera, encuentra en la diferenciación entre los capitales individuales recién expuesta una base para realizarla. La precariedad con que se desenvuelven los capitales industriales en proceso de descomposición como tales por la insuficiencia de su monto los hace particularmente apropiados para ejercer la explotación despiadada de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva va degradándose en la división manufacturera del trabajo y en su condición de apéndice de la maquinaria. De manera contrastante,

6. Aquí sólo vamos a considerar la forma más simple del paso de la ganancia liberada por los pequeños capitales de una rama a los capitales medios de otra, en la cual las mercancías vendidas por los primeros a los segundos actúan como vehículo. Pero, *mutatis mutandi*, las mismas determinaciones caben siguiendo un curso inverso, donde los capitales medios de una rama venden sus mercancías por encima del precio de producción en la proporción correspondiente a los pequeños capitales de otra.

7. Véase Nota 5.2: De la teoría de la competencia imperfecta a la teoría del capital monopolista, en la página 163.

este mismo papel puede corresponderle al capital que aparece ubicado en el polo opuesto de los pequeños capitales; esto es, al capital centralizado como propiedad del estado nacional. Esta posibilidad se encuentra sujeta a que la producción basada en dichas condiciones de explotación tienda a imponerse como la norma general dentro del ámbito nacional.

Esta división funcional en la extracción de plusvalía provee a los capitales medios del flujo continuo de ganancia extraordinaria antes visto. Al mismo tiempo, la aceleración del proceso de concentración y centralización que brota de la transformación de la subjetividad productiva del obrero de la gran industria garantiza a los capitales que salen airoso de él, el flujo de capitales de monto ahora insuficiente que liberan dicha ganancia. Buena parte del éxito del *just in time* reside en el desarrollo de los sistemas de información y transporte, en el desarrollo de la elasticidad de los procesos productivos y en el desarrollo de los sistemas de control de calidad basados en la automatización de los procesos productivos. Pero el secreto de la otra parte de su éxito no es sino la disminución para los capitales medios de la inmovilización en inventarios, a expensas de la acumulación de inventarios por parte de los pequeños capitales que los proveen. Es decir, gracias a la menor tasa de ganancia que rige la valorización normal de éstos.

Por su parte, el *outsourcing* no consiste sino en la multiplicación de los focos de ganancia extraordinaria para los capitales medios en base a introducir a los pequeños capitales independientes en cuanto intersticio de su proceso de producción y circulación les sea posible. Esta introducción se ha visto facilitada sobre dos bases. Por una parte, por el abaratamiento relativo de las producciones en series restringidas, propias de la pequeña escala, gracias a la automatización de los procesos de ajuste de la maquinaria. Por la otra, por la acentuación en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo propias del pequeño capital, en razón de la diferenciación al interior de la clase obrera. El moderno *outsourcing* no es más que el viejo *putting out system* bajo la pátina de la administración científica.

5.6 El capital especializado en la producción del aumento en la capacidad productiva del trabajo

Los capitales individuales no apuntan de manera inmediata a la producción de plusvalía relativa. Desde su punto de vista, el aumento de la capacidad productiva del trabajo antes que lo hagan sus competidores tiene un solo objeto. Se trata de apropiarse una ganancia extraordinaria al vender por debajo del precio de producción social, condición para colocar la producción resultante del aumento de productividad, pero por encima del precio de producción individual correspondiente a esta mayor productividad. Sin embargo, la ganancia extraordinaria desaparece tan pronto como la nueva técnica se convierte en la modalidad general de producción, y el precio de producción social tiende a ser determinado por ella. En tanto esta disminución del precio de producción

tiene lugar en una rama de la producción social que directa o indirectamente interviene en la producción de medios de vida para los obreros, tiene por resultado la disminución del valor de la fuerza de trabajo y, de ahí, la producción de plusvalía relativa. Por lo tanto, la producción de plusvalía relativa lleva en sí la exclusión de la continuidad del flujo de ganancia extraordinaria en cuestión a favor de los capitales de cualquier rama de la producción social y, por lo tanto, la realización continuada por éstos de una tasa de ganancia superior a la media social.

Los capitales que ponen en acción a la capacidad productiva del trabajo incrementada dentro de una rama de la producción social no son los únicos que tienen títulos sobre la ganancia extraordinaria generada por ella. También los tienen los capitales que han producido los medios de producción portadores de la posibilidad de realizar esa productividad incrementada. Los capitales que compran la maquinaria portadora de la posibilidad de acceder a una ganancia extraordinaria van a estar dispuestos a pagar por ella más que su precio de producción, a condición de que el precio pagado les permita abaratar el costo de su propia mercancía hasta el punto de poder venderla por encima de su precio de producción individual. Esto es, los capitalistas vendedores de la máquina en que se encuentra objetivada la posibilidad de acceder a la ganancia extraordinaria van a participar en mayor o menor medida en ésta, capitalizándola en el precio de la nueva máquina. De todos modos, esta participación en la ganancia extraordinaria también se va a ir extinguiendo a medida que se generalice el uso del nuevo medio de producción que ellos venden. Sin embargo, la cosa cambia cuando la forma objetivada que tiene la fuente general del incremento de la capacidad productiva del trabajo se convierte ella misma en el producto de una rama especial de la producción social. Esto es, cuando la producción de la innovación técnica misma se convierte en una rama separada de la producción de la maquinaria que la va a portar. Cada renovación del ciclo productivo en esta rama arroja un producto investido de la virtud de permitir apropiarse ganancia extraordinaria a los capitales que lo usan. De manera que el capital que produce esta mercancía consistente en la capacidad para avanzar en el control sobre las fuerzas naturales a ser aplicadas productivamente, puede acceder a un flujo continuo de ganancia extraordinaria, renovando constantemente la base para la capitalización de la misma en el precio de venta.

La transformación operada en la subjetividad directa del obrero en el proceso de producción se manifiesta así en el surgimiento de capitales que tienen la posibilidad de acumularse aceleradamente por recibir de manera normal un flujo de ganancia extraordinaria, al ser su producto el portador de la renovación permanente de ese flujo. Lejos de violar la ley de la formación de la tasa general de ganancia, esta capacidad de acumulación acelerada no hace más que surgir de su realización. Ni la competencia directa por el flujo de ganancia extraordinaria permanente entre los capitales que producen la

mercancía portadora de la capacidad para acceder a ella, ni su continuo diluirse a manos de la competencia entre los capitales que utilizan efectivamente esa mercancía como medio de producción, evitan la renovación de ese flujo.

Al depender la producción de plusvalía relativa de la producción de la rama especializada en la producción del avance en la capacidad objetivada para controlar las fuerzas naturales, el capital social tiene una razón permanente y sustancial para participar activamente en ella por medio de su representante político general. Por una parte, esta producción requiere en general ser realizada en gran escala, teniendo por condición el correspondiente grado de concentración de capital. Por la otra, dada su misma forma material, se trata de una producción en que buena parte del capital aplicado, cuando no todo, puede terminar siendo gastado sin arrojar valor de uso alguno. Como se trata de la ampliación del alcance del control consciente sobre el proceso de trabajo, nada garantiza el éxito de ese proceso de producción mismo. De modo que el avance por vías infructuosas es una condición normal para lograr un desarrollo efectivo. De ahí que buena parte de esta producción deba ser encarada normalmente por el capital social mismo. Cosa que éste hace financiando a capitales privados aunque no obtengan resultados, o tomando directamente en sus manos la producción a través de los sistemas estatales de investigación y desarrollo. Al mismo tiempo, cuando los vendedores y los compradores de las innovaciones se encuentran sistemáticamente separados por una frontera internacional, tiene lugar un flujo continuo de ganancia extraordinaria desde el ámbito nacional de acumulación consumidor al productor. Lo cual refuerza la necesidad de la participación directa de cada estado nacional en esta producción, en representación de su respectiva porción nacional de capital social.

5.7 De la diferenciación del capital a la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación

El proceso mundial de acumulación del capital industrial no arranca tomando la forma concreta inmediata de tal. Por el contrario, arranca como la confluencia de varios procesos nacionales de acumulación que pugnan por desarrollarse sobre la base de abarcar dentro suyo la producción de la generalidad de las mercancías que consumen. Esta integridad de la producción y el consumo sociales que ocurre a su interior les da a estos procesos nacionales de acumulación una apariencia peculiar. Parecen corresponder a unidades también íntegras de capital social, no a fragmentos nacionalmente recortados de éste. En la medida en que su contenido efectivo encaja en esta apariencia, la acumulación del capital toma en ellos las formas concretas que corresponden de manera inmediata a sus determinaciones más simples y generales. Pero, no por eso deja de tratarse de fragmentos nacionales del mismo capital social, no de capitales sociales mutuamente independientes. En su lucha por afirmarse a través de su relativa independencia, estos procesos nacionales de acumulación

de capital chocan entre sí. Y sólo a través de este choque toma forma el proceso mundial de acumulación de capital.

La formación del mercado mundial tiene así su manifestación inmediata que va más allá de la simple competencia por vender la misma mercancía. La reproducción de los capitales individuales tiene por condición inmediata la reproducción general de su propio ámbito nacional de acumulación. A su vez, la reproducción de la clase obrera nacional como una población masivamente en activo tiene por condición inmediata esa misma reproducción general del proceso nacional de acumulación de capital. De manera que la clase capitalista y la clase obrera de cada país establecen entre sí una relación directa que se enfrenta de manera antagónica a igual unidad establecida por la clase de los explotadores y de los explotados de los otros países. Esta misma relación directa se levanta como un límite a la relación directa de solidaridad internacional entre las clases obreras nacionales en que toma necesariamente forma concreta la compraventa general de la fuerza de trabajo por su valor.

La unidad de cada proceso nacional de acumulación se pone de manifiesto de manera directa en la relación antagónica que estos procesos nacionales establecen entre sí en el mercado mundial. Los capitales individuales no compiten en el mercado mundial simplemente como tales, sino como capitales que representan de manera inmediata a distintos procesos nacionales de acumulación. La competencia en el mercado mundial, o sea, la forma concreta de realizarse la unidad de la organización de la producción social en el capitalismo, se encuentra siempre mediada por la relación directa que recorta a cada ámbito nacional. Por lo tanto, la circulación de las mercancías en el mercado mundial se encuentra necesariamente mediada por la relación directa que establecen entre sí los representantes políticos generales de cada fragmento nacional del capital social, o sea, por la relación directa entre los respectivos estados nacionales. La competencia entre los capitales individuales en el mercado mundial toma así una primera modalidad específica. Se trata de la competencia por venderles a los de los otros ámbitos nacionales, evitando tener que comprarles, de modo de expandir todo lo posible la escala del propio proceso nacional de acumulación. Salvo, claro está, que esta expansión tenga por condición el abastecimiento externo.

Hasta aquí, hemos considerado la relación entre procesos nacionales en donde la acumulación de capital presenta su forma más simple y general. Sin embargo, a partir de ella se desarrolla otra forma de relación internacional. Más allá de la puja por venderse sin comprarse, los capitales de dichos procesos nacionales de acumulación establecen un segundo eje de competencia mutua en el mercado mundial. Este eje parte de la competencia por abastecerse de materias primas desde territorios históricamente ubicados más allá de las fronteras de todos ellos. Se trata de producciones en donde la productividad del trabajo se encuentra subordinada de manera particular a condicionamientos naturales no controlables por el capital medio. Y estas condiciones son más

favorables, o simplemente sólo existen, en esos territorios exteriores a los ámbitos nacionales donde la acumulación se presenta bajo su forma más simple. Al mismo tiempo, se trata de expandir el propio mercado externo, vendiéndoles a los capitales o simples productores de mercancías que proveen de materias primas desde esos otros ámbitos nacionales. Estos capitales y productores mercantiles tienen ahora la capacidad de compra que les da haber vendido en el mismo mercado mundial. Porque, fuera de las fantasías ideológicas acerca de la necesaria existencia de países no capitalistas como condición para la realización de la plusvalía, para poder comprar en el mercado mundial primero es necesario haber vendido en él.⁸ Más aún, para poner en producción capitalista los nuevos territorios destinados al abasto de materias primas con una mayor capacidad productiva del trabajo de la que se alcanza en los países donde la acumulación toma su forma general, es necesario desembolsar en ellos el capital destinado a la producción y a la circulación de las mismas. Y esta aplicación debe realizarse en la escala que corresponde a la determinación del precio de producción en el mercado mundial. Por una parte, la expansión gradual de la acumulación local va proveyendo este capital. Pero, al igual que ocurre con la simple concentración del capital, se trata de un camino lento e, incluso, inviable por su misma lentitud. Por otra parte, para los capitales medios de los procesos nacionales de acumulación que demandan el abasto de materias primas, su aplicación en estos nuevos procesos productivos constituye una fuente de plusvalía tan buena como cualquier otra. Incluso puede ser circunstancialmente mejor, mientras todavía se trate de una producción en rápida expansión o pueda explotarse a la fuerza de trabajo del nuevo país en base a las relaciones directas de subordinación personal que eventualmente imperen o puedan imponerse en él.⁹ De modo que este

8. Véase Nota 5.3: Sobre la teoría de la imposibilidad de la realización de la plusvalía al interior del modo de producción capitalista, en pág. 167.

9. El modo de producción capitalista no es sino la forma históricamente necesaria en que la sociedad desarrolla sus fuerzas productivas sobre la base específica de transformar las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo libre colectivo realizado bajo la forma concreta de ser la negación misma del trabajo social, o sea, como trabajo privado. Por eso, el capital arrasa con todas las formas de trabajo organizado en base a las relaciones de dependencia personal, sean estas coactivas o no. Necesita imponer en todas partes el trabajo del obrero doblemente libre, tanto en el sentido de no estar subordinado al dominio de otro como en el de estar separado de los medios necesarios para reproducir su vida trabajando de manera individual. O sea, necesita imponer en todas partes el trabajo forzado, no a través de la coacción directa sobre el trabajador, sino basado en el mismo carácter de individuo libre de éste. Pero, por su misma contradicción inmanente de socialización del trabajo libre como atributo del trabajo privado, o sea, de la negación misma del carácter inmediatamente social del trabajo libre, el capital no le hace ascos a ninguna posibilidad de multiplicar su valorización yendo a contrapelo de su propia razón de existir como forma históricamente específica del desarrollo de las fuerzas productivas

proceso de expansión del capitalismo mundial basado en la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación no sólo se caracteriza por la expansión de los flujos de capital-mercancías en el mercado mundial. Se caracteriza, al mismo tiempo, por el flujo de capitales industriales y de capitales prestados a interés desde los países en donde la acumulación se basa en la producción de la generalidad de las mercancías hacia los países en donde la acumulación se basa en la producción de mercancías portadoras de renta de la tierra. Por supuesto, a estos flujos internacionales de capital les corresponden los que siguen en sentido inverso las ganancias e intereses que ellos apropian. Esta plusvalía sale de los ámbitos nacionales en cuestión en la medida en que no se la requiere para expandir la acumulación en ellos, en particular dado que la escala de ésta se encuentra específicamente restringida a la producción de las mercancías portadoras de la renta y a las producciones complementarias que es necesario realizar localmente para que esas mercancías lleguen a su destino.

La incorporación de los territorios más favorables para la producción con el objeto de potenciar los procesos nacionales en donde la acumulación aparece

de la sociedad. Por eso, toda vez que no tiene en juego la multiplicación inmediata de la plusvalía relativa mediante el avance en la socialización privada del trabajo libre, se transforma en el campeón del trabajo forzado mediante la coacción directa sobre el trabajador. Las producciones agrarias y mineras le aportan una doble base específica a este fin. En primer lugar, la subordinación de la capacidad productiva del trabajo a condicionamientos naturales no controlables por el capital medio limita el desarrollo de la composición técnica del capital. Por lo tanto, los atributos productivos del trabajo libre tardan más en expresar su potencialidad específica respecto de lo que ocurre en la producción industrial en general. En segundo lugar, la subsistencia de las relaciones de subordinación personal sobre las que se va a montar la coacción directa ejercida por el capital presupone la atadura directa del trabajador a un medio de producción esencial, la tierra. Esta circunstancia ha generado la apariencia invertida de que procesos sociales de producción regidos por la producción de mercancías-capital para el mercado mundial no son sino la expresión de la subsistencia de relaciones feudales o esclavistas que se imponen por sobre la valorización del capital. Inversión de la cual se sigue que el curso revolucionario pasa, en dichos casos, por la génesis de una burguesía nacional que imponga localmente el modo de producción capitalista sobre los resabios feudales y esclavistas. Cuanto más avanza en su necesidad de contar con un obrero universal, más difícil se le vuelve al capital mantener su valorización en ramas particulares de la producción social en base a la subsistencia del trabajo forzado. Un ejemplo claro en este sentido lo constituye el enfrentamiento del capital industrial del norte de los Estados Unidos con el capital agrario del sur por la abolición de la esclavitud. Pero, al mismo tiempo, el capital siempre mantiene latente su opción por el trabajo forzado si puede obtenerlo con los atributos productivos del trabajo libre. Los campos de concentración nazis son una manifestación brutal en este sentido. En ellos, una porción del capital social realiza el sueño de todo capital individual: contar con una fuerza de trabajo originariamente libre sin tener que gastar siquiera en su reproducción cotidiana, al disponer de un flujo continuo de la misma y eliminar a todo individuo inmediatamente incapacitado para trabajar.

presentando su forma general tiene una primera modalidad histórica. Se trata de la conquista directa de esos territorios por cuenta del fragmento nacional del capital social que va a hacer uso de él. Se trata, por lo tanto, de la subordinación militar de los territorios en cuestión a la potestad del estado nacional correspondiente. El desarrollo de la esencia mundial de la acumulación del capital industrial toma así la forma política concreta de desarrollo del sistema colonial, del colonialismo.

Cuando por la historia concreta del nuevo territorio no es posible la ocupación militar directa, la colonia deja su lugar a la formación de un ámbito nacional independiente de acumulación de capital. Pero lo hace a condición de que la magnitud de este ámbito nacional no alcance para engendrar un proceso de acumulación que gire de manera inmediata en torno a la producción general de mercancías. Para los fragmentos nacionales del capital social ya en funciones, no se trata de engendrar nuevos competidores en el mercado mundial. Se trata de expandirse geográficamente hasta el punto que les resulta necesario para abastecerse de materias primas producidas con un trabajo más productivo, de modo de incrementar la plusvalía relativa que apropian en su ámbito nacional de origen. Engendrado como forma concreta necesaria de expandirse la acumulación de capital en los países en donde ésta presenta su forma más simple, este segundo tipo de proceso nacional de acumulación carece desde el vamos, de manera general, de la necesidad de convertirse en uno del tipo originario.¹⁰ La impotencia con que el capital social inviste de

10. Las excepciones a esta determinación se cuentan, si acaso, con los dedos de una mano. Pero el caso de los Estados Unidos de América constituye una singularidad absoluta. No cabe que nos detengamos aquí en ella. Sin embargo, podemos observar rápidamente que esta singularidad sintetiza varias determinaciones. Para empezar, el nacimiento mismo de la colonia no gira en torno a la producción de metales preciosos en base a la fuerza de trabajo indígena destinados a circular como dinero mundial. Tampoco lo hace en base a la provisión de trabajadores forzados a ser utilizados en otras regiones. Por el contrario, el capital inglés lo engendra – en lo que importa para su futura singularidad – para satisfacer su necesidad de expandir su propio mercado interno. Cosa que hace sobre la base de aniquilar a la población indígena que regía la producción de su vida a través de las relaciones personales directas. En cambio, ocupa el territorio con la población sobrante que generan el desarrollo de su acumulación originaria y, luego, la propia expansión del capital industrial en Inglaterra y Europa. De ahí la fragmentación de la propiedad territorial a manos de los colonos, en contraste con su concentración en los nuevos territorios destinados a la producción de materias primas bajo el sistema de la plantación o de la ganadería sobre llanuras naturales. Este contraste tiene lugar incluso respecto del sur de Estados Unidos, área que no juega un papel directo en la determinación de la singularidad en cuestión. Además, la expansión del mercado interno cuenta con la posibilidad de reproducirse sobre la misma base hacia el oeste en una escala que supera la de los mismos ámbitos nacionales europeos. A la potencialidad de la conformación de un ámbito nacional independiente con tal escala, se suma el hecho de contar dentro del propio territorio con las dos bases naturales sobre las que se desarrolla históricamente la gran industria: el hierro y el carbón.

manera específica a estos fragmentos nacionales suyos respecto de la constitución de ámbitos nacionales de acumulación en donde el capital industrial se caracteriza por abarcar la producción de la generalidad de las mercancías que se consumen internamente operando en escala normal, toma varias formas concretas características. Por ejemplo, la acción directa diplomática y militar sobre ellos de los estados nacionales donde la acumulación presenta su forma más simple, el abasto de mercancías en general producidas con una productividad del trabajo inalcanzable por la escala del nuevo ámbito nacional, y el endeudamiento externo de sus estados nacionales con destino a la generación misma de la producción de las materias primas como atributo de un ámbito nacional de magnitud específicamente restringido. No está de más destacar que, en todos los casos, se trata de las formas concretas con que se realiza dicha impotencia específica. Nunca de las causas de la misma, aunque así se las representen quienes creen que la acumulación de capital es un proceso nacional por su contenido y no por su mera forma.¹¹

La producción de materias primas desde los ámbitos nacionales específicamente recortados a este fin permite disminuir el valor de la fuerza de trabajo explotada directamente por los capitales industriales que operan en los ámbitos nacionales donde la acumulación abarca la producción de la generalidad de las mercancías. Actúa, pues, como una fuente de plusvalía relativa para estos capitales industriales. Sin embargo, ella encierra al mismo tiempo un drenaje de la plusvalía que estos mismos capitales industriales extraen a los obreros que explotan. Una parte de ésta va a parar a los bolsillos de los terratenientes que monopolizan las condiciones naturales diferenciales y absolutas que permiten el ejercicio de la mayor capacidad productiva del trabajo en la producción de las materias primas. Lo hace bajo la forma de la renta diferencial y, eventualmente, de simple monopolio, de la tierra.

La renta diferencial resulta del proceso de formación de la tasa general de ganancia. Este proceso ocurre pura y exclusivamente en la circulación. Y, por lo tanto, de él no puede surgir plusvalía alguna que no se haya generado anteriormente en la producción, con independencia de todo fenómeno inherente a la circulación misma. A su vez, la renta de simple monopolio es también una apropiación de plusvalía ya generada en la producción, con independencia de esta apropiación misma. En el primer caso, el precio regulador al que circulan las mercancías en cuestión se ubica por encima de los de producción determinados por las productividades del trabajo alcanzadas sobre las tierras mejores. En el segundo, el precio comercial se ubica directamente por encima del de producción correspondiente a la peor tierra. Cuando las mercancías en cuyos precios comerciales normales está portada la renta entran, directa o indirectamente, en el consumo individual de los obreros de los capitales industriales, dichos precios entran en la determinación normal del valor de la fuerza de

11. Véase Nota 5.4: De la teoría del desarrollo y del subdesarrollo a la teoría de la dependencia basada en el intercambio desigual, en la página 168.

trabajo. A su vez, la duración de la jornada de trabajo de los obreros de los capitales industriales es independiente del precio de sus medios de vida. Por lo tanto, el que éstos circulen a precios comerciales normales por encima de los de producción correspondientes a la productividad del trabajo que se alcanza en las tierras mejores, o directamente por encima del que corresponde a la peor tierra, implica que, del valor total que produce el conjunto de los obreros bajo el mando del capital industrial, una mayor porción debe destinarse a la reproducción de su fuerza de trabajo en relación con la que resultaría necesaria si sus medios de vida se vendieran a los precios de producción correspondientes a la productividad del trabajo alcanzada sobre cada calidad de tierra. De no existir las rentas en cuestión, dicha mayor porción del valor producido sería directamente apropiado por el conjunto de los capitales industriales como plusvalía. La existencia de los dos tipos de renta de la tierra referidos hace que esta porción de plusvalía pase a manos de los obreros, de éstas, a las de los capitalistas que los proveen de los medios de vida y, en un pase de manos entre los capitalistas intermedios, llegue a las de los capitalistas agrarios y mineros, quienes a su vez la depositan en los bolsillos de los terratenientes como canon de arriendo.

En cuanto el conjunto de los obreros productores de la plusvalía que fluye como renta diferencial y de simple monopolio trabajan para capitales pertenecientes a un ámbito nacional de acumulación distinto a aquel al que pertenecen los terratenientes beneficiarios de la renta, dicho flujo pasa del ámbito nacional de los primeros al de los segundos.¹² Los capitales industriales afectados por este flujo de plusvalía se encuentran impedidos -en última instancia por la sacrosanta igualdad en el ejercicio de la propiedad privada- para actuar recuperando para sí la renta apropiada al interior de su propio ámbito nacional. Pero no ocurre lo mismo con la apropiada en los ámbitos nacionales específicamente delimitados en torno a la producción diferencial de las materias primas. Se abre entonces una nueva fase en la acumulación mundial de capital basada en la diferenciación de los procesos nacionales de acumulación entre aquellos en donde el capital produce la generalidad de las mercancías y aquellos cuya unidad gira en torno a la producción de una o varias materias primas portadoras de renta de la tierra.

Cada fragmento nacional del capital total de la sociedad recortado por este segundo tipo de ámbito nacional tiene determinada su unidad como tal por el proceso productivo que origina la apropiación de la renta diferencial y,

12. Distinto es el caso de la renta absoluta. Esta última es plusvalía producida por el obrero del capital agrario o del capital minero que -de ubicarse el precio de producción de sus mercancías por debajo del valor, por efecto de la composición orgánica y de la velocidad de rotación de la porción circulante de dichos capitales en relación con las respectivas medias sociales- queda excluida del proceso de formación de la tasa general de ganancia en la circulación debido a la existencia misma del monopolio sobre la tierra.

eventualmente, la de la renta de simple monopolio. De modo que el representante político general de ese fragmento nacional del capital social, o sea, el respectivo estado nacional, puede accionar de manera directa sobre la masa de esas rentas que se apropian dentro de su país. Ante todo, puede convertirse en el propietario directo de la tierra cuyas condiciones naturales diferenciales dan lugar a la apropiación de la renta. Pero en caso de no serlo, puede interrumpir el flujo de la renta a los bolsillos de la clase terrateniente a través de impuestos especiales a la exportación de las mercancías que la portan, la sobrevaluación de la moneda nacional para la exportación, el establecimiento de precios internos obligatorios para las mismas, su producción o comercio por el estado nacional mismo, etc.

En una primera etapa histórica, la porción de la renta apropiada de estos modos sigue un curso preponderante. Se destina al pago del endeudamiento público externo contraído a tasas de interés extraordinariamente altas con los capitales de los países desde los cuales fluye la renta. Previamente, los fondos originados en este endeudamiento han sido esterilizados desde el punto de vista del desarrollo de la acumulación general de capital en el país. Se los ha destinado, en cambio, a la apropiación privada gratuita del territorio por la clase terrateniente y para la conformación misma del ámbito nacional sobre la base en cuestión mediante el enfrentamiento bélico con países semejantes. Se pone así en evidencia que los terratenientes y los capitalistas externos acreedores del estado nacional han sido socios en el proceso de formación de éste, y ahora comparten la apropiación de sus frutos, esto es, de la plusvalía que fluye hacia el país bajo la forma de renta de la tierra. A ellos se suman los capitales industriales originarios de los mismos países de donde proviene el flujo de renta y que son aplicados a la circulación local de las mercancías primarias. Participan en la apropiación de la renta mediante el cobro de tarifas más elevadas que las vigentes en sus países de origen y al remitir al exterior las ganancias realizadas internamente con la moneda nacional sobrevaluada.

Por la vía del capital prestado a interés y de los capitales industriales que específicamente operan en la circulación de las mercancías primarias, los procesos nacionales de acumulación de donde ha escapado la plusvalía bajo la forma de renta de la tierra recuperan lo más posible de ella. Pero, en una segunda etapa histórica, manifiestamente visible a partir de la crisis de 1930, esta recuperación pasa directamente a manos de los capitales industriales a los que genéricamente ha escapado la plusvalía en cuestión.

Para que la renta retenida mediante la acción directa del estado nacional siga su curso de retorno a los capitales industriales de cuyo ciclo de valorización proviene originariamente, éstos deben abrir y cerrar su ciclo como tales al interior del ámbito nacional en cuestión. Por lo tanto, éste ámbito nacional de acumulación tiene que excluir la posibilidad de que capitales industriales que inicien su ciclo fuera de él, vendan sus mercancías en él. Debe constituirse, por lo tanto, como un ámbito nacional esencialmente cerrado a la importación

de mercancías en general, en la medida que la misma magnitud de la renta apropiable permita su producción local. Pero, al mismo tiempo, este ámbito nacional tiene su magnitud recortada en base a la exclusión de la valorización en él de capitales que producen mercancías en general en la escala necesaria para competir en el mercado mundial. Parecería, entonces, que la renta de la tierra sólo puede ser apropiada por capitales industriales de monto insuficiente para participar en la formación de la tasa general de ganancia, o sea, por capitales inferiores al medio normalmente requerido en su rama de actividad, o sea, por pequeños capitales. Y los capitales industriales en cuyo ciclo se ha engendrado la plusvalía convertida en renta de la tierra no reúnen ninguna de las dos condiciones requeridas para participar en su apropiación. En primer lugar, no abren y cierran su ciclo al interior del ámbito nacional donde tiene lugar la apropiación. En segundo lugar, su escala corresponde, en general, a la media necesaria para participar en la formación de la tasa general de ganancia en el mercado mundial, como que son los capitales más concentrados del mundo.

Por cierto, la primera manifestación que presenta la estructuración de un proceso nacional de acumulación en donde el capital industrial produce mercancías en general sobre la base de apropiar renta de la tierra consiste en la proliferación de los pequeños capitales industriales locales. Esta apropiación tiene lugar a través de la asignación de la renta bajo la forma de subsidios directos, la compra de mercancías por el estado nacional a precios superiores a los de producción, el gasto público que crea capacidad de compra para la producción de los pequeños capitales y, al mismo tiempo, genera un déficit cubierto con emisión monetaria que torna negativa a la tasa real de interés a la que ellos se endeudan, etc.

Sin embargo, la expansión del pequeño capital industrial no es sino el primer paso necesario para engendrar las bases que convierten en el destinatario esencial de la renta, en asociación con la clase terrateniente local, al capital industrial que opera con la escala necesaria para competir en el mercado mundial desde su país de origen. Este capital desprende de sí un fragmento de monto insuficiente para producir competitivamente para el mercado mundial, pero suficiente como para funcionar como el capital industrial más concentrado que cabe dentro del ámbito nacional donde se apropia la renta, dada la magnitud de este mercado interno. Remarquemos la diferencia respecto de lo que ocurría en la fase anterior con la exportación de capital industrial desde los países en que la acumulación se basa en la producción de la generalidad de las mercancías en la escala correspondiente a la competencia en el mercado mundial hacia los países en donde tenía lugar la apropiación de la renta de la tierra. En esa fase, el desprendimiento de fragmentos de los capitales medios en sus países de origen para ser puestos a valorizar en los nuevos tenía por condición que estos fragmentos conservaran para sí el atributo de ser capitales medios, es decir, que tuvieran la escala suficiente para producir

para el mercado mundial. Por el contrario, en la nueva fase, es condición que el fragmento de capital medio desprendido sólo alcance la escala restringida correspondiente al mercado interno del proceso nacional de acumulación a donde va ir a valorizarse. Por lo tanto, ha de ser impotente para competir en el mercado mundial. La escala específicamente restringida con que opera este fragmento del capital medio lo priva de la capacidad de valorización que le corresponde a éste en su unidad como tal, es decir, no puede valorizarse por sí a la tasa general de ganancia. En parte, esta privación se ve compensada por las condiciones concretas más agudas en que tiene lugar la explotación de la fuerza de trabajo local. Pero, por sobre todo, esa privación se ve compensada, cuando no más que compensada, por la apropiación de dos fuentes de plusvalía que pone a su disposición el abrir y cerrar su ciclo dentro del ámbito nacional en cuestión. Por una parte, la renta de la tierra cuya apropiación por el capital industrial se encuentra mediada por la regulación directa del estado nacional. Por la otra, de la plusvalía que deja libre la competencia entre los genuinos pequeños capitales industriales que se vinculan con el fragmento de capital medio en la circulación interna, del modo expuesto más arriba.

Es así que el capital medio desprende de sí un fragmento que va a valorizarse a la tasa general de ganancia, cuando no a una mayor, gracias a tener la escala de un capital de monto específicamente restringido. De modo que, en la medida correspondiente, el capital medio se acumula a contrapelo de su necesidad general de ampliar constantemente el alcance social del trabajo cuyo control consciente domina de manera privada. Al mismo tiempo, recupera del tacho de los desperdicios porciones materiales suyas convertidas en obsoletas por el crecimiento de la escala requerida para competir en el mercado mundial, pero que aparecen como de última generación frente a la escala del mercado interno para el que las pone a funcionar. El capital industrial medio se valoriza así liberado, en la proporción correspondiente, de su necesidad histórica genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad sobre la base de avanzar constantemente en la transformación del trabajo libre individual en una potencia inmediatamente social.

Este modo de apropiación por el capital industrial de la plusvalía que originariamente escapara de sus manos bajo la forma de renta diferencial y del caso de la renta de simple monopolio absoluto al que hicimos referencia, toma necesariamente forma concreta a través del cierre del mercado interno al capital medio del mercado mundial que no desprende de sí un fragmento de monto específicamente limitado para ponerlo a valorizar como capital industrial dentro del ámbito nacional en cuestión. Esta es una condición que los propios capitales medios necesitan imponerse entre sí para realizar la apropiación. De no hacerlo, los que produjeran desde el exterior y, por lo tanto, incurriendo en los costos determinados por la escala correspondiente al abasto del mercado mundial, arrasarían con los fragmentos de capital medio que operan con una escala específicamente adecuada a la escala restringida del

mercado interno. Pero, al mismo tiempo, esta fragmentación es un momento necesario en la generación del curso de apropiación de la renta. De ahí que sean los fragmentos de escala específicamente restringida de los capitales más concentrados del mundo los primeros en clamar por la protección del estado nacional del país en que se instalan, argumentando su condición de capitales industriales incipientes en lucha por consolidarse frente a la competencia externa.

El cierre relativo del ámbito nacional de acumulación de capital presupone la autonomía política del estado nacional. Con lo cual esta modalidad nacional de acumulación choca con la organización colonial del abasto de materias primas y la formación de mercados para la exportación directa desde los países donde la acumulación toma su forma más simple. Por lo mismo, los fragmentos específicamente restringidos que los capitales medios que se valorizan de modo simple en esos países desprenden de sí necesitan ser representados políticamente de un modo también específico. Esto es, necesitan ante todo ser representados por su propio estado nacional, a través de la relación de éste con el estado nacional formalmente autónomo donde los fragmentos se van a valorizar. Y como la existencia de este segundo estado no es sino la forma concreta de realizarse un aspecto particular del proceso de acumulación de la porción del capital social políticamente representado por el primero, no caben muchas dudas respecto de cuál de los dos estados va a tener más fuerza política y militar cuando se enfrentan formalmente como iguales en la relación internacional.

Sin embargo, al interior de su propio ámbito nacional, el estado local juega un papel mucho más lucido. Su acción se encuentra en el centro mismo del proceso de apropiación de la renta de la tierra. Se constituye, pues, en el sujeto político que aparece generando mediante su acción directa un proceso nacional de acumulación de capital que, según la magnitud y forma de la renta de la que puede disponer, semeja más o menos uno en que el capital industrial tiende a producir la generalidad de las mercancías que se consumen en el mercado interno. El propio aparato del estado aparece así invertido como el sujeto social capaz, no ya de representar políticamente de manera general al proceso nacional de acumulación, sino de engendrar por sí mismo a este proceso. Los fragmentos de capital medio suman de este modo a su representación internacional por su propio estado nacional de origen, su representación política local ejercida por el aparato estatal mismo del país en que se asientan. Sin embargo, este proceso nacional de acumulación debe tomar necesariamente la forma concreta de un proceso políticamente autónomo. De modo que la constitución de su estado nacional sólo puede ser obra de la acción de las clases sociales locales.

La primera clase social que acciona de manera directa por la formación del estado nacional autónomo es la de los terratenientes locales que van a comenzar a apropiarse renta tan pronto como se ponga la tierra en producción.

En asociación con la clase terrateniente en el proceso de formar el estado nacional autónomo, aunque esta asociación presente la forma de una lucha a muerte por la apropiación de la renta, acciona la pequeña burguesía nacional. Esta se engendra a sí misma como propietaria de la masa de pequeños capitales que constituyen la base sobre la que se asienta luego la entrada desde el exterior de los fragmentos de capital medio. A su vez, la expansión del pequeño capital, tanto genuino como fragmento particularmente limitado de capital medio, engendra a la clase obrera nacional. Puede ser que esta clase obrera nacional tenga su origen en la transformación de los antiguos campesinos locales, o se haya originado mediante la importación de obreros desde otros países. Pero, en cualquier caso, acaba determinada de manera específica por la especificidad misma del proceso nacional de acumulación. Por mucho que se enfrente a la pequeña burguesía local y a los representantes locales de los fragmentos de capital medio por la compraventa de su fuerza de trabajo a su valor, se encuentra con que tiene su propia reproducción inmediata como clase obrera en activo sujeta a la reproducción del proceso nacional de acumulación de capital. Y, por lo tanto, sujeta a la reproducción de la especificidad de éste. Con lo cual, el partido que representa de manera general a la clase obrera nacional actúa como representante político específico de esta reproducción. Sin ir aquí más lejos, esto quiere decir que tiene como necesidad inmediata el asociarse a esas dos personificaciones del capital industrial que opera localmente en la lucha contra los terratenientes por la apropiación de la renta del suelo. Otro tanto le ocurre respecto del enfrentamiento que sostiene este capital con los capitales medios que operan en el mercado mundial como simples exportadores de mercancías en general. La representación política general del proceso nacional de acumulación de capital cobra así una expresión ideológica característica, el populismo.

El proceso nacional de acumulación hacia donde fluye primariamente la renta diferencial y la del caso específico de la de simple monopolio está lejos de haber convertido esta masa de riqueza social en un capital industrial concentrado en la escala suficiente como para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Por el contrario, sólo tienen cabida en él los pequeños capitales y los fragmentos específicamente restringidos de capital medio. Esto es, dos formas de capital industrial cuya existencia es, en sí misma, la negación de ese desarrollo y, por lo tanto, la negación de la razón histórica de existir del modo de producción capitalista. Al mismo tiempo, al verse ligada de manera específica en su gestación y reproducción inmediata a esas dos formas de capital, la clase obrera nacional se ve despojada de las potencias para revolucionar las condiciones materiales del proceso social de producción, y con ellas, para revolucionar al modo de producción mismo, que genéricamente le pertenecen. Sin embargo, todas las determinaciones de esta negación se ocultan, y aparecen invertidas, en cuanto

se las mira desde un punto de vista prisionero de la apariencia de proceso nacional que presenta la acumulación de capital.

Desde ese punto de vista, la acumulación de capital deja de presentarse como un proceso cuya unidad está determinada por su esencia mundial, que se realiza tomando forma de procesos nacionales mutuamente independientes. Por el contrario, la acumulación de capital aparece siendo por su esencia, y no por su forma, un proceso nacional. Parece así que todo proceso nacional de acumulación de capital tiene, en esencia, la potencialidad de abarcar la producción de mercancías en general poniendo en acción la capacidad productiva del trabajo correspondiente a la valorización del capital portador del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. La evidencia obvia de que los procesos nacionales de acumulación de capital en cuestión se encuentran vacíos de esa potencialidad, se representa invertida como la expresión de su insuficiente desarrollo. Insuficiente desarrollo que, a su vez, aparece no pudiendo ser sino una mera etapa en el curso natural de todo proceso de acumulación de capital hacia la realización de su esencia nacional. La negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad se representa así invertida como la afirmación de un proceso nacional de acumulación de capital en «vías de desarrollo». Y si este proceso no logra alcanzar la apariencia de ese supuesto «desarrollo pleno» como proceso nacional autónomo de acumulación, la cuestión se resuelve afirmando que tal circunstancia sólo puede deberse a la aplicación de políticas económicas «incorrectas» o la presencia de alguna «deformidad» o «comportamiento perverso» internos; por ejemplo, el comportamiento «poco capitalista» de los terratenientes.

A esta apologética desembozada de la acumulación del capital liberado de su necesidad genérica de desarrollar las fuerzas productivas sociales, se le opone lo que a primera vista aparece como su crítica irreductible. Sin embargo, ella parte también de la apariencia de que la acumulación de capital es un proceso nacional por su esencia. Y, por lo tanto, de atribuirle al capital una potencialidad de la que no sólo carece, sino que es la opuesta a la que verdaderamente encierra su existencia bajo la forma concreta que toma en los ámbitos nacionales en cuestión. Esta carencia se manifiesta precisamente en la impotencia que tiene el capital industrial nacional, salvo el portador de la renta de la tierra, para cerrar su ciclo de rotación vendiendo en el mercado mundial. Tal impotencia brota de la insuficiencia de la capacidad productiva del trabajo que pone en acción, debido a la insuficiencia de su escala en relación con la determinada por la formación de la tasa general de ganancia en la unidad mundial de la acumulación. Pero, al considerar el recorte nacional de la acumulación como la unidad natural de ésta, la normalidad correspondiente a esta unidad mundial se presenta ideológicamente invertida: no es que el capital nacional tiene un grado de concentración insuficiente, sino que los que lo enfrentan en el mercado mundial tienen una concentración anormalmente excesiva. Inversión que sólo puede cerrar sobre sí misma mediante la reducción

de toda diferenciación esencial en la capacidad de acumulación de unos y otros capitales a su manifestación en la circulación y en las formas políticas y militares de ésta.¹³

Las limitaciones específicas con que choca la expansión de la escala de estos procesos nacionales de acumulación de capital debido a estar basados en la negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad se presentan así invertidas como una circunstancia externa a ellos sobre una doble base. Por una parte, la potencia que les da a los capitales que alcanzan el nivel normal de concentración requerido para vender en el mercado mundial el hecho de ser portadores del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, frente a los que subsisten a contrapelo de este desarrollo, se representa ideológicamente como el ejercicio de un abstracto carácter «monopolista». Por la otra, la potencia que le da a un estado nacional ser el representante político de un proceso nacional de acumulación portador en su unidad del desarrollo de las fuerzas productivas sociales sobre un estado que representa políticamente a una negación específica de este desarrollo, se concibe ideológicamente como el ejercicio de un abstracto carácter «imperialista». En resumen, la afirmación de la autonomía política del proceso nacional de acumulación como condición para que la renta diferencial y, eventualmente, la de simple monopolio absoluto a la que hicimos referencia, sean apropiadas por los capitales medios que se valorizan como tales desde otros ámbitos nacionales, lo cual libera parcialmente a estos capitales de su necesidad genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, se concibe ideológicamente invertida como un proceso de «liberación nacional» contra el «imperialismo monopolista».

El avance general en la concentración y centralización del capital tiene un doble efecto sobre la reproducción de la especificidad de estos procesos nacionales de acumulación. Por una parte, profundiza continuamente la brecha entre la capacidad productiva del trabajo que debe ponerse en acción para competir en el mercado mundial, y la que cabe dentro de la magnitud específicamente restringida del mercado nacional. De modo que la reproducción del proceso nacional de acumulación tiene por condición la disponibilidad de una masa cada vez mayor de renta de la tierra para compensar la brecha en la productividad. Por la otra, el avance de la concentración y centralización en los términos relativos que caben al interior del ámbito nacional toma necesariamente una forma específica. Se trata de la expropiación y liquidación de los simples pequeños capitales a manos de los fragmentos particularmente restringidos del capital medio que operan dentro del país. Esta expropiación barre con la plusvalía que dejan pendiente de apropiación esos pequeños capitales, y que constituye una de las fuentes que le habilitan al capital medio su fragmentación para operar en la escala restringida del mercado interno. Al mismo tiempo, multiplica la masa de fragmentos de capital medio cuya valorización se basa de manera específica en la apropiación de renta de la tierra y de la

13. Véase Nota 5.5: Sobre la teoría del imperialismo, en la página 172.

plusvalía liberada por el pequeño capital. En cuanto la renta de la tierra cesa de crecer a la velocidad acelerada necesaria para compensar la profundización de la brecha en la capacidad productiva del trabajo y la reducción absoluta y relativa de la plusvalía liberada por el pequeño capital, el proceso nacional de acumulación choca contra un límite específico a su reproducción. Entra en una contracción de su escala, que puede ser desde meramente relativa respecto de la marcha mundial de la acumulación, a directamente absoluta. Con lo cual su reproducción pierde su condición original de base específica para la expansión de la demanda local de fuerza de trabajo. Se constituye, por el contrario, en una fuente correspondientemente específica de población obrera sobrante que va camino a consolidarse en su condición de tal. Antes, remedaba un simple proceso nacional de acumulación de capital basado en la producción de la generalidad de las mercancías en él, y, por lo tanto, un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Ahora, pone de manifiesto de manera inmediata el verdadero contenido que ha tenido como contrarrestante de ese desarrollo, y, por lo tanto, como fuente de miseria y sufrimiento multiplicados para la clase obrera.¹⁴

El desarrollo de la acumulación de capital con base en la producción de plusvalía relativa tiene todavía otro efecto sobre la especificidad de los ámbitos nacionales. Va transformando de manera masiva a las poblaciones campesinas radicadas fuera de los países en donde toma su forma más simple en una población obrera sobrante. En parte, el capital produce esta superpoblación en una magnitud tal que ya no guarda proporción con su necesidad de contar con un ejército industrial de reserva. La consolida así en tal grado como sobrante, que la priva de toda subjetividad productiva potencial para él. Cuando no la reduce a esta condición desesperante, el capital convierte a esa masa campesina en una población obrera de donde proveerse de la fuerza de trabajo cuya subjetividad productiva consiste en funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna división manufacturera del trabajo. De modo que la va

14. Las características materiales de la producción agraria portadora de la renta, y la magnitud y complejidad que alcanza el proceso nacional de acumulación de capital en base a ella, hacen de la Argentina el caso concreto más rico para el estudio de esta modalidad nacional específica de acumulación. He desarrollado el estudio concreto de la misma en mis trabajos Juan Iñigo Carrera. *La acumulación de capital en la Argentina*. Buenos Aires: CICP, 1999; Juan Iñigo Carrera. «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino». En: *Realidad Económica*, n.º 171: Buenos Aires (abril-mayo de 2000), págs. 52-75; Juan Iñigo Carrera. «La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina». En: *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, n.º 15: Río de Janeiro (diciembre de 2004), págs. 88-110; Juan Iñigo Carrera. «Argentina: The reproduction of capital accumulation through political crisis». En: *Historical Materialism*, vol. 14, n.º 1: Londres (2006), págs. 185-219; Juan Iñigo Carrera. *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*. Vol. 1. Buenos Aires: Imago Mundi, 2007.

generando como una superpoblación obrera latente hasta que el desarrollo de la automatización le permite fragmentar de manera ostensible la reproducción de los obreros portadores de los dos tipos de subjetividad productiva propias de la gran industria. Entonces, la pone efectivamente en acción sobre la base de la diferenciación específica de su reproducción respecto de la que es portadora directa del desarrollo de la capacidad productiva del trabajo mediante el avance en el control objetivado de las fuerzas naturales.

Sea que se trate de una población sobrante consolidada, de una latente, o de una población obrera que se mantiene en activo sobre la base de la degradación de su subjetividad productiva, el capital necesita sacarse de encima toda relación directa entre ella y la porción de la clase obrera portadora de la subjetividad productiva que avanza en el control de las fuerzas naturales. Incluso, necesita que desaparezca toda relación directa entre ella y la porción de la clase obrera de subjetividad productiva degradada, o simplemente sobrante, que debe mantener localizada en contacto directo con la portadora de la subjetividad productiva en desarrollo. Toda relación directa que las primeras porciones de la población obrera mantengan con las segundas, constituye una traba para la diferenciación de sus condiciones de reproducción. Y el capital no puede liberarse de reproducir a las segundas sobre la base de las condiciones que corresponden a la reproducción de la fuerza de trabajo portadora de los mayores atributos productivos.

La relación directa que más se opone a la diferenciación en las condiciones de vida de la clase obrera según la subjetividad productiva que el capital determina para sus distintas porciones, es la de ciudadanía de un mismo estado nacional. Y el sistema colonial establece una relación directa de ciudadanía que une a las dos porciones de la clase obrera que nos ocupa, por más cípicamente asimétrica que esta relación sea. A medida que territorios enteros avanzan hacia la condición de reservorios de población obrera sobrante, a los fragmentos nacionales del capital social que se acumula de modo simple deja de interesarle tener en sus manos el control político directo sobre los mismos. Esto ocurre más aún, cuando se encuentra todavía en pleno desarrollo la fase general de producción relativamente indiferenciada de la fuerza de trabajo en activo. El sistema colonial pierde así la última base de su existencia. No en vano avanza el momento de que el supuesto *commonwealth* deje paso al abierto *each man for himself*. Los estados colonialistas agudizan entonces su opresión directa sobre la población y la economía de las colonias hasta lograr que la independencia política de éstas se constituya en una condición para la reproducción inmediata de la vida humana en ellas, aun como población sobrante. Ha llegado la hora de las revoluciones anticolonialistas triunfantes.

La apologetica capitalista basada en la inversión de la unidad mundial de la acumulación de capital como un atributo inherente a cada proceso nacional, vuelve a escena. Desde su punto de vista, la determinación de la población de los nuevos ámbitos nacionales como una superpoblación obrera despojada de

su subjetividad productiva por el avance de la acumulación del capital, aparece como la consecuencia del insuficiente desarrollo de ésta en los nuevos ámbitos nacionales. Lo que es producto del pleno desarrollo mundial del capital se representa así como su opuesto, como el producto del «subdesarrollo» nacional. Esta apologética tiene su correspondencia en la crítica aparente que parte de la misma inversión. Cuanto más logra el capital alimentar su acumulación sobre la base de diferenciar la reproducción de la fuerza de trabajo según los atributos productivos que demanda de cada uno de los fragmentos de la clase obrera, más se libera de su necesidad genérica de producir un obrero de subjetividad productiva universal. Con lo cual, más logra acumularse pese a ir a contramano de su necesidad histórica genérica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. Sin embargo, la crítica basada en la aparente esencia nacional de la acumulación ve un contenido inverso en las formas políticas concretas que toma el proceso en que el capital se libera de esta necesidad histórica suya. Según ella, se trata de la derrota del «imperialismo» ejercido por los estados nacionales del capital «monopolista», a manos de los procesos de «liberación nacional» de los «pueblos oprimidos».

Nota 5.1: Sobre la teoría del capital financiero

Hilferding parte de reconocer que la expansión del capital prestado a interés, y con ella la del capital bancario como su agente, no son sino la forma concreta que toma la centralización del capital industrial a partir de cierto grado de desarrollo de la acumulación en base a la producción de plusvalía relativa.¹⁵ Desde este punto de vista resulta evidente que tal modalidad de centralización no implica una transformación en las condiciones materiales portadoras de la valorización del capital social, más allá de la que resulta de la aceleración de la centralización misma. No se trata de una transformación del tipo encerrado por el paso de la cooperación simple a la división manufacturera del trabajo, y de ésta al sistema de la maquinaria de la gran industria. Sin embargo, Hilferding pasa a continuación a otorgarle al capital así centralizado una especificidad histórica propia. Por supuesto, no puede buscar esta especificidad al interior del proceso de producción del capital, es decir, allí donde el modo de producción capitalista realiza su potencialidad histórica específica al transformar la materialidad del proceso de trabajo. La especificidad en cuestión se reduce entonces al cambio formal que ocurre en la circulación respecto de la propiedad sobre el capital industrial. Se trata del «capital financiero», es decir, de un capital cuya especificidad pasa por la titularidad de la financiación del capital industrial.

Desde el principio, la investigación de Hilferding se caracteriza por no penetrar en el desarrollo de la transformación material del proceso de trabajo que es históricamente específica del modo de producción capitalista. La transforma-

15. Rudolf Hilferding. *El capital financiero*. Madrid: Editorial Tecnos, 1973, págs. 253-254.

ción de las fuerzas productivas del trabajo libre individual aislado en fuerzas productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, desarrollada bajo la forma contradictoria de tratarse de una potencialidad propia de la negación del trabajo inmediatamente social (o sea, del trabajo privado) apenas aparece referida de manera abstracta como una cuestión de la socialización del trabajo. Pero desde que enuncia la categoría del capital financiero en adelante, Hilferding reduce absolutamente toda potencialidad histórica del modo de producción capitalista a la inmediatez de la agudización del antagonismo de clases por esta forma en que se centraliza el capital. No es ya que la centralización refleja la constante expansión del carácter inmediatamente social y conscientemente organizado con que se realiza cada porción del trabajo privado. Ni que esta expansión lleva necesariamente al punto en que la realización material del proceso de trabajo impone la disolución del trabajo privado en la organización consciente general del trabajo social. Ni que, como forma plena del desarrollo de las fuerzas productivas del obrero colectivo que organiza conscientemente su proceso de trabajo inmediatamente social como un atributo del trabajo privado, esta transformación en la materialidad del proceso de trabajo tiene a la revolución social efectuada por la clase obrera como forma concreta necesaria de realizarse. Por el contrario, para Hilferding, sin que medie transformación material alguna en el proceso de trabajo, la centralización financiera del capital habilita la imposición revolucionaria de la organización consciente de la producción social por la clase obrera:

«... el triunfo [del proletariado] no puede sino salir de la lucha continua contra esta política [la del capital financiero], porque únicamente el proletariado puede ser entonces el heredero de la derrota a que tiene que conducir esta política, teniendo en cuenta que se trata de un colapso político y social y no económico, que no es en ningún modo un concepto racional».¹⁶

Esta contraposición de lo económico a lo social (uno bien podría preguntarse si, para Hilferding, lo económico será natural o divino, ya que es opuesto a lo social) refleja cómo la categoría de capital financiero va sirviendo para separar ideológicamente el contenido, la transformación material del proceso de trabajo que se rige históricamente por la acumulación de capital, de su forma necesaria de realizarse, la lucha de clases. Lenin da el paso siguiente en esta abstracción:

«Traducido al lenguaje común, esto significa: el desarrollo del capitalismo ha llegado a un punto tal, que, aunque la producción de mercancías sigue “reinando” como antes y siendo considerada como la base de toda la economía, en realidad se halla ya quebrantada, y las ganancias principales van a parar a los “genios” de las maquinaciones financieras. En la base de estas maquinaciones y de estos chanchullos se halla la socialización de la producción; pero el inmenso progreso

16. *Ibíd.*, pág. 415.

logrado por la humanidad, que ha llegado a dicha socialización, beneficia [...] a los especuladores».¹⁷

Toda la complejidad concreta de la organización autónoma del proceso de metabolismo social que transforma a la relación social general materializada en el sujeto concreto inmediato de la producción y el consumo sociales, y cuya unidad material se realiza en el movimiento del capital social regido por la formación de la tasa general de ganancia, aparece reducida a un abstracto «sigue “reinando”», que no hay comillas que puedan concretar, y a un más abstracto aún «sigue [...] siendo considerada», que vaya a saberse qué relación tiene el innombrado sujeto de esta consideración con alguna determinación real. Al mismo tiempo, el desarrollo histórico propio de esta organización autónoma de la producción social aparece representado como su abstracta negación externa: se «halla ya quebrantada». ¿Y qué rige entonces la producción social si la relación social general se encuentra quebrantada? «Las maquinaciones financieras [...] de los especuladores» en su propio beneficio. Esto es, de simples personificaciones de la organización autónoma de la producción social por la acumulación del capital, los capitalistas se han liberado de sus determinaciones y se han convertido, como capitalistas financieros, en los sujetos que rigen por sí, mediante sus «maquinaciones y chanchullos», la acumulación de capital. Y tan pronto como la organización autónoma de la producción social aparece reducida a la acción libremente voluntaria de los capitalistas financieros, la necesidad histórica de la superación del modo de producción capitalista por el desarrollo de las potencias materiales de la clase obrera para tomar conscientemente en sus manos la organización de la producción social aparece no teniendo más determinación que la libre voluntad política de la misma.

A esta abstracción la sigue la de quienes se limitan a declarar liquidada la necesidad de dar cuenta de cualquier determinación concreta de la acumulación de capital que trascienda la apariencia inmediata de las formas políticas con invocar el nombre del capital financiero y la autoridad teórica de Lenin. Y es aquí donde la inversión de la especificidad propia del proceso de producción de plusvalía por una especificidad que brota de la titularidad de la financiación del capital muestra la plenitud de su contenido. Esta inversión tiene la virtud ideológica de presentar al capital bancario, cuyo movimiento no es sino el reflejo del movimiento del capital industrial, como si fuera el verdadero sujeto de la acumulación. Al mismo tiempo, el movimiento del capital industrial, o sea, el lugar donde ocurre efectivamente la explotación de la clase obrera, pasa a un discreto segundo plano. Aparece dominado por el movimiento supuestamente autónomo del capital bancario. Con lo cual la categoría capital financiero sirve a la pequeña burguesía para presentar ideológicamente invertido el contenido de su lucha contra la concentración y centralización del capital. Para empezar, le sirve para presentar a la clase obrera como el enemigo natural del proceso

17. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, págs. 27-28.

de concentración y centralización, cuando éste es vehículo del desarrollo de sus potencias revolucionarias. Al mismo tiempo, le sirve para presentarse a sí misma, doblemente enemiga de la clase obrera como personificación del capital en general y del capital portador de la negación del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad en particular, como si fuera el aliado natural de la clase obrera en la lucha de ésta por superar las rémoras del modo de producción capitalista, cuando realmente sueña con un capitalismo cuya eternidad se encuentre garantizada por la ausencia de la concentración y la centralización del capital.

Nota 5.2: De la teoría de la competencia imperfecta a la teoría del capital monopolista

La economía neoclásica ha hecho un culto de reducir toda determinación orgánica de la valorización del capital a las apariencias de la circulación, para luego reducir éstas a la abstracción de juguetos teóricos, representados matemáticamente, del tipo «qué debo hacer si yo creo que él cree que yo creo que...». Por supuesto, se cuida muy bien de cerrar el ciclo para explicar de dónde sale la ganancia extraordinaria del monopolio. En el mejor de los casos, da por terminada la cuestión declarando que las consecuencias las pagan «los consumidores». Ni siquiera entonces se hace la pregunta obvia: ¿quiénes son «los consumidores»? Según la propia teoría neoclásica, los consumidores se encuentran en condiciones de actuar como tales por ser, a la vez, poseedores de los «factores de la producción» cuyos servicios venden. La oferta de estos «factores», como cualquier otra, se encuentra regida por el «principio de la utilidad total creciente y la utilidad marginal decreciente». Se trata de un principio intrasubjetivo tan por completo independiente del nivel de los precios como que él es la causa de éstos. Dicho a la inversa, toda función de utilidad es independiente del precio. Tan pronto como, en su condición de «consumidor», el poseedor de uno de estos «factores de la producción» tuviera que pagarle al monopolista un precio superior al «de equilibrio de la competencia perfecta», vería caer la utilidad que le produce la venta de dicho factor respecto de la utilidad que tiene para él el «bien» que posee por naturaleza en oposición a esa venta. Si se tratara de un poseedor del «factor capital», la «retribución» que recibiría por éste no le compensaría ya la «utilidad marginal decreciente en el tiempo» correspondiente a la «espera» que debe realizar. Si se tratara de un poseedor del «factor trabajo», la «retribución» que recibiría por éste no le compensaría ya el «sacrificio de ocio» que debe realizar. En consecuencia, siempre según los fundamentos de la economía neoclásica, se retraería la oferta de dichos «factores». Esta retracción haría subir su precio por encima de su «productividad marginal», «técnicamente» determinada por la «función de producción». Con lo cual se retraería la demanda de los «factores de la producción». Pero esta retracción no reestablecería el «equilibrio», ya que, por la presencia del «precio de monopolio» que deben pagar los poseedores de los

«factores de la producción», el precio de oferta de estos «factores», determinado por el «principio de utilidad», necesita ubicarse por encima del precio correspondiente a su «productividad marginal», por muy en «competencia perfecta» que ellos se encuentren entre sí. ¿De dónde sacarían «los empresarios» que ponen en acción los «factores de la producción» la capacidad para pagar estos sobrepuestos? Tal vez el monopolista pudiera pagarlos, claro que al costo de decirle adiós al beneficio del monopolio. Pero ¿y el resto que opera en mercados de «competencia perfecta»? *Mutatis mutandi*, lo mismo ocurriría si se tratara de un monopsonista cuya ganancia de monopolio se originara en que los «factores» en cuestión se vendieran por debajo de su propio precio de equilibrio en «competencia perfecta».

En los propios términos de la economía neoclásica, la existencia de un «precio de monopolio» no constituye una determinación particular al «equilibrio general», que aleja a éste del «óptimo de bienestar social». Por el contrario, encierra una contradicción en los términos que implica la imposibilidad misma del «equilibrio general». Lo cual es lo mismo que afirmar la imposibilidad de la reproducción del modo de producción capitalista en su unidad. Conclusión ciertamente odiosa para una teoría que tiene por toda razón de existencia la apologética de ese modo de producción, presentándolo como la forma naturalmente equilibrada de la organización de la vida humana.

Si liberamos la cuestión de la pedantería pseudoanalítica con que la adorna la economía neoclásica, lo que los teóricos del «capital monopolista» deberían explicar se reduce a de dónde sale la ganancia extraordinaria en una rama sin que, al mismo tiempo, su mera existencia implique que los capitales no-monopolistas de las restantes ramas desaparezcan por no poder valorizarse normalmente. Esta imposibilidad de valorizarse normalmente se presentaría de manera directa, en el caso de tener que comprar algún medio de producción a un «precio de monopolio» superior al respectivo precio de producción. Y también de manera indirecta, en cuanto alguna mercancía de las que los obreros necesitan consumir para reproducir su fuerza de trabajo en las condiciones materiales y morales con que las requiere el capital se vendiera a un «precio de monopolio» superior a su precio de producción. En este caso, el conjunto de los capitales individuales se vería forzado a pagar la fuerza de trabajo por encima de su precio normal, so pena de quedarse sin ella por agotamiento. De modo que, salvo el capital monopolista que contaría con la correspondiente ganancia adicional, los demás no podrían valorizarse de manera normal. Claro está que la desaparición de estos capitales acabaría llevándose tras de sí la del capital que supuestamente sacaba un beneficio extraordinario por la forma de su mercado.

Por muy crítica que se considere, la teoría del capital monopolista sólo puede terminar por hundirse en las peores vulgaridades de la economía neoclásica:

«Ciertamente el precio de monopolio se puede fijar de manera empírica, pero su nivel no se puede reconocer objetiva y teóricamente, sino sólo concebido psicológica y subjetivamente».¹⁸

Como es norma entre este tipo de economista, Hilferding imputa sus propias incoherencias a Marx:

«La economía clásica, en la que incluimos también a Marx, ha eliminado por eso, de sus deducciones el precio de monopolio, el precio de las mercancías que no pueden elevarse a capricho».¹⁹

Sobre esta base, la libre elección de los capitalistas monopolistas entre producir más o menos para vender a menor o mayor precio pasa a ocupar el lugar de la unidad material del movimiento del capital social realizada mediante la formación de la tasa general de ganancia, que rige la acción de los capitales individuales. Basta con considerar una sociedad en donde todas las ramas de la producción estuvieran monopolizadas, es decir, hubiera un solo capital individual en cada una de ellas, para poner en evidencia la vacuidad de esta inversión. Ninguno de estos capitales podría valorizarse normalmente a más de la tasa general de ganancia por muy monopolista que cada uno de ellos fuera, a no ser que se caiga en afirmar que algunos son más monopolistas que los otros. La centralización completa del capital en las distintas ramas se expresa dando dos peculiaridades a la competencia como forma concreta de realizarse la tasa general de ganancia. En primer lugar, la venta por debajo del precio de producción social vigente, pero por encima del que se alcanza poniendo en acción una productividad del trabajo aumentada, permite realizar la correspondiente ganancia extraordinaria, pero no a expensas de los capitales de la propia rama, sino de los de otras. Como todas las ramas ejercen este desplazamiento mutuo, el precio comercial en cada una tiende al nivel del nuevo precio de producción. Se genera así plusvalía relativa, en tanto la disminución del precio de producción ocurre en las ramas que directa o indirectamente producen medios de vida para los obreros. En segundo lugar, como todo avance en el proceso de concentración del capital, la centralización absoluta de éste dentro de cada rama desarrolla la determinación de la acción directa del capital social a través de su representante político, el estado, como forma concreta necesaria de realizarse la competencia entre los capitales medios. Pero Hilferding elude la cuestión saltando del análisis de las apariencias propias de la cartelización en una rama, a las fantasías acerca de una cartelización absoluta del capital social, en donde el dinero dejaría de existir porque se trataría de una producción capitalista (o sea, de plusvalía) directamente organizada como una producción de valores de uso.²⁰ Más allá del monopolio sobre determinadas condiciones naturales o el impuesto por la fuerza directa, el único monopolio que puede

18. Hilferding, *El capital financiero*, pág. 257.

19. *Ibíd.*

20. *Ibíd.*, págs. 257-265.

producir una ganancia extraordinaria es aquél que se ejerce sobre una técnica de producción que permite poner en acción una capacidad productiva del trabajo superior a la media social. Fuera de esto, la ganancia extraordinaria que parece apropiarse por las formas del mercado no surge de la existencia de capitales monopolistas sino de la subsistencia de los capitales de monto insuficiente que se relacionan con los capitales medios en la circulación. Pero Hilferding no puede ver que el capital cartelizado y el no cartelizado no son sino las formas concretas tomadas respectivamente por el capital medio y por el pequeño capital que tiene ante sus ojos. Al aceptar las apariencias de la circulación como la causa de la diferenciación en las tasas de ganancia, acaba presentando invertida a la verdadera determinación que rige la valorización normal concreta del pequeño capital industrial – esto es, su equiparación con el capital prestado a interés – como si fuera una barrera con la que tiene que lidiar la dinámica económica impuesta por la libre subjetividad del capitalista monopolista.²¹

Una vez más, Lenin toma la categoría de capital monopolista tal como se la sirve Hilferding, y la consagra como base específica de la moderna marcha de la acumulación de capital y de sus potencias históricas.²² Luego, se convierte en un lugar común presentar la bandera ideológica de la pequeña burguesía invertida como si fuera la expresión acabada de la conciencia científica de la clase obrera.

Un ejemplo particularmente elocuente, que ha dejado marca en la teoría del capital monopolista, es el siguiente:

«Cuando decimos que las corporaciones gigantes son artífices de precios, queremos decir que ellas pueden y eligen los precios que han de cobrar por sus productos. [...] ¿Qué es lo que determina cuáles precios se cobrarán dentro de esta escala? La respuesta más simple es la que da [...] la tradicional teoría monopolista de los precios de la economía clásica y neoclásica. Lo que los economistas han tratado hasta ahora como un caso especial resulta ser, bajo las condiciones del capitalismo monopolista, el caso general».²³

Afirmado lo cual, a esta teoría del capital monopolista todo se le hace reducir la unidad de la organización del trabajo social en el modo de producción capitalista a la más crudamente vulgar invocación de «anatemas», «apostar solamente a lo que es seguro», «proscribir la reducción de precios», «tabúes poderosos», «largas y amargas experiencias», «los intereses de fuerzas poderosas dentro en la sociedad», la supresión de «peligrosas incertidumbres», etc.²⁴

21. Hilferding, *El capital financiero*, pág. 260.

22. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pág. 42 y 160.

23. Paul Baran y Paul Sweezy. *El capital monopolista, ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1988, pág. 50 y 52.

24. *Ibid.*, págs. 51-52.

Nota 5.3: Sobre la teoría de la imposibilidad de la realización de la plusvalía al interior del modo de producción capitalista

Marx aclara desde el principio que, pese a que en la práctica el obrero adelanta al capitalista su fuerza de trabajo y ésta recién se le paga después de haber entregado su valor de uso, va a partir de considerar al capital variable como adelantado para enfocar las determinaciones del capital en toda su pureza (Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, pág. 128). Es así que, en los esquemas de la reproducción ampliada, la conversión de la porción de la plusvalía extraída en un ciclo en el capital variable expandido del siguiente aparece efectuada mediante el adelanto a los obreros adicionales del valor de su fuerza de trabajo. De manera consistente con esta consideración, los obreros adicionales recién producen su propia fuerza de trabajo mediante la compra de los medios de vida necesarios para ello con esos fondos, es decir, después de haberla vendido e inmediatamente antes de ponerla a funcionar productivamente para el capital. Los esquemas reflejan de este modo simplificado la determinación concreta propia de la producción y reproducción de la vieja y la nueva fuerza de trabajo. En ésta, el valor de los medios de vida requeridos por los futuros obreros se encuentra incluido en el valor de la fuerza de trabajo de sus padres hasta que, más violenta o más suavemente y aunque el salario de los padres no disminuya, va dejando de estarlo. Con lo cual, la familia obrera sólo puede continuar reproduciendo su vida como tal mediante la incorporación de los hijos a la fuerza de trabajo activa adicional que demanda la acumulación del capital. Tanto bajo la forma simplificada en que se basan los esquemas como en su forma concreta, la plusvalía destinada a la ampliación del capital variable viene al mundo materializada en los valores de uso que los nuevos obreros van a pagar con su salario. Luxemburg pasa por alto la coherencia que corresponde a la representación en los esquemas de todo el capital variable como adelantado. Comienza entonces, como buena economista marxista, por fabricar el «problema de la realización de la plusvalía para la acumulación» que Marx no ha podido resolver, para hacer finalmente referencia a los «errores» de Marx (Rosa Luxemburg. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968, pág. 143 y 149). A partir de su falso problema, Luxemburg construye una falsa solución:

«Esta [la realización de la plusvalía] está ligada, de antemano, a productores y consumidores no capitalistas como tales. Por tanto, la existencia de adquirentes no capitalistas de la plusvalía es una condición de vida directa para el capital y su acumulación. En tal sentido, tales adquirentes son el elemento decisivo en el problema de la acumulación de capital» (ibíd., pág. 332).

En cuanto sus supuestos adquirentes son señalados como abstractos compradores, Luxemburg se apresura a dar por respuesta:

«... lo que hoy saben hasta los niños: que cuando se exportan las mercancías, no se aniquilan, sino que se *cambian*, comprándose con ellas *otras* mercancías

en aquellos países y capas no capitalistas, que sirven para proveer a la economía capitalista de medios de producción y consumo» (Luxemburg, *La acumulación del capital*, págs. 500-501).

Ahora bien, según la propia Luxemburg los capitalistas no habían tenido problema alguno en realizarse mutuamente la plusvalía portada en los medios de producción necesarios para ampliar la escala de la acumulación, ni la portada en los medios de vida para el consumo individual de su clase. Tampoco para venderse mutuamente los medios de producción en que se encuentra materializado el capital constante consumido, ni para venderle a los obreros anteriormente en actividad los medios de vida correspondientes al capital variable consumido. El único problema que enfrentaban era la realización de la plusvalía destinada a la ampliación del capital variable, porque supuestamente no podían ser los nuevos obreros quienes les compraran las mercancías portadoras de esa plusvalía. Así que la única venta exterior que cabe en relación con el supuesto problema de realización es la de estas últimas mercancías. Pero si se tratara de una compraventa, los capitalistas se habrían desprendido de una masa de mercancías que les eran internamente irrealizables sólo para encontrarse en poder de otra masa de mercancías de distinta composición material, pero tan irrealizable internamente como la anterior. Para cumplir la función que Luxemburg les atribuye, los supuestos países y estratos de fuera del capitalismo tendrían que tener la fantástica capacidad de poder comprar sin vender. Bien puede entonces aplicársele a Luxemburg sus propios juicios:

«¡Hasta ese punto puede inducir a error el afán de sutilezas teóricas! Pero es característico, teórica y prácticamente, en todos estos epígonos del marxismo [...] el perder el sentido de la realidad para sumergirse en un “esquema” abstracto, y el tropezar con los hechos de bulto de la vida real, mientras andan a tientas por entre las nieblas de la teoría» (ibíd., pág. 501).

Nota 5.4: De la teoría del desarrollo y del subdesarrollo a la teoría de la dependencia basada en el intercambio desigual

La inversión de la forma nacional como si fuera el contenido de la acumulación de capital, es la base de la apologética vestida de «teoría del desarrollo y del subdesarrollo». La misma va, desde la crudeza de las «etapas del crecimiento económico», pasa por la versión estructuralista del «centro-periferia» – clave para la justificación ideológica de la valorización de fragmentos mutilados de los capitales industriales normalmente concentrados del «centro» como si fueran capitales de incipiente desarrollo en la «periferia»– y llega hasta el abstracto espíritu voluntarista del «evolucionismo» y el «institucionalismo».

La misma inversión tiene su expresión en apariencia acabadamente crítica en la «teoría de la dependencia». En su versión más simple, esta teoría sostiene que un país es dependiente de otro porque, al haberse visto forzado a especializarse en la producción de materias primas para el mercado mundial, su suerte depende de la marcha de la acumulación en ese otro país comprador

de sus materias primas. Al mismo tiempo, su consumo interno de mercancías en general depende de la voluntad de los capitales del otro país para proveerlo. Este planteo parece olvidar que el comercio es un acto de dependencia recíproca, y no un doble movimiento unilateral donde, primero, el vendedor depende de la voluntad del comprador y, luego, a la inversa, el comprador de la voluntad del vendedor. Los propios teóricos de la dependencia acaban reconociendo que la provisión de las materias primas abaratas por la alta productividad del trabajo que las produce en el país exportador, juega un papel clave en la acumulación de capital del país importador. Tan clave, que se llega incluso a afirmar que dicha provisión ha transformado la base misma de esta acumulación.²⁵

¿Cómo es, entonces, que el país en cuestión no es «dependiente» del exportador de materias primas? A la «teoría de la dependencia» le quedan entonces dos caminos. Uno, afirmarse simplemente sobre la base de las apariencias inmediatas de la relación asimétrica, fundando la «dependencia» en la «dominación» basada en la «fuerza» económica, política y militar obviamente distinta de cada parte.²⁶ Esta vertiente fluye hacia la teoría del imperialismo, sobre la que avanzaremos más adelante. El segundo camino consiste en buscar un fundamento aparente en el contenido mismo de la organización capitalista de la producción social. Es aquí donde surge la «teoría de la dependencia» basada en el «intercambio desigual».

Según esta teoría, los países que surgen en el curso histórico como productores de materias primas no desarrollan un proceso nacional de acumulación de capital autónomo que abarque la producción de la generalidad de las mercancías porque sufren un drenaje constante de valor en favor de los países en donde esa producción tiene lugar. Este drenaje se debería a que los capitales productores de materias primas tienen una composición orgánica inferior a la de los capitales industriales que producen mercancías en general. De modo que la formación de la tasa general de ganancia en el mercado mundial implica que los precios de producción recibidos por los primeros se ubicarían por debajo de los valores de sus mercancías, mientras que los recibidos por los segundos se ubicarían por encima de los suyos. El consecuente flujo de valor de aquéllos a éstos impediría, entonces, que el capital se acumulara en los primeros hasta abarcar la producción de mercancías en general.²⁷ En primer lugar, esta teoría olvida que el capital aplicado a las producciones agrarias tiene una velocidad de rotación relativamente baja, la cual contrarresta su posible menor composición orgánica en el proceso de formación de los precios

25. Ruy Mauro Marini. «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora». En: *Sociedad y Desarrollo*, n.º 1: Santiago de Chile (enero-marzo de 1972), pág. 39.

26. Theotonio Dos Santos. *La nueva dependencia*. s/ediciones, 1968.

27. Ernesto Laclau. «Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno». En: *El régimen oligárquico*. Compilado por Marcos Giménez Zapiola. Buenos Aires: Amorrortu, 1975, págs. 33-34.

de producción. Segundo, olvida que las mercancías primarias son portadoras de renta de la tierra absoluta y de simple monopolio, con lo cual su precio comercial se ubica por encima de su precio de producción, e incluso por encima de su valor. Tercero, olvida que dicho precio comercial no sólo es portador de dichas rentas sino también de la renta diferencial que corresponde a la alta productividad relativa del trabajo, debida a las condiciones naturales favorables, que justifica la localización de la producción primaria en el país exportador. De modo que la venta de las mercancías primarias en el mercado mundial implica el flujo de plusvalía desde el país importador al exportador, que analizaremos en seguida. Cuarto, más allá de estos flujos, olvida que, en su determinación genérica en la circulación donde se realiza la unidad orgánica del capital social, los capitales industriales individuales son valor que se valoriza sin más diferenciación cualitativa que su propia magnitud. De modo que, lejos de originar una desigualdad en la capacidad de acumulación de los capitales individuales, la formación de la tasa general de ganancia realiza plenamente su igualdad. Los capitales de los países que el propio capital social ha formado como proveedores de materias primas pueden acumularse a la misma velocidad que el de los países productores de mercancías en general. Aun en el supuesto de que hubiera una diferencia sistemática en contra entre el valor y los precios de producción de las mercancías exportadas desde un país, esa diferencia implicaría simplemente que la clase obrera del mismo gasta una masa de trabajo social mayor a la materializada en las mercancías importadas de igual precio de producción. Pero, a la acumulación de capital, este mayor gasto le es por completo indiferente. La teoría del intercambio desigual no es más que el reflejo conceptual de la ilusión pequeño burguesa que cree que la justicia social consiste en el cambio de mercancías como materializaciones de trabajos realizados privadamente de manera individual. Es el digno producto de un leguleyo.

Una versión más sofisticada de la teoría del «intercambio desigual» considera que éste se refiere específicamente a la transferencia de una porción del valor que va más allá de la vista recién. Se trata de parte del valor de la fuerza de trabajo aplicada a la producción primaria en el país «dependiente». El pago de esta fuerza de trabajo por debajo de su valor, fundada en razones «institucionalmente» determinadas, tendría un doble efecto sobre la formación del precio de producción en la unidad del mercado mundial: aumentaría la tasa de plusvalía de los capitales de la producción primaria y, al mismo tiempo, bajaría adicionalmente su composición orgánica.²⁸ Aquí no sólo se olvidan las determinaciones de los precios de las mercancías primarias señaladas anteriormente, sino, además, que estas determinaciones abarcan igualmente a los capitales primarios de los países donde la teoría en cuestión postula que la fuerza de

28. Arghiri Emmanuel. «El intercambio desigual». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*. Imperialismo y comercio internacional (El intercambio desigual), n.º 24: Córdoba (1971). Ed. por Arghiri Emmanuel y cols., págs. 22-24.

trabajo se paga por su valor. Si el bajo salario entrara en la determinación del precio en el mercado mundial, a iguales condiciones naturales, técnicas y de escala determinantes de la productividad del trabajo, la producción primaria sería imposible en estos países.²⁹ De modo que el pago sostenido de la fuerza de trabajo por debajo de su valor como característica específica de un ámbito nacional – cosa que efectivamente ocurre – no constituye una fuente de plusvalía que pueda fluir vía la formación de los precios en el mercado mundial. Ni se deriva de este proceso de formación de precios, como sostiene otra vertiente de la teoría en cuestión.³⁰ Por el contrario, constituye una fuente adicional de plusvalía que es apropiada como ganancia por el conjunto de los capitales industriales y comerciales que operan dentro del país (en caso de que el salario por debajo del valor alcance a toda la fuerza de trabajo nacional) o como renta por los terratenientes (en caso de que se trate de una condición que alcanza sólo a la fuerza de trabajo del sector primario). La determinación y curso posterior de la plusvalía así apropiada sólo pueden ser puestos en evidencia al considerar a los procesos nacionales de acumulación, no como unidades de cuya interacción resulta el proceso mundial de acumulación sino, a la inversa, como formas necesarias con que se realiza la unidad de este proceso mundial.

Por otra parte, la teoría del «intercambio desigual» se extiende para incluir como fuente de tal al hecho de que el capital del país donde el trabajo industrial es más productivo puede hacer contar a éste como si fuera un trabajo más intensivo (es decir, que produce una masa mayor de valor en un tiempo dado) al vender su producto en el otro.³¹ Este argumento pasa por alto que las mercancías industriales en cuestión circulan en el mercado mundial al mismo precio para los países «dependientes» como para los que no lo son. Luego, pueden suceder dos cosas. La primera, que los capitales que producen con la productividad normal del mercado mundial desplacen del mercado interno de los países «dependientes» a los capitales que producen en ellos con una productividad menor, igualándose así el precio interno al del mercado mundial. La segunda, que los capitales de baja productividad de los países «dependientes» reproduzcan su valorización gracias a que los precios internos se mantienen por encima de los del mercado mundial mediante los aranceles de importación que compensan dicha menor productividad. En cualquier caso, no queda diferencia de productividad del trabajo entre uno y otro país que pueda hacerse valer como una diferencia de intensidad al vender en el otro.

El flujo específico de plusvalía desde los países caracterizados por la producción de materias primas hacia los países que las importan encierra una determinación que escapa por completo a las apariencias del «intercambio desigual» y la «dependencia». Pero esta teoría debe su constante reproducción

29. Véase Iñigo Carrera, *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*, vol. 1, págs. 117-119.

30. Marini, «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora», págs. 43-45.

31. *Ibíd.*, pág. 43.

a que genera la apariencia de que los procesos nacionales de acumulación de capital deberían ser recíprocamente independientes entre sí por naturaleza. Y esta apariencia pseudocrítica es una forma ideológica necesaria para la reproducción de dicho flujo.

Nota 5.5: Sobre la teoría del imperialismo

Las categorías de capital monopolista y capital financiero ocultan la especificidad histórica propia del modo de producción capitalista determinada por la transformación en la materialidad del proceso de trabajo regida mediante la producción de plusvalía relativa. Lo hacen al poner las apariencias de las modificaciones que ocurren en la circulación a medida que esta transformación material se va imponiendo bajo las formas concretas de la concentración y centralización del capital, como si fueran el fundamento de la necesidad histórica del capitalismo de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo. El concepto de «imperialismo» hace lo mismo, sobre la base de abstraer el movimiento aparente de las relaciones directas políticas y militares establecidas entre los procesos nacionales de acumulación de capital en las que toma forma concreta la realización del contenido mundial de dicha transformación material. El históricamente inespecífico «imperio» – aplicable igualmente al modo de producción esclavista – es puesto en el lugar del verdadero sujeto social enajenado específicamente inherente al modo de producción capitalista, el capital.

Consideremos tres modalidades históricas de diferenciación de los procesos nacionales de acumulación de capital. La primera consiste en la generación de ámbitos nacionales de acumulación de capital cuya especificidad reside en encontrarse restringidos a producciones en donde las condiciones naturales permiten el ejercicio de una capacidad productiva del trabajo superior a la alcanzada en los ámbitos nacionales de acumulación en donde se producen mercancías en general. Se trata, pues, del simple desarrollo general de las fuerzas productivas de la sociedad bajo la forma en que el modo de producción capitalista necesariamente lo hace, o sea, como un atributo del trabajo privado y, por lo tanto, como un atributo de una porción del trabajo social en oposición a otra. La segunda modalidad consiste en la transformación de la diferenciación nacional anterior en una en la que el capital medio se fragmenta como pequeño capital en el primer tipo de países en base a la apropiación específica de la renta del suelo y la ganancia liberada por los genuinos pequeños capitales locales. En cuyo caso, el capital se acumula yendo a contrapelo de su necesidad histórica de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad. La tercera modalidad corresponde a la fragmentación internacional de la subjetividad productiva de la clase obrera, por la cual el capital abarata específicamente el valor de la fuerza de trabajo destinada a funcionar como apéndice de la maquinaria y en la moderna manufactura. El capital aleja así su límite específico para la incorporación de la maquinaria, con lo cual se acumula a una

tasa de plusvalía mayor a pesar de hacer más lento el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Se trata, pues, de tres modalidades de diferenciación de los procesos nacionales de acumulación que encierran contenidos esencialmente distintos respecto del desarrollo mundial de las fuerzas productivas de la sociedad y, por lo tanto, respecto de las potencias históricas del modo de producción capitalista. Sin embargo, tal es el grado de abstracción logrado mediante la representación de las formas políticas y militares internacionales bajo la categoría de imperialismo, que las tres van a parar a la misma bolsa. La explicación de las tres se da por agotada con invocar al imperialismo.

Tan pronto como bajo la luz de la teoría del imperialismo se borran las determinaciones específicas del desarrollo de las fuerzas productivas, el sujeto revolucionario comienza a presentar distorsiones fantásticas. La especificidad de la clase obrera como sujeto revolucionario brota de la transformación de la materialidad del proceso de trabajo que da su razón histórica de existir al modo de producción capitalista. Se trata de la transformación del proceso de trabajo en un proceso inmediatamente social contradictoriamente realizado con carácter privado, organizado conscientemente por el propio obrero colectivo que lo efectúa, consistente en la aplicación de la fuerza de trabajo al control científico de las fuerzas naturales, su objetivación en la maquinaria y la aplicación automática de esas fuerzas sobre los objetos para transformarlos. El capital desarrolla esta transformación del único modo que sabe: a expensas de mutilar y fragmentar los atributos productivos de la clase obrera. Desarrolla la subjetividad productiva de la parte de ésta que pone a funcionar en el control científico de las fuerzas naturales, degrada la de la parte que transforma en apéndice de la maquinaria y órgano parcial de la moderna manufactura, y priva de ella a la parte que transforma en población obrera sobrante. La conciencia acerca de la tendencia histórica que sigue el desarrollo de estas tres partes y su papel específico en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, y, por sobre todo, las formas de su unidad en la acción revolucionaria superando su fragmentación funcional y su fragmentación internacional montada sobre la anterior, es la cuestión clave que el desarrollo de la gran industria impone a la organización política general de la clase obrera.

Pero la categoría imperialismo sustituye la especificidad de la transformación capitalista de la materialidad del proceso de trabajo por las apariencias políticas y militares internacionales bajo las que necesariamente se realiza esta transformación, como determinante de las potencias históricamente específicas de la clase obrera. Ni bien lo hace, la porción de la clase obrera que el capital determina como portadora inmediata de la capacidad material para desarrollar el control científico sobre el trabajo social aparece como la negación misma de toda potencialidad histórica revolucionaria:

«Esta capa de obreros aburguesados o de “aristocracia obrera”, completamente pequeños burgueses en cuanto a su manera de vivir, por la cuantía de sus emolu-

mentos y por toda su mentalidad, es el apoyo principal de la Segunda Internacional, y, hoy día, el principal apoyo social (no militar) de la burguesía. Pues éstos son los verdaderos agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero, los lugartenientes obreros de la clase capitalista [...], los verdaderos portadores del reformismo y del chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se ponen inevitablemente, en número no despreciable, al lado de la burguesía. . . ».³²

Las determinaciones concretas de la conciencia y del valor de la fuerza de trabajo de la misma porción de la clase obrera por el carácter complejo del trabajo social que realiza (determinaciones en las cuales alcanzan desarrollo pleno todas las inversiones que presenta la compraventa de la fuerza de trabajo en la circulación: realización de la libertad, la igualdad, la propiedad y el interés personal) quedan rebajadas a la más abstracta apariencia de la compra:

«... corromper a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Los capitalistas de los países “avanzados” los corrompen, y lo hacen de mil maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas».³³

Reducidas así las determinaciones concretas de las potencias revolucionarias de la clase obrera, parece que no queda dónde buscar su rastro sino es en la fuente con que el capital financia la supuesta corrupción. Es aquí donde las apariencias de la circulación del capital representadas mediante las categorías imperialismo y capital monopolista cierran el borrado de las determinaciones materiales concretas de esas potencias:

«El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación no sólo de China e implica ganancias monopolistas elevadas para un puñado de países los más ricos, crea la posibilidad económica de la corrupción de las capas superiores del proletariado y con ello nutre, da forma, refuerza el oportunismo».³⁴

Pero ¿cuál es el contenido de las llamadas ganancias monopolistas, en particular, de las realizadas en el ámbito internacional? Ya hemos visto que no son sino las ganancias normales de los capitales medios a la tasa general de ganancia, puestas en contraposición aparente con las ganancias normales concretas de los capitales insuficientemente concentrados para llevar adelante el desarrollo de las fuerzas productivas. Más aún, podemos agregar a ésta determinación dos fuentes adicionales que la categoría imperialismo ni siquiera permite distinguir. La primera esta constituida por la renta de la tierra, tanto diferencial como de simple monopolio originada en la existencia de una limitación natural absoluta a la producción respecto del consumo normal. Se trata de una plusvalía extraída esencialmente a los obreros productivos de los capitales medios, ya que son éstos los que tienen en sus manos el grueso

32. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pág. 10.

33. *Ibíd.*, págs. 9-10.

34. *Ibíd.*, págs. 134-135.

de la valorización del capital social. La segunda es la ganancia extraordinaria por encima de la normal concreta que rige la valorización de los capitales inferiores al medio, y que escapa necesariamente a la apropiación por estos capitales. La fragmentación internacional del capital no es la causa de estas modalidades de apropiación de la plusvalía por los capitales medios, sino la forma en que ellas se realizan y, lo que verdaderamente importa, su forma de liberar relativamente a los capitales medios de su papel histórico como portadores del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Sin embargo, bajo las apariencias consagradas por la categoría imperialismo, todas las determinaciones del sujeto revolucionario se invierten y vacían. Ya no se trata de que la clase obrera se libera de la opresión por el capital porque éste, como su relación social general, le impone ser el sujeto del desarrollo de su propio proceso de trabajo hasta convertirlo materialmente en una actividad inmediatamente social conscientemente organizada por los mismos individuos que la realizan. En cambio, se representa a la explotación como una relación entre naciones. Lo que, aunque no se lo reconozca, quiere decir, entre ámbitos nacionales de acumulación de capital. Y se presenta luego al desarrollo de esta explotación entre naciones como la expresión del avance del modo de producción capitalista hacia su superación:

«Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a caracterizarlo como capitalismo parasitario o en estado de descomposición».³⁵

Pero todavía no se ha llegado así a la plenitud de la inversión. Si se trata de la explotación de unas naciones por otras, y no simplemente de las formas nacionales específicas que toma la explotación de la clase obrera por la clase capitalista como modalidad histórica del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de la producción de plusvalía relativa, el sujeto de la superación revolucionaria del capitalismo se diluye en la categoría de pueblo. Al mismo tiempo, las burguesías nacionales de los países «explotados» aparecen como los aliados naturales de las respectivas clases obreras en su lucha portadora de la superación del modo de producción capitalista:

«En nuestro país, la contradicción entre la clase obrera y la burguesía nacional están comprendidas entre las contradicciones que existen en el seno del pueblo. La lucha de clases entre la clase obrera y la burguesía nacional está incluida, en general, en la lucha de clases dentro del pueblo [...] La burguesía nacional se diferencia de los imperialistas, de los terratenientes y de la burguesía burocrática. Las contradicciones entre la clase obrera y la burguesía nacional son contradicciones entre explotados y explotadores, antagónicas de por sí. Sin embargo, en las condiciones concretas de China, si estas contradicciones antagónicas se tratan

35. *Ibíd.*, pág. 160.

debidamente pueden transformarse en no antagónicas, pueden resolverse por vía pacífica». ³⁶

Pero, en los países que se caracterizan por la ausencia de la producción de la generalidad de las mercancías realizada por los capitales medios desde ellos en la escala requerida para competir en el mercado mundial, o sea, en los países a los que la teoría del imperialismo representa como explotados, la burguesía nacional no es otra cosa que un fragmento nacional de la pequeña burguesía. Es decir, de la burguesía que personifica al capital que ha perdido sus potencias históricas y se alza contra el que las tiene. Peor aún, es característico que se trate de una porción nacional del pequeño capital cuya razón de existencia como tal es servir de sustento a la fragmentación de los capitales medios mismos como capitales de escala restringida al interior del ámbito nacional. Gracias a esos pequeños capitales, los capitales medios fragmentados de dicho modo se valorizan a la tasa general de ganancia, o incluso a una mayor, yendo a contrapelo del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. De modo que las categorías de imperialismo, capital monopolista y valorización financiera acaban siendo el eje de la conciencia ideológica de las pequeñas burguesías nacionales en cuestión, que pretenden contraponer a las potencias históricas de la concentración del capital, la apariencia de que el proceso de acumulación es nacional por su contenido y no que lo es sólo por su forma. De ahí, se desarrollan también como la conciencia ideológica de las porciones nacionales de la clase obrera cuya reproducción inmediata como clase obrera en activo se encuentra sujeta a la reproducción de esos pequeños capitales. Son así el reflejo invertido específico en la conciencia de estas porciones de la clase obrera de que, de hecho, el capital las ha privado de su condición genérica de portadoras inmediatas del desarrollo de las fuerzas productivas sociales y, por lo tanto, de su condición genérica inmediata de sujeto históricamente revolucionario. Pero, como veíamos al comenzar, la categoría imperialismo sustituye la determinación material de esta condición genérica de sujeto revolucionario por las apariencias que presentan las relaciones directas políticas y militares establecidas entre los procesos nacionales de acumulación de capital en las que se realiza el contenido mundial de dicha determinación material. Es así que, en base a ella, la potencialidad revolucionaria que porta de manera inmediata cada porción de la clase obrera aparece invertida ante la propia conciencia obrera. Por una parte, la porción que es inmediatamente portadora del desarrollo específicamente capitalista de las fuerzas productivas de la sociedad es presentada como la negación misma del sujeto revolucionario. Por la otra, la porción que el capital arroja crecientemente a la condición de población sobrante y a la que, por lo tanto, le va arrancando toda potencialidad inmediata para transformar la materialidad del proceso de trabajo, es presenta-

36. Tse-tung Mao. «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo». En: *Cinco tesis filosóficas*. Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1969, págs. 98-99.

da como el más genuino sujeto revolucionario por la violencia que adquiere esta aniquilación hasta de su subjetividad humana a manos del capital.

Crisis y ciclos de la acumulación de capital

6.1 Las crisis capitalistas

Hoy por hoy, afirmar que el capitalismo se debate en una profunda crisis de la que no encuentra salida parece hacer a la esencia del discurso crítico. Es que las evidencias golpean de manera abrumadora: desocupación masiva crónica; expulsión de poblaciones enteras de la producción general; cambios políticos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, que sólo dejan tras de sí una mayor desocupación y miseria; deudas públicas y privadas cuyo pago resulta claramente antagónico con cualquier desarrollo del proceso de acumulación de capital y, más bien, lisa y llanamente imposible; etc.

Por cierto, como relación social general que rige autónomamente el proceso de vida humana constituyéndose históricamente en el sujeto concreto mismo de la producción y el consumo sociales, la acumulación de capital rebasa de contradicciones que se desarrollan tomando necesariamente forma en crisis generales de carácter cíclico. Ninguna acción transformadora de la sociedad puede conocer acabadamente su propia necesidad –es decir, ser una acción plenamente consciente– si no parte de reproducir mediante el pensamiento el movimiento de estas contradicciones hasta alcanzarlas en sus formas concretas necesarias de realizarse. Más aún, y al igual que ocurre con toda acción política, esta acción transformadora consciente no es sino una forma concreta históricamente determinada de la relación social general, o sea, de la organización general del proceso de vida social. Como tal, ella misma es una forma concreta de desarrollarse la crisis. Es decir, la acción transformadora consciente no se enfrenta exteriormente a la crisis (exterioridad que la haría impotente para resolverla), sino que ella misma tiene su necesidad concreta determinada como forma en que la crisis realiza su propia necesidad.

Por más lleno de contradicciones que esté el capitalismo, de poco sirve para la acción consciente la pretensión de dar cuenta de la crisis mediante la simple enunciación de que ella tiene su causa en la suma de estas contradicciones.¹

1. Tal el caso de Nikolai Bukharin. *El imperialismo y la acumulación de capital*. México, DF: Pasado y Presente, 1980, pág. 230. La vacuidad de estas afirmaciones universales queda al descubierto en cuanto Bukharin avanza sobre las determinaciones concretas de las crisis. No encuentra en ellas más necesidad que la de la «desproporción» por la anarquía de la producción y el consumo sociales. Es decir, reduce la necesidad

Semejante afirmación puede explicarlo todo y, por lo tanto, realmente no explica nada. La cuestión es dar cuenta de las determinaciones específicas que culminan en la crisis, no de abstraerlas de toda especificidad. Pero tampoco sirve para la acción consciente dar como causa de las crisis las formas concretas en que ellas se desarrollan. En su forma más obvia, tenemos así la crisis «del petróleo», «de la deuda», causadas por el decaimiento «de los espíritus animales de los hombres», etc.² Pero no caen menos en esta reducción las interpretaciones que dan por ya conocidas las determinaciones reales más simples que toman forma concreta en las crisis, para limitarse de inmediato a dar por causa de éstas a formas tan vaciadas de contenido como las anteriores: el avance o retroceso del proletariado, el modelo dominante, etc. Ocurre que aun la forma real más concreta se convierte en una pura abstracción en cuanto se la separa mentalmente de sus determinaciones no menos reales. De modo que, recordando a Hegel, no por ser muy conocidas, las determinaciones reales más simples pueden dejar de ser reconocidas a lo largo de su propio desarrollo cada vez que se intenta avanzar sobre sus formas concretas. Caso contrario, tanto las formas reales abstractas como las concretas quedan reducidas a una colección de abstracciones.

Para no tornar a las crisis generales del proceso de acumulación de capital, de forma concreta real que determina la necesidad de nuestra acción (y, por lo tanto, la forma misma de ésta), en una pura abstracción al separarla en nuestro pensamiento de sus propias determinaciones, necesitamos empezar por desplegar estas determinaciones. Lo hacemos aquí de manera muy sintética.

6.2 Determinaciones cíclicas del proceso de metabolismo social que resultan de la determinación de la capacidad productiva del trabajo por fluctuaciones en las condiciones naturales

La capacidad productiva del trabajo se encuentra en general subordinada a las condiciones naturales sobre las que opera. Fluctúa con ellas en la medida que no puede controlarlas, es decir, en la medida que no han dejado de ser condiciones naturales para transformarse en condiciones producidas. Por la periodicidad e intensidad de su efecto sobre la capacidad productiva del trabajo, estas fluctuaciones naturales se diferencian comúnmente en estacionales y varias plurianuales diferentes.

Estas fluctuaciones en la productividad son comunes a toda forma social. La manifestación de su efecto sobre la producción se remonta, pues, tanto como

específica de las crisis en el capitalismo a la abstracta posibilidad inherente a las mercancías como simple producto del trabajo social realizado de manera privada. La conclusión apologetica le resulta entonces inevitable: «en el capitalismo de estado [...] no puede producirse una crisis de superproducción» (Bukharin, *El imperialismo y la acumulación de capital*, págs. 167-168).

2. Este es el reino de la economía vulgar más corriente, desde sus versiones teóricamente más pretensiosas como ésta de Keynes, o la del «empresario innovador» de Schumpeter, hasta la visión restringida de los «especialistas sectoriales».

se remonte el análisis histórico. Pero su alcance retrocede en la medida en que la historia de la vida humana es la historia de la transformación del medio natural, de ajeno, en un medio para sí y, por lo tanto, de la producción de este medio mismo. Esta producción no es otra cosa que el desarrollo del control creciente sobre las condiciones naturales, incluyendo las que la determinan de manera cíclica.

Pero en la sociedad mercantil, la producción material es al mismo tiempo producción de la relación social general. La fluctuación en las condiciones naturales de la producción se desarrolla así como una fluctuación en la organización misma del proceso de metabolismo social. La expresión más obvia en este sentido es la determinación de los capitales individuales como partes alícuotas del capital social total (es decir, la formación de la tasa general de ganancia que iguala a los capitales individuales como valor que se valoriza a sí mismo sin más distinción que su monto), sobre la base de la unidad anual de las fluctuaciones estacionales. A su vez, las fluctuaciones naturales pluri-anales se transforman en el capitalismo en una base material que determina la duración e intensidad de las fluctuaciones cíclicas inherentes a esta relación social misma. Aunque con la independencia creciente de la generalidad de la producción social respecto de ellas – sintetizada gruesamente en la pérdida de peso relativo de la producción agraria – han ido perdiendo significatividad.

Estas fluctuaciones se hacen particularmente notables en procesos nacionales de acumulación de capital cuya especificidad se basa precisamente en la magnitud de la renta diferencial de la tierra agraria – donde la subordinación de la productividad a condicionamientos naturales es especialmente aguda – respecto de la magnitud del proceso general de acumulación de capital que cabe en esos ámbitos nacionales.³

Del mismo modo, las fluctuaciones en las condiciones naturales mantienen su vigencia como determinantes de la marcha del proceso de acumulación en lo que respecta, por ejemplo, a la actual fase de calentamiento general de la tierra. Pero aun este movimiento cíclico natural es hoy, al mismo tiempo, producto de la acumulación de capital mismo (efecto invernadero).

En tanto estas fluctuaciones no son controlables por el capital medio, la fluctuación resultante en la capacidad productiva del trabajo afecta a la determinación de la plusvalía relativa. Lo hace, ante todo, al requerir una mayor o menor masa del trabajo para producir una masa dada de medios de vida necesarios para reproducir la fuerza de trabajo. Pero también lo hace al provocar el cambio en la composición y magnitud de esta masa de valores de uso, al cambiar las relaciones entre sus precios. Y lo hace, por último, en la medida en que afecta a la aptitud misma del cuerpo humano para desarrollar los distintos trabajos concretos.⁴

3. La Argentina es el caso clásico en este sentido.

4. Como buen profesor de psicología, siempre dispuesto a reducir la determinación histórica del comportamiento humano a causas naturales, Wheeler (Raymond Wheeler.

6.3 Determinaciones cíclicas inherentes a la forma mercancía de la relación social general

En la sociedad productora de mercancías, la condición de social de los trabajos privados concretos sólo puede ponerse de manifiesto de modo indirecto y a posteriori de su realización. Lo hace en su condición de trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías que se representa como la capacidad de éstas para relacionarse entre sí en el cambio en su condición de equivalentes, relacionando así socialmente a sus productores. Esto es, el carácter social del trabajo se representa como el valor de las mercancías. Y el trabajo social sólo puede expresarse como tal bajo la forma objetivada del representante general de las mercancías, o sea, del dinero.

Pero la relación social general entre los productores no es sino la organización general misma del proceso de metabolismo social. De modo que esta organización sólo puede realizarse a través de la suerte corrida por la cambiabilidad de cada mercancía lanzada al mercado, al llegar la masa de su clase en exceso o en defecto de la necesidad social por ella. Y, en la sociedad productora de mercancías no cuenta más necesidad social que aquella que se encuentra representada por la relación social general, por el dinero; sólo cuenta la necesidad social solvente.

Como en cualquier sistema que se regula a través de la acción independiente de sus miembros, en la producción mercantil el equilibrio tiene al perpetuo desequilibrio como su forma concreta necesaria de realizarse. La unidad de la producción y el consumo en el proceso de metabolismo social se presenta así bajo la forma concreta de las perpetuas fluctuaciones de la oferta y la demanda de todas las clases de mercancías. Estas fluctuaciones tienden a compensarse para el conjunto de la producción social, donde los excesos en un lado se contraponen a los defectos en otro. Pero no se trata de un ajuste inmediato sino de una tendencia que deja tras de sí un residuo agregado. Y la magnitud

Climate. The Key to Understanding Business Cycles. Ed. por M. Zahorchak. Linden: Tide Press, 1983) pretende dar cuenta de todos y cada uno de los procesos sociales ocurridos en los últimos 2.550 años, y de aquéllos a ocurrir durante los cien años siguientes a su muerte en la década de 1950, por las oscilaciones cíclicas en las condiciones climáticas. Con un ejército de varios cientos de ayudantes de cocina, incluyendo artistas, una cantidad inconmensurable de buena voluntad para ver lo que quería ver, condimentando sólo aquí y allá con cifras históricas concretas y sin incluir ni una pizca de autocrítica, Wheeler horneó una serie que sintetiza toda la vida social mundial, año por año, desde el 600 antes de Cristo hasta 1930. Después, viendo al mundo desde su ombligo, se limitó al ciclo económico en los Estados Unidos, llegando así a internarse, también año por año, en el futuro hasta mediados del siglo XXI. Como que estas «series» contienen la clave del todo de la historia y el futuro humanos, sigue existiendo una demanda dispuesta a pagar el precio nada despreciable que los discípulos de Wheeler exigen por algunas de ellas. Claro está que se trata esencialmente de compradores tan interesados en actuar hoy por el futuro de la humanidad. . . como lo son los especuladores bursátiles, siempre ávidos por dar con una receta milagrosa.

de este residuo es en sí misma oscilante. De modo que, a través de su residuo agregado, las fluctuaciones generalizadas entre la oferta y la demanda de cada mercancía se convierten en una fuente de fluctuación en la masa total de valor realizado y en el volumen material de la producción social misma.

6.4 Determinaciones cíclicas inherentes a la forma capital de la relación social general

6.4.1 Determinaciones cíclicas de la acumulación del capital social que se desarrollan como formas concretas necesarias inherentes a la mediación de los capitales individuales en la realización de esa acumulación

El desarrollo de la relación social general substantivada, del dinero, en el sujeto autónomo mismo de la producción social, en capital, deja intactas a las determinaciones vistas hasta aquí. Sólo que a cada capital individual poco le importa si su mercancía se vende por encima o por debajo de su valor por haber sido producida en defecto o en exceso de la respectiva necesidad social. Lo que verdaderamente le importa, como una cuestión de vida o muerte, es lo que ocurre con la realización de la plusvalía materializada en sus mercancías. La separación entre trabajo privado y trabajo social se manifiesta de manera concreta en que la plusvalía materializada en las mercancías puede realizarse en defecto o en exceso según que esas mercancías se hayan producido en exceso o en defecto de la respectiva necesidad social.

El desarrollo de la mercancía como forma concreta de la relación social resulta del desarrollo del modo de producción capitalista. De modo que éste desarrolla plenamente la fluctuación general de la producción material y de su valor comercial en que necesariamente toma forma concreta la regulación mercantil del proceso de metabolismo social.

A su vez, la apropiación de la plusvalía como ganancia media renueva la necesidad de la fluctuación general al hacer entrar en ella las compensaciones por las fluctuaciones relativas en las composiciones orgánicas y tiempo de rotación del capital de una esfera a otra. Pero lo que verdaderamente pone en evidencia la transformación de la plusvalía en ganancia media es la unidad del movimiento del capital total de la sociedad como el sujeto concreto de la organización autónoma de la producción social. Queda en evidencia, así, que la fluctuación general de la producción no es un simple residuo formalmente agregado que resulta de las circunstancias de cada clase de capital individual. Se trata de una fluctuación que es realmente la forma concreta en que el sujeto social afirma su organicidad misma, de una fluctuación a través de la cual se realiza la formación de la tasa general de ganancia. Lo cual pone plenamente en evidencia que los obreros se enfrentan a las fluctuaciones generales de la acumulación de capital – y por lo tanto a las fluctuaciones específicas en que dichas fluctuaciones generales toman forma concreta a través de las acciones de los capitales individuales que conforman al capital social – en tanto clase.

6.4.2 Determinaciones cíclicas de la acumulación del capital social que se desarrollan como formas concretas necesarias directamente inherentes a esta acumulación misma

Como que hemos dejado atrás las fluctuaciones que surgen de las condiciones imperantes en cada momento para cada esfera especial de la producción social, partimos de aquí en más de aislar al movimiento del capital social de estas primeras fluctuaciones. En otras palabras, nuestro punto de partida es, de aquí en más, la venta inmediata de todas las mercancías por su precio de producción.

6.4.2.1 Inherentes a la reproducción del capital social manteniendo la capacidad productiva del trabajo constante acumulación basada en la simple producción de plusvalía absoluta

Bajo estas condiciones, la producción se expande en condiciones inalteradas de productividad del trabajo en todas las esferas mientras todas las mercancías se venden, antes y después de la expansión, directamente a su precio de producción. De manera correspondiente, la necesidad social por el producto de cada una de ellas no tiene cómo crecer por encima del de las demás. Bajo estas condiciones, la expansión de la escala corresponde necesariamente a una expansión proporcional en todas las esferas especiales de la producción social; es decir, a una reproducción de la producción social en escala ampliada que mantiene su composición material inalterada.

6.4.2.1.1 Que surgen del proceso de circulación del dinero y el desarrollo del crédito

Como cualquier otra, la producción de la mercancía dinero, del oro, necesita guardar una cierta proporción con el resto de la producción social. Dada la velocidad de circulación del oro, esta proporción se encuentra mediada por la cantidad de circuitos de circulación sucesivos en que una misma onza de oro es capaz de intervenir antes de desgastarse materialmente. En condiciones dadas, a cualquier variación proporcional en la escala de la generalidad de las ramas corresponde una variación más que proporcional en la producción de oro. De ahí, una desproporción en la demanda por parte de esta producción de los elementos materiales en que se corporiza su capital y, en consecuencia, una desproporción general al interior de la proporcionalidad general misma.

Pero no todo el oro producido se encuentra en la circulación. Una masa de dinero se encuentra constantemente bajo la forma de reservas de plusvalía a la espera de acumularse en proporción suficiente para convertirse en nuevo capital productivo. Otra masa de dinero en reserva corresponde a porciones de capital fijo que ya han completado su rotación, encontrándose a la espera de ser llamadas nuevamente a la acción cuando los instrumentos correspondientes agoten su vida útil. Los movimientos propios de este capital-dinero se suman a los originados en su producción corriente.

Al tratarse de la mercancía dinero, esta fluctuación específica se refleja como una fluctuación en las condiciones generales de la circulación. De manera

normal, en la circulación sólo cabe la cantidad de mercancía-dinero determinada por la relación entre el valor de la masa total de las mercancías que debe circular en un momento dado y el valor unitario del dinero. Pero esta determinación normal también se impone bajo la forma concreta de la permanente oscilación en torno suyo. Entonces, un exceso circunstancial en la afluencia de dinero a la circulación se refleja como una tendencia general de las mercancías a venderse por encima de su valor, ya que el dinero se cambia por debajo del suyo. A la inversa, una insuficiencia circunstancial en la afluencia de dinero se manifiesta como una dificultad general para la realización de las mercancías, que tienden a venderse por debajo de su valor simplemente porque el dinero se está cambiando por encima del suyo. La fluctuación general resultante en el valor comercial se transforma en una señal equívoca para la generalidad de los capitalistas individuales en relación con el ajuste de su producción respecto de la necesidad social por sus mercancías. Esto es, mercancías que se han producido en la proporción precisa respecto de la necesidad social por ellas a su valor parecen haber sido producidas en defecto o en exceso, con la consiguiente tendencia al desajuste general en el ciclo productivo siguiente.

En cuanto el oro es reemplazado en la circulación por signos o símbolos suyos, por la moneda, estas determinaciones invertidas de la circulación presentan una nueva inversión que oculta por completo a la necesidad que realmente las determina. A la larga, el lanzamiento a la circulación de una masa de signos de valor en exceso o en defecto de los que por su nombre corresponde a la circulación directa del oro no tiene más efecto que la variación de la capacidad unitaria de estos signos para representar valor. Pero, de inmediato, se presenta como el cambio ya visto en las condiciones generales de circulación. La política monetaria del estado nacional aparece en este caso, a primera vista, como la causa misma del curso seguido por la acumulación de capital y no como lo que es, una forma concreta necesaria de realizarse este curso. Esta inversión completa su desarrollo corporizándose en las políticas financieras del estado nacional, cuya síntesis más completa tiene nombre propio: la deuda pública. Si Petty descubre tempranamente la esencia del problema, Keynes desarrolla el cultivo apologético de esta apariencia hasta elevarlo a la categoría de dogma económico, que alcanza su cúspide como pseudocrítica del capitalismo «salvaje».

6.4.2.1.2 Inherentes a la rotación simple del capital fijo

El capital fijo adelantado va retornando gradualmente a la forma dinero en la proporción en que cada ciclo de producción consume parcialmente el valor de uso de los instrumentos de trabajo en que se encuentra materializado. De modo que la reproducción de un instrumento dado sólo se repite cada tantos años, según la duración de su vida útil. Cada adición de capital fijo lleva entonces consigo la potencialidad de determinar de manera específica la producción de instrumentos de trabajo en el período en que va a tener lugar

su reposición. Sin embargo, en la medida en que la incorporación de nuevos instrumentos mantenga una proporción constante de un año a otro, el efecto de esta determinación específica se diluye. Todos los períodos productivos se encuentran determinados de manera proporcionalmente idéntica, de modo que se encuentra esterilizada la fluctuación potencial regular en la escala de la producción de instrumentos – y de ahí, de la producción social – ocasionada por la renovación periódica de éstos. Pero cualquier cambio en la tasa de acumulación del capital social de un año a otro restablece la especificidad en cuestión. Con la periodicidad determinada por el tiempo de vida útil de los instrumentos incorporados en más o en menos en un año particular, la producción social va a tener que crecer o decrecer de manera correspondiente simplemente para reproducir al capital existente. De modo que la concentración de la expansión del capital fijo social en momentos particulares determinados por la marcha oscilante del proceso de acumulación, introduce de por sí una determinación que va a tender a forzar la repetición de la oscilación original en el tiempo.

6.4.2.1.3 Inherentes a la forma concreta necesaria que toma la proporcionalidad general de la producción directa e indirecta de instrumentos de trabajo y el resto de la producción social

El consumo gradual del valor de uso de los instrumentos de producción en cada ciclo productivo determina la correspondiente rotación gradual del capital fijo. De modo que una parte de la producción anual de nuevos instrumentos corresponde a la reposición de los que acaban de agotar su vida útil, mientras que el resto corresponde a nuevos instrumentos destinados a la expansión de la escala anteriormente existente. Sobre esta base, la expansión proporcional de la escala de la producción en todas las esferas toma forma concreta en una tasa general que corresponde tanto a la expansión de la producción anual de cada esfera como a la expansión del stock de instrumentos de producción utilizado para esa producción.

Ante cualquier aumento en la tasa anual de acumulación, el mantenimiento de la proporcionalidad general presupone que la producción de instrumentos necesita empezar por crecer en forma más que proporcional respecto de la producción de los elementos correspondientes al resto del capital productivo. El mantenimiento de la proporcionalidad general toma así forma inmediata, en la necesidad de una desproporcionalidad temporaria. Esta más que proporcionalidad temporaria se proyecta luego a la producción de todas las esferas que indirectamente participan en la producción de instrumentos. Pero en las condiciones desarrolladas hasta aquí, y dada la masa del capital productivo social, la variación más que proporcional del capital requerido en unas esferas sólo puede realizarse mediante la liberación de capital en las restantes. En otras palabras, la expansión más que proporcional temporaria en la producción de las esferas que directa e indirectamente producen instrumentos de

producción se alimenta de un movimiento inverso (que puede llegar a ser absoluto, aun tratándose de un proceso global de expansión de la escala de la acumulación) en la producción de las restantes. El movimiento opuesto con que se completa la reproducción de la proporcionalidad general, encierra la liberación de capital en las esferas que directa e indirectamente producen instrumentos, para ser vinculado en las restantes.

Sin embargo, buena parte de las esferas que entran indirectamente en la producción de instrumentos son las que producen los restantes elementos del capital constante y los medios de vida para los obreros correspondientes al capital variable. De modo que, si la fluctuación temporal en la escala relativa se manifiesta de manera completa en la producción directa de instrumentos, sólo lo hace de manera atenuada en las restantes. Al mismo tiempo, esta fluctuación temporaria es en sí misma ajena a la producción de medios de consumo para los capitalistas. La variación relativa neta se manifiesta así atenuada al interior de la producción social total.

La magnitud de esta más que proporcionalidad temporaria alternada guarda una relación directa con la variación en la escala, con la vida útil promedio de los instrumentos en que se materializa el capital fijo, y con las condiciones materiales que específicamente determinan el tiempo de producción – y luego el de circulación – de uno y otro tipo de mercancías. Pero, como que no se trata ya de una simple fluctuación producida por las circunstancias aisladamente imperantes en cada esfera sino de una común en mayor o menor grado a todas ellas, su desarrollo tiende a requerir más tiempo que el correspondiente al movimiento global neto que resulta de esa simple fluctuación.

Como forma concreta de realizarse la organización autónoma de la vida social a través de la producción de mercancías-capital, la única constancia que le cabe a la tasa anual de acumulación de capital es la de su continua fluctuación. Con lo cual, la necesaria desproporción temporaria en la tasa de acumulación de cada tipo de esfera en que toma forma concreta la expansión proporcional de la escala de la acumulación del capital social, se encuentra constantemente reproducida sobre nuevas bases. Tenderá a desplegarse en mayor o menor extensión según que la tasa general de acumulación mantenga una tendencia más o menos sostenida. Pero lo que no podrá a hacer es llegar a agotarse, o sea, a encontrar de manera general un punto de llegada a partir del cual la reproducción del capital social en escala ampliada tome forma en la expansión inmediatamente proporcional de la producción de todas las esferas.

Esta fluctuación temporariamente contrapuesta entre la producción de un conjunto de esferas respecto de otro tiene lugar al interior del capital social total, pero es de manera inmediata ajena a él como tal. Es, ante todo, una fuente adicional permanente – y con intensidad propia – de fluctuaciones netas que alcanzan al capital social como resultado de los excesos o defectos de la producción en ramas específicas. Pero lleva la potencia de transformarse en una fluctuación directamente inherente al capital social en cuanto la composición

orgánica del capital (y por lo tanto la capacidad de éste para poner en acción más o menos trabajo vivo a una determinada tasa de plusvalía) difiere de un conjunto al otro de las esferas involucradas.

6.4.2.1.4 Inherentes a la transformación inmediata de las porciones parciales del capital fijo que retorna gradualmente a la forma dinero en nuevo capital productivo

Ante todo, la forma específica de rotación del capital fijo hace que las porciones del mismo que gradualmente completan su rotación permanezcan bajo la forma de capital-dinero hasta que se requiera nuevamente su transformación en un nuevo instrumento de producción que reemplaza al original al agotar éste su vida útil. Sin embargo, nada le impide al capital fijo retornado abandonar de inmediato su forma de capital latente para convertirse en capital productivo materializado en un nuevo instrumento de producción. Por supuesto, la rotación de cada capital fijo es capaz de poner de inmediato en acción cada año una cantidad máxima de instrumentos nuevos (cualitativamente iguales a los existentes) equivalente a la cantidad total de éstos dividida por sus años de vida útil. Para el análisis que sigue vamos a prescindir de considerar la fuente adicional de capital circulante requerida para alimentar a los nuevos instrumentos de producción anticipadamente incorporados.

Partamos de un capital fijo formado por un stock de instrumentos nuevos. La transformación inmediata de la porción que va rotando en nuevos instrumentos no sólo expande la escala de la producción, sin que la rotación del nuevo capital mismo multiplica esta expansión. Así, hasta terminar el ciclo de producción que agota el valor de uso de los instrumentos originales. Ahora ya no existe el capital dinero necesario para su reemplazo íntegro, sólo para reponer una cantidad equivalente al consumo realizado en el ciclo anterior sobre el total de instrumentos en uso. Cae entonces la escala de la producción realizada con los instrumentos en cuestión. Pero por las proporciones mecánicamente inherentes a la expansión anterior dada la duración de la vida útil de los instrumentos, la caída lleva la escala al nivel correspondiente al promedio de la suma de los años corridos desde el desembolso original; y, por lo tanto, aún ahora por encima del nivel inicial. El movimiento se renueva entonces en una fluctuación de intensidad decreciente y de extensión determinada por la duración de la vida útil de los instrumentos en cuestión. Esta fluctuación tiende finalmente a anularse, al tender por sí misma a ubicar al conjunto de los instrumentos en uso en la mitad de su vida útil. Los factores multiplicadores respecto de los instrumentos originales resultan:

A lo largo de este proceso ha fluctuado y experimentado un aumento neto el monto del capital materializado en los instrumentos de producción y utilizados en ésta. Este mismo proceso presupone la incorporación del capital constante circulante y del capital variable correspondientes al movimiento en la escala de los instrumentos utilizados. Dada la tasa de plusvalía, la fluctuación y expansión neta del capital variable arroja la correspondiente fluctuación y

	años de vida útil			
	5	10	20	50
expansión máxima (año n)	2,07	2,36	2,53	2,64
caída máxima (año $n+1$)	1,49	1,59	1,65	1,69
reproducción estable	1,67	1,82	1,90	1,96

Cuadro 6.1

expansión neta de la masa de plusvalía. Como es obvio, dado que la capacidad productiva del trabajo ha permanecido intacta y se ha consumido siempre la misma proporción de capital constante fijo y circulante, el producto de valor también ha fluctuado y se ha expandido en las mismas proporciones. De modo que el valor de cada mercancía producida ha permanecido inalterado.

Al mismo tiempo, por mucho que el capital fijo utilizado se haya incrementado y fluctuado, el capital adelantado en instrumentos de producción se ha mantenido intacto en su monto original. Lo que ha ocurrido es que cada incorporación adicional no ha sido sino consecuencia de un cambio de formas al interior del capital adelantado: en lugar de mantenerse como una reserva de dinero, cada porción del capital fijo retornado se ha transformado de inmediato en nuevo capital productivo fijo. De una masa de plusvalía expandida y fluctuante y un capital adelantado de monto intacto (en lo que respecta al capital fijo exclusivamente), resulta una tasa anual de ganancia proporcionalmente incrementada y fluctuante.

Ahora bien, dado que toda adición de capital fijo tiene el efecto potencial visto, su manifestación respecto del capital social se encuentra mediada por este carácter general mismo. Y la repetición un año con otro de las adiciones originales de capital fijo que corresponden a la expansión de la escala siguiendo una tasa de acumulación constante, esteriliza la fluctuación originada por la transformación inmediata del capital fijo que completa su rotación en nuevo capital productivo fijo. Pero tan pronto como la tasa de expansión del capital social cambia de un año a otro, la compensación se rompe y la fluctuación ocasionada por la porción agregada en exceso o defecto respecto de la tasa constante resulta en el movimiento cíclico correspondiente. Basta incluso con que cambie la tasa de expansión del capital fijo mismo, aún cuando este cambio se vea compensado por el cambio proporcionalmente opuesto en la tasa de expansión de las restantes porciones del capital social y, por lo tanto, la tasa de expansión de éste se mantenga intacta. De igual modo, desde el punto de vista del resultado mismo de la fluctuación en las tasas de expansión, cuanto más se concentre en determinados momentos el incremento en el capital fijo social, más se manifestarán las fluctuaciones que nos ocupan como directamente

inherentes al capital social mismo.⁵ Y como ya hemos visto, y seguiremos viendo cada vez más, estas fluctuaciones en las tasas de expansión de la escala son la norma en la acumulación capitalista.

Resulta oportuno recordar que, por más atractiva que le sea al capital su transformación inmediata de dinero en productivo, esta transformación sólo puede imponerse como una tendencia general, que deja permanentemente tras de sí una porción del capital fijo ya retornado bajo la forma latente de una reserva de capital dinero.

6.4.2.2 Inherentes a la reproducción del capital social incrementando la capacidad productiva del trabajo (acumulación basada en la reproducción de la plusvalía relativa)

El modo de producción capitalista es la forma desarrollada de la organización autónoma del proceso de metabolismo social. En él, la producción material no tiene por objeto inmediato la producción de valor, sino la producción de plusvalía; es decir, la valorización del valor mismo. En cuanto relación puramente cuantitativa del capital consigo mismo, a la valorización del capital no le cabe tener en sí misma su propio límite. Ni puede escapar a la necesidad de avanzar permanentemente más allá de éste. Esta necesidad se realiza tomando forma concreta en la acción de cada capital individual como condición para su propia reproducción como capital en activo.

El capital toma así forma en la extensión de la jornada de trabajo hasta el límite correspondiente a la reproducción de la fuerza de trabajo, en función de la productividad, intensidad y complejidad de trabajo cuyo despliegue impone el desarrollo de sus formas materiales concretas. Esto es, el capital realiza su necesidad esencial tomando forma concreta en la producción de la plusvalía absoluta. Pero su potencia como simple proceso de autovalorización del valor se abre paso en la superación de este límite absoluto. El capital supera así la subsunción formal del trabajo en él, subsumiéndolo realmente al transformar las condiciones materiales de producción de la fuerza de trabajo para realizar su propio fin. Lo hace incrementando la capacidad productiva del trabajo en las esferas especiales de la producción social que directa e indirectamente producen los medios de vida para los obreros productivos. Logra de este modo acortar el tiempo de trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, dada la duración de la jornada e intensidad del trabajo desplegado en ella. Con lo cual transforma al producto de valor obtenido durante ese tiempo de trabajo, de estéril para sí, en plusvalía. El capital toma forma concreta así en la producción de plusvalía relativa.

Por su base, la reproducción de la plusvalía relativa presupone la constante renovación del incremento en la capacidad productiva del trabajo. Con ello,

5. Esta es la primera vez que alguien presenta la necesidad y el desarrollo de esta determinación cíclica.

lleva en sí las determinaciones cíclicas y tendenciales que vamos a encarar a continuación.

6.4.2.2.1 Inherentes a la forma concreta que la producción de plusvalía relativa toma desde el punto de vista de los capitales individuales

Los capitales individuales realizan la necesidad inherente a la reproducción de la plusvalía relativa bajo una forma concreta que la torna irreconocible a simple vista. Para el capitalista individual, y cualquiera sea la esfera especial de la producción social donde actúe, la cuestión reside en incrementar la capacidad productiva del trabajo que pone en acción con un fin inmediato. Se trata de llevar el valor individual de su mercancía por debajo del valor social de la misma, de modo de obtener una ganancia extraordinaria. El incremento de la capacidad productiva le resulta indistinguible, en este sentido, de la economía en el capital constante, o del acortamiento del tiempo de circulación. Ahora bien, el incremento en la capacidad productiva del trabajo puesto en acción por un capital individual implica que a unas masas dadas de capital utilizado y de capital adelantado corresponde una masa incrementada de mercancías producidas. De modo que, para expandir la necesidad social por sus mercancías, el capitalista innovador debe resignar una porción de la ganancia extraordinaria, vendiéndolas en la proporción necesaria por debajo del que hasta entonces era su valor. Con lo cual, los restantes capitalistas de la misma esfera ven caer su tasa de ganancia por debajo de la normal. Les guste o no, necesitan incrementar la productividad del trabajo que directamente explotan tanto, y de ser posible más, que el capitalista iniciador del aumento en la productividad. La búsqueda de capital adicional para incrementar aceleradamente la productividad, sea para obtener una ganancia extraordinaria, sea para recuperar el terreno perdido y no ser desplazado como capital normal en activo, se encuentra determinada así como una necesidad general para los capitales industriales individuales.

La reposición de los instrumentos de producción que han agotado su vida útil encierra un incremento en la capacidad productiva del trabajo: los nuevos instrumentos son normalmente capaces de sostener una capacidad productiva superior a la sostenida por los que reemplazan. La expansión de la escala mediante la transformación de la plusvalía en nuevo capital es el otro curso simple por donde se introduce el incremento en la productividad del trabajo. Pero la reproducción de la plusvalía relativa no puede seguir pasivamente el ritmo impuesto por el agotamiento de la vida útil de los instrumentos ya en uso, ni subordinarse simplemente al nuevo capital disponible para la acumulación. Por el contrario, el desarrollo de la capacidad productiva sobre la base de la introducción de nuevos instrumentos de producción se encuentra en el motor mismo del proceso de acumulación.

El tamaño de la necesidad social por nuevos instrumentos de producción se encuentra así extendido por encima de la reposición y la transformación de

la plusvalía en nuevo capital. Pero, tratándose de una forma concreta de la producción mercantil, no hay aquí más necesidad social que la solvente. De modo que esta necesidad extendida sólo puede tener existencia práctica en la medida en que encuentre disponible una masa de capital – a ser avanzada en los procesos de producción que la satisfagan – que se ubique por encima de la porción del capital total de la sociedad que se encuentra ya en acción para la suma de la reposición del capital fijo agotado, la expansión simple de la escala y la reproducción general del proceso de valorización.

El capital adicional adelantado para la producción acelerada de instrumentos de producción puede tener un primer origen en el capital originariamente disponible para el resto de la producción social. Es decir, que la expansión de la producción de instrumentos se realice a expensas del resto de la producción social. Ya hemos visto que éste es el curso normal, anterior en su determinación a éste acelerado, que sigue la expansión de la escala de la acumulación cuando su tasa se incrementa. Pero también vimos que la desproporción temporal tiende a atenuarse por la necesidad de expandir la producción de los restantes elementos del capital que directa e indirectamente produce instrumentos de producción. Y aquí se trata de una expansión acelerada por encima de la normal, que apunta sobre una masa de capital social cuya forma material ya se encuentra dada como resultado del ciclo de producción anterior. De modo que, si los restantes capitales no encuentran salida para sus mercancías porque el capital existente se orienta hacia la producción acelerada de instrumentos de producción, y por lo tanto deben vender sus mercancías por debajo de su precio de producción, mal pueden generar por sí mismos el capital adicional requerido para convertirse masivamente en demandantes adicionales de instrumentos nuevos. Si la necesidad de capital adicional para la expansión acelerada de los procesos individuales de acumulación puede nutrirse a expensas de la transformación del resto del capital industrial existente en instrumentos de producción adicionales, esta base se encuentra limitada por sí misma.

La primera fuente genuina de capital adicional incorporado a la producción tras la obtención de una ganancia extraordinaria es la siguiente. El funcionamiento fluido normal de la acumulación determina la necesidad de un cierto nivel de existencias de mercancías, por encima de la masa que efectivamente se realiza en la circulación. La posibilidad de una ganancia extraordinaria actúa sobre esta fuente, sea al pagar por ella un precio por encima del de producción, sea al pagar una mayor tasa de interés por su compra a crédito. La misma se convierte entonces de capital potencial en capital activo. Otro tanto ocurre con el capital fijo. La marcha normal de la acumulación de capital requiere de cierto sobredimensionamiento de las instalaciones industriales respecto de su utilización efectiva en la producción. Y este sobredimensionamiento adquiere ahora una nueva dimensión, porque no se trata ya de multiplicar la intensidad de su uso durante la jornada normal de trabajo, sino de multiplicar la extensión de esta jornada. Tanto en lo que se refiere a las reservas de medios

de producción que van a ser utilizadas como objetos del trabajo y materiales auxiliares, como respecto a los instrumentos de producción sometidos al consumo acelerado de sus valores de uso, la necesidad de expandir aceleradamente la acumulación se manifiesta aquí en el aumento de la velocidad de rotación de los respectivos capitales individuales. Se manifiesta, por lo tanto, en una suba de la tasa general de ganancia.

El capital dispone siempre de un exceso de fuerza de trabajo. Pero éste le sirve como fuente genuina de capital para la expansión acelerada de la escala, sólo en la medida en que las mercancías resultantes de su uso sean producidas y realizadas en el tiempo durante el cual los obreros asalariados le han abierto crédito sobre la venta de su fuerza de trabajo. Es decir, en un término no superior al mes.

Pero la fuente más amplia que encuentran los capitalistas industriales para ampliar su capital de manera acelerada por encima de la normal reside en el capital dinero estacionado fuera del proceso de circulación. A la acumulación de capital sobre la base de una capacidad productiva del trabajo constante corresponde una cierta masa de capital que debe mantenerse continuamente atesorada bajo la forma de dinero. Esta masa puede encontrarse en manos de los propios capitalistas industriales, o ser propiedad de capitalistas que prestan este dinero a interés a los capitalistas industriales. Al mismo tiempo, a la expansión de la escala sobre dicha base constante corresponde una cierta velocidad de circulación del dinero. La expansión de la escala por la simple transformación de la plusvalía en nuevo capital incluye la producción proporcional de la mercancía-dinero, o la incorporación proporcional de sus signos a la circulación. La expansión de la escala de la acumulación en persecución de la ganancia extraordinaria circunstancialmente apropiable –o de la mera subsistencia como capital industrial– multiplica la atracción del dinero hacia su transformación en un momento fugaz en el proceso de rotación del capital industrial. Esta atracción se manifiesta en la salida del atesoramiento hacia la circulación, el incremento de la velocidad de circulación, o el aumento de la velocidad con que se mueve el capital prestado a interés de un ciclo de producción al siguiente.

Ahora bien, cuando el capital dinero adicional es lanzado a la circulación, se encuentra con una masa de medios de producción y de vida para los obreros que no se corresponde con la escala potencial total expandida por él. Este capital dinero adicional se enfrenta a un volumen de medios de producción y vida que corresponde todavía a la escala normal y, por lo tanto, realizable a sus precios de producción por una menor masa de capital dinero. Esta circunstancia se manifiesta, pues, como un exceso de demanda sobre la oferta.

Por mucho que los precios suban, el capital productivo adicional no puede surgir de esta suba misma. Pero la suba del precio de las mercancías le permite al capital multiplicar la intensidad y extensión en el uso de los instrumentos que ya se encontraban en funcionamiento. Sobre esta base, no necesita ya es-

perar a expandir la producción de manera normal (es decir, comenzando desde el vamos como una producción hecha toda de manera adicional y mediante instrumentos de producción capaces ellos mismos de sostener una capacidad productiva de última generación) a lo largo de todos los procesos materiales de producción necesarios para alcanzarla. Más aún, los precios comerciales por encima del de producción permiten reincorporar al proceso productivo instrumentos de vida útil ya agotada en condiciones normales. Permite también incrementar la intensidad de su uso, aún cuando este incremento implique el consumo de porciones adicionales de capital circulante o el desgaste anormal de los instrumentos. Estos desarrollan así, en el proceso mismo de su desplazamiento por otros capaces de sostener una mayor productividad, una extensión de su vida útil.

La necesidad del capital de introducir aceleradamente por encima de la norma nuevos instrumentos de producción capaces de sostener una mayor capacidad productiva del trabajo no tiene como efecto inmediato la baja de los precios de las mercancías. Por el contrario, su realización tiene como primer paso un aumento general en los precios comerciales. De modo que la expansión acelerada se encuentra regida por la relación entre este encarecimiento y la ganancia extraordinaria a producirse cuando los nuevos instrumentos sean puestos en uso. Al mismo tiempo, la producción social se expande, multiplicándose nuevamente a medida que los nuevos instrumentos entran en producción.

La suba de precios impone la vinculación de más capital, a la par que hace perder al dinero valor en relación con las restantes mercancías. Se requiere entonces una doble multiplicación de nuevo capital dinero para mantener la expansión acelerada en marcha. Luego, la tasa de interés prosigue su movimiento ascendente. Por su parte, la tasa general de ganancia tiende a ubicarse por sobre su nivel normal. Lo hace por el aumento en la velocidad de rotación tanto del capital fijo como del circulante, así como por las economías en el uso del capital constante a que da lugar el incremento en la intensidad y escala de uso de los instrumentos de producción. Pero, más allá de toda apariencia, no lo hace por la suba de precios como movimiento general. Este movimiento alcanza igualmente a los precios de reposición de los elementos que directa (medios de producción) e indirectamente (medios de vida necesarios para reproducir la fuerza de trabajo) componen el capital en funciones. De modo que la tasa de ganancia se encuentra determinada en cada momento en función del mismo nivel de precios para el capital como premisa y como resultado de su ciclo de rotación. Claro está que, desde el punto de vista de los capitales individuales, el aumento en el valor de éstos por el incremento progresivo en los precios aparece constituyendo en sí mismo una fuente de valorización y, por lo tanto, presenta la apariencia de tratarse de una determinación genuina al alza de su tasa de ganancia concreta.

Pero, más tarde o más temprano, los nuevos instrumentos de producción producidos al calor de este empuje acelerado por expandir la acumulación comienzan a entrar en producción. La producción social se encuentra cubierta ahora por los instrumentos viejos mantenidos extensiva e intensivamente en producción más los instrumentos nuevos capaces de sostener una productividad multiplicada del trabajo vivo. Al mismo tiempo, el precio comercial de las mercancías se encuentra por encima del de producción. Las mercancías resultantes de la expansión acelerada sólo pueden encontrar salida expandiendo la necesidad social por ellas, es decir, bajando sus precios. Al mismo tiempo, de fuente de capital adicional para la expansión acelerada, el crédito pasa a extenderse sosteniendo la apariencia de que las mercancías producidas en exceso son vendibles. Se posterga, así la manifestación de la superproducción. En esencia, lo que ocurre es que junto con la caída en los precios, está cayendo la velocidad de rotación del capital industrial y, por lo tanto, la tasa general concreta de ganancia anual.

La primera baja que produce esta caída entre los capitales industriales, es la de los materializados en los instrumentos de producción primitivos. Estos no pueden seguir manteniéndose en producción a los precios más bajos. Ni siquiera su propia desvalorización puede compensar ya la menor capacidad productiva que ponen en acción. Por supuesto, los mismos capitales a los que corresponde la mayor capacidad productiva se encuentran sometidos a desvalorización por la caída de los precios, dándose para ellos el movimiento inverso al indicado anteriormente para la determinación de la tasa general de ganancia y su expresión concreta para los capitales individuales.

La superproducción general se hace más manifiesta. Cae la velocidad de rotación del capital. Baja la tasa de interés; baja sólo parcialmente contrarrestada por el incremento que compensa el mayor riesgo crediticio. Esto es, siguen los movimientos opuestos a los correspondientes a la primera etapa, que no hacen sino acentuar la necesidad de la expansión acelerada de la acumulación del capital individual. Sólo que la manifestación de las determinaciones más simples de esta necesidad debe abrirse paso a través de las formas concretas en que ellas parecen negarse a sí mismas. Como ocurre con cualquier otra forma concreta en que la organización autónoma de la producción social realiza su necesidad directamente como tal, la regulación de la expansión acelerada de la capacidad productiva del trabajo sólo puede imponerse yendo más allá del límite en cada sentido. La manifestación de sus excesos en la etapa anterior debe ser compensada ahora, pasándose en el sentido inverso. La necesidad de la expansión acelerada de la acumulación se encuentra tan presente en la primera fase de este movimiento como en la segunda. Sólo que en esta última se manifiesta como contrarrestada en su constante avance por su forma concreta misma de realizarse.

La expansión acelerada no necesita de un impulso externo a la marcha normal del proceso de acumulación de capital que la dispare, sacando aparen-

temente con ello al curso normal de ese proceso de una abstracta situación de equilibrio. Por el contrario, es porque la necesidad de la expansión acelerada se encuentra presente en todo momento al interior de dicho proceso, que el desarrollo normal de la expansión general de la escala de acumulación de los capitales individuales tiene a esta fluctuación cíclica como forma concreta necesaria de realizarse.

Como forma inherente a la regulación autónoma, este movimiento fluctuante lleva a su vez en sí la necesidad de realizarse a través de fluctuaciones en torno a sí mismo. De modo que su intensidad y duración, así como la intensidad y forma de estas fluctuaciones sobre sí mismo, se encuentran mediadas por las condiciones concretas de cada ciclo. Luego, el movimiento en cuestión aparece dejando tras de sí el incremento general de la escala de la acumulación y de la capacidad productiva del trabajo; y en lo que el valor unitario consecuentemente disminuido corresponde directa o indirectamente a los medios de vida necesarios para reproducir la fuerza de trabajo de los obreros productivos, un incremento en la plusvalía relativa.

6.4.2.2.2 Inherentes a las formas concretas que la producción de plusvalía relativa toma desde el punto de vista del capital social mismo

6.4.2.2.2.1 Determinación de la tasa de ganancia por el movimiento contrapuesto de la composición orgánica y la tasa de plusvalía

Repasemos brevemente las determinaciones de la producción de la plusvalía relativa. Esta plusvalía resulta del acortamiento de la parte de la jornada en que el obrero trabaja para sí, logrado mediante la disminución del valor de los medios de vida necesarios para la reproducción de su fuerza de trabajo. A su vez, este menor valor resulta del incremento en la capacidad productiva del trabajo que directa o indirectamente produce dichos medios de vida. De modo que la producción de plusvalía relativa impone la revolución constante en las condiciones materiales de producción. El sistema de la maquinaria propio de la gran industria es la forma más potente con que cuenta el capital para incrementar la capacidad productiva del trabajo en pos de la producción de plusvalía relativa. En él, la capacidad productiva del trabajo se desarrolla sobre la doble base de dotar al trabajo vivo con nuevos instrumentos de producción (que le permiten producir una mayor masa de valores de uso en un tiempo dado) y la expansión de la escala de producción puesta privadamente en acción por cada capital individual.

Por lo tanto, el incremento en la capacidad productiva del trabajo resulta de un incremento en la composición técnica del capital. Este incremento se refiere tanto a la masa de instrumentos de producción con que se encuentra equipada cada unidad de trabajo vivo, como a la masa de materias primas y materiales auxiliares que pasa por sus manos como objeto y auxilio de su trabajo. Este incremento en la composición técnica toma forma concreta respecto de la regulación capitalista de la producción social en el incremento

de la composición del capital como órgano de la producción de plusvalía, o sea, en el incremento de su composición orgánica. La plusvalía es la forma social específica con que se representa la materialidad del simple gasto de fuerza humana de trabajo realizado por el obrero bajo el dominio privado e independiente de cada capital individual, durante el tiempo que excede al necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo gastada a lo largo de la jornada de trabajo. Luego, sólo el capital materializado en la fuerza de trabajo es capaz de comportarse como una magnitud variable. El capital materializado en los medios de producción se limita a conservar su valor en el valor del producto, comportándose como una magnitud constante. Pero, pese a que esta porción de capital es incapaz de valorizarse, la producción de plusvalía relativa tiene por condición su crecimiento acelerado respecto del crecimiento del capital variable. Más aún, en el modo de producción capitalista no basta para incorporar una maquinaria en sustitución del trabajo vivo que el gasto adicional de trabajo en que se incurre para producir la máquina sea menor al gasto de trabajo que se ahorra mediante su utilización. Es condición para la incorporación capitalista de la maquinaria que dicho gasto adicional sea menor que el trabajo vivo pago que se ahorra mediante la utilización de la misma. Con lo cual, la masa total de trabajo vivo que se materializa en el valor de la maquinaria introducida tiende a ser menor que la masa de trabajo vivo que se ve desplazada por esta introducción. De modo que, en el conjunto del capital total de la sociedad, la porción constante no sólo crece más rápido que la variable sino que lo hace a expensas del crecimiento de ésta.

Cuanto mayor es su porción constante, o sea, cuanto mayor es su composición de valor, un capital de magnitud total dada pone en acción una menor cantidad de trabajo vivo. A una tasa de plusvalía dada, menor resulta la plusvalía que genera respecto de su magnitud total. En estas condiciones, y con la velocidad de rotación dada, el incremento en la composición de valor del capital se refleja en la caída de la relación formal entre la plusvalía generada y el capital total adelantado para generarla, o sea, en la caída de la tasa de ganancia anual.

Sin embargo, hasta aquí se ha prescindido del hecho de que el aumento de la composición orgánica del capital nace de una razón específica: del aumento de la capacidad del capital variable para valorizarse, o sea, del aumento de la tasa de plusvalía. Y este aumento determina favorablemente a la tasa de ganancia. De modo que la tendencia a la caída de la tasa de ganancia por la suba de la composición orgánica lleva consigo la necesidad de negarse a sí misma. Depende de la magnitud y forma técnica concreta del incremento en la capacidad productiva del trabajo, que la determinación negativa de la tasa de ganancia por la suba de la composición orgánica aparezca imponiéndose en el cuanto concreto de dicha tasa, o que resulte superada en esta manifestación concreta por el incremento en la tasa de plusvalía. Si, dadas la duración de la jornada de trabajo y la intensidad de éste, la composición orgánica del

capital crece más rápidamente que la capacidad productiva del trabajo, la tasa de ganancia va a presentar una tendencia concreta a caer. Si, por el contrario, la capacidad productiva del trabajo crece progresivamente más que la composición orgánica, la tasa de ganancia va a presentar una tendencia concreta a la suba.⁶

6. Marx formula la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como una ley de carácter puramente analítico. Esto es, la enuncia como una ley que hace abstracción de su propia determinación esencial (el aumento de la tasa de plusvalía), poniendo en lugar de ésta una abstracta relación formal (la constancia de la tasa de plusvalía) (Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 214). Recién en un segundo paso introduce esa determinación esencial, pero la pone como una condición exterior que, como tal, aparece contrarrestando a la ley analítica (ibíd., vol. 3, pág. 232). Sobre estas bases, Marx da por sentado que la ley en cuestión se impone como la ley históricamente concreta de la tasa de ganancia (ibíd., vol. 3, pág. 234), pese a no haber desarrollado las posibles relaciones de proporción entre sus dos determinantes concretos en toda su extensión.

Shaikh presenta el siguiente desarrollo como prueba de que la tendencia de la tasa de ganancia es decreciente en última instancia. Parte de transformar matemáticamente la relación entre la tasa de ganancia y la tasa de plusvalía, $g' = \frac{p}{v} \cdot \frac{v}{c+v}$ (ibíd., vol. 3, pág. 65), en $g' = \frac{p}{1+\frac{p}{v}} \cdot \frac{v+p}{c+v}$, de donde deduce que, si con el desarrollo de la productividad del trabajo, v tiende a 0, entonces el primer elemento del segundo término tiende a 1, y por más que crezca la tasa de plusvalía tendiendo a ser infinitamente alta, la tasa de ganancia inevitablemente cae al no alterarse la duración total de la jornada de trabajo y continuar creciendo c para sostener el desarrollo de la productividad del trabajo (Anwar Shaikh. *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2006, págs. 407-408). Mientras la fórmula original muestra de manera inequívoca que lo que está en juego es la evolución relativa de los dos elementos cualquiera sea el nivel absoluto que hayan alcanzado, la transformada hace desaparecer el movimiento de la tasa de plusvalía. Y junto con esta desaparición, se saca de la vista el límite capitalista específico a la sustitución de trabajo vivo por trabajo muerto y, por lo tanto, al crecimiento del capital constante. Dicho límite consiste en que el trabajo muerto que se adiciona por el uso de la maquinaria debe ser menor que el trabajo vivo pago que se ahorra. El postulado de que el capital variable tiende a 0 implica de inmediato que el capital constante consumido sólo puede aumentar en una proporción aún menor. Luego, el capital constante adelantado no puede crecer arbitrariamente sino sujeto a esta restricción, de la cual resulta que la tasa de ganancia subirá o bajará según que el aumento de la productividad del trabajo sea proporcionalmente mayor o menor al de la composición orgánica de ese capital.

En las antípodas aparentes del planteo de Shaikh se encuentra el de Okishio. Según su célebre «teorema», la incorporación de una innovación técnica que satisface la condición necesaria de disminuir el costo de producción, tiene como resultado inevitable la suba de la tasa general de ganancia, cualquiera sea el aumento en la composición orgánica del capital que la acompañe (Nobuo Okishio. "Technical changes and the rate of profit". En: *Kobe University Economic Review*, n.º 2: Faculty of Economics, Kobe University (1952), págs. 85-99). Vayamos más despacio. Okishio presenta la ecuación número 3 de su desarrollo (ibíd., pág. 86) como la expresión del «criterio del costo» que rige

la incorporación de una nueva técnica por el capitalista. Define matemáticamente este criterio como la disminución de la suma que incluye, como primer elemento, la sumatoria de la cantidad utilizada de cada medio de producción multiplicada por la relación entre el precio de ese medio de producción y la tasa de salario monetario, y, como segundo elemento, la cantidad de trabajo vivo gastado en la producción. Para evitar cualquier equívoco, expresémoslo en sus términos: el capitalista va a incorporar una nueva técnica en la producción de la mercancía k si la misma logra disminuir el valor de la relación: $\sum a_{kj}; \frac{p_j}{w}; + \tau_k$ con $\frac{p_j}{w}$ constante, y donde a_{kj} es la cantidad del medio de producción j utilizado para producir k , p_j es el precio del medio de producción j , w es la tasa de salario monetario y τ_k es la cantidad de trabajo vivo utilizado para producir k .

Por muy impresionante que pueda parecer la fórmula, la pregunta es sencilla: ¿en qué unidad está medido el «criterio del costo» de Okishio? La cantidad de cada medio de producción está medida en la unidad que le corresponde técnicamente como valor de uso, por ejemplo, 3 pinzas, 1 edificio, 15 metros de cable, etc. El precio de cada medio de producción y la tasa de salario están medidos en cantidades de dinero. Por lo tanto, al dividir uno por el otro, desaparece la unidad dineraria. De modo que el primer elemento de la «relación de costo» es en realidad un conglomerado de cantidades de valores de uso heterogéneos y, por lo tanto, imposibles de ser sumados entre sí. Pero Okishio no tiene el menor empacho en seguir adelante y sostener que puede agregarle a la suma todavía otra unidad cualitativamente distinta, a saber, cantidades de trabajo. Y todavía hay más. Sin más argumento que la afirmación de que «no es correcto» que la tasa general de ganancia se encuentre determinada por la relación entre la plusvalía total y el valor del capital total, Okishio multiplica su suma matemáticamente imposible por $(1 + r)$ y declara a la «tasa de ganancia» r como determinada por la resolución de un sistema de ecuaciones simultáneas (ibíd., ecuación 7, pág. 90).

Pese a los varios apéndices matemáticos que adornan su trabajo y los ejemplos numéricos que presenta, Okishio no siente la menor necesidad de explicar cómo suma cantidades de cosas heterogéneas y luego resuelve con ellas un sistema de ecuaciones simultáneas. El movimiento de su supuesta tasa de ganancia ya está implícito en las ecuaciones que relacionan variables incommensurables entre sí, como por ejemplo el postulado de que $\frac{p_i}{w} > t_i$, definida t_i como la cantidad de trabajo encerrada en la mercancía i (ibíd., pág. 86), donde el primer elemento es un coeficiente y el segundo una cantidad de unidades de trabajo. Con lo cual, la relación precio sobre salario puede ser, supongamos, igual a 3, mientras que las horas de trabajo 425. Pero la ecuación de Okishio fuerza una relación abstracta que, luego, le garantiza verificar la «hipótesis» de su «teorema».

El problema del «teorema de Okishio» no reside en que no considera la existencia del capital fijo (Shaikh, *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, págs. 374-376) o en su estructura no iterativa (Andrew Kliman. "The Okishio Theorem: An Obituary". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 29, n.º 3: Sage Journals (1997), págs. 42-50). El problema del «teorema de Okishio» reside en que se trata de una construcción de apariencia matemática que empieza por carecer de toda consistencia lógica propia de las matemáticas. Es, simplemente, una caricatura de construcción matemática vacía, no sólo de contenido, sino de la menor consistencia formal. Después vienen los marxistas analíticos, siempre dispuestos a vanagloriarse de la superioridad de su «coherencia lógica», y le agregan a semejante incoherencia matemática lo que

Por supuesto, el desarrollo técnico presenta siempre una gama inmensa de formas concretas e intensidad posibles, que se renuevan constantemente. Esta gama va desde el simple cambio de detalle en las condiciones materiales de una fracción insignificante de un proceso productivo singular, a la revolución general de las condiciones materiales de la producción social. La incorporación de la máquina de vapor, la electricidad, la línea de montaje, su computarización y robotización, son ejemplos obvios del segundo tipo de incremento en la capacidad productiva del trabajo. Cuanto más apunta un cambio técnico a transformar las raíces mismas de la capacidad productiva vigente, mayor es su posibilidad de incrementar la tasa de plusvalía en forma más que proporcional respecto de la masa de capital que es necesario adelantar para ponerla en acción. Y, por lo tanto, más escapa a ser de inmediato determinante de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

Por más atractivo que pueda resultarle, el capital no puede producir este tipo de cambio en las condiciones materiales de producción de manera continua. Para empezar, el incremento radical en la capacidad productiva del trabajo sólo puede resultar de un relativamente elevado consumo de capital en investigación y desarrollo no menos radicales y, como tales, sin resultados seguros. De modo que una masa significativa de capital como la que requiere la producción de la capacidad productiva sobre bases radicalmente nuevas puede no sólo quedar estéril (lo cual ya significa una pérdida desde el punto de vista capitalista), sino perderse irremediabilmente de manera absoluta. Al mismo tiempo, el proceso de investigación y desarrollo capaz de producir condiciones de producción radicalmente nuevas tiene su materialidad misma determinada por las condiciones materiales en que se desarrolla. Esto es, el desarrollo material de dicho proceso tiene por condición que ya se haya desa-

llaman «la consideración del capital fijo», confundiendo de paso, como es propio de toda la economía neoclásica, la rotación del capital industrial con la aparente del capital prestado a interés (John Roemer. "Continuing controversy on the falling rate of profit: Fixed capital and other issues". En: *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, n.º 4: Oxford University Press (1979), págs. 379-398). No falta tampoco el marxista convencido de que se trata de una crítica «tan devastadora que priva a todo argumento (a favor o en contra) [...] de relevancia» (Phillipe van Parijs. "The Falling Rate of Profit Theory of Crisis: A rational reconstruction by way of obituary". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 12, n.º 1: Sage Journals (1980), pág. 9, traducción propia). Y el hecho de que los marxistas defensores de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia hayan respondido débilmente al «teorema de Okishio», sin haber sabido poner al descubierto la falsedad de su consistencia matemática, e incluso atribuyéndole validez en sus propios términos, muestra la endebles de su propia comprensión respecto de la especificidad de la relación social general en el modo de producción capitalista. Esto es, respecto de que la forma de valor surge de la forma de privado con que se realiza el trabajo social y, de ahí, respecto de la forma concreta que toma el valor como portador de la unidad del movimiento del capital total de la sociedad.

rollado al extremo la potencialidad material de las condiciones de producción más primitivas que la preceden.

Por cierto, el capitalismo no es un modo de producción que tiene por objeto inmediato el desarrollo de la capacidad productiva por sí misma. Es sólo en tanto sistema autónomamente regido mediante la determinación de la producción material como productora de la relación social general que se constituye en el sujeto mismo de la producción y el consumo sociales, que el capitalismo se encuentra irrefrenablemente forzado a desarrollar la capacidad productiva del trabajo como forma concreta de realizarse la regulación capitalista misma. En pocas palabras y visto externamente, el desarrollo de la capacidad productiva sólo tiene la forma material e intensidad que le determina la marcha de la acumulación de capital.

Mientras la tasa de ganancia correspondiente a ciertas condiciones materiales vigentes resulte superior a la potencialmente apropiable mediante un cambio radical en esas condiciones, poco puede interesarle al capital que la tasa de ganancia vaya decreciendo a medida que va modificando las condiciones materiales de producción vigentes para producir la plusvalía relativa. Mucho menos puede hacer, de momento, para contrarrestar esa caída. La situación recién cambia cuando la tasa de ganancia ha caído lo suficiente como para tener un doble efecto.

En primer lugar, la acumulación se expande con la lentitud que le impone su decreciente capacidad para producir plusvalía relativa y la baja proporción que representa la plusvalía anual respecto de la masa del capital adelantado. No es que se han agotado las inversiones posibles, como degrada la cuestión la economía vulgar. La acumulación de capital podría aún seguir expandiéndose dentro de sus propios límites. Sólo que esta expansión debería seguirse al ritmo acotado por la simple multiplicación, por la repetición idéntica en escala ampliada, de la obtención de plusvalía absoluta alcanzada hasta ese momento. Más aún, esta reproducción pondría fin a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Lo que se ha agotado no es la posibilidad de invertir capital de manera rentable, sino la capacidad técnica de las condiciones materiales generales de producción vigentes para sostener la producción de plusvalía relativa. Y éste es un límite intolerable para el capital como relación social materializada que se ha convertido en el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales sin poder llevar en sí más límite cualitativo que su relación cuantitativa como valor que se valoriza. La acumulación de capital avanza entonces hacia una crisis general. No porque la producción de capital se haya expandido en exceso y, por lo tanto, porque la producción de mercancías se haya expandido en exceso de la necesidad social. Por el contrario, esta crisis se desencadena porque la expansión del capital choca contra la baja proporción de plusvalía de que dispone para ello, expresada en la baja tasa de ganancia.

Pero, en segundo lugar, para entonces la baja tasa de ganancia disminuye la significatividad de la pérdida eventual de capital en el intento de desarrollar

la capacidad productiva sobre nuevas bases, frente a su simple valorización bajo las condiciones técnicas anteriores y, sobre todo, frente a la rentabilidad potencialmente obtenible por el capital individual que tuviera éxito. De hecho, el salto adelante se ha constituido en condición para imponerse sobre los demás capitales individuales en la competencia, particularmente agudizada por la baja tasa de ganancia.

Estas determinaciones toman forma concreta, entonces, en una fluctuación propia de la tasa normal de ganancia. No se trata ya simplemente de que la norma se impone como un promedio que se abre paso a través de constantes fluctuaciones, sino de que la norma misma encierra una determinación que la hace fluctuar. A un momento de alza en la tasa, sigue un proceso comparativamente largo de caída. La velocidad de expansión de la escala general de la acumulación presenta este mismo movimiento cíclico, desacelerándose progresivamente siguiendo la evolución general de la tasa de ganancia. La expansión acelerada o desacelerada se manifiesta luego en la suba de los precios comerciales por encima de los de producción en la primera fase, donde la demanda de medios de producción y fuerza de trabajo empuja constantemente a la oferta, para producirse luego el movimiento inverso. Por supuesto, esta forma se repite al interior de sí misma tantas veces como grados generales en el cambio potencial en la capacidad productiva se superpongan.

6.4.2.2.3 Forma concreta en que se desarrolla la unidad entre producción social y consumo social

Para ser un proceso renovado de reproducción ampliada, la acumulación de capital necesita determinar al consumo social como si éste no llevara en sí más necesidad que la de crecer al ritmo correspondiente a la transformación de la plusvalía en nuevo capital. La producción de plusvalía relativa resulta en una expansión específica en la masa de valores de uso producidos en un tiempo de trabajo dado. Por lo tanto, la producción de plusvalía relativa necesita producir la correspondiente expansión en el consumo social. La caída general en los valores de las mercancías individuales, originada en el continuo incremento en la productividad del trabajo, constituye la base para dicha expansión específica del consumo social de valores de uso. Pero no basta por sí sola para dar cuenta de la determinación de la misma. Ocurre que, a esta altura de la producción capitalista, la expansión en cuestión se encuentra determinada, ante todo, como una forma concreta del circuito mismo de acumulación del capital total de la sociedad. De modo que se trata del modo en que la acumulación de capital basada sobre la plusvalía relativa determina a la magnitud de las diferentes porciones en que el producto social total se divide como premisa para la renovación del circuito de valorización.

Cualquiera sea la rama especial de la producción en que opere, todo capital industrial individual enfrenta la necesidad de aumentar la capacidad productiva del trabajo que pone en acción sin más límite que lograr que el

valor de sus mercancías se ubique por debajo del socialmente vigente, de modo de realizar una plusvalía extraordinaria.⁷ El capital individual que no es capaz de satisfacer esta necesidad acaba siendo expulsado de la producción, sea por la competencia directamente establecida con los que producen el mismo valor de uso, sea por la competencia indirectamente establecida con la masa de los demás capitales de la sociedad. Por lo tanto, cada capital individual enfrenta la necesidad de expandir la escala de su producción en la medida requerida para alcanzar el aumento de la capacidad productiva del trabajo regido por la producción de plusvalía extraordinaria.⁸ Más aún, cuanto más estrechos sean los límites específicos con que pueda tropezar la expansión del consumo social de la mercancía que produce un capital individual, mayor resulta la necesidad que tiene éste de aumentar la capacidad productiva del trabajo y, con ella, la escala de su producción material, para sobrevivir en la competencia.

La acumulación basada sobre la producción de plusvalía relativa no impone restricción específica alguna a la expansión del consumo social de medios de producción. Por el contrario, impulsa de manera específica la demanda por medios de producción, tanto por la permanente sustitución del trabajo vivo por el uso de maquinaria cuanto por la mayor masa de materias primas y materiales auxiliares que procesa el trabajo más productivo en un tiempo dado. Pero no ocurre lo mismo con la demanda de medios de vida para los obreros. Como ya vimos, el desplazamiento técnico del trabajo vivo por la maquinaria se refleja en el incremento del capital constante a expensas del incremento del capital variable. Esta restricción específica a la expansión del capital variable acota de un modo correspondientemente específico la expansión de la necesidad social por medios de vida para los obreros. Remarquemos que se trata de una restricción específica al crecimiento del capital variable respecto del capital constante. De modo que ella se manifiesta como tal aun cuando la expansión en la escala de la acumulación implique que el capital variable se encuentre creciendo en términos absolutos.

El crecimiento de la plusvalía sobre la base de la disminución del tiempo de trabajo necesario para reproducir la fuerza de trabajo lleva en sí la determinación específica opuesta a la del capital variable. Sin embargo, al consumo de los capitalistas no le cabe cubrir el espacio que relativamente va perdiendo la porción del producto social en que se materializa el valor de la fuerza de trabajo puesta en acción. El objeto de la producción es aquí la acumulación del capital, y no la satisfacción del consumo individual de los capitalistas; este

7. Por supuesto, esta necesidad se presenta bajo la forma concreta de alcanzar individualmente un precio de producción inferior al socialmente vigente, de modo de realizar una ganancia extraordinaria. Pero aquí vamos a considerar el contenido esencial de este movimiento para mayor claridad de la exposición.

8. No en vano, ésta es la forma concreta bajo la que se engendra la plusvalía relativa, que surge a medida que la plusvalía extraordinaria se diluye al imponerse el valor individual más bajo como el que impera socialmente en las esferas que directa e indirectamente producen medios de vida para los obreros.

consumo mismo es apenas resultado, y no determinación, de las necesidades inherentes a la marcha del proceso de acumulación.

La producción indefinidamente automultiplicada de medios de producción tampoco puede expandir el consumo social, compensando mediante un mayor consumo productivo la disminución relativa del consumo individual. Por mucho que las determinaciones del proceso humano de metabolismo social tomen forma invertida en el capitalismo como atributos propios del capital, éste no es sino una forma históricamente determinada de aquél. Sólo la fetichización más absoluta de las potencias humanas como potencias del capital puede llegar a creer que la producción capitalista no tiene más objeto que la producción misma.⁹

En consecuencia la acumulación de capital lleva en sí una contradicción que le resulta insuperable: necesita expandir la necesidad social sin imponerle límite específico alguno y, al mismo tiempo, necesariamente introduce una restricción específica progresiva e imposible de compensar al crecimiento de una porción de esa necesidad social.

Esta contradicción es ajena a la esfera específica de acumulación en que actúa cada capital como porción alícuota del capital total de la sociedad: para que la escala de la producción de medios de producción crezca sin más límite que el correspondiente al crecimiento de la capacidad productiva del trabajo es necesario que la demanda de medios de vida en cuya producción van a ser finalmente utilizados también crezca sin más límite que el correspondiente a dicho crecimiento. De modo que la contradicción en cuestión se manifiesta en el movimiento general del proceso de acumulación. Esta contradicción tiene su raíz en la realización del trabajo social bajo la forma de trabajo privado. Ahora, la misma separación entre el trabajo privado y el trabajo social actúa como forma concreta de desarrollarse la contradicción en cuestión. Los capitales individuales expanden privadamente su producción en pos del aumento de la productividad como si esta expansión no encerrara límite específico alguno. Esta expansión aparentemente ilimitada se desarrolla hasta que la separación al exterior entre producción y capacidad de consumo sociales alcanza una magnitud suficiente como para manifestarse abiertamente. Lo hace en la creciente dificultad para la realización de la plusvalía por la imposibilidad de encontrar la demanda solvente que permita realizar el valor de las mercancías producidas. En la primera fase, la apariencia de la expansión ilimitada lleva a que las mercancías tiendan renovadamente a venderse por encima de sus precios de producción. En la segunda, los precios comerciales caen de manera

9. Tugan Baranovsky pretende reducir la necesidad de la crisis de superproducción general a la mera agregación accidentalmente aguda de desequilibrios en la proporcionalidad entre las distintas esferas especiales que conforman la producción social. Es decir, pretende reducir la necesidad de la crisis a la posibilidad más simple inherente a la forma mercancía. Por supuesto, se ocupa de darle a esta tontería el rigor propio de una «demostración» matemática.

progresiva por debajo de los de producción. Al mismo tiempo, mientras el volumen de la producción social se expande a un ritmo cuya aceleración se alimenta a sí misma durante la primera etapa, en la segunda va manifestando crecientemente la dificultad que encuentra para seguir expandiéndose. Lo cual, por supuesto, agudiza la necesidad de avanzar en la competencia multiplicando la capacidad productiva del trabajo que cada capital pone individualmente en acción. Así, hasta estallar en una crisis de superproducción general.

Para evitar cualquier equívoco, resulta conveniente remarcar que se trata de una crisis de superproducción y no de subconsumo. Tanto la producción como el consumo sociales desembocan en ella, realizando la necesidad que les es respectivamente inherente en la asignación capitalista de la capacidad de trabajo total de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles. La expansión de la producción no lleva en sí más determinación que la de crecer sin encerrar límite específico alguno que surja de esa regulación misma. Por su parte, el consumo social es en todo momento, ni más ni menos que el que corresponde al consumo por cada miembro de la sociedad de la parte del producto social que la regulación capitalista del proceso de metabolismo social, es decir, que su relación social general, determina que debe consumir. Y es bien sabido que esta relación social general, la acumulación capitalista, tiene como ley general de desarrollo la conversión de una porción creciente de la clase obrera en sobrante para la producción social, y por ende, para el consumo social. Se trata, pues, de una crisis originada en una producción social que se expande como si no tuviera límite en sí misma, enfrentándose a un consumo social cuya expansión relativamente restringida se encuentra determinada como una necesidad inherente a la expansión ilimitada misma de la producción.¹⁰

10. Sobre la base de que la tendencia a la superproducción general se encuentra implícita desde el vamos en la acumulación del capital mediante la producción de plusvalía relativa, los subconsumistas consideran a los esquemas matemáticos necesarios para representarse este proceso como una contradicción en los términos; o, más crudamente, una «ilustración» aproximada (Rosa Luxemburg. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968, págs. 462-463). No entran en ellos esas ubicuas «capas o sociedades exteriores al modo de producción capitalista» que tienen la fantástica capacidad de comprarles mercancías a los capitalistas sin necesidad de haberles antes vendido las suyas a los capitalistas o a los obreros asalariados, que los subconsumistas se representan como necesarias para realizar la plusvalía. Los esquemas sirven para representar las determinaciones que rigen la unidad del movimiento del capital total de la sociedad, a partir de las relaciones cuantitativas que presentan entre sí las formas concretas con que ellas se manifiestan. Pero son impotentes para dar cuenta de la necesidad del desarrollo de esas determinaciones en sus formas concretas de realizarse. Y es en este desarrollo en donde se descubre la necesidad de la tendencia a la superproducción general que se resuelve (y, por lo tanto reproduce) una y otra vez. El complemento perfecto de los subconsumistas en este sentido, lo constituyen quienes como Tugan Baranovsky, Hilferding o Bauer, creen que los esquemas de la reproducción

La superación de la crisis de superproducción general no elimina esta contradicción, sólo la resuelve reproduciendo su desarrollo sobre una nueva base. El restablecimiento inmediato de la unidad necesaria entre producción y consumo sociales no tiene más modo de realizarse que la aniquilación de la porción de capital social sobrante, bajo las distintas formas materiales (incluyendo por supuesto la humana) que éste presenta. Esta aniquilación puede tomar diversas formas concretas, donde media el enfrentamiento entre capitales individuales por ser los beneficiarios de la demanda solvente y, por lo tanto, la forma nacional que toma la esencia mundial del proceso de acumulación.

Pero la simple reproducción del proceso de acumulación sobre la base de la producción de plusvalía relativa lleva en sí las condiciones de esta aniquilación. El salto en la capacidad productiva del trabajo transforma en inútiles para la valorización del capital a las formas materiales del capital social que no pueden alcanzarla. Torna pues a estas formas materiales en absolutamente inútiles para la sociedad capitalista, por más necesidades humanas – abstraídas de su determinación capitalista – que podrían ser materialmente satisfechas mediante su uso simplemente productivo.

Ahora bien, el salto en la capacidad productiva del trabajo tiene su oportunidad determinada de un modo concreto: la crisis general de la expansión de la escala de la acumulación por la caída tendencial en la tasa de ganancia. De modo que la superación de la crisis de superproducción general tiene entre sus condiciones la superación de esa otra crisis general, que no encierra superproducción general alguna en sí misma. Pero el salto radical en la capacidad productiva tiene por condición de su propia necesidad, la caída en la tasa de ganancia. Y el avance hacia la crisis de superproducción general no hace sino empujar la tasa de ganancia hacia abajo. Estas dos determinaciones específicas que dan forma cíclica al proceso de acumulación del capital social constituyen pues una unidad de desarrollo indisoluble.

6.5 Manifestación de la naturaleza histórica del modo de producción capitalista en los movimientos cíclicos de la acumulación

Tomemos a estas dos determinaciones cíclicas de la acumulación de capital en su unidad. Dada la naturaleza de ambas, el completo desarrollo de sus fases unitarias requiere de un período de tiempo que supera largamente al de cualquiera de las otras determinaciones cíclicas propias de la acumulación de capital. Otro tanto ocurre con la amplitud de los movimientos en que esta unidad toma forma concreta. Al mismo tiempo, al concentrar temporalmente la incorporación de nuevo capital fijo y la liquidación del existente, tienden a acentuar la intensidad de todos esos otros movimientos cíclicos. Todo lo cual acentúa la intensidad de las crisis en que culmina cada uno de estos movimientos.

«prueban» que la acumulación de capital puede realizarse sin tomar forma concreta necesaria en la crisis de superproducción general.

Pero lo que verdaderamente importa es que ambas expresan de manera inmediata la naturaleza histórica del capitalismo como relación social general. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia pone en evidencia el límite histórico de una regulación general del proceso de metabolismo social que tiene su eje en una magnitud que ella misma hace decrecer para poder imponerla sobre una masa necesariamente creciente de riqueza social. A su vez, la crisis de superproducción general pone en evidencia el límite histórico de una organización general del proceso de metabolismo social que parte de la separación entre la producción social y el consumo social, determinando la aplicación privada e independiente del trabajo social bajo sus formas concretas útiles. Y que no se limita a imponer esta separación, sino que la desarrolla hasta convertir a la aniquilación de parte del producto social en condición para la reproducción de sí misma como tal modalidad de organización. Con lo cual, convierte a la aniquilación de la vida humana en condición para la reproducción de la vida humana misma, bajo esta forma enajenada de regirse.

Por mucho que pongan en evidencia la limitación histórica del modo de producción capitalista en su condición de forma de regirse el proceso de metabolismo social, ninguna de estas dos determinaciones es de por sí forma concreta de realizarse la necesidad de la superación de este modo de producción. Esta necesidad no es de naturaleza mecánica ni, por lo tanto, puede nacer de las relaciones de proporcionalidad en que toma forma concreta el movimiento del capital social. Por el contrario, ella nace de la transformación que impone el capital sobre la materialidad del proceso de trabajo al desarrollar las potencias productivas del trabajo libre individual como potencias productivas del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza, desarrollando así la contradicción entre las potencias productivas del trabajo social y la forma de privado con que este trabajo se realiza. Pero, precisamente, porque son la forma concreta necesaria en que se realiza el desarrollo específicamente capitalista de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, su conocimiento se encuentra en la base misma de la formulación estratégica de la acción transformadora consciente en que la clase obrera realiza su determinación como sujeto histórico revolucionario.

6.6 Avance sobre la identificación del momento concreto actual de la acumulación capitalista mundial*

6.6.1 Identificación de los ciclos generales

Por su contenido, la acumulación de capital es un proceso mundial. Pero, hasta el presente, este proceso mundial toma forma concreta a través de los procesos nacionales de acumulación de capital. En este avance, vamos a considerar el mayor proceso nacional de acumulación actual, los Estados Unidos de América. Su relevancia para el análisis no reside sólo en su magnitud, sino en que, de manera particular, conserva dentro suyo la integridad de las determinaciones más simples y generales de la acumulación basada en la producción de plusvalía relativa propia de la gran industria. Al mismo tiempo, el papel preponderante de su curso sobre el de la acumulación mundial se expresa en su definición generalizada por los economistas como «la locomotora de la economía mundial».

En el modo de producción capitalista, la producción material produce al mismo tiempo la relación social general. De modo que la organización capitalista del proceso de metabolismo social se realiza necesariamente a través de constantes fluctuaciones, históricamente específicas, en la materialidad misma de la producción y el consumo sociales. Por lo tanto, estas fluctuaciones materiales van a constituir el punto de partida de nuestro análisis exploratorio.¹¹

*. Esta sección no ha sido actualizada para la presente edición. Desde su redacción original ha tenido lugar la crisis del año 2008. Sin embargo, lejos de haberse resuelto en ella la situación de superproducción general, con la correspondiente liquidación masiva de capital ficticio, dicha situación se ha extendido nuevamente. Lo ha hecho sobre la base de la renovada expansión del mismo capital ficticio, ahora sostenida abiertamente por medio de la emisión de signos monetarios por los estados cuyos procesos nacionales de acumulación se encuentran en el eje de la superproducción misma.

11. Como es obvio, resulta imposible realizar una agregación inmediata de la producción social en términos materiales. No es posible sumar caramelos con cañones. La medición agregada de la masa material de producción requiere la mediación de un factor de ponderación que haga conmensurables valores de uso que son cualitativamente distintos en su materialidad misma. Y, por supuesto, la mediación de cualquier factor de ponderación introduce por sí distorsiones al cómputo. En la práctica de la contabilidad nacional, se utiliza como factor de ponderación la relación entre los precios de las mercancías en un año base. Se multiplica la producción anual de cada tipo de mercancía por un precio que se deja constante en el tiempo. Luego, se considera que la diferencia entre la masa de valor computado de este modo para cada año y la masa de valor producida en el año base corresponde a una variación en el volumen agregado. Por cierto, este factor de ponderación basa indirectamente el peso asignado al volumen arrojado por cada producción especial, en el tiempo de trabajo socialmente necesario materializado en cada tipo de mercancía en el año base. Y remarquemos el indirectamente, en tanto los precios comerciales en un año dado difieren necesariamente de los de producción, y éstos, a su vez, de los valores de las mercancías. Pero, con todo, sólo si la producción evoluciona en idéntica proporción en todas las esferas,

la medición agregada del volumen de la producción material resulta inequívoca. Por ejemplo, ¿qué sentido inequívoco tiene decir que la producción material ha crecido en una proporción x en un año dado, cuando el año anterior el 80 % del trabajo social se aplicaba a producir cañones y el 20 % a producir caramelos y ahora las proporciones se han invertido? Por su parte, la aparición de nuevos valores de uso obliga a realizar malabares de reclasificación y equivalencia.

La imprecisión en la medición de los movimientos en el producto material no termina aquí. El registro del producto social responde hoy día a las categorías de la economía neoclásica. Esta versión de la economía vulgar es la forma concreta necesaria de la conciencia enajenada que lleva el fetichismo del capital a la plenitud de su expresión ideológica. La economía vulgar cumple su papel al cultivar la apariencia de que el producto de valor surge de la materialidad misma del proceso de producción, no de la forma social históricamente específica de su organización capitalista. En su versión neoclásica, la economía vulgar representa el producto de valor como la suma de las «remuneraciones» de los «factores de producción capital, trabajo y tierra», en proporción a sus respectivos «aportes materiales» según sus respectivas «productividades marginales».

Para producir esta representación, la economía neoclásica necesita empezar por sacar de la vista el ciclo de rotación del capital industrial. De lo contrario, le resultaría imposible oponer abstractamente el trabajo al capital, ya que la compra de la fuerza de trabajo se mostraría de inmediato como lo que es: una forma concreta que el capital toma en su ciclo de rotación. Más aún, basta con observar este circuito para darse de cara con que la ganancia no tiene de dónde surgir, como no sea del cambio de formas que experimenta el capital en su ciclo de rotación. De modo que la economía neoclásica necesita privar a la contabilidad en general –y, por lo tanto, a la contabilidad del capital social– de la base técnicamente necesaria para reflejar la valorización anual del capital de manera inequívoca: el registro del ciclo del capital industrial.

Cualquier sistema de registro necesita partir de definir el atributo cualitativo que recorta a su objeto. Pero, en manos de la economía neoclásica, la contabilidad del capital total de la sociedad parte de desconocer que su objeto se recorta por el ciclo de cambios de forma de ese capital. En consecuencia, su cómputo mezcla el simple consumo de valores de uso (por ejemplo, la utilización de la vivienda propia) con el movimiento de porciones del capital social (por ejemplo, el alquiler de viviendas), aun cuando elude la confusión cuando ambas circunstancias se le presentan bajo otras formas concretas (por ejemplo, la utilización del automóvil propio y el alquiler de automóviles). La impotencia de la economía neoclásica para partir del conocimiento de la naturaleza cualitativa de la determinación a cuya medición se apunta, se traduce luego en la indiferencia con que hace tabla rasa con las distorsiones implícitas en los datos primarios que utiliza.

La inversión de las relaciones sociales como si fueran relaciones materiales tiene un efecto inmediato, desde el mero punto de vista del cómputo del producto social: la economía neoclásica reduce el valor del producto (o sea, la suma de trabajo vivo y muerto materializado en él) al producto de valor (o sea, al trabajo vivo materializado en el producto). Por lo tanto, el indicador que disponemos de la evolución del volumen de la producción social tiene su cómputo mediado por el consumo del capital constante circulante durante el año (lo que la técnica de la contabilidad del capital social computa sobre la base de una matriz de insumo-producto). A su vez, la reducción del valor del producto al producto de valor y la indiferencia respecto del ciclo del capital hacen que

Tomemos la evolución del producto interno bruto de los Estados Unidos de América a precios constantes de un año base.¹² La misma se ilustra en el Gráfico 6.1, junto con su tendencia de crecimiento a la tasa media arrojada por el ajuste exponencial para todo el período considerado.¹³

Si depuramos la serie de su tendencia, nos quedan reflejadas las fluctuaciones cíclicas en torno a ella, como lo muestra el Gráfico 6.2

el cómputo ponga en una misma bolsa al nuevo valor creado, junto con la porción del capital fijo que reaparece conservado en el valor del producto por haber completado su rotación en el período. A la economía neoclásica le basta, para hacerlo, con definir a este rejunte de formas sociales, esencialmente distintas entre sí, como producto «bruto». Luego, opone a este producto bruto el valor efectivamente creado por el trabajo vivo puesto en acción durante el período, presentado así como producto «neto». De este modo, borra toda evidencia de que, en el modo de producción capitalista, el único producto neto es la plusvalía. De todos modos, como aun su propia categoría de producto neto le resulta de un cómputo que requiere distinguir el proceso de rotación del capital fijo, los registros históricos disponibles suelen no ir más allá del cómputo del producto bruto.

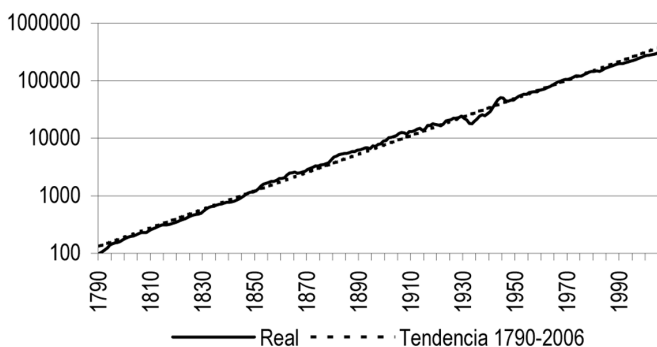
Por lo demás, el registro del producto de valor choca contra la imposibilidad de discriminar el trabajo productivo del improductivo desde el punto de vista de la valorización del capital. Para el capital total de la sociedad, el trabajo del obrero metalúrgico que produce la silla que va a utilizar el cajero de un banco es tan improductivo como el trabajo del cajero mismo. Ninguno de ambos le produce plusvalía. Por el contrario, debe gastar una parte de la plusvalía que extrae a los obreros productivos para pagar una y otra fuerza de trabajo. Aquí, las posibles distorsiones en el reflejo del movimiento de la acumulación del capital social por su contabilidad van más allá del hecho de que la economía neoclásica no tenga ni idea de la diferencia entre trabajo productivo e improductivo para el capital. Se deben a la forma misma del objeto de la contabilidad del capital total de la sociedad. Pero, justamente en el punto donde la contabilidad basada en la economía neoclásica toma al objeto tal cual cómo puede registrarse, hacen su entrada los teóricos de las cuentas nacionales «marxistas» demandando distinguir lo indistinguible. Aparecen así los cómputos que consideran criterios totalmente arbitrarios para separar los trabajadores del sector comercial entre productivos e improductivos, al mismo tiempo que nunca se les ocurre que los trabajadores de la educación y la salud del sector público son productivos para el capital; ni que decir respecto de que entre los trabajadores del sector industrial existe una masa de improductivos, ya que el producto de su trabajo se encuentra destinado a ser utilizado en la circulación.

Con todas las salvedades señaladas, el sentido seguido por los movimientos propios de la rotación del capital fijo y los gastos de circulación del capital respecto del valor producido en cada año, sumado a la magnitud de las determinaciones cíclicas que nos interesan aquí, nos permiten reconocer a éstas aun en la mezcolanza que es el producto bruto a precios constantes de un año base.

12. De 1929 hacia atrás, la serie se empalmó sobre la base de las variaciones del producto nacional bruto.

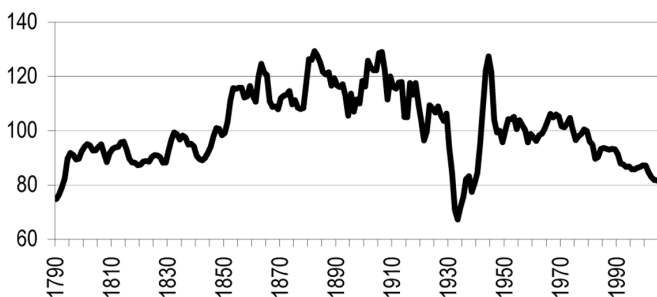
13. Nótese la escala logarítmica del gráfico, utilizada para mayor claridad dada la magnitud absoluta del crecimiento a lo largo del tiempo.

Gráfico 6.1: EEUU: Volumen del Producto Interno Bruto
Base 1800=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Gráfico 6.2: EEUU: fluctuaciones del volumen del PIB
Base: tendencia exponencial 1790-2006=100

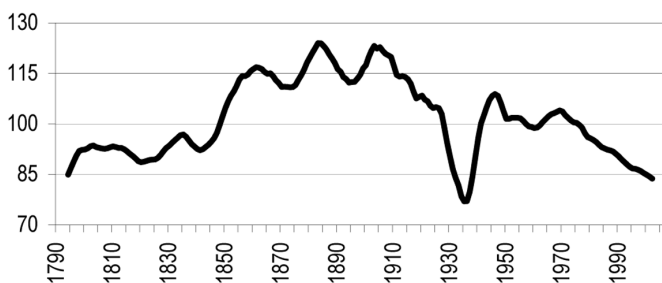


Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

El filtrado de esta serie mediante un modelo sencillo de promedios móviles permite detectar la presencia de una oscilación cíclica de 4-5 años de duración media entre picos. Este ciclo se corresponde con el llamado *business cycle*, registrado por el National Bureau of Economic Research (NBER), con una duración media de 4,5 años para 1854-2001. El residuo resultante de este primer filtrado arroja un segundo movimiento de mayor amplitud y duración, de alrededor de 9-10 años promedio entre picos. Marx se refiere a él como el *ciclo industrial*. Los dos ciclos observados hasta aquí no corresponden separadamente a unas u otras de las determinaciones vistas en las partes anteriores de este capítulo. Por el contrario, resultan de una determinación conjunta donde, en general, las determinaciones de realización más corta en el tiempo van cediendo peso a las de realización más larga. Por ejemplo, las determinaciones cíclicas inherentes a la forma mercancía misma del producto social resultan

Gráfico 6.3: EEUU: Fluctuación mayor del volumen del PIB

Base: Tendencia exponencial 1790-2006=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

dominantes en el movimiento más corto, respecto de las determinaciones cíclicas inherentes a la forma de rotación del capital fijo. Pero éstas, junto con las determinaciones cíclicas inherentes a la producción de plusvalía que se reflejan en los movimientos generales de la tasa de ganancia, se convierten en centrales respecto de los movimientos más largos. Al mismo tiempo, según las condiciones concretas de cada momento, los ciclos más cortos pueden resultar subsumidos en uno más largo. O, a la inversa, el más largo diluirse en una sucesión de movimientos cortos más violentos.

Sin embargo, desde el punto de vista de la unidad de la determinación cíclica más general de la acumulación de capital, lo que verdaderamente importa es el residuo dejado por la depuración de los ciclos señalados hasta aquí. El Gráfico 6.3 muestra el resultado de esta depuración.

Ahora, nos ha quedado la evidencia de que el crecimiento relativamente proporcional del producto interno bruto de los Estados Unidos presenta largos períodos de aceleración y retraso respecto de su tasa media.¹⁴ Algunas crisis de superproducción general han hecho historia, como las de las décadas

14. Kondratieff es el primero en identificar la existencia de movimientos cíclicos generales de la acumulación de capital, cuya extensión e intensidad los hace culminar en grandes crisis que revolucionan las bases mismas de la acumulación (Nicolái Kondratieff. «Los ciclos económicos largos». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979, págs. 56-67). Pero, en vez de partir del desarrollo de su necesidad, recurre directamente a la medición de distintas manifestaciones posibles de estos ciclos. Este camino seguido por Kondratieff resume la potencia, pero también la limitación, de sus puntos de vista: así como descubre manifestaciones cuantitativas de estos movimientos cíclicos más amplios, no atina a desarrollar la necesidad de sus determinaciones. Luego, la discusión en torno a los mismos acaba rebajada a la medición de su posible regularidad o falta de regularidad. Sin embargo, Kondratieff tiene la claridad suficiente como para darse cuenta de que todas las manifestaciones concretas de la vida social actual son otras tantas formas de realizarse las determinaciones inherentes a la acumulación de capital. Así, no duda en

de 1840 y 1890. Pero la crisis que comienza a manifestarse en la década de 1920 y explota en la de 1930 aparece como la expresión dominante del movimiento más general mismo. Por su parte, en relación con el momento actual, salta a la vista la creciente desaceleración, a partir de mediados de la década de 1970, de la expansión del producto respecto de su tendencia histórica. Esta evolución resalta más aún cuando se tiene en cuenta que el modo de producción capitalista tiende a acelerar cada vez más el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, de modo que actúa normalmente en igual sentido respecto del crecimiento del producto material. La caída progresiva de la velocidad de crecimiento del producto por debajo de su

identificar a las guerras, a los procesos revolucionarios, etc., como tales formas, aunque no pueda dar cuenta de su necesidad específica.

En cambio, Trotsky se representa a los movimientos cíclicos más generales como cambios en la «curva» de la acumulación capitalista, que responden a «las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista». Las revoluciones técnicas, la conquista de nuevos países, las guerras, no son ya formas concretas necesarias de realizarse la acumulación de capital, sino factores externos que tuercen el curso de esta acumulación y que dan cuenta, con sólo enunciarlos, de su propia necesidad (León Trotsky. «La curva del desarrollo capitalista». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979, pág. 91). A Trotsky no se le ocurre considerar que, si el capital es la relación social general en la sociedad actual, y la guerra determina exteriormente a su proceso de acumulación, entonces ¿qué clase de relación social más general aún que la acumulación de capital es la guerra en la sociedad actual?; o, dicho de otro modo, ¿de dónde brota su necesidad? No en vano, Trotsky acaba por quitar su especificidad a las formas más crudas en que se desarrolla necesariamente la acumulación de capital, para poner en su lugar una abstracta «barbarie». Aun en el caso más concreto, la «barbarie» de Trotsky consiste en la existencia del modo de producción capitalista abstraído de la producción del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. De modo que, cuando menos, se trata de un modo de producción capitalista en el que no cabe la acumulación de capital ni, menos aún, la producción de plusvalía relativa. Después viene Mandel tratando de conciliar lo inconciliable, declarándose de acuerdo tanto con Kondratieff respecto de la existencia de «ondas largas» resultado del ciclo industrial «clásico», como con Trotsky respecto de inexistencia de un proceso cíclico de naturaleza semejante (Ernest Mandel. «Las “ondas largas” en la historia del capitalismo». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979, pág. 161 y 170).

No está de más recordar aquí la síntesis hecha por Marx:

«El capital es el poder económico todo dominante de la sociedad burguesa. Debe constituir tanto el punto de partida como el punto final...» (Karl Marx. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 2: *Einleitung [zu der „Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie“]*. Berlín: Dietz Verlag, 1985, pág. 493, traducción propia).

tendencia histórica pone en evidencia que la acumulación viene tropezando con una traba creciente para expandir su base material.¹⁵

El crecimiento del producto tiende a reflejar la evolución de dos factores que, a su vez, se potencian mutuamente. Primero, resulta del crecimiento extensivo de la acumulación de capital; segundo, del crecimiento de la productividad del trabajo en pos de la producción de plusvalía relativa. Detengámonos en la evolución de este segundo factor.¹⁶ A fin de contar con una base de cómputo

15. Esta desaceleración no se restringe al caso de los Estados Unidos. Por ejemplo, Maddison compara el «desempeño económico insatisfactorio» de los países de la OCDE en 1973-94, por su crecimiento del 2,5%, con «la edad de oro» de 1950-73 con su 4,4% de crecimiento anual (Angus Maddison. *La economía mundial 1820-1994. Análisis y estadísticas*. París: OCDE, 1997, pág. 109 y 127).

16. La productividad es una relación puramente material. Es la relación entre la cantidad de un determinado valor de uso que ha sido producido por una cierta cantidad de trabajo vivo de una complejidad dada. Su medición inequívoca presupone la constancia cualitativa, tanto del valor de uso producido, como del trabajo que lo produce. Pero el incremento de la capacidad productiva del trabajo tiene en su base los cambios cualitativos en las condiciones materiales del proceso de producción. Y estos cambios cualitativos se presentan tanto respecto del producto como del trabajo mismo. Por ejemplo, en tanto valor de uso, un 777 tiene muy poco que ver con el avión de los hermanos Wright. A su vez, la complejidad e intensidad del trabajo del obrero colectivo que produce aviones ha cambiado sustancialmente desde los orígenes de la industria. Al mismo tiempo, la evolución de la productividad sólo puede ser medida de manera directa al interior de cada proceso material de producción. Su medición agregada encierra, en primer lugar, todas las distorsiones inherentes a la medición del volumen material de la producción social mencionadas anteriormente. *Mutatis mutandi*, traslademos aquí el ejemplo ya dado sobre la medición de la producción material de la sociedad en el caso del cambio de cañones por caramelos.

Hasta el recorte mismo del trabajo vivo que corresponde a la relación técnica de productividad resulta equívoco. Desde el punto de vista del capital, trabajo productivo es aquél que produce plusvalía. Por lo tanto, este trabajo excluye al realizado para hacer circular al capital en sentido estricto: comercialización, finanzas, etc. Y excluye al trabajo de vigilancia que requiere la relación necesariamente antagónica entre vendedores y compradores de fuerza de trabajo. Esta diferenciación del trabajo productivo e improductivo arranca coincidiendo con su diferenciación material dentro del proceso de producción mismo. De modo que, por ejemplo, el problema de determinar al trabajo productivo desde este último punto de vista parece encontrarse resuelto por el criterio utilizado por el Bureau of Labor Statistics de los Estados Unidos. Este criterio limita la calificación de productivos a los obreros ocupados en la planta fabril misma, sin responsabilidad de supervisión. Pero no todo el trabajo de supervisión corresponde a la necesidad de vigilancia capitalista, sino que su necesidad responde, en parte, a las condiciones materiales mismas del proceso de trabajo. Más aún, una parte significativa del trabajo productivo se ha ido concentrando fuera del ámbito de la planta fabril. El obrero que diseña un chip de computación es tan obrero productivo desde el punto de vista material, como el que lo ensambla sobre una plaqueta en la línea de montaje (y, dicho sea de paso, lo mismo le ocurre desde el punto de vista de la producción de

lo más homogénea posible, consideremos la productividad por hora de trabajo en el sector industrial. Ésta ha evolucionado como muestra el Gráfico 6.4.

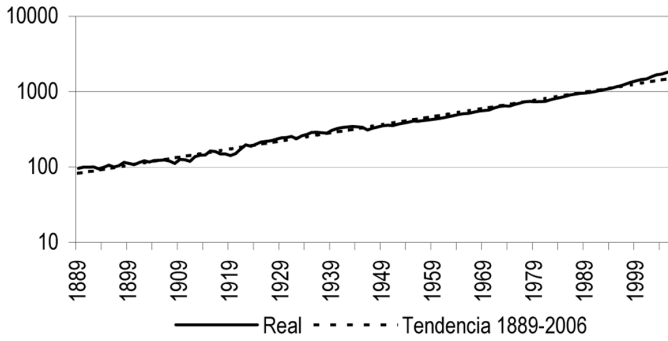
Eliminada la tendencia de la serie, el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo ha pasado por fases de aceleración y desaceleración, tal como lo muestra el Gráfico 6.5.

Otra vez encontramos las oscilaciones cíclicas con una duración media de 4-5 años, y su proyección a los 9-10 años. Pero lo que nos sigue interesando específicamente aquí es el movimiento más general con que la acumulación de capital rige de manera cíclica el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. El aumento normal de esta capacidad tiende a desacelerarse en las fases en que la acumulación de capital no parece levantar por sí misma barrera alguna a la expansión de la producción material. Esta relación caracteriza las expansiones posteriores a las crisis de 1890 y 1930. Pero la necesidad de

plusvalía). Es el propio desarrollo de la productividad el que impone la transformación material del obrero productivo. Pero esta transformación escapa al criterio en que se basa el registro estadístico. Cuando se toma sólo el último eslabón que compone al obrero productivo colectivo, el incremento de su productividad aparece sobrestimado. Al mismo tiempo, las categorías estadísticas desconocen la especificidad del trabajo productor de plusvalía. Lo hacen, en parte, por tener en su base las construcciones ideológicas de la economía neoclásica. Pero lo hacen, también, porque dos trabajos materialmente idénticos pueden diferir en su determinación como productores de plusvalía según que sus productos tengan por destino satisfacer una necesidad de la reproducción del proceso de metabolismo humano o una necesidad propia del modo en que se organiza la unidad de dicho proceso, o sea, una necesidad propia de la circulación del capital. Como ya se dijo, el trabajo fabril que produce directa o indirectamente medios para la circulación del capital, y también el que produce medios de vida para los obreros de la circulación, es un trabajo improductivo desde el punto de vista de la producción de plusvalía para el capital total de la sociedad. A la inversa, el trabajo registrado en la estadística como comercial, incluye porciones de trabajo materialmente productivo y, dentro de ellas, de trabajo productor de plusvalía. Sobre estas bases, los intentos de separar el trabajo productivo del improductivo en los registros estadísticos acaban por arribar a las más diversas conclusiones respecto del curso seguido por el proceso de acumulación de capital (como las que alimentan la polémica entre los marxistas norteamericanos, por ejemplo, Moseley, Shaikh, Laibman, etc.).

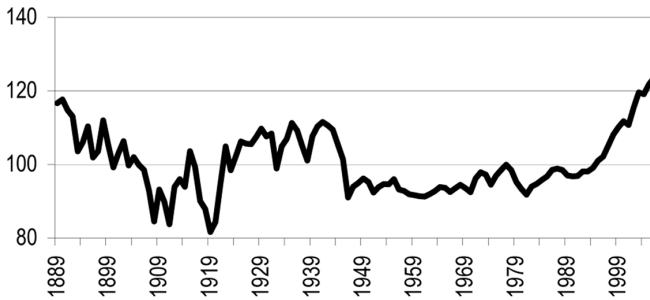
Sin embargo, por encima de cualquier necesidad de registro, al capital le resulta necesario ahorrar tanto en el pago al trabajo productivo como al improductivo: mediante el primer ahorro, multiplica la plusvalía relativa; mediante el segundo, disminuye el gasto improductivo de la plusvalía producida. Con lo cual –salvo que la circulación y vigilancia mismas requieran una creciente masa relativa de trabajo vivo para realizarse por alguna determinación específica– la cantidad de trabajo vivo aplicado a la circulación del capital materializado en una masa dada de valores de uso no tiene por qué seguir un curso opuesto a la cantidad de trabajo aplicado a la producción de esa masa. En este caso, el cómputo basado en el trabajo total gastado en el sector va a subestimar sistemáticamente la productividad. Pero este sesgo permanente va a permitir el reflejo de los movimientos cíclicos relativos.

Gráfico 6.4: EEUU: productividad del trabajo industrial
 Base: 1890=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Gráfico 6.5: EEUU: fluctuación de la productividad del trabajo industrial
 Base: tendencia exponencial 1889-2006=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

aumentar la capacidad productiva del trabajo se torna crítica en cuanto la expansión general de la producción empieza a chocar manifiestamente contra la imposibilidad capitalista de darle salida. Se acelera entonces su desarrollo; lo cual no hace sino realimentar el avance hacia la crisis de superproducción general. Esta contraposición entre crecimiento acelerado de la productividad del trabajo y desacelerado del volumen de producción caracteriza el engendrarse de la crisis de 1930. Y se presenta, notablemente, también a partir de mediados de la década de 1970.

Agreguemos que, con la capacidad productiva del trabajo creciendo por encima de su media y el volumen del producto creciendo por debajo de la suya, la acumulación avanza aceleradamente en la transformación de una parte creciente de la población obrera en sobrante para el capital. Sólo que la manifestación de este avance no se restringe simplemente a los Estados Unidos,

sino que abarca la transformación íntegra de otros países en reservorios de superpoblación obrera.

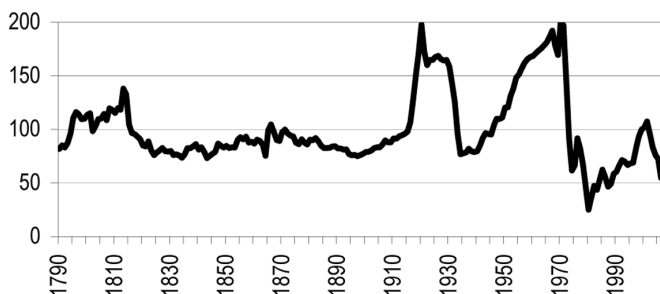
Ahora bien, el PIB a precios constantes de un año base refleja la evolución del volumen físico ponderado de la producción, pero no la de la forma específica que presenta la riqueza social en el modo de producción capitalista, a saber, la de su forma de valor. No refleja, pues, la evolución del valor producido, ni, por lo tanto, la determinación más simple de la acumulación de capital. El crecimiento del producto material no es sinónimo de crecimiento de la masa de valor producida, que depende sólo del total de trabajo productivo aplicado por la sociedad, sea que éste se materialice en un número mayor o menor de unidades.

Tomemos, entonces, el otro factor que se presenta como determinante de la evolución de la masa de valor producida, esto es, el precio promedio del producto social. Expresamos este precio en la forma más simple del dinero, es decir, en cantidades de oro.¹⁷ El Gráfico 6.6 muestra su evolución.

17. El valor, esto es, el trabajo abstracto socialmente necesario gastado de manera privada e independiente para producir una mercancía, se expresa necesariamente como valor de cambio, es decir, de manera relativa en cantidades del cuerpo de una mercancía distinta que opera como equivalente. En su determinación más simple, el dinero es la mercancía que se encuentra socialmente reconocida como el equivalente general de todas las demás. Históricamente, el oro ha ocupado ese lugar. A su vez, el dinero adquiere en la circulación la forma de símbolos de valor, v. g. de papel moneda. La capacidad de cada unidad de oro para representar valor varía con la variación de la productividad del trabajo que produce a éste. Adicionalmente, la de cada unidad de signo de valor varía con la cantidad de éstos que entra en la circulación respecto de la cantidad de oro que representan nominalmente en ella.

Resulta manifiesto que, marcadamente durante el siglo xx, los signos de valor experimentan un constante deterioro en su capacidad unitaria para representar valor. Esta pérdida excede del efecto equivalente al agregado a la circulación de signos de valor en proporción al aumento de la productividad del trabajo que produce las mercancías en general, agregado al que corresponderían precios nominales constantes expresados en dichos signos. En consecuencia, los precios expresados en los distintos signos de valor nacionales presentan una tendencia al alza de tal magnitud que dificulta la identificación de cualquier movimiento cíclico. A fin de eliminar esta pérdida de la capacidad unitaria para representar valor específicamente propia del papel moneda es común expresar el valor de las mercancías utilizando como equivalente una canasta de valores de uso de composición constante. Sobre esta base, se considera que la suba de precios de esta canasta se encuentra determinada exclusivamente por dicha pérdida, bajo el supuesto implícito o explícito de que la productividad del trabajo que produce la canasta evoluciona de manera similar a la del que produce las mercancías cuyo precio se apunta a reflejar. En otras palabras, este precio se expresa en una unidad monetaria, no de capacidad unitaria constante para representar valor, sino de poder adquisitivo constante. Sin embargo, este procedimiento no resulta útil para detectar los movimientos de carácter cíclico que presentan los precios. Estos movimientos cíclicos se corresponden con momentos contrapuestos en que las mercancías tienden a venderse por encima y por debajo de su valor (y más concretamente, de su precio de produc-

Gráfico 6.6: EEUU: índice de precios implícitos del PBI en oro
Base 1790-2006=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

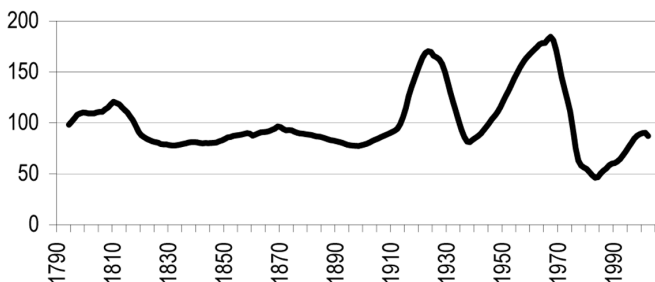
También en el movimiento de los precios detectamos la existencia de un ciclo de 4-5 años de duración media y otro de 9-10 años. El Gráfico 6.7 muestra la serie de precios implícitos depurada de estos ciclos.

La magnitud y oportunidad de las fluctuaciones de los precios trascienden la determinación de las mismas por los cambios relativos en la productividad del trabajo productor del conjunto de las mercancías y la del que produce oro. En los períodos de auge, las mercancías tienden a venderse por sobre sus precios de producción, mientras que el avance manifiesto hacia la superproducción

ción). Como contrapartida, el dinero se cambia por debajo o por encima de su valor (también para él, concretamente a la expresión de su valor como producto del capital), respectivamente. Pero, si los precios de las mercancías en general se expresan tomando cualquier canasta como equivalente, dichos precios tienden a presentar el mismo sentido de fluctuación que el de las mercancías que componen la canasta. Así, si ambas fluctuaciones coinciden en intensidad, la relación entre ambas producirá la apariencia de que no existe fluctuación alguna. En caso de una fluctuación más pronunciada en el precio objeto de la medición que en los de la canasta, la fluctuación aparecerá apenas con la magnitud de un residuo. Incluso, si la intensidad de las fluctuaciones fuera inversa a la anterior, el momento de precios altos aparecería como si fuera de precios bajos y viceversa.

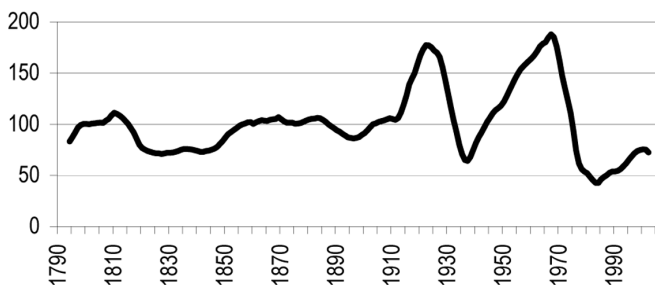
Ante esta situación, sólo cabe depurar la serie histórica de los precios de la pérdida en la capacidad unitaria para representar valor específicamente propia de los signos de valor, expresando dichos precios en la forma más simple del dinero, es decir, en oro. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la relación entre el valor del oro y su representación por las monedas nacionales, que aparece invertida bajo la forma de la cotización del oro en estas monedas, tampoco resulta inmediatamente inequívoca. Media aquí la regulación directa de dicha cotización por los estados nacionales. De modo que la relación en cuestión debe rastrearse en mercados donde no cabe esa regulación, si los hay. Y aún así, el carácter restringido o especulativo de los mismos deja su residuo distorsivo en el proceso de medición.

Gráfico 6.7: EEUU: fluctuación mayor del PIB en oro
Base 1790-2006=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Gráfico 6.8: EEUU: fluctuación mayor del valor del PIB en oro
Base 1790-2006=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

tiene el efecto contrario. Más allá de toda posible aceleración en el crecimiento de la productividad del trabajo que produce mercancías en general frente al que produce oro, la magnitud de la caída de los precios que toca fondo en 1980 va más allá del alcance del ciclo meramente decenal, para corresponderse a una crisis que recuerda la naturaleza de la del 30.

El Gráfico 6.8 muestra la forma cíclica más general que presenta el valor del PIB, de cuya unidad son formas concretas las fluctuaciones mayores del volumen material y de los precios implícitos.

Observemos las crisis con puntos de caída máximos en la fluctuación de la expresión de valor del PIB en los años 1842 y 1896. Ambas se encuentran precedidas por un salto en la velocidad de crecimiento del producto material, seguido luego por una contracción progresiva de alrededor de diez años, que culmina en la crisis. En cambio, la crisis que alcanza la máxima contracción en 1933, también está precedida por una aceleración corta en la velocidad de crecimiento del producto material. Pero la desaceleración progresiva que sigue

a ésta se extiende por veinticinco años, hasta 1929, desplomándose entonces. Recordemos que durante este largo período de desaceleración, el crecimiento de la productividad del trabajo presenta una tendencia creciente. Se trata de una superproducción general cuya manifestación crítica se pospuso en el tiempo. De ahí su intensidad sin precedentes.

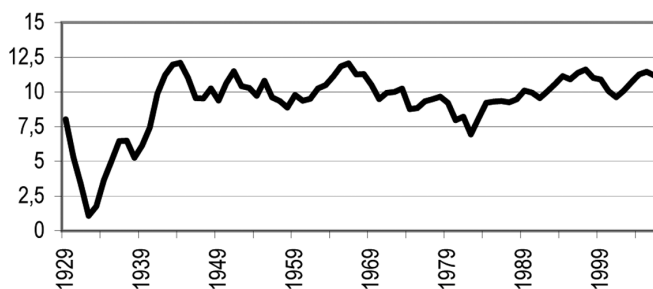
En contraste, la crisis con caída máxima de la expresión de valor del PIB en 1980 viene de un período de expansión del producto material a velocidad media, pero abre uno de desaceleración progresiva. Y, si esta desaceleración de la producción juega impulsando la recuperación de los precios, muestra rápidamente su agotamiento en este sentido. La crisis decenal de 2001 los empuja nuevamente hacia abajo.

Surge entonces una pregunta central para la cuestión que nos hemos planteado: ¿sobre qué bases es que la crisis de superproducción general de 1980 no ha implicado una transformación lo suficientemente radical del capital existente como para renovar el impulso de una fase expansiva – y, más aún, para abrir una nueva fase expansiva – sino que, por el contrario, ha abierto una fase marcada por el freno creciente a la expansión del producto social, pese al aumento acelerado de la productividad del trabajo? O, dicho de otro modo: ¿cuál de las dos determinaciones centrales de la tendencia a la sobreproducción general actúa en este sentido?

6.6.2 Evolución de la tasa general de ganancia

La evolución de la tasa de ganancia se encuentra determinada de manera más simple por la evolución de la tasa de plusvalía respecto de la evolución de la composición orgánica del capital que la sostiene. Pero, como ya vimos, no puede reconocerse la magnitud de ninguna de estas dos relaciones en los registros estadísticos. Sólo cabe establecer sobre la base de éstos, por una parte, la relación entre el valor del capital consumido en medios de producción y circulación, con respecto al total de salarios productivos e improductivos pagados en el año. Esta relación no refleja de manera inmediata la composición orgánica del capital, ya que ésta sólo corresponde a la relación entre capital constante y valor de la fuerza de trabajo productiva. Por la otra parte, sólo puede computarse la relación entre la plusvalía neta de gastos de circulación con respecto a la suma de los salarios productivos e improductivos. Esta relación subestima fuertemente la tasa de plusvalía, ya que su numerador tiene restada la plusvalía aplicada al pago de los gastos de circulación, y su denominador tiene sumada la parte de esos gastos en salarios. Las relaciones en cuestión tampoco pueden reflejar de manera inequívoca la evolución en el tiempo de la tasa de plusvalía y la composición orgánica, en cuanto exista un eventual cambio en la proporción del trabajo productivo respecto del improductivo, así como del capital constante respecto de los gastos de circulación.¹⁸ Por lo

18. Moseley sostiene que la tasa de plusvalía ha tenido una tendencia creciente durante el período 1947-77 superior a la de la composición orgánica, pero que los

Gráfico 6.9: EEUU: tasa de ganancia del capital social

Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

demás, en las mismas relaciones intervienen las circunstancias concretas de la circulación, mientras que los cambios en la composición orgánica corresponden específicamente a los cambios en la composición de valor por cambios en la composición técnica del capital productivo.

De manera que nos vemos limitados a observar directamente el resultado de la acción de estas determinaciones en su unidad concreta, esto es, en la evolución de la tasa de ganancia del capital total de la sociedad. La misma se refleja en el Gráfico 6.9.

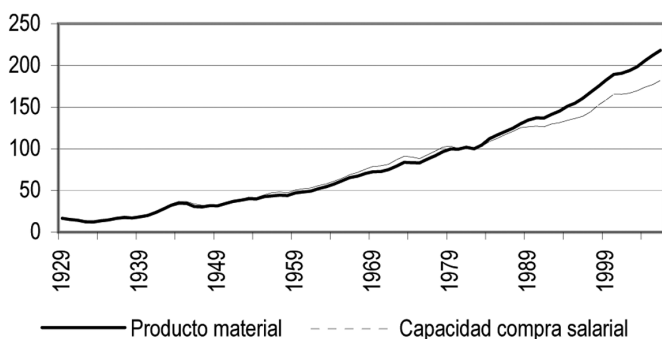
La tasa concreta de ganancia está lejos de mostrar una tendencia sostenida a la baja. Por el contrario, se ha recuperado hasta casi alcanzar sus picos anteriores, justamente a partir de la crisis de 1982. De modo que, más allá de toda otra determinación que pudiera estar interviniendo en adición a la evolución relativa de la composición orgánica y de la tasa de plusvalía, resulta evidente que no es en una caída de la tasa de ganancia donde cabe buscar la barrera con que choca actualmente la expansión de la escala de la producción social.

6.6.3 Evolución de la producción y el consumo sociales

Enfoquemos sobre la segunda determinación general que resulta en el avance renovado hacia la superproducción general: la necesidad de expandir la producción material por encima del límite específico determinado por la acumulación de capital respecto de la expansión de la capacidad de compra de medios de vida por los obreros. Como lo muestra el Gráfico 6.10, a partir de la

gastos de circulación han crecido más que proporcionalmente aún, forzando el descenso de la tasa concreta de ganancia (Fred Moseley. *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*. Nueva Cork: St. Martin's Press, 1991, págs. 152-153). Sin embargo, basa el cómputo en uno de esos intentos arbitrarios de separación entre trabajo productivo e improductivo, de modo que hace cuestionable su validez.

Gráfico 6.10: EEUU: producto material y capacidad de gasto salarial
Base 1982=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

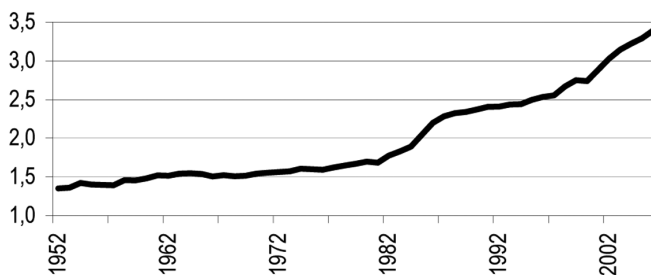
crisis centrada en 1982, el ingreso total de la población obrera crece cada vez más lentamente respecto de la expansión del producto material.

Podría pensarse que la brecha ha sido cerrada mediante la expansión acelerada de la acumulación, vía el aumento del capital constante fijo y los instrumentos para la circulación. Sin embargo, la inversión fija bruta no residencial experimenta una pequeña caída relativa, pasando del 22,5% del PIB excluyendo vivienda en el promedio de las décadas del 70 y 80, al 21,0% en el promedio de la década del 90 y lo que va de la presente. En resumen, si el ingreso de los asalariados más la inversión bruta fija para la producción y la circulación representaban el 79,1% del PIB en el período 1971/1990, esta proporción se reduce al 76,2% para el período 1991/2006.

Sin duda, una parte de la diferencia ha ido a engrosar el consumo individual de los capitalistas y terratenientes (pero no el de sus cortesanos a sueldo, ya que la participación de éstos en la riqueza social se encuentra incluida en la masa salarial). Pero estamos hablando aquí de la absorción de una masa de riqueza social equivalente al 3% del producto bruto de la mayor economía mundial, o sea, de alrededor de 380 mil millones de dólares para 2006. ¿De dónde ha brotado, entonces, la capacidad de compra que cierra esta brecha?

6.6.4 La expansión del capital ficticio

Cuando un capitalista individual se enfrenta a la imposibilidad de realizar la plusvalía materializada en su producto porque no encuentra comprador solvente a quien vendérselo, se enfrenta al reconocimiento inmediato de la impotencia de su capital para actuar como tal. Pero tiene la opción de posponer la situación, vendiéndoles a crédito a compradores insolventes. Hecho lo cual, su capital parece haberse valorizado y puede reproducir su ciclo a condición de poder comprar a crédito. Desde el punto de vista del capital total de la

Gráfico 6.11: EEUU: relación deuda pública + privada s/PIB

Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

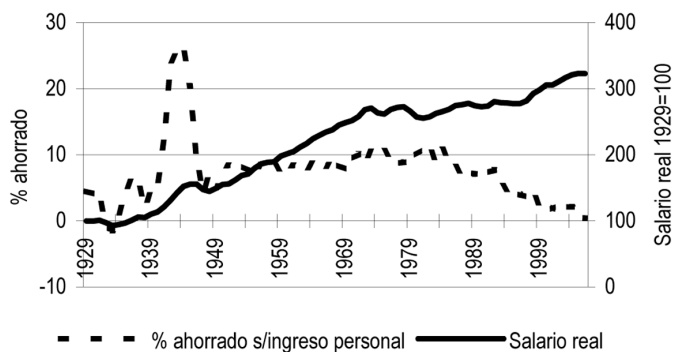
sociedad, este movimiento no puede operar sobre el capital existente mismo, ya que le implicaría la imposibilidad de reiniciar su ciclo. Tampoco puede avanzar sobre la plusvalía requerida para la marcha de la acumulación. Pero sí puede hacerlo sobre una porción de ésta que el propio hecho de la existencia de la superproducción general, expresada en la ausencia de compradores solventes, muestra ser sobrante para la capacidad efectiva del capital social para acumularse. Y, con cada renovación del ciclo, una nueva porción de plusvalía carece de otro curso que éste, en tanto la superproducción continúa expandiéndose sobre esta base misma.

Los títulos de crédito incobrables en que se encuentra formalizada la plusvalía aparentemente realizada de este modo, adquieren vida propia. Se cancelan a su vencimiento mediante la emisión de nuevos títulos de crédito, que ahora incluyen los intereses vencidos capitalizados. Con lo cual se renueva su ficción de capital que se valoriza. Y esta ficción se multiplica en la especulación. La masa de capital ficticio formada de este modo adquiere una universalidad de movimiento que ya quisiera para sí el capital industrial. En cambio, éste no hace sino tropezar con su propia superproducción general. Se llega así al punto de generarse la inversión pseudocrítica que afirma que la acumulación ha dejado de girar en torno al movimiento del capital industrial para caer bajo el dominio de la «valorización financiera» y que, de allí, brotan los límites con que aquél tropieza crecientemente.

El Gráfico 6.11 muestra el desarrollo y la magnitud alcanzada por el saldo del endeudamiento público y privado respecto del valor corriente del producto interno bruto.

El crecimiento del producto material a una tasa promedio del 3,3% anual a partir de 1982, se sostiene en un crecimiento del endeudamiento al 6,2% real. Y cada vez que la velocidad de este crecimiento relativo disminuye, sobreviene una crisis de superproducción cuya superación se sostiene en una nueva expansión acelerada del crédito, como en 1991 y 2000. Hoy, se requieren tres años y medio de PIB para cancelar el saldo total de deuda.

Gráfico 6.12: EEUU: salario real y ahorro personal

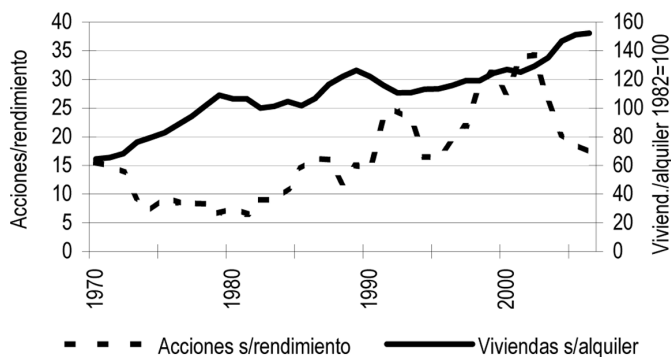


Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Al mismo tiempo, el choque entre la necesidad de expandir la producción de medios de vida más allá de todo límite específico y la producción de plusvalía relativa a expensas del crecimiento del capital variable cobra una expresión inmediata. El salario real promedio de la economía crece después de la crisis de 1982. Este crecimiento actúa como un factor de absorción de la producción expandida de medios de vida. Pero no resulta suficiente. La presión de la necesidad de absorber la progresiva superproducción de medios de vida se refleja en el aumento de la porción de los ingresos personales que se destinan al consumo y al pago de intereses por las compras a crédito. La expansión de éstas últimas lleva en sí la contradicción de multiplicar la capacidad inmediata de consumo de medios de vida, para luego socavarla a medida que se producen los vencimientos del capital y los servicios de interés. En consecuencia, cae significativamente, hasta desaparecer de hecho, la porción de los ingresos personales que se destina a la transformación indirecta en nuevo capital vía el ahorro.¹⁹ El Gráfico 6.12 refleja la evolución contrastante entre la suba del salario real promedio y la disminución del ahorro personal a partir de 1982.

Hoy día, el consumo de medios de vida sólo absorbe la producción expandida gracias a exceder del ingreso personal disponible de quienes lo realizan. La absorción de la producción social basada en el endeudamiento aparentemente sin fondo por parte de la economía de Estados Unidos ha cobrado, así, una expresión particular en la unidad mundial del proceso de acumulación de capital. Se trata del circuito que se abre con la baja de los impuestos por el gobierno de los Estados Unidos para aumentar la capacidad de compra del sector privado. Esta capacidad aumentada se aplica parcialmente a la adquisi-

19. Después de obtener valores negativos, una oportuna «revisión» del sistema de cuentas nacionales de los Estados Unidos (NIPA) resultó en valores ligeramente positivos. En cambio, el cómputo realizado por el Federal Reserve Board arroja un valor abiertamente negativo.

Gráfico 6.13: EEUU: relación especulativa precio/rendimiento

Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

ción de mercancías producidas en China, con pago en condiciones comerciales corrientes. De modo que el estado nacional de China apropia parte de la plusvalía aparentemente realizada vía impuestos y participación en los capitales industriales exportadores. Pero, a continuación, cierra el circuito comprando títulos adicionales de deuda pública que el gobierno de los Estados Unidos necesita emitir para cubrir el déficit originado por la baja de impuestos. Hasta los economistas saben que este circuito de multiplicación del capital ficticio es clave cuando se refieren al papel de los Estados Unidos como la «locomotora de la economía mundial».

Sin embargo, la expansión del consumo social basada en el desarrollo del capital ficticio no termina aquí. Los fondos jubilatorios de la clase obrera norteamericana se encuentran invertidos en acciones y otros títulos de renta futura, que constituyen la otra pata del capital ficticio. A partir de la crisis centrada en 1982, esta porción del capital ficticio experimenta una fuerte expansión. Este movimiento puramente especulativo se refleja en la suba del precio de cotización de las acciones respecto de su rendimiento efectivo. Otro tanto ocurre con la propiedad inmueble. El Gráfico 6.13 lo muestra.

Las subas en cuestión repercuten en lo que los economistas llaman «el efecto riqueza»: ante el aparente crecimiento de sus fondos de jubilación, el obrero cae en la ficción de que ya no necesita acumular un ahorro personal adicional para cubrir sus necesidades cuando haya agotado su vida útil para el capital. Al contrario, se cree en condiciones de consumir hoy a cuenta de sus fondos acumulados.

La expansión aparentemente autónoma del capital ficticio no es más que la forma concreta de organizarse el movimiento del capital efectivo portador del proceso material de metabolismo social. Se trata de la forma concreta a través de la cual el capital efectivo tensa al extremo su necesidad inmanente de expandir la producción social como si ésta no tuviera un límite específico en

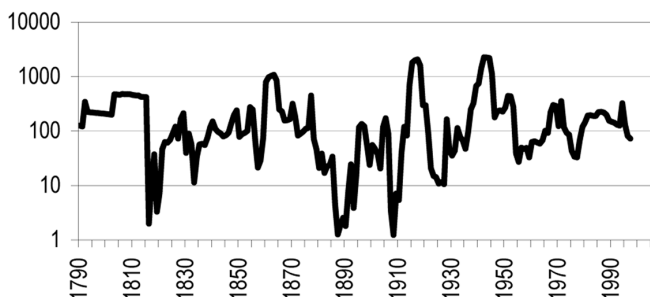
el modo mismo en que su organización determina la expansión del consumo social. La unidad entre forma y contenido aparece crecientemente rota al exterior. Cada tanto, esta separación descarga parte de su tensión mediante crisis de alcance limitado. Tan limitado es este alcance, que la superación de la crisis tiene en su base una nueva expansión relativa del capital ficticio. De modo que la apariencia de movimiento autónomo adquirido por la forma no hace sino poner de manifiesto que se avanza hacia un restablecimiento de la unidad al exterior, cada vez más violento cuanto más se posterga.

La acumulación de capital presenta evidencias del avance hacia una de esas crisis de superproducción general de carácter particularmente agudo. Esta evidencia nos pone de inmediato ante la necesidad de considerar una forma concreta peculiar que toma la organización autónoma general de la vida social mediante la valorización del capital. Se trata de la guerra generalizada. No cabe que desarrollemos aquí las determinaciones de la guerra como relación social directa en que la potencialidad del capital se expresa como fuerza armada. Ni siquiera cabe detenernos a considerar su condición de inherente a una modalidad de organización de la producción social que se realiza a través de la competencia en el mercado mundial entre los capitales privados e independientes que integran el capital total de la sociedad con la mediación de su recorte nacional. Simplemente, tomemos en cuenta que la guerra pone en tensión todas las fuerzas productivas de las sociedades nacionales.²⁰ Por eso, la guerra acelera la acumulación de capital aun en los países cuyo territorio se ve afectado por la contienda. Luego, de manera regular, al fin de la guerra sigue una contracción crítica de la producción.

20. Por supuesto, esta tensión no quiere decir otra cosa que la intensificación de la producción de plusvalía. Para ello, el capital apela al «espíritu patriótico». Este espíritu identifica a cada porción nacional de la clase obrera con la porción del capital total de la sociedad que directamente la explota al interior de cada ámbito nacional, pero cuya reproducción como capital industrial es, al mismo tiempo, condición para la propia reproducción de la clase obrera nacional como parte de la población obrera en activo. Pero, además, en cuanto puede, el capital apela al trabajo directamente forzado de porciones de la clase obrera. Realiza así el sueño de todo capital individual: dispone de una masa de obreros sin siquiera necesitar gastar en la reproducción inmediata de los mismos, ya que puede eliminarlos físicamente y reemplazarlos por otros en cuanto agota aceleradamente su fuerza de trabajo. Por supuesto, para poder apelar a este recurso, el capital necesita empezar por borrar la apariencia básica de la producción mercantil, a saber, la del imperio de la libertad de los cambiantes basada en su igualdad. De ahí que, en el modo de producción capitalista, la imposición directa del trabajo forzado se exprese necesariamente a través de una conciencia ideológica que justifique la existencia de una diferencia natural entre los seres humanos; por ejemplo, el racismo. Tal el secreto de los campos de trabajo forzado en la Alemania nazi, por más que los apologistas del capitalismo, y más aún, los apologistas religiosos del capitalismo, quieran reducirlos a expresiones de un abstracto odio atávico que luego les justifica a las víctimas actuar como victimarios en base a la explotación de otra porción de la clase obrera de la que dicen diferenciarse por una naturalidad nacional.

Gráfico 6.14: Muertos mundiales en combate (fluctuación)

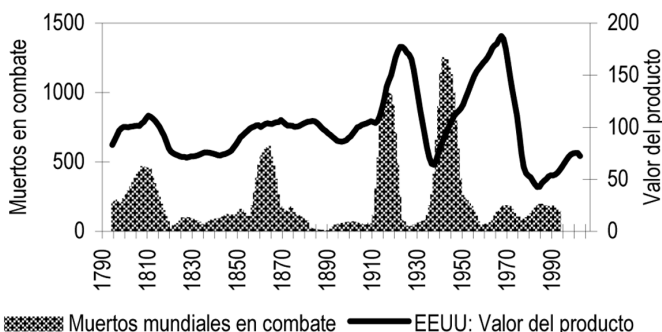
Base: tendencia exponencial 1790-1997=100



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Gráfico 6.15: Guerra y valor del producto

Base: tendencia exponencial 1790-2006=100



■ Muertos mundiales en combate — EEUU: Valor del producto

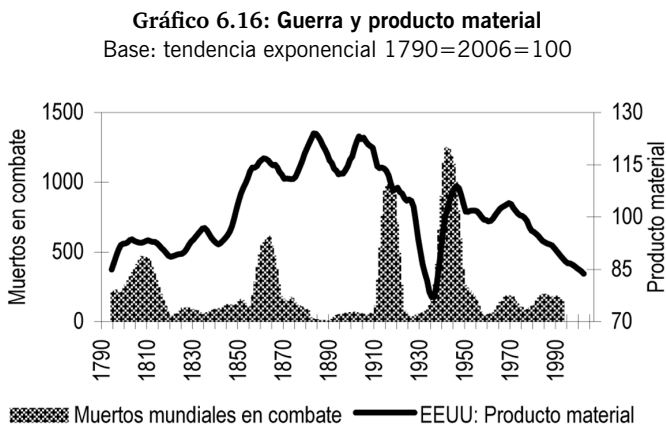
Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

Tomemos la cantidad de muertos en combate como indicador de los movimientos bélicos cíclicos. La misma se muestra en el Gráfico 6.14.²¹

Sin embargo, por más que son una condición normal de la acumulación de capital, las guerras generalizadas no tienden a ocurrir en cualquier momento. En el Gráfico 6.15 se pone de manifiesto su ubicación respecto de la evolución cíclica del valor del producto.

En primer lugar, las guerras generalizadas se ubican en la etapa inicial de la nueva fase expansiva de la acumulación de capital, posterior a una crisis de superproducción general aguda. La expansión del valor producido va más allá

21. El dato excluye a las víctimas no combatientes. Los datos totales por guerra se prorratearon por año en proporción a los meses abarcados por cada conflicto. Nótese la escala logarítmica del gráfico, utilizada para mayor claridad dada la magnitud absoluta del crecimiento a lo largo del tiempo.



Fuente: véase Apéndice 6.1 en pág. 229

del efecto de la suba de los precios que acompaña al período bélico, superando incluso la caída de los mismos en las crisis que acompañan el fin de la guerra. Pero la primera guerra mundial muestra una particularidad en este sentido, la cual se pone en evidencia al observar el movimiento de la producción material reflejado en el Gráfico 6.16.

En vez de ser el medio para una expansión acelerada de la producción material, el estallido de la primera guerra mundial muestra que la superproducción general ha alcanzado ya proporciones que ni siquiera la guerra misma puede superar. Luego, la crisis de posguerra se prolonga en la crisis de superproducción general de la década del 30. La acumulación de capital se acelera violentamente con la segunda guerra mundial, abriendo una fase expansiva sostenida. La crisis de posguerra es de carácter limitado. A su vez, las guerras de principios de la década de 1950 y de la década de 1970 aceleran la marcha de la acumulación. Pero lo hacen cada vez de manera más circunstancial frente a una tendencia creciente hacia la desaceleración que expresa el avance de la superproducción general.

El desarrollo que hemos realizado hasta aquí pone en evidencia que la acción política de la clase obrera se encuentra necesitada hoy día de prepararse para enfrentar una crisis de superproducción general cuyo alcance potencial la muestra como particularmente aguda. La experiencia histórica dice que el paso anterior a una crisis cuya explosión se posterga en el tiempo es un enfrentamiento bélico generalizado entre los procesos nacionales de acumulación de capital, que arrastra consigo a las respectivas porciones nacionales de la clase obrera.

En la actualidad, el capital se acumula imponiendo una creciente fragmentación internacional de la clase obrera en base a la fragmentación de la subjetividad productiva con que requiere a la fuerza de trabajo. Así, el capital

separa internacionalmente a la porción de la clase obrera que requiere para realizar el trabajo cada vez más complejo de automatizar el control sobre las fuerzas naturales que aplica en la producción, de la que requiere para realizar el trabajo cada vez más simplificado como apéndice de la maquinaria o como órgano parcial de la moderna división manufacturera del trabajo. Al mismo tiempo, separa internacionalmente a ambas de la porción creciente de la clase obrera a la que consolida como sobrante para sus necesidades de valorización. Constituye así ámbitos nacionales que se caracterizan específicamente como reservorios de población obrera sobrante para el capital. Esta población sobrante ha alcanzado una magnitud y unas formas tales que ponen en evidencia que al capital ya le sobran más allá de su necesidad de contar con la superpoblación obrera como ejército industrial de reserva. Con lo cual, la mera existencia física de esta población se ha convertido en un despilfarro absoluto de recursos productivos para el capital. Cabe entonces preguntarse si el curso hacia la crisis de superproducción general manifiesta no ha de tomar forma en una guerra que presente el carácter particular de la aniquilación masiva de la población obrera sobrante que el capital ha concentrado en determinados ámbitos nacionales, a manos de la porción de la clase obrera que el capital mantiene en activo en otros países.

Apéndice 6.1: Fuentes estadísticas

Todos los gráficos corresponden a elaboraciones propias sobre la base de las siguientes fuentes:

1. Estados Unidos

a) Producto Interno Bruto:

- 1) 2006-1929: Bureau of Economic Analysis (BEA), National Income and Product Accounts (NIPA).
- 2) 1929-1869: Balke, Nathan y Robert Gordon, «The Estimation of Prewar Gross National Product: Methodology and New Evidence», *Journal of Political Economy*, 97 February 1989, pp. 38-92.
- 3) 1869-1790: Johnston, Louis. y Samuel Williamson, «The Annual Real and Nominal GDP for the United States, 1790. Present», Economic History Services, July 27 2007, <http://eh.net/hmit/gdp/>
- 4) Observación: De 1929 hacia atrás, estimado por variación del producto nacional bruto.

b) Productividad del trabajo industrial:

- 1) 2006-1949: Bureau of Labor Statistics (BLS).
- 2) 1949-1889: Department of Commerce, Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States: Colonial Times to 1970*.

c) Relación u\$s/oro:

- 1) 2006-1975 y 1943-1790: Officer, Lawrence, «The Price of Gold, 1257-2006», MeasuringWorth.com, 2007, precio promedio del mercado de Nueva York.
- 2) 1974-1944: *Pick's Currency Yearbook*, precio promedio en el mercado negro de lingotes de Nueva York.

d) Tasa de ganancia del capital social:

- 1) La ganancia anual se obtuvo restando del producto interno neto a precios corrientes (excluyendo vivienda) el equivalente salarial anual (obtenido multiplicando la remuneración promedio de los asalariados por el empleo asalariado y no asalariado total). El capital adelantado se computó sumando los datos estadísticos de capital fijo no residencial e inventarios a precios corrientes, más el equivalente a un mes de remuneraciones.
- 2) 2006-1929: BEA, NIPA.

e) Endeudamiento total:

- 1) 2006-1952: Federal Reserve Economic Data (FRED). Nótese que la «deuda pública + deuda privada con el sistema financiero» registrada por el FMI, que se usó en el capítulo 2 para mantener una definición uniforme al agregar las deudas nacionales, no cubre íntegramente a la deuda registrada por la presente fuente.

f) Salario real:

- 1) 2006-1929: El salario nominal promedio se obtuvo por división entre remuneraciones totales y asalariados totales con fuente BEA, NIPA. El índice de precios al consumidor se obtuvo de BLS.

g) Ahorro personal respecto de ingreso personal disponible:

- 1) 2006-1929: BEA, NIPA

h) Relación precio/rendimiento de acciones:

- 1) 2006-1970: National Bureau of Economic Research (NBER)

i) Relación precio de viviendas/alquiler:

- 1) 2006-1970: Precio de las viviendas de Federal Housing Finance Board (FHFB). La evolución de los alquileres corresponde al componente respectivo del índice de precios al consumidor de BLS.

2. Muertos en combate:

- a) 1997-1816: Singer, J. David y Melvin Small.«Correlates of War Project: International and Civil War Data, 1816-1992», [Computer file]. Ann Arbor, MI: J. David Singer and Melvin Small [producers],

1993. Ann Arbor, MI: Inter-university Consortium for Political and Social Research [distributor], 1994. Actualizado a 1997 según Sarkees, Meredith Reid, «The Correlates of War Data on War: An Update to 1997», *Conflict Management and Peace Science*, 18/1, 2000, pp. 123-144.
- b) 1815-1790: Levy, Jack., *War in the Modern Great Power System, 1495-1975*, The University Press of Kentucky, Kentucky, 1983.

III

El método científico

El método dialéctico. Crítica de la teoría científica

7.1 De lo que se trata es de cambiarlo

La construcción de la sociedad de los individuos libres –o sea, de los individuos conscientemente asociados– es la crítica más genuina al modo de organización actual de la sociedad. ¿Se muestra la teoría científica crítica del modo de producción capitalista –o sea, la teoría científica que se define a sí misma como la expresión directa de la conciencia libre en contraposición a la enajenación general de la conciencia en el modo de producción capitalista– a la altura de esta necesidad social?

La realización de la sociedad basada en la libre individualidad se rige necesariamente mediante el desarrollo, por cada individuo, del conocimiento pleno de sus propias determinaciones concretas. Por lo tanto, es la aniquilación misma de toda utopía. Es, igualmente, la aniquilación de las formas enajenadas tomadas por la organización del proceso de metabolismo social mediante la producción de valor; para empezar, es la aniquilación de la aparente independencia individual abstracta a través de la cual se impone la interdependencia social general a espaldas de sus propios sujetos. Es, pues, la aniquilación de la moral y de la justicia. Sin embargo, si el rescate de las utopías y la concepción de la justicia y la moral como los fundamentos de la necesidad de la transformación social tienen un campeón hoy día, éste no es otro que la teoría crítica del capitalismo. Al mismo tiempo, esta teoría no cesa de poner a la organización general del proceso de vida social –o sea, a la relación social general– en relación exterior con sus formas concretas necesarias de realizarse. Sólo así ha podido representarse acriticamente a un proceso nacional de acumulación de capital en donde la propiedad de éste era íntegramente colectiva al interior del ámbito nacional (y, por lo tanto, tan capital para el conjunto de la clase obrera y tan privado para las clases obreras de los demás países como el que más), como la superación realizada del modo de producción capitalista, o sea, como el socialismo o comunismo realizados. O, visto a la inversa, sólo así ha podido representarse a las formas brutales propias de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital en las cuales dicho proceso tomaba forma, como abstractas desviaciones, traiciones, burocratizaciones,

respuesta a presiones externas, insuficiencia democrática, resabios autoritarios, etc. del socialismo en su realización.

¿Qué otras respuestas podemos esperar de la teoría científica crítica del capitalismo a la renovada demanda por la acción revolucionaria consciente? Consideremos una particularmente elocuente: «Los filósofos ni interpretan ni cambian al mundo; la ciencia, cuya autonomía cognoscitiva la filosofía tiene a su cargo proteger, hace lo primero a fin de que lo segundo pueda ser posible un día». Este es el modo en que «hoy es [...] necesario enmendar» la 11ª tesis de Marx sobre Feuerbach, según M. Sprinker.¹ La mayoría, por no decir todos, los marxistas van seguramente a coincidir en que esta «enmienda» es un intento por acentuar el designio crítico de la afirmación con que Marx da paso a su descubrimiento científico de la especificidad de la sociedad actual. Por cierto, algunos marxistas van a objetar la invocación a la filosofía o la endeblez del «pueda ser posible un día». Sin embargo, aun en el peor de los casos, van a tomar simplemente a la enmienda de Sprinker como un intento poco feliz de parafrasear la tesis de Marx; nunca como un intento de alterar su esencia. Porque el marxismo unánimemente asume como autoevidente que el problema con los filósofos no reside en que interpretan al mundo, sino en que no actúan una vez que han realizado esta interpretación. Más aún, el marxismo ha postulado desde siempre que la cuestión es interpretar científicamente al mundo para encarar de inmediato, sobre la base de esa interpretación, su transformación consciente. Pero, ¿es ésta la cuestión? ¿De qué cambio estamos hablando?

7.2 Verde es el árbol de la vida

Ante todo, la vida es un proceso de metabolismo, el proceso en donde un sujeto se apropia del medio para reproducirse a sí mismo. Como tal, el sujeto vivo posee la capacidad de regir su proceso de metabolismo. Es decir, es capaz de conocer la potencialidad de su propia acción en relación con la potencialidad de su medio, de modo de controlar el consumo que debe hacer de su propio cuerpo en el proceso de reproducirse a sí mismo. Desde la capacidad y forma de regulación vital de una molécula de ADN a la de las especies animales más desarrolladas media, sin duda, una diferencia sustancial. Pero todas estas formas vivas centran su capacidad para transformar al medio, de ajeno, en un medio para sí – y especialmente su capacidad para avanzar en esta transformación – en su capacidad para transformarse a sí mismas, en su capacidad para mutar su propio cuerpo adaptándolo al medio. En contraste, el ser genéricamente humano reside en la capacidad para transformar al medio en un medio para sí, no ya esencialmente a través de la mutación del propio cuerpo para adaptarlo al medio, sino a través de la transformación

1. Michael Sprinker. “The Royal Road: Marxism and the Philosophy of Science”. En: *New Left Review*, n.º 191: Londres (enero-febrero de 1992), pág. 144, traducción propia.

del medio mismo por el trabajo. Es decir, ser genéricamente humano reside en la capacidad para producir el propio medio de la vida humana y, por lo tanto, en la capacidad para producir los medios de producir los medios de vida. El conocimiento de la propia potencialidad respecto de la potencialidad del medio, o sea, la organización del proceso humano de metabolismo, extiende de manera genéricamente correspondiente el rango de previsión que necesita cubrir.

La vida humana es un proceso de metabolismo social. Pero este proceso no tiene más modo de realizarse que a través de los procesos de metabolismo individual de los miembros de la sociedad. Al ser un proceso de metabolismo social que se realiza necesariamente a través de los procesos de metabolismo individuales, la regulación del primero constituye la unidad orgánica de los segundos. En otras palabras, la organización del proceso de metabolismo social se realiza bajo la forma concreta de la relación social entre sus miembros individuales; es el tejido social, por así decir. Vista la misma determinación a la inversa, la organización del proceso de metabolismo social toma necesariamente forma concreta en la acción de cada uno de sus miembros individuales. Tal como ocurre con la organización de todo proceso colectivo de metabolismo natural, dicha acción tiene, como primer paso, el conocimiento por el individuo del punto de desarrollo en que se encuentra su proceso de metabolismo individual respecto de los de los demás individuos que interactúan con él. Por lo tanto, este conocimiento es el modo en que cada individuo integra el desencadenamiento de las correspondientes porciones de su proceso de metabolismo individual con las de los demás. A su vez, es obvio que el proceso de conocimiento desplegado por cada individuo es un momento de su propio proceso de metabolismo individual.

La organización del proceso humano de metabolismo social, la relación social general entre los seres humanos, tiene un punto de partida histórico: el conocimiento inmediato puramente animal. Aunque más no sea por su duración, la mayor parte de la historia humana hasta hoy es la historia de la transformación de esta relación animal en la organización del trabajo social por medio del conocimiento acerca del momento en que se encuentran los distintos procesos de metabolismo individual a coordinar, establecido a través de las relaciones directas entre las personas. Se trata de la primera gran etapa en el desarrollo de la organización de la sociedad. Como es obvio, el conocimiento humano por medio del pensamiento cobra en el desarrollo de esta transformación formas tan rudimentarias como rudimentaria es la complejidad del proceso de metabolismo social que rige y, con ello, que lo produce.

Sin embargo, por mucho que el conocimiento humano mediante el pensamiento se haya desarrollado, y por poco que alguien sepa respecto de la especificidad histórica de la forma actual del proceso de metabolismo social, a nadie se le ocurriría pensar que la organización general de este proceso se

realiza hoy día de manera inmediatamente consciente. En otras palabras, es obvio que nuestra relación social general – o sea, el modo en que nuestra sociedad asigna su capacidad total de trabajo entre las distintas formas concretas útiles de éste y coordina el fluir de los procesos de metabolismo individual – es independiente respecto del proceso de conocimiento de las necesidades sociales.

La ausencia de una coordinación general consciente en la asignación de la capacidad total de trabajo social hace que los trabajos concretos se realicen de manera privada y con independencia unos de otros. En tanto realizan sus trabajos concretos de este modo, los individuos no tienen cómo relacionarse por sí mismos para coordinar su proceso de metabolismo social. Para empezar, no conservan más relación social general que el ser las personificaciones individuales de la capacidad total de la sociedad para realizar trabajo productivo. Capacidad total que, como tal, lo es de trabajo humano en general, de trabajo humano abstracto. El despliegue de esta capacidad bajo la masa de sus distintas formas concretas es, pues, el despliegue de la relación social general entre los individuos que realizan su trabajo social de manera privada y con independencia unos de otros.

Bajo este modo, el proceso humano de metabolismo social se pone por sí solo en movimiento. Lo hace llevando la cooperación entre sus miembros más allá de la capacidad de éstos para –reconociéndose mutuamente en el desarrollo de sus respectivos procesos de metabolismo individual– coordinar directamente estos procesos individuales como momentos del proceso de metabolismo social. Por lo tanto, este proceso humano de metabolismo social se determina a sí mismo como uno autónomamente organizado. Se trata, por lo tanto, de un proceso donde la sociedad asigna su capacidad total de trabajo entre las distintas modalidades concretas útiles de éste representándose al trabajo abstracto socialmente necesario materializado en los productos de los trabajos concretos realizados de manera privada e independiente, como la capacidad de estos productos para relacionarse entre sí en el cambio. La relación social general que rige el proceso de metabolismo humano –diferenciado genéricamente del de las especies animales por su capacidad para producir su propio medio– toma la forma de *mercancía*. El trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías de manera privada se representa como la cambiabilidad de éstas, su *valor*. En la producción mercantil, la producción material produce, al mismo tiempo, la relación social general. Los productores privados carecen de toda relación social general directa entre sí. Deben actuar, y en consecuencia verse a sí mismos, como si fueran individuos mutuamente independientes. Sólo llegan a enfrentarse a su interdependencia social a través de la mediación de sus productos materiales. Así, esta relación se les aparece como un atributo inherente a la forma material misma de estos productos, como una relación social fetichizada.

En el movimiento autónomo de las mercancías en tanto unidad concreta de su forma natural, valor de uso, y de su forma social específica, de su forma de valor, su cambiabilidad muestra no ser inmediatamente tal. Sólo es inmediatamente cambiable la mercancía que todas ellas destacan como su equivalente general, y por lo tanto como la única manifestación inmediata del carácter social del trabajo, o sea, el dinero. De modo que la producción mercantil realiza su necesidad al tomar por objeto general a la producción de este representante general del valor, a la producción de la relación social general en su expresión substantivada.

La producción social regida por la producción de valor muestra que la realización de su necesidad la trasciende en la producción de más valor por medio del valor substantivado mismo, esto es, en la transformación del dinero en capital. En tanto cúmulo de medios de producción y medios de vida para los obreros que abre su metamorfosis productiva, el capital somete al trabajo vivo a su necesidad de valorizarse. No se trata simplemente de una producción de valores de uso regida por la condición de valores de éstos. Ni siquiera de una producción de valores de uso que sólo es el medio para la producción del valor substantivado. Se trata de una producción de plusvalía que, a condición de serlo, arroja como resultado la producción de valores de uso y, luego, de seres humanos. Por lo tanto, el trabajo productivo no se encuentra concretamente determinado como el que transforma al medio en un medio para sí, y ni siquiera como el que produce valor. Desde el punto de vista específico del modo capitalista de organizar la vida social tan sólo es productivo el trabajo que produce plusvalía. El capital, trabajo materializado y como tal medio del proceso humano de metabolismo social, se ha apropiado de las potencias genéricas de este proceso. El capital se presenta así como la encarnación enajenada del ser genérico humano. El producto del trabajo social, un producto material que es a la par la forma materializada de la relación social general, se ha transformado en el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales, o sea, en el sujeto social concreto. En síntesis, como capital, el dinero no se limita ya a representar el trabajo social materializado de manera privada e independiente, sino que se constituye en el sujeto objetivado que tiene la capacidad de poner en marcha el trabajo social de manera privada e independiente sin más objeto inmediato que producir más de la misma capacidad. No se trata simplemente de un producto material fetichizado sino de que este producto material enfrenta a sus propios productores como aquél que los produce; como un fetiche real, por así decir. Esta modalidad autónoma de regirse el trabajo social constituye la segunda gran etapa en el desarrollo histórico de la vida humana.

Les guste o no semejante enajenación de sus potencias genéricamente humanas, a la burguesía y al proletariado no les cabe sino personificar estas potencias que le pertenecen al capital. El propio movimiento del capital pone en evidencia que es él quien produce y reproduce a los seres humanos dándoles forma concreta de burguesía y proletariado. Lo hace tan pronto como realiza

su necesidad como simple proceso de valorización, trascendiendo en la reproducción de ese proceso. La simple reproducción del proceso de valorización muestra que su contenido la trasciende, realizándose en el proceso de acumulación de capital. La plusvalía relativa se afirma como la forma concreta general de este proceso. Como tal, su forma simple (el incremento de la capacidad productiva del trabajo en las esferas que directa o indirectamente producen los medios de vida para los obreros asalariados) deviene una doble determinación que lleva al proceso de acumulación de capital más allá de sí mismo.

Ante todo, el aumento continuamente reproducido de la productividad del trabajo tiene como forma concreta general la creciente concentración de las masas de capital individualmente puestas en acción. Concentración que choca contra la propiedad privada del capital; y no meramente con formas particularmente restringidas de esta propiedad, sino con ella en sí misma. A la par, la reproducción del incremento de la productividad del trabajo tiene por forma concreta general el sometimiento de todos los aspectos de la producción al conocimiento científico; a su vez, la reproducción del simple incremento de la plusvalía relativa tiene por forma concreta general igual sometimiento en lo que hace al consumo. De donde, el capital, nuestra relación social específica, lleva en sí la necesidad de aniquilar, tanto a su base histórica concreta, cuanto a su razón histórica de existir; esto es, tanto la propiedad privada en general, cuanto el insuficiente desarrollo de la capacidad humana para regir conscientemente su proceso de metabolismo social. En pocas palabras, el capital lleva consigo la necesidad de aniquilarse a sí mismo, como una potencia que le es propia. Vacío como está de toda otra necesidad inmediata fuera de la puramente cuantitativa de incrementar su propio valor, el capital no puede encontrar dentro de sí un límite cualitativo a su proceso de valorización. No puede encontrar este límite ni siquiera en su propia impotencia como forma concreta del proceso humano de metabolismo social que surge de la negación de las potencias de la organización consciente de este proceso. De ahí que, desde su misma raíz, el capital lleve en sí la necesidad de tomar las formas más brutales en la explotación del trabajo humano para satisfacer su hambre insaciable de plusvalía con que rige la vida social. Pero de ahí también su potencia histórica específica para empujarse inevitablemente más allá de sus mismos límites.

Al avanzar en la concentración de la escala de los capitales individuales y en la organización científica de la producción y el consumo sociales, la acumulación de capital supera la estrecha base de la propiedad privada ya en cuanto ésta personifica directamente en la burguesía la organización general de ese proceso. El capital despoja con ello a la burguesía de su *derecho* histórico a existir. Al mismo tiempo, determina a la propia clase obrera de cuyo plustrabajo se nutre como esa personificación general suya. Lo hace al desarrollarla en tanto obrero colectivo que rige científicamente su propio trabajo. Trabajo al que, a su vez, revoluciona materialmente al transformarlo en el desarrollo del control sobre las fuerzas naturales y la objetivación del mismo en la maqui-

naria, para hacer actuar dichas fuerzas automáticamente en la producción de valores de uso. Pero no puede ir en esta transformación más allá de los límites inherentes a la realización privada del trabajo social. Esto es, aun cuando el producto inmediato del trabajo del obrero toma la forma material concreta del desarrollo de la capacidad para controlar conscientemente la producción social, el ejercicio de esta capacidad actúa a espaldas de su conciencia, como una potencia social que es ajena a él y lo domina, a saber, el capital.

La personificación enajenada del capital por la clase obrera no encierra ya limitación alguna a su condición de tal. La clase obrera es, por lo tanto, la forma concreta más genuina del proceso de acumulación de capital. Como tal forma concreta, es la clase obrera quien lleva en sí la necesidad de personificar la aniquilación del capital. Esta aniquilación es, de suyo, la de las clases sociales. La de la burguesía, lisa y llanamente; de ahí que ésta se le resista con uñas y dientes. Pero, en esta misma aniquilación, la clase obrera realiza su propia necesidad, negándose absolutamente como tal, por cierto, para afirmar sus potencias como potencias humanas de los individuos libremente asociados; esto es, para afirmar sus potencias como potencias humanas de los sujetos concretos del proceso humano de metabolismo social que rigen conscientemente a este proceso al conocer, cada uno de ellos, su propia determinación como tal sujeto. Se trata, pues, de la superación del capitalismo en la tercera gran etapa en el desarrollo histórico de la sociedad humana; o sea, el socialismo o comunismo realizados. La libertad humana pasa entonces, de consistir en que no se está subordinado personalmente a otro en la organización del propio trabajo social porque se lo está a las potencias sociales del producto de ese trabajo, a consistir en que no se está subordinado personalmente a otro en la organización del propio trabajo social porque se tiene el control objetivo pleno sobre las determinaciones del mismo.

Por muy enajenada en el capital que esta potencia revolucionaria se encuentre, o mejor dicho, precisamente por ser tal potencia enajenada, ella se nos muestra como potencia propia de la clase obrera. Y, dado que se trata de la organización consciente general del proceso de acumulación del capital, de la producción directa de la relación social general actual, se nos muestra como potencia que tiene a la acción política revolucionaria de la clase obrera por forma concreta general de realizarse.

7.3 Gris es toda la teoría. . .

Desde su nacimiento, la teoría científica no ha cesado de desarrollar su potencia para transformar la realidad. Hoy la vemos en pleno proceso de revisarse profundamente a sí misma. Una vez más, está multiplicando su capacidad transformadora sobre formas reales hasta ahora fuera del alcance de la acción humana consciente. Se diría que su desarrollo no tiene más límite que el control consciente de todos los procesos que atañen a la vida humana. Se diría, así, que la teoría científica es la forma necesaria de la organización consciente

del proceso humano de metabolismo social. Sin embargo, la propia teoría científica ha descubierto ya que se encuentra parada sobre un tembladeral.

Como cualquier teórico puede decirnos, la teoría científica es, ante todo, una *representación* de la realidad mediante el pensamiento, mediante las ideas. Como tal representación, toda teoría científica es producto de un proceso constructivo efectuado por el pensamiento siguiendo una necesidad inherente a este proceso mismo, esto es, una *lógica*. La teoría toma la masa caótica de formas reales concretas que se presentan al análisis y se representa estas formas poniéndolas en la relación general dictada por la lógica. La representación teórica se distingue de las demás formas de representación por la objetividad de su necesidad constructiva. En la representación religiosa, la necesidad constructiva se funda en la fe del sujeto en el mito; en la representación artística prima la abstracta libre subjetividad individual; la representación filosófica se concibe como el producto de una abstracta subjetividad universal. En cambio, la lógica científica no contiene subjetividad alguna. Por el contrario, su potencia específica reside en su carácter objetivo. Como necesidad ideal objetiva, no cabe en ella más necesidad que la manifestada por cada concreto real al afirmarse por sí en su existencia exterior al sujeto. Toda necesidad objetiva queda así representada por la presencia misma de su forma concreta de existencia. Por lo tanto, toda necesidad objetiva que trasciende la singularidad entra en la representación reducida al mayor o menor grado con que se presenta repetida la existencia de la forma concreta real en cuestión.²

Pasado este punto, se rompe el pleno acuerdo entre los teóricos. La mayoría de ellos considera hoy día que la representación debe seguir, por la naturaleza de sus objetos, una *lógica formal*. La lógica formal (aun como lógica difusa) concibe a la determinación real – o sea, al movimiento en que una forma real se constituye como tal ante las otras – como una simple afirmación inmediata. Críticos a esta concepción dominante, otros teóricos apelan con no menos convicción a la *lógica dialéctica*. La lógica dialéctica representa al movimiento real por la interpenetración, la oposición (simple o sobredeterminada), la autonomía relativa, de los contrarios.

Los teóricos tampoco están de acuerdo entre sí acerca de cómo llega la teoría a tomar forma en la mente del científico. Para unos, la teoría es la culminación de un cuidadoso proceso de observación de la realidad. Para otros, brota de un raptó de inspiración de la sola mente del científico. Y están los que consideran que la teoría sólo puede surgir verdaderamente en relación directa con la práctica.

Por mucho que los teóricos difieran entre sí respecto de la forma de la lógica o la fuente de su producción teórica, su coincidencia inicial reaparece plenamente en cuanto culminan su camino constructivo. Todos parten del convencimiento de que el conocimiento científico toma cuerpo por naturaleza

2. Carl Hempel. *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Barcelona: Paidós, 1996, pág. 233 y 255.

en la formulación de teorías. Ahora, una vez formuladas, las teorías se les presentan de inmediato como lo que son: como construcciones mentales que no encierran en sí mismas más necesidad real que la que les impone su coherencia lógica. La necesidad real que determina a una forma concreta existe como tal fuera del proceso de pensamiento mismo que intenta representarla lógicamente. Sin embargo, una misma necesidad real puede ser representada teóricamente de muchas maneras distintas. Media en esta multiplicidad el arbitrio del teórico en la selección de la lógica con que va a estructurar la representación, en la elección de una manifestación u otra de la forma real como la que presenta el mayor grado de repetición para ser representada como una categoría general y en la incorporación de esta o aquella categoría más particular como la verdaderamente atinente al objeto real concreto. Por lo tanto, las teorías no pueden pasar de ser la formulación de hipótesis sobre la realidad que existe en potencia. Seguido de modo íntegramente consecuente, el propio método del conocimiento teórico pone en evidencia por sí mismo la irreductible exterioridad de su producto, la representación ideal de las concatenaciones reales, respecto de la necesidad de éstas. Esta evidencia es la evidencia de la exterioridad igualmente irreductible entre el conocimiento científico teórico y el propio fin genérico del conocimiento científico. Este no es otro que la organización de la apropiación real del medio de vida humana, o sea, la regulación de la acción, bajo la forma de la apropiación ideal objetiva de la necesidad de dicha acción.

Toda teoría enfrenta así su *hora de la verdad*. Debe probar su correspondencia con la realidad, si es verdadera o falsa. La formulación de una teoría es, en sí misma, la representación de la necesidad real como *una regularidad* (aunque esta regularidad no sea otra que la de la ausencia real de regularidad). Desde el punto de vista de la teoría científica, el problema reside en alcanzar la certeza acerca de la presencia de la regularidad hipotéticamente postulada en el caso singular sobre el cual se va a actuar. Por la exterioridad de su necesidad constructiva respecto de la real, debe comparar el resultado hipotéticamente postulado contra la forma realizada de la determinación real a la que aquél presuntamente corresponde.

Supongamos que la determinación hipotéticamente postulada se haya verificado comparando los resultados previstos con los reales en cuanto caso de apariencia semejante se considere. Sin embargo, este hecho no permite tener la certeza lógica de que la regularidad se extienda indefectiblemente al nuevo caso singular encarado, cuya realización se encuentra aún pendiente. Las teorías no pueden ser pues verificadas antes de la acción basada en ellas.

Los partidarios de la teoría científica buscan la salida del atolladero dando vuelta el problema: si las teorías no pueden verificarse, por lo menos puede probarse su eventual falsedad. Basta para ello con mostrar un caso singular previo en el que la regularidad postulada no se ha presentado. De ser así, cae la certidumbre respecto de que vaya a estar presente en el caso ahora encarado.

Con todo, esta circunstancia no autoriza a ir más lejos frente al problema original. Pese a que puede establecerse la falsedad de la relación hipotética en todos los casos sometidos a prueba, nada autoriza lógicamente a tener la certeza de que semejante relación no vaya a empezar a estar presente a partir del nuevo caso en juego. Pero, por sobre todo, por más que uno se liberara de creer engañosamente que conoce la realidad, aun la certeza acerca de la falsedad de una teoría lo dejaría tan falto de ese conocimiento positivo como lo estaba antes de ella.

Para peor, el alcance de la teoría científica no aparece simplemente limitado por la relación de sus resultados con la realidad. Aun en el campo específico en donde las limitaciones a la verificación se encuentran naturalmente excluidas – la matemática – la teoría científica ha mostrado ya su fragilidad. Si intenta construir la matemática siguiendo de manera coherente el desarrollo de la lógica formal, llega a la irresoluble paradoja de Russell.³ Si trata de eludir esta paradoja excluyéndola axiomáticamente, ni siquiera puede justificar lo espurio de semejante procedimiento por su éxito: acaba saliéndole el tiro por la culata con las paradojas de Skølem⁴ y de la regresión infinita.⁵ Los teoremas de Gödel y de Church presentan a la teoría científica limitada en su alcance por su lógica misma.⁶

Por donde se la mire, la lógica, que se presenta como la forma universal necesaria del conocimiento objetivo, no puede dar cuenta de la unidad de su propio contenido.

Por su parte, la mecánica cuántica descubre en el electrón la paradoja de una forma que se encuentra simplemente determinada en su existencia natural, pero a la que el mismo intento de observarla científicamente transforma de modo tal que no se puede ir más allá de conocerla objetivamente por su mera posibilidad. Al mismo tiempo, la teoría del caos muestra que los sistemas dinámicos no lineales, aún de mínima complejidad, resultan sensiblemente dependientes de sus condiciones iniciales. De modo que variaciones insignifi-

3. Esta paradoja consiste en que el conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a sí mismos implica la contradicción de tener que contenerse a sí mismo y de no tener que contenerse a sí mismo.

4. Esta paradoja consiste en que el sistema axiomático de la teoría de conjuntos está formado por un conjunto finito de axiomas que incluye uno que establece la existencia de conjuntos infinitos.

5. Esta paradoja reside en que un sistema axiomático no tiene más consistencia que la de estar «bien formado», lo cual sólo puede predicarse de manera axiomática: es un axioma bien formado, que es un axioma bien formado, que... , y así al infinito.

6. El teorema de Gödel demuestra que todo sistema axiomático consistente es incompleto (no contiene su propia unidad) y que todo sistema axiomático completo es inconsistente (contiene al menos una contradicción). De modo que hay afirmaciones verdaderas que no pueden ser probadas. Por su parte, el teorema de Church muestra que no hay un modo general de establecer si una afirmación particular puede ser probada o no.

cantes en éstas pueden resultar en diferencias significativas a nivel del sistema, tornando incierto el conocimiento acerca del comportamiento de éste.⁷ Aquí, la naturaleza misma de la realidad es la que parece levantar una limitación absoluta a la certeza del conocimiento científico.

La corriente teórica que fluye abiertamente del moderno positivismo acepta sin dudas estas limitaciones al alcance de la teoría científica que surgen de la exterioridad de la necesidad lógica respecto de la necesidad real representada. Comienza así con el plañido autocomplaciente de Popper acerca de «criticar racionalmente» lo que no se puede «justificar ni probar racionalmente» que tenga contenido real alguno,⁸ para seguir con el degradado «todo vale» de Feyerabend,⁹ y acabar en el abierto festejo de Rorty con su «verdad objetiva» no por corresponderse con la realidad sino por haberse logrado «un consenso intersubjetivo tan amplio como sea posible».¹⁰ Así, verdad científica objetiva pasa a ser cualquier afirmación que la comunidad de los científicos solidariamente declara ser tal. Por supuesto, se declara garantizada la libertad de disenso; eso sí, para ejercerla «sólo en privado», ya que el «sentido común» avala que se le niegue publicación y financiamiento a quien decida así «jugar con el riesgo» de «adherir» a conocimientos «estancados» y hasta «degenerados».¹¹ El culto de la academia y el adocenamiento profesoral emergen de este modo con su legitimidad renovada en su función de órganos del control ideológico sobre la acción consciente. Su monopolio sobre el desarrollo del conocimiento científico aparece ahora como una condición impuesta por el método científico mismo. Adquieren, además, una forma concreta específica. Ni siquiera se trata ya de enfrentar las formas reales para interpretarlas de distintas maneras. Se trata de interpretar de distintas maneras lo que otros han dicho acerca de la realidad con vistas a dictaminar acerca de la «cientificidad» o «acientificidad» de su pensamiento. La más moderna versión de la producción teórica no es sino un puro escolasticismo, con sus polémicas carentes de más contenido de realidad que la polémica misma, una suerte de «él dice que yo digo que él dice» cruzado por los *magister dixit* que van y vienen.

Por su parte, la teoría posmoderna tiene su propia existencia determinada por la necesidad social de afirmar teóricamente, como una verdad absoluta, la impotencia de todo conocimiento científico para superar la incertidumbre teórica.¹² Más aún, por este camino avanza derecho en la consagración de

7. Edward Lorenz. *La esencia del caos*. Madrid: Editorial Debate, 1995.

8. Karl Popper, ed. *La lógica de las ciencias sociales*. México, DF: Grijalbo, 1978, pág. 27.

9. Paul Feyerabend. *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos, 1981, pág. 27.

10. Richard Rorty. *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos 1*. Barcelona: Paidós, 1996, pág. 41.

11. Imre Lakatos. *Historia de la ciencia y de sus reconstrucciones racionales*. Madrid: Tecnos, 1982, págs. 36-37.

12. Jean-François Lyotard. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984.

la inversión idealista, para afirmar que lo real no es sino una «construcción lingüística».

Pero, ¿qué alternativas nos ofrece la corriente teórica marxista, o sea, la que funda su posición crítica en ver en los textos de Marx el modelo de la representación lógica? Para empezar, nos encontramos con la concepción marxista que confía en vencer la impotencia de la teoría para alcanzar la certeza respecto de su verdad gracias a la alegada superior consistencia consigo misma de su lógica dialéctica: mientras la lógica formal sólo puede representar el resultado de la determinación en general, la lógica dialéctica representa a la determinación en sí misma. ¿Cómo sabe esto la teoría marxista? Porque toma en consideración la forma en que la determinación se manifiesta una y otra vez como la unidad de dos elementos opuestos.¹³ O porque logra así un mayor alcance en su capacidad explicativa, en su capacidad para demostrar la necesidad de los fenómenos observados.¹⁴ Sin embargo, en primer lugar, la consistencia de la lógica consigo misma no tiene modo de agregarle más contenido de realidad a la hipótesis teórica, como no sea el de haber surgido formalmente de un curso constructivo lógicamente más o menos consistente. En segundo lugar, tampoco se ha avanzado un paso aquí respecto de la naturaleza de la necesidad real que vaya más allá de su apariencia de abstracta repetición. O, peor aún, directamente se ha declarado posible alcanzar la certeza acerca del contenido de realidad de la teoría recurriendo a una absurda suerte de inversión de la prueba: no se trata ya de demostrar la necesidad teórica en la realidad, sino la necesidad de la realidad mediante la lógica. Por lo tanto, ambas respuestas dejan intacto el problema de la constatación del resultado teóricamente previsto con la realidad. De hecho, toda la cuestión se ha reducido a la contrastación de la forma más abstracta de la representación, su lógica, con las formas reales concretas. Este intento por superar las limitaciones al alcance de la teoría científica no hace sino renovarlas.

La teoría científica marxista retrocede. Acepta ahora que la verificación de sus resultados no es posible más que como previsión de grandes tendencias.¹⁵ Pero ocurre que estas tendencias no tienen otra forma de realizarse que a través de la acción humana concreta. Y la acción que realiza a la tendencia puede aparecer como su negación misma, tanto como puede ocurrir la relación inversa. Recordemos que, «toda ciencia sería superflua si la forma de

13. Athanase Joja. *La Lógica Dialéctica y las Ciencias*. Buenos Aires: Juárez Editor, 1969, pág. 60, 106-107; Henri Lefevre. *Lógica formal, lógica dialéctica*. Madrid: Siglo XXI, 1970, pág. 94, 101.

14. Bhikhu Parekh. *Marx's Theory of Ideology*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1982, pág. 203; Roy Bhaskar. *Reclaiming Reality*. Londres: Verso, 1989, pág. 83; Tony Smith. *The Logic of Marx's Capital*. Albany: State University of New York Press, 1990, pág. 39.

15. Bhaskar, *Reclaiming Reality*, pág. 3, 83.

manifestarse y la esencia de las cosas coincidieran inmediatamente». ¹⁶ Así, el terreno nebuloso que va de las tendencias presuntamente conocidas a la necesidad de la acción concreta que las realiza queda consagrado como el reino del oportunismo, por la propia teoría científica crítica.

La crítica marxista busca la salida dentro del proceder teórico mismo. Se plantea resolver la cuestión de la certeza respecto de la realidad de la teoría mediante la crítica inmanente al desarrollo teórico. ¹⁷ Ahora bien, para ser tal, esta crítica inmanente no puede sino responder aún más rigurosamente a la necesidad lógica que el desarrollo criticado. De modo que, por más profundamente que vaya al interior de una teoría, esta crítica inmanente no tiene cómo superar la exterioridad de la necesidad lógica respecto de la necesidad real.

La teoría marxista no sabe si espantarse o fascinarse ante su propia impotencia. De todos modos, resuelve seguir adelante considerándose liberada del problema imposible de la verificación. En el primer caso, porque ha decidido que sus criterios de verdad tienen como base la integración de su método científico con los fundamentos morales que la orientan. ¹⁸ Es decir, se presenta necesariamente construida en base a una filosofía. Venimos a darnos así con la negación ideológica del conocimiento científico, o sea, la filosofía, puesta como el punto de partida necesario del conocimiento científico de la realidad. En el segundo caso, esta teoría científica declara directamente sin sentido el problema de la verdad o falsedad de una teoría. Empieza por resolver que el conocimiento científico sólo trata con las formas mentales mediante las que se representa la realidad, pero no con las formas reales mismas. Declara pues eliminada por naturaleza la necesidad de constatar la realidad de la construcción teórica. A partir de lo cual, se da por satisfecha con declararse la doctrina revolucionaria de la clase obrera, para fundamentar su superioridad cognoscitiva. ¹⁹ Así, sólo puede terminar por concluir que todo lo que importa

16. Karl Marx. *Das Kapital*. Vol. 3. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1980, pág. 763, traducción propia.

17. Theodor Adorno. *Dialéctica Negativa*. Madrid: Taurus Ediciones, 1975, pág. 101; Richard Gunn. "In Defense of a Consensus Theory of Truth". En: *Common Sense Journal*, n.º 7: The University of Lincoln (1989), págs. 63-81.

18. Leszek Kolakowski. "Karl Marx and the Classical Definition of Truth". En: *Marxism and Beyond*. Londres: Pall Mall, 1969, pág. 58, 83; Karl Korsch. *Marxismo y filosofía*. México, DF: Era, 1970; Popper, *La lógica de las ciencias sociales*, págs. 84-88; Jürgen Habermas. «Teoría analítica de la ciencia y la dialéctica». En: *La lógica de las ciencias sociales*. Ed. por Karl Popper. México, DF: Grijalbo, 1978; Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 3. Cuaderno 7 (VII) 1930-1931: [Apuntes de filosofía II y Miscelánea]. México, DF: Ediciones Era, 1986, pág. 147; Patrick Murray. *Marx's Theory of Scientific Knowledge*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1988, pág. 88, 223-226.

19. Louis Althusser. «El objeto de "El capital"». En: *Para leer El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1970.

de una teoría científica es su utilidad para provocar la acción.²⁰ Lo que no tiene que importar en absoluto para aceptar este completo vaciamiento del conocimiento científico, es que la acción así basada puede ser cualquier cosa menos una acción con conocimiento de causa. Se trata de una acción que se ve a sí misma sin más fines que los que abstractamente se atribuye. Vestida esta vez de teleología, la ideología ocupa el lugar de la conciencia científica respecto de la necesidad de la propia acción.

Como último recurso, la teoría marxista reivindica a la práctica misma como la instancia que posibilita la verificación de las hipótesis.²¹ Por desgracia, la realización de esta verificación presupone la realización previa de la acción. Aceptar esta circunstancia es, de por sí, aceptar que no había forma de saber acerca de la verdad o falsedad de la teoría en el momento mismo de realizar la acción; esto es, cuando el conocimiento realmente importa. Hecho que desnuda igualmente la vacuidad del intento por superar la imposibilidad de la verificación afirmando que la teoría científica no es «predictiva» sino «explicativa».²² Ya sin remedio, la teoría marxista intenta sacar este hecho de la vista reivindicando la capacidad de verificación, no para cada práctica concreta singular, sino para una abstracta práctica social. La teoría se verifica, nos dice, en el desarrollo histórico de la transformación de la realidad logrado por la sociedad sobre su base.²³ Por supuesto, lo mismo puede decir de sí cualquier otra representación ideológica, la religión, por caso.

Alcanzado este punto, la teoría marxista no necesita dar ni un paso más para consagrar, junto con los sucesores del positivismo y el posmodernismo, a la representación socialmente dominante como la verdad científica posible; y, de ahí, que únicamente es científico aquello que los referentes de la comunidad científica proclaman como tal. Puesto en términos «críticos», que el curso de la certeza acerca del conocimiento científico pasa por encarnar hermenéuticamente la intersubjetividad por obra y gracia de la acción comunicativa.²⁴

De la pretensión crítica apenas queda la enunciación de que, así como las restricciones de la teoría son simplemente aplicables a la ciencia natural, la limitación de la teoría social para conocer la realidad en tanto potencia va a

20. Richard Wolff y Stephen Resnik. *Economics: Marxian versus Neoclassical*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987, pág. 22, 253-267.

21. Antonio Negri. *Marx au-delà de Marx : Cahiers de travail sur les « Grundrisse »*. París: Christian Bourgeois Éditeur, 1979, pág. 98; Edward Palmer Thompson. "The Poverty of Theory". En: *The Poverty of Theory & Other Essays*. Londres: Merlin Press, 1981, págs. 48-50; Guglielmo Carchedi. *Class Analysis and Social Research*. Oxford: Basil Blackwell, 1987, págs. 163-164.

22. Bhaskar, *Reclaiming Reality*, pág. 19, 83, 185-186.

23. Jürgen Habermas. *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus, 1987, págs. 79-80.

24. *Ibíd.*, pág. 27, 499.

alcanzar asintóticamente su resolución en el socialismo.²⁵ Cuando no, apenas queda la enunciación de que la necesidad misma del conocimiento científico de las formas sociales se extinguirá en el socialismo, al concebirse la superación de la conciencia enajenada como la posibilidad de conocer acabadamente a dichas formas de manera inmediata;²⁶ como si el socialismo no fuera la superación de la forma de organización social que, a su vez, ha surgido precisamente de la insuficiencia del conocimiento inmediato para hacerlo. Es así que, en ambos casos, la supuesta crítica hasta deja cortos a los modernos herederos del positivismo cuando se trata de eludir los cuestionamientos que surgen hoy día en la práctica concreta debido a la inverificabilidad de las teorías, presentándolos como un asunto puramente escolástico.

De hecho, ni siquiera la realización de la acción resuelve el problema de la verdad o falsedad de la teoría. El intento de verificarla a esa altura no sólo resulta inoportunamente tardío, sino imposible. Las formas reales concretas resultantes de una acción –aun aquellas que son directamente accesibles al conocimiento sin la mediación de la teoría misma que se quiere verificar– pueden coincidir por completo con las teóricamente previstas. Sin embargo, esta coincidencia no nos dice nada respecto de la correspondencia entre las determinaciones reales que las formas concretas llevan en sí y las teóricamente concebidas. Basta con que recordemos que la representación de la necesidad genérica como una regularidad impulsa a la teoría científica a dar por causa de los fenómenos a la forma misma de éstos. ¿Qué teoría acerca de cualquier acción voluntaria puede resistir mejor la falsación, sino aquella que presenta a la voluntad humana como el determinante de esa acción? Y si la apelación a las «voluntades revolucionaria, democrática, de progreso, de dominación, etc.» se encuentra algo alicaída últimamente por ser inherente a las «grandes narrativas», es sólo porque ha llegado el cuarto de hora de vanagloriarse denominando al mezquino alcance de la propia miopía «libre ejercicio del deseo» o *rational choice* (aunque no se trata más que del cultivo de la *irracionalidad filisteá*). Recordemos, otra vez, que las formas abstractas no se manifiestan idénticas a sí mismas en sus formas concretas.

Por más vueltas que le demos, la cuestión es que no puede mostrarse lógicamente la verdad de las teorías científicas antes de la acción. La acción basada en ellas conoce su propia necesidad tan sólo a través de las relaciones que establece para representar las formas reales. En el mejor de los casos, esta representación parte de descubrir las determinaciones abstractas, separando lo que se repite de lo que no lo hace. En el peor de los casos, pone directamente en relación a las determinaciones abstractas según el arbitrio de su autor. Guste

25. Antonio Gramsci. *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 4. Cuaderno 11 (XVIII) 1932-1933: [Introducción al estudio de la filosofía]. México, DF: Ediciones Era, 1986, pág. 277, 308, 328.

26. Gerald Cohen. *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid: Siglo XXI, 1986, págs. 375-376.

o no, las teorías científicas no pueden ir más allá de interpretar la realidad de distintas maneras. Son formas de interpretar el mundo. Por más potente que la acción fundada en una teoría sea para transformar la realidad, ella es en sí misma la negación de la acción que conoce su propia necesidad de manera plena más allá de toda apariencia, en tanto se funda en una tal interpretación. No es de extrañar, entonces, que los propios científicos acaben condenando al conocimiento científico, por determinación de su mismo método lógico, al terreno de las «utopías agotadas», de las «grandes narrativas liberadoras».²⁷ Al punto que, dar por sentada la determinación ideológica de todo conocimiento científico pasa corrientemente por ser la crítica históricamente consciente irreductible a la actual forma general de éste.²⁸

7.4 La naturaleza histórica de la teoría científica

La contradicción salta inmediatamente a la vista. Cualquier interpretación de una determinación real es, en sí misma, la negación del conocimiento de esa determinación que ha avanzado más allá de toda apariencia presentada por ella; la interpretación de la propia necesidad es la negación de su conocimiento objetivo pleno. Pero la organización consciente general de la vida social implica que el conocimiento objetivo por parte de cada miembro de la sociedad respecto de sus determinaciones como tal miembro, superando cualquier apariencia, se constituye en la relación social general. En consecuencia, tanto como el conocimiento científico esté condenado a la interpretación, la organización consciente general de la vida social está condenada a la imposibilidad. En otras palabras, tanto como la teoría científica sea la forma acabada del conocimiento científico, el socialismo/comunismo está condenado a la imposibilidad. Hasta al más descarado cretinismo apologético del capitalismo no le queda nada por pedir: por boca de sus genuinos representantes, el mismísimo método científico declara que se ha alcanzado «el fin de la historia», que «el futuro ya está aquí».

Más aún, como el saber científico ha quedado reducido a una concepción ideológica cuya especificidad reside en su potencia represiva y dominadora, la irracionalidad anticientífica y la visión fragmentada pasan a festejarse como resistencias liberadoras que opone el «deseo» al saber opresor.²⁹ Así, se llega a demandar a la clase obrera que reniegue de todo intento por superar al modo de producción capitalista mediante una acción regida por su conciencia científica, porque la «transparencia social» lograda de este modo sería «totalitaria» y carente de «poesía».³⁰ A la potencia transformadora de la acción plenamente libre – esto es, de la acción que conoce su propia necesidad superando toda

27. Lyotard, *La condición postmoderna*, pág. 73 y 76-77.

28. Theodor Adorno. «Sobre la lógica de las ciencias sociales». En: *La lógica de las ciencias sociales*. Ed. por Karl Popper y cols. México, DF: Grijalbo, 1978, pág. 42.

29. Michel Foucault. *La arqueología del saber: las ciencias humanas en la episteme moderna*. México, DF: Siglo XXI, 1970, pág. 23.

30. Jean Pierre Durand. «Can we make our own history? The significance of dialectic today». En: *Capital & Class*, n.º 62: Sage Publications (1997), págs. 143-158.

apariencia – la representación teórica opone la negación misma de esta acción –esto es, la *libre* interpretación de la realidad³¹ como si fuera la consumación de la libertad humana. De tenerse el vigor expresivo de Orwell, bien podría afirmarse que si se pasea la mirada desde el científico al ideólogo y desde el ideólogo al científico, es imposible ya decir cuál es cuál. *La cuestión de la forma del conocimiento científico se nos presenta así como la cuestión de la naturaleza necesariamente histórica de la teoría científica.*

En el sistema de metabolismo social autónomamente regulado, los individuos sólo pueden realizar su interdependencia social a través de su propio comportamiento independiente. Por lo tanto, su interdependencia social necesita presentárseles como exterior a su misma necesidad de individuos abstractamente independientes. Para la propia conciencia, la abstracta voluntad del individuo libre aparece chocando contra los límites que desde su exterior le levanta la interdependencia social. Esta determinación específicamente inherente a la sociedad productora de mercancías excluye ya de por sí el conocimiento pleno de la propia necesidad como forma general de la conciencia en el modo de producción capitalista. La enajenación de las potencias humanas como potencias de la relación social general materializada, de la mercancía, cobra, en esta exclusión, la forma de conciencia enajenada. En su determinación específicamente capitalista, esta conciencia parte de la necesaria representación de la extracción gratuita del plusproducto del trabajo asalariado –donde, al mismo tiempo, el obrero es un trabajador forzado para el capital total de la sociedad, al que éste le paga su fuerza de trabajo con el producto impago de su trabajo anterior y cuyo consumo individual es para el capital– como el imperio de la igualdad, la libertad, la propiedad privada fundada en el propio trabajo y el interés personal del obrero. La conciencia libre del obrero asalariado es la forma concreta de su conciencia enajenada. Por lo tanto, el descubrimiento de la propia determinación concreta en cualquier terreno es, de suyo, la negación de esta enajenación en general.

La necesidad del capital respecto del conocimiento científico enfrenta así una contradicción. Para acrecentar la plusvalía relativa mediante el sistema de la maquinaria, el capital se ve impulsado a someter toda la producción y el consumo a la ciencia. Pero, en tanto el conocimiento científico es simplemente la forma concreta de la valorización del valor, la ciencia ha de reproducir la enajenación de la conciencia humana en el capital. Al mismo tiempo que debe ser una conciencia objetiva, necesita ser una conciencia que se enfrente a sí misma de manera no objetiva, aceptando así la apariencia de ser una conciencia abstractamente libre. Por eso se trata de una conciencia científica que siempre tiene que aparecer teniendo el fundamento de su objetividad fuera de sí misma, en la pura subjetividad abstracta del individuo abstractamente

31. Richard Rorty. *Philosophy and the Mirror of Nature*. Oxford: Basil Blackwell, 1980, pág. 208.

libre. Esto es, necesita aparecer fundada en una filosofía,³² basada a su vez sobre la apariencia de la libre individualidad propia de la circulación de las mercancías y, en particular, de la compraventa de la fuerza de trabajo.³³ Lo cual quiere decir, que necesita aparecer fundada en una filosofía basada en la forma concreta misma de la conciencia enajenada.

La teoría científica, o sea, la representación lógica, es esta contradicción resuelta. La teoría científica representa a las concatenaciones reales tomando las formas donde la necesidad se encuentra realizada, las formas concretas, como si no fueran al mismo tiempo formas que llevan en sí una necesidad a realizar, formas abstractas. Pone así a las formas reales como formas incapaces de moverse por sí mismas. Desde este punto de vista, sólo cabe entre ellas una relación exterior. Es aquí donde la *lógica* entra en escena.

Puestas como incapaces de moverse por sí mismas, las formas reales quedan representadas como formas que se afirman bajo la apariencia de ser abstractas afirmaciones inmediatas. En consecuencia, la conciencia puede afirmarse como libre o puede afirmarse como enajenada. Pero resulta lógicamente un imposible que la conciencia enajenada se afirme mediante su propia negación bajo la forma concreta de conciencia libre.

En realidad, la apariencia de ser una abstracta afirmación inmediata corresponde al afirmarse mediante la negación de la propia negación. Esto es, corresponde a la determinación cuantitativa real abstractamente considerada en sí. La teoría científica toma la *lógica* genuinamente necesaria para el conocimiento matemático, y la representa como la necesidad objetiva que relaciona cualitativamente a las abstractas afirmaciones inmediatas a las cuales han sido reducidas previamente todas las formas reales. La *lógica* matemática queda vaciada así de su especificidad como necesidad propiamente correspondiente a la representación de la determinación cuantitativa, para ser representada como *lógica formal*. En base a ella, la teoría científica representa a las determinaciones reales abstractas por las relaciones de medida que guardan entre sí sus formas concretas. Esta representación permite regir conscientemente la acción sobre las formas reales: aunque se desconozca verdaderamente la necesidad real presente, es posible operar sobre la magnitud de las formas reales, transformando su cantidad hasta hacerla corresponder con la de una forma cualitativamente diferente. Con lo cual se ha transformando su calidad misma.³⁴ Los límites que tiene la potencia transformadora de esta acción se hacen evidentes tan pronto como se avanza poniendo de manifiesto la forma en que se la rige.

Por su parte, la *lógica materialista dialéctica* no hace sino tomar la misma abstracta afirmación inmediata como la forma más simple de la afirmación real.

32. Hempel, *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia*, pág. 220.

33. Popper, *La lógica de las ciencias sociales*, pág. 18.

34. Georg Wilhelm Friedrich Hegel. *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1976, págs. 291-293.

Sólo que representa a cada una de estas afirmaciones como necesariamente unida con otra de igual naturaleza, que aparece como opuesta a la primera. Es decir, la determinación real más simple, el afirmarse mediante la propia negación, queda representada como una abstracta relación exterior entre dos abstractas afirmaciones inmediatas opuestas entre sí. Así, la conciencia del obrero se representa como la unidad, por una parte, de su conciencia libre y, por la otra, de su conciencia enajenada, en la constante lucha de una contra la otra. Pero cada uno de estos polos excluye absolutamente de sí al otro. El hecho de que la conciencia libre sea la forma de realizarse la conciencia enajenada sigue siendo lógicamente inadmisibile. El alcance de esta reducción queda lastimosamente en evidencia cuando se llega a presentar, como expresión de la superioridad de la lógica dialéctica, la coherencia de ésta para explicar el movimiento del electrón por su paso de ser, por ejemplo, 70% «A» y 30% «no A», a ser 40% «A» y 60% «no A».³⁵ Lo cual es lo mismo que afirmar el absurdo de que la conciencia de la clase obrera avanza en la superación de la enajenación cuando pasa de ser 70% enajenada y 30% libre, a ser 40% enajenada y 60% libre.

De ahí que la formulación de la lógica materialista dialéctica no consiga pasar de la enunciación general de su especificidad. Pasado este punto no le queda más sustancia que la de la lógica formal que lleva en sí. De modo que ni bien trata de enfrentar cualquier cuestión concreta acaba inmediatamente reducida a esta lógica. Y cuanto más cuidadosamente se intenta darle a la lógica dialéctica una presunta especificidad esencial, más visible se hace esta reducción.³⁶

35. Alan Woods y Ted Grant. *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*. Madrid: Fundación Federico Engels, 1995, pág. 113.

36. Mientras la generalidad de los textos sobre la lógica dialéctica materialista dan vueltas y vueltas en torno a las cuestiones de la «interpenetración de los opuestos» o la «elasticidad de los conceptos», cuidándose muy bien de considerar concretamente su resolución (por ejemplo, Lefevre, *Lógica formal, lógica dialéctica*). Joja (Joja, *La Lógica Dialéctica y las Ciencias*, pág. 154) intenta atacar decididamente el problema. Apenas lo hace, cae en la contradicción, muy poco dialéctica por cierto, de tener que afirmar el principio del «predicado complejo contradictorio» (según el cual, el sujeto es A y -A a la vez) y, al mismo tiempo, tener que afirmar la vigencia del «principio de contradicción» propio de la lógica formal. Sin este principio, cabría la posibilidad de que el elemento de cada polo engendrara por sí un inoportuno movimiento propio; cosa que se daría de patadas con el fundamento mismo de la representación lógica, según el cual todo movimiento debe ser puesto por la mediación de la relación lógica. De ahí que la resolución acabe siendo la expuesta: toda determinación es la unidad de dos afirmaciones contradictorias, pero cada una de éstas es una simple afirmación que excluye su propia negación. Y, como se trata de dos afirmaciones no mediadas por su propia negación, la relación de unidad entre ambas sólo puede ser de naturaleza externa.

Tomemos, por caso, el desarrollo de G. Carchedi,³⁷ tal vez el más elaborado de los muchos recientes. Carchedi representa las formas a ser determinadas como estando «contenidas» en tanto potencias en las determinantes. Parece trascender así la exterioridad de la lógica formal. Sin embargo, esta representación no hace sino preservar la exterioridad. En base a ella se deja de lado la necesidad de enfrentar el hecho de que las formas determinantes son tales por ser en sí mismas esas potencias. A continuación, Carchedi se representa a la determinación en sí –o sea, a la realización por las formas determinantes de su necesidad en tanto potencias, determinándose con ello a sí mismas como formas concretas– como un «sistema» de formas ya realizadas, coexistentes, mutuamente relacionadas. Las formas determinadas no tienen cabida en este sistema como las formas concretas en las que las determinantes realizan su necesidad y, por tanto, como éstas en su existencia concreta misma. Sólo tienen cabida, puestas en la relación puramente exterior de «condiciones» para la reproducción o la superación de las determinantes. Toda la necesidad que cabe en cada uno de estos pasos es la de la representación lógica de la determinación real como una abstracta afirmación inmediata. Para mantenerse en esta exterioridad propia de la lógica, Carchedi necesita reducir el método de investigación al análisis. De ahí que considere al despliegue de la necesidad real mediante el pensamiento como un mero recurso expositivo. Cómo no recordar aquí con Marx que «es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico».³⁸

7.5 El conocimiento dialéctico; o sea, la organización de la acción mediante la reproducción de la propia necesidad en el pensamiento

7.5.1 El punto de partida

La crítica de la teoría científica no tiene cómo tomar cuerpo en la formulación de un nuevo paradigma lógico. En otras palabras, la crítica de la ciencia hoy universalmente dominante no toma cuerpo en la construcción de una nueva teoría, sino en la producción de una forma de conocimiento objetivo que supere a la teoría científica misma. No se trata de concebir una nueva *representación de la realidad*, condenada por su sola condición de representación a responder a una necesidad constructiva ajena a la necesidad real, a una lógica.

¿De qué se trata entonces? Enfrentémonos al objeto de nuestro conocimiento, a la realidad. Fuera del mundo teórico, la realidad no se presenta a nuestra mente como una abstracta generalidad. Lo hace como una masa de formas concretas que distinguimos entre sí simplemente como tales. Por lo tanto, empezamos no teniendo más forma de apropiarnos mentalmente de la

37. Carchedi, *Class Analysis and Social Research*, págs. 74-79.

38. Karl Marx. *Das Kapital*. Vol. 1. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1981, pág. 331, traducción propia.

relación que estas formas guardan con nosotros, que tomándolas una a una. Cualquiera sea la que tomemos, en cuanto la observemos de modo aislado se nos va a presentar como una potencialidad, como una necesidad a realizar (aunque más no sea en su determinación temporal). Nada puede tener esto de sorprendente. Si las formas concretas reales tienen algún interés para nosotros –dejando de lado un nebuloso interés abstractamente contemplativo– es porque, como potencias, pueden afectarnos al realizarse. Y, más bien, porque podemos realizar su potencialidad con nuestra acción.

Para descubrir a la forma concreta elegida como una potencialidad, nos ha bastado con poner en acción nuestra capacidad inmediata de conocimiento. No hemos necesitado del conocimiento científico ni, *a fortiori*, del teórico. Por supuesto, bien podemos lanzarnos al punto a realizar la potencia en cuestión con nuestra acción. Pero no contamos con más guía para hacerlo que con lo que la apariencia inmediata de esta misma potencia nos dice de sí. Y nuestro conocimiento inmediato también nos basta para saber que las apariencias suelen engañarnos. Conque la cuestión es descubrir la causa, la necesidad, de la potencia real en juego.

Por más vueltas que le demos, la potencialidad real que intentamos conocer no nos puede agregar nada acerca de su necesidad, como no sea enfrentarnos con su propia manifestación de ser tal potencia. Sin embargo, nuestro conocimiento inmediato está todavía lejos de agotar su alcance. A esta altura, la forma concreta elegida se nos presenta ya como una potencia a realizar cuya necesidad no se reduce a ella misma. Con lo cual nos dice que sólo podemos buscar su necesidad como potencia en lo que tiene, no de potencialidad actual, sino de simple actualidad ya realizada.

Nos enfrentamos entonces a la forma real elegida en tanto nuestro conocimiento inmediato la ha aprehendido como una existencia actual que lleva en sí una potencialidad a realizar. Para buscar en la forma real concreta en tanto simple existencia actual la necesidad de su existencia como pura potencia, debemos considerar a la primera existencia separadamente de la segunda. La cuestión es aislar la necesidad en juego de su forma de manifestarse. Esto es lo último que nuestro conocimiento inmediato tiene para decirnos, ya que sólo podemos realizar esta separación al interior de nuestro pensamiento. Ha llegado la hora de comenzar con nuestro conocimiento científico de la forma real concreta que nos ocupa.

7.5.2 El análisis

Separaremos mediante nuestro pensamiento a la necesidad que determina a la forma real concreta de su forma de manifestarse. En otras palabras, analicemos la forma real concreta. Así separada, la necesidad que se encontraba realizada como existencia actual se nos presenta a su vez como una potencia a realizar, como la potencialidad de determinar a la forma concreta en que ella se encuentra ya realizada. Así, la forma real recortada por nuestra percepción

inmediata se nos presenta como forma concreta que es tal por llevar en sí – como una pura potencia – su propia necesidad de existir, o sea, a su propia forma abstracta. Por ser la necesidad de existencia de una forma real, esta forma abstracta no puede ser ni más ni menos real que su concreta. En su pura realidad, una y otra sólo se diferencian entre sí por la modalidad con que portan la misma necesidad real. La necesidad real que la forma abstracta tiene como potencia que la determina en tanto tal, la tiene la forma concreta como la necesidad actual correspondientemente determinante.

Ahora bien, como potencialidad a realizar que es, la forma abstracta descubierta tampoco puede dar cuenta de su propia necesidad. Todo lo que puede hacer es ponernos frente a su propia necesidad como el otro que lleva en sí. No nos queda entonces sino penetrar más profundamente mediante nuestro pensamiento en la forma real de la cual arrancamos. Y repetimos esta profundización tantas veces como la forma abstracta consecuentemente descubierta se muestre encerrando en sí a su propia necesidad de existir, como una pura potencia. El avanzar ininterrumpidamente a lo largo del vínculo así definido es, pues, la única necesidad que formalmente determina el curso de nuestro proceso analítico.

Consideremos brevemente un ejemplo. Dado que la cuestión es transformar al mundo, elijamos de entre la masa de formas reales concretas que enfrentamos, a la forma misma que vamos a darle a nuestra acción transformadora. ¿Qué hacer? Nuestra acción transformadora nos dice ya, con sólo imponernos este primer paso suyo, que no es simplemente ella; que es ella y al mismo tiempo un algo distinto: el *qué hacer*. De este modo nos hace saber que lleva en sí una determinación que no se reduce a ella misma. Y esto es todo lo más que nuestra acción transformadora puede decirnos acerca de sí misma en su inmediatez, por mucho que la encaremos e interroguemos una y otra vez.

Para seguir adelante con la realización de nuestra acción como una acción cuya regulación nos pertenece, como una acción consciente, no nos cabe sino enfrentar al *qué hacer* mismo. Al hacerlo, el *qué hacer* se nos muestra, en su abstracta inmediatez, como él mismo a la par que un otro, a saber, la necesidad de nuestra acción. Después de lo cual, tampoco el *qué hacer* tiene nada para agregar respecto de sí mismo, como no sea a través de lo que pueda decirnos esta necesidad de nuestra acción a propósito de ella misma. Encaremos, pues, a la necesidad de nuestra acción. Esta necesidad sólo puede señalarnos a nuestra voluntad transformadora como el otro que lleva en sí; otro en el cual reside su propia necesidad. Pero nuestra voluntad transformadora no puede decirnos, respecto de su propia necesidad, sino que sólo nos cabe buscarla en lo que ella tiene de voluntad transformadora propia de la clase obrera. Cuando enfrentamos a la voluntad proletaria, ella tampoco puede darnos razón inmediata de sí misma. ¿Cómo va a hacerlo sin ponernos antes en la necesidad de dar cuenta de lo que ella tiene de simple voluntad de clase? Sin embargo, el choque con la ausencia de inmediatez respecto de la propia

necesidad se repite: las clases se limitan a decirnos que debemos buscar su necesidad, ante todo, en cuanto ellas llevan en sí de reproducción del proceso de acumulación de capital.

Detengámonos por un momento a esta altura del desarrollo de nuestra acción transformadora. Hasta aquí, ésta se ha materializado en la búsqueda de la necesidad de sus formas concretas. Como tal, ha alcanzado a decirnos que lleva en sí a la voluntad transformadora de la clase obrera. Pero ha alcanzado a decirnos, igualmente, que la voluntad de la clase obrera no se basta, por sí misma, para dar cuenta de su propia necesidad; que esta necesidad la trasciende. Con lo cual, nuestra acción transformadora nos ha dicho que, así como la transformación del mundo lleva en sí a la acción voluntaria de la clase obrera, ni las formas concretas –y, por lo tanto, la organización política de la clase obrera– ni la potencia transformadora de esta acción, nacen simplemente de dicha voluntad misma.

De modo que, si queremos continuar avanzando en la realización de nuestra acción consciente, no nos queda otro camino, por ahora, que enfrentarnos a la reproducción del proceso de acumulación de capital. Pero, en lo que respecta a su propia necesidad, esta reproducción no hace sino remitirnos a su contenido de proceso de valorización del capital. Cuando abordamos a éste, se nos muestra encerrando, en tanto simple proceso de valorización del valor, al proceso de simple producción de valor, de producción de simples mercancías. Y este proceso apunta a su vez para atrás, remitiéndonos a su naturaleza material, a su contenido como proceso de vida humana. Para dar cuenta de la necesidad de este proceso, en el cual el intercambio entre los seres humanos y la naturaleza se presenta como un proceso de trabajo, debemos empezar por dar cuenta de su necesidad en tanto simple proceso de metabolismo entre un ser vivo y su medio. El análisis de formas puramente sociales se ha tornado, en su propio desarrollo, en el análisis de formas simplemente naturales. Sin embargo, la forma de nuestro análisis no ha cambiado en lo más mínimo. Sólo podemos seguir avanzando nuestro análisis si le preguntamos a la forma –ahora natural– que enfrentamos, por su propia necesidad; o sea, por la forma abstracta que lleva en sí como la que la determina.

7.5.3 La materia

Como que continuamos avanzando sobre formas cada vez más abstractas de la determinación, llega el momento en que no nos enfrentamos ya a la necesidad como potencialidad de ésta o aquella forma determinada, sino como potencialidad de la determinación misma:³⁹ tanto como nuestro objeto es una forma real concreta determinada, la determinación misma es tan forma real

39. Dicho de otro modo, nuestro proceso de análisis, que se ha remontado en el descubrimiento de la necesidad del concreto del que partimos, alcanza el punto en que tiene que dar cuenta de la necesidad de la necesidad, o sea, de la existencia de la necesidad misma.

abstracta suya como la que más. Pero no se trata de una forma abstracta real igual a cualquier otra. Como las demás, empieza por presentársenos en tanto forma concreta. Pero, en tanto tal forma concreta, ella es pura necesidad en potencia, la necesidad misma de determinar, y, en consecuencia, forma abstracta. Su necesidad en potencia no es ya un otro de su forma concreta, sino que tal potencialidad es lo que esta forma real abstracta es en tanto forma concreta. Esta forma simple real tiene a la necesidad de su propia existencia como necesidad inmediatamente actual, es existencia en sí misma. Pero, tanto como esta existencia actual suya es necesidad de trascender de sí en determinación realizada, tal forma simple es, al mismo tiempo, existencia en potencia. Como tal, la simple existencia, o sea, *la materia*, es una contradicción en sí misma. Luego, no tiene más modo de afirmarse que realizando su potencia como determinación a realizar; o sea, no tiene más modo de afirmarse que negándose como potencia a realizar, para afirmarse como determinación realizada.

7.5.4 La determinación de lo concreto

Acabamos de encontrarnos ante el momento más simple del despliegue de la necesidad de la forma concreta real que originalmente hemos elegido y, en consecuencia, de nuestra acción. Ahora bien, al ser afirmación de la forma simple mediante su negación como tal, la determinación realizada es la regeneración real de la necesidad de afirmarse mediante la propia negación. Y como tal se despliega en el desarrollo de las formas cada vez más concretas de nuestro objeto real. Cada una de estas formas concretas (que es tal por existir actualmente como necesidad realizada) es, precisamente por ello, una forma abstracta (que es tal por existir actualmente como necesidad a realizar, como potencia). Así, la determinación se despliega en la transformación de una forma existente, al negarse en su actualidad en tanto abstracta, por afirmarse como necesidad realizada; y, a su vez, esta nueva forma concreta afirma su existencia actual negándose a sí misma como tal concreta, en su afirmación como necesidad a realizar.

Cuando una forma se afirma simplemente mediante su propia negación, su necesidad alcanza su término, adquiriendo así una forma más desarrollada tanto como potencia ya realizada cuanto como potencia actual. La forma determinada por la necesidad original trasciende así su cualidad, es decir, realiza su determinación *cualitativa*. La necesidad que determina a la nueva forma como una potencia ha surgido pura y exclusivamente de la primitiva; de donde, esta nueva necesidad no es sino forma realizada de la primitiva y, por tanto, ésta misma. Sin embargo, negación de la negación, esta potencia es inexistente para la forma primitiva en su abstracta condición de tal: recién es una potencia propia de su forma concreta. ¿Tenemos acaso mejor camino para conocer acabadamente la potencialidad cualitativa de una forma dada, que no sea el de reproducir mediante nuestro pensamiento la necesidad real

que ha venido a tomar tal forma en su desarrollo, siguiendo idealmente este desarrollo?

Ante todo, una forma abstracta agota su potencia al devenir su correspondiente forma concreta. Pero, como cualquier otra, la forma misma de realizarse la necesidad se encuentra sometida a su propio desarrollo. En éste, la forma abstracta es en sí, no una, sino muchas necesidades diferentes a realizar. Más aún, éstas son potencias cuyas formas realizadas se excluyen mutuamente como la misma forma concreta; potencias que existen junto con sus contrarias. Estas potencias no tienen su existencia actual en la forma abstracta como un simple poder ser, sino como un poder ser que, al mismo tiempo, es un poder no ser: como *posibilidad* o *contingencia*. La forma abstracta agota su necesidad sólo al transformarse en una diversidad de formas concretas, cada una de las cuales resuelve la compatibilidad mutua de esas potencias como realizadas. La forma abstracta se determina de este modo como *género*; sus formas concretas, como las diferentes *especies* en las cuales el género realiza su necesidad.

Por ser forma concreta de la determinación, la posibilidad misma se desarrolla en necesidad actualmente existente como potencia posible, que tiene a la necesidad del curso mismo que sigue su realización determinado como potencia posible. La determinación de la especie por el género se desarrolla así por la mediación de la posibilidad como forma específica de realizarse la posibilidad misma.⁴⁰

40. Tomemos un ejemplo sencillo: un dado común arrojado al aire sobre una superficie plana en condiciones normales y aisladas. Ante todo, en el momento de arrojar el dado al aire, su necesidad de acabar por caer sobre la superficie plana con una de sus caras hacia arriba es un simple poder ser. Pero esta necesidad sólo puede realizarse a través de la posibilidad de su negación, o sea, mediante el movimiento del dado en el aire. Este movimiento se encuentra determinado por las condiciones con que arrojamos el dado, pero también por la posibilidad misma como forma de realizarse la posibilidad. Veamos más detenidamente estas dos modalidades de determinarse la posibilidad del movimiento del dado hasta la realización de su potencialidad simple de caer sobre una de sus caras. Esta potencialidad simple tiene su existencia concreta determinada como un poder ser que es a la par un no poder ser, respecto de su forma de realizarse en la determinación de la cara específica sobre la que va a caer el dado. Considerado por sí, el género (la necesidad de caer y hacerlo sobre una cara) encierra aquí la misma necesidad potencial por realizarse en cada una de sus especies (el caer sobre una u otra de las caras). Podría parecer entonces que en la determinación de la necesaria realización de una u otra especie en cada lanzamiento, sólo entra la necesidad que llevan en sí como potencia el movimiento dado a la mano, el que el dado salga del cubilete en ésta o aquella posición, la altura del lanzamiento, etc. Sin embargo, en el momento de cada lanzamiento, la necesidad de la realización del género tiene, en cuanto la determina las determinaciones del dado mismo, la forma de la posibilidad; y sigue teniendo esta forma a todo lo largo de la trayectoria que va a recorrer el dado. La realización de todas las determinaciones singulares de cada lanzamiento se encuentra mediada por esta determinación inherente al dado mismo. Vista esta determinación de manera exterior, al hipotético lanzamiento de dados

Como posibilidad ya realizada, la especie es completamente impotente con respecto a la determinación de su propia posibilidad. Desde su punto de vista, la realización de la necesidad –la *causalidad*– toma la forma de la *casualidad*, de la *accidentalidad*; de la necesidad que no es, al mismo tiempo, necesidad alguna.⁴¹

idénticos en condiciones absolutamente idénticas, corresponde la necesaria realización de movimientos distintos en sus trayectorias, como forma de realizarse la realización del género en cada una de sus seis especies idénticamente necesarias. Saber que el dado se encuentra con tal o cual cara en tal o cual posición en el momento tal o cual de su trayectoria, no nos agrega ningún conocimiento respecto de la necesidad de que finalmente salga tal o cual cara. Al conocerla como posibilidad cuya realización misma toma forma de posibilidad, conocemos de manera completa la necesidad potencial del dado en su existencia real actual en cualquier momento de su trayectoria. Por su parte, la igualdad de la posibilidad de realizarse la caída del dado sobre cada una de sus caras, se realiza mediante su negación, o sea, en cada tirada, que es en sí misma independiente de todas las demás. De modo que la necesidad en cuestión se manifiesta como el equilibrio en la cantidad de salidas de cada cara, que tiene por forma de realizarse el perpetuo desequilibrio en esas cantidades con el agregado de cada lanzamiento.

41. De semejante punto de vista unilateral se nutre la reducción de la casualidad a su apariencia, la abstracta accidentalidad vacía de toda determinación. Reducción doblemente tentadora para la representación teórica propia del capital en tanto simple producción de plusvalía relativa. Ella es condición para invertir la determinación, representando a las formas abstractas reales por las relaciones de medida entre sus formas concretas. Pero, por sobre todo, es condición para presentar al modo de producción capitalista vacío de toda necesidad de trascender de sí. Al mismo tiempo, esta inversión no hace sino reflejar la apariencia de abstracta independencia individual, propia del carácter privado con que se realiza el trabajo social productor de mercancías, como si fuera un atributo universalmente inherente a la naturaleza misma. Estas determinaciones de la conciencia enajenada se manifiestan visiblemente en la física moderna, con su inversión de las diferenciaciones de medida como si correspondieran a partículas elementales cuyo agregado e interacción mutuamente exterior constituye la materialidad universal:

«[Por] [...] el *principio atomístico* [...], al reducir la infinita multiplicidad del universo a esta simple oposición [*aquí* átomos y *al lado* el vacío] y al atreverse a reconocer aquella por medio de ésta, [...] [[al que se suma]] la relación igualmente trivial y exterior de la *composición*, que todavía debe sobrevenir para alcanzar la apariencia de un concreto y de una multiplicidad, [...] padece la física en las moléculas, partículas, tanto como la ciencia política, que parte de la sola voluntad de los individuos» (Georg Wilhelm Friedrich Hegel. *Werke in zwanzig Bänden*. Vol. 5: *Wissenschaft der Logik*. Fráncfort: Suhrkamp Verlag, 1969, págs. 184-186, traducción propia, texto entre corchetes dobles no original).

Cada especie se nos presenta así como la materialización absoluta de las potencias genéricas que la han determinado directamente;⁴² y estas potencias, como sus *circunstancias o condiciones*.

La *vida* es la superación de la impotencia de la especie respecto de su propia determinación como modalidad concreta de realizarse la posibilidad: es la forma concreta poseedora de la potencia de apropiarse de sus propias condiciones y transformarlas en existencias concretas, determinándose de esta manera a sí misma como forma abstracta. La vida avanza en su potencia real mediante la apropiación de sus condiciones en su potencialidad misma. La vida se encuentra así determinada como la acción transformadora que se rige a sí misma mediante el *conocimiento* de su propia necesidad. Vista exteriormente, sólo porque se encuentra completamente determinada como forma concreta necesaria de la materia, la acción humana puede transformar a otras formas de ésta en formas para sí; y, por lo tanto, transformarse a sí misma. Y sólo porque se encuentra así determinada, la acción humana deviene necesariamente, en el proceso histórico, una acción *libre*: una acción que conoce su propia necesidad en la integridad de la misma.⁴³

Como es obvio, ya hemos desplegado con anterioridad lo que resta del retorno hacia las formas cada vez más concretas de la necesidad de nuestra acción transformadora consciente mediante su reproducción por el camino del pensamiento: es esta necesidad la que hace «verde al árbol de la vida».

42. Esta apariencia da pie a la creencia en la necesidad simple, o sea, no desarrollada como posibilidad, como única forma concreta de existencia de la determinación. Lo que la metafísica determinista sintetiza en el «Demonio de Laplace». De esta metafísica se sigue la apariencia de que, allí donde la necesidad se nos enfrenta como posibilidad o contingencia –y correspondientemente como casualidad o accidentalidad– lo que hay es un conocimiento insuficiente de su determinación. A semejante concepción todo se le hace representarse a la forma abstracta por su forma concreta ya desarrollada, pasando por alto la transformación que media de la primera a la segunda. «Dios no juega a los dados»: así ha resumido Einstein el tan inescapable como angustioso debatirse del conocimiento científico centrado en la representación de la realidad por sus relaciones de medida, entre la metafísica en cuestión y su aparente contraria, a saber, la metafísica de la abstracta accidentalidad.

43. Tal como lo plantea Engels:

«La libertad de la voluntad no es, pues, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Por lo tanto, cuanto *más libre* sea el juicio de un ser humano respecto a una determinada cuestión, con tanta mayor *necesidad* va a estar determinado el contenido de ese juicio; [. . .] [la libertad] es, [. . .], necesariamente un producto del desarrollo histórico» (Friedrich Engels. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 5: *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft („Anti-Dühring“)*. Berlín: Dietz Verlag, 1985, pág. 128, traducción propia).

7.5.5 Las formas de la acción libre

El sujeto de la acción sólo tiene potencialidad transformadora porque su objeto mismo lo enfrenta, en el momento en que va a actuar, como un poder ser determinado, como la potencialidad que se va a realizar en la acción. Sólo se encuentra determinado como tal sujeto cuando la realización de su necesidad, su acción, es la forma necesaria de realizarse el poder ser de su objeto.

Mientras la necesidad de un objeto se encuentra determinada como un puro poder ser que va a realizarse simplemente afirmándose mediante su propia negación, esta realización escapa a nuestra acción consciente. Salvo, claro está, que nuestra acción consciente misma sea de por sí la forma de realizarse el poder ser en cuestión. En caso contrario, la cuestión pasa por transformar a ese simple poder ser en un género que tenga a nuestra acción consciente entre sus formas específicas de realizarse. Salvo, también, que podamos transformar directamente al poder ser en cuestión en otro igualmente simple que tenga a nuestra acción consciente por forma de realizarse. Es así que debemos modificar realmente a la forma abstracta como tal, determinándola con nuestra acción en su potencialidad misma. Ahora bien, para que una forma abstracta pueda incorporar a su potencialidad la de realizarse a través de nuestra acción consciente, ella debe tener su propia necesidad determinada de por sí, en el momento en que la enfrentamos, bajo la forma de la posibilidad. Más aún, debe tener su necesidad determinada bajo una forma concreta de la posibilidad respecto de la cual nuestra acción consciente sea capaz de adoptar la forma de realizarse la potencialidad en juego. Por lo tanto, la cuestión es darle a nuestra acción la forma concreta que la determina como modalidad específica de realizarse la necesidad que nuestro objeto ya tiene en sí.

Cuando una necesidad posible tiene a la posibilidad misma por forma de realizarse, el objeto de nuestra acción consciente puede no ser dicha necesidad como tal, sino su forma de realizarse. Se trata de quitarle a esta forma de realización su determinación como posible, tornándola en consecuencia una posibilidad potencial que tiene a nuestra acción consciente por forma específica de realizarse. Por lo demás, siempre que enfrentamos a una necesidad cuya realización ya tiene a nuestra acción consciente como una de sus formas concretas posibles, nuestra acción para modificar dicha necesidad en tanto potencia a realizar puede apuntar a multiplicar la magnitud de su propia existencia como posibilidad.

Tenemos entonces que, para apropiarse de la potencialidad de su objeto – más precisamente, para apropiarse de la potencialidad que su objeto actualmente es – o sea, para realizarse como sujeto, el ser humano necesita, en primer lugar, negarse como simplemente tal sujeto, afirmándose como forma necesaria de realizarse dicha potencialidad. Esto es, necesita empezar por negarse como simple sujeto afirmándose como forma concreta del objeto. El sujeto necesita, pues, enajenar sus potencias como potencias del objeto, ob-

jetivarse. Pero, con esta negación suya, el sujeto no hace más que realizar su propia necesidad, negando la autonomía del objeto al afirmarlo como forma concreta de existencia de sí mismo (del sujeto) en la acción. Por lo tanto, es el sujeto humano mismo quien determina, mediante la forma que va a darle a su acción, qué es un objeto para él. Y es en esta unidad, en la que la objetivación del sujeto realiza la apropiación subjetiva del objeto, que la acción humana regida por una conciencia objetiva, o sea, por la ciencia, se determina a sí misma como la más potente para transformar al resto de la naturaleza en un medio para sí.

7.5.6 El proceso de conocimiento dialéctico en su unidad

Cuando nos disponemos a adueñarnos idealmente de la necesidad de nuestra acción, nos enfrentamos con el objeto de nuestra acción como lo que éste es para nosotros en ese momento: algo exterior. Nos enfrentamos pues con nuestro objeto por su exterioridad inmediata. Superamos la apariencia de esta exterioridad inmediata avanzando analíticamente sobre las formas abstractas de nuestro objeto. El análisis propio de la teoría científica separa a las formas abstractas según su grado de repetición. Se detiene, por lo tanto, en la exterioridad de las mismas. Por el contrario, el análisis que va a dar sustento a la reproducción de la necesidad real por el pensamiento separa a la forma concreta que enfrentamos, de la necesidad que lleva en sí como un otro cuya realización la determina. Vale decir, toma cuerpo en el descubrimiento de la forma abstracta (y como tal, necesidad a realizar) dentro de su forma concreta (y como tal, necesidad realizada). Por su misma forma, este análisis no puede detenerse hasta alcanzar a la forma real que no encierra en sí a un otro del cual brota su necesidad, sino que es, por sí misma y no por otro, necesidad de negarse como existencia abstracta para afirmarse como existencia concreta. Esto es, hasta que nos enfrentamos a la materia como simplemente tal.

El retorno hacia las formas concretas que sigue al análisis que se ha detenido en la exterioridad de las formas abstractas toma cuerpo, ineludiblemente, en el agregado de las formas no repetitivas – y en consecuencia antes excluidas – a la representación. Este proceso no cuenta con más necesidad a seguir que la puramente constructiva dictada por su lógica. De ahí la irreductible exterioridad de su resultado respecto de la necesidad real que la acción apunta a realizar. Por el contrario, la reproducción de la realidad por el pensamiento avanza siguiendo el desarrollo de la necesidad que la forma abstracta más simple lleva en sí. Tan pronto como esta forma abstracta realiza su necesidad, o sea se afirma como forma abstracta, se niega como tal forma abstracta para afirmarse como necesidad realizada, o sea como forma concreta. Pero esta forma concreta se niega inmediatamente como tal, afirmándose como una forma que lleva en sí una necesidad a realizar, o sea como una nueva forma abstracta. Acompañamos pues idealmente a nuestro objeto real en su propio desarrollo. Esta reproducción del desarrollo de la necesidad real mediante

el pensamiento no tiene cómo llegar a su fin antes de alcanzar idealmente a una forma real cuya necesidad como potencia tiene a nuestra acción transformadora – determinada como una acción que ha necesitado seguir todo este camino para devenir una acción consciente – por forma necesaria de realizarse. Esto es, dicha reproducción no tiene cómo llegar a su fin hasta que nuestra acción puede descubrir a su propia forma concreta de acción consciente, o sea descubrirse a sí misma, como forma concreta necesaria de realizarse las potencias reales en juego. Por la forma de su método, la reproducción ideal de la realidad se encuentra determinada como *conocimiento dialéctico*.

En pocas palabras, de lo que se trata es de *apropiar virtualmente a la realidad reproduciendo su necesidad mediante el pensamiento*, de la *reproducción ideal de lo concreto*. La ciencia, o sea, la producción de la conciencia objetiva, se realiza así bajo una forma concreta que corresponde inmediatamente a su contenido: no cabe en ella más necesidad que la puramente propia del objeto. De modo que, desarrollada por el sujeto enajenado, no puede sino ponerlo a éste ante la evidencia de su propia enajenación, por más apariencia de libre subjetividad abstracta de la que parta. El desarrollo del conocimiento científico como modo de regirse la transformación de la sociedad actual en la de los individuos libremente asociados es, pues, *la crítica de la teoría científica*.

Las teorías científicas llegan a la formulación de ciertas leyes generales, pero cualquiera que tenga que vérselas con las cuestiones prácticas de todos los días sabe que hay un abismo entre aquéllas y éstas. Las justificaciones del vínculo entre *el modelo teórico, el marco teórico, y la práctica concreta* no pueden hacer más que asemejarse a lo que Marx refería como la dialéctica del «por una parte. . . , por otra parte. . . ». Por su proceder, la reproducción ideal de la realidad necesita desplegarse de manera íntegra ante cada acción singular que va a realizarse. Cada despliegue singular lleva en sí la producción del despliegue general del conocimiento dialéctico. Pero la existencia de este despliegue general no nos permite abreviar en modo alguno la necesaria singularidad de la renovación de nuestro conocimiento dialéctico. El intento de relacionar inmediatamente la necesidad general con la necesidad singular en juego sólo puede tomar forma a través de la introducción de un vínculo externo entre ellas, mutilando así el doble proceso que produce la reproducción ideal de la segunda necesidad. Todo lo que la existencia del despliegue general nos permite hacer, es desplegar nuestro proceso de conocimiento en cada oportunidad singular con la agilidad que le da el no ser ya un proceso de conocimiento puramente original sino un proceso de reconocimiento en la parte correspondiente. Debido a su misma forma, el conocimiento dialéctico somete a crítica a la porción de sí mismo desarrollada hasta entonces, en la singularidad concreta de cada renovación suya. Hace rendir cuentas a esta porción, de su condición de reproducción ideal de la realidad, frente al movimiento del sujeto que le concierne. Digamos de paso que – abstracta, y por tanto, exteriormente considerados en sí mismos – todo lo que el conocimiento

dialéctico obtiene de la práctica basada en él, es un nuevo concreto real más desarrollado al cual necesita enfrentar en la así renovada satisfacción de su fin.

A cierta altura de nuestro avance desplegando la necesidad concreta de nuestra acción transformadora consciente, hemos dejado atrás el campo de las formas puramente naturales. Hemos entrado así en el campo específico de las formas reales a través de las que se organiza un proceso particular de metabolismo natural que ha cesado de ser una forma específica de existencia animal para adquirir su propio ser genérico, constituido por su capacidad para producir su propio medio a través del trabajo. Esto es, hemos entrado en el campo de las formas sociales. Sin embargo, no hemos tenido más modo de continuar avanzando en nuestro conocimiento que seguir procediendo de la misma manera en que lo veníamos haciendo mientras avanzábamos sobre formas simplemente naturales. Hemos tenido que seguir acompañando con nuestro pensamiento la realización de la necesidad que existía como una potencia en la forma real abstracta que ya habíamos alcanzado a esa altura. Con lo cual hemos visto a esta forma abstracta transformarse en concreta. La ciencia dialéctica de la sociedad y la ciencia dialéctica de la naturaleza no son sino la ciencia natural humana en su unidad.⁴⁴

Observemos más detenidamente el curso seguido por nuestro avance en el terreno específico de las formas sociales actuales, es decir, del modo capitalista de organizar el proceso de metabolismo social. La relación social general cobró ante nosotros la forma de una relación indirecta entre las personas, mediada por la determinación de los productos materiales del trabajo social realizado privadamente como objetos cambiables, como mercancías. En esta relación indirecta general, las personas someten su conciencia y voluntad de individuos libres a las potencias sociales de sus mercancías. Solo cuentan en ella como personificaciones de sus mercancías, impotentes para relacionarse de manera directa entre sí. Pero, en la realización de esta relación social general materializada, los poseedores de mercancías entran en relaciones que ya no los vinculan de manera general indirecta con todos los demás. Establecen relaciones privadas que los vinculan de manera directa – esto es, de manera consciente y voluntaria – como personificaciones de sus mercancías, por el tiempo requerido para el perfeccionamiento de su relación social indirecta. Por ejemplo, la relación entre el deudor y su acreedor, o la relación entre un capitalista y un obrero por el tiempo en que el segundo ha vendido al primero su fuerza de trabajo. Nos encontramos así ante la necesidad de distinguir

44. Marx lo expresa del siguiente modo:

«Algún día la Ciencia natural se incorporará la Ciencia del hombre, del mismo modo que la Ciencia del hombre se incorporará la Ciencia natural; habrá una sola ciencia. [...] La realidad social de la naturaleza y la Ciencia natural humana o Ciencia natural del hombre son expresiones idénticas» (Karl Marx. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1968, págs. 152-153).

específicamente las formas concretas en que se realiza la relación social general. Para lo cual llamamos relaciones económicas a aquellas en las cuales la relación social general se realiza conservando su forma simple de relación indirecta entre personificaciones de mercancías mediada por el cambio mismo de éstas. Y llamamos relaciones jurídicas a aquellas en las cuales el cambio de mercancías, la realización de su valor, se desarrolla alcanzando la forma concreta de una relación directa privada entre las personificaciones de mercancías. Seguimos adelante y nos encontramos que, para que la fuerza de trabajo se venda normalmente por su valor, no basta con que la relación indirecta cobre la forma de una suma de relaciones directas de alcance privado. Es necesario que la relación antagónica general entre el obrero y el capitalista a lo largo de la jornada de trabajo – uno como personificación de su fuerza de trabajo, el otro, como personificación del capital – cobre la forma concreta de la lucha de clases. Esto es, del establecimiento de una relación directa – repitamos, consciente y voluntaria – de solidaridad que se extiende con alcance general entre las personificaciones al interior de cada polo de la relación antagónica, determinándolas como clase obrera y clase capitalista. A su vez, las determinaciones de clase se subsumen en la relación directa – una vez más, consciente y voluntaria – antagónica, la lucha de clases, que alcanza así al universo de las personificaciones de mercancías en el modo de producción capitalista. La relación indirecta general se realiza así bajo la forma concreta de relaciones directas de clase, a las que distinguimos de manera específica como relaciones políticas.

Así como avanzamos sin solución de continuidad en el despliegue de la necesidad concreta de nuestra acción desde las formas naturales a las formas sociales, al interior de estas mismas avanzamos de modo ininterrumpido de las relaciones económicas a sus formas concretas de relaciones jurídicas y políticas. La unidad metodológica de la ciencia natural humana se reproduce, así, al avanzar específicamente en el terreno de las formas sociales.

7.5.7 Investigación y exposición

La reproducción ideal de lo concreto es producto del doble proceso de análisis y síntesis, en la integridad indisoluble de éste. Sin embargo, es sólo en su segunda fase que este doble proceso efectivamente acompaña el despliegue de la necesidad real del objeto de que se trata y, por lo tanto, donde tiene lugar su reproducción ideal en sentido estricto. La exposición de esta reproducción queda consecuentemente delimitada. La investigación dialéctica no puede pasar por alto ninguna forma atinente al desarrollo de la necesidad del objeto concreto cuya potencialidad se apunta a realizar. La lectura crítica de la exposición de la investigación dialéctica lleva ineludiblemente en sí el desarrollo del proceso de investigación mismo por el lector. Dicho de otro modo, el objeto de la lectura crítica no es el texto en sí, sino el concreto real reproducido idealmente en el texto. Sólo que el lector crítico se enfrenta a este

concreto con la potencia que adquiere al tener a la investigación original como punto de apoyo.

Al mismo tiempo, la forma del método dialéctico les impone, tanto al investigador original como al lector crítico, la necesidad de dar cuenta por sí de las determinaciones que las formas concretas de su propio proceso de conocimiento puedan introducir en el objeto. Deben avanzar sobre estas determinaciones tal como necesitan hacerlo respecto de cualquier otra determinación del objeto que sea atinente a la acción que se va a realizar. Por donde se lo mire, *la forma misma del conocimiento dialéctico lo determina como la forma concreta necesaria del conocimiento puramente objetivo porque impone su realización a través de la libre subjetividad individual de quien lo produce.*

La naturaleza de la unidad entre el conocimiento dialéctico ya producido y su lectura crítica resulta en la independencia de la exposición respecto de la necesidad de presentar estrictamente todos y cada uno de los nexos descubiertos por la investigación en el desarrollo de las formas abstractas en sus formas concretas necesarias. Según su fin específico, la exposición puede así limitarse a desplegar plenamente los nexos descubiertos que son esenciales para potenciar la reproducción crítica de la investigación.

7.5.8 La especificidad del conocimiento matemático

Cuando encaramos el conocimiento de la magnitud de la necesidad de nuestra acción como tal, esto es, su determinación cuantitativa, nos enfrentamos a una modalidad específica de desarrollarse la afirmación por medio de la propia negación: la afirmación mediante la negación de la propia negación. En otras palabras, tenemos que vérnoslas con una forma real concreta en la cual la necesidad general de devenir ha adquirido la forma específica de la diferencia determinada como indiferencia. De ahí que tengamos relaciones que descubrir; pero de ahí también que no podamos descubrirlas acompañando su desarrollo con nuestro pensamiento. Sólo nos cabe descubrir las relaciones de cantidad de modo completamente exterior al despliegue de su propia necesidad, en tanto formas abstractas reales que son. Falto de una necesidad real cuyo desarrollo seguir idealmente, nuestro proceso de conocimiento tiene que darse a sí mismo la necesidad de su propio curso; tiene que darse una necesidad estrictamente constructiva. En lo que la *reproducción* ideal de lo concreto se desarrolla como proceso de medición, como conocimiento matemático, toma necesariamente la forma de una *representación* ideal de lo concreto. Sin embargo, la naturaleza misma del objeto de esta representación, donde el contenido se manifiesta en su forma mediante la negación de su propia negación, supera cualquier restricción a la validez de las relaciones lógicamente representadas. Tan es así, que el proceso de reconocimiento de una demostración original puede ser realizado mediante la simple reproducción de esta demostración, pero también como la mera aplicación de una fórmula previamente demostrada. Basta sólo con mostrar la relación como demostrada.

Liberada de la inversión debida a su uso como representación de la determinación cualitativa en general, la lógica refleja directamente la cualidad específica de su objeto, la determinación cuantitativa. Las relaciones lógicas no aparecen ahora como las representaciones de atributos inherentes a formas abstractamente mentales, a la verdad o falsedad de los pensamientos lógicos. Estas relaciones se muestran de inmediato como lo que son, a saber, representaciones de las formas concretas de la determinación cuantitativa real.

La necesidad de vaciar a la lógica de la especificidad de su objeto, inherente a su inversión como lógica formal, fuerza la representación *del número* por *la clase* en la matemática producida por la teoría científica. Pero la clase es la unidad de la continuidad y la discontinuidad representada bajo su forma concreta de término de la unidad entre la intensividad y la extensividad. El desarrollo de la representación de las formas concretas que median entre esta unidad y la verdadera forma concreta representada en el número –la identidad de la unidad y la multiplicidad donde la exterioridad de la determinación cuantitativa aparece completamente desplegada– resulta consecuentemente invertido. No aparece bajo la forma propia de un simple desarrollo lógico, sino como representación de la magnitud de una forma abstracta por las relaciones de medida de sus formas concretas, como *análisis matemático*. Así procede la matemática hoy universalmente dominante. Empieza con la representación del número como una clase (G. Frege), sigue con las relaciones entre *magnitudes transfinitas* (G. Cantor), y termina representando a la realización de la relación de la unidad consigo misma en el grado de la multiplicidad como el *límite* del cociente incremental entre variables (K. Weierstrass). Por lo tanto, el desarrollo del conocimiento dialéctico lleva en sí la necesidad de revolucionar el conocimiento científico aun en la parte en que este conocimiento conserva la forma de una representación lógica.

7.5.9 El sujeto histórico del conocimiento dialéctico

La separación aparente entre conocimiento y práctica brota de la naturaleza de la etapa histórica del desarrollo de la humanidad en que la organización del proceso de metabolismo social por medio de la conciencia –la organización específicamente humana del proceso de metabolismo social– se enajena, tornándose en forma concreta de la organización autónoma de este proceso mediante la producción de valor. Sólo en esta etapa histórica, el conocimiento científico puede aparecer negando su verdadera condición inmediata de forma necesaria de regir la acción consciente. Más aún, puede aparecer hasta como la negación de la acción misma, como el abstracto opuesto a ésta. Vale decir, puede aparecer como conocimiento teórico. Por el contrario, la reproducción de la propia necesidad real concreta mediante el pensamiento muestra en la forma misma de su método –esto es, como *conocimiento dialéctico*– que excluye toda apariencia de exterioridad respecto de la acción que rige. Se muestra, por lo tanto, como lo que es: la organización de tal acción, es decir,

porción específica de esta acción y, en consecuencia, esta acción misma. La investigación científica supera así toda apariencia de ser el abstracto opuesto de la práctica, para afirmarse como *crítica práctica*.

Ante todo, la crítica práctica consiste en la apropiación ideal objetiva de la materialidad de la determinación sobre la cual está operando realmente el sujeto. Pero, como toda práctica humana en el modo de producción capitalista, la crítica práctica se encuentra determinada como un atributo del sujeto enajenado de la vida social, del capital. Y como todo producto del capital, el conocimiento dialéctico es expresión de la conciencia enajenada. Sin embargo, al mismo tiempo, por su forma, la producción del conocimiento dialéctico se enfrenta de entrada al descubrimiento de su propia condición de conciencia enajenada tras su apariencia de conciencia abstractamente libre. Por lo tanto, no puede nacer como expresión de la necesidad del capital de avanzar en el control de las fuerzas naturales para multiplicar la producción de plusvalía relativa; o sea, en el terreno inmediato de la ciencia natural y la tecnología. Por el contrario, el desarrollo pleno del conocimiento dialéctico es la realización misma de la organización consciente general del proceso de metabolismo social y, por lo tanto, la superación de las limitaciones al proceso de transformación de la naturaleza que surgen de la necesaria inconsciencia respecto de la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital. Pero el conocimiento dialéctico tampoco puede nacer como expresión de la necesidad del capital social por avanzar en la organización directa general del trabajo social realizado de manera privada; o sea, en el terreno de la lucha de clases inmediata. En este terreno impera, de por sí, la conciencia enajenada que se ve a sí misma como la expresión plena de la conciencia abstractamente libre.

El hecho de partir forzosamente de descubrir su propia condición histórica de conciencia enajenada muestra que la conciencia dialéctica sólo es el producto del capital en tanto éste necesita aniquilarse a sí mismo en la organización consciente general del proceso de metabolismo social. Por lo tanto, el conocimiento dialéctico como crítica práctica sólo puede nacer como expresión inmediata del interés más general de la clase obrera; o sea, como expresión de las potencias de ésta para abolirse a sí misma como clase constituyendo la sociedad de los individuos libremente asociados. Recién como expresión de esta necesidad, es que puede avanzar sobre las formas concretas inmediatas de la organización política del trabajo social realizado privadamente y de la transformación de las fuerzas naturales en instrumentos humanos. Pero, cuando lo hace, entra en estos terrenos con las potencias revolucionarias que le da su propia razón histórica de existir.

Por su determinación de partida, la producción de la conciencia dialéctica arranca bajo la forma de una acción política de la clase obrera que tiene por fin inmediato esa producción misma. De ahí que, a los ojos de los ideólogos del capital – que forzosamente conciben toda producción científica como un proceso de representación lógica – la producción de la conciencia dialéctica

aparezca arrancando como si fuera un proceso de abstracta producción teórica. Pero, aun para dar el primer paso en su desarrollo, la conciencia dialéctica cuenta con un solo objeto concreto sobre el cual avanzar, a saber, la acción de la clase obrera en su lucha contra la clase capitalista por expresar las necesidades inmediatas del capital social. Por lo tanto, el objeto inmediato sobre el que arranca necesariamente el desarrollo de la conciencia dialéctica en pos de producirse a sí misma, torna este fin inmediato suyo en inseparable de su verdadero fin en la sociedad actual: la organización consciente general de la acción de la clase obrera en la lucha de clases a través de la cual el modo de producción capitalista se aniquila a sí mismo en su propio desarrollo. Lejos de ser una abstracta producción teórica, la producción de la conciencia dialéctica, o sea, la organización consciente de la propia acción mediante la reproducción de su necesidad en el pensamiento, es siempre, por la unidad de su forma y contenido, una producción de la práctica política concreta de la clase obrera.

Como forma concreta de la relación social general, la organización consciente de la vida social realizada por el conocimiento dialéctico es necesariamente tarea del obrero colectivo políticamente recortado por el avance en la transformación del medio en uno para sí en base a esta organización misma. Este obrero colectivo sólo se afirma en su unidad de tal respecto del proceso de conocimiento, en tanto cada uno de sus miembros reproduce íntegramente – cuando menos – la necesidad de la parte de la acción colectiva que, como tal miembro, ha de realizar. En consecuencia, dentro de este obrero colectivo cabe la diferenciación entre los momentos parciales en que se despliega la organización y la, en sentido estrecho, realización de la acción. Pero no tiene cómo caber la separación entre la organización y la, en sentido estrecho, realización mismas de cada uno de esos momentos parciales; o sea, la separación entre el conocimiento de la necesidad de la acción y la ejecución de la acción en sí. Por decirlo de una vez, la acción regida bajo la forma de conocimiento dialéctico es la abolición real de la separación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.⁴⁵

45. El desarrollo de la conciencia dialéctica como forma general necesaria de la conciencia política de la clase obrera se corresponde así con el desarrollo de la materialidad del proceso de trabajo en la gran industria. De manera inmediata, el capital avanza en la abolición de la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual porque necesita revolucionar constantemente la materialidad del proceso de trabajo en pos de producir plusvalía relativa. Para ello necesita borrar toda limitación natural proveniente de la aplicación directa de la fuerza de trabajo sobre los objetos para transformarlos en valores de uso. Como ya vimos, necesita transformar al proceso de trabajo en uno en donde la fuerza de trabajo se aplique al control objetivo de las fuerzas naturales, de modo de objetivar este control en la maquinaria y hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre los objetos para transformarlos en valores de uso. En esta transformación, el capital necesita producir al obrero de la gran industria como portador de una conciencia científica universal, mientras se le tornan indiferentes sus atributos productivos como trabajador manual. Claro está que

Hoy por hoy, la acción regida por el conocimiento dialéctico es forma concreta necesaria del capital. A su vez, el capital es la negación misma del proceso de metabolismo social conscientemente organizado. Sin embargo, por su mera forma objetiva, el conocimiento dialéctico lleva en sí, como necesidad que le es propia, aquella necesidad inherente al proceso de metabolismo social conscientemente organizado: el ser producto de los individuos libremente asociados. Sólo que, en el modo de producción capitalista, los individuos no tienen más modo de ser realmente libres que como portadores de una conciencia enajenada que niega su propia enajenación; o sea, como negación de la negación de su libertad. Hasta porque la forma del conocimiento dialéctico determina necesariamente al sujeto social capaz de desarrollarlo como un sujeto enajenado que es libre por conocer su propia enajenación, este conocimiento pone en evidencia que únicamente es potencia del capital en tanto éste tiene, por necesidad histórica, el aniquilarse a sí mismo mediante el desarrollo de las condiciones materiales para la organización consciente general de la sociedad. Sólo porque se encuentra así determinado por su forma específica de reproducción pensada de lo concreto como producto de clase, como *ciencia de la clase obrera*, el conocimiento científico se libera de toda determinación ideológica.

7.6 El avance de Marx hacia la acción revolucionaria consciente; el retroceso del marxismo hacia la ideología

Karl Marx realizó el desarrollo original de la reproducción ideal de la especificidad de la organización actual del proceso de metabolismo social – del modo de producción capitalista – hasta descubrir su necesidad de aniquilarse a sí misma en la organización consciente general de dicho proceso. Al hacerlo, dio forma por primera vez a la reproducción de una necesidad real por medio del pensamiento. De Marx en adelante, cualquier proceso de conocimiento de este tipo respecto de las formas sociales sobre las que necesitamos actuar revolucionariamente es, en la que se encuentra así determinada como su parte general, un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Así y todo, bien podemos decir que no se trata de *leer El capital*; ni siquiera de *estudiarlo*. Se trata, verdaderamente, de enfrentar por nosotros mismos a las formas reales del capital para reproducirlas idealmente, con la potencia que

el capital sólo puede avanzar en este sentido a expensas de retroceder constantemente en él, reproduciendo la fragmentación entre el trabajo intelectual y el trabajo manual simplificado que se convierte en apéndice de la maquinaria. Al mismo tiempo, reproduce a una porción creciente de la clase obrera como sobrante para sus necesidades de valorización, arrancándole el ejercicio de toda subjetividad productiva. De modo que todo movimiento del capital basado en la mutilación de la universalidad del obrero, sea al interior del obrero colectivo que mantiene en actividad, sea entre éste y la porción de la población obrera que determina como sobrante, es un ataque contra el desarrollo de la conciencia dialéctica como forma general de regirse la acción revolucionaria de la clase obrera.

adquirimos al disponer de la reproducción ideal de las mismas desarrollada en *El capital*. De hecho, el desarrollo por uno mismo de esta tarea es la única manera crítica de reconocer la especificidad original del proceder de Marx respecto del método científico. Cualquier otra manera implica el intento de desplegar la necesidad real aquí presente de modo exterior a ella; por lo tanto, implica representar esta necesidad. No obstante, nos cabe aquí penetrar un poco más en la cuestión.

Hegel ya señala claramente la diferencia entre la representación, cuyo desarrollo obedece a una necesidad externa a su objeto, y el conocimiento dialéctico, que sigue el despliegue de la necesidad inmanente a su objeto.⁴⁶ Sin embargo, no puede evitar la apariencia de que se trata de la necesidad de la Idea misma. Por eso, por ejemplo, ni siquiera puede reconocer en las relaciones químicas y mecánicas dos representaciones abstraídas del movimiento concreto de la materia. Se le presentan invertidas como los conceptos del quimismo y del mecanismo, que primero dan al objeto exterioridad formal, para luego penetrar en él y determinar su realidad.

Mientras desarrolla la reproducción ideal de la necesidad del capital, Marx recalca la especificidad del método que ha descubierto, en sus bien conocidas observaciones sobre el procedimiento científico. Por caso, vale la pena repetir aquí la ya citada «Es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico». Por supuesto, la síntesis más famosa de Marx a este respecto es la tan frecuentemente citada donde directamente describe al método de investigación y define sus resultados como la reproducción de la realidad por el pensamiento:

«Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento, por eso, como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, a pesar de ser el verdadero punto de partida, y, por lo tanto, también, el punto de partida de la intuición y de la representación. En el primer camino [el análisis], la representación plena era condensada a la determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento».⁴⁷

Sin embargo, Marx no llega a desarrollar la diferencia específica entre este conocimiento científico, que reproduce idealmente la necesidad real, y el conocimiento teórico, que sólo la representa. En otras palabras, no llega a enfrentarse a esta reproducción ideal como la crítica –la superación– de la teoría científica misma. Tan es así que se refiere a sus propios trabajos y

46. Hegel, *Ciencia de la lógica*, págs. 403-406, 435-438, 552-553.

47. Karl Marx. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 2: *Einleitung [zu der „Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie“]*. Berlín: Dietz Verlag, 1985, pág. 486, traducción propia.

descubrimientos científicos como siendo de naturaleza teórica. Por cierto, en tiempos de Marx la teoría científica no había alcanzado todavía a desplegar su determinación ideológica como apologética del capitalismo, no ya por su potencia, sino por su falta de potencia para transformar la naturaleza con conocimiento de causa. Es decir, la teoría científica no necesitaba aún vanagloriarse de sus propios límites a fin de consagrar la imposibilidad de la organización consciente general del proceso de metabolismo social. Marx podía entonces avanzar por primera vez en la reproducción ideal de las formas reales de la sociedad capitalista hasta descubrir el carácter histórico de ésta, sin enfrentarse a la necesidad de explicitar la diferencia específica entre esa reproducción y la representación teórica, en lo que esta diferencia toma cuerpo en la forma misma de uno y otro proceso de conocimiento. Pero la sola materialización de este avance empuja violentamente a la teoría científica hacia el agotamiento de su capacidad de autocrítica en la complacencia respecto de su propia impotencia. Hoy día, la organización de la acción revolucionaria consciente de la clase obrera presenta de inmediato la forma de la crítica de la teoría científica

¿Qué tiene el marxismo que decir acerca de la especificidad del método descubierto por Marx? Es difícil encontrar una síntesis más expresiva que la muy conocida afirmación de Lenin:

«Si Marx no nos ha dejado una “Lógica” (con mayúscula), nos ha dejado la *lógica* de *El capital*. . . ».⁴⁸

Despleguemos brevemente la cuestión una vez más. La realidad, la materia, tiene al afirmarse mediante la propia negación, o sea, a la necesidad de determinarse a sí misma, a la contradicción, por forma general. Cada forma natural concreta (por lo tanto, cada forma natural desarrollada específicamente como forma social) es la necesidad realizada de sus formas abstractas en el devenir de éstas. Devenir que se despliega desde la forma más simple (la materia como tal), a una forma concreta que se niega a sí misma como tal concreta (necesidad realizada), afirmándose como una potencia a realizar (una necesidad a ser realizada). El conocimiento es el modo en que un sujeto rige la realización de su propia potencia para afirmarse como la forma concreta necesaria de la realización de una potencia inherente a su objeto, al apropiarse previamente de estas dos potencias como puramente tales (o sea, sin realizarlas). El sujeto del conocimiento mediante las ideas empieza siempre por enfrentarse a su objeto como algo externo a él mismo en tanto sujeto. Bajo su forma más simple, este conocimiento alcanza a la necesidad de la propia acción sólo en cuanto ésta se manifiesta virtualmente a la mente del sujeto como vínculo inmediato entre la potencialidad mutua que tienen él mismo como sujeto y el objeto. En consecuencia, tal forma de conocimiento no pasa

48. Vladimir Lenin. *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1972, pág. 309.

de la exterioridad misma del sujeto y de su objeto. Lo cual la determina como un conocimiento ideal *inmediato*. Tan pronto como el sujeto se remonta más allá de las formas concretas inmediatas para descubrir la necesidad que éstas tienen como realización de sus formas abstractas, el conocimiento mediante las ideas se desarrolla como conocimiento mediante el pensamiento. Al realizar este avance, el sujeto se topa, ante todo, con la exterioridad de las formas abstractas mismas. De modo que el sujeto empieza por enfrentar idealmente a las formas abstractas en lo que éstas tienen de necesidad realizada, o sea, bajo su apariencia de ser puras formas concretas. Por lo tanto, la apropiación de la necesidad real mediante el pensamiento toma su forma específica más primitiva en el poner idealmente por sí en relación causal a las formas reales (abstractas y concretas) a partir de como ellas se le presentan. Se trata de un conocimiento que pone en relación causal a las formas reales mediante la concepción mental de vínculos entre ellas en base a su exterioridad y, por lo tanto, independientemente de su necesidad. El conocimiento deviene una construcción mental que sigue una causalidad ajena a la real: la *representación* ideal de la realidad. La lógica es la forma objetiva general, o sea, científica, de esta necesidad mental. El pensamiento supera esta forma de conocimiento en cuanto trasciende la exterioridad de las formas reales, al acompañarlas idealmente en el desenvolvimiento de su necesidad objetiva. Al dar este paso, el conocimiento científico reproduce mentalmente el despliegue de las concatenaciones reales. Por lo tanto, toma la forma de *reproducción* ideal de la realidad. Este conocimiento no tiene más modo de proceder que haciéndole rendir cuentas a cada forma concreta real por la necesidad que lleva en sí como ya realizada, y a cada forma real abstracta, por el desarrollo de la necesidad a realizar que ella es.

La realidad simplemente es el afirmarse mediante la propia negación. El conocimiento dialéctico, la *dialéctica*, es el método para apropiarse virtualmente esta contradicción que la realidad es, siguiendo su desarrollo con nuestro pensamiento. Desde el punto de vista inverso, la dialéctica no compete a la realidad sino al conocimiento humano de la realidad; mejor dicho, compete a la realidad, a la materia, en tanto ésta toma su forma específica de conocimiento humano. Lo mismo le cabe a la lógica. Pero mientras la dialéctica sólo puede tomar cuerpo siguiendo el desarrollo de la necesidad de una forma concreta real, la lógica tiene que adquirir necesariamente una encarnación autónoma como condición para la representación de cualquier forma concreta real. De ahí que cualquier pretensión de llamar a la reproducción ideal de la realidad una lógica cae hasta en una imposibilidad formal: la ausencia de un cuerpo independiente de relaciones ideales capaz de recibir tal nombre.

Para hacer de cuenta que la lógica conserva su vigencia en la reproducción ideal de la realidad, es necesario hacer abstracción de sus determinaciones formales e históricas. Hay que tornarla en una pura abstracción.⁴⁹ Para evitar

49. Estratagema idéntica a la requerida para figurarse que, por naturaleza, los pro-

cualquier confusión, no debemos olvidar aquí la especificidad formal del conocimiento matemático como momento necesario de la reproducción de la realidad por medio del pensamiento: para conocer el cuanto de la magnitud de la necesidad real en sí debemos seguir naturalmente una necesidad lógica, dada la especificidad real de la cantidad como forma del afirmarse mediante la negación de la propia negación.

La pretensión acerca de la necesidad de una lógica para apropiarse la realidad por medio del pensamiento implica inevitablemente que se toma a las formas reales como si fueran incapaces de ser la realización de su propia necesidad, como si la vida debiera serles insuflada por el proceso de conocimiento mismo. La representación –ya sea su base idealista o materialista– no puede evitar llevar en sí esta apariencia. Observémosla un poco más de cerca. Dar por sentado el requerimiento de una necesidad lógica para aprehender cualquier forma real con el pensamiento es, de por sí, dar por sentado que esta forma real no tiene necesidad propia alguna a ser mentalmente seguida: de existir una necesidad real, ¿para qué habríamos de recurrir a una necesidad mental en lugar de seguir sencillamente con nuestro pensamiento a la real en su desarrollo? Más aún, ¿cómo haríamos para avanzar sin que el movimiento de la necesidad real fuera para un lado mientras que el movimiento de la necesidad mental que forzamos sobre ella fuera para otro? Por lo tanto, las formas reales han de aparecer como incapaces de relacionarse, de moverse, por sí mismas al comenzar el proceso de representación. Pero, cuando emergen de este proceso, lo hacen desbordantes de las relaciones que la lógica ha establecido entre ellas.

Hegel no hace más que aferrarse a esta apariencia hasta sus últimas consecuencias. Concibe a la lógica, a la necesidad abstractamente ideal que rige la representación, como teniendo por contenido la forma general de la reproducción de la necesidad real mediante el pensamiento. De modo que esta reproducción ideal no queda puesta como tal, sino que queda concebida como el desarrollo de la necesidad real misma. Así, la dialéctica resulta invertida. Aparece como el desarrollo de la Idea puesta como el sujeto real que engendra a la materia. Al proceder de este modo, Hegel empujó a la representación más allá de sus límites. La necesidad real yacía allí con su vigor libre de ataduras, lista para ser puesta en acción. Desde ya, erguir a la dialéctica sobre sus pies después de semejante inversión no tiene nada que ver con poner «la materia» donde Hegel escribe «la idea» y viceversa.

Marx da un primer paso en poner la dialéctica sobre sus pies oponiendo a la pretensión de generalidad del concepto lógico de Hegel, «la lógica peculiar del objeto peculiar».⁵⁰ La «lógica peculiar del objeto peculiar» ya excluye de

ductos del trabajo humano tienen la forma de mercancías, o los medios de producción la forma de capital.

50. Karl Marx. *Marx/Engels. Werke*. Vol. 1: *Kritik des Hegelschen Staatsrechts*. Berlín: Dietz Verlag, 1957, pág. 296, traducción propia.

por sí la posibilidad de darle a la lógica un cuerpo general en tanto necesidad ideal que el conocimiento debe seguir. Por lo tanto, excluye la posibilidad para la lógica de existir por sí. Y, qué otra cosa puede ser esta «lógica peculiar del objeto peculiar» sino el reflejo en el pensamiento del desarrollo de la propia necesidad específica del objeto real. Sin embargo, Marx no ha desarrollado aún aquí de manera completa la distinción entre la necesidad idealmente producida, la lógica –es decir, la *razón discursiva*, que ocupa el lugar de la necesidad real en la representación– y la necesidad real misma. Ocurre que Marx no ha superado aún los límites de la filosofía. Tan es así, que todavía identifica la abolición del proletariado con la realización de la filosofía.⁵¹ Pero inmediatamente después, en el mismo año 1844, Marx encara por primera vez las determinaciones económicas del capital como la relación social general enajenada de la humanidad actual. Al hacerlo, descubre por primera vez en la historia la necesidad real de la filosofía como forma concreta de la conciencia enajenada que es incapaz de reconocerse como tal. Y descubre cómo Hegel la ha desarrollado hasta hacerla alcanzar su fin.

En consecuencia, Marx no critica ya a la lógica por ser una necesidad ideal general que desplaza a una necesidad ideal peculiar. Critica a la lógica por ser una necesidad ideal en sí misma que desplaza a la necesidad real a la cual debe seguirse mediante el pensamiento para regir la propia acción transformadora como una acción objetivamente libre. Esto es, critica a la lógica por ser la forma concreta necesaria de la conciencia enajenada que se concibe a sí misma como una conciencia abstractamente libre, en base a su misma esencia de *razón discursiva* que representa a la causalidad real en el pensamiento:

«A su vez, el espíritu filosófico no es sino el espíritu enajenado del mundo que se piensa dentro de su propia enajenación, esto es, que se capta a sí mismo de una manera abstracta. La lógica [el *pensamiento especulativo* puro] es el *dinero* del espíritu, el *valor pensado*, especulativo, del hombre y de la naturaleza; su esencia que se ha hecho totalmente indiferente a toda determinación real y es, por tanto, irreal; es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real; el *pensamiento abstracto*».⁵²

Poco más tarde, en 1847, Marx desarrolla la crítica específica de la *lógica dialéctica*, mostrando paso a paso cómo este «método absoluto» arranca de las categorías (esto es, de la representación ideal de las formas reales) y termina inevitablemente representándose a sí mismo como el que engendra a las formas reales (Hegel) o sucumbiendo a sus propias contradicciones ni bien pretende

51. Karl Marx. «Crítica de “La filosofía del derecho” de Hegel. Introducción». En: *Obras Fundamentales de Marx y Engels*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1982, pág. 502.

52. Karl Marx. *Texte zu Methode und Praxis*. Vol. 2: *Pariser Manuskripte 1844*. Munich: Rowohlt's Klassiker, 1966, págs. 186-187, traducción propia.

ponerse en práctica de modo compatible con el propio desarrollo de estas formas reales (Proudhon).⁵³

La inversión hegeliana se encuentra corporizada en la forma misma del proceso de conocimiento; se encuentra corporizada en la concepción de este proceso como uno de naturaleza lógica. De hecho, proclamar a la lógica como condición ineludible del conocimiento científico no es sino consagrar la inversión idealista, que antepone una necesidad mental a la necesidad de la materia. Por decirlo una vez más, la cuestión no es dar nacimiento a una nueva lógica, sino liberar de ella a la ciencia. Precisamente lo que Marx ha hecho. El reclamo por una lógica en *El Capital* es una contradicción en los propios términos. Marx mismo se encarga de remarcar este hecho en sus glosas a Wagner.⁵⁴ Y, dicho sea de paso, por la misma razón que no hay en Marx invocación alguna a la lógica dialéctica, ni a la lógica en general, tampoco la hay al materialismo dialéctico, al materialismo histórico ni a otras categorías semejantes, que sólo sirven para *concebir* a la materialidad real y a la historia real como otras tantas abstracciones.

Sin embargo, al marxismo todo se le hace volver a invertir la dialéctica. Para ello, transforma en un lugar común al representarse el desarrollo de la dialéctica por Marx como su opuesto, como el desarrollo de una *lógica dialéctica*. Y es así cómo, a fuerza de abstraer la forma real objeto del conocimiento y la forma del proceso de conocimiento, llega a poner nuevamente a la dialéctica cabeza abajo de manera completa: se representa a la necesidad real del objeto real como la «lógica interna» de una abstracta forma idealmente «pura» del mismo.⁵⁵

Las relaciones reales no son sino las formas concretas que toma la necesidad de afirmarse mediante la propia negación al realizarse. No hay lugar para las relaciones «externas» ni, de ahí, para las relaciones «internas», entre las formas reales. Las formas concretas son las formas realizadas de la necesidad que determina a sus formas abstractas como tales. Son, por lo tanto, esta necesidad en acción bajo las formas concretas que su potencialidad ha tomado ahora. Pero la representación teórica empieza reemplazando la necesidad real por una necesidad lógica. La necesidad misma que determina cada forma real aparece así puesta fuera de ella. Con lo cual, las formas abstractas y sus respectivas formas concretas, y estas formas concretas mismas, aparecen externamente relacionadas entre sí. Las relaciones reales, esto es, la determinación material, aparecen degradadas en la representación a la categoría de relaciones externas. Aquí, la forma abstracta, allí, a su lado, la forma concreta, con la

53. Karl Marx. *Marx/Engels. Obras Escogidas*. Vol. 7: *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973, págs. 76-77.

54. Karl Marx. «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 97: Buenos Aires (1982), págs. 56-57.

55. Kōzō Uno. *Principles of Political Economy*. Sussex: Harvester Press, 1980, págs. 146-150.

lógica poniéndolas en relación. La lógica materialista dialéctica establece esta relación tomándolas como opuestos antagónicos o que se interpenetran entre sí, representando luego a la determinación como la unidad de estos opuestos. Por supuesto, para que una forma concreta se oponga de este modo a su propia forma abstracta, debe ser realización de una necesidad ni más ni menos desarrollada que la que determina a ésta. Por lo tanto, la existencia de la forma concreta queda así representada como precediendo su propia determinación.

Como que se sostiene de este modo, el marxismo no puede evitar fluctuar entre representar a la superestructura como el mero reflejo de la base,⁵⁶ y representar a la superestructura como la determinante misma de la organización social.⁵⁷ O hace de esta fluctuación una sola pieza, afirmando que la base determina a la superestructura pero, a su vez, la superestructura determina a la base, pero la base determina a la superestructura en última instancia, pero la superestructura tiene una autonomía relativa con una instancia dominante, hasta que esta sarta de determinaciones enunciadas llega a su fin con dársele el nombre de «sobredeterminación».⁵⁸ Pero, ¿qué es realmente determinar, cualquiera sea la instancia? ¿Qué es una autonomía relativa? ¿Acaso la autonomía que tiene un perro atado por una cadena? (ésta no es una broma, sino una afirmación efectivamente publicada alguna vez). El marxismo no tiene respuesta a estas preguntas, más allá de llamar «relación dialéctica» al saltar de la base a la superestructura, y de la superestructura a la base. Y no se da ni un sólo paso hacia el despliegue del desarrollo mismo de la necesidad real por representarlo como una cuestión de la base «produciendo» la superestructura y la superestructura «ayudando» a la base;⁵⁹ o del «ensamble» mutuo de la estructura «condicionando o limitando» a la acción, y la acción o la estrategia «recursivamente reproduciendo o transformando» a la estructura o a la sociedad;⁶⁰ o de que las fuerzas productivas materiales de la sociedad tienen «primacía» sobre las relaciones de producción y que la acción es «funcional» a la estructura «a través de la racionalidad humana»;⁶¹ o del ser social y la conciencia social mediados por la «experiencia».⁶² Así, no es de extrañar que

56. Mark Rosental y Pavel Iudin, eds. *Diccionario filosófico. Base y superestructura*. Montevideo: Pueblos Unidos, 1965, págs. 39-40.

57. Nicos Poulantzas. *Political Power and Social Classes*. Londres: New Left Books, 1975, págs. 76-77, 133-134. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Hegemony and Socialist Strategy Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 2001, págs. 31, 58, 78-77 y 174.

58. Louis Althusser. *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974, págs. 81-82, 91-94.

59. Gueórgui Plejanov. *Obras Escogidas*. Vol. 1: *La concepción monista de la historia*. Buenos Aires: Quetzal, 1964, pág. 124.

60. Bhaskar, *Reclaiming Reality*, pág. 80, 174; Bob Jessop. "Regulation Theory, Post-Fordism and the State: More than a Reply to Werner Bonefeld". En: *Capital & Class*, n.º 34: Sage Publications (1988), págs. 156-159.

61. Cohen, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, pág. 171, 175-178.

62. Thompson, «The Poverty of Theory», pág. 7 y 25.

todo esto acabe produciendo la concepción de que, dado que todo determina a todo y es determinado por todo, la acción revolucionaria consciente debe dejar paso a la acción fundada en la ideología, es decir, a su negación misma.⁶³

No se trata de llamar «internas», a relaciones irreductiblemente «externas» tales como «condicionando», «limitando», «primacía», «funcionalidad», etc.,⁶⁴ como hace la lógica dialéctica. Se trata de seguir idealmente a la necesidad real en su desarrollo, para descubrir cómo las fuerzas productivas materiales de la sociedad (por medio de las cuales el proceso humano de metabolismo social realiza su necesidad genérica de apropiar la naturaleza para producirse a sí mismo) se niegan como simplemente tales para afirmarse en la realización de su necesidad potencial de regir su propia realización, tomando la forma concreta específica de relaciones de producción. Por estar así determinadas, las relaciones de producción se niegan como tales formas concretas, afirmándose como una necesidad potencial que se realiza (o sea, que se afirma negándose a sí misma como tal potencia), tomando la forma concreta específica de acción voluntaria de los individuos. En otras palabras, las relaciones de producción son la necesidad realizada de las fuerzas productivas materiales de la sociedad de regirse a sí mismas. Como tales, tienen a la realización de estas fuerzas mediante la acción voluntariamente regida de los individuos, como su propia necesidad potencial. Y esta acción voluntaria es la necesidad realizada de las relaciones de producción que, a su vez, tiene a la realización del proceso de metabolismo social a través de los procesos de metabolismo de los individuos, como su propia necesidad en potencia.

En tanto la enajenación de las potencias genéricamente humanas impide a la organización del proceso de metabolismo social presentarse como tal ante la conciencia de los individuos, las fuerzas productivas materiales y la forma específica de relaciones de producción que estas fuerzas toman al regirse a sí mismas, se niegan como simplemente tales, afirmándose como la base económica de la sociedad. Esta base tiene por necesidad potencial, la de regir su propia realización tomando la forma concreta específica de superestructura de las relaciones jurídicas, políticas, etc. A su vez, esta superestructura tiene por necesidad potencial propia, la de realizarse en la acción voluntaria regida por una conciencia limitada a las apariencias de su propia necesidad. Esta conciencia limitada empieza siendo tal por no poder verse a sí misma como lo que es, una conciencia enajenada, sino bajo la apariencia de ser abstractamente libre. En pocas palabras, la superestructura es la necesidad realizada que tienen las fuerzas productivas materiales de la sociedad de regirse a través de la acción individual aparentemente consciente y, por lo tanto, estas mismas fuerzas en acción.

La necesidad real que hemos estado siguiendo conserva la forma de una potencia simple a lo largo de las formas abstractas que toma en su desarrollo.

63. Wolff y Resnik, *Economics: Marxian versus Neoclassical*, págs. 20-22.

64. Bertell Ollman. *Dialectical Investigations*. Nueva York: Routledge, 1993.

Por ello, cuando se las observa exteriormente, estas formas abstractas siempre aparecen como coexistentes junto a sus formas concretas. Sin embargo, dentro de cada paso que da su metamorfosis, estas necesidades simples se realizan necesariamente bajo la forma de la posibilidad y, más aún, de la posibilidad mediada por la posibilidad misma en su realización. Es esta forma de realizarse lo que hace aparecer a las formas concretas como determinándose a sí mismas. Especialmente, hace que, cuando se la observa exteriormente, la acción voluntaria aparezca no teniendo más determinación que ella misma. Y, al darse un paso más en el terreno de la representación, hasta hace aparecer completamente invertida a la acción voluntaria, a saber, la hace aparecer como determinando, por sí misma, a las fuerzas productivas materiales de la sociedad. La determinación real es la opuesta: la acción voluntaria tiene la potencia para transformar las fuerzas productivas de la sociedad por ser su forma concreta más desarrollada. O sea, por estar determinada por estas fuerzas en tanto potencia posible, como la forma que ellas necesariamente toman para realizar su propia necesidad. Y es en la realización de esta necesidad que la determina como una potencia posible, que la acción humana deviene históricamente una acción que se rige a sí misma mediante el conocimiento pleno de la necesidad que ella realiza –es decir, de su propia necesidad– al reproducir esta necesidad mediante el pensamiento. La acción humana se determina así como la acción libre en que toma forma concreta el proceso de metabolismo social conscientemente organizado.

El marxismo no puede superar la inversión de la necesidad real en la representación lógica sin superarse a sí mismo. Así, R. Gunn⁶⁵ va tan lejos en su crítica a la teoría científica como para darse cuenta de que la clave se encuentra en la diferencia entre las formas abstractas de necesidad puramente mental (a las que concibe como abstracciones empíricas) y el reflejo en el pensamiento de las formas abstractas reales (a las que concibe como abstracciones determinadas). Apenas un paso parece faltarle a Gunn para descubrir que esta diferencia tiene que resultar necesariamente de una diferencia esencial en la forma misma del proceso de conocimiento de donde emerge cada tipo de forma abstracta. Esta diferencia es la que va, primero, de construir formas abstractas mediante el análisis lógico, a descubrir analíticamente las formas abstractas siguiendo el curso inverso al desarrollo de su necesidad real. Y luego, la diferencia que va de construir mentalmente formas concretas poniendo a las abstractas en relaciones determinadas por la misma lógica, a la reproducción mediante el pensamiento de la realización de la necesidad de las formas abstractas en su transformación en concretas. Pero dar este paso y descubrir al capital como el sujeto social concreto en que toman forma todas las potencias humanas hoy día –o en otras palabras, descubrir a la necesidad de la acción humana en la plenitud de su determinación actual– son la misma

65. Richard Gunn. "Against Historical Materialism". En: *Open Marxism*. Vol. 2: *Theory and Practice*. Londres: Pluto Press, 1992, págs. 1-45.

cosa. En vez de poner en evidencia la forma de la necesidad real – liquidando con ello toda apariencia de la libertad como abstracta autodeterminación al descubrirla como el conocimiento de la necesidad de la propia determinación – Gunn retrocede. No en vano adscribe a un marxismo que llega a poner lo que es la forma concreta necesaria de realizarse la acumulación de capital, la lucha de clases, como la causa de esta acumulación.⁶⁶ Si siguiera el desarrollo de la necesidad real, Gunn vería que no hay más relación directa entre dos formas reales que el ser, una, la realización de la necesidad de la otra; y que sólo por ser tal realización, puede decirse que la primera es la forma de existencia de la segunda. Pero Gunn se aferra a la representación como única forma del conocimiento científico. Así, concibe a la relación real del género con sus especies – o sea, a la realización por la forma abstracta de su necesidad posible, en la cual ella se afirma mediante su propia negación deviniendo concreta – como irreductiblemente exterior. Hecho lo cual, se representa a las formas concretas («la coyuntura») como una «constelación» de formas abstractas. Esta relación sólo tiene de «interna» el ser presentada como tal por Gunn, ya que hasta su nombre mismo nos dice de su exterioridad. Por supuesto, toda forma puede ser representada en esta relación como la determinante de toda otra, y por tanto, ser representada como la forma de existencia de toda otra. Con lo cual, toda la necesidad real acaba rebajada al asunto de «decidir», de entre «el campo indefinido de lo que puede inferirse de una contradicción», cuáles «inferencias hacen a la cuestión» (*pointfulness of the inferences*), apelando a la interpretación. Esta conclusión se acerca notablemente a donde llega G. Carchedi cuando sostiene que «En términos de la realización concreta, determinación quiere decir simplemente interrelación mutua».⁶⁷

Murray llega también a enfrentar a la diferencia entre las formas abstractas de necesidad puramente mental («abstracciones generales») y el reflejo en el pensamiento de las formas abstractas reales («abstracciones determinadas») como la clave al alcance del conocimiento científico. Pero tampoco puede ir más allá de este punto enfrentando el desarrollo mismo de la necesidad real, y retrocede a la misma encerrona de la interpretación. Sólo que en vez de un antagonismo de clases abstraído de sus determinaciones, Murray termina poniendo a una moralidad científica no menos abstraída de las suyas, como móvil de la acción consciente.⁶⁸

Engels pone de manifiesto cómo Marx dejaba en claro que él no era marxista.⁶⁹ Si consideramos lo que se llaman a sí mismos, debemos suponer que

66. Werner Bonefeld. "Social Constitution and the Form of the Capitalist State". En: *Open Marxism*. Vol. 1: *Dialectics and History*. Ed. por Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis. Londres: Pluto Press, 1992, págs. 104-107.

67. Carchedi, *Class Analysis and Social Research*, pág. 90.

68. Murray, *Marx's Theory of Scientific Knowledge*, pág. 84.

69. Cartas a E. Bernstein del 2-3/11/1882 y a C. Schmidt del 5/8/1890, en Karl Marx y Friedrich Engels. *Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1973, pág. 334, 377.

los marxistas sólo ven en la aseveración de Marx una manifestación de falsa modestia; o de su humorismo, como quiere creer Althusser.⁷⁰ Sucede que, en oposición a Marx, *ellos realmente son marxistas*. Como su mismo nombre lo indica, *el marxismo* es la concepción de la *reproducción* en el pensamiento de la especificidad de la sociedad actual, originalmente desarrollada por Marx, como una *representación* de esta especificidad. Es, de ahí, la representación del conocimiento dialéctico como una *concepción del mundo*, un *sistema de pensamiento*. En pocas palabras, es la degradación del conocimiento íntegro de la propia necesidad a una *interpretación* de la realidad y, por lo tanto, a una *ideología*. Se llega así al punto en que la cuestión se convierte en interpretar al mundo interpretando a Marx de distintas maneras. Luego, no es de extrañar que, aunque el marxismo esté siempre dispuesto a señalar la naturaleza histórica del capitalismo y sus formas concretas, nunca se le ocurra pensar que la teoría científica es una de éstas. Le es imposible reconocer que, como forma de la conciencia, el método científico es una relación social y, como tal, una forma históricamente específica. Sucede que, en la teoría científica, la ideología toma la forma de su opuesto, o sea, del método científico.

Es así que, como cualquier teoría científica de las formas sociales actuales, el marxismo manifiesta su propia necesidad en tanto forma concreta de la conciencia enajenada al concebirse a sí mismo como una conciencia abstractamente libre. Pero es aquí donde su lógica materialista dialéctica muestra la razón de ser de su especificidad, a saber, del lugar que le cabe a una teoría científica que representa la realidad del afirmarse mediante la propia negación como la unidad de dos afirmaciones inmediatas opuestas entre sí. Lo cual implica que representa a la forma concreta como coexistiendo frente a su propia determinación en una relación de abstracta oposición. Ocurre que el marxismo no se representa simplemente a sí mismo como una abstracta conciencia libre. Invocando a la lógica dialéctica, se representa a sí mismo como la abstracta conciencia libre puesta por sí misma como el polo opuesto de la conciencia enajenada en el capital. El marxismo no se ve a sí mismo como opuesto a la conciencia enajenada por reconocerse como una forma de existencia del capital. Por el contrario, se ve a sí mismo como la absoluta negación realizada del capital, como una forma social cuya necesidad es exterior al capital. Desde este punto de vista, la necesidad históricamente immanente al capital de aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo, que determina a la clase obrera como la personificación necesaria de esta aniquilación, queda rebajada a una acción exterior a este desarrollo mismo. De donde se sigue que esta acción exterior es ejercida por un abstracto opuesto del capitalismo que, a lo sumo, tiene su necesidad relacionada con la de éste como su absoluta negatividad realizada: la clase obrera que reacciona en defensa propia contra la miseria y la opresión capitalistas. Con lo cual, la realización revolucionaria

70. Louis Althusser. «La filosofía como arma de la revolución». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 4: Córdoba (1972), pág. 39.

del socialismo/comunismo no aparece ya como lo que es, a saber, como la realización de la necesidad históricamente propia de la organización general actual del proceso de metabolismo social (y por lo tanto, como la organización misma de este proceso en acción), o sea, como la realización de la necesidad históricamente propia de la relación social general actual. Por el contrario, la acción revolucionaria de la clase obrera queda con su necesidad reducida a la «voluntad de supervivencia» o la «vocación libertaria» mismas de la clase obrera, a la «superioridad moral» de un sistema sobre el otro, a la realización de la «justicia social»; es decir, con su necesidad reducida a un conjunto de abstracciones que no hacen sino reflejar ideológicamente la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital, pero a las que se presenta como si fueran tan naturalmente eternas que sólo a través de ellas pudiera realizarse la sociedad liberada de toda enajenación.

Es precisamente en este verse a sí misma como abstractamente libre, que esta forma específica de la conciencia enajenada, el marxismo, realiza su necesidad como forma concreta de la conciencia enajenada que no hace sino afirmarse como tal. De lo que se trata, por el contrario, es de la organización consciente de la acción revolucionaria de la clase obrera en que el capital realiza su necesidad de aniquilarse a sí mismo en la organización consciente general de la vida humana. No se trata, por lo tanto, de la producción de una conciencia abstractamente libre, sino de la producción de una conciencia enajenada, sí, pero que sólo es tal en tanto es la negación de la negación de la conciencia libre.

La pregunta surge de inmediato: ¿qué necesidad social toma cuerpo en la inversión – incondicionalmente aceptada hoy día entre los científicos irreductiblemente críticos en apariencia – de la reproducción ideal de la sociedad capitalista efectuada por Marx en una representación teórica? Dejémosla abierta, por ahora.

Como lo señalara Marx, la cuestión no es interpretar al mundo. La cuestión es que la transformación del mundo que está en juego es el desarrollo de la organización consciente del proceso de metabolismo social y, por lo tanto, la superación de la interpretación misma. Si sintiéramos alguna urgencia por parafrasear la tesis de Marx podríamos enunciarla así: «Los filósofos no han hecho sino *interpretar* al mundo de diferentes maneras; como forma necesaria del conocimiento científico enajenado en el capital, la teoría científica sólo puede regir su transformación dentro de los miserables límites de la apropiación de plusvalía relativa; de lo que se trata es de *cambiarlo* más allá de estos límites». Por sobre todo, la crítica científica de la teoría científica es el desarrollo de dicha organización consciente, el desarrollo de la organicidad de la acción revolucionaria de la clase obrera.

El conocimiento matemático. Crítica de la lógica formal y del análisis matemático

8.1 La especificidad de la determinación cuantitativa

En el capítulo anterior pusimos en evidencia que, bajo su forma más simple, como materia, lo concreto se encuentra determinado como una existencia actual que es en sí misma una existencia en potencia. Por lo tanto, la existencia actual realiza la necesidad que la determina como tal trascendiendo de sí en la realización de su potencia. Esto es, se afirma en su condición de existencia actual al negarse a sí misma como tal mediante la realización de su potencia, trascendiendo así en una nueva existencia actual. Decíamos luego que «al ser afirmación de la forma simple mediante su negación como tal, la determinación realizada es la regeneración real de la necesidad de afirmarse mediante la propia negación. Y como tal se despliega en el desarrollo de las formas cada vez más concretas de nuestro objeto real. Cada una de estas formas concretas (que es tal por existir actualmente como necesidad realizada) es, precisamente por ello, una forma abstracta (que es tal por existir actualmente como necesidad a realizar, como potencia). Así, la determinación se despliega en la transformación de una forma existente, al negarse en su actualidad en tanto abstracta por afirmarse como necesidad realizada; y, a su vez, esta nueva forma concreta tiene su existencia actual negándose a sí misma como tal concreta, en su afirmación como necesidad a realizar. Cuando una forma se afirma simplemente mediante su propia negación, su necesidad alcanza su término, adquiriendo una forma más desarrollada tanto como potencia ya realizada cuanto como potencia actual. La forma determinada por la necesidad original trasciende así su cualidad, realiza su determinación *cualitativa*. La necesidad que determina a la nueva forma como una potencia ha surgido pura y exclusivamente de la primitiva; de donde, esta nueva necesidad no es sino forma realizada de la primitiva y, por tanto, ésta misma. Sin embargo, negación de la negación, esta potencia es inexistente para la forma primitiva en su abstracta condición de tal: recién es una potencia propia de sus formas concretas. ¿Tenemos acaso mejor camino para conocer acabadamente la potencialidad cualitativa de una forma dada, que no sea el de reproducir mediante nuestro pensamiento la necesidad real que ha venido a tomar tal forma en su desarrollo, siguiendo idealmente este desarrollo?».

De este modo, habíamos puesto en evidencia la forma específica del conocimiento dialéctico, o sea, de la reproducción de lo concreto mediante el pensamiento. Y habíamos contrapuesto esta reproducción ideal de lo concreto con la representación lógica del mismo. Esta no se desarrolla siguiendo idealmente el despliegue de la necesidad real sino siguiendo una necesidad ideal de naturaleza constructiva, una lógica. Por lo tanto, esta construcción tiene por condición partir de concebir a cada forma que va a ser puesta en relación como si se encontrara vacía de toda necesidad de trascender de sí misma. En caso de no hacerlo, el movimiento de la necesidad constructiva chocaría constantemente con el movimiento de la necesidad real. De modo que la lógica utilizada para representar la determinación cualitativa debe partir de concebir a ésta como una abstracta afirmación inmediata. Y esta concepción permanece inalterada por mucho que se represente a cada concreto como una unidad de contrarios: cada uno de estos contrarios no puede pasar de ser una abstracta afirmación inmediata en sí mismo.

En nuestro proceso de reproducción ideal de lo concreto hemos acompañado ya el despliegue de la realización de la necesidad en su afirmarse mediante su propia negación. La hemos visto así tomar la forma concreta de necesidad simple, de posibilidad y de posibilidad mediada en su realización por la posibilidad misma. Sin embargo, no nos hemos detenido a enfrentar a la determinación, a la necesidad, en tanto forma concreta cualitativamente determinada ella misma. Como tal, es la primera que se encuentra sometida al afirmarse mediante la propia negación. Se afirma así como la determinación que es la negación de la determinación misma, como un término que no es, en sí mismo, término alguno. Por lo tanto, al afirmarse mediante su propia negación, la determinación se desarrolla en el afirmarse mediante la negación de la propia negación. Bajo esta forma concreta de su determinación, cualquier forma cualitativamente determinada no hace sino seguir afirmándose como simplemente tal, manteniéndose idéntica a sí misma; ha desarrollado *magnitud*. Al tomar la forma concreta en cuestión, la determinación cualitativa deviene determinación *cuantitativa*.

Pese a que dentro de su magnitud toda forma cualitativa permanece inmutable, la determinación cuantitativa misma tiene aún la necesidad de trascender de sí. La simple negación de la diferencia se transforma ahora en una diferencia que es en sí misma indiferencia. La forma cualitativamente determinada encuentra así un término dentro de su magnitud. Con todo, al alcanzar este término se mantiene en su identidad, diferenciándose en un más o un menos de su magnitud. La determinación cuantitativa ha desarrollado su forma concreta de *unidad de la continuidad y la discontinuidad*, o sea, de *cantidad*.

La determinación cuantitativa es, ante todo, el afirmarse de una forma cualitativamente determinada mediante la negación de su propia negación. Tal es la determinación cualitativa de la cantidad misma; o sea, la forma más simple de afirmarse la forma cualitativa implicada, en la *intensidad* de su

cantidad. Como no puede ser de otro modo, esta determinación se afirma mediante su propia negación. Por supuesto, al ser la forma concreta de la diferencia convertida en indiferencia, su afirmación no puede ir más allá de ser el afirmarse mediante la negación de la propia negación del afirmarse mediante la negación de la propia negación mismo. La determinación cuantitativa se desarrolla así en la repetición de la misma forma cualitativamente determinada que, tan sólo en esta repetición, se afirma como una otra; esta es la *extensividad* de la cantidad de dicha forma. La determinación se presenta ahora como la pura potencia de repetirse indefinidamente a sí mismo, como el progreso puramente cuantitativo al infinito. Se presenta, pues, como el pleno desarrollo del afirmarse de la unidad de la continuidad y la discontinuidad. Considerada como tal, la determinación aparece no llevando en sí la necesidad de su propio término. De donde, el afirmarse mediante la propia negación no tiene modo de realizarse a esta altura de su desarrollo, como no sea a través de la superación misma de la diferencia convertida en indiferencia, como el término de la magnitud misma. Esto es, la determinación toma cuerpo en el *cuanto* de la magnitud de la forma cualitativamente determinada, al afirmarse ésta mediante su propia negación. Por medio de este afirmarse, la determinación ha alcanzado su forma más concreta en tanto tal. Hasta aquí, hemos apropiado su necesidad al reproducirla con nuestro pensamiento. De aquí en más, podemos continuar desplegando esta reproducción, siguiendo el desarrollo de la determinación bajo las formas concretas específicas que atañen a nuestra acción.

8.2 La especificidad del conocimiento de la determinación cuantitativa, o sea, de la matemática

El conocimiento dialéctico ha puesto en evidencia la especificidad de la determinación cuantitativa sin dejar en momento alguno de acompañar idealmente el desarrollo de la necesidad de lo concreto. Sin embargo, por más lejos que podamos acompañar este desarrollo, nunca llegaremos simplemente a través de él a aprehender el cuanto mismo de la magnitud de las formas concretas (sea como potencia realizada o a realizar) cuya necesidad estamos por lo demás conociendo plenamente. Ocurre que la necesidad general del afirmarse mediante la propia negación se realiza aquí bajo su forma específica de desarrollo de la diferencia convertida en indiferencia. De modo que todas las formas en que va tomando cuerpo este desarrollo aparecen simplemente como necesidades ya realizadas.

Tenemos así relaciones que descubrir, pero sus formas concretas son incapaces de mostrar por sí mismas alguna transición de sí a ser reproducida por nuestro pensamiento. Por lo tanto, sólo podemos descubrir dichas transiciones recurriendo a un procedimiento guiado por una necesidad completamente exterior a la que realmente les es inherente. Nuestro proceso de conocimiento tiene que darse a sí mismo la necesidad de su curso; esto es, una necesidad

puramente constructiva. Es sólo aquí que la *lógica* cabe en el método dialéctico, como la necesidad constructiva que representa las formas generales tomadas por el afirmarse mediante la negación de la propia negación en su despliegue. Cada vez que la *reproducción* ideal de la necesidad real debe aprehender a ésta en su cuanto mismo, o sea, debe especificarse como *conocimiento matemático*, necesariamente toma la forma de una *representación* ideal de la realidad. La naturaleza misma del objeto de esta representación, donde el contenido aparece en su forma a través de la negación de su propia negación, supera cualquier restricción a la validez de las relaciones lógicamente representadas.

Realizamos este tránsito formal en nuestro proceso de conocimiento, poniendo el comienzo de la matemática en sus propios términos específicos. Estamos *formulando* los principios lógicos del conocimiento matemático. Representamos así a la determinación de magnitud como el sujeto mismo de la afirmación mediante la negación de la propia negación que se encuentra puesto por sí mismo en tanto forma abstracta (M). Ninguna necesidad tiene cabida aquí como una potencialidad actual de la forma abstracta. La determinación cualitativa sólo puede ser representada como una potencialidad ya realizada cuya necesidad se manifiesta de manera íntegra en la necesaria coexistencia (\wedge) de la abstracta afirmación inmediata de la forma abstracta y de su abstracta negación inmediata. Esto es:

$$(M \wedge \neg M)$$

Representamos entonces a la afirmación mediante la propia negación de esta forma más simple de la determinación, o sea, a la forma más simple de la afirmación mediante la negación de la propia negación, a la determinación de magnitud, como la abstracta negación inmediata:

$$\neg(M \wedge \neg M)$$

La diferencia determinada como indiferencia se encuentra reducida aquí al simple trascender la determinación de magnitud su propio término, sólo para afirmarse como idéntica a sí misma:

$$M \equiv M$$

Al aparecer esta forma abstracta con la necesidad que la determina como tal puesta fuera de ella misma, aparece de inmediato junto con su necesidad misma como realizada. De donde, la presencia de la determinación de magnitud importa aquí la presencia inmediata (\supset) de su forma concreta – la determinación del cuanto (Q)– como ya realizada:

$$M \supset Q$$

La necesidad de la determinación cuantitativa misma se encuentra consecuentemente representada mediante el inevitable agotamiento de toda necesidad en juego en el cúmulo de la forma concreta y su negación:

$$Q \vee \neg Q$$

En contraste con el desarrollo realizado aquí, la lógica formal parte de representar a la determinación en general como si fuera por naturaleza una abstracta afirmación inmediata. La lógica formal aparece, así, como el punto de partida mismo del conocimiento científico. Debe pues empezar por ponerse a sí misma, enunciando sus propios principios. Al tener que dar cuenta por sí mismos de su necesidad, estos principios no pueden exhibir más fundamento que el ser puestos como verdades autoevidentes. Luego, como esta concepción toma a la apariencia específica de la determinación cuantitativa por la verdadera esencia de la determinación en general, no encuentra razón para definir un comienzo específico para la representación matemática. De modo que toma a los principios lógicos apenas como unas relaciones simples vacías de especificidad alguna, por medio de los cuales se concibe axiomáticamente a la determinación en general.

Nos enfrentamos ahora a la forma que toma el curso del conocimiento matemático una vez que se ha representado la cualidad específica de la determinación cuantitativa mediante los principios lógicos. El desarrollo de las relaciones cuantitativas excluye la metamorfosis de las formas abstractas afectadas. Por lo tanto, su representación no puede arribar a forma alguna que no estuviera ya representada en su plenitud actual en las premisas de este desarrollo. Esto es, la representación matemática sólo se las tiene que ver con tautologías. El problema específico de la matemática reside en que, por muy tautológicas que sean, las relaciones en cuestión no resultan inmediatamente visibles en las premisas de la representación. La cuestión es *demostrarlas*, o sea, deducirlas a partir de los principios lógicos.

Dejamos atrás los principios lógicos, representando a la determinación cualitativa de la cantidad de la magnitud (M) de una forma cualitativamente determinada, en su realización como el cuanto (Q) de esa cantidad. Representamos así a la continuidad afirmándose sobre la discontinuidad. Cuando la forma cualitativamente determinada es ella misma una determinación cuantitativa, tenemos:

$$M^{n+1} M^n \supset Q^{n+1} M^n$$

y en su forma general, respecto de cualquier forma cualitativamente determinada (x):

$$Mx \supset Qx$$

Proseguimos con la representación de esta determinación realizada de la intensividad del cuanto, según la determina el modo en que la necesidad como tal se realiza en diferentes especies (a, b, \dots, z):

$$Mx \supset Q^a x, Mx \supset Q^b x, \dots, Mx \supset Q^z x$$

De donde, los cuantos determinados pueden mostrar la necesidad completa de su determinación cualitativa, sólo en su necesaria coexistencia (\wedge):

$$Q^a x \wedge Q^b x \wedge \dots \wedge Q^z x$$

La determinación cualitativa de la cantidad al igual que su forma concreta de cuantos tienen ahora su necesidad puesta de una manera completamente exterior respecto de ellos mismos. En esta exterioridad, la necesidad de la concurrencia de los cuantos se degrada a una abstracta accidentalidad aparente. Esta concurrencia se desarrolla entonces como una mera acumulación (\vee) de cuantos, que no conserva ya en sí la necesidad de su propio término:

$$Q^a x \vee Q^b x \vee \dots$$

La intensividad de la cantidad define el campo de la lógica y, por lo tanto, el de la matemática, como el del afirmarse mediante la negación de la propia negación ($anpn$) que toma forma en una afirmación de igual naturaleza, apareciendo de inmediato esta relación con su necesidad realizada en otra afirmación similar: una $anpn$ corporizada en la relación $anpn \supset anpn$.

El simple afirmarse mediante la propia negación (apn) no tiene como entrar en el terreno matemático. Sin embargo este simple afirmarse tiene manifestaciones específicas que también aparecen como el afirmarse de una forma abstracta junto con su necesidad como ya realizada, la concurrencia de formas concretas y su acumulación. Por caso, un $anpn \supset apn$ que es en sí mismo un apn , un $apn \supset anpn$ que es en sí mismo un $anpn$ y un $apn \supset apn$ que es en sí mismo un $anpn$, aunque no cabe desarrollar aquí las necesidades específicas que se presentan en estas formas. Pero ninguna de estas expresiones aparentes, ni sus relaciones, pueden satisfacer la necesidad tautológica inherente a las relaciones concretas con que completamos la representación de la intensividad del cuanto.

De manera opuesta, la lógica formal concibe a las formas específicamente propias de la representación de la intensividad del cuanto como los modos concretos de representar la determinación cualitativa en general bajo la forma de una abstracta afirmación inmediata. Queda definida por ello como lógica *proposicional*. La lógica se ve privada así de su especificidad. En consecuencia, su relación más simple, $Mx \supset Qx$, no aparece como tal. Aparece como un abstracto $Fx \supset Gx$ al lado de las formas concretas derivadas de ella, apenas como si fuera otra más. Debido al carácter tautológico de las relaciones involucradas, hasta las relaciones producidas como meros artilugios del proceso constructivo pueden ser presentadas como el punto de partida de este. El proceso de representar idealmente la determinación cualitativa real de la cantidad

resulta presentado así invertido como el de formular un sistema lógico con un mínimo de relaciones elementales que corresponden a relaciones de *verdad* tautológica.

Representamos ahora la determinación de la cantidad como extensividad. De modo que debemos desarrollar a la discontinuidad afirmándose en la continuidad. Representamos este afirmarse en tanto simplemente tal, como absoluta continuidad actual que lleva en sí misma la necesidad de la discontinuidad, como *universalidad*. La universalidad misma se nos presenta pues como la necesaria unidad de la totalidad de los *unos* potenciales:

$$(\forall x)Mx$$

La discontinuidad potencial se realiza de inmediato en el afirmarse de la discontinuidad actual que conserva en sí (esto es, en lo que la discontinuidad actual permanece determinada como continuidad) la capacidad de la discontinuidad, o sea, como *particularidad*. La particularidad es así la realización inmediata de los *unos*:

$$(\exists x)Mx$$

Cuando este afirmarse agota su capacidad, se transforma en pura discontinuidad realizada que, como tal, es irreductible continuidad en sí misma, o sea, *individualidad*. La individualidad es el puro *uno* ya realizado:

$$(\iota x)Mx$$

Sobre esta base, deducimos luego las relaciones en que la extensividad del cuanto toma sus formas concretas.

En contraste, la lógica formal sigue arrastrando las consecuencias de haber partido de reducir toda determinación a una abstracta afirmación inmediata. En base a esta apariencia, la determinación cualitativa ha quedado representada como si a ella le correspondiera genéricamente la forma concreta que es específica de la determinación cuantitativa. Con lo cual, la lógica formal recién puede descubrir alguna especificidad en la determinación cuantitativa cuando ésta desarrolla formas concretas que difieren de las correspondientes a su cualidad como intensividad. Aun así, la lógica formal no puede ver a esta especificidad emergiendo de la cualidad de la extensividad de la cantidad como tal. Por el contrario, sólo puede reconocer a la extensividad al enfrentarla desplegada como una determinación ya realizada: en esta exterioridad no aparenta encerrar más cualidad que la del simple cúmulo de *unos* en distintos grados. La lógica formal descubre así por primera vez que tiene a la determinación cuantitativa por objeto específico, cuando tiene que representarla como la relación exterior entre universalidad, particularidad e individualidad. Toma por lo tanto al objeto genérico de la lógica, la determinación cuantitativa, como propio tan sólo de una parte suya, llamada correspondientemente, *lógica*

cuantificacional. Al pasar por alto la cualidad específica de la extensividad, la lógica formal no tiene como proceder desplegando directamente las formas concretas de esa extensividad. Debe seguir un camino más bien inverso. Empieza por desplegar toda relación formalmente posible. Recién después selecciona, de entre esta masa incualificada, las propias de la extensividad, al descartar el resto de acuerdo con ciertas reglas que representan a estas relaciones ajenas a la determinación cuantitativa como meras violaciones a la sintaxis constructiva. De esta inversión, la lógica formal concluye que las leyes que representan a la extensividad de la cantidad no son ya tautológicas (como lo son) sino meramente *válidas*.

Es tiempo ya de representar a la determinación de la cantidad en su realización como cuanto, uniendo su doble necesidad como intensividad y extensividad. Debemos pues deducir las relaciones tautológicas que representan a la determinación cuantitativa como la unidad concreta de la continuidad y la discontinuidad. Como tales, estas relaciones siguen conservando dentro de sí la mutua exterioridad de las relaciones en que toman forma el afirmarse de la continuidad en la discontinuidad y el afirmarse de la discontinuidad en la continuidad. Por caso, representamos ahora a la manifestación de toda necesidad simplemente cualitativa como realizada en la determinación de cantidad, mientras la discontinuidad se encuentra como pura potencia, como

$$(\forall x)(Mx \supset Qx) \wedge (\forall x)(Nx \supset \neg Qx) \supset (\forall x)(Mx \supset \neg Nx)$$

con la realización de esa potencia como

$$(\forall x)(Mx \supset Qx) \wedge (\exists x)(Nx \wedge \neg Qx) \supset (\exists x)(Mx \wedge \neg Nx)$$

La lógica formal concibe principalmente al desarrollo de esta unidad exterior entre la intensividad y la extensividad de la cantidad como las diferentes formas del *silogismo categórico*. Aquí, la lógica formal realmente se empecina en hacer gala de su falta de una necesidad cualitativa que guíe sus pasos. Pero no se trata de un accidente sino que tiene buenas razones para hacerlo. Consideremos la relación¹

$$(P \supset M) \wedge (M \supset S) \supset (S \supset P)$$

1. Como es obvio, aquí *M* corresponde al término medio del silogismo y no a la determinación de magnitud. Al mismo tiempo, se ha reemplazado la estructura de tres niveles con que comúnmente se presenta al silogismo por las de la simbología correspondiente a las formas con que se presenta la afirmación mediante la negación de la propia negación. Esto es, la presencia inmediata de la forma concreta como realizada cuando se afirma la forma puramente abstracta (\supset) y la necesaria coexistencia (\wedge) de las formas concretas que corresponde a esa realización. Lejos de alterar el contenido y la unidad tautológica de las relaciones en juego, esta forma de presentación los pone de manifiesto de manera inmediata.

Más allá de su mera apariencia formal, esta relación es completamente ajena aun a la coherencia lógica del silogismo. Sin embargo, en vez de dejarla de lado inmediatamente, la lógica formal insiste en presentarla como una, más bien la modernamente más genuina (cuarta figura), de las formas generales del silogismo. Es aquí donde el puro formalismo aparente que despliega la masa de combinaciones vacías de toda significación lógica se transforma, de mera debilidad, en la excusa para tan ilógica pretensión. La relación

$$(\exists x)(Mx \wedge Qx) \wedge (\forall x)(Qx \supset Qy) \supset (\exists x)(Mx \wedge Qy)$$

corresponde realmente a la determinación cualitativa de la intensividad del cuanto de una forma concreta (y) por el cuanto de su forma abstracta (x), cuando la discontinuidad ya se encuentra realizada para ésta. Pero, vaciada de especificidad al presentarla formalmente como

$$(\exists x)(Fx \wedge Gx) \wedge (\forall x)(Gx \supset Hy) \supset (\exists x)(Fx \wedge Hy)$$

ella es indistinguible, desde un punto de vista puramente formal basado en la validez, de la lógicamente carente de significado

$$(\exists x)(Fx \wedge Gx) \wedge (\forall x)(Gx \supset Hy) \supset (\exists x)(Hy \wedge Fx)$$

Al amparo del fárrago formal, esta similitud aparente puede hacerse pasar por

$$(P \wedge M) \wedge (M \supset S) \supset (P \wedge S)$$

$$(P \wedge M) \wedge (M \supset S) \supset (S \wedge P)$$

Y, como la diferencia entre universalidad y particularidad se omite respecto de estas expresiones, la forma espuria puede ser finalmente legitimada en apariencia. La lógica formal no puede simplemente evitar caer en esta representación lógicamente invertida (en los términos de la lógica formal misma) de la determinación de un género por su propia especie como un resultado inequívoco de la coherencia lógica. *Ocurre que esta inversión es el sostén de toda la moderna teoría científica, que representa a las formas abstractas por las relaciones de medida de sus formas concretas.*

8.3 El cuanto, de la clase al número

Una vez representadas las formas concretas de la determinación del cuanto, podemos avanzar en el desarrollo lógico de las formas concretas del cuanto mismo. En consecuencia, debemos representar al cuanto llevando en sí su propia determinación como puramente tal. La determinación intensiva de la cantidad aparece así como el atributo del cuanto individual, mientras que

la correspondiente determinación extensiva lo hace como el conjunto de los individuos que poseen tal atributo. Representamos, pues, al cuanto como *clase*:

$$\iota y \varepsilon \{x\} Qx$$

o, simplemente:

$$x \varepsilon Q^A$$

Al ser la particularidad discontinuidad realizada a la par que discontinuidad en potencia, su expresión involucra necesariamente a dos clases: una que representa a la universalidad en tanto pura discontinuidad en potencia y otra que representa a la particularidad en lo que ésta conserva de tal discontinuidad en potencia. De donde la particularidad queda representada por la inclusión de una clase en otra clase:

$$(x)(x \varepsilon Q^A \in x \varepsilon Q^B)$$

La unidad inmediata entre la universalidad y la individualidad al interior de cada clase hace que la identidad de la necesidad se convierta en igualdad. La necesidad de la afirmación mediada por la negación de la propia negación, en tanto afirmación de la unidad de la continuidad y la discontinuidad, queda representada por:

$$Q^A = Q^A$$

La necesidad del sujeto presente en la determinación de cantidad sigue estando representada por la relación entre dos contrarios mutuamente excluyentes; esto es, entre: Q^A y $\neg Q^A$. Pero esta relación sólo cabe aquí como determinación de la clase en que necesariamente coexisten la determinación del cuanto y la abstracta negación de esta determinación. Es decir, como determinación de una clase, esta relación es la determinación de un cuanto que, por ella misma, no es ningún cuanto. Por lo tanto, es la unidad inmediata entre la universalidad y la individualidad intensivamente determinada que, por su propia determinación intensiva, se encuentra vacía de extensividad; una clase vacía:

$$(Q^A \cap \neg Q^A) = Q^A$$

A su vez, la representación de toda necesidad desplegada en la determinación del cuanto como realizada, corresponde a la clase cuya determinación intensiva es la universalidad misma de toda necesidad y cuya extensividad se encuentra determinada por el cúmulo de la necesidad de la determinación del cuanto y de su abstracto opuesto. Se trata, pues, de una clase universal:

$$(Q^A \cup \neg Q^A) = Q^V$$

Las clases Q^\wedge y Q^\vee son, entonces, la abstracta negación una de otra:

$$Q^\wedge = \neg Q^\vee$$

y

$$\neg Q^\wedge = Q^\vee$$

Al ser en sí misma la expresión plena de la determinación del cuanto, la clase no es sólo la unidad de la intensividad y la extensividad, sino la unidad al interior de la extensividad misma: la continuidad actual que es discontinuidad potencial (la universalidad) aparece como tal en la clase a través de la realización de esta potencialidad hasta devenir plena continuidad (la individualidad). La intensividad está así representada como la individualidad cuya simple determinación cualitativa es ser una cantidad, o sea, como *unidad*. La extensividad está representada como la *multiplicidad* de la unidad.

Seguimos adelante, representando al cuanto (y) como la relación de la unidad (x) consigo misma que potencialmente se desarrolla en el grado de la multiplicidad (z):

$$y = x^z$$

Al ser un grado, la extensividad se muestra de inmediato como una determinación cualitativa ella misma. La realización de esta potencia es su transformación en la pura multiplicidad de la unidad,

$$y' = z x^{z-1}$$

hasta agotar el grado,

$$y^{(z-1)^0} = z!x \quad \dagger$$

†. Consideremos brevemente a la negación de esta potencia de la multiplicidad. No como ya efectuada, $\int y' = x^z$ sino como potencia que se niega en su realización misma. Esta negación no tiene otro modo de tomar forma que en el ser cada momento de la relación la negación de sí misma y, por lo tanto, una relación y el otro. La unidad se convierte en la relación de su negación por ser una multiplicidad, con la unidad misma; la multiplicidad se convierte en la relación de su negación por ser la unidad, con la multiplicidad misma:

$$y = \left(\frac{x+1}{x} \right)^{xz}$$

El grado muestra aquí que se niega a sí mismo como tal cualidad, al ser impotente para realizarse como simple multiplicidad:

$$y' = \left(\frac{x+1}{x} \right)^{xz}$$

La pura extensividad se ha realizado como un momento en la determinación de la intensividad, y por lo tanto, como un momento de la unidad misma. Pero, al hacerlo, ha transformado a la unidad misma en una multiplicidad. Hemos llegado a la determinación del cuanto como la identidad de la unidad y la multiplicidad. Representamos entonces a la multiplicidad ($z!$) como la pura multiplicidad (v) que tiene su término ($v > 1$) en la pura unidad (1):

$$z! = \frac{v}{v-1}$$

Representamos a la unidad (x) como la pura unidad que tiene su término ($w < 1$) en la pura multiplicidad (w):

$$x = \frac{1}{1-w}$$

Representamos ahora al cuanto (una nueva y) como la relación de recíproca unidad y multiplicidad, de estas dos formas concretas en la cual cada una de ellas es, en sí misma, la otra:

$$y = \frac{v}{v-1} \cdot \frac{1}{1-w}$$

En sí, la pura multiplicidad que se relaciona consigo misma por tener en sí su término como pura unidad, tiene por forma realizada a la acumulación de la depotenciación de la multiplicidad. A la inversa, la pura unidad que se relaciona consigo misma por tener en sí su término como pura multiplicidad, tiene por forma realizada a la acumulación de la potenciación de la multiplicidad. Como tales simples acumulaciones, ambas relaciones aparecen ahora vaciadas de su propia necesidad. Sin embargo, ésta no es sino la cualidad de ser un término. Por lo tanto, en sus formas realizadas, ambas relaciones aparecen faltas de la necesidad de su propio término:

$$\frac{v}{v-1} = v^0 + v^{-1} + v^{-2} + \dots + v^{-n} + \dots$$

$$\frac{1}{1-w} = w^0 + w^1 + w^2 + \dots + w^n + \dots$$

En consecuencia, otro tanto ocurre con el cuanto mismo:

$$y = (v^0 + v^{-1} + v^{-2} + \dots + v^{-n} + \dots) \cdot (w^0 + w^1 + w^2 + \dots + w^n + \dots)$$

Como esta identidad entre la unidad y la multiplicidad que tiene la necesidad de su propio término puesto fuera de sí misma, representamos al cuanto como *monto*.²

2. Consideremos otra vez el cuanto específico

Luego, la identidad entre la unidad y la multiplicidad se manifiesta de un modo correspondientemente exterior:

$$x = \frac{y}{z}$$

Cuando x es la unidad, z es la multiplicidad de estas unidades que se necesitan para determinar al monto y ; cuando x es la multiplicidad, z es la unidad requerida en esta multiplicidad para determinar al monto y . Hasta aquí, cada momento de la relación entre la unidad y la multiplicidad tenía su determinación como tal en, y sólo en, la integridad de esta relación. La indiferencia recíproca que han alcanzado ahora, los transforma, de momentos, en los elementos que componen la relación. Reflejamos este cambio cualitativo, expresando la relación $x = \frac{y}{z}$ como:

$$a = \frac{c}{b}$$

Tomado por sí, el término de esta identidad entre la unidad y la multiplicidad que ha alcanzado una exterioridad absoluta, y que como tal monto no tiene en sí la necesidad de su propio término, es el *número*.

Por mucho que el número sea la representación de la cualidad del cuanto, tomado por sí manifiesta su propia cualidad como determinada sólo en la relación inmediata cuya realización es y , por lo tanto, de un modo completamente exterior a sí mismo. Bajo esta forma concreta de su término, no quedan en la cantidad como tal determinaciones que no se hayan manifestado ya y cuya existencia debamos correspondientemente demostrar mediante nuestra

$$y = \left(\frac{x+1}{x} \right)^{xz}$$

La unidad ya aparece aquí con su término puesto en la multiplicidad y viceversa, mientras que tanto la unidad como la multiplicidad se relacionan recíprocamente como el otro de sí mismo. Esta relación se desarrolla como monto en el cúmulo de los momentos en que la relación de la multiplicidad consigo misma (puesta por tanto como unidad) se despliega en el grado de la unidad (puesta por lo tanto como multiplicidad), con respecto al despliegue de la unidad como la multiplicidad que tiene su término en la unidad misma:

$$\left(\frac{x+1}{x} \right)^{xz} = z^0 + \frac{z^1}{1!} + \frac{z^2}{2!} + \cdots + \frac{z^x}{x!}$$

Aun a este monto le falta la necesidad de su término. Esta necesidad esta puesta en la unidad, pero la unidad tiene la necesidad de su término puesto en su relación de identidad con la multiplicidad. Luego, como ella misma es el término de la multiplicidad, la unidad es incapaz de alcanzar su propio término.

representación. El afirmarse del número (específicamente del entero, aunque no vamos a desplegarlo aquí) es, así, la forma concreta general más desarrollada de la representación de la determinación cuantitativa. La exterioridad que esta determinación alcanza al ser representada como número, agota a la apropiación ideal de la necesidad general de éste (el número y las relaciones puramente numéricas) con sólo *mostrar* su manifestación misma.

Comenzamos nuestra representación de la diferencia que se afirma como indiferencia a partir de la exterioridad de esta determinación, dado que necesariamente se presenta como una determinación realizada. Hemos alcanzado ahora su exterioridad completa, no como ésta se nos presenta, sino como una exterioridad cuya necesidad conocemos a través de nuestra representación lógica. La intuición del número es el punto de partida de los procesos individual e histórico de adquisición de la capacidad para representar la determinación cuantitativa real. El desarrollo de estos procesos toma forma ahora en la superación de toda fundamentación intuitiva por el pleno desarrollo de la representación lógica del número.

8.4 Crítica del análisis matemático

En su curso, la lógica formal llega a la representación de la determinación del cuanto como clase. Sin embargo, ya ha vaciado a la clase de su especificidad cuantitativa y, al mismo tiempo, reducido esta especificidad a la extensividad. Luego, la lógica formal no encuentra modo de continuar con el desarrollo lógico de la relación entre intensividad y extensividad. No puede llevar esta relación a su término en la identidad de la unidad y la multiplicidad como número. De modo que pone fin al curso lógico, representando al número simplemente como una clase especial más, mediante la definición de Frege. Pero, al hacerlo, se encuentra con la brecha aún abierta dentro del conocimiento real de estas dos formas de la determinación cuantitativa. Al haber saltado hasta el final de la representación matemática, a la lógica formal no le queda cómo llenar esta brecha sino es siguiendo un camino formalmente opuesto al desarrollo lógico. Esto es, procede a representar las formas abstractas del cuanto por las relaciones de medida de sus formas concretas, a partir de éstas en tanto números. Este desarrollo se asemeja formalmente al que procede después del lógico, para medir el cuanto de cualquier forma abstracta cualitativamente determinada. Sólo que aquí se trata de representar la forma abstracta en tanto tal, no de medirla. Al forzar el camino invertido en lo que es el terreno de la lógica, la lógica formal empieza por cambiar su nombre por el de *análisis matemático*.

No es tarea sencilla descubrir las formas que toma la identidad entre la unidad y la multiplicidad en su desarrollo, siguiendo este camino invertido y sin contar con la guía deductiva provista por la lógica. Así y todo, no es nada comparada con el intento de descubrir la necesidad real que se despliega en este desarrollo. De hecho, debido a su forma misma, semejante proceder es

impotente para producir este último descubrimiento. ¿Sobre qué base puede entonces el análisis matemático proclamar que lo ha logrado?

Recordemos que, con la reducción de la especificidad cualitativa de la cantidad a la extensividad, esta especificidad sólo puede ser vista como tal al encontrarla desplegada como extensividad realizada. Bajo esta forma concreta, la determinación cuantitativa aparece teniendo sólo la necesidad del simple cúmulo y, por lo tanto, falto en sí de la necesidad de su propio término. Así aislada, la realización de la extensividad de una clase aparece no teniendo más término general que el progreso al abstracto infinito aparente. Obviamente, la realización de la determinación cualitativa no tiene más lugar para manifestarse, sino su término. La cualidad propia de la cantidad es su capacidad para ir más allá de su término, aumentar o disminuir en el cuanto de la magnitud, sin por ello trascender de sí como tal. Sin embargo, en el abstracto infinito aparente, el cuanto de la magnitud mismo aparece como indiferente a su incremento o decremento, apareciendo así como su propia negación, como no siendo cuanto alguno. Como tal negación de sí mismo, el cuanto realizado aparece como la pura cualidad de su propia determinación. Con su visión constreñida de este modo, el análisis matemático proyecta las relaciones que corresponden a la inmediatez del cuanto realizado, o sea, al número, al abstracto infinito aparente. Una vez allí, toma a estas relaciones como representaciones genuinas del desarrollo cualitativo del cuanto. Este es el verdadero secreto de la matemática que empieza con la representación del número como una clase, sigue con las relaciones entre *magnitudes transfinitas*, y termina representando a la realización de la relación de la unidad consigo misma en el grado de la multiplicidad como el *límite* del cociente incremental entre variables.

Semejante matemática no puede sino violar su propia coherencia lógica a cada paso que da. Como no es suficientemente autocrítica para empezar de nuevo mediante el reconocimiento de la especificidad de su objeto, acepta sus incoherencias, en el mejor de los casos, como paradojas irresolubles; en el peor, como verdades lógicas obvias. El camino invertido se abre apenas se dejan atrás irresueltas las paradojas que surgen de considerar que las subclases están determinadas por formas específicas de la cualidad de la clase y, de aquí, que una clase puede incluirse a sí misma entre sus subclases. A la inversa, cuando tomamos a la clase como específicamente propia de la representación de la determinación cuantitativa, la relación entre la clase y sus subclases no involucra diferencia alguna en la cualidad misma representada como intensividad, sino la realización de la extensividad de la clase que así determina a sus subclases. Es por ello que estas paradojas sólo pueden surgir, y son irresolubles, en la lógica formal.

Viene a continuación la representación por Cantor de la cualidad del cuanto desarrollada en la relación recíproca entre la unidad y la multiplicidad, $y = zx$, como una diferencia en la cardinalidad de los abstractos infinitos aparentes

(tomados así como si hubieran alcanzado su término). Para hacerlo, Cantor debe dar por completado un despliegue que no lleva ni en sí mismo como tal, ni en cada uno de sus elementos, la necesidad de su propio término y que, por lo tanto, no puede ser nunca completado en ninguno de los dos sentidos. Cuando se lo fuerza en la representación mediante el axioma de la elección de Zermelo, esta incoherencia lógica se manifiesta en la inevitable independencia de este axioma respecto de las reglas constructivas lógicamente deducidas.

Por último, la realización de la cualidad del cuanto desarrollada en la relación de la unidad consigo misma en el grado de la multiplicidad, $y' = z x^{z-1}$, resulta representada como el límite del cociente incremental entre variables. De acuerdo con Weierstrass, la variación que constituye el eje de esta representación corresponde a un número finito positivo que se encuentra definido como menor a cualquier número finito positivo. Así, este número se encuentra cualitativamente definido como teniendo su término más allá de cualquier número finito positivo y, por lo tanto, como no siendo ningún término en sí mismo. Pero la cualidad específica de los números finitos es ser el término completamente realizado de un cuanto. Luego, el número postulado debe ser, y al mismo tiempo no ser, un cuanto terminado. Algo que la lógica formal es la primera en llamar una contradicción en los términos.

La completa exterioridad que la determinación cuantitativa alcanza cuando se la representa como número permite la representación de cualquier relación, sea cual sea su contenido, como una relación entre números. A su vez, esta numeración vacía de su contenido a la relación así representada. La lógica formal asigna al número la exterioridad incompletamente desarrollada inherente a la clase.³ En consecuencia, no puede ver que al numerar una relación se la priva hasta de llevar en sí su propia cualidad siquiera como un atributo externamente puesto en ella. Por su parte, no hay contenido de necesidad que reste en una relación después de haber comenzado por reducir toda determinación a la apariencia de la determinación cuantitativa (es decir, a la abstracta afirmación inmediata), como no sea la exterioridad que caracteriza a la clase. Sobre la base de estas apariencias, Gödel desarrolla su teorema acerca de la incompletitud de los sistemas axiomáticos. Empieza por formular una relación no sólo ajena a la representación de la determinación cuantitativa, sino que adecuadamente

3. La relación más exterior de la clase consigo misma tiene aún lugar al interior de ésta:

$$Q^A \cup Q^A = Q^A$$

Por el contrario, la exterioridad del número respecto de su propia determinación es completa:

$$N + N = 2N$$

especificada implica una contradicción en los propios términos. Amparado en la aparente ausencia de contenido producida por la numeración de las relaciones lógicas, Gödel introduce esta especificidad contradictoria sin tener que admitirla como una violación a la coherencia tautológica. Restablece luego el contenido autocontradictorio, presentándolo como si hubiera emergido como tal de la manipulación misma de relaciones puramente numéricas. Como este contenido toma cuerpo en su forma sintáctica misma, «no es demostrable», la lógica formal no encuentra otro modo de evitar el enigma irresoluble que ella mima se ha planteado, como no sea el de declarar a esta forma como lógica, pero no demostrable. En realidad, Gödel acaba por representar como una limitación inherente a la lógica misma, lo que es la manera lógicamente necesaria de apropiarse las relaciones puramente numéricas: como no queda en ellas relación alguna a demostrar, se las conoce completamente con sólo mostrarlas.

La capacidad de la matemática para apropiarse idealmente la determinación cuantitativa real es la única fuente de su potencia práctica. Hoy día, la renovación de esta potencia práctica comienza con el reconocimiento de la especificidad de la determinación cuantitativa y, por lo tanto, con el reconocimiento de la correspondiente especificidad formal de su proceso de conocimiento.

8.5 El desarrollo más simple de la materia en su determinación de cantidad: tiempo, espacio, universo, movimiento

La cantidad es la forma concreta en que la materia se afirma mediante la negación de la propia negación, realizada en la unidad de la continuidad y la discontinuidad. A su vez, la materia cuantitativamente determinada avanza en este afirmarse, negando al cuanto de su magnitud como su simple término. Se determina así como cantidad de materia que se engendra a sí misma. Ante todo, este autorreproducirse de la materia en el afirmarse mediante la propia negación es un puro *salir (diferenciarse) de sí*; por lo tanto, la negación de toda relación consigo mismo. En la forma más general de este desarrollo, la materia se determina como *tiempo*. La multiplicidad resulta aquí impotente para entrar como una determinación cualitativa de la relación de la unidad consigo misma en las relaciones matemáticas que usamos para representar los cuantos correspondientes, sólo cabiendo allí como multiplicidad realizada.

Sin embargo, este salir de sí, no hace sino reproducir a la cantidad de materia como tal. Es un *volver a (indiferenciarse de) sí*, y por lo tanto, la afirmación de una relación consigo mismo. Al negar así la negación de la necesidad de su propio término, el tiempo toma su forma concreta de *espacio*. En primer lugar, este es un salir de sí que ha devenido un volver a sí *en potencia*. Esta especificación del espacio es lo que la teoría científica contemporánea (que da la forma misma de los fenómenos por su causa) representa principalmente como la *interacción fuerte*. A partir de relaciones que no involucran a la

multiplicidad como grado, nuestro proceso de conocimiento debe desarrollar ahora relaciones que representen a la relación de la unidad consigo misma en el grado de la multiplicidad, como pura *posibilidad*. Como el grado aquí involucrado corresponde a la cualidad de salir de sí que es un volver a sí, se cierra sobre sí mismo con sólo alcanzar su forma más simple, el segundo grado.⁴ Cuando el volver a sí posible determina a la realización de este mismo volver, su cuanto abandona su forma más simple, para tomar su así llamada forma caótica.

Al realizar su relacionarse consigo mismo potencial, el salir de sí actual deviene un igualmente *actual* volver a sí. Pero este volver a sí realizado no es sino el volver a la potencialidad de salir de sí. En consecuencia, su forma concreta aparece teniendo a la posibilidad de tornarse otra vez un salir de sí, como su propia potencia. Esta forma concreta del espacio es lo que la teoría científica contemporánea representa principalmente como la *interacción débil*; la realización de la nueva potencia, principalmente como la *interacción electromagnética*.

Por último, el salir de sí se agota en el volver a sí actual, deviniendo un *puro volver a sí*. Esta forma concreta del espacio es lo que la teoría científica contemporánea representa como la *interacción gravitacional*. El salir de sí sólo reaparece aquí en potencia, determinado como la pura necesidad de ser producido en tanto simplemente tal. Por lo tanto, todas las relaciones que representan a los correspondientes cuantos incluyen a la multiplicidad como un grado. Ahora bien, la necesidad a la que hemos arribado es la simplemente inherente, no como posibilidad sino como inmediata, a la cantidad como tal. Así, las formas cualitativamente determinadas (por lo tanto, la *materia*, no en sentido newtoniano sino en el sentido de la forma más simple de la existencia de lo concreto) tienen su determinación cuantitativa general desarrollada como la realización de la necesidad del tiempo mediante su aniquilación en su forma concreta de espacio, la cual tiene por necesidad que le es propia, su aniquilación en el tiempo. En esta unidad, la materia toma su forma cuantitativa concreta de *universo*.

4. El salir más allá del término que es un volver a sí y, por ello, necesidad renovada de salir de sí, tiene por expresión más simple de su propio término al cúmulo:

$$y^2 = x^2 + z^2$$

La extensión del cúmulo más allá de esta forma no es sino su tornarse el punto de partida mismo del autoengendrarse y, por lo tanto, el volver sobre sí mismo que vuelve sobre sí mismo. La extensión del grado más allá del más simple no tiene como superar su condición de abstracta potencialidad. Esta negación a su posibilidad de realizarse, es decir, de ser término del autoengendrarse del cuanto, se manifiesta de inmediato en la incapacidad de los elementos de la relación de mayor grado para conservar entera la cualidad específica de su propia determinación.

Para representar el cuanto de las formas concretas del universo, comenzamos por representar los momentos concretos en los cuales se despliega su necesidad, como una abstracta negación de toda relación, como la unicidad de los *puntos espaciales*. Representamos a la negación de esta negación como la abstracta relación entre estos puntos espaciales, o sea, el *vacío*. Luego, representamos a esta negación como la identidad consigo mismos de esos puntos que igualmente es la completa negación de esta identidad; lo que, visto de manera exterior, es el estar y no estar en el mismo lugar y, por lo tanto, en el mismo tiempo, a saber, el *movimiento*.⁵

5. Al principio, la unidad se conservaba como tal en la realización de la relación consigo misma en el grado de la multiplicidad cuando ella determinaba también este segundo momento: $1 = 1'$

Ahora, alcanzada su identidad con la multiplicidad en el autoengendrarse de la cantidad, la unidad nos queda representada como la negación de:

1. la relación de la unidad consigo misma en el grado de la multiplicidad en que ésta se niega como potencia en su realización misma, como realizada,

$$y' = \left(\frac{x + 1}{x} \right)^{xz}$$

y puesta la determinación misma de esta relación por la unidad como realizada, $y' = e^z$ cuya simple cualidad (z) se encuentra determinada por la relación de recíproca unidad y multiplicidad de:

2. la negación de la relación consigo misma en el grado de la multiplicidad correspondiente al salir de sí que es un inmediato volver a sí, de la negación de la unidad, como realizada,

$$i = \sqrt{-1}$$

y

3. la afirmación de la relación consigo misma en el grado de la multiplicidad correspondiente al salir de sí que es un inmediato volver a sí, de la unidad en el cúmulo del autoengendrarse de la cantidad, como realizada, π .

Esto es:

$$1 = -e^{i\pi}$$

El desarrollo del método dialéctico por Marx

9.1 El método de investigación

Marx da un primer paso en el desarrollo de la especificidad de la reproducción de lo concreto por el pensamiento, oponiendo «la lógica peculiar del objeto peculiar» a la pretensión de generalidad del concepto lógico de Hegel:

«De este modo, la crítica verdaderamente filosófica de la constitución actual del Estado no sólo pone de manifiesto contradicciones, sino que las *explica*, comprende su génesis, su necesidad. Las toma en su *propia* significación. Esta *comprensión* no consiste, como piensa Hegel, en reconocer por sobre todo las determinaciones del concepto lógico, sino en comprender la lógica peculiar del objeto peculiar».¹

La «lógica peculiar del objeto peculiar» ya excluye de por sí la posibilidad de darle a la lógica un cuerpo general como la necesidad ideal que el conocimiento debe seguir y, por lo tanto, la posibilidad para la lógica de existir por sí. ¿Y que otra cosa puede ser esta «lógica peculiar del objeto peculiar» sino el reflejo en el pensamiento del desarrollo de la propia necesidad específica del objeto real? Sin embargo, Marx no ha desarrollado aún aquí de manera completa la distinción entre la necesidad idealmente producida, la lógica, es decir, la *razón discursiva*, que ocupa el lugar de la necesidad real en la representación y la necesidad real misma. Ocurre que Marx no ha superado aún los límites de la filosofía; tanto que todavía identifica la abolición del proletariado con la realización de la filosofía:

«La *emancipación del alemán* es la *emancipación del hombre*. La cabeza de esta emancipación es la *filosofía*; su *corazón*, el *proletariado*. La filosofía sólo llegará a realizarse mediante la abolición del proletariado, el cual no podrá abolirse sin la realización de la filosofía».²

Pero inmediatamente después, Marx avanza por primera vez sobre las determinaciones económicas del capital hasta el punto de descubrir su condición de relación social general enajenada de la humanidad actual. Al hacerlo, pone en evidencia, de modo inédito en la historia, la necesidad real de la filosofía

1. Karl Marx. *Marx/Engels. Werke*. Vol. 1: *Kritik des Hegelschen Staatsrechts*. Berlín: Dietz Verlag, 1957, pág. 296, traducción propia.

2. Karl Marx. *Obras Fundamentales de Marx y Engels*. Vol. 1: *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. México, DF: FCE, 1982, pág. 502.

como forma concreta de la conciencia enajenada. Al mismo tiempo, pone en evidencia cómo Hegel la ha desarrollado hasta agotar su potencia como forma concreta, históricamente determinada, del avance en la organización consciente de la acción humana:

«Hegel se coloca en el punto de vista de la Economía Política moderna. Concibe el *trabajo* como la *esencia* del hombre, que se prueba a sí misma; [...] El único trabajo que Hegel conoce y reconoce es el *abstracto espiritual*. Lo que, en general, constituye la esencia de la Filosofía, la *enajenación del hombre que se conoce*, o la ciencia *enajenada que se piensa*, lo capta Hegel como esencia del trabajo y por eso puede, frente a la filosofía precedente, reunir sus diversos momentos y presentar su Filosofía como *la* Filosofía. Lo que los otros filósofos hicieron (captar momentos aislados de la naturaleza y de la vida humana como momentos de la autoconciencia o, para ser precisos, de la autoconciencia abstracta) lo *sabe* Hegel como el *hacer* de la Filosofía, por eso su ciencia es absoluta».³

Marx no critica ya a la lógica por ser una necesidad ideal general que desplaza a una necesidad ideal peculiar. Critica a la lógica por ser una necesidad ideal en sí misma, que desplaza a la necesidad real que debe seguirse mediante el pensamiento para regir la propia acción transformadora. Esto es, critica a la lógica por su misma esencia de *razón discursiva* que representa a la causalidad real en el pensamiento, como forma concreta necesaria de la conciencia enajenada:

«El espíritu filosófico no es a su vez sino el enajenado espíritu del mundo que piensa dentro de su autoenajenación, es decir, que se capta a sí mismo en forma abstracta. La *lógica* [el *pensamiento especulativo* puro] es el *dinero* del espíritu, el *valor pensado*, especulativo, del hombre y de la naturaleza; su esencia que se ha hecho totalmente indiferente a toda determinación real y es, por tanto, irreal; es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real; el pensamiento *abstracto*. La *exterioridad de este pensamiento abstracto*. . . ».⁴

La exterioridad no es propia de esta o aquella lógica, sino de la lógica como tal. Poco más tarde, siempre tomando como eje el conocimiento de las formas económicas de la sociedad actual, Marx publica su crítica paso a paso de la que ya ha identificado como la forma más desarrollada de la lógica, a saber, de la *lógica dialéctica*. Muestra así cómo este «método absoluto», que arranca de las categorías (esto es, de la representación ideal de las formas reales), termina ante todo representándose a sí mismo como el que engendra a las formas reales:

«Las *fases* o *categorías* económicas unas veces son simultáneas en sus *manifestaciones* y otras veces aparecen invertidas en el tiempo [...] Sin embargo, las teorías económicas tienen su *sucesión lógica* y su *serie en el entendimiento*: ese orden es el

3. Karl Marx. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1968, pág. 190.

4. *Ibíd.*, págs. 186-187.

que nosotros nos ufanamos de haber descubierto” [[Citado por Marx de *La filosofía de la miseria*, de Proudhon]].

»¿Es de extrañar que, en último grado de abstracción – porque aquí hay abstracción y no análisis– toda cosa se presente en forma de categoría lógica? Es de extrañar que, eliminando poco a poco todo lo que constituye la individualidad de una casa y haciendo abstracción de los materiales que la componen y de la forma que la distingue, lleguemos a obtener sólo un cuerpo en general; que, haciendo abstracción de los límites de ese cuerpo, no tengamos como resultado más que un espacio; que haciendo, por último, abstracción de las dimensiones de este espacio, terminemos teniendo únicamente la cantidad pura, la categoría lógica? A fuerza de abstraer así de todo sujeto todos los llamados accidentes, animados o inanimados, hombres o cosas, tenemos motivo para decir que, en último grado de abstracción se llega a obtener como sustancia las categorías lógicas. Así, los metafísicos, que haciendo estas abstracciones, creen hacer análisis, y que, apartándose cada vez más de los objetos, creen aproximarse a ellos y penetrar en su entraña, esos metafísicos tienen, según creen, todas las razones para decir que las cosas de nuestro mundo son bordados cuyo cañamazo está formado por las categorías lógicas. [...] ¿Qué hay de extraño, después de esto, que todo lo existente, [...], pueda, a fuerza de abstracción, ser reducido a una categoría lógica, y que, por lo tanto, todo el mundo real pueda hundirse en el mundo de las abstracciones, en el mundo de las categorías lógicas?

»... Así como por medio de la abstracción transformamos toda cosa en categoría lógica, de igual modo basta hacer abstracción de todo rasgo distintivo de los diferentes movimientos para llegar al movimiento en estado abstracto, al movimiento puramente formal, a la fórmula puramente lógica del movimiento. Y si en las categorías lógicas se encuentra la sustancia de todas las cosas, en la fórmula lógica del movimiento se cree haber encontrado el *método absoluto*, que no sólo explica cada cosa, sino que implica además el movimiento de las cosas.

»... Si cada cosa se reduce a una categoría, y cada movimiento, cada acto de producción al método, de aquí se infiere naturalmente que cada conjunto de productos y de producción, de objetos y de movimiento, se reduce a una metafísica aplicada.

»¿Qué es, pues, este método absoluto? La abstracción del movimiento. ¿Qué es la abstracción del movimiento? El movimiento en estado abstracto ¿Qué es el movimiento en estado abstracto? La fórmula puramente lógica del movimiento o el movimiento de la razón pura. ¿En qué consiste el movimiento de la razón pura? En situarse en sí misma, oponerse a sí misma y combinarse consigo misma, en formularse como tesis, antítesis y síntesis, o bien en afirmarse, negarse y negar su negación.

»¿Cómo hace la razón para afirmarse, para presentarse en forma de una categoría determinada? Esto ya es cosa de la razón misma y de sus apologistas.

»Pero una vez que la razón ha conseguido situarse en sí misma como tesis, este pensamiento, opuesto a sí mismo, se desdobra en dos pensamientos contradictorios, el positivo y el negativo, el sí y el no. La lucha de estos dos elementos contradictorios, comprendidos en la antítesis, constituye el movimiento dialéctico.

El sí se convierte en no, el no se convierte en sí, el sí pasa a ser a la vez sí y no, el no es a la vez no y sí, los contrarios se equilibran, se neutralizan, se paralizan recíprocamente. La fusión de estos dos pensamientos contradictorios constituye un pensamiento nuevo, que es su síntesis. Este pensamiento nuevo vuelve a desdoblarse en dos pensamientos contradictorios, que se funden a su vez en una nueva síntesis. De este proceso de gestación nace un grupo de pensamientos. Este grupo de pensamientos sigue el mismo movimiento dialéctico que una categoría simple y tiene por antítesis un grupo contradictorio. De estos dos grupos de pensamientos nace un nuevo grupo de pensamientos, que es su síntesis.

»Así como del movimiento dialéctico de las categorías simples nace el grupo, así también del movimiento dialéctico de los grupos nace la serie, y del movimiento dialéctico de las series nace todo el sistema.

»Apliquen este método a las categorías de la economía política y tendrán la lógica y la metafísica de la economía política, o, en otros términos, tendrán las categorías económicas conocidas por todos y traducidas a un lenguaje poco conocido, por el cual dan la impresión de que acaban de nacer de una cabeza llena de razón pura: hasta tal punto estas categorías parecen engendrarse unas a otras, encadenarse y entrelazarse unas a otras por la acción exclusiva del movimiento dialéctico. . .

»Hasta aquí no hemos expuesto sino la dialéctica de Hegel. [. . .] Así, según Hegel, todo lo que ha sucedido y todo lo que sigue sucediendo corresponde exactamente a lo que sucede en su propio pensamiento. [. . .] No existe ya la “historia según el orden cronológico”; lo único que existe es la “sucesión de las ideas en el entendimiento”. Se imagina que construye el mundo por mediación del movimiento del pensamiento, pero en realidad no hace más que reconstruir sistemáticamente y disponer según su método absoluto los pensamientos que existen en la cabeza de todos los hombres».⁵

Pero a la lógica dialéctica tampoco le va mejor cuando se pretende liberarla de su inversión idealista y ponerla en práctica de modo compatible con el desarrollo propio de las formas reales cuya necesidad pretende aprehender. En este caso, es decir, al tomar la forma de lo que luego se daría en llamar la *lógica materialista dialéctica*, no puede más que sucumbir a las contradicciones que su misma presencia exterior engendra frente al desarrollo manifiesto de la necesidad real:

«Veamos ahora que modificaciones hace sufrir el señor Proudhon a la dialéctica de Hegel aplicándola a la economía política.

». . . Hegel no necesita plantear problemas. No tiene más que la dialéctica. El señor Proudhon no tiene de la dialéctica más que el lenguaje.

». . . Ya no es la dialéctica la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es el señor Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

5. Karl Marx. *Marx/Engels. Obras Escogidas*. Vol. 7: *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973, págs. 71-74.

»Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, el señor Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se traslada a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento*.

»Toma la primera categoría que le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar.

...

»“En la razón absoluta todas estas ideas [...] son igualmente simples y generales [...] De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu”. [[Citado por Marx de *La filosofía de la miseria*, de Proudhon]]

»... La idea ya no puede ni situarse en sí misma en forma de categorías ni descomponerse en ellas. La sucesión de categorías se convierte en una especie de *andamiaje*. La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos como mucho la moral pura.

»Al hablar el señor Proudhon de la *serie en el entendimiento*, de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer la *historia en el orden cronológico*, es decir, según el señor Proudhon, la sucesión histórica en que las categorías se han *manifestado*. Todo ocurría entonces para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en práctica esta dialéctica, la razón lo traiciona. La dialéctica del señor Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y el señor Proudhon se ve precisado a reconocer que el orden que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

»¿Qué es, pues, lo que nos presenta el señor Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende el señor Proudhon, la sucesión en la que las categorías se han *manifestado* siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia, tal como se desarrolla en la idea misma? Menos aún. Por lo tanto, ino nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones». ⁶

Poco antes de publicado lo expuesto, Marx ha sintetizado ya la oposición entre interpretar el mundo y transformarlo, o sea, entre producir un conocimiento que se detiene ante la apariencia de la necesidad real y producir la sociedad en donde la conciencia plena por parte de sus miembros acerca de sus propias determinaciones como tales sea la relación social general:

«Los filósofos no han hecho sino *interpretar* al mundo de diferentes maneras; de lo que se trata es de *cambiarlo*». ⁷

Marx presenta por fin de manera directa lo que refiere como «el verdadero método científico», la *dialéctica* puesta del derecho después de la inversión

6. *Ibíd.*, págs. 75-77.

7. Karl Marx. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 1: *Thesen über Feuerbach*. (11a tesis sobre Feuerbach). Berlín: Dietz Verlag, 1985, pág. 200, traducción propia.

hegeliana, y define su producto como *la reproducción de lo concreto por el pensamiento*, que opone específicamente a la representación:

«Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento, por eso, como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, pese a ser el verdadero punto de partida, y, por lo tanto, también, el punto de partida de la intuición y de la representación. En el primer camino [el análisis], la representación plena era condensada a la determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento».⁸

En *La ciencia de la lógica*, Hegel presenta constantemente la diferencia entre la *representación*, en donde el conocimiento se desarrolla siguiendo una necesidad exterior a su objeto, y la *dialéctica*, donde el conocimiento se desarrolla al acompañar el desarrollo de la necesidad de su objeto. Sólo que Hegel se representa a la necesidad que sigue el proceso de pensamiento mismo como la que determina toda necesidad real. Invierte así la dialéctica, representándosela como el *pensamiento especulativo*:

«Por eso cayó Hegel en la ilusión de lo real como resultado del pensamiento que se concreta en sí mismo, se profundiza en sí mismo, se mueve por sí mismo, en tanto que el método de elevarse de lo abstracto a lo concreto no es, para el pensamiento, otra cosa que la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual».⁹

La ciencia propia del capital en tanto éste se encuentra determinado como un simple proceso de producción de plusvalía relativa, y el marxismo en particular, se han encargado de borrar todo rastro de la diferencia entre representación o concepción (toda concepción parte de representarse de algún modo sus conceptos elementales) y reproducción, por el simple camino de ignorarla del modo más grosero. Por el contrario, Marx no duda en reconocer su raíz:

«El misticismo en que se envuelve la dialéctica en manos de Hegel no impide absolutamente que sea él quien haya expuesto el primero sus formas generales de movimiento de un modo comprensivo y consciente. Hegel pone a la dialéctica al revés. No hay más que darla vuelta para descubrir el núcleo racional bajo la envoltura mística».¹⁰

Repitamos textualmente lo ya dicho acerca de la especificidad del conocimiento dialéctico. La diferencia entre la *representación* y la *reproducción* de lo

8. Karl Marx. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 2: *Einleitung [zu der „Grundrisen der Kritik der politischen Ökonomie“]*. Berlín: Dietz Verlag, 1985, pág. 486, traducción propia.

9. *Ibíd.*, pág. 486.

10. Karl Marx. «Postfacio de la segunda edición alemana». En: *El capital*. Ed. por F. Cao y D. De Val. Vol. 1. Madrid, 1898, pág. 15.

real concreto mediante el pensamiento no se agota en la mera enunciación de la necesidad que sigue en su desarrollo una y la otra. Esta diferencia hace a la forma misma del doble camino que integra a cada una de ellas. El análisis propio de la representación separa a las formas abstractas según su grado de repetición. Se detiene, por lo tanto, en la exterioridad de estas formas abstractas. Por el contrario, el análisis que va a dar sustento a la reproducción de la necesidad real por el pensamiento separa a la forma concreta que enfrenta, de la necesidad que lleva en sí como ese otro cuya realización la determina. Vale decir, toma cuerpo en el descubrimiento, dentro de la forma concreta (y como tal, necesidad realizada), de su forma abstracta (y como tal, necesidad a realizar). El retorno hacia las formas concretas que sigue al análisis que se ha detenido en la exterioridad de las formas abstractas toma cuerpo ineludiblemente en el agregado de las formas no repetitivas, y en consecuencia antes excluidas, a la representación. Este proceso no cuenta con más necesidad a seguir que la puramente constructiva que le dicta su lógica. Por el contrario, la reproducción de la realidad por el pensamiento avanza siguiendo el desarrollo de la necesidad que la forma abstracta más simple lleva en sí. Tan pronto como esta forma abstracta realiza su necesidad, o sea se afirma como forma abstracta, se niega como tal forma abstracta para afirmarse como necesidad realizada, o sea como forma concreta. Pero esta forma concreta se niega inmediatamente como tal, afirmándose como una forma que lleva en sí una necesidad a realizar, o sea como una nueva forma abstracta. La reproducción de lo concreto por el pensamiento acompaña pues idealmente el propio desarrollo de su objeto real. Arriba entonces a su fin al alcanzar idealmente a una forma de este objeto que tiene su existencia concreta actual como simple necesidad a realizar, y esta necesidad a realizar tiene a la acción transformadora, determinada como una acción que ha necesitado seguir todo este camino para devenir una acción consciente, por forma necesaria de realizarse:

«En su forma mística, la dialéctica estuvo de moda en Alemania porque parecía glorificar lo existente. En su forma racional, es un escándalo y horror para la burguesía y sus corifeos doctrinarios; porque en la comprensión positiva de lo existente incluye la inteligencia de su negación, de su necesaria caída; porque lo [enfoca] todo en movimiento, y también, por lo tanto, como formas perecederas y transitorias; porque nada la puede dominar, y es esencialmente crítica y revolucionaria».¹¹

Como forma consciente de organizarse la acción humana, el conocimiento dialéctico parte siempre de enfrentarse de manera inmediata a la potencialidad de la propia acción respecto de la potencialidad que tiene su objeto para ser transformado en un objeto para uno. Parte, pues, de la unidad inmediatamente observable entre la propia necesidad y la potencialidad del objeto.

Cuando la acción se va a ejercer sobre un objeto simplemente natural, resulta obvio que el proceso de conocimiento necesita poner en relación la

11. *Ibíd.*

potencialidad natural humana con la potencialidad natural del objeto. Sobre esta base, la exterioridad de la necesidad ideal que estructura la representación lógica permite hacer creer que todo el proceso de conocimiento se va a desplegar en el terreno de las formas simplemente naturales, o sea, que se trata de un proceso abstractamente propio de la ciencia natural. Sin embargo, es claro que las potencias humanas para transformar la naturaleza son atributo del trabajo social y, por lo tanto, que la conciencia que rige la acción humana sobre las fuerzas naturales pasa a través de la conciencia respecto de las formas sociales con que se organiza dicha acción.

A la inversa, cuando se trata de una acción humana que se presenta teniendo por objeto inmediato una pura relación social, a la representación lógica le parece que la unidad del proceso de conocimiento se agota al interior de las formas sociales mismas. Le parece, entonces, que se trata del objeto de una ciencia social separada de la ciencia natural. Sin embargo, las formas sociales no son sino la modalidad específica con que se rige el proceso de metabolismo humano. Este es un proceso natural cuya especificidad se encuentra determinada por el consumo universal de objetos naturales mediados en su condición de valores de uso por el trabajo social. De modo que la organización de la vida social, que parte de la asignación de la fuerza de trabajo social bajo sus distintas formas concretas útiles determinadas, no es sino la forma humanamente específica de organizarse la materialidad del proceso de metabolismo natural humano. La producción de la conciencia científica que rige la organización de la vida social no puede avanzar sino penetrando analíticamente en el terreno de las formas simplemente naturales hasta descubrir la materialidad de la necesidad de la propia acción. Y, luego, esta producción sólo puede avanzar acompañando idealmente el despliegue de esta materialidad hasta determinar a la acción social que ella misma rige como la forma concreta necesaria de realizarse dicha materialidad. En el conocimiento dialéctico, el avance analítico desde las formas sociales a las formas materiales y el retorno sintético desde las formas materiales a las formas sociales se desarrollan sin solución de continuidad porque la naturalidad humana y la humanización de la naturaleza son la misma cosa.

En el desarrollo histórico, esta unidad recién puede ponerse directamente de manifiesto como atributo de la ciencia que rige la organización de la acción revolucionaria de la clase obrera: el objeto inmediato de esta acción es la organización consciente general de la materialidad del trabajo social:

«La industria es la relación histórica *real* de la naturaleza (y, por ello, de la Ciencia natural) con el hombre; por eso, al concebirla como desvelación *esotérica* de las *fuerzas* humanas *esenciales*, se comprende también la esencia *humana* de la naturaleza o la esencia *natural* del hombre; con ello pierde la Ciencia natural su orientación abstracta, material, o mejor idealista, y se convierte en base de la ciencia *humana*, del mismo modo que se ha convertido ya (aunque en forma enajenada) en base de la vida humana real. Dar *una* base a la vida y otra a la *ciencia* es, pues, de antemano, una mentira. La naturaleza que se desarrolla en la

historia humana (en el acto de nacimiento de la sociedad humana) es la *verdadera* naturaleza del hombre; de ahí que la naturaleza, tal como, aunque en forma enajenada, se desarrolla en la industria, sea la verdadera naturaleza *antropológica*.

»La sensibilidad (véase Feuerbach) debe ser la base de toda ciencia. Sólo cuando parte de ella en la doble forma de conciencia *sensible* y de necesidad *sensible*, es decir, sólo cuando parte de la naturaleza, es la ciencia *verdadera* ciencia. La Historia toda es la historia preparatoria de la conversión del “hombre” en objeto de conciencia *sensible* y de la necesidad. La Historia misma es una parte *real* de la *Historia natural*, de la conversión de la naturaleza en hombre. Algún día la Ciencia natural se incorporará la Ciencia del hombre, del mismo modo que la Ciencia del hombre se incorporará la Ciencia natural; habrá *una sola* Ciencia.

»... La realidad *social* de la naturaleza y la Ciencia natural *humana* o *Ciencia natural del hombre* son expresiones idénticas». ¹²

9.2 El método de exposición y su lectura crítica

El conocimiento dialéctico resulta de la unidad del proceso de análisis y síntesis. Pero es estrictamente en esta segunda fase en donde el pensamiento va acompañando el despliegue de la necesidad real de su objeto. Por lo tanto, es en ella en donde emerge la reproducción ideal del mismo:

«Es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico». ¹³

La reproducción ideal de lo concreto toma una existencia socialmente objetivada en su exposición. La investigación dialéctica no puede pasar por alto ninguna forma atinente al desarrollo de la potencialidad del objeto concreto que se va realizar con la acción. Pero la lectura crítica de la exposición de la investigación dialéctica implica la reproducción del proceso de investigación mismo por el lector. En caso de que el lector se dé por satisfecho con la lectura misma sin enfrentar por su cuenta la *reproducción* de las formas reales en cuestión, lo que obtiene como resultado no tiene cómo pasar de ser una *representación*. En el mejor de los casos, se trata de una representación que incluye la de que el investigador original debe haber reproducido esas formas reales.

Marx reprodujo idealmente de manera originaria la especificidad del modo de producción capitalista, hasta descubrir su necesidad histórica de engendrar la organización consciente general de la vida social. Y dio forma social objetivada a esta conciencia en *El capital*. En la medida en que todo proceso de conocimiento posterior respecto de las formas sociales actuales pasa necesariamente por lo que quedó así determinado como su curso general, se

12. Marx, *Manuscritos. Economía y filosofía*, págs. 152-153.

13. Karl Marx. *Das Kapital*. Vol. 1. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1981, pág. 331, traducción propia.

encuentra determinado como un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social. Pero, remarcando lo que ya dijimos, por lo mismo no se trata de leer *El capital*; ni siquiera de estudiarlo. De lo que se trata es de enfrentar por nosotros mismos a las formas reales del capital en búsqueda de la necesidad concreta de nuestra propia acción, hasta poder regir conscientemente a ésta por haber reproducido idealmente su potencialidad. Y es en este proceso que *El capital* nos sirve como herramienta que va señalándonos el curso por donde podemos avanzar con más eficiencia. La determinación concreta que al investigador original le llevó la vida reproducir mediante su pensamiento, puede ser reproducida por el investigador que desarrolla su proceso de conocimiento individual como un proceso de reconocimiento desde el punto de vista social, con una dificultad y en un tiempo sustancialmente menores. De modo que se encuentra en condiciones de avanzar en su propio proceso de conocimiento original en la reproducción ideal de formas reales concretas inalcanzables para el primitivo investigador original.

Esta forma que toma la unidad entre el conocimiento dialéctico ya producido y su lectura crítica libera a la exposición de la necesidad de presentar estrictamente cada una de las relaciones por las que ha debido pasar la investigación. Basta con que aparezcan en ella los nexos sobre los cuales pueda sostenerse la reproducción crítica de la investigación.

En el proceso de reproducción propiamente dicho, la investigación necesita desplegar idealmente las determinaciones del concreto real objeto de la investigación arrancando desde la forma concreta más simple del mismo. Dado su propio fin, la exposición no necesita remontarse hasta este punto. Su comienzo se ubica directamente en la forma concreta más simple que concierne de manera específica al proceso de conocimiento original de que se trata. Cuando más, puede haber la exposición sintética de las determinaciones cuya realización ya se manifiesta en este concreto específico más simple, a fin de resaltar aquellas que resultan claves para el nuevo desarrollo original que se va a realizar. La exposición acompaña entonces idealmente la realización de la necesidad inmanente al concreto específico más simple, en su afirmarse mediante su propia negación. De modo que la exposición muestra a este concreto, objeto de la investigación, como un sujeto portador de la necesidad de su propio movimiento. Lo acompaña en la realización de este movimiento hasta el punto en que se afirma mediante su propia negación en una forma concreta suya más desarrollada que encierra una necesidad a realizar que le es específicamente propia. En este punto, la necesidad genéricamente propia del concreto más simple ha quedado expuesta como la necesidad a realizar por una forma concreta específica de ese concreto mismo. Ahora, la exposición sigue su curso operando con esta forma concreta específica de un modo semejante al seguido con la más simple. Esto es, se abre un nuevo nodo expositivo a partir de la forma concreta específica cuya determinación ha sido desplegada en el nodo anterior. Cada forma concreta que se va descubriendo en el desarrollo de

la metamorfosis de la capacidad genérica del sujeto, determina la existencia del nodo expositivo correspondiente:

«Sin duda, el modo de exposición debe distinguirse formalmente del modo de investigación. La investigación tiene que apropiarse la materia en detalle, analizar sus distintas formas de desarrollo y desenrollar su hilo interno. Sólo después de completada esta labor, puede volverse a presentar adecuadamente el movimiento real. Logrado esto, y si se refleja pues idealmente la vida de la materia, puede parecer que se está ante una construcción a priori».¹⁴

Es oportuno destacar que, por su misma forma, la exposición no corresponde a una abstracta génesis de lo concreto. Marx se advierte a sí mismo acerca del riesgo de alimentar esta inversión:

«En otro momento, antes de dejar este problema, será necesario corregir la manera idealista de exponerlo, que da la impresión de tratarse de puras definiciones conceptuales y de la dialéctica de los conceptos. Por consiguiente, deberá criticarse ante todo la afirmación: el producto (o actividad) deviene mercancía; la mercancía, valor de cambio; el valor de cambio, dinero».¹⁵

Así, por ejemplo, no se trata de que, al ir avanzando, la mercancía misma de la que se ha partido engendra determinaciones que no se encontraban presentes en ella al descubrirla como el concreto específico más simple en que se presenta la riqueza en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista. Por el contrario, estas determinaciones ya se encontraban plenamente desarrolladas en ella, como que ella misma era producto del capital. Sólo que no nos eran visibles al enfrentar a la mercancía en su inmediatez de tal. De modo que, por ejemplo, no es que la mercancía que encontramos como tal expresión específica más simple de la riqueza social en el modo de producción capitalista tiene su valor de cambio determinado como simple producto del trabajo y que, luego, la incorporación efectiva del carácter capitalista de la producción engendra su cambiabilidad como producto de capitales igualmente valorizados, o sea, determina su valor de cambio como precio de producción. Es a la inversa. El «cúmulo de mercancías» de la que partimos no es sino la forma inmediata que nos presenta la unidad del movimiento del capital social regida por la formación de la tasa general de ganancia, donde esta formación es el modo concreto de resolverse la contradicción entre la forma genérica del capital como valor que se valoriza sin encerrar ninguna diferencia cualitativa a su interior y su diferenciación efectiva en el proceso de producción como capital variable y capital constante. Toda esta complejidad se encuentra presente en la mercancía al enfrentárnosla por primera vez. Lo que pasa es que no tenemos más modo de descubrirla que a partir de enfrentarla en la inmediatez de su determinación más simple; y ésta sólo puede

14. Marx, «Postfacio de la segunda edición alemana», pág. 12.

15. Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, pág. 77.

ponerla al descubierto la mercancía como simple producto del trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado. Más aún, es sólo mediante el desarrollo de las determinaciones inmanentes a la mercancía conocida de este modo que podemos llegar a descubrir la complejidad de la mercancía como producto del capital en su integridad. Por lo tanto, si detuviéramos el avance de nuestro conocimiento en la mercancía como simple producto del trabajo, no nos encontraríamos con que nuestro conocimiento se ha detenido en una forma abstracta inexistente como concreto real. Nuestro conocimiento se habría detenido ante una apariencia particular presentada por un concreto real.

Por lo demás, la misma relación entre la investigación original y su lectura crítica propia de la reproducción de lo concreto por el pensamiento permite darle formas particulares a la estructura necesariamente nodal de la exposición. Detengámonos muy sucintamente en la que le da Marx en *El capital*, de manera acabada en el primer tomo. Comienza por enfrentar expositivamente a una forma concreta que, de momento, no tiene más justificación acerca de su necesidad como sujeto que el encontrarse puesta allí como tal; o, más precisamente, que el encontrarse puesta allí como un mero objeto. De modo que el primer paso en la exposición de la necesidad de este sujeto es la exposición del análisis del mismo, a partir de la exterioridad suya en que se encuentra puesto. Este análisis empieza por seguir una serie de cursos que aparecen abiertos ante él, llegando en este seguimiento mismo a poner en evidencia la naturaleza puramente aparente de tales cursos. Lo hace, al mostrar que de ellos no resulta más que la vuelta circular, sin trascender en momento alguno el camino analítico, al punto de partida. Recién entonces el análisis avanza por el curso que se presenta como otro posible junto a los aparentes antes seguidos, pero que, lejos de rebotar de inmediato al punto de partida, se extiende hasta poner al descubierto la necesidad que específicamente define al sujeto en consideración como tal sujeto. El proceso de investigación de donde ha resultado verdaderamente este descubrimiento aparece así, en la exposición, como si hubiera sido uno abstractamente analítico.

Mostrada la necesidad a realizar específica del sujeto, la exposición acompaña el despliegue de la misma, o sea, el desarrollo de las formas concretas del sujeto. Cosa que la exposición hace hasta que el sujeto se desarrolla en una o más formas concretas específicas que tienen la necesidad inherente a la forma simple inicial, no ya meramente en tanto necesidad que las determina como a tales formas concretas, sino como necesidad a realizar que les es propia. Al mostrar su necesidad de este modo, el sujeto específicamente considerado se encarga de hacer evidente, por sí mismo, a aquella necesidad que era su originaria – al comienzo sólo visible en la exposición analítica, y por tanto exteriormente a él como tal sujeto – como propiamente suya. La exposición del despliegue de la necesidad del sujeto específico considerado justifica, con ello, la necesidad de su propio punto de partida. Alcanzado este grado de

avance, la exposición no continúa fluyendo simplemente en el desarrollo de esta necesidad renovada del sujeto; o sea, desarrollando la metamorfosis de las formas concretas del sujeto, en sujetos ellas mismas. Antes bien, la exposición pasa directamente a encarar a la forma específica del sujeto que es la realización ya efectuada de tal necesidad, desde la exterioridad misma de esta forma aparecida por su propia cuenta. Recomienza, con esta apertura de un nuevo nodo, el ciclo formal de la exposición.

El capital comienza así enfrentándonos con la mercancía sin más razón manifiesta para hacerlo que el ser, la mercancía, la forma elemental de la riqueza en la sociedad capitalista. El análisis subsiguientemente expuesto pone en evidencia que lo específico de la mercancía, a saber, su aptitud para el cambio, reside en el carácter privado e independiente del trabajo social que la produce. Pero este descubrimiento mismo muestra que el análisis no puede dar cuenta de la necesidad de esta especificidad. La presentación del análisis deja lugar a que el propio desarrollo de la expresión del valor de la mercancía en la relación de cambio se encargue de poner de manifiesto a la mercancía como la relación social materializada mediante la cual los productores privados e independientes – que carecen de todo control directo sobre el carácter social de sus trabajos – resuelven la asignación de su fuerza de trabajo total a la producción de los distintos valores de uso sociales.¹⁶

En este despliegue que le es propio, la mercancía alcanza a mostrar la necesidad formal de su determinación como dinero; vale decir, de la forma concreta de la mercancía que no es otra cosa que la materialización directa del trabajo social. Lejos ya de su abstracta inmediatez inicial, y aun de la exterioridad analítica, la mercancía se muestra ahora, en la exposición, tomando por sí misma la forma del representante de la relación social general en el proceso humano de metabolismo social autónomamente regido. Se muestra, en consecuencia, afirmándose por sí misma como tal relación. Al hacerlo, muestra que la conciencia libre de los productores privados e independientes no es sino la forma concreta de su conciencia enajenada en las potencias sociales de la mercancía misma.

El proceso de cambio de las mercancías es la realización de dicha relación social. Abre, como tal, un nuevo nodo expositivo, un nuevo capítulo. Pero el proceso de cambio de las mercancías no efectúa esta apertura presentándose directamente como forma renovada del sujeto, sino desde la pura exterioridad de éste: «las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado». Es a partir de

16. Marx lo sintetiza del siguiente modo:

«Como vemos, todo lo que nos dijo antes el análisis del valor de la mercancía, nos lo dice ahora el lienzo mismo, tan pronto como entra en relación con otra mercancía, la chaqueta. Sólo que él expresa sus pensamientos en el único idioma que le es familiar, el idioma de las mercancías» (Marx, *Das Kapital*, vol. 1, pág. 33, traducción propia).

esta renovada observación inmediata que la exposición toma otra vez forma analítica. Pero, ahora, el análisis muestra rápidamente que la voluntad de los poseedores que las llevan al mercado no es sino la personificación de las potencias sociales de las propias mercancías. Y el análisis de esta conciencia nos pone frente a la evidencia de que, por muy independientes que sean los poseedores de mercancías, su conciencia individual sólo puede encontrarse determinada como personificación de sus mercancías en la unidad social del movimiento de éstas. Ahora, es esta unidad social la que se pone en movimiento en el despliegue de su necesidad como proceso histórico del que emerge la mercancía misma como producto del trabajo abstracto socialmente necesario realizado de manera privada e independiente y el dinero como la expresión necesaria única del trabajo social realizado de dicho modo.

El movimiento, no ya histórico sino actual, de las mercancías en el proceso de cambio, la circulación de las mercancías abre un nuevo nodo expositivo. Este parte otra vez de la observación inmediata de los atributos con que el dinero se presenta como condición para la circulación, avanzando en el análisis de los mismos como medida de valor y patrón de precios. Es recién entonces que la exposición vuelve a avanzar desplegando el movimiento necesario de las mercancías en la circulación que determinan las funciones del dinero, no ya como premisas suyas, sino como sus formas concretas necesarias. El dinero alcanza, por este camino, las formas concretas en donde la producción mercantil tiene por objeto inmediato la producción de la relación social general: el dinero como tesoro, medio de pago y dinero mundial. La necesidad de la producción de la relación social general como fin propio de la producción mercantil, exteriormente puesta de manifiesto al encarar al proceso de circulación en su abstracta inmediatez, se manifiesta ahora en la exposición, no ya como una necesidad genérica del dinero, sino como necesidad inherente a funciones concretas de éste. Marx nos pone así en el umbral de la forma plena de la producción de valor: la producción de valor por medio del valor mismo, la valorización del valor. Pero la exposición traspasa este umbral en forma no directamente manifiesta, colocándose ante la exterioridad inmediata de la valorización del valor. De más está decirlo, la exposición abre aquí un nuevo nodo formal, encarando la expresión más simple del ciclo del capital.

Esta modalidad particular de estructurar la exposición incita al lector crítico, que como tal reproduce con su propio pensamiento el despliegue de la necesidad del sujeto acerca del cual trata *El capital*, a seguir por su cuenta el movimiento interno que encierra el salto expositivo de un nodo a otro, desarrollando críticamente la necesidad real allí presente. Al mismo tiempo, tiene la virtud de hacer constantemente evidente que el conocimiento dialéctico no tiene por punto de partida un concepto o categoría a desarrollar, sino que parte de enfrentarse a un concreto en la inmediatez del mismo. Cada capítulo

pone en evidencia por sí mismo la unidad completa del método dialéctico de investigación.¹⁷

No está de más destacar aquí el avance de Marx en la unidad de la investigación y la exposición desde los *Manuscritos de 1844 a El capital*. En los *Manuscritos*, Marx pone por primera vez a las formas económicas de la sociedad como eje del desarrollo. Pero no lo hace arrancando de ellas mismas, sino de las categorías o conceptos con que se las representa la economía política. Luego, avanza críticamente sobre esos conceptos hasta mostrar que ellos llevan ineludiblemente a la evidencia de la enajenación del trabajo como atributo de su propio producto, en el modo de producción capitalista. Asimismo, descubre que la enajenación brota del carácter privado del trabajo: la propiedad privada – forma concreta general de la enajenación – se encuentra siempre presente como el resultado del trabajo privado.

Pero este curso muestra su límite cuando llega el momento de fundar la razón histórica de existir del modo de producción capitalista y, por lo tanto, la necesidad de su superación. Marx ha seguido un camino que sólo le permite presentar estas determinaciones fundadas de un modo abstractamente «dialéctico». Ante todo, el desarrollo del carácter privado del trabajo le aparece teniendo su raíz en el abstracto ejercicio del ser genérico humano: la acción consciente ejercida sobre el medio para transformarlo en un medio para la vida humana – el trabajo – actúa necesariamente sobre un objeto exterior, se objetiva. Luego, para expresar la plenitud de sus potencias para objetivarse, el ser genérico humano se niega como tal accionar consciente para afirmarse como un accionar enajenado. Y sólo alcanzando la plenitud de su enajenación es que llega el momento en que se impone una abstracta negación de la negación: la plena enajenación en el objeto engendra la conciencia científica que acaba liberándose de la enajenación. Al mismo tiempo, Marx desarrolla en paralelo otro movimiento de negarse la negación por haberse llevado ésta a su extremo: al trabajar de manera privada el obrero produce tal miseria para sí que le resulta ineludible sublevarse contra el capital.

En *El capital*, Marx no arranca de las categorías de la economía política. Más aún, no arranca de categoría alguna. Arranca de la observación inmediata del concreto más simple en que se materializa la enajenación del trabajo humano como atributo social de su producto material, a saber, de la mercancía. *El capital* no avanza hacia la enajenación, sino que parte de ella bajo su misma expresión material concreta. Es, en sí, el despliegue de la conciencia enajenada en el proceso de descubrir su propia enajenación. Por lo tanto, lo que va haciendo es acompañar el desarrollo de la forma concreta de existencia de la conciencia enajenada, hasta descubrirla en su necesidad como relación social objetivada que ha devenido el sujeto concreto de la vida social, a saber,

17. «... y el lector que, después de todo, quiera seguirme, debe decidirse a ascender de lo singular a lo general». Marx, *Einleitung [zu der «Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie»]*, pág. 501, traducción propia.

como capital. Queda al descubierto entonces cómo, en su movimiento como sujeto enajenado que no encierra otra necesidad inmediata que la producción de más de sí mismo, el capital revoluciona continuamente las condiciones materiales del proceso de trabajo. Y se ve cómo esta transformación enajenada de la materialidad del trabajo se desarrolla de manera acabada imponiendo la organización consciente general de la producción y el consumo sociales. Esto es, se ve cómo el desarrollo material del proceso de trabajo regido por el capital acaba determinando a la conciencia enajenada del obrero colectivo que lo realiza, y a su acción directa como clase, como la conciencia y la acción del sujeto que, en tanto enajenado como atributo del capital, se ve forzado a negar su propia enajenación.

Por su forma, la exposición positiva del movimiento del capital como sujeto social enajenado históricamente específico es la crítica de la economía política. Como tal, es capaz de dar cuenta de la necesidad de la economía política como expresión científica de la conciencia enajenada que se ve a sí misma como una conciencia abstractamente libre y que, por lo tanto, no tiene cómo dejar de ser, al mismo tiempo, una conciencia puramente ideológica. Y es capaz de dar cuenta de su propia necesidad, en su condición de conciencia enajenada que se descubre en su propia enajenación y toma en sus manos las potencias históricas que tal enajenación le imponen:

«No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser».¹⁸

18. Karl Marx. *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*. Ed. por Karl Marx y Friedrich Engels. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1971, pág. 51.

De la crítica de la economía política a la economía política crítica. El caso de Rubin y sus herederos

10.1 La inversión de la reproducción de lo concreto en el pensamiento como una representación lógica; o de cómo presentar al trabajo privado como si fuera su contrario

La asignación privada e independiente del trabajo social bajo sus formas concretas útiles, propia del modo de producción capitalista, determina a los individuos como personificaciones de las potencias sociales del producto del trabajo. Son individuos libres sólo en tanto someten su conciencia y voluntad a la producción de valor y, más específicamente, de plusvalía. La economía política es la expresión científica de esta conciencia enajenada que cree ser libre. Como tal, parte de naturalizar a la mercancía y al capital. Marx le opone el descubrimiento del por qué el trabajo social se representa como valor cuando se lo realiza de modo privado e independiente. Luego, descubre la especificidad histórica contradictoria del capitalismo, en tanto modo de socializarse crecientemente el trabajo como un atributo del trabajo privado. Con lo cual descubre la especificidad histórica de la clase obrera como sujeto revolucionario, en tanto portadora, no de una conciencia libre, sino de una conciencia enajenada a la que dicha socialización le impone dar cuenta de su propia enajenación. Al descubrir cómo la conciencia libre es la forma concreta necesaria de la conciencia enajenada en el capitalismo, el curso abierto por Marx es por su propia forma la crítica de la economía política.

¿Cuál es, entonces, el camino que lleva de la crítica de la economía política a la economía política crítica, hoy dominante como forma de la conciencia crítica del modo de producción capitalista?

Tomemos como concreto del cual partir el caso de Isaak Rubin. Rubin se encuentra reconocido entre los economistas marxistas por su preocupación por distinguir contenido y forma, y establecer la relación entre ambos. ¿Qué encuentra Rubin en la forma que da Marx a la exposición?

Según Rubin:

«Cuando Marx se aproxima a los lugares decisivos de su sistema, cuando debe pasar de las definiciones generales a explicaciones más particulares, de los conceptos

generales a sus modificaciones, de una “determinación de la forma” a otra, apela al siguiente método de exposición. Mediante un enorme poder de pensamiento, extrae todas las conclusiones lógicas de la primera definición que elabora, para desarrollar, luego intrépidamente todas las consecuencias que se desprenden de ese concepto hasta sus extremos lógicos. Muestra al lector todas las contradicciones de esas consecuencias, es decir, su divergencia de la realidad. Cuando la atención del lector ha sido llevada a este límite, cuando el lector comienza a pensar que la definición inicial debe ser totalmente rechazada, porque es contradictoria, Marx acude en su ayuda. Y sugiere una solución para el problema, solución que no consiste en desechar la primera definición, sino más bien en “modificarla”, “desarrollarla” y completarla. Así se eliminan las contradicciones. Marx hace esto en el capítulo IV del tomo I de *El capital*, cuando examina la transición del valor de las mercancías al valor de la fuerza de trabajo. [...] Así es como está construido el capítulo VIII del tomo III de *El capital*. [...] La imposibilidad de la plusvalía en el capítulo IV del tomo I, y la posibilidad de tasas diferentes de ganancia en el capítulo VIII del tomo III, no sirven a Marx como eslabones lógicamente necesarios para sus construcciones sino como prueba de lo opuesto. El hecho de que estas conclusiones conduzcan a un absurdo lógico muestra que el análisis aún no ha terminado y debe ser llevado más adelante».¹

Para empezar, la necesidad misma de la lectura crítica que desarrolla por su cuenta la reproducción del camino desplegado en la exposición, se encuentra invertida aquí en la iluminación del lector salvado de la pérdida por la llama del genio. Donde Marx no hace sino agotar los caminos aparentes que se le abren al análisis al enfrentar una cierta forma concreta en la búsqueda de la necesidad que la determina en tanto tal, para remarcar la necesidad del camino que finalmente lleva a superar esa apariencia (cosa que hace desarrollando esos caminos aparentes hasta poner en evidencia que no pueden más que remitir de vuelta al punto de partida), Rubin ve el ejercicio propio de la pedantería académica. La posibilidad de la acción que sea consciente de su propia necesidad más allá de toda apariencia no es ya la forma necesaria de realizarse las potencias del capital para aniquilarse a sí mismo en su propio desarrollo, sino que responde al nacimiento más o menos oportuno de individuos con «un enorme poder de pensamiento». Pero éste es apenas el principio. ¿Por qué allí donde Marx desarrolla la búsqueda analítica de la necesidad de una forma concreta, esto es, donde avanza desde lo concreto hacia lo abstracto, Rubin ve por el contrario un avance de lo abstracto a lo concreto? ¿Por qué donde Marx despliega la realización de la necesidad que determina a una forma concreta como tal, esto es, donde avanza volviendo desde lo abstracto hacia lo concreto, Rubin ve por el contrario un llevar adelante el análisis, y como resultado de éste, a lo concreto puesto como causa de lo abstracto?²

1. Isaak Rubin. «Ensayos sobre la teoría marxista del valor». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 53: Buenos Aires (1974), págs. 303-304.

2. Por ejemplo, en los casos que veremos en seguida donde, desde la óptica de

Ocurre que, en el mismo acto en que Rubin despoja a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento de su necesidad histórica, rebaja su contenido a un proceso que «más bien» (¿mucho, poquito, nada?) «modifica», «desarrolla» y «completa» una «definición inicial». Es decir, invierte su contenido, transformándolo en un desarrollo que parte de una concepción abstracta, sigue luego una necesidad puramente mental, una lógica, y tropieza entonces con la inevitable exterioridad de esta necesidad respecto de la real. Tropiezo que se le antoja no tener más solución que volver a negar la naturaleza real de la forma abstracta (negada ya al ser representada como una «definición») debido a las «divergencias de la realidad» que resultan de la concepción de esa forma como una «definición inicial», *redefiniéndola* como un concepto que incluye elementos que lo asemejan más a las apariencias de la realidad. Es así que el desarrollo de la contradicción real – esto es, el afirmarse la forma real abstracta mediante su propia negación como tal al realizar su necesidad, transformándose en una forma real concreta que tiene una necesidad propia a realizar – queda doblemente invertida en una «elimina[ción ideal de] las contradicciones». A Rubin no tiene cómo entrarle en la cabeza, entonces, que el proceso del conocimiento dialéctico que sigue al análisis en la reproducción de lo concreto mediante el pensamiento toma necesariamente forma acompañando el desarrollo de la contradicción real.³

Como su camino no hace sino llevarlo de una abstracción lógica a otra que no lo es menos, todo se le hace pasar de un concepto a otro, a partir del definido inicialmente,⁴ hasta llegar a construir «un sistema». Y, por supuesto,

Rubin, la génesis de la forma dinero explica la sustancia de valor de las mercancías, y la forma de fetiche de la mercancía explica la forma mercancía misma.

3. Marx plantea la cuestión de manera directa:

«Hemos visto que el proceso de cambio de las mercancías comprende relaciones contradictorias que se excluyen recíprocamente. El desarrollo de la mercancía no suprime esas contradicciones, pero crea las formas en que ellas pueden moverse. Este es ante todo el método por medio del cual las contradicciones reales se resuelven» (Karl Marx. *Das Kapital*. Vol. 1. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1981, pág. 9, traducción propia).

«La mercancía es *unidad directa de valor de uso y valor de cambio*, o sea de dos contrarios. Es, por consiguiente, una *contradicción* directa. Es necesario desarrollar esta contradicción, una vez que ya no consideramos analíticamente la mercancía, como hasta ahora, bien desde el punto de vista del valor de uso, bien desde el punto de vista del valor de cambio, sino que lo vinculamos efectivamente como un todo a otras mercancías. Pero la relación *efectiva* de las mercancías entre sí es su proceso de intercambio» (primera edición del primer capítulo de Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. Tomo 1. México, DF: Siglo XXI, 1984, pág. 1016).

4. Según Rubin:

«Una vez que hemos rastreado el fenómeno complejo remontándonos hasta sus

así como le endilga sus propias confusiones a Marx respecto del modo de exposición, se las endilga respecto del método de investigación:

«Hemos llegado a la paradójica situación de que Marx a veces considera el trabajo social (o socialmente igualado) y a veces el trabajo abstracto como contenido del valor. ¿Cómo podemos eludir esta contradicción? Ella desaparece si recordamos que el método dialéctico incluye los dos métodos de análisis que consideramos antes: el del análisis a partir de la forma para llegar al contenido y el que va del contenido a la forma.⁵ [...] Al pasar analíticamente de las formas acabadas a su contenido, encontramos el trabajo socialmente igualado como contenido del valor. Pero llegamos a otra conclusión si partimos, no de la forma acabada, sino del contenido mismo (es decir, el trabajo) del cual surge necesariamente la forma (esto es, el valor). Para pasar del trabajo, considerado como el contenido, al valor, como la forma, debemos incluir el concepto de trabajo en la forma social que corresponde a él en la economía mercantil, o sea, debemos ahora reconocer el trabajo abstractamente universal como el contenido del valor».⁶

Más allá de las paradójicas situaciones y del cómo eludir las contradicciones que brotan por cuenta de las inversiones de Rubin, a las que da vueltas y más vueltas, extendámonos aquí un poco más en lo que el propio Marx dice explícitamente acerca del método científico en *El capital*:

«Es de hecho mucho más fácil encontrar por el análisis el núcleo terrenal de las nebulosidades religiosas que, al revés, de las relaciones de vida reales de cada momento, desarrollar sus formas celestiales. El último es el único método materialista y, por lo tanto, científico».⁷

Rubin mismo hace referencia a esta cita como una de sus fuentes de inspiración metodológica. Pero, en sus manos, *el único método materialista y, por lo tanto, científico*, sufre una notable metamorfosis. Tiene ahora por todo secreto el «incluir» a partir del «contenido», el «concepto [...] en la forma social que corresponde a él [el contenido] en la economía» de que se trate. No se trata sino de la afirmación lisa y llana de que la representación teórica supera la exterioridad de su necesidad lógica respecto de la necesidad real, porque se la declara (como veremos a continuación) «totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad». Lo

elementos básicos por medio del análisis, debemos tomar la dirección opuesta y, partiendo de los conceptos más abstractos, mostrar cómo se desarrollan llevándonos hasta formas más concretas, conceptos más concretos» (Isaak Rubin. "Abstract Labor and Value in Marx's System". En: *Debates in Value Theory*. Ed. por Simon Mohum. Nueva York: St. Martin's Press, 1994, pág. 38, traducción propia).

5. Notemos que Rubin hace referencia a "los dos métodos de análisis". Como el camino que sigue no hace sino llevarlo de una abstracción lógica a otra, sea que se mueva en una dirección o en la otra, Rubin acaba por reducir todo el método dialéctico a uno en que no cabe más necesidad que la puramente analítica, un doble análisis.

6. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 171.

7. Marx, *Das Kapital*, pág. 331, traducción propia.

único que Rubin puede desarrollar mediante este método, es la inversión paso a paso de cada una de las afirmaciones explícitamente hechas por Marx acerca de su método. Según Rubin:

«Marx expresó lúcidamente el carácter lógico de su teoría del valor cuando dijo: “Hasta hoy, no conocemos más relación económica entre los hombres que la de poseedores de mercancías, relación en la que el hombre sólo entra en posesión de los productos del trabajo ajeno desprendiéndose de los del suyo propio”. [...] Así se explica una característica de la economía política como ciencia. Los conceptos básicos de la economía política se constituyen sobre la base del valor, y a primera vista hasta parecen ser emanaciones lógicas del valor. [...] Pero en realidad, el poder de la teoría de Marx no reside en su coherencia lógica interna tanto como en el hecho de que la teoría está totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad y aclarado por el poder del pensamiento abstracto. [...] Un concepto surge de otro sólo en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas. El hecho es que todo concepto posterior lleva, en la teoría de Marx, el sello del anterior. Todos los conceptos básicos del sistema económico parecen variedades lógicas del concepto de valor. [...] A primera vista, esta emanación lógica de los conceptos económicos básicos a partir del concepto de valor parece inexplicable. Pero puede explicarse por el hecho de que las relaciones de producción en la sociedad capitalista, que se expresan en los conceptos mencionados (capital, salarios, ganancia, interés, renta, etc.), aparecen en la *forma de relaciones entre productores independientes de mercancías*, relaciones que se expresan a través del concepto de valor. [...] El sistema de conceptos económicos se desarrolla a partir del sistema de las relaciones de producción. La estructura lógica de la economía política como ciencia expresa la estructura social de la sociedad capitalista».⁸

Rubin vuelve a atribuirle a Marx su propia concepción del método científico como una representación lógica. Recordemos la conclusión a la que llega Marx respecto de la lógica:

«La *lógica* [el *pensamiento especulativo* puro] es el *dinero* del espíritu, el *valor pensado*, especulativo, del hombre y de la naturaleza; su esencia que se ha hecho totalmente indiferente a toda determinación real y es, por tanto, irreal; es el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real; el *pensamiento abstracto*».⁹

Pero, a esta altura, es claro que para endilgarle a Marx una lógica no basta simplemente con declarar que la misma «expresa la estructura» de la realidad. Rubin sólo puede realizar su inversión sumergiéndose en un mundo de emanaciones, saturaciones, presencias, poderes que no residen tanto (pero nunca se nos dice cuánto) en un lugar como en otro, pensamientos abstractos, variedades lógicas. Este mundo fantasmagórico, hecho de ambigüedades, es el único a dónde Rubin puede recurrir para dar cuenta de la exterioridad de

8. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», págs. 142-144.

9. Karl Marx. *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1968, págs. 186-187.

la necesidad lógica respecto de la real más allá de la mera enunciación de su superación. Y emerge de él llevando de la mano al sujeto invertido que subyace en toda inversión lógica de la necesidad real por una ideal: *el concepto*.

Como buen sujeto, el concepto de Rubin es capaz de desarrollarse a sí mismo; pero, a diferencia del de Hegel, no es capaz de empezar a hacerlo por sí mismo. Recién cobra vida (aunque el cómo concreto sigue siendo un misterio que Rubin no nos revela) al ser puesto en presencia de condiciones reales dadas: «un concepto surge de otro sólo en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas». Dicho de otro modo, para Rubin el concepto lógico de naturaleza ahistórica se enfrenta al movimiento histórico, y este enfrentamiento lo desarrolla, de concepto, en movimiento lógico. Por supuesto, Rubin carga la responsabilidad de sus inversiones sobre Marx.

Recordemos lo que Marx señala como resultado inevitable de todo intento por integrar el movimiento lógico con la introducción de categorías que representen la inmediatez concreta, a saber, el caer en las propias contradicciones:

«Veamos ahora que modificaciones hace sufrir el señor Proudhon a la dialéctica de Hegel aplicándola a la economía política.

»... Hegel no necesita plantear problemas. No tiene más que la dialéctica. El señor Proudhon no tiene de la dialéctica más que el lenguaje.

»... Ya no es la dialéctica la que se sitúa en sí misma y se opone a sí misma en virtud de su naturaleza contradictoria, sino que es el señor Proudhon el que se mueve, forcejea y se agita entre los dos lados de la categoría.

»Puesto así en un atolladero, del que es difícil salir por los medios legales, el señor Proudhon hace un esfuerzo desesperado y de un salto se traslada a una nueva categoría. Entonces aparece ante sus ojos asombrados la *serie en el entendimiento*.

»Toma la primera categoría que le viene a mano y le atribuye arbitrariamente la propiedad de suprimir los inconvenientes de la categoría que se trata de depurar.

»“... En la razón absoluta todas estas ideas [...] son igualmente simples y generales [...] De hecho no llegamos a la ciencia sino levantando con nuestras ideas una *especie de andamiaje*. Pero la verdad en sí no depende de estas figuras dialécticas y está libre de las combinaciones de nuestro espíritu”. [citado por Marx de *La filosofía de la miseria*, de Proudhon]

»... La idea ya no puede ni situarse en sí misma en forma de categorías ni descomponerse en ellas. La sucesión de categorías se convierte en una especie de *andamiaje*. La dialéctica no es ya el movimiento de la razón absoluta. De la dialéctica no queda nada, y en su lugar vemos como mucho la moral pura.

»Al hablar el señor Proudhon de la *serie en el entendimiento*, de la *sucesión lógica de las categorías*, declaraba positivamente que no quería exponer la *historia en el orden cronológico*, es decir, según el señor Proudhon, la sucesión histórica en que las categorías se han *manifestado*. Todo ocurría entonces para él en el *éter puro de la razón*. Todo debía desprenderse de este éter por medio de la dialéctica. Ahora que se trata de poner en práctica esta dialéctica, la razón lo traiciona. La dialéctica del señor Proudhon abjura de la dialéctica de Hegel, y el señor Proudhon se ve

precisado a reconocer que el orden que expone las categorías económicas no es el orden en que se engendran unas a otras. Las evoluciones económicas no son ya las evoluciones de la razón misma.

»¿Qué es, pues, lo que nos presenta el señor Proudhon? ¿La historia real, es decir, según lo entiende el señor Proudhon, la sucesión en la que las categorías se han *manifestado* siguiendo el orden cronológico? No. ¿La historia, tal como se desarrolla en la idea misma? Menos aún. Por lo tanto, ino nos presenta ni la historia profana de las categorías ni su historia sagrada! ¿Qué historia nos ofrece, en fin de cuentas? La historia de sus propias contradicciones». ¹⁰

Veamos ahora que tiene Marx que decir a propósito del «concepto del valor» y su «desarrollo»:

«... para mí no son sujetos ni el “valor” ni el “valor de cambio”, sino solamente *la mercancía*.

»... Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un *concepto*, ...

»... Tenemos aquí la economía *conceptual*, cuya supuesta *elucidación* por el *vir obscurus* lleva al “enlazar” y en cierto modo al “desenlazar”.

»... Todo esto no son más que “charlatanerías”. *De prime abord*, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”.

»... Así se explica que nuestro *vir obscurus*, que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico*, que no arranca *del* hombre, sino de un período social económicamente dado, no guarda ni la más remota relación con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores alemanes (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”), ...

»... ¿Quién es el que establece aquí una contraposición lógica? El señor Rodbertus, para quien el “valor de uso” y el “valor de cambio” son, por naturaleza, meros “conceptos”. [...] [Al] que la usa, se le presenta cada clase concreta de mercancía en su forma natural específica, así como se le presenta en su *forma de valor* enteramente diferente, “común” a ella y a todas las demás mercancías, como *valor de cambio*. Aquí sólo existe una contraposición “lógica” para Rodbertus y los doctorales maestros de escuela alemanes afines a él, que arrancan del “concepto” de valor, y no de la “cosa social”, la “mercancía”, y luego el concepto se divide (desdobla) por sí mismo como si tuviese dos caras, para acabar discutiendo icuál de las dos quimeras es la que buscaban!

»... , en cualquier situación, el hombre tiene que comer, beber, etc. [...]; de ahí que el valor de uso sea para Rodbertus un concepto “lógico”. ¿Qué el hombre necesita respirar? Pues el “respirar” es un concepto “lógico”, de ninguna manera “fisiológico”. Pero donde mejor se revela la superficialidad de Rodbertus es en su

10. Karl Marx. *Marx/Engels. Obras Escogidas*. Vol. 7: *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973, págs. 75-77.

contraposición de un concepto “lógico” y otro “histórico”. El sólo enfoca el “valor” [...] en la *valor de cambio*; y como éste sólo se presenta [...] a partir de [...] un determinado grado de desarrollo histórico, [...] el *valor de cambio* es un concepto “histórico”». ¹¹

Rubin nos muestra los resultados de invertir a la «reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento» en una «teoría [...] totalmente saturada de un complejo y rico contenido económico-social tomado de la realidad y aclarado por el poder del pensamiento abstracto», construida mediante el «[surgir lógicamente un concepto de otro] en presencia de determinadas condiciones socioeconómicas», sin necesidad de remontarnos más allá de los párrafos suyos que ya hemos citado. Ni siquiera de este par: ¿qué es lo «económico-social» o lo «socioeconómico»? ¿Acaso lo económico, las formas económicas, las formas más simples de realizarse la organización del proceso material de metabolismo social (y que en la sociedad capitalista aparecen específicamente recortadas como relaciones sociales entre cosas, especificidad que es la que da a estas formas más simples su condición de «económicas» en sentido estricto), no son formas sociales ellas mismas? ¿Acaso las formas sociales que trascienden de las económicas no son las formas concretas necesarias de realizarse la organización del proceso de producción y consumo sociales, o sea, las formas concretas necesarias de realizarse las formas económicas y, por lo tanto, formas concretas de las formas económicas ellas mismas? Sólo en la exterioridad propia de la representación lógica, lo económico aparece necesariamente puesto como complemento exterior, y por lo tanto, en oposición, a lo social. Ocurre que, en el mundo de los conceptos lógicos, el de una forma abstracta aparece como el opuesto, o sea, como la abstracta negación inmediata, del correspondiente a la forma concreta en que aquélla realiza su necesidad. Rubin sucumbe así a las apariencias, y consecuente terminología preñada del contenido ideológico que se expresa en la necesidad de ocultar que se trata verdaderamente de lo «social-social», propias de la muy vulgar economía política del discurso de los funcionarios estatales. Pero sigamos a Rubin un poco más lejos en este método suyo donde un concepto emana de otro en presencia de determinadas condiciones «socio-sociales». Consideremos el trabajo abstracto.

Como concreto más simple, el trabajo humano productivo es el gasto material de una cierta cantidad de un cuerpo humano individual para producir objetos de materialidad externa a él, que sirven a su vez como medios para reproducir ese cuerpo o para producir y reproducir el de otros individuos. Cualquiera sea la forma concreta en que se aplique este gasto genérico de cuerpo humano, y cualquiera sea la forma específica con que se regule socialmente su asignación a esa forma concreta, los productos del trabajo humano son materializaciones del mismo. Esto es, son la forma material que toma lo que hasta allí existía materialmente como gasto productivo de cuerpo humano

11. Karl Marx. «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 97: Buenos Aires (1982), págs. 35-37.

en general. Como forma material que trasciende su realización bajo distintas modalidades concretas, ese concreto más simple se encuentra determinado como trabajo abstracto, y estas modalidades concretas de realizarse, como trabajo concreto. Allí donde la capacidad total de trabajo de la sociedad se asigna bajo sus distintas formas específicas de manera directa, sea mediante las relaciones directas entre las personas, sea mediante la asignación consciente de esa capacidad como una potencia colectiva, cada trabajo concreto y por lo tanto cada porción de trabajo abstracto realizada en él, forman parte del trabajo social en el momento mismo de efectuarse. Pero no ocurre lo mismo en la época histórica en que el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad supera la posibilidad de la organización del proceso de metabolismo social mediante las relaciones directas entre las personas, pero al mismo tiempo no alcanza un grado suficiente como para que el proceso de metabolismo social se organice conscientemente. Aquí, esta organización sólo puede abrirse paso bajo una forma indirecta. Esto es, dejando en las manos privadas de cada productor la realización de un trabajo concreto bajo la forma específica que el alcance de su conocimiento independiente le indique, para confirmar recién después, mediante el intercambio de los productos privados, cuánto de ese trabajo era parte del trabajo social y cuánto no. De modo que el producto material mismo se niega como simplemente tal, para afirmarse como un producto material que es, al mismo tiempo, la encarnación de la relación social general, es decir, de la organización del proceso de vida social. El proceso de producción de estos valores de uso que al mismo tiempo encarnan el vínculo social general, sigue siendo obviamente un proceso tan material como lo era y lo seguirá siendo a todo lo largo de la historia humana. Pero no es ya un simple proceso material. Se niega como simplemente tal, afirmándose como un proceso material que produce al mismo tiempo el vehículo de la relación social general. Dado que los productores privados independientes no guardan más relación social inmediata entre sí que como portadores de porciones alícuotas de la capacidad total de trabajo de la sociedad, no guardan entre sí más relación inmediata que la de ser portadores de la capacidad de trabajo total de la sociedad como simple gasto de fuerza humana de trabajo en general, como gasto productivo de cuerpo humano en general. Y es la materialidad de su trabajo abstracto realizado y transformado en la materialidad misma de su producto, en tanto ese trabajo sea socialmente necesario, el que se representa como la capacidad de las mercancías para vincularse entre sí en el cambio, y relacionar así socialmente a sus productores. Es precisamente ese gasto material, fisiológico, el que se niega a sí mismo como simplemente tal en la sociedad mercantil. Lo hace para afirmarse como un gasto material realizado que, al mismo tiempo, toma la forma de su opuesto, de una pura relación social que no contiene como tal ni un átomo de materialidad, como el valor de las mercancías. Lo propio de la producción mercantil, y luego de la producción capitalista, es que todas las formas de la producción material

actúan, al mismo tiempo, como las formas concretas necesarias de la relación social general. De ahí la apariencia jeroglífica y fetichista de la mercancía.

Pero, ¿cómo ve este doble carácter contradictorio de las formas materiales que deben actuar como formas sociales, es decir como las reguladoras de su propia producción material, el economista que como Rubin concibe al método de investigación como un engendrarse lógico de conceptos en presencia de las condiciones propias de la producción mercantil? En vez de arrancar enfrenándose al concreto más simple específicamente en cuestión para acompañar idealmente el desarrollo de su necesidad, para Rubin se trata de arrancar de un concepto para construir otro:

«Sólo puede haber un modo de salir de esas dificultades: puesto que el concepto de valor tiene un carácter social e histórico . . . , debemos construir el concepto de trabajo abstracto que crea valor sobre la misma base».¹²

Lejos de sacar a Rubin de dificultades, este camino no hace sino desnudar la profundidad de las que lo envuelven. Porque un poco antes Rubin ha enunciado que:

«De esto se sigue que el concepto de trabajo abstracto, en nuestro esquema, precede directamente al concepto de valor».¹³

Resulta entonces que el «concepto de trabajo abstracto» precede directamente al «concepto de valor» pero, al mismo tiempo, debe construirse en base al carácter de éste, que presumiblemente recién va a poder conocerse cuando ese concepto sea formulado. Esto es, la construcción del «concepto de trabajo abstracto» presupone conocer de antemano el «concepto de valor» que se deriva directamente del «concepto de trabajo abstracto». Esto, que en el lenguaje ordinario se llama un grosero razonamiento circular, se encuentra consagrado por Rubin como la quintaesencia del método científico. Se trata, sin duda, de un claro ejemplo del *poder* del método que procede «conceptualmente» de la forma al contenido y del contenido a la forma. Pero a Rubin no sólo se le tornan circulares las relaciones entre conceptos. En su afán por ampliar los conceptos para embutir de algún modo en ellos «las condiciones económico-sociales», acaba embrollándose hasta el punto de adjudicar a los conceptos una existencia autónoma del pensamiento humano mismo:

«[Si se acepta la definición de que] El trabajo abstracto es el gasto de energía humana como tal, independientemente de las formas dadas . . . , el concepto de trabajo abstracto es un concepto fisiológico, desprovisto de todo elemento social e histórico. El concepto de trabajo abstracto existe en todas las épocas históricas, independientemente de esta o aquella forma social de producción».¹⁴

No se trata ya de si el trabajo abstracto existe en cualquier época histórica o no, sino acerca de si «el concepto de trabajo abstracto» lo hace. Es obvio

12. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 189.

13. *Ibíd.*, pág. 170.

14. *Ibíd.*, pág. 186.

que ni siquiera el propio Aristóteles, no ya Lucy o los Cromagnon, llegaron a representarse su gasto de fuerza humana de trabajo en general, o sea, su trabajo abstracto, como un *concepto*. De donde esta discusión acerca de la naturaleza histórica o ahistórica del «concepto» de trabajo abstracto lleva en sí la inversión del mundo real como un mundo hecho de conceptos que existen por sí. Más aún, Rubin llega a invertir a los conceptos como los determinantes de las formas reales:

«Podría decirse que este concepto del trabajo abstracto debe ser tomado como la base, como el contenido y la sustancia del valor».¹⁵

Ya no es el «concepto del trabajo abstracto» la base, el contenido y la sustancia del «concepto del valor», sino del valor mismo en su existencia real. Esta inversión idealista no le brota a Rubin por mero descuido o accidente; pero tampoco, obviamente, adrede. Se encuentra implícita en la base misma del método científico estructurado como una representación de la realidad que sigue en su construcción a una necesidad abstracta, a una lógica. Para Rubin, y para los cultores de la representación en general, el concepto lógico nace de la exterioridad de una definición inicial y se amplía luego al incorporársele a él mismo, de modo no menos exterior, las apariencias de la realidad. Pero, por muy ajena a la necesidad real del fenómeno que esta construcción ideal sea, se la realiza precisamente para ser presentada como dando cuenta de la causa del fenómeno. Con lo cual sus autores caminan siempre al filo de la cornisa, o mejor dicho, pisando la cascara de banana que su propio método les tira constantemente por delante, prontos a caer en la inversión idealista que acaba por ver al concepto, no ya como una representación de la forma real, sino como su determinante. En la física moderna, que se vanagloria de estar libre de toda metafísica y mira por encima del hombro al conocimiento científico de las formas sociales por creerlo condenado por naturaleza a ella, esta inversión reina de manera indiscutida. Hegel no hace sino desarrollar esta inversión hasta su extremo necesario. Directamente invierte el desarrollo de la necesidad real poniéndolo como el desarrollo de la necesidad constructiva propia de la representación ideal, a saber, de la lógica. Supera así aquella doble exterioridad del concepto respecto de la necesidad real. Pero lo hace a expensas de poner al concepto como el determinante de la forma real, no ya de manera exterior al dárselo como causa, sino como la necesidad misma que en su propio desarrollo toma la forma concreta de objeto real. Hegel manifiesta su superación de la exterioridad, y al mismo tiempo perfeccionamiento de la inversión mistificadora, diciendo que el concepto:

«Es la verdad de la relación sustancial, en la que ser y esencia consiguen su acabada independencia y determinación, uno por medio del otro.

»... No está todavía esa realidad [la expuesta por medio del movimiento de la relación de sustancialidad por cuyo medio el concepto se ha *formado*] como su

15. *Ibíd.*, pág. 170.

propia determinación, surgida de él; cayó en la esfera de la necesidad; y la suya puede ser solamente una *libre* determinación ...

«... el concepto es la verdad solamente *en sí*; [...] *En primer lugar* es en general un *inmediato*, y en esta configuración sus momentos tienen la forma de *determinaciones inmediatas, firmes*. [...] Como esta forma de la intermediación es una existencia todavía inadecuada a su naturaleza, pues él es lo libre, que se refiere solamente a sí mismo, así tal forma es una forma *extrínseca*, en la que el concepto no puede valer como *ser-en-sí* y *por-sí*, sino *solamente* como *puesto*, o sea como algo subjetivo. [...] *En segundo lugar* el concepto en su *objetividad* es la *cosa misma existente en sí y por sí*».¹⁶

Marx resalta la inversión:

«... para poder ejercer sus funciones prácticas de valor de cambio, la mercancía tiene que desnudarse de su corporeidad natural, convertirse de oro puramente imaginario en oro real, aunque esta transustanciación le sepa “más amarga” que al “concepto” hegeliano el tránsito de la necesidad a la libertad o a una langosta la rotura del caparazón, o a San Jerónimo, el padre de la Iglesia, el despojarse del viejo Adán».¹⁷

Y le opone la determinación del concepto, no ya como propia del objeto real, sino del proceso de su conocimiento. Pero tampoco ya como determinación inherente a una construcción mental que sigue su propia necesidad ideal exterior a la real, sino como específica de la reproducción de esta necesidad real en el pensamiento:

«Como vemos, del análisis de la mercancía resultan todas las determinaciones *esenciales* de la *forma de valor* y la forma de valor misma en sus elementos antitéticos: [...] Pero del análisis de la mercancía resultaban estas formas como *formas mercantiles* en general, que también, por ende, sólo corresponden *antitéticamente* a cada mercancía, de tal modo que cuando la mercancía A se encuentra en una determinación formal, las mercancías B, C, etc., adoptan frente a ella la *otra* determinación formal. Lo decisivamente importante, empero, era descubrir la conexión necesaria interna entre *forma* de valor, *sustancia* de valor y *magnitud* de valor; esto es, expresándolo en términos *ideales*, demostrar que la *forma* de valor surge del *concepto* de valor».¹⁸

Marx presenta así al concepto como el resultado de la reproducción ideal en tanto ella alcanza al objeto real en lo que éste se encuentra determinado como una potencia a realizar mediante su propia negación aún no desplegada:

«La forma exterior de las relaciones económicas, tal como se presenta en la superficie de los fenómenos, en su existencia real y también, por tanto, en las ideas con que los representantes y los agentes de estas relaciones pretenden ver claro en

16. Georg Wilhelm Friedrich Hegel. *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1976, págs. 527-528.

17. Karl Marx. *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973, pág. 64.

18. Primera edición del primer capítulo de Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 1006.

ellas, difiere mucho y es, en realidad, lo inverso, lo contrario a su forma nuclear interior, aunque oculta, y al concepto que a ella corresponde».¹⁹

Escapa a nuestro presente objetivo entrar a considerar si la reproducción pensada del objeto real en lo que éste tiene de forma real abstracta cabe en la categoría de concepto, o si esta categoría no resulta apropiada para reflejar su especificidad como tal reproducción. De todos modos, recordemos que Marx va tan a fondo en la crítica del método estructurado en base a una necesidad lógica que entrelaza conceptos, y a la inversión idealista que éste inevitablemente conlleva, como para advertirse a sí mismo en sus borradores acerca de la necesidad de evitar hasta la apariencia de semejanza con ellos en la exposición. Pero notemos, al mismo tiempo, cómo él mismo debe luchar, al estar dando el primer paso en la historia de la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento que revoluciona la forma del conocimiento científico, con los resabios que arrastra del método superado:

«En otro momento, antes de dejar este problema, será necesario corregir la manera idealista de exponerlo, que da la impresión de tratarse de puras definiciones conceptuales y de la dialéctica de estos conceptos. Por consiguiente, deberá criticarse ante todo la afirmación: el producto (o actividad) deviene mercancía; la mercancía, valor de cambio; el valor de cambio, dinero».²⁰

El continuo avance de Marx en este proceso de corrección de la forma de exposición se manifiesta todavía en la reelaboración del primer capítulo entre la primera y la segunda edición de *El capital*. En ella, Marx logra de manera plena que sea el movimiento de la propia expresión del valor de la mercancía en su relación de cambio la que ponga en evidencia la determinación específica del trabajo abstracto socialmente necesario como la sustancia del valor por su realización de manera privada e independiente. Con lo cual, puede eliminar por completo las referencias externas al desarrollo de la forma del valor a partir del concepto del valor.

Volvamos específicamente a Rubin. A esta altura, es capaz de aceptar cualquier contradicción menos una, la única real que tiene delante de los ojos: que es la materialidad misma del simple gasto de fuerza humana de trabajo la que se encuentra específicamente determinada en la producción mercantil (es decir, en la sociedad donde los trabajos se realizan de manera privada y con independencia unos de otros) para negarse como tal materialidad, afirmándose como un gasto material cuyo producto es al mismo tiempo la encarnación de la relación social general y, por lo tanto, unidad contradictoria de valor de uso y valor:

«Marx nunca se cansó de repetir que el valor es un fenómeno social, que la existencia del valor [...] “tiene una materialidad puramente social” [...], y no

19. Karl Marx. *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973, pág. 210.

20. Karl Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, vol. 1, pág. 77.

contiene un solo átomo de materia. De esto se sigue que el trabajo abstracto, que crea valor, debe ser entendido como una categoría social en la cual no podemos encontrar ni un átomo de materia. Una de dos cosas es posible: si el trabajo es un gasto de energía humana en forma fisiológica, entonces el valor también tiene un carácter material cosificado. O bien, el valor es un fenómeno social, y entonces el trabajo abstracto también debe ser entendido como un fenómeno social vinculado con una determinada forma social de la producción. No es posible reconciliar un concepto fisiológico de trabajo abstracto con el carácter histórico del valor que crea. El gasto fisiológico de energía como tal es el mismo para todas las épocas y, podríamos decir, esta energía creó valor en todas las épocas. Llegamos a la más tosca interpretación de la teoría del valor, que contradice de plano la teoría de Marx». ²¹

A Rubin le resulta incomprensible que el trabajo abstracto sea un proceso material, cuya materialidad misma se transforma en la materialidad de su producto. Y que sea este trabajo material materializado el que se representa como la capacidad de cambio de las mercancías, constituyéndose en tanto tal representación, en el valor de éstas. Es decir, constituyéndose en una forma social, el valor, que, como tal, no encierra en sí misma ni un solo átomo de materialidad. Tomemos, para variar, otra forma real, a saber, las ideas. Las ideas son el producto de un proceso electroquímico puramente material y, como tales, sólo existen como la materialización de la reproducción ininterrumpida de este proceso. Al mismo tiempo, las ideas sólo pueden manifestarse exteriormente bajo una forma material distinta de su propia materialidad, esto es, bajo la forma de una vibración del aire percibida por el oído humano, el reflejo de una determinada luz sobre el ojo o la rugosidad al tacto de un escrito en Braille. Y, sin embargo, como hasta el propio Rubin estaría seguramente de acuerdo, las ideas no contienen ni un solo átomo de materialidad en sí mismas. El trabajo abstracto es de naturaleza puramente material; es su representación, una vez materializado en la mercancía, como la capacidad de ésta para ser cambiada, la que tiene una existencia puramente social.

Rubin se ve forzado a negar la naturaleza material del trabajo que crea valor por una doble determinación que se manifiesta en su método. En primer lugar, esta determinación hace a la forma misma de su método como una representación conceptual de las formas reales. Al realizarse como trabajo productor de mercancías, el simple gasto material de fuerza humana de trabajo se afirma como productor de una forma puramente social como lo es el valor. Esta forma material aparece así realizando la necesidad que le es inmanente y, por lo tanto, afirmándose a sí misma, sólo a través de negarse como tal forma material para metamorfosearse en una forma puramente social. Con lo cual pone de manifiesto con una violencia singular, lo que es inherente a todas las formas reales: que no tienen más modo de realizar su determinación, o sea, de afirmarse, que mediante su propia negación. Y ocurre que no hay modo

21. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 189.

de hacer que las formas reales quepan como esta unidad contradictoria que son, dentro de los límites abstractos de los conceptos lógicos. En el mundo invertido de la representación conceptual, ningún concepto puede contener su propia negación. De hacerlo, entraría en la construcción llevando en sí una necesidad a realizar que se daría de patadas, por el sólo hecho de existir, con la exclusividad constructiva de la necesidad lógica. Por eso, la exterioridad de toda necesidad respecto de los conceptos que la lógica pone en relación aparece como una condición de la representación; y la violación de esta exterioridad, como una contradicción lógica inadmisibile. Por lo mismo, las formas reales entran en la construcción lógica representadas por conceptos que tienen la forma de abstractas afirmaciones inmediatas, por más contradicciones que esas formas reales contengan. La única especificidad de la lógica dialéctica en este sentido es que, en ella, el afirmarse mediante la propia negación real se representa como la unidad exteriormente establecida por la relación lógica entre dos abstractas afirmaciones inmediatas contrapuestas.

En segundo lugar, la utilización de un método de investigación cuya forma produce por sí semejante inversión, nos remite sin duda a la razón histórica por la cual este método se impone como forma universalmente dominante del conocimiento científico. Sin embargo, aquí sólo cabe abordar esta razón en tanto se manifiesta directamente en el desarrollo de Rubin. Veamos. Apenas después de condenar al escarnio de «la más tosca interpretación de la teoría del valor, que contradice de plano la teoría de Marx», a cualquiera que encuentre en un atributo material inherente al trabajo humano en general el contenido representado en una forma social históricamente específica, Rubin nos muestra el *verdadero* camino:

«La transformación del trabajo *privado* en trabajo *social* sólo puede efectuarse mediante la transformación del trabajo *concreto* en trabajo *abstracto*. Por otro lado, la transformación del trabajo concreto en abstracto significa ya su inclusión en la masa de trabajo social homogéneo, vale decir, su transformación en trabajo social. El trabajo abstracto es la variedad del trabajo social o trabajo socialmente igualado en general. Es trabajo social o socialmente igualado en la forma específica que tiene en una economía mercantil. El trabajo abstracto no es sólo trabajo socialmente igualado, esto es, abstraído de sus propiedades concretas, trabajo impersonal y homogéneo. El concepto de trabajo abstracto presupone que el *proceso de despersonalización o igualación del trabajo es un proceso unificado por el cual se “socializa” el trabajo*, es decir, se lo ha incluido en la masa total de trabajo social». ²²

¿Cómo? ¿Así que el gasto de simple fuerza humana de trabajo no puede ser la sustancia del valor porque es una forma material común a toda forma de sociedad y, de pronto, el trabajo concreto, es decir, el trabajo humano en su materialidad más absoluta y condición obvia para la existencia misma de toda forma de sociedad, «se transforma» en trabajo abstracto, «en una

22. *Ibíd.*, pág. 196.

categoría social en la cual no podemos encontrar ni un átomo de materia», «forma específica que tiene [el trabajo social] en una economía mercantil»? ¡Vaya con el señor Rubin! Pero esto no es todo. En el mismo acto, el trabajo privado «se transforma», gracias a la mediación del «se transforma» anterior, en su opuesto, en trabajo social. Y resulta que, en la producción mercantil, todo trabajo abstracto es, por el solo hecho de serlo, trabajo social. Sin duda, Rubin ha encontrado la piedra filosofal de la economía política. Nos da el procedimiento al que ha recurrido, según él, para hacerlo:

«Podemos ver que la mayoría de los autores entendieron el trabajo abstracto de un modo simplificado, en el sentido de trabajo fisiológico. Esto obedece al hecho de que estos autores no se dedicaron a seguir la teoría del trabajo abstracto de Marx en su totalidad. Para ello tendrían que haber efectuado un análisis detallado del texto de Marx de la sección sobre el fetichismo de la mercancía y en particular, de la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde Marx desarrolló su teoría de manera más completa. En cambio, esos autores prefirieron limitarse a una repetición literal de unas pocas frases que Marx dedicó al trabajo abstracto en la sección segunda del capítulo I de *El capital*.

»En la sección mencionada de *El capital*, Marx, en efecto parece brindar una base para la interpretación del trabajo abstracto precisamente en un sentido fisiológico: [...] Ni los [defensores] ni los [adversarios de Marx] observan que la concepción simplificada del trabajo abstracto [...], basada a primera vista en una interpretación literal de las palabras de Marx, no puede en modo alguno ser compatible con la totalidad de la teoría del valor de Marx, ni con una serie de pasajes de *El capital*».²³

Ya sabemos que las formas reales se encuentran expuestas a las más violentas distorsiones en cuanto se las encuentra representadas en el mundo de los conceptos. Pero a esta altura, en el mundo conceptual producido por Rubin no entra una forma real que no sea presentada invertida. En primer lugar, la investigación dialéctica de las formas concretas reales del capitalismo no enfrenta ya a esas formas para apropiarse idealmente sus determinaciones al reproducir su desarrollo mediante el pensamiento, superando así toda interpretación de la realidad. Se trata de realizar «un análisis detallado del texto de Marx» para efectuar una «interpretación [...] de las palabras de Marx» de «modo [...] compatible con la totalidad de la teoría del valor de Marx». En segundo lugar, toda reproducción individual del descubrimiento original efectuado por Marx del trabajo abstracto como simple gasto de fuerza humana de trabajo, no es tal. Se ha transformado en que, quienes la hagan, «no se dedicaron a seguir la teoría del trabajo abstracto de Marx en su totalidad». En tercer lugar, el propio Marx se ha transformado en un incoherente que escribía de manera «literal» «frases» «en modo alguno compatible(s) con la totalidad de la teoría del valor de Marx, ni con una serie de pasajes de *El capital*». Aunque, en realidad, Rubin ya nos había dado pruebas de su convicción acerca de la incoherencia de Marx.

23. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 188.

Qué otra cosa significa afirmar que, alguien que ha empezado por poner explícitamente de manifiesto a la lógica como «el *pensamiento enajenado* que por ello hace abstracción de la naturaleza y del hombre real», va a desarrollar luego lo que denomina «la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento» en base a una lógica, al punto de «expres[ar] lúcidamente el carácter lógico de su teoría del valor». Por último, la reproducción mediante el pensamiento de las determinaciones del trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías que se representa como el valor de éstas, realizada por primera vez por Marx y expuesta en «la sección segunda del capítulo I de *El capital*» de un modo que obviamente hace historia, se ha transformado en «unas pocas frases que Marx dedicó al trabajo abstracto».

Pese a todo, sigamos a Rubin hasta el punto en que nos va a revelar el secreto mismo de la transformación del trabajo concreto en trabajo abstracto, del trabajo privado en trabajo social, y del trabajo abstracto en trabajo directamente social:

«¿Cómo puede el carácter social del trabajo expresarse en el cambio? Si un vestido es el producto del trabajo privado de un sastre, podemos decir entonces que la venta del vestido, o su cambio por oro, iguala el trabajo privado del sastre con otra forma del trabajo privado, a saber, el del productor de oro. ¿Cómo puede la igualación de un trabajo *privado* con otro trabajo *privado* dar al primero un carácter social? Esto sólo es posible en el caso de que el trabajo privado del productor de oro esté ya igualado con todas las otras formas concretas de trabajo, es decir, si su producto, el oro, puede ser cambiado directamente por cualquier otro producto y, por consiguiente, si desempeña el papel de equivalente general, o dinero. El trabajo del sastre, puesto que es igualado con el trabajo del productor de oro, es también igualado y *vinculado* con todas las formas concretas de trabajo. Igualado con ellas como una forma de trabajo equivalente a las mismas, el trabajo del sastre se transforma de concreto, en general o *abstracto*. Estando *conectado* con los otros en el sistema unificado de trabajo social total, el trabajo del sastre se transforma de trabajo privado en social».²⁴

Para empezar, según Rubin las mercancías no son la materialización de la unidad contradictoria de trabajo privado y concreto, y de trabajo social y abstracto, en el momento mismo de ser producidas. Por el contrario, Rubin concibe a las mercancías simplemente como el producto del trabajo privado y concreto en el momento de su producción. En consecuencia, tampoco ve que el cambio es la resolución de esa unidad contradictoria (y por lo tanto, el momento en que ella puede ponerse inmediatamente de manifiesto precisamente por estar ya resuelta), en donde los productos de trabajos privados y concretos distintos se equiparan entre sí en tanto materializaciones de cantidades equivalentes de trabajo social y abstracto. Para Rubin, las mercancías se relacionan directamente entre sí en el cambio en tanto productos de trabajos privados y concretos distintos. Y ocurre entonces que el cambio transforma *a posteriori* al

24. *Ibíd.*, pág. 182.

trabajo privado y concreto mismo materializado en ellas, en social y abstracto. Esta transformación de un trabajo en otro ocurre porque las mercancías se encuentran en el cambio con el producto de uno de esos trabajos simplemente privados y concretos, el oro, ya determinado como el equivalente general de todas ellas. Rubin se ocupa de no dejar dudas al respecto:

«Como consecuencia del proceso de cambio, el producto y el trabajo del productor de mercancías están sometidos a cambios sustanciales. [...] Pero la venta del producto modifica su forma de valor, su función o forma social. [...] Las modificaciones a las cuales está sujeto el producto del trabajo en el proceso de cambio pueden ser caracterizados del siguiente modo: 1) el producto adquiere la capacidad de ser cambiado directamente por cualquier otro producto del trabajo social, es decir, exhibe su carácter de ser un producto social; 2) el producto adquiere este carácter social en tal forma que es igualado con un producto determinado (el oro) que posee la cualidad de ser directamente intercambiable por *todos los otros productos*; ...²⁵

»En la realidad definimos el trabajo abstracto como el trabajo que ha sido igualado a través de la igualación general de todos los productos del trabajo, pero la igualación de todos los productos del trabajo no es posible salvo a través de la asimilación de cada uno de ellos con un equivalente general. En consecuencia, el producto del trabajo abstracto tiene la capacidad de ser asimilado con todos los otros productos sólo bajo la forma que aparece como equivalente general o que puede potencialmente cambiarse por un equivalente general».²⁶

Ahora bien, como ya sabemos, por mucho que el dinero es oro por naturaleza, el oro no es dinero por naturaleza. El oro adquiere la determinación social de dinero, de forma substantivada del equivalente general, en tanto él mismo empieza por ser una mercancía común y corriente. Y son las mercancías mismas las que en su proceso de cambio destacan al oro de entre ellas para que actúe como su representante general.²⁷

De modo que el cambio de las mercancías como equivalentes no presupone la existencia del dinero sino que, a la inversa, es el propio desarrollo del simple cambio de mercancías como equivalentes el que engendra al dinero. Al mismo tiempo, cualquier lector de *El capital* sabe que, desde Aristóteles en adelante, pertenece al conocimiento social la evidencia de que el cambio de

25. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 179.

26. Rubin, «Abstract Labor and Value in Marx's System», pág. 48.

27. Marx sintetiza la cuestión del siguiente modo:

«El germen de la forma dinero se encierra ya, por tanto, en la forma simple de la mercancía.

»... No es el dinero el que hace que las mercancías sean conmensurables, sino al revés: por ser *todas* las mercancías, consideradas como valores, *trabajo humano materializado*, y por tanto conmensurables de por sí, es por lo que todos sus valores pueden medirse en la misma mercancía específica y ésta convertirse en su medida común de valor, o sea en dinero» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 36 y 56).

dos objetos materialmente distintos entre sí presupone la conmensurabilidad de los mismos, y que, a su vez, esta conmensurabilidad presupone que ambos encierran una sustancia común. ¿Como equivalentes de qué sustancia común se cambian las mercancías de Rubín en cuanto se las considera por sí mismas, es decir, antes de que en el desarrollo del cambio una de ellas devenga dinero? O dicho de otro modo, ¿qué sustancia común se representa como la simple capacidad de cambio de las mercancías según Rubín? O, más simplemente aún, ¿qué determina según Rubín la simple cambiabilidad de las mercancías como equivalentes? Rubín ya nos ha dicho que no puede ser el trabajo abstracto socialmente necesario, ya que éste presupone según él, o un concepto «fisiológico» inaceptable, o la existencia del equivalente general. Pero, al darnos el ejemplo del cambio del vestido por el oro, nos basta con considerar al oro como una simple mercancía para que la respuesta positiva de Rubín quede en evidencia. Para él, el producto de un trabajo privado concreto, el que produce el vestido, se cambia con el producto de otro trabajo privado concreto, el que produce el oro, sin que medie en este cambio sustancia común alguna. Más aún, cree que es al revés, que es un atributo del cambio mismo el igualar a esos trabajos privados concretos: «la venta del vestido, o su cambio por oro, iguala el trabajo privado del sastre con otra forma del trabajo privado, a saber, el del productor de oro». En vez de preguntarse por la determinación de las mercancías que toma forma concreta como la capacidad de cambio de éstas en tanto equivalentes, o sea, como su valor, Rubín invierte la relación y presenta al valor como determinado por la realización del cambio mismo. Después de definir el «concepto» de valor por el cambio mismo de las mercancías, no le resta sino «ampliar» ese concepto introduciendo en él el trabajo social mediante la consideración de la «realidad socio-económica» de la circulación del dinero: «pero la venta del producto modifica su forma de valor, su función o forma social, etc.». Y como el cambio no le aparece presuponiendo contenido alguno de trabajo social al que sólo le falte manifestarse como tal en él, sino como la inmediata transformación en iguales de trabajos concretos y privados como tales, y que luego la generalización del cambio de las mercancías por dinero transforma esos trabajos privados en sociales, le parece que la «despersonalización o igualación» que experimenta así el trabajo concreto al «socializarse», lo transforma en abstracto. Rubín se representa así la doble determinación del trabajo materializado en las mercancías en su proceso de producción mismo como trabajo concreto y privado, y trabajo abstracto socialmente necesario (al que sólo le resta manifestarse como tal socialmente necesario en el cambio), como una *reducción* o transformación del primero en el segundo a través de la circulación. La extensión completa de sus conceptos ampliados cabe entonces en una sola frase:

«Llegamos así a estas conclusiones: El trabajo abstracto y el valor se crean u

“ocurren”, “devienen” en el proceso directo de producción [...] y sólo se realizan en el proceso de cambio». ²⁸

El proceso directo de producción, esto es, el consumo productivo de fuerza humana de trabajo, se nos presenta ahora poseyendo la fantástica capacidad de *crear* trabajo. La necesidad inmanente a las mercancías en tanto materializaciones de trabajo abstracto socialmente necesario que sólo puede expresarse como tal en tanto materialización de un trabajo concreto y privado, de destacar de entre ellas una que en su materialidad privada y concreta sea materialización inmediata del trabajo social y abstracto, esto es, la génesis de la forma dinero de la mercancía, se convierte en manos de Rubin en la génesis del trabajo social y abstracto por obra y gracia del dinero. He aquí otra prueba del poder del método de Rubin, que se pasea conceptualmente de la forma al contenido y del contenido a la forma, *para terminar representándose al contenido como determinado por la apariencia de su forma*. La piedra filosofal de la economía política no tiene más secreto que el haber puesto, no ya oro en lugar de plomo, sino dinero en lugar de oro, antes de empezar. Después de darle vueltas y más vueltas al fetichismo de la mercancía, Rubin no puede evitar encandilarse con el fetiche del dinero. Se torna evidente ahora por qué ha partido de anteponer el fetichismo de las mercancías a la determinación de éstas como valores. En los términos invertidos de Rubin:

«La teoría del fetichismo es, *per se*, la base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor». ²⁹

»La teoría del fetichismo de la mercancía se transforma [...] en una propedéutica a la economía política». ³⁰

Sin duda, Rubin es de los que creen que el método científico consiste en poner la ciencia antes del desarrollo de la ciencia. Sólo es posible dar cuenta del fetichismo de la mercancía siguiendo el desarrollo de la mercancía misma que brota del doble carácter del trabajo materializado en ella; siguiendo por lo tanto el desarrollo de la necesidad del trabajo abstracto socialmente necesario materializado en una mercancía de representarse como la capacidad de cambio de ésta, expresándose necesariamente en el valor de uso de otra mercancía; y, de ahí, siguiendo el desarrollo de la necesidad de la mercancía de tomar forma concreta en la conciencia invertida de sus productores, donde la forma específica que toma la relación social general entre ellos, esto es, la forma de valor que toma su producto, aparece como un atributo inherente a la materialidad misma de estos productos. Rubin puede volver este desarrollo patas arriba, anteponiendo el del fetichismo de las mercancías al de su propia determinación como forma concreta necesaria de realizarse el valor de las mercancías, simplemente porque parte de tomar como inmediatamente dado

28. Rubin, «Abstract Labor and Value in Marx's System», pág. 56.

29. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 53.

30. *Ibíd.*, pág. 54.

lo que Marx ha descubierto siguiendo el verdadero curso del conocimiento científico. Pero al invertir así la cuestión, Rubin convierte al fetichismo de las mercancías en una abstracción, y todo se le hace ponerlo en una relación exterior con su propia determinación. Y no puede evitar caer prisionero de las apariencias de su propia inversión: Rubin antepone la cambiabilidad de las mercancías a la determinación de su valor y, por lo tanto, a la determinación de las mercancías como valores, como objetos cambiables, como objetos capaces de ser relacionados entre sí en el cambio. En lugar de explicar la cambiabilidad de las mercancías por su valor, pretende explicar el valor de las mercancías por su cambiabilidad. Se encuentra pues prisionero de la apariencia de que la cambiabilidad de las mercancías es un atributo *natural* de los productos del trabajo, cualquiera sea la forma social en que se regule su producción.

Basta, por lo tanto, con seguir el curso desplegado por Rubin para que se transparente de inmediato la esencia ideológica de sus sutilezas metodológicas. Por muy crítico que pueda parecer, Rubin no es sino un economista. Como tal, cree que su ciencia es la forma natural del conocimiento de las formas sociales. No puede reconocer en ella la expresión históricamente específica de la conciencia enajenada como atributo del capital que se ve a sí misma como una conciencia abstractamente libre.

Sin embargo, dichas sutilezas metodológicas no dan cuenta por sí mismas de la necesidad social específica que toma forma concreta en la inversión ideológica de Rubin del trabajo abstracto como exclusivamente propio de la producción mercantil.

10.2 El contenido ideológico de la inversión efectuada por Rubin; o la economía política como contradicción en los términos

Para poner en evidencia esta determinación, pasemos de Rubin a lo que puede tomarse a simple vista como su opuesto absoluto, a saber, el *Manual de Economía Política* de la Academia de Ciencias de la URSS. Aquí, hasta la última sutileza metodológica sale sobrando. Mucho más obviamente aún que en la estructura de *ensayos* de Rubin, el desarrollo de la necesidad real que brota de la mercancía misma aparece sustituido, en el manual, por un tan monótono como pretenciosamente pedagógico ordenamiento expositivo, completamente exterior a la necesidad en cuestión. De sujeto, la mercancía queda reducida así a *tema*. De modo que el contenido del manual puede aprenderse y repetirse acriticamente hasta el hartazgo, sin necesidad – ni oportunidad, mientras se acepte permanecer su prisionero – de entender siquiera una palabra de lo que se dice. Cosa que, al fin y al cabo, no es otra que la razón de ser de todo manual de economía que se respete. Sólo el cumplimiento de este objetivo ideológico puede dar lugar a decir que:

«El trabajo de los productores de mercancías, concebido como inversión de su fuerza humana de trabajo en general, independientemente de la forma concreta que revista, es el *trabajo abstracto*».³¹

para agregar dos párrafos más abajo que:

«El trabajo abstracto, que forma el valor de la mercancía, es una categoría histórica, una forma específica del trabajo social, inherente tan sólo a la economía mercantil».³²

Tan pronto como se enuncia que el trabajo abstracto es en esencia algo obviamente común a toda producción humana cualquiera sea su forma social, se enuncia que sólo existe en una forma social específica, la economía mercantil. Lo que a Rubin le lleva medio libro tratar de justificar, los autores del *Manual* lo dan por resuelto con sólo afirmarlo. Pero, más allá de las diferencias formales, la esencia es la misma. Es que, tanto los *Ensayos* como el *Manual* surgen como expresión concreta de la especificidad de un mismo proceso social.

Este proceso no es otro que el de la acumulación de una porción del capital total de la sociedad, recortada por la forma nacional de la acumulación de éste, que supera en su proceso de centralización las limitaciones que corresponden a su propiedad privada fragmentada al interior del ámbito nacional en que toma la forma de productivo. En tanto este proceso de centralización necesita históricamente abrirse paso revolucionando su propia base, su realización toma necesariamente forma concreta en una revolución social que aniquila a la burguesía al interior del ámbito nacional en cuestión. Se trata pues, de una revolución social que tiene a la acción política de la clase obrera del ámbito nacional, por forma necesaria de realizarse. Y a través de esta revolución social, el capital en cuestión se transforma en propiedad colectiva de esa misma clase obrera. Lo cual, por supuesto, no le quita ni en un ápice su condición de privado respecto del resto de la humanidad, ni de capital aun respecto de la mismísima clase obrera de cuyo plustrabajo se nutre para reproducirse como tal capital. De modo que necesita enfrentar a sus propios propietarios como lo que es: una potencia que les es ajena a ellos mismos. Este capital se determina entonces como propiedad del representante general de la sociedad nacional que se presenta, al mismo tiempo, como potencia exterior a ella: el estado nacional. El capital, relación social materializada en que toma forma concreta la regulación autónoma del proceso de metabolismo social, y que se transforma en su propio desarrollo en el sujeto inmediato mismo de la producción y el consumo sociales, alcanza así su modo nacional más desarrollado como forma enajenada del ser genérico humano y sus potencias. Se trata, sin duda, de un salto adelante fundamental en la realización de la necesidad del capital de aniquilar su misma razón histórica de existir, y por lo tanto, de aniquilarse a sí

31. Academia de Ciencias de la URSS, ed. *Manual de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos, 1962, pág. 57.

32. *Ibíd.*, pág. 58.

mismo, en su propio desarrollo. Así como lo es en cuanto a la realización de la necesidad del capital de determinar a la clase obrera como la personificación exclusiva de esta potencia revolucionaria suya. Pero, al mismo tiempo, este salto adelante no tiene la potencia para ir más allá de los límites del modo de producción capitalista mismo. Ni es capaz, por lo tanto, de abolir a la clase obrera que lo personifica, transformando a sus miembros en individuos libremente asociados, o sea, en individuos que organizan su vida social a través de conocer cada uno de ellos de manera plena sus determinaciones como órganos concretos de su potencia humana colectiva.

Es precisamente esa condición de modo nacional más desarrollado de enajenación de las potencias humanas como potencias del capital la que toma forma concreta, representándose de manera invertida en la conciencia de la clase obrera a la que extrae plusvalía, como la negación realizada de la producción capitalista en la regulación directamente consciente de la vida social; esto es, como el socialismo realizado. Su sola condición de conciencia invertida le impone la necesidad de convertirse en el producto de una rama particular dentro de la división social del trabajo, a saber, de una rama de la producción social especializada en la producción ideológica. Pero esa conciencia invertida parte de representarse a la producción social de la que esta producción ideológica especializada forma parte, como si se tratara de una producción social conscientemente organizada. Con lo cual, dicha producción ideológica aparece de inmediato como su opuesto, como una pura producción científica. Por su misma naturaleza ideológica, esta producción no puede partir de analizar la forma más simple que toma la relación social general dentro del ámbito nacional. Por el contrario, debe partir necesariamente de enunciar el carácter de una forma social por la apariencia inmediata de las relaciones de propiedad en ella.³³

La economía política adquiere, sobre esta base, la especificidad de tener que representar a las determinaciones propias de la acumulación capitalista

33. Como observa Chattopadhyay:

«Lo que a uno le impacta en este concepto soviético temprano de socialismo es una aproximación predominantemente jurídica al socialismo, donde un tipo específico de forma de propiedad, y no la especificidad de la relación de producción, deviene el principal criterio para caracterizar la nueva sociedad (habiendo dado por supuesto el carácter proletario del estado). La propiedad estatal de los medios de producción se iguala a socialismo, de donde la producción mercantil y el trabajo asalariado (cuando se reconoce su existencia) son voluntaristamente puestos de lado como meramente “formales”, simplemente en base de la propiedad estatal (proletaria) de los medios de producción» (Paresh Chattopadhyay. “Socialism and Value Categories in the Early Soviet Doctrine: Lenin, Trotsky, Bukharin, Preobrazhensky”. En: *Papers for the Third annual mini-conference on Value Theory at the Eastern Economic Association Annual Conference*. Boston, 1996, traducción propia).

como no rigiendo en esta forma específica suya, sino que sólo la regulación consciente directa del proceso de metabolismo social lo hace. Y no olvidemos que estas determinaciones de la acumulación capitalista incluyen a la ley general que condena a la clase obrera a la condición de población sobrante y a una pauperización creciente, así como a la necesidad de las crisis de superproducción general. Más aún, dichas determinaciones incluyen, por sobre todo, a la necesidad de la superación revolucionaria de la forma concreta misma que la acumulación de capital toma en ese ámbito nacional; superación revolucionaria que está muy lejos de consistir en el mero desarrollo armónico de dicha forma concreta como socialismo o comunismo. En consecuencia, esta economía política debe cultivar la apariencia creada por la regulación necesariamente directa al interior del proceso de producción recortado por cualquier capital individual, que aquí corresponde a la totalidad de la producción nacional, representando al trabajo productivo puesto en acción por este capital como si fuera un trabajo directamente social. Al mismo tiempo, debe sacar de la vista que, en última instancia y más allá de la apariencia de la planificación absoluta, lo que se impone es la regulación autónoma de la producción social a través de la compraventa de la fuerza de trabajo y de la correspondiente compraventa de los medios de vida.

Para representar a las formas concretas específicamente propias de la regulación capitalista como si fueran formas a las que puede corresponder el contenido propio de su misma negación realizada, es decir, formas concretas de la regulación consciente de la producción y el consumo sociales, es necesario empezar por representar de este modo a la forma mercancía misma. Para lo cual es necesario hacer otro tanto con su determinación social específica, a saber, con que el trabajo abstracto socialmente necesario materializado en las mercancías se representa como la capacidad de éstas para relacionarse entre sí en el cambio, dándoles el carácter de fetiches. Es propio de la economía política mistificar la especificidad histórica de la forma de valor, o sea de mercancía, que toma la relación social en el capitalismo, reduciendo la forma del valor a su sustancia,³⁴ o la sustancia del valor a su forma.³⁵

34. No está demás recordar la observación de Marx:

«La economía política ha analizado, indudablemente, aunque de un modo imperfecto, el concepto del valor y su magnitud, descubriendo el contenido que se escondía bajo esa forma. Pero no se le ha ocurrido preguntarse siquiera por qué este contenido reviste aquella forma, es decir por qué el trabajo toma cuerpo *en el valor* y por qué la medida del trabajo según el tiempo de su duración se traduce en la *magnitud de valor* de los productos del trabajo» (Marx, *El capital*, vol. 1, págs. 44-45).

35. Ahora viene al caso la siguiente observación:

«La economía vulgar cree ser más simple, más natural, más útil a todo el mundo y más alejada de todo refinamiento teórico cuanto más se limita a traducir al

Es por lo tanto en base a estas mismas reducciones que va a proceder, no ya a representar al capitalismo como la forma natural y eterna de la organización social, sino a representarlo como históricamente superado cuando no lo está.

Pero esta especificidad de su objeto le va a dar una forma también específica. Como Marx ha mostrado a través de su obra la necesidad inmanente al capitalismo de aniquilarse en el socialismo o comunismo, y la porción del capital social en cuestión aparece como esta necesidad realizada, se trata de efectuar las reducciones mencionadas en el nombre de Marx, presentándolas como si fueran el producto natural de los desarrollos de éste. La reproducción mediante el pensamiento del desarrollo de las determinaciones propias de la sociedad capitalista, originalmente desplegada por Marx, aparece entonces representada como su opuesto, como una representación de las formas reales. No se trata ya de reproducir críticamente el camino seguido por Marx, enfrentando por uno mismo las formas reales para reproducir el desarrollo de su necesidad mediante el pensamiento. Se trata de *interpretar* a Marx de un modo que resulte oportuno. El conocimiento de las formas sociales actuales que supera toda exterioridad, y por lo tanto toda apariencia, al reproducir con el pensamiento el desarrollo de la necesidad de esas formas, aparece así degradado a una concepción, a una interpretación del mundo, que se representa como *marxismo*. Los apologistas del resto del capital social, que no necesita ocultar su condición de tal bajo la apariencia de su superación realizada sino que se vanagloria abiertamente de su propia podredumbre como tal, no pueden pedir más. El *socialismo realizado* según sus propios voceros, presenta las mismas formas sanguinarias y repulsivas que el más crudo capitalismo; y hasta peores, como que se trata de una forma de éste potenciada por su centralización a escala nacional. De modo que los apologistas desembozados pueden darse el lujo de proclamar que, aun si el capitalismo no fuera eterno, merecería serlo. Y, con la certeza que les da el haberlo verificado ahora empíricamente, proclaman que el capitalismo no es una forma meramente histórica, sino la realización misma de la naturaleza humana, como lo prueba esta subsistencia de sus formas cuando ha sido reemplazado por una forma social cuyos partidarios enuncian como su superación. Marxismo y antimarxismo se encuentran amalgamados así como las dos caras de una misma moneda.

Si recapitulamos el curso seguido por nuestro análisis de las concepciones de Rubin, reconocemos ahora a este curso como el avance a lo largo de las formas concretas en que se va realizando la necesidad ideológica del capital que acabamos de ver, sólo que fluyendo en sentido inverso al desarrollo

lenguaje doctrinal las ideas más trilladas y corrientes. Por consiguiente, cuanto más se inclina a considerar los fenómenos de la producción capitalista bajo su forma transfigurada, cuanto más se asimila las concepciones vulgares, más se siente dentro de su ambiente natural» (Karl Marx. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Vol. 2. Buenos Aires: Ediciones Brumario, 1974, pág. 395).

de esa realización. Hemos partido así de su manifestación más exterior, las concepciones invertidas de Rubin acerca del modo de exposición. Y hemos llegado a su inversión del fetichismo de la mercancía, no como forma concreta necesaria de realizarse la forma de valor del producto del trabajo, sino como el presupuesto de esta forma. Según Rubin, no sólo es posible sino necesario, dar cuenta del fetichismo de la mercancía sin pasar nunca de la exterioridad misma del cambio de mercancías, de referencias abstractas a «la estructura interna de la economía mercantil»,³⁶ y del contraste no menos exterior de la regulación mercantil con las relaciones de producción en que se realiza la organización directa íntegra del proceso de metabolismo social. Ha rebajado así la cuestión del descubrimiento científico de la especificidad de una forma de organización social a la enunciación de tal especificidad en base a la apariencia de sus formas concretas. Y se ha ocupado de presentar a Marx como el autor de estas reducciones. Al producir esta doble inversión, Rubin da el primer paso en la legitimación ideológica de la representación del cambio de mercancías a través del cual se rige la asignación de la capacidad total de trabajo al interior de la porción del proceso de metabolismo social recortada como proceso nacional de acumulación del capital de propiedad íntegramente estatal, como la regulación consciente directa de esa asignación. La identificación de la especificidad histórica de esta forma de sociedad no aparece pasando ya por el descubrimiento de la forma específica más simple que tiene la relación social general en ella, para desarrollar luego sus formas concretas necesarias. Rubin no hace sino sentar las bases para lo siguiente: que parezca suficiente con declarar que la exterioridad del cambio no encierra ya la igualación de los productos de los trabajos privados y concretos en tanto materializaciones de trabajo social y abstracto, sino la mera distribución de los productos del trabajo entre sus productores directos en proporción al trabajo aportado por cada uno de ellos, tal como corresponde a «la estructura interna de la economía» socialista, y que la producción social se encuentra conscientemente regida en base a la apariencia de la concentración absoluta del capital, para declarar al fetichismo de la mercancía como históricamente superado en esta sociedad. Luego, si esta «propedéutica de la economía política» declara liquidado al fetichismo de la mercancía, qué más le queda a la economía política que declarar a la mercancía misma como liquidada y, por lo tanto, al capitalismo como liquidado y al socialismo como realizado.

Sin embargo, la tarea específica que le corresponde a la economía política respecto de esta sociedad no se reduce simplemente a negar abstractamente la presencia de la regulación capitalista en ella. Porque, como que se trata de una forma específica de la regulación capitalista, se van a manifestar aquí por todos lados las formas concretas propias de esta regulación. Y la economía política tiene su razón histórica de existir en la necesidad propia de la regulación capitalista de tomar forma concreta en la conciencia de los individuos

36. Rubin, «Ensayos sobre la teoría marxista del valor», pág. 108.

mediante la representación que recorta a esta misma regulación en tanto se presenta de manera directa como una relación entre los productos del trabajo social, como una relación social entre cosas. Sólo que, como ya dijimos, la economía política se va a encontrar determinada específicamente aquí por la necesidad de vaciar a las formas concretas de esta relación social cosificada de su verdadero contenido. Debe hacerlo para representarlas como las formas concretas necesarias de un contenido opuesto a él. Esto es, para representarlas como las formas concretas necesarias en que se realiza la regulación consciente del proceso de metabolismo social. Para ello necesita empezar por invertir la determinación real, representando a la forma del valor como la que pone a la sustancia del valor desde su propia exterioridad, representada a su vez ésta como las condiciones «socioeconómicas» dadas. No se trata sino de enunciar que la sustancia del valor, el trabajo abstracto socialmente necesario materializado en su producto, es de naturaleza tan histórica como lo son esas condiciones. La forma del valor aparece entonces flotando en el aire, abstraída de todo contenido. De modo que la subsistencia del cambio en la sociedad que nos ocupa queda reducida, ante todo, al «concepto» de naturaleza «ahistórica» de la igualación inmediata de los valores de uso producto de trabajos concretos distintos entre sí. La forma del valor se encuentra lista entonces para que se le adjudique un contenido histórico cualquiera, en particular, aquél del cual ella es la negación misma, a saber, el trabajo directamente social propio de la sociedad socialista.

Rubin se limita a dar el primer paso en esta inversión: el de presentar un fundamento aparente para declarar a la sustancia del valor como de naturaleza histórica. Corresponde recién a los autores del *Manual* el sumergirse con absoluta decisión en ella. Estos pueden partir ya de dar por sentado con la firmeza de un dogma, que el trabajo abstracto socialmente necesario es ajeno al proceso de acumulación de capital que van a presentar como el socialismo realizado. De ahí su desparpajo para exhibir la contradicción más grosera. Todo se les hace enunciar que las formas propias del valor de cambio, y por lo tanto de la enajenación de las potencias humanas como potencias de la relación social materializada que regula autónomamente al proceso de metabolismo social, tienen ahora una nueva *naturaleza*:

«Esta nueva naturaleza que el dinero tiene en el socialismo se expresa en el hecho de que, aunque conserve su vieja forma, cambian el contenido social y la significación de las funciones del dinero respecto a los que tiene y desempeña bajo el capitalismo».³⁷

Por supuesto, apenas esta «nueva naturaleza» del dinero comienza a ser desplegada por los autores del *Manual*, muestra de manera obvia que no es sino la «vieja naturaleza» puesta patas arriba como la apologética del plan

37. Academia de Ciencias de la URSS, *Manual de Economía Política*, pág. 513.

formulado por los agentes burocráticos del capital centralizado al interior de éste.

Si los desarrollos de Rubin forman parte de las condiciones necesarias para la producción de los desarrollos de los autores del *Manual*, el distinto alcance de unos y otros no es ajeno a la suerte corrida por sus autores a manos del capital que los tenía por voceros ideológicos. Para Rubin, la cárcel, la deportación y la muerte; para los autores del *Manual*, la miserable gloria del mundillo académico.

10.3 Los modernos herederos de Rubin; o la economía política crítica como negación de la especificidad histórica de las potencias revolucionarias de la clase obrera

El distinto destino seguido por Rubin y sus herederos desagradecidos no es ajeno a la reivindicación de Rubin, no menos académica, por otra vertiente de la economía política.³⁸

No se trata ya de la representación de las determinaciones propias del modo de producción capitalista como superadas, sino de la representación de la superación del modo de producción capitalista como determinada por las apariencias propias de la circulación. Se trata, por así decir, del paso de la economía política del socialismo realizado a la economía política crítica del capitalismo.³⁹

Para dar su primer paso, la economía política crítica enraizada en las concepciones de Rubin utiliza la apariencia de la mediación del dinero en la determinación de la proporción de cambio de las mercancías, para sustituir el *descubrimiento de la génesis real* del dinero por la *enunciación de una definición* del dinero basada en esa apariencia. Foley, por ejemplo, no tiene ningún problema en enunciarlo con todas las letras:

«En este artículo sugiero proceder de una manera distinta, viendo a la teoría del valor trabajo como la aseveración de que el valor en dinero de la masa total de la producción neta de mercancías expresa el gasto del trabajo social total en una economía productora de mercancías. [...] Una unidad de dinero, en este enfoque, puede ser pensada como un título sobre un cierto monto del trabajo abstracto social gastado en la economía. Este curso de desarrollo de la teoría del valor trabajo arranca del nivel global con el trabajo social abstracto total gastado en la producción de mercancías, su forma como el valor total de producto mercantil

38. Por ejemplo:

«Rubin aclara concepciones erróneas que han derivado, y aún derivan, de lecturas superficiales y tratamientos evasivos de la obra de Marx» (Fredy Perlman. «El fetichismo de la mercancía». En: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Ed. por Isaak Rubin. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 53, 1974, pág. 11).

39. Este cambio de frente no es ajeno a la decadencia y disolución de la URSS. Con ellas, la discusión entre los economistas acerca de los «mercados socialistas» ha dejado paso a la discusión acerca del «socialismo de mercado».

neto, y el dinero como la expresión social de este valor. Cualquier mercancía en particular puede ser vista como corporizando una cierta fracción del trabajo abstracto social gastado en producirla; también se cambia por una cierta suma de dinero (su precio), que representa una fracción posiblemente diferente del agregado de trabajo abstracto social gastado». ⁴⁰

En primer lugar, Foley pone al desnudo que el descubrimiento de la determinación real que torna a los productos del trabajo social realizado de manera privada e independiente en la relación social general entre sus productores cae más allá del alcance de la economía política, por muy crítica y radical que se declare. Y, desde su punto de vista, no se trata ya siquiera de interpretar la realidad. Se trata, lisa y llanamente, de interpretar una interpretación teórica, de lo que «puede ser pensado» en torno a un concepto, a una «teoría del valor trabajo». Foley hace también evidente que, al partir de la unidad total del trabajo social productor de mercancías, arranca dando por resuelta de manera inmediata la unidad del trabajo social en el modo de producción capitalista y, por lo tanto, la razón misma de la existencia de los valores de uso como valores, es decir, la especificidad de la producción de mercancías. ⁴¹

Así, el dinero aparece vaciado de su determinación como única forma concreta, necesariamente objetivada, en que el trabajo social realizado de manera privada e independiente se manifiesta como tal trabajo social por el movimiento del mundo de las mercancías. A su vez, las mercancías quedan representadas como el producto de una masa de trabajo inmediatamente social, ya que puede expresarse directamente como tal con antelación al proceso de cambio mismo. Sobre bases de este tipo, los modernos herederos de Rubin se representan a la mercancía como naciendo a la existencia en el cambio por dinero, de los que hasta allí no eran sino valores de uso. Más aún, se representan a la mercancía como no teniendo más existencia en tanto tal

40. Duncan Foley. "The value of money, the value of labor power and the Marxian transformation problem". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 14, n.º 2: (1982), pág. 37, traducción propia.

41. Foley logra representar al dinero con la misma vacuidad de determinación que Marx señalaba en Hume:

«¿Cómo se representa Hume entonces este intercambio entre la masa de mercancías y la masa de oro? Se conforma con la vaga e inaprehensible concepción según la cual cada mercancía se intercambia, como parte alícuota de la masa total de mercancías, por una parte alícuota correspondiente de la masa de oro. El movimiento incesante de las mercancías, que tiene su origen en la antinomia entre el valor de cambio y valor de uso, que aparece en la circulación monetaria y se cristaliza en las diferentes formas determinadas de ésta, queda borrado, pues, y es reemplazado por una puesta en ecuación mecánica imaginaria entre la masa de peso de los metales preciosos existente en un país y la masa de mercancías que al mismo tiempo se encuentra en él». (Karl Marx. *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio: Buenos Aires, 1973, págs. 164-165)

que en el cambio. Al igual que para Rubin, no se trata de que, en tanto es socialmente necesario, el simple gasto de músculos y cerebro humanos materializado en la mercancía se representa como la capacidad de cambio de ésta en una magnitud determinada. Se trata de que el trabajo humano abstracto cobra existencia sólo porque unos valores de uso, a los que se les ha imputado de la nada la aptitud para ser cambiados, se cambian por un dinero cuya existencia ha brotado de una no menos fantástica nada. Por supuesto, como toda transustanciación milagrosa, ésta del acto de cambio en fuente de la materialidad del trabajo humano abstracto tiene un sólo secreto, a saber, que «en el principio era la Palabra». Por ejemplo, en el caso de Reuten, toda la fundamentación se reduce al generoso uso de la palabra «constituir»:

«La necesaria interacción de la relación de cambio y la forma-valor de la fuerza de trabajo y sus productos se constituye realmente en *el mercado*. En el mercado, la fuerza de trabajo y los objetos útiles particulares sólo son reconocidos bajo la dimensión de valor en términos de dinero. En el cambio en el mercado entidades heterogéneas son conmensuradas y transformadas como tales en dinero. Esta transformación es una *abstracción real* (una abstracción en la práctica). En primer lugar, mientras que las características útiles de la fuerza de trabajo y sus productos pueden ser valuados antes del cambio en el mercado, estas características son realmente abstraídas en la validación como dinero. En segundo lugar, en el cambio en el mercado, se hace abstracción tanto de la cualidad particular como de la cantidad (tiempo) del trabajo que ha producido al objeto útil. Este tiempo de trabajo particular es considerado sólo en términos de su habilidad para crear valor en la forma de dinero, y el dinero, al comprar este trabajo particular, lo mide realmente. En este sentido, el trabajo particular toma realmente la forma de trabajo abstracto: trabajo abstracto universal.

»Así, la interacción necesaria de la relación de cambio y la forma-valor en el mercado constituye realmente al objeto útil como una entidad de *doble* forma, esto es, *valor de uso y dinero*. Esta duplicación constituye al objeto útil como mercancía. Junto a ella, el trabajo es constituido como una entidad de doble forma, esto es, el trabajo como productor de valores de uso particulares, o *trabajo concreto particular*; y el trabajo como productor de valor, o *trabajo abstracto universal*». ⁴²

Notemos cómo a Reuten no le alcanza siquiera con el gran milagro del «constituir» para lograr su inversión, y debe recurrir a un ya mucho más prosaico malabarismo de palabras. Así, para Reuten los valores de uso llegan al mercado siendo producto de la fuerza de trabajo, o sea, de la capacidad de trabajar, no del ejercicio de esa capacidad, o sea, del trabajo. Es como si dijéramos que la saciedad del hambre es producto de la capacidad de comer, no de la acción de comer. Recién una vez realizado el cambio por dinero, le resulta oportuno hacer aparecer al trabajo como el que produce los valores de uso. Pero resulta entonces que no son éstos sobre los que trata el cambio. Lo que se ha comprado, según Reuten, es el trabajo mismo. Las

42. Geert Reuten. «Value as Social Form». En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin's Press, 1988, pág. 52, traducción propia.

transformaciones que se operan en el mercado de Reuten tienen, sin duda, mucho de abstracción, aunque muy poco de realidad. Pero la virtud que sí tienen esas transformaciones, es que ya se transparenta en ellas la necesidad real concreta que encierran las construcciones ideales de la economía política crítica.

Se trata, en primer lugar, de borrar la forma misma de la crítica de la economía política, presentándola como si tuviera la forma de su contrario, o sea, de una representación lógica. Para ello, la economía política crítica necesita arrancar presentando invertido el punto de partida mismo de la reproducción de lo concreto mediante el pensamiento. Sólo puede ver en el partir de enfrentarse al concreto específico más simple allí donde éste se manifiesta como tal para penetrar en él en búsqueda de la necesidad que lo determina y luego acompañar idealmente la realización de ésta, un foco de «ambigüedad». Porque, ¿dónde está el «concepto universal abstracto» del que debe partir toda representación lógica que se precie? ¿Cómo puede procederse así a «desdoblar el concepto» siguiendo una necesidad constructiva que lo «articule» con su «opuesto»? ¿No es acaso inconcebible que el pensamiento humano tenga otra forma de proceder? La economía política crítica sale entonces a salvar a Marx de sus «errores» en nombre del marxismo:

«La segunda ambigüedad [...] concierne a la forma en que Marx deriva los conceptos de valor de cambio y de trabajo abstracto del examen del cambio como tal.

»... El punto de partida de la exposición de la teoría (*Darstellung*) es una noción abstracta universal. [...] Esta noción abstracta es el punto de partida de la teorización explícita y de su exposición [...] El pensamiento no puede concebiblemente hacer nada con semejante noción universal abstracta, como no sea a través de pensar su abstracta negación y su abstracta particularización. En ambos casos (negación y particularización) se aplican conceptos opuestos a la *misma* cosa o noción, y en este sentido específico estos opuestos son contradicciones. También en este sentido, pensar estas cosas y nociones es articular su *desdoblamiento* (o sea, el universal se desdobra en el universal y un universal opuesto, o en universal y particular)». ⁴³

Cómo no volver a recordar la crítica de Marx a estas inversiones si el profesor Reuten pide a gritos que le sean dedicadas a él:

«Es una “tendencia natural” de un profesor alemán de economía derivar la categoría económica “valor” de un *concepto*, ...

»... Tenemos aquí la economía *conceptual*, cuya supuesta *elucidación* por el *vir obscurus* lleva al “enlazar” y en cierto modo al “desenlazar”.

»... Todo esto no son más que “charlatanerías”. *De prime abord*, yo no arranco de “conceptos”, y por lo tanto, tampoco del “concepto de valor”, razón por la cual no tengo por qué “dividir” en modo alguno este concepto. De donde arranco es de la

43. *Ibíd.*, pág. 42 y 45.

forma social más simple en que toma cuerpo el producto del trabajo en la sociedad actual, que es la “mercancía”.

»... Así se explica que nuestro *vir obscurus*, que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico*, que no arranca del hombre, sino de un período social económicamente dado, no guarda ni la más remota relación con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores alemanes (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”), ...

»... ¿Quién es el que establece aquí una contraposición lógica? El señor Rodbertus, para quien el “valor de uso” y el “valor de cambio” son, por naturaleza, meros “conceptos”. [...] [Al] que la usa, se le presenta cada clase concreta de mercancía en su forma natural específica, así como se le presenta en su *forma de valor* enteramente diferente, “común” a ella y a todas las demás mercancías, como *valor de cambio*. Aquí sólo existe una contraposición “lógica” para Rodbertus y los doctorales maestros de escuela alemanes afines a él, que arrancan del “concepto” de valor, y no de la “cosa social”, la “mercancía”, y luego el concepto se divide (desdobra) por sí mismo como si tuviese dos caras, para acabar discutiendo icuál de las dos quimeras es la que buscaban!».⁴⁴

Sigamos de todos modos con Reuten. Una vez ubicado en el mundo de las concepciones y las nociones, Reuten concibe a los objetos que entran en el cambio como no teniendo, hasta el momento mismo de hacer esa entrada, más atributo que el ser valores de uso. Es recién la realización del cambio la que introduce en ellos los atributos propios de las mercancías. Por lo tanto, para Reuten la relación de cambio es una abstracta relación inmediata, directa, entre las personas poseedoras privadas de dichos valores de uso, ya que no hay nada en éstos (ni mucho menos en un dinero puramente simbólico de la abstracta proporcionalidad establecida por el acto de cambio) que les permita mediar en esa relación. Sin embargo, en el mundo real, el producto social toma la forma de mercancía sólo porque los trabajos que lo producen se realizan de manera privada e independiente unos de otros. Cada productor de mercancías tiene el control pleno sobre su proceso de trabajo individual, pero que carece de todo control sobre el carácter social del mismo. Es un individuo libre, que no se encuentra sometido en la realización de su proceso de trabajo a ninguna relación de dependencia personal directa respecto de los demás. Por eso es que las potencias sociales de sus trabajos individuales se les presentan como atributo del producto material de estos trabajos, a cuyo servicio los productores privados e independientes deben someter su conciencia y voluntad de individuos libres. Los productores que realizan sus trabajos de manera privada e independiente unos de otros sólo pueden relacionarse entre sí de manera general como personificaciones –es decir, como conciencias y voluntades enajenadas– del valor –o sea, de su propio trabajo social representado como la cambiabilidad– de sus mercancías. Nunca pueden hacerlo directamente

44. Marx, «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner», págs. 35-37.

como personas. No es que los valores de uso sociales producidos de manera privada e independiente se «constituyen» en mercancías como consecuencia de la relación social directa establecida entre sus poseedores, sino que pueden relacionar socialmente entre sí a sus poseedores de manera indirecta porque nacen como valores, o sea, como objetos que poseen el atributo social de ser cambiables, en el momento en que se los produce. O, como lo sintetiza Marx:

«El individuo debe producir un producto universal: el *valor de cambio* [...] Su poder social, así como su nexa con la sociedad, lo lleva consigo en el bolsillo.

». . . Cada individuo posee el poder social bajo la forma de una cosa. Arránquese a la cosa este poder social y habrá que dárselo a las personas sobre las personas».⁴⁵

Reuten contrapone a este descubrimiento la representación de la producción de valores de uso regida por la condición de valores de éstos como una producción de valores de uso regida por la relación directa entre los productores, a resultado de la cual esos valores de uso toman la forma de valores. ¿Pero qué papel habría de jugar el valor en una relación social ya establecida de manera directa entre las personas? El secreto de esta inversión reside en que Reuten busca concebir a la relación capitalista de cambio como una relación directa entre las personas donde unas ejercen su poder personal sobre otras en torno a la apropiación del producto social. Necesita entonces borrar la especificidad del modo de producción capitalista como forma concreta históricamente necesaria del desarrollo de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo del obrero colectivo que rige conscientemente su propio proceso de trabajo o, lo que es lo mismo, del desarrollo de las potencias productivas del trabajo social realizado bajo la forma concreta de trabajo privado.

Reuten ha dado el primer paso en este borrado negando al valor como el modo en que se representan socialmente, en tanto atributo de las mercancías, las potencias del trabajo social realizado de manera privada e independiente. Del valor no ha quedado así más que la apariencia invertida de surgir por el hecho de que la producción se destina al cambio, en el cual entran simples valores de uso que salen convertidos en valores por el hecho de ser cambiados. El verdadero contenido del cambio – a saber, que las mercancías entran en él porque han sido producidas como valores, esto es, como materialización del gasto material de fuerza humana de trabajo realizado de manera privada e independiente bajo una forma concreta socialmente útil – ha quedado reducido a la apariencia inmediata que presenta el cambio mismo: que las mercancías salen de él con un atributo cuantitativo realizado. La conciencia enajenada del productor de mercancías – que como individuo libre debe poner su conciencia y voluntad al servicio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, esto es, debe aplicar sus cinco sentidos de individuo libre a

45. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858, vol. 1, págs. 83-85.

producir su relación social general como un atributo de las cosas, su valor – queda invertida de manera correspondiente. Aparece como una conciencia abstractamente libre que, por naturaleza, persigue la multiplicación de dicho atributo cuantitativo. Luego, la organización de la producción social misma aparece invertida, concibiéndosela como regida por el ejercicio de esta abstracta conciencia libre. La valorización del capital – o sea, la determinación de la relación social general materializada como el sujeto concreto de la producción social, donde sólo se producen valores de uso, y por lo tanto seres humanos, a condición no sólo de que se produzca valor, sino plusvalía – aparece así no teniendo más contenido específico que el tratarse de un proceso de producción social que se encuentra «idealmente dominado» por la cuantificación ideal del producto en base a una unidad dineraria:

«La producción es producción para el cambio y los objetos útiles son producidos como *mercancías*: esto es, con vistas a ser vendidas por dinero. De modo que la producción se considera como una expansión monetaria potencial, como *valorización* (dinero → producción → más dinero). Antes del cambio real ésta es una anticipación. Sin embargo, las mercancías producidas por cierto representan idealmente una suma de valor, *dinero ideal*. En este sentido, la abstracción real en el mercado se encuentra anticipada por una *abstracción ideal* y la conmensura real en el mercado se encuentra anticipada por una *preconmensura ideal*.

»Esta anticipación subsecuentemente determina de manera crucial el proceso de producción burgués en lo que éste mismo deviene determinado por la forma (*form-determined*). La preconmensura ideal de la mercancía da lugar a una subsecuente abstracción concerniente al proceso de trabajo: el proceso de trabajo es idealmente preconmensurado en términos de trabajo abstracto ideal o valor ideal. El proceso de trabajo se encuentra entonces idealmente dominado en términos de valor ideal y la actividad concreta del trabajo toma la forma ideal de valor; el trabajo ciertamente de manera ideal toma la forma de trabajo abstracto. El proceso de trabajo puede entonces calcularse en términos de dinero ideal. Con lo cual el proceso de trabajo toma idealmente una forma *doble* contradictoria, la de *proceso de trabajo técnico* (producción de valor de uso), y la de *proceso de trabajo abstracto o proceso de valorización*. La fuerza conductora externa de la producción. . . ».⁴⁶

Reuten ha completado así la inversión de la determinación de la conciencia en el modo de producción capitalista. No se trata de que, como organización de la producción social que se rige automáticamente por la producción multiplicada del vínculo social materializado, el modo de producción capitalista revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción, revolucionando constantemente con ello la conciencia de los sujetos del proceso de trabajo. Ni, menos aún, se trata de que esta revolución constante de las condiciones materiales de producción tiene por forma concreta general el desarrollo de los atributos productivos del trabajo libre individual aislado en atributos productivos del trabajo inmediatamente social conscientemente organizado

46. Reuten, «Value as Social Form», pág. 54.

por el propio obrero colectivo que lo realiza, de modo que la misma lleva en sí la necesidad de trascender el carácter de privado con que se organiza el trabajo social en el modo de producción capitalista aniquilando a éste en la organización consciente general del trabajo social. Ni se trata, por lo tanto, de que es esta forma concreta general que toma dicha revolución constante en las condiciones materiales de producción la que da a la clase obrera su potencia históricamente específica como el sujeto revolucionario productor de la sociedad de los individuos conscientemente asociados. Por el contrario, para Reuten, el modo de producción capitalista no encierra más especificidad histórica que la que brota de la realización de un proceso de medición ideal, o sea, de un abstracto movimiento de la conciencia.

Tan pronto como la determinación del modo de producción capitalista como forma histórica específica del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad ha sido borrado mediante esta inversión idealista, las potencias históricas específicas de la clase obrera como sujeto revolucionario corren la misma suerte. La clase obrera obtiene estas potencias en su determinación como atributo del capital, es decir, como personificación de las potencias de su propio trabajo social enajenadas como potencias sociales del producto de su trabajo que ha devenido el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales al ser producido de manera privada. La conciencia revolucionaria de la clase obrera es una conciencia enajenada que descubre su propia enajenación y las potencias históricas específicas que resultan de ella. Pero en la inversión idealista de Reuten las relaciones sociales de clase han quedado vaciadas de especificidad como relaciones directas entre personificaciones antagónicas de capital y, por lo tanto, como relaciones directas regidas por la conciencia enajenada. Han quedado invertidas como relaciones directas antagónicas entre personas, regidas por la contraposición entre dos abstractas conciencias. Por una parte, la ya vista conciencia que persigue la realización de una diferencia cuantitativa dineraria, la conciencia burguesa. Por la otra, una conciencia que es presentada como teniendo la base de su producción fuera del modo de producción capitalista mismo, la conciencia proletaria:

«La peculiaridad de la fuerza de trabajo como un insumo que toma la forma de valor reside en que, mientras que no está producida dentro del modo de producción burgués (es más bien un insumo de fuera de él, de la esfera del hogar), de donde su producción no está socialmente integrada dentro del modo de producción, toma sin embargo la forma de los productos de ese modo. [...] La fuerza de trabajo se crea en la esfera privada del hogar y no se la produce con vistas a ser vendida.

»Pese a que la fuerza de trabajo no es producida por el modo burgués de producción, en la esfera económica, la esfera privada del hogar en la cual se la produce es sin embargo un elemento de la totalidad de la sociedad burguesa».⁴⁷

La incoherencia necesaria para sostener la exterioridad de la determinación de la conciencia de la clase obrera respecto del modo de producción capitalista

47. *Ibíd.*, pág. 51 y 60.

se hace evidente en los balbuces de Reuten. Según él, resulta que el modo de producción capitalista, o sea, el modo capitalista de organizarse el proceso humano de metabolismo social, no es lo mismo que la sociedad capitalista, o sea, que la organización capitalista del proceso humano de metabolismo social. Al mismo tiempo, Reuten se aferra a la apariencia que presenta la compraventa de la fuerza de trabajo en la circulación, a saber, que la verdadera determinación del obrero como un trabajador forzado para el capital social se realiza bajo la apariencia invertida de ser un individuo libre que persigue su interés personal. Lo hace para presentar el consumo individual del obrero como si no estuviera específicamente determinado por la necesidad de reproducir su fuerza de trabajo con los atributos con que la demanda el capital y, por lo tanto, con vistas directas a ser vendida.⁴⁸

48. No está demás contrastar aquí el resultado al que llega Reuten gracias a su método de «derivación de conceptos» con el modo en que Marx va sintetizando el descubrimiento de la clase obrera como atributo del capital hasta en su proceso de consumo individual a medida que avanza reproduciendo en el pensamiento la necesidad históricamente específica del modo de producción capitalista:

«La producción de plusvalía relativa supone, pues, un régimen de producción específicamente capitalista, que sólo puede nacer y desarrollarse con sus métodos, sus medios y sus condiciones, por un proceso natural y espontáneo, a base de la supeditación formal del trabajo al capital. Esta supeditación formal es sustituida por la supeditación real del obrero al capital. [...] dentro de los límites de lo absolutamente necesario, el consumo individual de la clase obrera vuelve a convertir el capital abonado a cambio de la fuerza de trabajo en nueva fuerza de trabajo explotable por el capital. [...] *El consumo individual del obrero es, pues, un factor de la producción y reproducción del capital. [...] En efecto, el consumo individual del obrero es improductivo para él mismo, pues no hace más que reproducir el individuo necesario; sólo es productivo para el capitalista y para el estado, puesto que produce la fuerza productora de la riqueza para otros. [...]* Por lo tanto, desde el punto de vista social, la clase obrera, aun fuera del proceso directo de trabajo, *es atributo del capital, ni más ni menos que los instrumentos inanimados. Hasta su consumo individual es, dentro de ciertos límites, un mero factor en el proceso de reproducción del capital. Pero el propio proceso se cuida de evitar que estos instrumentos conscientes de producción se rebelen, desplazando constantemente lo que producen desde un polo al polo contrario del capital. El consumo individual vela, de una parte, por su propia conservación y reproducción y, de otra parte, por la destrucción de los medios de vida, para obligarlos a que comparezcan nuevamente y de una manera constante en el mercado de trabajo. [...]* el obrero asalariado se halla sometido a la férula de su propietario por medio de hilos invisibles. El cambio constante de patrón y la *factio juris* del contrato de trabajo mantienen en pie la apariencia de su libre personalidad. [...] Por tanto, el proceso capitalista de producción, enfocado en su conjunto o como proceso de reproducción, no produce solamente mercancías, no produce solamente plusvalía, sino que produce y reproduce el mismo *régimen del capital*: de una parte *al*

Ocurre que Reuten necesita hacer que la sociedad capitalista parezca dejar un resquicio más allá del modo de producción capitalista para poder colar por allí a la conciencia obrera abstractamente determinada como un «elemento» más.

Abierta la brecha por medio de la teoría económica que deriva un concepto de otro, Reuten le cede la palabra a la teoría política de Williams. Rubin necesitaba anteponer el fetichismo de la mercancía – o sea, la conciencia enajenada en que toma forma concreta la organización general del proceso de metabolismo social mediante la producción de mercancías – como determinante de la existencia de la forma mercancía. Sólo mediante esta inversión idealista – que presenta a la forma concreta como «condición de existencia» de su propia determinación – podía invertir al cambio de las mercancías por el dinero, de forma concreta de realizarse el valor de las mercancías, en el determinante de las mercancías como valores. En base al método de derivar conceptos, Williams extiende este tipo de inversión por todos lados:

«Ha de proveerse un desarrollo conceptual de “la sociedad” entre la explicación de la economía y la de la política.

»En nuestra derivación del estado primero desarrollamos esta “sociedad competitiva” de los sujetos de las fuentes de rentas con (propios) intereses concomitantes a partir de la pura economía capitalista mediante la introducción de la subjetividad. [...] la sociedad competitiva se presenta como una condición de existencia de la economía burguesa, y de su desdoblamiento en sociedad civil y estado como condición para su propia existencia.

»... Por lo tanto, el derecho burgués de propiedad es una condición concreta de existencia de la forma de valor». ⁴⁹

En el mundo fantástico del encadenamiento de conceptos, la competencia se ha convertido en la abstracción «sociedad competitiva», condición para la existencia del modo de producción capitalista. La forma concreta en que se realiza la organización autónoma del proceso de metabolismo social mediante la valorización del valor se ha convertido en una existencia abstracta cuya presencia precede externamente a la existencia de la valorización del valor.

Williams representa así a las formas concretas en que se realiza la relación social general del modo de producción capitalista, la valorización del valor, como existencias abstractamente antepuestas a su propia determinación. Toda necesidad a realizar inherente al modo de producción capitalista parece estar ya desplegada como condición para la existencia de su propio contenido. Con lo cual, al estar sus formas concretas ya dadas, el contenido parece impotente

*capitalista y de la otra al obrero asalariado» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 427 y 482-487).*

49. Michael Williams. “Competition Subjects, State and Civil Society”. En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin’s Press, 1988, págs. 96-97 y 100, traducción propia.

para trascender de sí mismo mediante el desarrollo de las mismas. De esta manera, Williams se ha asegurado de borrar toda manifestación de la necesidad específica del modo de producción capitalista de superarse a sí mismo mediante su propio movimiento como proceso de valorización del valor. Esto es, se ha asegurado de borrar la necesidad inmanente al modo de producción capitalista de desarrollar la socialización directa del trabajo libre, impuesta como forma concreta de valorizarse el capital mediante la producción de plusvalía relativa, hasta el punto en que esta socialización ya no tiene cabida bajo la forma de privado con que se realiza el trabajo social. Se ha asegurado de borrar, pues, la necesidad inmanente al capital –la relación social materializada que organiza la asignación general de la materialidad del trabajo social bajo sus formas concretas útiles mediante la realización privada e independiente del mismo– de superarse a sí mismo en la organización consciente general del trabajo social. Y, de ahí, se ha asegurado de borrar la determinación de las potencias revolucionarias específicamente propias de la clase obrera.

Es entonces que Williams se encuentra en condiciones de incorporar desde fuera una necesidad para la acción capaz de trascendencia dentro de su representación congelada del modo de producción capitalista. Dispone para hacerlo de la brecha abierta en el mundo de los conceptos por la economía política de Reuten: la esfera del consumo individual concebida como ajena al modo de producción capitalista en sí en base a las apariencias de la circulación:

«El sujeto privado toma parte en la búsqueda de relaciones personales, interactivas, cooperativas, altruistas y multidimensionales en la esfera privada. Lo guía el intento de reproducirse materialmente como una persona unitaria; para superar la antinomia vivida entre la comunalidad en la forma enajenada de la política y la asociación de la sociedad civil determinada por la forma de valor».⁵⁰

¿Qué pone Williams en el lugar de las potencias revolucionarias que nacen de la transformación material del proceso de valorización del capital capaz de engendrar necesidades universales, capacidades universales, relaciones universales? Pues el mezquino alcance de las relaciones de dependencia personal establecidas en el proceso de consumo individual donde el obrero se reproduce como atributo del capital, previa abstracción romántica de su determinación como tales. La determinación específica de la clase obrera como sujeto necesariamente revolucionario por el desarrollo de la materialidad del proceso de valorización del capital, y por lo tanto de su condición de personificación como atributo del capital, aparece invertida bajo la forma de la posibilidad abstracta del «intento de reproducirse materialmente como una persona unitaria». A Williams sólo le resta un último paso:

«Los derechos de propiedad y a la existencia no pueden subsistir dentro de una sociedad competitiva fundada sobre la competencia de cada uno contra todos, y los principios universales de la valorización y la voluntad libre abstracta.

50. Williams, «Competition Subjects, State and Civil Society», pág. 100.

»... El estado es la expresión determinada por la forma (*form-determined*) de la voluntad popular, reproduciendo la totalidad encauzada por los procesos de valorización y dejando un lugar en el que pueden desarrollarse formas críticas de conciencia, en tanto los individuos y los grupos buscan rectificar las peores antinomias de sus vidas en la sociedad civil mediante la actividad política en y en torno del estado». ⁵¹

La necesidad histórica inherente al modo de producción capitalista de transformar la materialidad del proceso de producción hasta hacerse saltar a sí mismo por el aire al imponer la organización consciente general de dicho proceso, queda rebajada al «dejar un lugar en el que pueden desarrollarse formas críticas de conciencia». A su vez, estas formas críticas no expresan el desarrollo de la conciencia como relación social general impuesta por la transformación en la materialidad del proceso de producción social, sino que brotan del choque entre «derechos» y «principios». La determinación del estado como representante político del capital social en el proceso de asignación privada de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo la forma directa de la lucha de clases, se ha invertido en su propia apariencia de «expresión de la voluntad popular». La determinación de la acción política de la clase obrera como forma concreta necesaria en que se desarrollan las fuerzas productivas materiales de la sociedad mediante la imposición de la organización consciente general del trabajo social como una potencia enajenada en el capital social que acaba por trascenderlo, queda vaciada de otro contenido que «los individuos y grupos buscan rectificar las peores antinomias de sus vidas en la sociedad civil». En pocas palabras, se pretende hacer pasar al más crudo reformismo burgués o, en el mejor de los casos, al socialismo utópico, por la expresión del socialismo científico corregida de «errores» y «ambigüedades».

Rubin necesitaba sacar de la vista que lo históricamente específico del modo de producción capitalista es la forma en que se representa socialmente la materialidad del trabajo abstracto objetivado en su producto por haberse realizado de manera privada e independiente, poniendo en su lugar al trabajo abstracto mismo, para poder presentar al modo de producción capitalista como superado cuando no lo estaba. Por lo tanto, necesitaba arrancar concibiendo al valor como no teniendo más sustancia que su forma. Reuten y Williams arrancan por el mismo camino para presentar al modo de producción capitalista vacío de su potencialidad específica para revolucionar la materialidad del proceso de trabajo, inherente a la realización privada del trabajo social, hasta el punto de imponer como condición material para la realización de dicho proceso su organización consciente general como una potencia directamente social. Con este vaciamiento, vacían a la clase obrera de sus potencias revolucionarias específicas.

Pero Reuten y Williams no son los únicos herederos de Rubin. Por el contrario, una vertiente dominante de la moderna economía política crítica la

51. *Ibíd.*, pág. 102 y 110.

constituyen los sucesores de Rubin que se distinguen por torturar al concepto de trabajo abstracto hasta hacerle confesar de todos los modos posibles que es el rasgo históricamente específico de la mercancía. Por su parte, la segunda gran vertiente de la moderna economía política crítica parte de la reducción inversa: concibe al valor como no teniendo más forma que su sustancia, o sea, expresándose en tiempos de trabajo y no como valor de cambio en cantidades del cuerpo de otra mercancía. Con lo cual, queda borrada la forma de privado con que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista.⁵²

Otra vez, al borrarse esta especificidad, se borra la especificidad del papel histórico del modo de producción capitalista como forma concreta necesaria de desarrollarse la materialidad del proceso de trabajo hasta imponer la organización consciente general del mismo. Y, con ella, se borran las potencias revolucionarias históricamente específicas de la clase obrera.⁵³ De modo que, sea que reduzca el contenido del valor a su forma o que reduzca la forma del valor a su contenido, la moderna economía política crítica confirma que se encuentra prisionera del límite inherente a la economía política como tal, a saber, de la imposibilidad de descubrir la necesidad histórica de que la materialidad del trabajo abstracto socialmente necesario se represente como el valor, como el atributo de cambiabilidad, de su producto al ser realizado de manera privada e independiente y el por qué este valor toma necesariamente la forma de valor de cambio.⁵⁴

52. Como lo sintetiza Marx:

«¿Por qué el dinero no representa directamente el tiempo de trabajo; por qué, por ejemplo, un billete de banco no representa [...] x horas de trabajo? Esta pregunta se reduce, simplemente, al problema de por qué en el régimen de producción de mercancías, los productos del trabajo se traducen necesariamente en mercancías [...] Equivale a preguntar por qué el trabajo privado no puede considerarse como trabajo directamente social, es decir, como lo contrario de lo que es» (Marx, *El capital*, vol. 1, pág. 56).

53. Ya tendremos oportunidad de desplegar las formas concretas que presentan las vertientes de la economía política crítica sobre las que no nos ha cabido detenernos aquí.

54. He retomado detenidamente esta cuestión en Juan Iñigo Carrera. *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2007.

Bibliografía

- Academia de Ciencias de la URSS, ed. *Manual de Economía Política*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos, 1962 (véase páginas 47, 342, 347).
- Adorno, Theodor. *Dialéctica Negativa*. Madrid: Taurus Ediciones, 1975 (véase página 247).
- «Sobre la lógica de las ciencias sociales». En: *La lógica de las ciencias sociales*. Ed. por Karl Popper y cols. México, DF: Grijalbo, 1978 (véase página 250).
- Aglietta, Michel. *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1991 (véase páginas 43, 44).
- Althusser, Louis. «El objeto de “El capital”». En: *Para leer El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1970 (véase página 247).
- «La filosofía como arma de la revolución». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 4: Córdoba (1972) (véase página 282).
- *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974 (véase páginas 30, 278).
- Baran, Paul y Paul Sweezy. *El capital monopolista, ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. México, DF: Siglo XXI, 1988 (véase página 166).
- Berstein, Eduard. *Socialismo teórico y socialismo práctico. Las premisas del socialismo y la misión de la social democracia*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1966 (véase página 27).
- Bhaskar, Roy. *Reclaiming Reality*. Londres: Verso, 1989 (véase páginas 246, 248, 278).
- Blanke, Bernhard, Ulrich Jürgens y Hans Kastendiek. “Form and Function of the Bourgeois State”. En: *State and Capital*. Ed. por John Holloway y Sol Picciotto. Austin: University of Texas Press, 1977 (véase páginas 101, 102).
- Blumenberg, Evelyn y Paul Ong. “Labor Squeeze and Ethnic/Racial Recomposition in the U.S. Apparel Industry”. En: *Global Production. The Apparel Industry in the Pacific Rim*. Ed. por Edna Bonachich y cols. Filadelfia: Temple University Press, 1994 (véase página 73).
- Bonefeld, Werner. “Social Constitution and the Form of the Capitalist State”. En: *Open Marxism*. Vol. 1: *Dialectics and History*. Ed. por Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis. Londres: Pluto Press, 1992 (véase página 281).
- Braverman, Harry. *Trabajo y capital monopolista: La degradación del trabajo en el siglo XX*. México, DF: Editorial Nuestro Tiempo, 1984 (véase páginas 43, 44).
- Bukharin, Nikolai. *El imperialismo y la acumulación de capital*. México, DF: Pasado y Presente, 1980 (véase páginas 179, 180).
- Carchedi, Guglielmo. *Class Analysis and Social Research*. Oxford: Basil Blackwell, 1987 (véase páginas 248, 254, 281).

- Carchedi, Guglielmo. *On the Economic Identification of Social Classes*. Londres: Routledge y Kegan Paul, 1977 (véase páginas 43, 44).
- Chattopadhyay, Paresh. "Socialism and Value Categories in the Early Soviet Doctrine: Lenin, Trotsky, Bukharin, Preobrazhensky". En: *Papers for the Third annual mini-conference on Value Theory at the Eastern Economic Association Annual Conference*. Boston, 1996 (véase página 343).
- Cohen, Gerald. *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid: Siglo XXI, 1986 (véase páginas 249, 278).
- De Angelis, Massimo. "Beyond the Technological and the Social Paradigms: A Political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value". En: *Capital & Class*, vol. 19, n.º 57: Sage Publications (1995) (véase página 48).
- Dobb, Maurice. *Economía política y capitalismo*. México, DF: FCE, 1966 (véase página 47).
- Dos Santos, Theotonio. *La nueva dependencia*. s/ediciones, 1968 (véase página 169).
- Durand, Jean Pierre. "Can we make our own history? The significance of dialectic today". En: *Capital & Class*, n.º 62: Sage Publications (1997) (véase página 250).
- Emmanuel, Arghiri. «El intercambio desigual». En: *Cuadernos de Pasado y Presente. Imperialismo y comercio internacional (El intercambio desigual)*, n.º 24: Córdoba (1971). Ed. por Arghiri Emmanuel y cols. (véase página 170).
- Engels, Friedrich. *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 5: *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft („Anti-Dühring“)*. Berlín: Dietz Verlag, 1985 (véase página 261).
- Feyerabend, Paul. *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos, 1981 (véase página 245).
- Fields, Karl. "Is Small Beautiful? The Political Economy of Taiwan's Small-Scale Industry". En: *The Four Asian Tigers. Economic Development and the Global Political Economy*. Ed. por Eun Mee Kim. San Diego: Academic Press, 1998 (véase página 75).
- Foley, Duncan. "The value of money, the value of labor power and the Marxian transformation problem". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 14, n.º 2: (1982) (véase página 349).
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber: las ciencias humanas en la episteme moderna*. México, DF: Siglo XXI, 1970 (véase página 250).
- Fröbel, Folker, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye. *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Madrid: Siglo XXI, 1980 (véase páginas 64, 65).
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 3. Cuaderno 7 (VII) 1930-1931: [Apuntes de filosofía II y Miscelánea]. México, DF: Ediciones Era, 1986 (véase página 247).
- *Cuadernos de la cárcel*. Vol. 4. Cuaderno 11 (XVIII) 1932-1933: [Introducción al estudio de la filosofía]. México, DF: Ediciones Era, 1986 (véase página 249).
- Grossmann, Henryk. *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. México, DF: Siglo XXI, 1984 (véase página 33).
- Gunn, Richard. "Against Historical Materialism". En: *Open Marxism*. Vol. 2: *Theory and Practice*. Londres: Pluto Press, 1992 (véase página 280).
- "In Defense of a Consensus Theory of Truth". En: *Common Sense Journal*, n.º 7: The University of Lincoln (1989) (véase página 247).
- Habermas, Jürgen. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1982 (véase página 27).

- «Teoría analítica de la ciencia y la dialéctica». En: *La lógica de las ciencias sociales*. Ed. por Karl Popper. México, DF: Grijalbo, 1978 (véase página 247).
- *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus, 1987 (véase página 248).
- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Paidós, 2002 (véase páginas 49, 73, 87, 117-120).
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1976 (véase páginas 252, 272, 332).
- *Werke in zwanzig Bänden*. Vol. 5: *Wissenschaft der Logik*. Fráncfort: Suhrkamp Verlag, 1969 (véase página 260).
- Hempel, Carl. *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Barcelona: Paidós, 1996 (véase páginas 242, 252).
- Hilferding, Rudolf. *El capital financiero*. Madrid: Editorial Tecnos, 1973 (véase páginas 160, 161, 165, 166).
- Hirsch, Joachim. "Fordism and Post-Fordism: The Present Social Crisis and its Consequences". En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991 (véase página 53).
- Holloway, John. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires: Revista Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 2002 (véase páginas 49, 117-119).
- «The Great Bear: Post-Fordism and Class Struggle». En: *Post-Fordism & Social Form: A Marxist Debate on the Post-Fordist State*. Ed. por Werner Bonefeld y John Holloway. Londres: Macmillan, 1991 (véase páginas 29, 54).
- Iñigo Carrera, Juan. "Argentina: The reproduction of capital accumulation through political crisis". En: *Historical Materialism*, vol. 14, n.º 1: Londres (2006) (véase páginas 66, 158).
- *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2007 (véase páginas 46, 360).
- «Crisis y perspectivas del capitalismo argentino». En: *Realidad Económica*, n.º 171: Buenos Aires (abril-mayo de 2000) (véase páginas 66, 158).
- *La acumulación de capital en la Argentina*. Buenos Aires: CICP, 1999 (véase páginas 66, 158).
- «La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina». En: *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, n.º 15: Río de Janeiro (diciembre de 2004) (véase páginas 66, 158).
- *La formación económica de la sociedad argentina. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa 1882-2004*. Vol. 1. Buenos Aires: Imago Mundi, 2007 (véase páginas 66, 158, 171).
- Jenkins, Rhys. "Divisions over the international division of labour". En: *Capital & Class*, n.º 22: Sage Publications (1984) (véase página 67).
- Jessop, Bob. "Regulation Theory, Post-Fordism and the State: More than a Reply to Werner Bonefeld". En: *Capital & Class*, n.º 34: Sage Publications (1988) (véase página 278).

- Joja, Athanase. *La Lógica Dialéctica y las Ciencias*. Buenos Aires: Juárez Editor, 1969 (véase páginas 246, 253).
- Kliman, Andrew. "The Okishio Theorem: An Obituary". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 29, n.º 3: Sage Journals (1997) (véase página 199).
- Kolakowski, Leszek. "Karl Marx and the Classical Definition of Truth". En: *Marxism and Beyond*. Londres: Pall Mall, 1969 (véase página 247).
- Kondratieff, Nikolái. «Los ciclos económicos largos». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979 (véase página 212).
- Korsch, Karl. *Marxismo y filosofía*. México, DF: Era, 1970 (véase página 247).
- Laclau, Ernesto. «Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno». En: *El régimen oligárquico*. Compilado por Marcos Giménez Zapiola. Buenos Aires: Amorrortu, 1975 (véase página 169).
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 1985 (véase página 27).
- *Hegemony and Socialist Strategy Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso, 2001 (véase página 278).
- Lakatos, Irme. *Historia de la ciencia y de sus reconstrucciones racionales*. Madrid: Tecnos, 1982 (véase página 245).
- Lefevre, Henri. *Lógica formal, lógica dialéctica*. Madrid: Siglo XXI, 1970 (véase páginas 246, 253).
- Lenin, Vladimir. *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones Estudio, 1972 (véase página 273).
- *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1975 (véase páginas 137, 162, 166, 174, 175).
- Lincoln, James y Yoshifumi Nakata. "The transformation of the Japanese Employment System: Nature, Depth and Origins". En: *Work and Occupations*, n.º 24: Sage Publications (1997) (véase página 85).
- Lorenz, Edward. *La esencia del caos*. Madrid: Editorial Debate, 1995 (véase página 245).
- Lukács, Georg. *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*. México, DF: Grijalbo, 1969 (véase páginas 28, 34).
- Luxemburg, Rosa. *La acumulación del capital*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Americanos, 1968 (véase páginas 33, 34, 167, 168, 205).
- Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984 (véase páginas 245, 250).
- Maddison, Angus. *Dynamic Forces in Capitalist Development*. Oxford: Oxford University Press, 1991 (véase página 90).
- *La economía mundial 1820-1994. Análisis y estadísticas*. París: OCDE, 1997 (véase página 214).
- *Monitoring the World Economy 1820-1992*. París: OCDE, 1995 (véase página 90).
- Mandel, Ernest. «Las "ondas largas" en la historia del capitalismo». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979 (véase página 213).
- Mao, Tse-tung. «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo». En: *Cinco tesis filosóficas*. Buenos Aires: La Rosa Blindada, 1969 (véase página 176).

- Marini, Ruy Mauro. «Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora». En: *Sociedad y Desarrollo*, n.º 1: Santiago de Chile (enero-marzo de 1972) (véase páginas 169, 171).
- Marx, Karl. *Contribución a la crítica de la economía política*. Ediciones Estudio: Buenos Aires, 1973 (véase páginas 41, 349).
- «Crítica de “La filosofía del derecho” de Hegel. Introducción». En: *Obras Fundamentales de Marx y Engels*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1982 (véase página 276).
 - *Das Kapital*. Vol. 3. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1980 (véase página 247).
 - *Das Kapital*. Vol. 1. Fráncfort: Ullstein Verlag, 1981 (véase páginas 254, 313, 317, 323, 324).
 - *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 2: *Einleitung [zu der „Grundrissen der Kritik der politischen Ökonomie“]*. Berlín: Dietz Verlag, 1985 (véase páginas 213, 272, 310, 319).
 - *El capital*. Vol. 1. México, DF: FCE, 1973 (véase páginas 10, 12, 15, 19, 24, 38, 54, 55, 90, 167, 332, 338, 344, 357, 360).
 - *El capital*. Vol. 2. México, DF: FCE, 1973 (véase página 24).
 - *El capital*. Vol. 3. México, DF: FCE, 1973 (véase páginas 4, 19, 20, 24, 138, 198, 333).
 - *El capital*. Vol. 3. Tomo 1. México, DF: Siglo XXI, 1984 (véase páginas 323, 332).
 - *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972 (véase páginas 20, 41, 315, 333, 353).
 - *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972 (véase página 20).
 - *Obras Fundamentales de Marx y Engels*. Vol. 1: *En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. México, DF: FCE, 1982 (véase página 305).
 - *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Vol. 2. Buenos Aires: Ediciones Brumario, 1974 (véase página 345).
 - *Marx/Engels. Werke*. Vol. 1: *Kritik des Hegelschen Staatsrechts*. Berlín: Dietz Verlag, 1957 (véase páginas 275, 305).
 - *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*. Ed. por Karl Marx y Friedrich Engels. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1971 (véase página 320).
 - *Manuscritos. Economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1968 (véase páginas 265, 306, 313, 325).
 - *Marx/Engels. Obras Escogidas*. Vol. 7: *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Ciencias del Hombre, 1973 (véase páginas 277, 308, 309, 327).
 - «Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 97: Buenos Aires (1982) (véase páginas 100, 277, 328, 352).
 - *Texte zu Methode und Praxis*. Vol. 2: *Pariser Manuskripte 1844*. Munich: Rowohlt Klassiker, 1966 (véase página 276).
 - «Postfacio de la segunda edición alemana». En: *El capital*. Ed. por F. Cao y D. De Val. Vol. 1. Madrid, 1898 (véase páginas 310, 311, 315).
 - *Marx/Engels. Ausgewählte Werke*. Vol. 1: *Thesen über Feuerbach*. (11a tesis sobre Feuerbach). Berlín: Dietz Verlag, 1985 (véase página 309).
- Marx, Karl y Friedrich Engels. *Correspondencia*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1973 (véase página 281).
- *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1975 (véase página 36).

- Matthews, R., C. Feinstein y J. Odling-Smee. *British Economic Growth 1856-1973*. Stanford: Stanford University Press, 1982 (véase página 90).
- Mezaros, István. *Marx's Theory of Alienation*. Londres: Merlin Press, 1986 (véase página 27).
- Mitchell, Brian. *Abstract of British Historical Statistics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1962 (véase página 90).
- Morishima, Michio. *Marx's Economics. A Dual Theory of Value and Growth*. Cambridge: Cambridge University Press, 1973 (véase página 46).
- Moseley, Fred. *The Falling Rate of Profit in the Postwar United States Economy*. Nueva Cork: St. Martin's Press, 1991 (véase página 221).
- Murray, Patrick. *Marx's Theory of Scientific Knowledge*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1988 (véase páginas 247, 281).
- Negri, Antonio. *Marx au-delà de Marx : Cahiers de travail sur les « Grundrisse »*. París: Christian Bourgeois Éditeur, 1979 (véase páginas 30, 248).
- Nehru, Vikram y Ashok Dhareshwar. "A New Database on Physical Capital Stock: Sources, Methodology and Results". En: *Revista de Análisis Económico*, vol. 8, n.º 1: (1993) (véase página 90).
- Okimoto, D. y G. Saxonhouse. "Technology and the Future of the Economy". En: *The Political Economy of Japan*. Vol. 1. Stanford: Stanford University Press, 1987 (véase página 69).
- Okishio, Nobuo. "Technical changes and the rate of profit". En: *Kobe University Economic Review*, n.º 2: Faculty of Economics, Kobe University (1952) (véase páginas 198, 199).
- Ollman, Bertell. *Dialectical Investigations*. Nueva York: Routledge, 1993 (véase página 279).
- Parekh, Bhikhu. *Marx's Theory of Ideology*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1982 (véase página 246).
- Parijs, Phillippe van. "The Falling Rate of Profit Theory of Crisis: A rational reconstruction by way of obituary". En: *Review of Radical Political Economics*, vol. 12, n.º 1: Sage Journals (1980) (véase página 200).
- Perlman, Fredy. «El fetichismo de la mercancía». En: *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Ed. por Isaak Rubin. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 53, 1974 (véase página 348).
- Pilat, Dirk. *The Economics of Rapid Growth*. Cambridge: Edward Elgar, 1994 (véase página 78).
- Plejanov, Gueórgui. *Obras Escogidas*. Vol. 1: *La concepción monista de la historia*. Buenos Aires: Quetzal, 1964 (véase página 278).
- Popper, Karl, ed. *La lógica de las ciencias sociales*. México, DF: Grijalbo, 1978 (véase páginas 245, 247, 252).
- Postone, Moishe. *Time, Labor and Social Domination: a reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993 (véase página 48).
- Poulantzas, Nicos. *Political Power and Social Classes*. Londres: New Left Books, 1975 (véase página 278).
- Reitsu, Kojima. "Accumulation, Technology and China's Economic Development". En: *The Transition to Socialism in China*. Ed. por Mark Selden y Victor Lippit. Nueva York: Shapire, 1982 (véase página 81).

- Reuten, Geert. «Value as Social Form». En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin's Press, 1988 (véase páginas 350, 351, 354, 355).
- Roemer, John. *A Future for Socialism*. Cambridge: Harvard University Press, 1994 (véase página 31).
- “Continuing controversy on the falling rate of profit: Fixed capital and other issues”. En: *Cambridge Journal of Economics*, vol. 3, n.º 4: Oxford University Press (1979) (véase página 200).
- Rorty, Richard. *Objetividad, relativismo y verdad. Escritos filosóficos 1*. Barcelona: Paidós, 1996 (véase página 245).
- *Philosophy and the Mirror of Nature*. Oxford: Basil Blackwell, 1980 (véase página 251).
- Rosental, Mark y Pavel Iudin, eds. *Diccionario filosófico. Base y superestructura*. Montevideo: Pueblos Unidos, 1965 (véase página 278).
- Rubin, Isaak. “Abstract Labor and Value in Marx's System”. En: *Debates in Value Theory*. Ed. por Simon Mohum. Nueva York: St. Martin's Press, 1994 (véase páginas 324, 338, 340).
- «Ensayos sobre la teoría marxista del valor». En: *Cuadernos de Pasado y Presente*, n.º 53: Buenos Aires (1974) (véase páginas 48, 322, 324, 325, 330, 331, 334-338, 340, 346).
- Schweickart, David. *Against Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993 (véase página 31).
- Shaikh, Anwar. *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Buenos Aires: Ediciones ryr, 2006 (véase páginas 198, 199).
- Shin, Jang-Sup. *The Economics of the Latecomers*. Londres: Routledge, 1996 (véase página 69).
- Smith, David. “Technology, Commodity Chains and Global Inequality: The South Korean Case in the 1990s”. En: *Review of International Political Economy*, vol. 4, n.º 4: Routledge (1997) (véase página 78).
- Smith, Tony. *The Logic of Marx's Capital*. Albany: State University of New York Press, 1990 (véase página 246).
- Snyder, Thomas, ed. *120 Years of American Education: A Statistical Portrait*. NCES, 1993 (véase página 90).
- Sohn-Rethel, Alfred. *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*. Nueva Jersey: Humanities Press, 1978 (véase página 42).
- Sprinker, Michael. “The Royal Road: Marxism and the Philosophy of Science”. En: *New Left Review*, n.º 191: Londres (enero-febrero de 1992) (véase página 236).
- Sraffa, Piero. *Producción de mercancías por medio de mercancías*. Barcelona: Ediciones Oikos-Tau, 1965 (véase página 46).
- Steedman, Ian. *Marx after Sraffa*. Londres: New Left Books, 1977 (véase página 47).
- Sweezy, Paul. *Teoría del desarrollo capitalista*. México, DF: FCE, 1964 (véase página 47).
- Thompson, Edward Palmer. “The Poverty of Theory”. En: *The Poverty of Theory & Other Essays*. Londres: Merlin Press, 1981 (véase páginas 248, 278).
- Touraine, Alain. *La société post-industrielle*. París: Denoël, 1969 (véase página 44).
- Trotsky, León. *El Programa de Transición*. Tigre: Ediciones Política Obrera, s/d (véase página 32).

- Trotsky, León. «La curva del desarrollo capitalista». En: *Los ciclos económicos largos. ¿Una explicación de la crisis?* Ed. por Manuel Izquierdo. Madrid: Akal Editor, 1979 (véase página 213).
- Uno, Kőzö. *Principles of Political Economy*. Sussex: Harvester Press, 1980 (véase página 277).
- Wheeler, Raymond. *Climate. The Key to Understanding Business Cycles*. Ed. por M. Zahorchak. Linden: Tide Press, 1983 (véase página 181).
- Williams, Michael. "Competition Subjects, State and Civil Society". En: *Value, Social Form and the State*. Nueva York: St. Martin's Press, 1988 (véase páginas 357-359).
- Wolff, Richard y Stephen Resnik. *Economics: Marxian versus Neoclassical*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987 (véase páginas 248, 279).
- Woods, Alan y Ted Grant. *Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna*. Madrid: Fundación Federico Engels, 1995 (véase página 253).
- World Bank. *The East Asian miracle: economic growth and public policy*. Oxford: Oxford University Press, 1993 (véase página 53).
- Yun, A. H. "Industrial Restructuring and the Reconstitution of Class Relations in Singapore". En: *Capital & Class*, n.º 62: Sage Publications (1997) (véase páginas 79, 85).

Índice de autores

- Academia de Ciencias de la URSS, 47,
342, 347, 361
- Adorno, Theodor, 247, 250, 361
- Aglietta, Michel, 43, 44, 361
- Althusser, Louis, 30, 247, 278, 282,
361
- Baran, Paul, 166, 361
- Berstein, Eduard, 27, 361
- Bhaskar, Roy, 246, 248, 278, 361
- Blanke, Bernhard, 101, 102, 361
- Blumenberg, Evelyn, 73, 361
- Bonachich, Edna, 361
- Bonefeld, Werner, 281, 361, 363
- Braverman, Harry, 43, 44, 361
- Bukharin, Nikolai, 179, 180, 361
- Cao, F., 365
- Carchedi, Guglielmo, 43, 44, 248, 254,
281, 361, 362
- Chattopadhyay, Paresh, 343, 362
- Cohen, Gerald, 249, 278, 362
- De Angelis, Massimo, 48, 362
- De Val, D., 365
- Dhareshwar, Ashok, 90, 366
- Dobb, Maurice, 47, 362
- Dos Santos, Theotonio, 169, 362
- Durand, Jean Pierre, 250, 362
- Emmanuel, Arghiri, 170, 362
- Engels, Friedrich, 36, 261, 281, 362,
365
- Feinstein, C., 90, 366
- Feyerabend, Paul, 245, 362
- Fields, Karl, 75, 362
- Foley, Duncan, 349, 362
- Foucault, Michel, 250, 362
- Fröbel, Folker, 64, 65, 362
- Giménez Zapiola, Marcos, 364
- Gramsci, Antonio, 247, 249, 362
- Grant, Ted, 253, 368
- Grossmann, Henryk, 33, 362
- Gunn, Richard, 247, 280, 361, 362
- Habermas, Jürgen, 27, 247, 248, 362,
363
- Hardt, Michael, 49, 73, 87, 117–120,
363
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 252,
260, 272, 332, 363
- Heinrichs, Jürgen, 64, 65, 362
- Hempel, Carl, 242, 252, 363
- Hilferding, Rudolf, 160, 161, 165, 166,
363
- Hirsch, Joachim, 53, 363
- Holloway, John, 29, 49, 54, 117–119,
361, 363
- Iñigo Carrera, Juan, 66, 158, 171, 360,
363
- Iudin, Pavel, 278, 367
- Izquierdo, Manuel, 364, 368
- Jürgens, Ulrich, 101, 102, 361
- Jenkins, Rhys, 67, 363
- Jessop, Bob, 278, 363
- Joja, Athanase, 246, 253, 364
- Kastendiek, Hans, 101, 102, 361
- Kim, Eun Mee, 362
- Kliman, Andrew, 199, 364
- Kolakowski, Leszek, 247, 364
- Kondratieff, Nikolái, 212, 364

- Korsch, Karl, 247, 364
 Kreye, Otto, 64, 65, 362
- Laclau, Ernesto, 27, 169, 278, 364
 Lakatos, Irme, 245, 364
 Lefevre, Henri, 246, 253, 364
 Lenin, Vladimir, 137, 162, 166, 174,
 175, 273, 364
 Lincoln, James, 85, 364
 Lippit, Victor, 366
 Lorenz, Edward, 245, 364
 Lukács, Georg, 28, 34, 364
 Luxemburg, Rosa, 33, 34, 167, 168,
 205, 364
 Lyotard, Jean-François, 245, 250, 364
- Maddison, Angus, 90, 214, 364
 Mandel, Ernest, 213, 364
 Mao, Tse-tung, 176, 364
 Marini, Ruy Mauro, 169, 171, 365
 Marx, Karl, 4, 12, 15, 19, 20, 24, 36,
 38, 41, 54, 55, 90, 100,
 138, 167, 198, 213, 247,
 254, 265, 272, 275–277,
 281, 305, 306, 308–311,
 313, 315, 317, 319, 320,
 323–325, 327, 328, 332,
 333, 338, 344, 345, 349,
 352, 353, 357, 360, 365
- Matthews, R., 90, 366
 Mezaros, István, 27, 366
 Mitchell, Brian, 90, 366
 Mohum, Simon, 367
 Morishima, Michio, 46, 366
 Moseley, Fred, 221, 366
 Mouffe, Chantal, 27, 278, 364
 Murray, Patrick, 247, 281, 366
- Nakata, Yoshifumi, 85, 364
 Negri, Antonio, 30, 49, 73, 87,
 117–120, 248, 363, 366
 Nehru, Vikram, 90, 366
- Odling-Swee, J., 90, 366
 Okimoto, D., 69, 366
 Okishio, Nobuo, 198, 199, 366
 Ollman, Bertell, 279, 366
 Ong, Paul, 73, 361
- Parekh, Bhikhu, 246, 366
 Parijs, Phillipe van, 200, 366
 Perlman, Fredy, 348, 366
 Picciotto, Sol, 361
 Pilat, Dirk, 78, 366
 Plejanov, Gueórgui, 278, 366
 Popper, Karl, 245, 247, 252, 361, 363,
 366
 Postone, Moishe, 48, 366
 Poulantzas, Nicos, 278, 366
 Psychopedis, Kosmas, 361
- Reiitsu, Kojima, 81, 366
 Resnik, Stephen, 248, 279, 368
 Reuten, Geert, 350, 351, 354, 355,
 367
 Roemer, John, 31, 200, 367
 Rorty, Richard, 245, 251, 367
 Rosental, Mark, 278, 367
 Rubin, Isaak, 48, 322, 324, 325, 330,
 331, 334–338, 340, 346,
 366, 367
- Saxonhouse, G., 69, 366
 Schweickart, David, 31, 367
 Selden, Mark, 366
 Shaikh, Anwar, 198, 199, 367
 Shin, Jang-Sup, 69, 367
 Smith, David, 78, 367
 Smith, Tony, 246, 367
 Snyder, Thomas, 90, 367
 Sohn-Rethel, Alfred, 42, 367
 Sprinker, Michael, 236, 367
 Sraffa, Piero, 46, 367
 Steedman, Ian, 47, 367
 Sweezy, Paul, 47, 166, 361, 367
- Thompson, Edward Palmer, 248, 278,
 367
 Touraine, Alain, 44, 367
 Trotsky, León, 32, 213, 367, 368
- Uno, Kōzō, 277, 368
- Wheeler, Raymond, 181, 368
 Williams, Michael, 357–359, 368
 Wolff, Richard, 248, 279, 368
 Woods, Alan, 253, 368

World Bank, 53, 368

Yun, A. H., 79, 85, 368

Zahorchak, M., 368

El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia

«Los filósofos no han hecho sino *interpretar* al mundo de diferentes maneras; de lo que se trata es de *cambiarlo*».

Karl Marx

¿Qué hacer? ¿El problema reside en no haber actuado después de interpretar al mundo, o el problema reside en la interpretación misma como base para organizar la acción transformadora?

La teoría científica ha puesto en evidencia que toda representación teórica tiene su alcance limitado a ser una forma de concebir la realidad, una forma de interpretar al mundo. La acción humana consciente parece chocar, así, contra un límite absoluto al conocimiento de su propia necesidad. Este no es un abstracto problema epistemológico. Si el conocimiento científico estuviera condenado a detenerse en la interpretación, la transformación de la sociedad actual en una sociedad basada en la individualidad libremente consciente -el socialismo o comunismo- estaría condenada a la imposibilidad.

Otra vez, ¿qué hacer? Sólo cabe enfrentar la cuestión del qué hacer mismo de manera radical. Esto es, a partir de enfrentarnos críticamente a las determinaciones de nuestra propia acción transformadora desde su raíz, desde la determinación de nuestro ser social, poniendo todo en duda.

www.edicionesimago mundi.com

